OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XVIII

ESTUDIOS HELÉNICOS

EL TRIÁNGULO EGEO

LA JORNADA AQUEA

GEÓGRAFOS DEL MUNDO ANTIGUO

ALGO MÁS SOBRE LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XVIII

OBRAS COMPLETAS DE
ALFONSO REYES

XVIII





ALFONSO REYES

Estudios helénicos

El triángulo egeo

La jornada aquea

Geógrafos del mundo antiguo

Algo más sobre los historiadores alejandrinos

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1966
Segunda reimpresión, 2000

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.
www.fce.com.mx

ISBN 968-16-0346-X (edición general)
ISBN 968-16-1035-0 (volumen XVIII)

Impreso en México

NOTA PRELIMINAR

Con el presente volumen se continúa la edición sistemática y cronológica del Reyes helenista, como lo llamó Ingemar Düring. *La crítica en la Edad Ateniense* (1941) y *La antigua retórica* (1942) encabezaron la serie de volúmenes dedicada al "pensar literario" de Reyes (XIII-XV); la *Religión* y la *Mitología* (XVI) abrieron la nueva serie del "mundo espiritual de los griegos", que fue proseguida en el volumen anterior (XVII) con la esperada continuación de la *Mitología* (Los héroes) y la primera recopilación que hizo Reyes de sus "estudios helénicos", *Junta de sombras* (1949).

El volumen que el lector tiene en sus manos sigue paso a paso la producción helenista de Reyes a partir de *Junta de sombras* hasta las últimas páginas sobre los historiadores alejandrinos que el autor logró enviar a la imprenta poco antes de morir, con excepción del "Breviario" sobre *La filosofía helenística* (1959), la póstuma *Afición de Grecia* (1960) y del material inédito manuscrito, que habrá de publicarse en seguida. Hoy por hoy, hemos logrado juntar en un volumen diversos trabajos redactados entre 1942 y 1959, pero que Reyes sólo agrupó, retocó e hizo imprimir de 1957 a 1959, postrer año de su vida. Las fechas de estos impresos permiten, pues, un riguroso orden cronológico que es el seguido en esta edición, aunque las fechas de origen, que hacemos constar en lo posible, nos lleven a la época de *La antigua retórica.* En esto, como en otros detalles explicados luego, creemos seguir el criterio de Reyes; a él mismo se debe el texto definitivamente elegido y la disposición y ordenamiento del conjunto. Se publican, en primer término, los *Estudios helénicos* (1957), segunda compilación de ensayos hecha por el propio Reyes, que bien puede ser el título de todo el volumen, y cuatro cuadernos del Archivo de Alfonso Reyes, los más unitarios y personales: *El triángulo egeo* (1958), *La jornada aquea* (*idem*), *Geógrafos del Mundo Antiguo* (1959) y *Algo más sobre los historiadores alejandrinos* (*idem*). Adelante se describen por separado, al dar cuenta de su contenido e historia particular.

Por lo pronto, me veo obligado a publicar una carta de Reyes, escrita precisamente en el centro de estos años, donde describe con puntualidad sus proyectos y los relaciona con otros escritos suyos del mismo tema, ya publicados. Aunque se refiere en ella a los "trabajos relativos a la historia y a la geografía en la antigüedad",

únicamente es un valioso testimonio de su afán organizador de la obra en marcha y aun de sus ambiciones y desesperanzas de última hora. Por fortuna, casi todos los escritos y proyectos que enumera figuran hoy en este volumen o en otros anteriores de sus *Obras Completas.* El lector puede utilizarla como guía en varios aspectos de la tarea helenista de Reyes, por más que el destinatario haya aprovechado en las notas todo lo pertinente a la cronología.

México, D. F., 21 de noviembre de 1958.

Mi querido Ernesto Mejía Sánchez: Me pregunta usted sobre mis trabajos relativos a la historia y a la geografía en la Antigüedad. Sí, vale la pena de esclarecerlo un poco, porque yo mismo ya no me entiendo y a veces creo que naufrago en el océano de mis papeles. Vamos por partes.

I. HISTORIA.

1. "La era presocrática: los historiadores", cap. III del libro *La crítica en la Edad Ateniense,* 1941, pp. 73-85 [*Obras Completas* XIII, pp. 74-85].

2. "La historia antes de Heródoto", en el libro *Junta de sombras,* 1949, pp. 116-143 [*Obras Completas,* XVII, pp. 325-349]. (Publicado antes en *Todo,* México 26 de mayo a 14 de julio de 1949). Artículo fechado en 1944.

3. "Los historiadores alejandrinos", en *Estudios helénicos,* 1957, pp. 207-215 [En el presente volumen, pp. 173-181]. (Publicado antes en *Filosofía y Letras,* México, julio a diciembre de 1951). Artículo fechado en 1951.

4. El artículo anterior es un panorama general de la historia entre los alejandrinos. Tengo ya redactados: *a)* un estudio sobre Éforo; *b)* unas páginas casi acabadas sobre Teopompo; lo mismo sobre Timeo y Dicearco. Estos historiadores alejandrinos representan la escuela epidíctica y la peripatética (Dicearco), que son por decirlo así los que continúan el tipo tradicional de la historia. [Véase en este volumen "Algo más sobre los historiadores alejandrinos", I y II, pp. 369-394].

5. También tengo a medio escribir varias páginas sobre la zona intermedia alejandrina: Crátero, los "atidas", Clidemo, Androción, Fanodemo, Filócoro, el "Mármol Pario", etcétera. [*Idem,* III, pp. 395-396].

6. Entre los tipos nuevos de la historiografía alejandrina, algo sobre los narradores de sucesos particulares, y los histo-

riadores de asunto exótico. (Manuscrito). [*Ibidem*, IV, *a* [y *b* pp. 397-407].

7. Lo mismo he comenzado el estudio de lo que llamo la síntesis histórica alejandrina: Polibio, Diodoro, Posidonio [*Ib.*, IV, *c.*, pp. 407-419].

8. De las disciplinas particulares relacionadas con la historia (cronología, mitografía, doxografía, historia de las artes y las letras), sólo he acabado breves páginas relativas a los "Albores del arte de la guerra" (*Estudios helénicos*, pp. 217-222), artículo fechado en 1943 y publicado en versiones anteriores en *Defensa*, México, IV, 1944 y luego en la cadena ALA de Nueva York, 1956 [*Id.*, pp. 182-187; pero Reyes alcanzó a redactar con posterioridad a esta carta el cap. V de "Algo más sobre los historiadores alejandrinos", que en parte cumple su programa: *Id.*, pp. 420-432].

9. Para completar el cuadro ofrecido en el Nº 3, aún faltan los viajes, la etnografía y las narraciones novelescas o seminovelescas provocadas por las campañas de Alejandro y sus sucesores.

II. GEOGRAFÍA

1. "De Geografía clásica (Los geógrafos griegos. Astronomía y geografía de los griegos. Fuentes para la historia griega del mar. Las navegaciones romanas", en *Estudios helénicos*, pp. 85-111. [Véase en el presente volumen, pp. 69-93]. (Publicado antes en *Filosofía y Letras*, México, 1948, bajo el título de "Introducción al estudio de la geografía clásica").

2. "Por los mares antiguos: Predecesores de los griegos en el área del Mediterráneo; Hacia los mares clásicos; Los egipcios; Los minoicos o cretenses; Los fenicios; Cartago; Los carios.—Descubrimiento del Egeo y del Mar Negro: Los Argonautas.—Las aventuras de Odiseo: En general; Cosmografía y geografía de Homero; Identificaciones míticas en la Antigüedad; Identificaciones modernas de los sitios de la *Odisea*.—La expansión colonial de Grecia y sus esferas de influencia; Hesíodo; Hecateo." (Publicada bajo distintos titulos en *Humanismo*, México, de 1952 a 1953). [En *Humanismo*, efectivamente, publicó Reyes "Por los mares de Grecia: Los Argonautas, I", 15 de noviembre de 1952, Nº 5, pp. 50-54; II, 26 de diciembre, Nº 6, pp. 44-47; "Por los mares de Grecia: Las aventuras de Odiseo, III", 15 de febrero de 1953, Nº 7-8, pp. 34-36; IV, marzo-abril, Nº 9-10, pp. 53-56 (con-

tinuará); V, 29 de agosto, año II, tomo III, Nº 13, pp. 71-73 (continuará); pero nada más.]

3. Por copiar en limpio: continuación de lo anterior: *a)* "El descubrimiento del Atlántico arriba de las Columnas de Hércules: En general; Hímlico; Pytheas; Los romanos. *b)* "El descubrimiento del Atlántico, abajo de las Columnas de Hércules: Eutimenes; Hanno; Las Islas Afortunadas; La Atlántida; América. *c)* La costa asiática del Océano Índico: Los nombres geográficos; Escílax; Nearco."

La obra debería continuar, según mis notas, con los ulteriores descubrimientos a lo largo del Mar Rojo y costas sud-asiáticas; el periplo del 1er siglo por el Eritreo y el Lejano Oriente; la circunnavegación de África de Neco II a Magallanes, y el misterioso Nilo hasta las modernas exploraciones. Demasiado ambicioso.

4. "La Geografía antigua. Los orígenes; Leyenda y poesía" [Véase en este volumen "Geógrafos del Mundo Antiguo", I y II, pp. 315-326]. (En las *Memorias* de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, 1958, pp. 235-242, bajo el título: "Albores de la geografía mediterránea".)

5. Continuación inédita de lo anterior: *a)* "La geografía tradicional" (Homero y Hecateo) ; *b)* Sin terminar: "La época intermedia" (el Seudo-Escílax, otra vez Éforo y Teopompo, Heráclides Póntico, Pytheas, Dicearco y Aristarco de Samos). *c)* Sin terminar: "La geografía alejandrina (propiamente tal): los viajes y campañas de Alejandro y sus capitanes; El Seudo-Aristóteles, *De Mirabilibus;* Eratóstenes; Polemón; Hiparco; fragmentos geográficos de Polibio y de Agatárquides; Crates de Malo; Eudoxo; Artemidoro; Estrabón, etc. [*Idem,* III, IV y V, pp. 327-366].

6. Antes de todo esto, publiqué "El cuento del marsellés" (Pytheas). (*Junta de sombras,* pp. 225-231). Fechado en 1942 y aparecido antes en *Todo,* México, 22-X-1942. [*Obras Completas,* XVII, pp. 422-428.]

Como verá usted, varias veces ataqué los mismos puntos desde diversos ángulos, lo que ha acabado por embrollar mi trabajo de un modo ya irremediable.

Se preguntará usted si espero acabar estos trabajos. Sospecho que no me bastará ya la vida. Otras tareas más urgentes solicitan ahora mi atención. Ahí quedará eso, hasta donde buenamente pueda yo adelantarlo.

Cordialmente suyo. ALFONSO REYES.

Gran parte del material descrito en la carta, publicado, inédito o proyectado, consta en el presente volumen o en los anteriores, como lo hemos anotado entre corchetes, pues la casi totalidad de los ensayos y estudios aquí reunidos pertenece por su tema al ámbito histórico-geográfico de la cultura griega, si se exceptúan el "Panorama de la religión griega" y "En torno al estudio de la religión griega", ensayos que sirvieron de base o esquema a los cursos de Reyes en El Colegio Nacional y al tratado de *Religión*, del volumen XVI de sus *Obras Completas*, u otros más lateralmente históricos como "El horizonte económico en los albores de Grecia" e "Hipócrates y Asclepio", todos en *Estudios helénicos* (1957).

Pasemos ahora a describir el contenido de los cinco impresos que se publican y a contar su historia, valiéndonos de los datos bibliográficos y del *Diario* de Reyes, tal como él lo hacía en su inconclusa *Historia documental de mis libros*. En primer lugar nos referimos al volumen de *Estudios helénicos*, que como en otros casos de obras de Reyes varió de título en el periodo de gestación y después aun de contenido, a medida que se organizaba el material elaborado constantemente. No enviaba Reyes todavía a la imprenta el original de *Junta de sombras* cuando decidió reunir ciertos "estudios helénicos" en libro aparte. El 26 de febrero de 1948, dice en el *Diario*: "Comienzo a empuñar de nuevo *La cuna de Grecia*, abandonada hace años, depurando papeles..." (vol. 10, fol. 142). No debe confundirse este título con el del ensayo inicial de *Junta de sombras*, que luego ha pasado a *El triángulo egeo*, pues se trata de una obra diferente, como luego se ve, pero hay que esperar hasta el 13 de agosto de 1953: "Diose a copiar comienzo *Cuna de Grecia* nueva versión" (vol. 12, fol. 40). El 26 de enero de 1955 surge otro título: "Arreglé algo para el nuevo libro de *Páginas helénicas*" (*id.*, fol. 158) y el 13 de febrero de 1957 reaparece el primitivo: "Lectura preparatoria del libro *La cuna de Grecia*" (vol. 14, fol. 18). Pocos días después, se vuelve al segundo, con variante: "Preparo volumen *Estudios helénicos* desde madrugada" (23 de febrero: *id.*, fol. 21), pues todavía está indeciso el autor entre *Páginas* y *Estudios*. El 25 de febrero, escribe: "Le anuncio [a Orfila Reynal] puedo enviarle *Mitología griega*, 1er tomo: LOS DIOSES, cuando guste. Le pregunto si autoriza el Fondo [de Cultura Económica] la publicación por El Colegio Nacional de *Estudios helénicos* (como lo hace para *Burlas Veras*), a reserva de incorporarlo en las *Opera Omnia*" (*id.*, fol. 22). El 8 de marzo, entre varias noticias de sus trabajos, deja ver la primera variante otra vez: "Preparé *La sombra de Lucrecio* [de R. Waltz]. Sigo con *La jornada aquea*, corrigiendo en

lecturas... Me deja [Orfila Reynal] publicar *Páginas helénicas* en El Colegio [Nacional]. Espera para la *Mitología,* porque quiere las dos partes juntas" (*id.*, fol. 25). Por fin, aparece el título definitivo: "Entregué a páginas los *Estudios helénicos* que daré a El Colegio Nacional" (13 de marzo: *id.*, fol. 26) y el 10 de junio: "Entrega al Colegio Nacional para sus ediciones el original de mi libro *Estudios helénicos*" (*id.*, fol. 64). A un mes de distancia, encontramos a Reyes en plena tarea de corrección de pruebas, del 18 de julio al 16 de agosto (*id.*, fols. 76, 78 y 85), pero, seguramente fatigado ya el 31 del último mes, encargó la vigilancia de las pruebas a Emma Susana Speratti (*id.*, fol. 91). Sólo el 24 de octubre del año en curso, 1957, recibió "el 1er ejemplar de mi libro *Estudios helénicos*, edición del Colegio Nacional" (*id.*, fol. 105). Su descripción bibliográfica es la que sigue:

> ALFONSO REYES / ESTUDIOS HELÉNICOS / [*escudo del Colegio Nacional y monograma*] / EDICIÓN DE EL COLEGIO NACIONAL / *Calle de Luis González Obregón núm. 23* / MÉXICO 1, D. F. / MCMLVII /

4º, 224 pp. + 2 h., la primera de ellas, para el colofón: "Esta décimacuarta obra de la Biblioteca de EL COLEGIO NACIONAL se acabó de imprimir el día 28 de septiembre de 1957 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L. (Parroquia, 911, esq. con Nicolás San Juan, de la ciudad de México), y su tiro fue de 1 000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de *Andrés Cisneros Chávez*" (p. 225, s. n.). A pesar de la fecha del colofón (28 de septiembre de 1957) y la del recibo del primer ejemplar (24 de octubre) el libro no parece haber circulado sino a principios del año siguiente, por algún retraso en la encuadernación; Reyes, por lo menos, no recibió los ejemplares de autor hasta el 30 de enero de 1958: "Recibo 10 ejemplares de *Estudios helénicos*", apunta en el *Diario* (*id.*, fol. 121).

La obra está compuesta por 13 ensayos o estudios, repartidos en tres secciones de muy desigual extensión: I) siete piezas que, en la actual edición, se reducen a cinco porque se eliminan dos, la 2 y la 4, que pasan o pasaron, de acuerdo con Reyes, a sitio más adecuado en las *Obras Completas:* "Grecia en el tiempo y en el espacio" es hoy el texto C de la "Introducción" a la *Religión griega* (*Obras Completas*, XVI, pp. 30-37). Y "El secreto de Minos", que fue luego la pieza XII de *El triángulo egeo* (1958), se publica en este mismo volumen, un poco más adelante; II) cuatro

estudios, de los cuales el último, el más breve, se compone de "Dos comunicaciones", como lo dice el propio título; y III) dos únicas piezas que al igual de las 4 de la sección anterior conservan aquí idéntico lugar.

En cuanto a la cronología de los *Estudios helénicos* vale advertir que Reyes en el índice y al calce de cada uno de ellos dejó la fecha de composición y los datos bibliográficos de su aparición en la prensa periódica y en publicaciones especializadas. Aquí conservamos en su sitio las fechas de composición y acarreamos los datos del índice, junto con los que nuestra investigación agregó, a la última nota al pie de cada uno. Un examen rápido de los mismos nos lleva a trazar el bosquejo cronológico que sigue. La pieza más antigua del volumen es "Albores del arte de la guerra", fechada en 1943 pero retocada en 1956. Según el índice referido, se publicó en *Defensa,* de México, junio de 1943, la primera versión, mes y año en que fue redactada; sin embargo, Reyes, en la carta antes trascrita, da otra fecha de publicación en *Defensa,* "abril de 1944", ninguna de las cuales hemos podido consultar: en defecto, restablecemos al calce el mes y el año de ambas versiones. Nos detenemos en este asunto mínimo porque entre esas fechas extremas se elaboró todo el libro y porque "Albores del arte de la guerra", en el conjunto de ensayos del libro, fue el primero y el último que reclamó la atención de Reyes.

Le sigue inmediatamente el amplio "Panorama de la religión griega", de 1947, y "De geografía clásica", de 1948. De 1949 son la "Presentación de Grecia", "Reflexiones sobre la historia de Grecia" y "El horizonte económico en los albores de Grecia", y de 1950, "Grecia en el tiempo y en el espacio" y "En torno al estudio de la religión griega". La "Interpretación de las Edades Hesiódicas", "Hipócrates y Asclepio" y "Los historiadores alejandrinos" fueron escritos en 1951. Las "Dos comunicaciones", en 1953. "El secreto de Minos" en 1954. La segunda versión de los "Albores del arte de la guerra", que cierra el volumen, cierra también el proceso de redacción de sus páginas, en 1956.

El carácter más técnico y menos literario de estos trabajos, lo que en modo alguno quiere decir descuido estilístico, nos ha convencido por demás de juntarlos con los cuadernos monográficos del Archivo de Reyes, lo que a la vez da unidad cronológica y formal a este volumen. Todos ellos son, en rigor, "estudios helénicos", mucho más que los profundos y tersos ensayos de *Junta de sombras,* como quiso el subtítulo.

ARCHIVO DE ALFONSO REYES / [*doble barra*] / *Serie D (Instrumentos) Número 7* / EL TRIÁNGULO / EGEO / MÉXICO, 1958 /

4º, 112 pp. + 2 h. de índice y de pie de imprenta: "Impreso en Gráfica Panamericana S. de R. L., Parroquia 911, México 12, D. F." (p. 215, s. n.); en la p. 2, s. n., el *Copyright* y "Primera edición, 1958 / 150 ejemplares". En las pp. 3-4, la lista de "Estos cuadernos" y al final la "Nota sobre este cuaderno", firmada A. R., que nosotros dejamos en simple "Nota" y fechamos en 1957, pues ya el 19 de febrero de este año el original estaba copiado en limpio.

El triángulo egeo se compone de XVI capítulos, de los cuales el primero es el más antiguo, "La cuna de Grecia", de 1944, que también fue el ensayo inicial de *Junta de sombras* y pasó a ocupar su lugar definitivo en esta "monografía de conjunto". "La aparición de Creta" y "Las Edades Helénicas" son de mayo de 1948, capítulos II y III, respectivamente. El trabajo fue interrumpido entonces y reanudado en Cuernavaca a fines de 1949. El 28 de diciembre de este año, Reyes anota en su *Diario*: "Sólo estudio el Egeo prehistórico, con escasa esperanza de poder convertir mis notas en curso para El Colegio Nacional, como quisiera, pues el asunto es muy arduo y técnico" (vol. 10, fol. 14). De regreso a México, el 16 de enero de 1950 sigue estudiando el tema: "Alfonso Caso me ofrece bibliografía de etnología y religión indígena para mis estudios sobre el Egeo primitivo" (vol. 11, fol. 16); pero la redacción no debió progresar mucho.

Hasta el año 1954 en adelante no parece volver a los mares egeos; "El secreto de Minos", que será el cap. XII, extraído de los *Estudios helénicos,* data de abril de ese año, y el cap. VI ("La urbe, las casas, los palacios") se publicó en julio, con el título "Evocación de Creta". Sólo en febrero de 1957 reaparecen las noticias en el *Diario* y por vez primera se lee el nombre del cuaderno: 18 de febrero, "Sigo preparando *Triángulo egeo*" (vol. 14, fol. 20) y el 19 "Acabé de copiar, para mi Archivo, porque no todo es lo bastante original, lo que al fin se llamará *El triángulo egeo*" (*id.* & *ib*); el 8 de septiembre apuntó un proyecto editorial que no realizaría: "...arreglé, para *Ábside, El triángulo egeo*" (*id.,* fol. 95), pero esa revista en 1957 no publicó de Reyes más que su "Correspondencia con Raymond Foulché-Delbosc" (Nos. 1 a 4). Finalmente, decidió Reyes imprimirlo por cuenta propia, 26 de diciembre: "Envío a Archivo imprimir *El triángulo egeo*" (*id.,* fol. 115). Entre el 16 de febrero y el 2 de marzo del nuevo año de 1958 corrigió perso-

nalmente las pruebas (*id.*, fols. 126 y 130); mientras tanto, los capítulos VII y VIII, "La apariencia humana y la indumentaria" y "Las artes en general", respectivamente, aparecieron en la prensa periódica del Continente, distribuidos por la cadena ALA. El 16 de mayo Reyes apuntó en su *Diario:* "Llegan mis 150 ejemplares del *Triángulo egeo*" (*id.*, fol. 150). Comenzaría a obsequiar de inmediato los ejemplares de costumbre, ya que el 29 de mayo un servidor acusó recibo en esta forma: "Ayer recibí su precioso *Triángulo,* que me leí de un tirón." Si únicamente se tratara de una impresión privada, que hoy no pudiera justificar en público, me habría evitado la cita; por el contrario, todo lo que ahí se sugiere de riqueza y amenidad es demostrable en cualquier momento y sin mucho esfuerzo.

ARCHIVO DE ALFONSO REYES / [*doble barra*] / *Serie D (Instrumentos) Número 8* / LA JORNADA AQUEA / MÉXICO, 1958 /

4º, 27 pp. + 1 bl. + 2 h. de índice y pie de imprenta: "Impreso en Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia 911. México 12, D. F." (p. 31, s. n.); en la p. 2, s. n., el *Copyright* y "Primera edición, 1958 / 150 ejemplares". En las pp. 3-4, la lista de "Estos cuadernos" y al final la nota "Este cuaderno (D. 8: Instrumentos)", firmada A. R. y fechada en 1958, que aquí titulamos solamente "Nota".

"Este cuaderno —escribe Reyes— se relaciona con el D. 5 (*Troya,* 1954) publicado en este mismo Archivo [ahora en las *Obras Completas,* XVII, pp. 115-179], pero sobre todo con el D. 7 (*El triángulo egeo,* 1958), cuyo asunto continúa, al punto de repetir aquí algunas frases y conceptos". Consta de cuatro capítulos breves y su elaboración se remonta a 1944 y 1947, pero sólo años más tarde Reyes pudo corregirla y darle forma definitiva. Hacia el 20 de febrero de 1957 escribe en el *Diario:* "Preparando *La jornada aquea* para mi Archivo, pero creo que no sale nada y que más me conviene guardar eso para mi *Mitología.* Veremos. Me fundé hace diez años en el ya entonces envejecido Grote" (vol. 14, fol. 21). Dos días después: "Preparo la copia y ejemplar de imprenta que enviaré mañana al Fondo de Cultura [Económica] de mi *Mitología griega,* 1ª parte: LOS DIOSES. Sigue copia de *La jornada aquea,* pero ya se va a injertar en la 2ª pte. de la *Mitología:* LOS HÉROES (*id.* & *ib.*); sin embargo, el 15 de marzo todavía estaba en copia (*id.*, folio 27). El injerto que preparaba debió de retrasar la tarea e incluso detener la narración, como en efecto lo hizo, a la altura de

un verso de Hugo ("Booz endormi"), y poner al pie la nota que dice: "En este punto se suspende la ofrecida narración de las leyendas heroicas referentes a los orígenes aqueos, pues todo el material hasta aquí reunido anteriormente, reelaborado y con mayor extensión, pasa a la segunda parte de mi *Mitología griega,* que se consagra a Los HÉROES.—*1958*". Sólo dos piezas de las cuatro llegaron al público antes de la aparición de *La jornada aquea:* "Tierra y cielo" [de Grecia] (Cap. I) apareció en *La Palabra y el Hombre,* abril-junio, y "La hermosa falsificación del pasado" ["Grecia y su hermosa..."] (Cap. II), en *Estaciones,* verano de 1958, cuando Reyes corregía las pruebas de su cuaderno, pues el 21 de mayo apuntó en su *Diario:* "Envío a impresión a la Gráfica Panamericana *La jornada aquea:* Archivo, D.-8" (vol. 14, fol. 151). El 24 de junio todavía estaba con las "Pruebas de *La jornada aquea*" (*id.,* fol. 157), y agregó entonces al calce de "La hermosa falsificación del pasado" la fecha de "México, febrero de 1944", la única que figura en los capítulos del cuaderno, con excepción de *1958,* en la nota del último.

ARCHIVO DE ALFONSO REYES / [*doble barra*] / *Serie D (Instrumentos) Número 9* / *GEÓGRAFOS DEL* / *MUNDO ANTIGUO* / MÉXICO, 1959 /

4º Es un sobretiro, con forro y portada idénticos a los arriba descritos, de la *Memoria de El Colegio Nacional* de 1958, tomo IV, Nº 1, cuya paginación conserva, pp. 75-118 + 1 mapa del Mediterráneo entre la portada y la p. 75. Al dorso de la portada, los datos bibliográficos del sobretiro, el *Copyright* y el pie de imprenta: "Impreso y hecho en México [*Printed and made in Mexico*] por Gráfica Panamericana, S. de R. L."; en la parte superior: "Primera edición, 1959 / 100 ejemplares".

Este trabajo, fechado al final en 1942, consta de V capítulos de los cuales los I y II se publicaron con el título de "Albores de la geografía mediterránea" en las *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española,* México, 1958, pp. 235-242, y todos ellos en la *Memoria de El Colegio Nacional,* antes citada. En una portada mecanográfica, con correcciones manuscritas de Reyes, se pueden observar las variantes que sufrió el título de este cuaderno: *Geografía del Mundo Clásico, Geógrafos del Mundo Clásico* y finalmente *Geógrafos del Mundo Antiguo,* el definitivo. El original enviado por Reyes a la *Memoria de El Colegio Nacional* debió llevar una hoja con la explicación "Este cuaderno", que no se llegó a imprimir. Hemos encontrado una copia al carbón entre los pape-

les de Reyes, que ahora publicamos con el título de "Nota". Tiene la fecha manuscrita de *1959*, sin iniciales al pie pero que aquí se restablecen para uniformar los cuadernos.

Entre el 17 de febrero de 1958 y el 20 de julio de 1959, encontramos en el *Diario* de Reyes algunas noticias sobre la última etapa de copia e impresión de este trabajo. El 17 de febrero de 1958, escribe, "... estoy haciendo copiar ALBORES DE LA GEOGRAFÍA MEDITTERRÁNEA, ex: Edad Alejandrina" (vol. 14, fol. 126), seguramente para la primera publicación en las *Memorias de la Academia Mexicana.* Un año después, 9 de febrero de 1959, da otra noticia y otro título: "Sesión Colegio Nacional en que entrego noticia de mis labores en 1958, doy trabajo sobre GEOGRAFÍA DE LOS ANTIGUOS para *Memoria* y ofrezco tres conferencias sobre LAS LEYENDAS GRIEGAS DEL MAR, para marzo" (vol. 15, fol. 11). Entre junio y julio de 1959 corrigió las pruebas junto con las de *La filosofía helenística,* tarea que lo fatigó extremadamente, como puede verse por este apunte del 23 de junio: "Me traen pruebas de la *Memoria de El Colegio Nacional* con mi artículo sobre GEÓGRAFOS GRIEGOS. Pero ¿podré corregirlas? ¡Si ayer me fatigó tanto, al parecer, el acabar de despachar las pruebas de *Filosofía helenística!*" (*id.*, fol. 41). El 10 de julio tiene entre manos otro juego de "Pruebas de GEÓGRAFOS ANTIGUOS para el Colegio Nacional" (*id.*, fol. 44) y el 20 las devolvió juntamente con otras de la *Filosofía:* "Hoy devolví pruebas de *La filosofía helenística* y de la *Memoria de El Colegio Nacional*" (*id.*, fol. 46). Recuérdese que este trabajo se relaciona íntimamente con el "De geografía clásica" que se publica en los *Estudios helénicos* de este volumen, pp. 69-93.

El último cuaderno de la serie del Archivo de Alfonso Reyes es el titulado "Algo más sobre los historiadores alejandrinos". Estaba destinado por su autor a ser el Nº 10 de la Serie D (Instrumentos) y cuya portada, datos bibliográficos, *Copyright* y explicación ("Este cuaderno") hemos encontrado entre los papeles de Reyes, en copia mecanográfica. Por la lectura del *Diario* podemos reconstruir este proyecto editorial, interrumpido por la muerte el 27 de diciembre de 1959.

En 1951 había redactado y publicado en *Filosofía y Letras* un cuadro general de "Los historiadores alejandrinos" (ahora en los *Estudios helénicos* de este volumen, pp. 173-181) y todavía el 29 de julio de 1952 tenía el propósito de publicar en la misma revista esta continuación, que entonces se llamaba no más *Historia alejandrina* o *Historiadores alejandrinos* (vol. 11, fol. 181); pero el trabajo se interrumpió por seis años. A fines de 1958 lo reanudó; el 21 de

diciembre apunta en el *Diario*: "Sigo el *Teopompo* de los HISTORIADORES ALEJANDRINOS" (vol. 14, fol. 193). El 24 de diciembre, a la "Madrugada: los historiadores helenísticos" (*id.*, fol. 194). El 10 de enero de 1959 "Siguen copias HISTORIADORES ALEJANDRINOS" (vol. 15, fol. 3). Pero surgió una nueva interrupción por atención prestada a otros trabajos acometidos al mismo tiempo. El 25 de octubre de 1959 hizo un corte de caja de los "libros prestos al acabar octubre". Entre los de tema helénico o helenístico estaban los siguientes: "Organizado: *La afición de Grecia*... Para la *Memoria del Colegio Nacional* de este año, ALGO MÁS SOBRE LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS (que irá en separata a mi Archivo)... Muy adelantada la *Mitología griega*: terminado el tomo de LOS DIOSES y en marcha el de LOS HÉROES. *Idem*. La *Religión griega*. Y callo lo aún atrasado" (*id.*, fols. 71-72). En noviembre de 1959 se dedicó a organizar definitivamente este cuaderno; el día 10 tenía ya "Páginas preparatorias para ALGO MÁS SOBRE LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS, para la *Memoria* anual del Colegio Nacional" (*id.*, fol. 76). El 22 estaba listo el original para la imprenta: "Entregaré al Colegio Nacional para la *Memoria* anual ALGO MÁS SOBRE LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS, 75 páginas" (*id.*, fol. 81). Ya no pudo ver las pruebas ni la *Memoria*, tomo IV, Nº 2, pp. 97-155, que imprimió su trabajo. Pero ya tenía preparado el sobretiro y aun lo daba por hecho: "Primera edición: 1960 / 100 ejemplares", se lee en la página del *Copyright*, en una copia mecanográfica. Y en la "Nota bibliográfica" de *La afición de Grecia*, que apareció póstumamente en 1960, puso una nota al pie de los títulos de sus *Geógrafos del Mundo Antiguo* y de *Algo más sobre los historiadores alejandrinos*: "Las dos últimas monografías, incorporadas en mi Archivo, se recogen primeramente en los años respectivos de la *Memoria* del Colegio Nacional de México" (p. 7). La verdad es que sólo los *Geógrafos* se llegaron a imprimir en sobretiro como Nº 9 de los Instrumentos del Archivo. El último trabajo de Reyes sólo apareció en la *Memoria* referida, y de ahí pasa a sus *Obras Completas*, en este volumen, todo él practicamente desconocido para el gran público, pero no menos sabio y erudito que los anteriores.

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

Instituto Bibliográfico Mexicano.

I

ESTUDIOS HELÉNICOS

PRÓLOGO

OFREZCO aquí una colección de estudios elementales, notas y resúmenes destinados a la divulgación y a la enseñanza. La mayoría ha aparecido anteriormente en revistas, periódicos y colecciones misceláneas, como lo explica el índice. En algunos, me he limitado a condensar páginas ajenas: "El horizonte..." procede de G. Thomson, sobre la antigua sociedad griega; "De Geografía..." procede de W. W. Hyde, sobre los marinos griegos; y "En torno..." procede de W. K. C. Guthrie, sobre las divinidades helénicas.

A. R.

[*1957*]

I

PRESENTACIÓN DE GRECIA

El orbe histórico al que pertenecemos es producto del genio filosófico y artístico de Grecia, completado por el genio religioso de la gente hebrea y el genio político y jurídico de la gente romana. En el origen de nuestra civilización está Grecia, y nuestra civilización ha venido extendiéndose paulatinamente por la tierra, y tiende a cubrir con su manto los vestigios de otras civilizaciones arruinadas. Si, en el peor supuesto, admitiéramos que la civilización hoy por hoy se encamina a un cambio de frente, o siquiera a un considerable desvío —y ya es mucho conceder en el actual estado de comunicación y continuidad entre los pueblos—, todavía hay que reconocer que las coordenadas de esta curva están en Grecia, y que la torsión sólo es explicable cuando a Grecia se la refiere.

Grecia está en el origen de nuestra vida, nuestro pensamiento, nuestra arquitectura lingüística, nuestros hábitos. Grecia es el embrión, pero un embrión que presenta dos singularidades casi increíbles. En primer lugar, por cuanto a su valor propio, los embriones suelen ser cosa titubeante, indecisa, para cuya justa estimación hace falta, al menos, tanta tolerancia como respeto. Aún no sabemos si pararán en dechados o en monstruos. Y sucede que Grecia, en el orden filosófico y artístico, sigue siendo un término ejemplar. Todavía tenemos mucho que aprender en sus modelos no superados. En segundo lugar, por cuanto a su sentido, los embriones suelen ser poco o nada orientadores. No sabemos para dónde van a crecer ni adónde nos pueden llevar. Y sucede que Grecia es ya una rosa de los vientos, una estrella náutica, un centro de rumbos definidos. Basta con prolongar

sus líneas, con seguir los caminos que ella dejó trazados, para cubrir la telaraña del mundo.

Aun la caridad y la necesidad de un Dios justo —en que insistirá Israel— tienen ya su sitio preparado en la mente griega. Y cuando, en la cuba materna del Egeo caigan las urgencias emocionales de Oriente sobre los esquemas dibujados por Grecia, se irá definiendo la figura del Cristianismo en San Pablo; más tarde, en San Agustín, y todavía más tarde, en Santo Tomás, todos discípulos de Grecia. A Roma le tocó solamente prestar la fuerza de propagación y dar a la criatura el bautismo de viabilidad.

Pues la religión de Grecia dista mucho de ser mera mitología, cuentos fabulosos, historias alegres y revolcaderos de dioses. La religión de Grecia tiene dos pisos. El piso superior, el más conocido y difundido por su mismo encanto literario y su comodidad sismbólica —la antropoteología olímpica en suma—, viene a ser algo como un ritual cívico muy comparable a nuestras fiestas y celebraciones nacionales. Detrás de las vistosas imágenes —a veces, verdaderos intermediarios y santos patronos— se reconoce algo universal, fatal y eterno; se implora a una fuerza superior que el espíritu humano acaba por aislar en la noción de un Dios único, omnipotente e intachable.

Por eso los filósofos griegos sólo usan del mito como alegoría expresiva —y a veces lo inventan para explicarse, como lo hizo Platón, el mayor genio religioso de Grecia—; pero quedan en libertad de reírse, cuando les place, del antropomorfismo entendido al pie de la letra. Pues en Grecia no hubo dogma, ni credo articulado, ni catecismo, ni Iglesia como hoy la entendemos, ni verdadero sacerdocio a la moderna. Cada padre de familia era un sacerdote, contaba con su ara doméstica; y a lo largo de los años, los meses, los días, oficiaba en una serie nutridísima de celebraciones sagradas, que ningún moderno resistiría, ni los que más y mejor cumplen con los mandamientos de su profesión religiosa.

Tal es el piso superior de la religión griega. El piso in-

ferior, prendido aún a la magia agrícola, a las fiestas y orgías de las estaciones, conserva y prolonga el verdadero fondo étnico de las creencias, alcanza temperatura mística en el orfismo y los llamados Misterios. Pero un día el mundo griego pierde la brújula ante la ruina de los antiguos Estados-Ciudades y a causa de la conquista extranjera: Macedonia, Roma. Se desconcierta entre los ensanches de los nuevos descubrimientos geográficos y los nuevos pueblos y maneras que afloran a la historia. Sobreviene un desquiciamiento de la antigua economía social y cuanto ella significa. Entonces, abandonados ya los inútiles altares cívicos de antaño, sube como marea la religión del segundo piso. Casi diríamos: suben de las catacumbas los Misterios. Las aguas se mezclan con los ardientes acarreos asiáticos; "proliferan" las aberraciones místicas; y entre todo ello, triunfa y se define un solo Misterio, el Cristianismo, herencia depurada y enriquecida, pero herencia legítima —por justa evolución histórica— del saldo que arrojan las vicisitudes religiosas de Grecia. Así lo explican sumas autoridades eclesiásticas y humanísticas, sin por eso atentar a la doctrina de la Revelación. Y así, en nuestra concepción de la vida y de la muerte, del mundo y del trasmundo, otra vez aparece Grecia.

Nadie ignora lo que significa el arte de Grecia, todos lo admiran, y es por ventura el aspecto más popular del riquísimo legado helénico. En las angustiosas dimensiones de esta exposición, sólo cabe usar una palabra para caracterizar el arte griego, y esa palabra es "equilibrio". Lo asombroso es que en tan poco tiempo se haya llegado al arte clásico, tras aquella oscuridad causada por las últimas invasiones llamadas dorias; oscuridad que sólo de lejos ilumina el faro de Homero. Porque Homero es poeta arqueológico, casi equivalente a lo que hoy sería un épico que cantase la Conquista de México.

Es verdad que Grecia no brotó de la nada. Cada vez se excava más en el terreno de esa antesala de Grecia que fue la civilización egea, en su era cretense o minoica, y en su

era micénica; así como cada día se descubren con mayor nitidez los antecedentes del Asia Menor y la costa siria, que han reducido mucho la preeminencia antes concedida al solo Egipto en la preparación de Grecia. Pero también es verdad que entre aquellas vetusteces y la Grecia propiamente dicha parece haberse agregado, a ojos de los mismos griegos, la luz de la historia. Al punto que ellos mismos fraguaron una ficción mitológica para hacer veces de prehistoria. Sobre esta etapa previa sabemos hoy más que los griegos de ayer. Y lo que sabemos apenas empezamos a averiguarlo en nuestros días, gracias a la piqueta de Schliemann, de Evans.

Tampoco necesita largo comentario el significado de las letras griegas. A ellas tiene que volver todo escritor, como vuelve el campeón de golf, de cuando en cuando, a los ejercicios de la clava (o *club*), para corregirse de los vicios que va contrayendo en los *links*. Acaso al constante contacto con la vida, con sus amarguras y sus goces, sus afanes y triunfos, deben los escritores griegos ese aire de salud general que hace sus obras inconmovibles. Los escritores modernos, junto a ellos, parecen todos alambicados. Aquellos excelsos poetas no conocieron la torre de marfil. La vida pública se les confundía —como a todos los griegos— con la privada; participaban en la asamblea, en el consejo, en los tribunales, en la guerra, y despachaban por sí sus negocios y se ocupaban en su heredad. Eurípides, por ejemplo, ha dejado un centenar de tragedias, ¡y de los veinte a los sesenta años tuvo que cumplir su servicio militar y participar en varias campañas!

La originalidad verdadera nunca busca la originalidad. Los poetas griegos no necesitan lanzar manifiestos —eso lo dejamos a los políticos—; se manifestaban en sus versos. Plenamente vitales, no les hacían falta las drogas para sentirse vivos. No suspiraban por beber vino azul, que ya tenían su vino rojo, y una buena bocanada de aire bastaba para transportarlos. No se les ocurrió cultivar claveles verdes, porque se satisfacían con el lirio silvestre que Safo recogió un día

en las laderas. ¿Si eran más primitivas que nosotros? Ciertamente: y estaban más lejos del manicomio.

Pero vale la pena recordar que aquella diminuta Grecia —menor que algunos de nuestros Estados federales—, parece haberse empeñado en darnos el proceso de la historia literaria en un muestrario diminuto e intenso, fácil de abarcar, tan hermoso como comprensible, al modo de un "plano-relieve" que puede ponerse en una mesa. Los géneros se suceden de una en otra época: epopeya, lírica, drama (tragedia y comedia antigua), comedia romántica, ensayo y novela. En cuanto a los oradores, vinculados al desarrollo, los vaivenes y la ruina de la democracia, cuando pierden su utilidad pública se transforman en conferenciantes de salón, y van incurriendo en excesivos lujos verbales. De suerte que los géneros pueden estudiarse por épocas, casi aisladamente, como si los hubiera ordenado así un sumo maestro de la literatura universal, para mejor conducir la educación de los hombres.

La historia, que brota entre las genealogías más o menos míticas y las crónicas locales, sabe conservar, al expandirse con los auténticos historiadores, una objetividad manifiesta que, sin empañar el sentido panhelénico ni el amor a la ciudad patria, les permite decir al pueblo sus verdades. Y tras leerlos, nos reímos de los que pretenden que la historia no da lecciones, sean quienes fueren. Cuando menos, aquellos historiadores nos aleccionan sobre el modo de escribir la historia. Y el respeto a la libertad histórica es una de las prendas más delicadas, más inestables de las culturas: verdadera flor que dura un día, según lo sabemos los contemporáneos. Aprécíese lo que era esa libertad de juicio, recordando que el comediógrafo Aristófanes, en plena lucha de la alianza ateniense contra la liga lacedemonia, se permitía censurar y poner en solfa a los demagogos que capitaneaban el partido de la guerra y que aconsejaban, para sostenerla indefinidamente, seguir expoliando a las pobres islas aliadas.

La filosofía griega, la ciencia, la libre investigación, asoman entre aquellos colonos plantados por los litorales del

Asia Menor, a quienes *grosso modo* podemos llamar los jonios. La insolencia de los jonios, al enfrentarse con los terrores sagrados y la mortal solemnidad de los imperios asiáticos, funda el pensamiento científico. Los babilonios aún mezclan la cosmología y la astronomía con la astrología y la magia. Los griegos las emancipan. Los egipcios se contentan con fábulas religiosas y reglas de albañilería o contabilidad para tratar las inundaciones del Nilo, las reparticiones de tierras, las cuentas de las despensas faraónicas. Los desenfadados helenos —que llaman "pastel" a la pirámide, "asador" al obelisco, "chisguete" a la catarata, "gorrión" al Ibis sagrado, y que inscriben con el cuchillo el nombre de sus amantes en los pies del ídolo egipcio—, a nada temen, buscan las causas naturales de los fenómenos, emancipan la teoría geométrica y matemática. Ciencia y filosofía alcanzan las cumbres que todos saben, y aun hoy mismo la nueva física-matemática, las geometrías no euclidianas y la lógica dinámica y post-aristotélica necesitan constantemente dejarse caer del trapecio y reposar en el suelo griego, entre uno y otro acto acrobático.

La economía griega nos deja una lección por lo menos: la agricultura casera y patriarcal produce la sobrepoblación. Su misma virtud acaba por matarla. Los pueblos se lanzan a colonizar el litoral anatolio al oriente; la Italia Meridional y Sicilia al occidente (la Magna Grecia o América de los griegos); y al norte, el temeroso Mar Negro o Ponto Euxino, ya tanteado por el legendario Jasón. Dos ciudades llegan tarde al festín: Esparta y Atenas. Esparta se empeña en resolver el problema conquistando y esclavizando a los vecinos, y así se acuartela entre ellos para siempre y vive en un rigor bélico exagerado que detiene y aun hace retroceder su evolución social y política. Atenas halla otra solución: se lanza al comercio de exportación y a las artes que de él proceden, crea la marina y, para dar entrada a las nuevas clases artesanas, inventa la democracia.

La historia griega, en conjunto, también nos deja una en-

señanza. Aquellas patrias chicas o Estados-Ciudades, aunque en discordias continuas, dan un libre juego a la mente y a la acción del hombre, lo que se desvanece visiblemente cuando ellas se vienen abajo. No logran realizar la unidad sino bajo la conquista extranjera. Aristóteles, mente griega, no entiende aquel sueño de un gobierno total a que se lanza su discípulo, el macedonio Alejandro, poeta armado. También a los ojos de Nietzsche los enormes Estados contemporáneos resultan monstruosidades bárbaras comparados con las ciudades griegas. Cuando algunas de éstas se empeñan en realizar la hegemonía, caen en espantosas rivalidades y fracasan. La disputa entre Esparta y Atenas es el comienzo del fin. El imperio ateniense corroe para siempre la democracia de los buenos tiempos. El triunfo de la Liga Lacedemonia conducida por Esparta —la cual no estaba preparada para cosecharlo, por falta de verdadero sentido político— acarrea a la larga la ruina de Grecia. Tucídides tenía razón: la Guerra Peloponesia era una guerra trascendental; no sólo acontecía en un rincón de la tierra, sino en el espíritu humano. Y la verdad es que esta guerra entre Atenas y Esparta no acaba todavía y cubre hoy todo el mundo. Aun la enfermedad que contrajo Grecia a última hora nos ha sellado para siempre.*

Febrero de 1949.

* [Escribe Reyes en su *Diario:* "Visita de Fernando Benítez, que me pide para *Mañana* un artículo sobre Grecia (futuro suplemento de *Novedades* dedicado a Grecia)... De tarde, correcciones a la *Ilíada* y escojo fragmento para *Novedades.* ¡Y escribo una PRESENTACIÓN DE GRECIA, de un rasgo!" (16 de febrero de 1949; vol. 10, fol. 185). "Entregué a Benítez para *Novedades* [el] artículo PRESENTACIÓN DE GRECIA y fragmentito [de] la III[a] Rapsodia [de la] *Ilíada* trabajando como loco" (17 de febrero; *idem*). "De tarde, y hasta la media noche, viene Fernando Benítez que me hace leerle muchos inéditos, y me trae el suplemento literario de *Novedades,* precioso, sobre Grecia, del próximo 27 de febrero, con mi PRESENTACIÓN DE GRECIA y mi fragmento homérico" (24 de febrero; vol. 10, fol. 186). En efecto, el suplemento literario de *Novedades,* México, *México en la Cultura,* de 27 de febrero de 1949, N° 4, p. 1, trae el presente ensayo y el fragmento de la *Ilíada* (rap. III, duelo singular entre Paris y Menelao), en traducción de Reyes. Se publicó también, casi de inmediato en *Número,* de Montevideo, marzo-abril de 1949, año I, N° 1, pp. 6-11; pero Reyes, quizá por error, en 31 de agosto de 1953, según el *Diario,* remitió

"Presentación de Grecia para *Número* de Montevideo y al *Nacional,* Caracas" (vol. 12, fol. 45), lo que se confirma con una carta del propio Reyes a Emir Rodríguez Monegal, de la misma fecha, que dice: "Le mando al fin un artícuo para *Número:* Presentación de Grecia." El 26 de abril de 1954, anota: "Doy a Emma Speratti Presentación de Grecia para *Buenos Aires Literaria*" (vol. 12, folio 91). No hemos podido comprobar esas presuntas publicaciones. Antes de pasar a *Estudios helénicos* se reimprimió en la *Memoria de El Colegio Nacional,* México, año de 1954, pp. 55-61, y fue leída públicamente por Reyes: "Noche: conferencia (Presentación de Grecia) en el Club Juvenil Heleno-Mexicano (auditorio chico [del] Seguro Social)", se lee en el *Diario,* a 23 de marzo de 1955; vol. 12, fol. 175.]

REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DE GRECIA

NO HACE falta meterse en "ismos" comprometedores ni infeudarse en tal o cual secta para reconocer que el estudio histórico de los pueblos no es completo mientras se prescinda de su evolución económica y de las agencias económicas. El materialismo histórico sólo es falso cuando pretende ser una explicación total y exclusiva, reduciendo así a determinaciones exteriores lo mucho de invento, de libre y desinteresada iniciativa que caracteriza a la conducta humana, y todo eso que ha llamado Croce la *libertad* del acto histórico.

Declarar, por ejemplo, marxista o siquiera precursor del marxismo a Benjamin Franklin, que no era más que una criatura predilecta del buen sentido, sería una verdadera monstruosidad. Y Franklin, con todo, en sus reflexiones teóricas lo mismo que en su estrategia política (no olvidemos que fue el negociador de su naciente república ante el rey de Francia), nunca perdía de vista el factor económico que motiva, junto a otros estímulos, las decisiones de los hombres. Así, acostumbraba repetir que, "en estado de pobreza extrema, aun la honradez resulta difícil, y el morral vacío no puede mantenerse de pie". Enseñanza de nuestro grande maestro Perogrullo, mucho más sabio de lo que suele concedérsele.

En el caso de la antigua Grecia —verdadero campo experimental para el estudio de la civilización de Occidente, expresivo y fácil como un ejemplo de enseñanza primaria hasta por haber sido un orbe limitado y pequeño, verdadera brújula que deja trazados los rumbos para los siglos venideros—, se ha insistido hasta la saciedad en la historia heroica y la política, en la cultural, en la artística. Pero por lo mismo que estas fases de la vida helénica son tan fascinadoras, no siempre se otorgó la consideración debida a la historia económica y social.

Los dos focos orientadores de Grecia, y aun puede decirse "los dos polos", que lo son como todos saben Atenas y Esparta, se entienden y se sitúan mucho mejor si, al lado de su índole peculiar —supuesto abstracto y que no se entiende por sí solo— se toma cuenta de sus vicisitudes económicas. Lo explicaremos brevemente:

La Grecia arcaica vivió de la agricultura doméstica, en régimen paternal y casero. Útil y provechoso en su hora, este régimen desarrolló inmensamente la población, y de aquí su fracaso, hijo directo de su éxito. La gente ya no cabía en la Grecia peninsular, "la Grecia continua", que decía Éforo.

Grecia era un semillero de Estados-Ciudades y nunca logró, por suerte o por desgracia, la unificación política ni la religiosa, ya que fracasaron los intentos imperialistas de sus capitales —Atenas, Esparta, Tebas—, y los intentos atractivos y conciliatorios de sus Panegirias, sus Oráculos, sus Grandes Sagrarios y sus Anfictionías, las cuales acabaron corrompidas por la intriga extranjera. Tal unificación sólo se obtuvo por imposición ajena y a manera de vasallaje. Fallida también la empresa conquistadora de Persia, tocó realizar la unidad política de los helenos —a cambio de su libertad—, primero a Macedonia y después a Roma.

Pues bien, ante el problema de la sobrepoblación, la mayoría de aquellos Estados griegos independientes se lanzó a una serie de colonizaciones sucesivas: al Mar Negro o Ponto Euxino, y de aquí la expedición de los Argonautas en busca del fabuloso Vellocino de Oro; a la costa del Asia Menor, la antigua Anatolia, y de aquí la Guerra de Troya y la epopeya homérica; a Italia y a Sicilia, y de aquí la fundación de esa América de los griegos que fue, en el Occidente Mediterráneo, la llamada Magna Grecia.

Pero algunos Estados, y por ventura los que habían de alcanzar mayor relieve histórico, Atenas y Esparta, llegaron, tarde a la colonización. Y se dijeron, como en los versos de Peza: "¡Ya compraron mis hermanos / Toda la juguetería!" De algún modo había que resolverlo.

Esparta decidió extenderse sobre las tierras vecinas, sobre sus hermanos de raza, en vez de navegar, como los otros, en busca de tierras despobladas y bárbaras. Se metió en un callejón sin salida; se arrojó a las guerras de Mesenia; perturbó su ser para siempre; tuvo que vivir acuartelada entre pueblos hostiles; se agotó a lo largo de ocho siglos en una conquista que nunca pudo consumar; atajó defintivamente su posible evolución democrática; vivió por y para la guerra; se quedó presa en formas e instituciones crueles y atrasadas; contuvo su natural respiración al punto de sofocar los vuelos de la poesía, que para la lírica, por ejemplo, había amanecido augurando auroras radiosas; mantuvo a lo largo de su dura existencia una rigidez y una miopía manifiestas; nunca pudo entender los intereses y los ideales panhelénicos de ensanche y de libre expansión; no veía claro lo que pasaba más allá de sus puertas; hasta acudía de mala gana a las guerras en que se decidía la vida o la muerte de la gran familia griega; aun cayó en traicioneras alianzas con el tradicional enemigo persa... Cuando las ciudades griegas se encaminan victoriosamente hacia la historia, Esparta se repliega hacia la prehistoria. Entre la luz y la armonía de Grecia, la negra máscara de Esparta gesticula dorolosamente.

Atenas, por su parte, también asfixiada con su plétora interna, dio con la solución que sería la base de su grandeza y le daría su sentido ideal. ¿No bastaba ya la agricultura casera para el alimento de su pueblo? ¡Pues inventó el comercio de exportación! Derivó en reforma constitucional los amagos de la revolución latente. Dio cabida en el gobierno a las nuevas clases obreras. Creó la marina mercante para exportar sus productos; y para acarrear su aceite, fomentó su industria de alfarería. Se hizo artesana, como corresponde a la ciudad protegida por la diosa Atenea. (Cuando el dios marino Posidón y la diosa Atenea se disputaron, en concurso, el patronato de Atenas, aquél inventó el caballo, rara maravilla, pero ésta invento el olivo, futura riqueza de la ciudad, y plantó el primer arbusto en la Acrópolis). La in-

dustria, la navegación y la democracia ateniense se sostenían entre sí como las tres Gracias enlazadas.

Por supuesto que las soluciones históricas son transitorias. Los pueblos están en movimiento incesante. Los factores del presente éxito determinan los fracasos de mañana. La tela de Penélope incesantemente se teje y se desteje. Cuando Atenas, por su misma virtud panhelénica, quede por verdadero capitán de todas las Grecias como premio a su conducta en la Guerra Persa —victoria que Esparta se dejó arrebatar por falta de ideales, pues aunque tenía manifiestas superioridades tácticas nunca supo por qué ni para qué combatía, y se fue borrando en la penumbra—, Atenas misma caerá por aquel derrumbadero que la llevó a convertirse en un yugo intolerable de las islas aliadas, y al fin, al desastre de Sicilia. Entonces la tradicional Salvadora de Grecia —como la llamaba Heródoto— incurrirá en la tiranía y el despotismo, y paradójicamente, Esparta se ofrecerá como guardadora de las libertades helénicas. Ilusión de un día, pero ella fue causa de aquella larguísima y aleccionadora Guerra Peloponesia con que comenzó el desastre de la nación griega. Tuvo razón Tucídides al considerar que aquella guerra era la más trascendental hasta entonces conocida en la historia. ¡Como que dura todavía! Atenas y Esparta siguen peleando en todo el mundo. Los errores de las democracias victoriosas permiten que las fuerzas oscuras levanten otra vez la marea. Ante los ensombrecidos horizontes, se oye el lamento de los filósofos y de los poetas. Eurípides, despechado, llora sobre su intachable Atenas de antaño, "su Atenas coronada de violetas". Aristófanes parece que ríe, pero con las lágrimas en los ojos. Platón, el inmenso Platón, se refugia en las frías aberraciones de una República artificial que ha comenzado ya a tener miedo hasta del gozo y de la belleza.

El proceso sería muy largo de contar. Tal vez lo desarrollemos un día, aunque sea de modo sumario y tocando sólo las cumbres del fenómeno, para no desviarnos en digresiones eruditas. Entonces podremos acompañarlo desde

la Edad de Bronce, desde el cuadro de civilizaciones prehistóricas entrevisto por el poeta Hesíodo, áspero campesino de Ascra —pasando por las repúblicas, las tiranías y su sentido social, las complejidades de la política exterior en Esparta y el significado histórico de su aristocracia "discriminadora"—, hasta la intervención romana en Grecia a fines del siglo III antes de Cristo. Y entonces veremos, a qué punto se aclaran ciertas incoherencias aparentes de que la sola historia heroica no puede dar cuenta y razón. Así la mudanza trascendental en la política del Senado Romano por 201 a 200 a. C., las negociaciones entre el Cónsul Flaminio y Filipo de Macedonia; el filhelenismo de los propios conquistadores que alcanza su auge después de la batalla de Cinocéfalos; la conducta del Senado y de Flaminio para con Nabis, el tirano de Esparta; la calculada maniobra para hacer aparecer a Filipo como el único y verdadero enemigo de Roma; la actitud que asume el Senado con la Liga Aquea (los defensores de Grecia), y otros extremos, como el problema total de la esclavitud entre los antiguos, que los libros populares cuentan simplemente, sin ahondar en las interpretaciones del caso. Pero todo sea en su momento.*

Enero de 1949.

* [En *Todo,* México, 10 de febrero de 1949, Nº 805, p. 18, y el mismo día en *El Porvenir,* de Monterrey, N. L., año XXXI, Nº 11,681, pp. 3 y 7. Se reimprime después en *Vida Universitaria,* de la misma ciudad, 25 de marzo de 1953, año III, Nº 105, 2ª sección, pp. 1 y 3, y en el *Papel Literario,* suplemento de *El Nacional,* de Caracas (recorte s. f., en el Archivo de A. R.): las cuatro veces lleva al pie la fecha de "Febrero de 1949"; pero en la *Memoria de El Colegio Nacional,* México, año de 1955, pp. 91-95, y en *Estudios helénicos,* se corrige por "Enero de 1949".]

INTERPRETACIÓN DE LAS EDADES HESIÓDICAS

1. HOMERO es un poeta arqueológico. Entre su época probable —siglos VIII a VII a. C.— y la época que nos describen sus dos grandes poemas median cuatro o más centurias: lo que hoy sería una epopeya sobre Cuauhtémoc y Cortés compuesta por un contemporáneo nuestro. Pero, al reconstruir el pasado, Homero no puede menos de inspirarse hasta cierto punto en los ideales de su tiempo. Refleja el pensamiento social de los jonios, la riqueza de las colonias griegas tendidas por el litoral del Asia Menor, y manifiesta su decidida conformidad con el régimen de los príncipes. Hasta es posible que también deje traslucir ciertas rivalidades entre las ciudades griegas de sus días, proyectándolas artísticamente hacia el pasado bajo la forma de diálogos, relatos, episodios y genealogías. Ni siquiera disimula el peligro que se aproxima: hace que Odiseo amoneste a la tropa recordándole los inconvenientes del mando repartido, y acuña esta fórmula que todos los autócratas griegos repetirán más tarde en sus luchas contra la democracia: "Sea uno solo el rey y jefe verdadero." El monarca en la tierra, como Zeus en el cielo, impera por derecho divino. El deslenguado Tersites, primer rebelde de la literatura occidental, que se ha atrevido a censurar a los reyes, es vapuleado por el sutil Laertíada delante de todos los guerreros y con regocijo de todos. En este argumento, Homero asume una postura definida ante el porvenir. Pero aunque Grecia está destinada a desarrollarse por el camino de la futura democracia, el buen sentido de aquel pueblo (lo que hoy llamaríamos su saludable capacidad "deportiva") no escatimará a Homero la merecida veneración. Respetará en él al poeta, al hombre de su siglo, sin por eso obedecer sus principios en las prácticas de la política. Sólo Platón parece inquietarse ante los peligros que, en este

orden, entraña la frecuentación de Homero y, al sentar las bases de su república ideal —por desgracia tampoco capaz de seducirnos—, aconseja que se lo destierre.

También deja sentir el poeta los ecos del tránsito entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. Este tránsito ha acontecido antes de sus días, puesto que él vive en la época del hierro y es posterior a las invasiones dorias. Pero no incurre en anacronismos por el hecho de referirse al empleo de ambos metales, pues nadie puede figurarse que los utensilios de hierro se difundieron de repente, haciendo desaparecer como por encanto los utensilios de bronce. El hierro no era todavía el arma de los aqueos, ni de los troyanos, dárdanos y aliados cuyos combates pinta la *Ilíada*. Las armas eran aún de bronce; sólo el licio Pándaro, por excepción, usaba flechas con púas de hierro, y apenas en la fértil memoria del anciano Néstor quedaba el recuerdo de la singularísima clava férrea en que solía pelear antaño Areítoo el Macero, "así llamado hasta por las mujeres de galana cintura". Aquiles, entre los premios que ofrece a los vencedores cuando los juegos fúnebres de Patroclo, aporta un lingote de hierro puro a modo de estimable rareza, acaso un meteorito, advirtiendo que podrá servir, no para espadas, flechas o picas, sino para proveer a los instrumentos de labranza durante unos cinco años. Hay otras menciones del hierro.

Por supuesto que atribuir al simple uso general del hierro —como todos lo hacemos por economía del discurso— la superioridad guerrera de los dorios y la victoria de sus invasiones es sin duda una simplificación excesiva. Como hemos dicho en otra ocasión, el triunfo de los dorios puede atribuirse asimismo a su arcaica organización tribal, que permitía repartir armas iguales para todos.* El hierro era más barato y más accesible a las huestes que el bronce, privilegio de los caballeros aqueos. Conviene añadir, por una parte, que la cultura del bronce se venía derrumbando por

* Ver "El horizonte económico en los albores de Grecia" y en este mismo libro, pp. 60-68.

su propia crisis interior, y por otra, que la resistencia mayor del hierro no debe tomarse al pie de la letra. Aquel hierro no era, ni con mucho, el hierro industrial que hoy conocemos, bien penetrado de carbón y silicio, ni para lograr este producto se contaba ya con los altos hornos, conquista de los medievales.

2. El hablar de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro nos lleva a la poesía de Hesíodo. A él debemos estas pintorescas y felices denominaciones. Hesíodo es algo posterior a Homero. Prescindiendo de la "cuestión homérica" y de la "cuestión hesiódica" (atribución y elaboración de las obras que corren a nombre de ambos poetas, autoría, fecha, interpolaciones y corrupciones del texto), y aceptando candorosamente las tradiciones, aunque sea por un momento, podemos decir que los dos han convivido como un viejo y un joven, y hasta que han rivalizado en algún concurso. La concepción del mundo, en Hesíodo, parece a veces más nueva y, a veces, más vieja que la de Homero. Sin duda que el sentimiento político del beocio es más adelantado que el del "ciego de Quíos"; pero su sentimiento religioso y su cosmogonía resultan, junto a la diafanidad homérica, oscuros y atrasados.

En *Los trabajos y los días* Hesíodo nos ofrece un relato de la vida contemporánea. En la *Teogonía* nos traslada al tiempo imaginario, orígenes del mundo y los dioses. Poco sabemos de él, más que de Homero en todo caso; pues ha abandonado la objetividad épica de su precursor, suele hablar en primera persona y refiere sucesos de su existencia, que la leyenda se encargará luego de sazonar. Sin embargo, hay que leerlo con reservas; tal vez su hermano Perses, de cuya conducta se queja, no sea más que el "Fabio", el vocativo poético indispensable a su discurso, a sus reprensiones y censuras. Con Hesíodo, en efecto, la epopeya de guerras y de aventuras pasa a ser —según el espíritu de Beocia, Lócrida y Tesalia— una epopeya moral, didáctica y gnómica,

imbuida de sabiduría popular, fábulas y refranes de agricultura. Estamos ya muy lejos de las deslumbrantes cortes greco-asiáticas. Nos acercamos al dolor de la gente humilde, nos codeamos con los rústicos, los desposeídos, los oprimidos por los magnates y terratenientes. Oímos las protestas contra la injusticia social, en términos que recuerdan los clamores de los profetas hebreos. Hesíodo se lamenta y lanza acusaciones. Presentimos los próximos levantamientos democráticos contra las aristocracias feudales.

Pero, en cambio, la religión de Hesíodo está todavía llena de supersticiones y terrores primitivos, a diferencia de lo que acontecía en Homero, donde toda vulgaridad ha sido cuidadosamente eliminada, donde los ritos eran ya sucintos, y la creencia había alcanzado notable asepsia. Como no podía menos de suceder, las preocupaciones políticas de Hesíodo hallan su imagen en el cielo. Si, en el Olimpo de Homero, es legítimo ver una figura del Estado como lo entendían los micenios, si Zeus es el dios máximo por derecho divino, al modo de Agamemnón entre sus caudillos, en Hesíodo sólo llega Zeus a la primacía por libre elección de los demás dioses, tras la victoria contra los antiguos Titanes. Verdad es que, en su afán de sistematizar a toda costa el cuadro de la mitología, Hesíodo nos conduce, por metáfora de encadenamiento y descendencia biológicas, desde las primitivas entidades abstractas (Caos, Gea, Urano), hasta los Titanes (Cronos, Rea); de éstos, a los dioses olímpicos (Zeus, Hera); y finalmente, a los héroes y príncipes, que así obtienen al cabo una legitimación celestial.

3. A cuestas con su bagaje de amargura, el áspero labriego de Ascra deja por un instante el arado, alza las manos encallecidas y llora sobre la gradual decadencia de la familia humana, trazando, en *Los trabajos y los días*, el panorama de las célebres Edades, primer intento de una filosofía de la historia. El referir al metal predominante las cuatro épocas fundamentales —oro, plata, bronce, hierro—, lo revela como

hombre atento a las bases económicas de las culturas. Aun se le ha atribuido un poema, *Los Dáctilos del Ida,* consagrado a la metalúrgica más remota.

Tal actitud no debe extrañarnos. Las artes del metal contaban ya con una muy larga tradición, y su sorprendente progreso es característico desde el primer periodo heládico, y en el Cercano Oriente, desde mucho antes. La mitología nos permite apreciar que el arte metalúrgica, bajo la advocación y el amparo del dios Hefesto, poseyó prestigios de magia y era cosa de religión y de iniciados. Desde la lejana Cólquide, en el fondo del Euxino o Mar Negro, adonde llegaron un día los Argonautas buscando el Vellocino de Oro, y donde se escuchaba ya el trueno perpetuo de la fragua hefestiana, como un resuello de las cumbres vecinas, hasta los indecisos límites de Occidente —acaso más misteriosos todavía porque los primeros exploradores envolvían en fábulas de terror y espanto el secreto de sus rutas comerciales como quien esconde un monopolio, fábulas que han dejado su impronta en los cuentos de la *Odisea*—, todos los talleres del fuego y del mazo parecen poblarse con las sombras de los hechiceros (Eetes, Circe y Medea, progenie del Sol Hiperiónida) y con las sobrehumanas imágenes de Cíclopes, Dáctilos y Curetes, gigantescas contrafiguras de aquellos enanos septentrionales que, en las tierras bárbaras, guardaban el oro del Rin.

Sin duda bajo las Edades Hesiódicas, como bajo todas las historias que Hesíodo nos relata con tosquedad y encanto, se esconde un amontonamiento folklórico y secular, a que él quiso dar continuidad y coherencia —sin lograrlo del todo—, llevado por su temperamento de poeta clasificador. Pero el pretender, con algunos extraviados, que las Edades Hesiódicas corresponden exactamente a los periodos sociológicos de Engels o de otros teóricos modernos (el Oro al salvajismo paleolítico, la Plata a la barbarie neolítica, el Bronce a la propia arqueología del bronce, el Hierro a la nueva civilización urbana) no pasa de mera puerilidad. El oro y la

plata son aquí designaciones más bien poéticas; el bronce y el hierro tienen ya mayor fundamento histórico. Y en cuanto a esa quinta Edad Heroica, que realmente rompe la gradación y se inserta entre la penúltima y la última a modo de alivio o esperanza, ella no pasa de ser un tributo que Hesíodo rinde a la épica precedente y a la poesía homérica, por el empeño de dar algún sitio en su sistema a los recuerdos de las guerras tebanas y al deslumbrante cortejo de la saga de Ilión. Desde la cumbre de la Edad de Oro, la humanidad se precipita en un menoscabo creciente hasta los abismos de la Edad del Hierro; pero, antes de la catástrofe final, la pausa de la Edad Heroica abre un paréntesis glorioso, engañoso relámpago que precede a la oscuridad final.*

4. Era natural pensar en el oro, mineral de fabuloso prestigio, para relacionarlo con la etapa de la virtud primitiva; casi diríamos, con el estado de la criatura humana antes de la Caída. Hesíodo no conoce ya materia más valiosa que el oro. Cuando, en la *Ilíada*, Glauco y Diomedes truecan sus armas en señal de amistad, Homero sonríe: las armas de bronce del Tídida hubieran quedado bien pagadas con nueve bueyes, mientras que las armas de oro de Glauco valían cuando menos cien bueyes. Descontada la obra de mano, esto nos da idea de la proporción de los precios. Todavía imaginamos que lo muy excelente es de oro. Los descubridores de América soñaban con encontrar ciudades de oro, tal vez hombres de oro. Moctezuma se desnudó ante Cortés para hacerle ver que era de carne y hueso y no de oro. La frase hecha llama todavía "sueño dorado" al más alto anhelo. De modo semejante se ponderó mucho tiempo la buena calidad del trigo, de la nuez, la rosa, las palomas y aun los jabones diciendo que son "de Castilla".

* En su edición de Heródoto (Londres, 1932, p. 16), T. A. Sinclair relaciona la teoría de las Cinco Edades con las enseñanzas de Zaratustra, quien proponía cuatro edades, de mil años cada una. La Edad Heroica, de Hesíodo, vendría a ser, según esto, la contribución personal de este poeta a un esquema tradicional que andaba entre las nociones de la época.

Si las utopías reformistas sitúan y prometen el ideal en el futuro, las utopías "soledosas" añoran el bien perdido en el pasado, de cuya imaginada grandeza, como el anciano Néstor, no aciertan a apartar los ojos. Don Quijote, ante los asombrados cabreros, evocará un día la Edad Áurea con acento comparable al de Hesíodo. En aquella edad, dice éste, los hombres, "dotados ya de articulado lenguaje", viven de los frutos de la tierra, sin pena ni trabajo alguno, en paradisiaca ociosidad. Adviértanse las dos notas características: la práctica de la recolección, anterior a la agricultura, y el uso de la palabra. Igualmente Adán vivió un tiempo de la espontaneidad natural, y comenzó a organizar su imagen del mundo mediante la palabra, los nombres que asignaba a los animales.

Pronto a la recolección vegetal se añadirá la caza, en que ya aparece la sangre. Pero, entre tanto, el habla atesora y trasmite las experiencias. En adelante, todo se crea, nada se pierde, y la existencia humana se levanta de su lecho zoológico, y toma rumbo hacia el desarrollo social.

No sabemos cómo sobrevino la primer postración del hombre. El mito helénico, a diferencia del hebraico, no nos habla de ninguna culpa original. Pero, antes de caer en la Edad de Plata, hagamos una breve excursión por el reino áureo, el reino de Cronos, benévolo y grave espíritu terrestre y celeste, muy distinto del devorador de proles que después nos muestran los poetas y los mitógrafos antiguos.

Homero —comprobado hoy por los descubrimientos de Schliemann, Dörpfeld, etc.—, nos habla del oro que ostentaban los príncipes. La constante evocación del oro da un fulgor solar a sus escenas, realzadas entre las irisaciones de los mares vinosos y las torvas nubes suspendidas sobre las montañas. Néstor lleva al campo de batalla la copa traída desde Pilos, cuyas cuatro asas flanquean cuatro palomas que picotean el grano, probables símbolos regios o religiosos. La Copa de las Palomas descubierta en una tumba micénica parece su pálido vestigio. Aquiles custodia en su

tienda la copa consagrada a las libaciones de Zeus. Cuenta habida de las hipérboles poéticas, es manifiesto que el oro abunda. La piqueta ha desenterrado zarcillos macizos en espiral, máscaras mortuorias, vasos, broches, alfileres, puños de espada, amén de los remaches e incrustraciones que adornan numerosos objetos.

El oro procedía de Macedonia, Taso, Egipto (frontera de Etiopía y Arabia), Nubia, Lidia, del valle danubiano y de Transilvania. El medio de adquisición era elemental y directo: la piratería y el saqueo. Pero, según Estrabón, la riqueza de Tántalo y sus descendientes los Pelópidas provenía de las minas de Frigia, especialmente del monte Sípilo: la de Cadmo provenía de Tracia y del monte Pangeo, y la del troyano Príamo, de Astira, cercanías de Abido. Tal era el oro de Micenas, tal el de Troya, que Agamemnón tanto apetecía si hemos de creer a Tersites. Con todo, téngase presente que este oro material no es aquel oro inmaterial de la edad primera, donde ni hacía falta ni se conocía más riqueza que la sola felicidad.

En la época histórica el oro ha comenzado a escasear, y los tesoros de Midas (minas del Bermio), de Giges, de Aliates, de Creso (minas lidias excavadas entre Atarneo y Pérgamo), inspiran profunda reverencia. Los lacedemonios, cuenta Heródoto, no encontraban oro bastante para hacer una estatua de Apolo, y tuvieron que pedirlo a Midas. Hierón de Siracusa no encontraba oro para su imagen de la Victoria y para el trípode que quería ofrecer a Delfos, y al fin lo obtuvo en Corinto, donde un tal Arquiletes lo había venido juntando grano a grano y pieza por pieza, y se lo vendió a cambio de todo un cargamento de trigo y otros objetos. Ateneo habla ya de la escasez de oro en Grecia, por los días de la conquista macedónica y antes de que Filipo comenzara a explotar las minas de su país. El oro de Taso y Sifnos en los tiempos históricos —este último, muy efímero, por algún castigo de Apolo—, no corresponde ya a nuestro estudio. Pero volvamos a los siglos arcaicos: para los días de Hesíodo,

sólo se sabe que la Edad de Oro ha desaparecido, tal vez para siempre.

5. Sobrevino la Edad de Plata. (La plata es el material segundo en la estimación de antiguos y modernos.) Es ésta una era de niños seniles, cuya infancia dura cien años sin adquirir nunca experiencia, una infancia seguida de una triste y rápida decrepitud. Aunque menos dichosa que la anterior, esta edad todavía conserva algún encanto. A Cronos y su primavera eterna han sucedido Zeus y su régimen de veranos cortos e inviernos crudos y prolongados. Si nos empeñamos en armonizar leyendas inconexas, es posible que por esos días Prometeo haya robado el fuego celeste para protección de las criaturas humanas... ¿en la era de las glaciaciones? Los dioses ya no están contentos con los hombres, y se disputan con ellos sus honores y privilegios. Zeus acaba por disponer que la tierra se trague a las generaciones de la Edad de Plata.

Para la edad anterior hemos dado una idea sumaria de cómo el oro hesiódico —casi un símbolo— pudo inspirarse en el oro real y efectivo. Preguntémonos ahora si, bajo la plata poética, Hesíodo pudo disimular alguna experiencia verdadera sobre la plata comercial de su tiempo. Por lo pronto, y también de un modo general y esquemático, el auge de la plata es posterior al auge del oro. La plata será más bien explotada en la era histórica: recuérdese la célebre mina del Laurio, tan provechosa para Atenas cuando se la trabajó con método. Pero ya Homero habla de clavazones de plata en las empuñaduras de las espadas, y dice que "en la distante Álibe hay plata a montones". (¿Es la ciudad de los Cálibos, en Asia Menor, bien la Halis de los hetitas?) En las guarniciones del carro de Hera, en los primores de la isla Esqueria, cuyos habitantes eran como unos parientes de los dioses, Homero alterna la plata con el oro. La arqueología ha encontrado broches de plata desde los orígenes de la cultura heládica. Desde el siglo IX a. C., Asurnasirpal II cobraba

tributos de plata a Tiro, a Biblos y a Sidón. Ugarit obtenía plata en el Tauros, y tal vez Micenas en Troya; pues la alusión a Álibe en el Catálogo de los Barcos se refiere a la época posterior, cuando ya los griegos traficaban por la costa septentrional del Asia Menor. El Tesoro de Príamo contaba con plata, al parecer de origen local, y, a juzgar por los residuos de las tumbas, abundaba más que el oro en ciertas regiones. Entre los metales de Tarshish, de que el suelo del Asia Menor se mostraba muy generoso, Ezequiel no olvida la mención de la plata, junto al hierro, el plomo y el estaño. Los alfileres y fíbulas de plata se hallan en el templo arcaico de la Artemisa Efesia, en la Megara Hiblea y en el cementerio siracusano del Fusco, etcétera.

Hablemos de los días históricos. El oro y la plata aparecían naturalmente amalgamados en el electrón, que los mineros de antaño no acertaban a analizar. Pero había plata pura en dos zonas propiamente griegas y en una región de Macedonia. Poco sabemos de Damastio (Monastir), en Epiro; poco de Disoro, en Macedonia. Jenofonte afirma que la explotación del Laurio era muy antigua. Tal vez la mirada penetrante de los fenicios había advertido los mantos rojos, al navegar por las vecindades del cabo Sunio; pero nada puede precisarse. Para nuestro objeto, la plata de Hesíodo, como su oro, sigue siendo sobre todo un emblema, casi una metáfora.

6. No se hizo esperar la Edad del Bronce, época sanguinaria y de decadencia todavía más acentuada. Entonces se prefieren ya los alimentos animales a los vegetales, y todo es estrépito de armas, guerra constante. A tal punto, que los hombres se aniquilaron entre sí en perpetuas contiendas. Durante el paréntesis de la Edad Heroica —la Edad Media griega—, aparecen hombres más justos y dignos, sólo inferiores a los de la Edad de Oro. Por desgracia estos hombres, los héroes, perecieron en las sucesivas guerras de Tebas y de Troya. Algunos fueron deificados en el recuerdo (Aquiles). Otros, según la leyenda, fueron después transportados a las

Islas Bienaventuradas, donde el destronado Cronos había encontrado algo como una sucursal del Olimpo para entretener su vejez divina y donde, bajo la vigilancia de Briareo el Centímano —espía de Zeus—, reinaba entre los espectros de los muertos favorecidos, a quienes los dioses no habían querido recluir en la sombría mansión de Hades (Menelao).

Saltando la etapa indecisa de los dos Diluvios (Ogigos, Deucalión), que podemos acomodar sin mucha violencia en las postrimerías de la Edad del Bronce, ésta y la Edad Heroica se confunden en una. El bronce nos obliga ya a conjeturas menos inciertas, aunque todavía aventuradas. La denominación hesiódica es ya algo más que un mero nombre poético: cuadra a la cultura de la época. La arqueología no puede hablar de la Edad de Oro ni de la Edad de Plata en términos científicos: pertenecen al reino de la mitología. Sí habla, en cambio, de la Edad del Bronce para caracterizar toda una larga época, posterior a la Edad de Piedra, que va desde la prehistoria a la protohistoria.

7. El bronce es una aleación de cobre y estaño, a veces con la adición del cinc u otro metal. El latón es una aleación de cobre y de cinc. El hablar del bronce lleva, pues, a hablar del latón; y el preguntarse sobre las fuentes de ambos productos equivale a preguntarse sobre los criaderos del cobre, del estaño y del cinc. Recientemente, sin embargo, se ha señalado la posibilidad de que, durante mucho tiempo, el bronce no se haya obtenido mezclando directamente el cobre metálico y el estaño metálico, sino fundiendo las menas en que ambas materias aparecen ya mezcladas naturalmente. Por ejemplo, el Fedro y el Adonis, los dos ríos de Biblos, corrían entre mantos minerales de semejante constitución; y el "cobre asiático" que los documentos egipcios mencionan desde la segunda mitad del tercer milenio a. c. parece referirse al bronce obtenido de esta manera. Se estima como seguro, en todo caso, que el bronce vino al Mediterráneo como una exportación del Cercano Oriente, aunque no haya prue-

bas de que la Edad del Bronce explotara los yacimientos de estaño y cobre que abundan todavía en Persia y en Armenia. Parece también muy probable que Micenas haya sido rica en estaño, aunque tuviera que suplementarse en España, cuya alfarería acusa las huellas del estilo micénico. Micenas, a su vez, ejercía entonces una poderosa influencia sobre Ugarit y le proporcionaba materiales para su industria del bronce. Ugarit, por vía del Orontes, abría el camino para la Mesopotamia y aun más allá, y sin duda era un camino hacia el interior más importante que los puertos fenicios, lo que explica también su temprano comercio con los cretenses.

a) Sobre el origen y el trabajo del cobre pesa cierta fatalidad de orden léxico. La palabra griega *chalkós* se usó indistintamente para el cobre y el bronce, y acaso también para al latón, confusión que todavía hereda el término latino *aes*. Como el cobre, de fundición fácil, sólo cedía en estimación al oro y a la plata, y como se prestaba a múltiples aplicaciones, *chalkós* acabó por significar cualquier metal, y el metalero de cualquier clase vino a llamarse vagamente *chalkeus*. En Homero, la palabra se refiere al bronce cuando designa armas, pero más probablemente al cobre cuando designa trípodes o calderos. En Micenas y en Tirinto hay armas de bronce y utensilios de cobre. Actualmente no hay cobre en Grecia, y en la antigüedad se lo traía del extranjero. Sobre todo, de Chipre, si prescindimos de ciertos vestigios micenios, probable fuente del material durante los "tiempos homéricos" (no en el tiempo de Homero, sino en el que sus poemas describen). Aunque desde Estrabón hasta nuestros días se ha hablado del cobre de la Calcia Eubea, ante la rotunda negativa de los geólogos se tiende hoy a ver en esto una nueva travesura de la etimología. Calcis se deriva más bien de *kálche*, el múrice que da la púrpura, lo que corresponde efectivamente a cuanto sabemos de este país. Hay que volver, pues, a la hipótesis plausible de Chipre, y sobre todo para la época histórica. Pero ya la *Odisea* nos da una indicación bien clara, cuando Atenea, bajo la forma del tafio Men-

tes, acarrea un cargamento de hierro para cambiarlo por cobre en Temesa, si es que se trata de la Tamasos chipriota y no de la Tempsa de Bruttium en la Italia Meridional. Como fuere, la referencia al cobre de Chipre llena los documentos antiguos. Ellos nos hablan también de Elba, la costa númida en Libia, la Tabaida y la isla pluvial de Meroe. Ciertamente los egipcios se proveían sobre todo de cobre en la península del Sinaí, vetusto centro minero. Es dudoso, aunque no imposible, que viniera algún cobre desde Caldea y Carmania; poco vendría de la India; y algo más de cierta isla de Calcedón, según Teofrasto. En las costas meridionales del Mar Negro abundaban y abundan mantos de cinc cuprífero. Las escorias de este metal se encontraban fácilmente en Sifnos, en Paros, en Gando (la antigua isla de Clauda). Las minas del oeste cretense sólo se abrieron en la edad helenística, pero se les atribuye antigüedad prehistórica. Y respecto a la Turdetania y la Bética, o a aquella misteriosa Tartesos por las riberas del "Río Tinto", no es necesario suponer los viajes de los fenicios hasta España (algo sospechosos ya por cuanto afecta a la Edad del Bronce), para admitir que hayan sido también posibles plazas de abastecimiento.

b) El estaño de los tiempos prehistóricos es un problema no resuelto. Se dice que la palabra misma *kassíteros* nos remite al Extremo Oriente y se atribuye a los fenicios el haber servido de mediadores en el tráfico. También se les atribuye la empresa de traer este metal desde España. Pero la autorizada Miss Lorimer acaba de decir al respecto: "The tin of Spain has been a will-o' the wisp leading much opinion on this matter astray". En todo caso, el estaño es bien conocido en los tiempos homéricos. No sólo se lo usaba en la amalgama del bronce, sino también laminado y quién sabe si se lo usase igualmente para las armas y otros objetos, de que hay varias referencias en la *Ilíada,* aunque ninguna en la *Odisea.* Parece que había algún estaño en Cirra, junto a Delfos; algo pudo venir de Bohemia, por el Adriático; y no es ya lícito asegurar que, en aquella época, haya venido desde

Britania. Esto sólo es indudable para los siglos históricos, aunque sea todavía imposible averiguar dónde caen las islas Casitérides y si ellas deben identificarse realmente con las islas Scilly. La situación de estas islas fantasmas era un enigma desde los días de Heródoto. Es sabido que el estaño de Cornualles llegaba al Mediterráneo, sea por mediación de Tartesos —comercio de que se adueñaron pronto los cartagineses y al fin los romanos—, sea por mediación de los emprendedores focenses, colonizadores grecoasiáticos de Masalía o Marsella, que remontaban audazmente el Ródano, el Rin, el lago Leman y, a través del Sena el Loira y el Garona, Diodoro Sículo, que encomia la hospitalidad y la buena técnica de los estañeros británicos, introduce una nueva dificultad al nombrar la isla de Ictis, que ha sido imposible identificar con Vectis, Wight, y menos con la Mictis de Timeo, y que otros se inclinan a buscar por allá en el Monte San Miguel. Cuando Estrabón habla del estaño importado de Drange (Afganistán), parece que lo confunde con el cinc. Y, para colmo, Plinio y los escritores latinos permiten, al llamarlo *plumbum*, equivocarlo con el plomo.

c) Un comentarista contemporáneo, a quien duele no poder aceptar al pie de la letra en este argumento, por la autoridad que posee en otras materias y por la ingeniosidad con que defiende sus puntos, ve en la Esqueria de la *Odisea*, como muchos han querido verlo, una transformación poética de Corcira o Corfú; le impresiona el hecho de que Esqueria al oeste y Troya al este marquen más o menos las fronteras del mundo homérico, y se pregunta si estos dos extremos no fijarán una trayectoria en el tráfico del estaño, por cuyo apoderamiento, entre otras cosas, sobrevienen aquellas luchas de que da un ejemplo la *Ilíada*. Los imaginarios marinos de Esqueria, expertos en la navegación nocturna para evitar los peligros de la piratería y provistos de naves mágicas, capaces de alargarse hasta los mares de Italia —aún misteriosos para Homero—, serían, pues, los hombres de Corcira, habituados a transportar de una parte a otra del Mediterrá-

neo el precioso metal, que luego se empleará en los combates del Helesponto para extender la influencia griega hasta las bocas del Euxino.

Las escalas medias de este tráfico pudieran situarse primero en Corinto (metrópoli originaria de Corcira), y luego en Calcis y Eretria (Eubea). Estas tres ciudades industriales aparecen estrechamente asociadas en la colonización del Occidente, Magna Grecia y litorales de Sicilia y de Italia, durante el siglo VIII a. C.; y algo como un "eco tácito" de estos afanes comerciales puede correr, como río subterráneo, bajo la elaboración de los poemas homéricos. Corinto, en su istmo privilegiado —llave estratégica reconocida más tarde por los conquistadores macedonios—, se opone a las flotas rivales que pueden venir del Mediterráneo Occidental. Por su parte, Calcis y Eretria, a lo largo del canal del Euripo, permiten a las flotas destinadas a Tracia o al Sarónico abrigarse contra los vientos que azotan los cabos de Eubea y, singularmente, el Artemisio.

Y adviértase —continúa nuestro autor— que la mayoría de las naves de Agamemnón se han reclutado en un triángulo que abarca a Corinto, Egina y Calcis, arcaicas ciudades de la fragua, conservatorios de la metalurgia noble, que cuentan con tradiciones milenarias. Egina se especializa en artefactos de uso corriente. Calcis es ciudad de fundiciones, fábrica de armas y espadas largas, menos propias para la estocada que para el tajo. Corinto es célebre por sus corazas, cascos y grebas, tan sólidos como elegantes. Egina establece su clientela entre gente modesta, las ciudades pobres del Peloponeso, las nuevas colonias que aún no llegan a emporios de la economía helénica. Sólo más tarde, poniéndose a la escuela de Corinto y Sición, Egina se atreverá con el bronce artístico. Calcis y Corinto, las armerías de Grecia, atraen sobre todo a las aristocracias militares, a los eupátridas, los Baquíades y los Hipobotes. Montan sus espadas en puños chapeados o claveteados de plata; ajustan las láminas broncíneas de los escudos y pecheras, y las revisten con

una ligera capa de estaño para que reluzcan más al sol. Pero al bronce de la aristocracia ha de suceder, en breve lapso, el democrático hierro. Las minas y fraguas de los periecos lacedemonios expulsarán del mercado las suntuosas armas de Corinto y de Calcis, cuyos talleres se consagrarán entonces a objetos de arte.

Si el estaño de Occidente provenía de Etruria, de la actual Toscana, y luego de España y las Casitérides, también provenía del fondo oriental, desde las poblaciones casitas, nombre que, según Hrozny, parece contenido ya en el nombre de *kassíteros*. Los casitas amanecen a la historia en el segundo milenio a. c. y, desde las montañas de Zagras, amagan a la primera dinastía babilónica. Cuando este grande imperio se derrumba bajo los hetitas, a los casitas corresponderá fundar, hacia 1750 a. c. (o acaso más tarde, según las hipótesis recientes) la tercer dinastía de Babilonia. Pueblos de origen caucásico y mezcla indoeuropea, su nombre casi dice "Cáucaso". El Cáucaso y el Caspio, antes del año 2000 a. c., fueron centros principales de los "kas" o "koush", apelación que se extiende por toda la región onomástica del Hindokusch hasta Kasbek, cruzando por el Caspio y el Cáucaso (si es que no se relaciona, asimismo, con los kushitas del Alto Egipto). Tal vez "Cáucaso" signifique algo como "tierras de fraguas". Los orientales encontraron entre estos pueblos ricas provisiones de estaño, de que hay residuos en Armenia, Tabrís y el Korasán. El estaño bajaba hasta los litorales mediterráneos por vía terrestre, pero esta vía era peligrosa e irregular. Apenas en el siglo VI a. c., tras la creación del Estado medo y la consolidación de Lidia, habrá para Asia Menor itinerarios seguros. Sin duda que en el siglo VIII a. c. era más cómoda y rápida la ruta del mar. Cólquide, frente a la desembocadura del Fasis, al pie del Cáucaso, costa meridional del Euxinio, Bósforo, Propóntide o Mármara, Helesponto, etc. En suma: la ruta inversa a la que siguieron los Argonautas; quienes, habiendo zarpado en Yaolcos (Grecia Septentrional), no lejos de Lócrida y Ftiótide, patrias

respectivas de Patroclo y de Aquiles, partieron en busca del vellocino "color de estaño", hasta el distante reino de Cólquide donde se encontraron con Medea. Nótese que la fábula de los Argonautas parece que hubiera ya querido trazar las rutas del estaño. El estaño, pues, que inflamó la imaginación de los antiguos provocando ásperas luchas y osadas travesías, el periplo de España y el descubrimiento de las Casitérides, a bordo de unas cascarillas de nuez, y a despecho de las mares pesadas y las fuertes rachas del Océano, sigue inflamando la imaginación de los humanistas. Poro lo que valga, quede aquí este breve resumen de una hipótesis donde se mezclan lo soñado y lo averiguado: precaución ante las sorpresas del tiempo, que muchas veces refrenda los sueños más audaces.

d) Aunque es más incierto el caso del latón, y no se han descubierto implementos de este material, la abundancia de cinc en Grecia autoriza la sospecha de que se haya empleado el latón. Verdad es que el cinc, cuyas propiedades químicas sólo se han conocido en fecha posterior, andaba tal vez confundido en las nomenclaturas, así como fue imperfectamente trabajado por los griegos históricos, quienes carecían de medios para la fundición regular que permitirá aislarlo de las mezclas en que se presenta. Fácil es que sea el *oreíchalkos,* mencionado por los Himnos Homéricos y por el hesiódico *Escudo de Héracles.* Fácil es que sea ese "cobre blanco y brillante" de Aristóteles, no producido por la simple aleación de estaño y cobre, sino también "de cierta tierra" (¿calamina?). Platón, al describir la Atlántida, afirma que este "oricalco" es, después del oro, el metal más precioso, aunque parece que lo confunde con el electrón. Posible es que ese mineral de Teofrasto, cuya mezcla embellece al cobre, sea el propio cinc. Estrabón habla de un mineral de Andera (Asia Menor) que, al fuego, se convierte en hierro, y al horno, en *pseudárgyros* o seudoplata, el cual, mezclado al cobre, da el oricalco. El *pseudárgyros* no es más que el cinc. Plinio convirtió el *oreíchalkos* en *aurichalcum,* engañado por la colora-

ción, pues este auricalco es propiamente el similor: latón de bajo cinc. En suma, que los griegos pueden haber conocido el latón, pero las dificultades técnicas les hicieron preferir el bronce.

8. Examinemos ahora la Edad del Bronce desde otros aspectos, a riesgo de incurrir en inevitables repeticiones; lo que, de paso, nos permitirá dibujar el tránsito hacia la futura Edad del Hierro. El régimen de la Edad del Bronce suponía un comercio desarrollado, una casta de aristócratas exigentes, una multiplicación de la "esclavatura", una extrema industrialización. La fatiga no se hizo esperar.

A mediados de la Edad del Bronce, se dejó sentir un esfuerzo reformista en Mesopotamia y en Egipto. En Mesopotamia, el emperador babilónico Hammurabi (fines del milenio III a. c.) favorecía el comercio. Fijó el tipo de interés entre un 20 y un 30 %. El más importante documento egipcio a este propósito es un papiro de Tutmés III (1501-1447 a. c.). El redactor es un retardatario recalcitrante: aconseja al Faraón "magnificar a los nobles". "Las masas obreras —admite— son útiles para el provecho de su amo." Pero ¡ojo con los "peligrosos agitadores", y mano dura! Hay que dominar a las masas, ellas volverán a la docilidad si se sujeta a los "líderes". Por su parte, el egipcio Ejnatón (1375-1358 a. c.) quiere hacer una revolución desde arriba, desafiar el poder de nobles y sacerdotes y crear un Estado más democrático. Su revolución asume un lenguaje religioso. Su monoteísmo acompaña o refleja la unidad creciente de su imperio. Unidad efímera: sólo pudo mantenerse unos veinte años. Lo apoyaba la gente nueva, mercaderes y artífices, a quienes llamaban en su época "los silenciosos", tal vez porque hasta entonces habían carecido de voz pública. Pero a la muerte de Ejnatón todo volvió a la situación precedente. Aún no maduraba el tiempo para lo que hoy llamaríamos una república burguesa. El ensayo fue prematuro.

Durante la Edad del Bronce ninguna revolución desem-

bocó en un tipo de república semejante. Aun en Egipto, donde se llevó más lejos el intento, el auge de la nueva clase adinerada no era más que un efecto de la explotación imperial; ésta se fundaba en las armas, y las armas en la nobleza. Para triunfar, había que echarse sobre el ejército. Lo cual condujo al desbarajuste del imperio y, por contragolpe, a la destrucción de las bases económicas que sostenían a la nueva clase. Se debilitó la clase media, y la nobleza recobró el terreno perdido. Sólo con el crepúsculo de la Edad del Bronce y la ruina de sus Estados, sólo con los factores sociales que robustecen el comercio de la Edad del Hierro fue posible una transformación completa.

La decadencia y el descontento de la Edad del Bronce deja a los pueblos en condición de fáciles presas para los invasores. Del año 2000 a. c. en adelante, ciertos nómadas de habla indoeuropea adelantan desde las llanuras de Eurasia. Algunas tribus bajaron por el Asia Occidental, conquistaron Babilonia, Irac, Siria y Palestina. Otras se deslizaron hasta Europa y alcanzaron el Mediteráneo. Entre éstas se contaban los jonios y demás gente que un día contribuirá a formar la masa de la gente griega. La conquista, la penetración o la amalgama —dicen los autores—, parece no haber sido difícil. Así, al menos, se ven las cosas desde lejos. Lo cierto es que la mitología griega —hasta donde recoge partículas de realidad— grita de dolor y de sangre.

Para Grecia, la época de los metales había comenzado en el Peloponeso y en la zona central, gracias a los pueblos del sur y a los insulares de las Cícladas. Tirinto, Micenas, Corinto, Megara, Ática y los alrededores eran buenos cruces para el comercio, y Grecia era escala entre las Cícladas, Sicilia, España y Francia.

Pero las caravanas y convoyes del comercio se vieron perturbados por nuevas olas de invasores (2000-1900 a. c.). Entró a Grecia la lengua griega. Estos invasores eran guerreros decididos, traían armas de bronce, y se derramaron por la Grecia Central y la Meridional. Debido a ellos, habrá

en la península balcánica una cultura unificada, que durará hasta el siglo XVI precristiano. El origen de los recién llegados es incierto. Hacia la mitad del III milenio a. C. se hallaban en el norte balcánico, y algún trastorno los empujó sobre Grecia.

Una de las más brillantes plazas del Broncê estaba en Creta, cultura llamada "minoica" por referencia al fabuloso rey Minos. Allí existió un Estado característico de aquella edad. La ciudad era el centro político y económico. El trabajo estaba muy repartido. Se traficaba mucho con Asia y con el Occidente, incluso tal vez con Britania. La clase gobernante alcanzó riqueza y lujo extremados. La burocracia regía con mano firme.

Hacia 1625 a. C., esta cultura se traslada a Grecia, como se dijéramos, en masa. Los artefactos metálicos, las joyas, la escritura, el culto de la Diosa Madre, aparecen ahora en tierra griegra. Hasta es posible que entonces se haya intentado el primer ingenio de vapor, si es que así puede entenderse alguna referencia homérica a "los calderos semovientes".

A partir del siglo XVI a. C., la onda se extendió por el resto del mundo griego, en sitios de buena acomodación comercial. Después del 1400 a. C., tras la destrucción de los palacios cretenses por obra de alguna catástrofe sísmica o bien de algunos invasores, el foco se encuentra en la Grecia continental. Su centro vino a ser Micenas, y en adelante, se habla de la cultura micénica, cuya trascendencia es incomputable. Las relaciones griegas la propagan a Egipto, al Asia Menor, a Siria, a Palestina, a Sicilia. Pero no es posible escapar a la condenación del bronce. Las tribus errantes se hacen más peligrosas, al paso que se debilitan los vetustos Estados. Las grandes fortificaciones y murallas de Tirinto, Atenas y otras ciudades son documentos de la inquietud. Caída Cnoso, capital cretense, la piratería reflorece en el Mediterráneo Oriental, y el comercio pierde su serenidad su marcha mesurada. De los siglos XV a XII a. C. se agitan por todas partes los llamados Pueblos del Mar, o Gente del Norte

—entre ellos, algunos aqueos— que merodean por toda la zona, sin perdonar las bocas de Egipto.

Los aqueos aparecen como una rama de los invasores septentrionales que se desgajaron de la Europa Central y se echaron sobre el Asia Menor. Traen consigo sus espadas tajantes, escudos redondos o rodelas y —consecuencia de la vida errante— los hábitos de la cremación. Llegan por 1500, y a mediados del siglo XIII a. C., se establecen en Grecia. Absorben fácilmente la cultura micenia y heredan sus ciudades y fuertes. Su dominio sólo durará algo más de una centuria. El mundo los conoce gracias a la *Ilíada* y a la *Odisea*, epopeyas de los tiempos heroicos. Homero nos ha contado la historia del sitio de Troya (situada sobre los Dardanelos), por una confederación de régulos al mando de Agamemnón, jefe de Micenas, y nos ha contado las subsecuentes aventuras del caudillo Odiseo, en el largo viaje de regreso a su patria. Troya fue saqueada por los años de 1190-1180, según lo demuestran las excavaciones —prueba positiva—, así como el súbito silencio de los documentos egipcios respecto a la ausencia de los aqueos en los ataques al Delta y sus alrededores, pues los aqueos andaban ahora ocupados en el nordeste Egeo: prueba negativa. La alternativa de las belicosidades aqueas se mueve entre el Delta y Troya, y cuando Odiseo quiere ocultar su identidad, declara que no estuvo en la campaña troyana porque andaba en cierta expedición infructuosa contra Egipto.

El comercio había decaído de tal suerte, que los príncipes lo desdeñaban y preferían la azarosa vida de pirata. Por 1200 a. C., el Egeo se rompe en comunidades inconexas, el imperio hetita se viene abajo y el Egipto vive horas aciagas. La guerra troyana puede entenderse como el remate de una crisis que pone término a una antigua cultura. Dspués de ella acontecen riñas entre los príncipes, y todo parece desorganizarse. Herida mortal: nuevos invasores, los dorios, entran a sangre y fuego del año 1100 al año 1000 antes de Cristo.

Pueblo nómada y pastoral, ajeno a las artes micénicas, poco trae a Grecia, fuera de la fíbula o imperdible y un uso más general del hierro. La vieja cultura sobrevive, los dorios mismos la acarrean. Pero, en cambio, aportan nociones y creencias que influirán en los futuros Estados-Ciudades. Al asomar por Grecia, aún vivían en la etapa tribal, y procuraron imponer sus normas sobre las jerarquías sociales ya aclimatadas en las tierras de sus conquistas. Aquéllas y éstas se modificaron por el contacto.

El arribo de los dorios obligó a los jonios —ocupantes de Grecia desde hacía mil años— a derramarse sobre el Asia Menor. Con lo que empezaron a menguar los saqueos y las migraciones. Los viejos Estados se habían deshecho, y los pueblos vagantes por fin encontraban un hogar. Tregua momentánea, mero descanso para hacer frente a las nuevas contingencias históricas.

Esta tregua es la Edad Oscura, durante la cual Grecia se desarrolla por dentro y digiere los elementos de tanta mezcla. Bajo la estructura feudal heredada de la Edad del Bronce, se crían músculos para otra revolución que podemos llamar urbana.

Tal es la Edad del Hierro, que trae dos innovaciones trascendentales: desde luego, el metal barato y resistente; además, los signos alfabéticos. Por lo pronto, sobreviene aquella postración de que nuestro Hesíodo se lamenta; pero, a la vez, se elaboran impagables progresos, que ampliarán el radio del disfrute social. Si los mercaderes y artesanos luchan por incrementar sus intereses inmediatos, también derriban, en cambio, las murallas feudales, y con sus escombros, echan los cimientos de la Grecia futura.

9. Hesíodo no se consuela de vivir en la abominable Edad del Hierro, cuando los empeños son más arduos y más miserablemente compensados; cuando la injusticia impera y ha hecho alejarse definitivamente a los dioses, que antaño se complacían en visitar la tierra; cuando llegan al colmo ima-

ginable la deslealtad y el desplome de los antiguos principios. El hierro, casi sin excepción, aparece desde la Edad del Bronce en forma de adornos y amuletos. Aun la famosísima espada de Tutanjamun no es una arma de reglamento, sino una joya; su empuñadura y sus guardas lucen oro y cristal, y el haberla encontrado junto a una espada de oro nos está diciendo que es un lujo. Todo induce a pensar que el hierro comenzó a trabajarse en los hornos mismos que servían para el bronce. Las primeras espadas griegas de hierro son copias de originales en bronce. En Hallstadt —centro económico de Austria durante la era del hierro—, los primeros artículos del nuevo metal son torpes imitaciones del bronce. Parece que el hierro haya venido a suplir la creciente escasez del bronce. Las armas de bronce comienzan por aceptar ferrajes de remiendo. Cuando ya, en Grecia como en Roma, las espadas eran de hierro, la mayor parte de la armadura seguía siendo de bronce.

Mucho se discute sobre el país en que comenzó a usarse el hierro, que acaso como verdadero metal fue primeramente conocido en la región montañosa que va del Caspio al Mar Negro, región habitada por los cálibos y los mosinecios. De ellos obtenían tal vez sus armas los conquistadores asirios y los hetitas. Más al occidente, en el monte Ida, los dáctilos trabajaron el hierro desde muy temprano, como en un lugar lo reconoce Estrabón, aunque en otro da la prioridad a los rodios. No es menos desconcertante la noticia de la *Odisea* sobre el acarreo de hierro que el tafio Mentes conducía a la discutida tierra de Temesa. Lo que importa es saber que había mucho tráfico de hierro desde los tiempos micénicos, y que los griegos lo cambiaban por el vino fenicio. Ya hemos hablado de las referencias homéricas a las extraordinarias flechas férreas de Pándaro, al lingote que ofreció Aquiles como premio del concurso fúnebre de Patroclo, y al recuerdo de la extraña maza de Areítoo que tiene apariencia de objeto asiático. En cuanto a las armas de Odiseo, que su hijo Telémaco escondió a los pretendientes de su madre, y

que se entienden como de hierro y aun de acero, parece que son efecto de una interpolación posterior en la *Odisea.*

¿Para qué detenernos en el hierro de los tiempos históricos, cuando hemos desembocado ya en la época contemporánea de Hesíodo? Bien o mal, el hierro se extiende. Algo hay en el Laurio, y más en el cabo Maleo (Lacedemonia); probablemente en Eubea y en las numerosas islas del Egeo, Andros, Ceos, Cintos, Melos, Sifnos, Esciros, Sira y Giaros. Es muy dudoso que se trajera el hierro de España al menos en los días remotos. Llegará la hora de la Turdetania ibérica y de la isla de Elba o Etalia. En cambio, pronto se lo obtiene en Macedonia, y según Aristóteles, en Sicilia.

Un estudio cabal de los minerales prehistóricos en Grecia nos obligaría a hablar del asbesto, el asfalto, el azogue, el carbón, la sal, etc. A nuestro fin, el oro, la plata, el bronce, el hierro, los cuarteles del escudo de Hesíodo, bastan para darnos su imagen de la jornada humana. Simbólicamente la gobierna Hefesto, el dios armero. Y de veras que la historia parece un fragor de metales, puntuado por algunos gritos humanos.*

*Junio de 1951.***

* Años después he tenido la suerte de leer a J. Gwin Griffiths, *Archeology and Hesiod's Five Ages* (*Journal of the History of Ideas,* enero de 1956), así como las observaciones que le opone H. C. Baldry (*ibid.,* octubre de 1956). Creo que mi breve ensayo puede quedar como estaba.

** [Por el *Diario* de Reyes se puede seguir la elaboración de este ensayo hasta su forma impresa; 21 de enero de 1951: "Noche, escribo artículo INTERPRETACIÓN DE LAS EDADES HESIÓDICAS" (vol. II, fol. 67). 20 de febrero: "A las 5.30 a. m. encontré, lleno de alegría, el modo de atacar un tema que andaba dando vueltas: la INTERPRETACIÓN DE LAS EDADES HESIÓDICAS" (*idem,* fol. 74). 3 de junio: "Voy aderezando el breve estudio INTERPRETACIÓN DE LAS EDADES HESIÓDICAS" (*idem,* fol. 96). 27 de noviembre: "Corregí toda la INTERPRETACIÓN DE LAS EDADES HESIÓDICAS para la próxima *Memoria de El Colegio Nacional*" (*idem,* fol. 120). 12 de enero de 1952: "Corrijo copia en limpio de la INTERPRETACIÓN DE LAS EDADES HESIÓDICAS para la *Memoria del Colegio Nacional*" (*idem,* fol. 130). 22 de noviembre: "Pruebas de [la] *Memoria del Colegio Nacional:* INTERPRETACIÓN DE LAS EDADES HESIÓDICAS" (*idem,* fol. 197), donde al fin aparece, vol. correspondiente al año de 1951, pp. 9-26, con fecha al pie de "México, junio de 1951", la misma que lleva en *Estudios helénicos.* Véase en este mismo volumen, la segunda de las "Dos comunicaciones" sobre "Las Edades Hesiódicas", p. 172.

EL HORIZONTE ECONÓMICO EN LOS ALBORES DE GRECIA

La última glaciación replegaba ya sus mantos hacia el norte, cuando los nuevos climas del Oriente Medio hicieron posible la economía neolítica. Las regiones templadas pasaron a ser subtropicales. Las llanuras de pasto que se extendían desde el Irán hasta Marruecos se encogieron y fraccionaron en zonas semidesiertas salpicadas de verdes oasis, y aquí y allá los ríos empezaron a escurrir por entre las "junglas" impenetrables. Los cazadores trashumantes, y cuantos vivían de recoger los frutos del suelo sin más artes que las del pájaro, perdieron en mucho su libertad y movilidad. Se concentraron en los sitios más fértiles y transitables, y empezaron a juntar allí las plantas y los animales necesarios a su alimento. Pronto se vio que las provisiones eran limitadas. La caza y la recolección no bastaban ya para asegurar la subsistencia de las hordas. Era indispensable inventar otros medios para preservar y propagar artificialmente las especies. Corderos, cabras, cerdos, resultaron ser los animales más dóciles a la domesticación, y entre las plantas, los tipos silvestres y primitivos del trigo y la cebada. Comenzaron las crías y las siembras gobernadas ya por el hombre. El cazador se convirtió en ganadero; el hacinador, en cosechero. La necesidad de guardar la leche, la carne y el grano creó industrias secundarias como la tejería y la alfarería, que a su vez contribuyeron a levantar el nivel de vida. Se multiplicaron las poblaciones. El aduar temporario se transformó en aldea, cuya plétora se vaciaba en nuevas aldeas, proceso que se repetía en todos los lugares propicios. Los islotes humanos, ante la amenaza de la sobrepoblación, descubrieron la agricultura intensiva. Y entre tanto, la autarquía de los grupos se iba disolviendo con el desarrollo de los cambios.

Los pantanos fluviales del Nilo, el Éufrates y el Tigris, donde pululaba la vida, siempre habían tentado a los cazadores y pescadores, pero oponían serios obstáculos a la agricultura. Sólo un vasto sistema de desecaciones e irrigaciones, con masas de trabajadores organizados, podía dominar aquel suelo. Ello suponía cierto grado de desarrollo en las asociaciones humanas establecidas por los contornos. Las tierras de aluvión eran sumamente feraces y, vencidos los obstáculos, el camino quedaba abierto para una economía muy superior a la neolítica. Las aldeas, acrecida su robustez humana, evolucionaron hacia la forma de la ciudad. Sus riquezas acumuladas podían trocarse por madera, piedra y metales que acarreaban las tribus montañesas. Las cuales, poco a poco, vinieron a ser dependencias suburbanas. La autarquía, salvo en las poblaciones lejanas y supernumerarias, era ya cosa del pasado. El comercio, la "artesanía", el oficio del mediador en todas sus fases, cruzaban los valles, se aventuraban por los desiertos, ataban con intereses mutuos a los dispersos poblados. Entre la ciudad y el campo se dibujó una división rudimental del trabajo. Con las demás materias primas que llegaban a la ciudad venían los metales. El oro y la plata movieron las industrias del lujo. El cobre, solo o en alianza de estaño, reemplazaba, cuando era posible, la madera y piedra de los utensilios, revolucionando las técnicas. La nueva economía úrbana se basa, sobre todo, en el bronce.

En Egipto hay un solo río, que cada año se desborda en inundaciones regulares. Estas inundaciones periódicas eran la única agencia para la fertilización del suelo. Importaba, pues, a cada cosechero el recibir determinada porción de agua, y no más, como resultado de las crecientes: lo bastante para llenar sus diques sin desbordarlos. Además, era indispensable prever la inundación. Asunto de vida o muerte el regular la creciente a lo largo de su curso, desde la cabeza del valle hasta el mar. La tremenda hazaña de organización social exigía un servicio bien administrado de astrónomos y agrónomos, imposible sin un fuerte gobierno central. De aquí

la rápida consolidación de los dos reinos, el Alto y el Bajo Egipto, que allá para el año 3000 a. c. se unieron bajo un solo mando. El Faraón egipcio es producto de la necesidad económica, y el gobierno central reposaba en el sacerdocio.

No podía unificarse de igual suerte la Mesopotamia, porque sus condiciones agrícolas eran muy distintas. Allí nos encontramos, en efecto, con dos grandes ríos, enlazados por una red de tributarios. Las áreas cultivadas conservaban, pues, una relativa independencia. Las poblaciones crecieron como Estados-Ciudades autonómicos, cada uno asistido por su sacerdocio, bajo el mando de un rey teócrata. La rivalidad entre unos y otros estados era intensa. Hacia 1700 a. c., Babilonia impuso la hegemonía por fuerza de las armas.

Pero, en el fondo, hay un aire de familia bien discernible entre la sociedad egipcia y la sociedad mesopotamia. Para ambas, la agricultura en grande escala operaba sobre cierta división del trabajo; división de nuevo carácter, que puso de un lado a los productores, y de otro, a los organizadores de la producción. Los organizadores de la producción eran los sacerdotes. En sus filas se reclutaban los trabajadores intelectuales —astrónomos, ingenieros, arquitectos, escribas—, todos tan indispensables como el obrero manual. Estos custodios de la producción se convirtieron en propietarios, y usaban de su autoridad para juntar en sus manos las riquezas almacenadas. Lo cual, por lo pronto, era necesario al desarrollo de las nuevas técnicas: el trabajo del bronce, singularmente, era un proceso costoso y complicado que requería el apoyo del capital. El desarrollo de la economía vino, así, a consolidar el régimen de teocracia absoluta. En Egipto, el país entero pertenecía al rey, dios encarnado. Las funciones productivas —cultivo del campo, artes y comercio— eran funciones dirigidas. En Mesopotamia, cada ciudad era un hogar sacro, poseído por la deidad residente, que lo administraba por vicaría de su rey sacerdote. El colectivismo fundamental de los primeros Estados-Ciudades provenía de las aldeas neolíticas comunales; y monarcas y sacerdotes derivaban su au-

toridad de las fraternidades mágicas que asistían a los jefes en las tribus más evolucionadas. Pero esta autoridad se veía ahora un tanto restringida por las nuevas clases pudientes, celosas de sus privilegios. Esta rígida estratificación social puede apreciarse en el trazo de las ciudades. En el centro, dominándolo todo, se alzaba el majestuoso templo, amplio, opulento, exquisitamente amueblado. Lo rodeaban oficinas, tesorerías, graneros, almacenes y talleres. Los artesanos y manuales solían ser esclavos de guerra; algunos, nominalmente libres, dependían económicamente de los sacerdotes, clase suprema de los patronos urbanos. En torno, las tierras arables se entregaban a veces a arrendatarios, y otras quedaban directamente sometidas al templo mediante algún sistema de prestaciones. El resto se dividía en patrimonios familiares exentos de alquiler u obligaciones definidas, pero sujetos a exacciones morales por parte del sacerdocio que explotaba la superstición general. Sólo los pastos eran de propiedad común.

Ya se entiende que aun los más humildes obreros de Mesopotamia vivían mejor que sus precursores neolíticos. La revolución urbana había levantado el tono de la vida. Pero el enorme aumento de la producción mermaba esta aparente ventaja. Los provechos traídos por el nuevo sistema se distribuían sin equidad. Y ello explica la crisis en que paró esta economía. Mientras la clase directora aplicaba sus medros a aumentar sus lujos y placeres, la masa del pueblo, cuya capacidad de compras era arbitrariamente restringida, se encontraba privada de muchas cosas que ya parecían indispensables. Los Estados-Ciudades competían por adueñarse de materias primas y mercados, y la clase privilegiada sólo podía conservar su nivel de existencia pesando cada vez más sobre los productores primarios. La contradicción no tenía salida. Las rivalidades comerciales provocaron guerras, guerras suscitadas por la ambición y sostenidas por las armas de bronce. El país entero fue presa de una serie de aventuras imperiales, en que la lucha de clases, por instantes más áspe-

ra, asumía nuevas formas y envolvía y abarcaba a grupos mayores de la población.

En Egipto, país encerrado entre sus desiertos y carente de madera de construcción, el comercio exterior fue escaso, y por consecuencia la explotación del productor primario fue más acentuada y directa. Los campesinos en masa tuvieron que edificar soberbias tumbas para sus amos. Las tumbas eran sitios sagrados, asistidos por sacerdotes. Mientras por una parte perpetuaban la memoria del muerto ilustre y según todos creían, le aseguraban una suerte de inmortalidad, por otra parte servían como fuentes de ingresos para algunos supervivientes. El trabajo obligatorio y el tributo de extorsión esclavizó a los pueblos. La monarquía, al mismo tiempo, comenzó a sufrir la oposición de los nobles más poderosos, empeñados en sacudirse los impuestos reales y en establecerse como señores independientes de sus respectivas comarcas. Por el año 2200 a. c., el Antiguo Reino se estrelló en guerras intestinas; pero la urgente necesidad de un gobierno central hizo todavía posible la restauración. Los faraones del Reino Medio emprendeiron una política de expansión gradual, ensanchando su comercio, por el norte, hasta Siria y preparando así el advenimiento del imperialismo absoluto bajo la Dinastía XVIII. Tenían que sobrevenir los conflictos entre los imperios. Cayó el babilónico y lo sucedió el asirio, a éste el persa, y al persa el macedonio. Asirios, persas y macedonios conquistaron sucesivamente a Egipto; luego se adueñaron de él los romanos, y al cabo, los árabes. Durante unos cinco mil años, de uno en otro amo, los campesinos del Nilo siguieron vivendo en la miseria y la abyección, aunque labraban los campos más fértiles de la tierra.

Es característico de la revolución urbana el que los grandes valles de aluvión, únicos capaces de proveer los recursos necesarios a la metalería de alto porte, hayan sido escasos de metal. Había que importar los metales: el cobre, de Irán. Armenia, Siria y el Sinaí; el estaño, de Irán y de Siria; el oro, de Armenia y de Nubia; la plata y el plomo, de Capa-

docia. El comercio fue, pues, la sangre de esta era económica, y al extenderse, fue atrayendo hacia el orbe de la civilización círculos cada vez mayores de aldeas neolíticas y tribus montaraces.

Si por el año 3000 a. c. el uso del cobre domina todo el Oriente Medio, no por eso era universal. El bronce era caro aun en Mesopotamia; y en Egipto, durante toda la Edad de Bronce, los campesinos seguían trabajando con útiles de palo y de piedra. En las regiones más atrasadas, sólo los caudillos podían usar bronces, y lo empleaban para hacer espadas, no para los arados. Y donde abundaba el nuevo metal, el pueblo encontraba más lucrativo el exportarlo en bruto que no el trabajarlo por sí mismo en industrias locales. De suerte que las primeras comunidades urbanas de Mesopotamia y Egipto fueron más que nada establecimientos de mercaderes. En Capadocia, por ejemplo, Kanes fue fundada por mercaderes mesopotamios que traficaban con las tribus de los alrededores, incluso con los hetitas, dueños de las minas del Tauro. De modo semejante, en el norte de Palestina, donde abundaban las maderas preciosas y los yacimientos de estaño y cobre, varias ciudades —Biblos y Ugarit entre ellas— crearon un próspero comercio con el Egipto, y luego ascendieron a la primera categoría entre los estados urbanos y establecieron un cambio activísimo entre Egipto, Mesopotamia y Anatolia.

El Mediterráneo, ganado ya a la revolución urbana, disfrutaba las ventajas del transporte marítimo. Los primeros mercaderes que zarparon desde Ugarit parece que se encaminaban al Delta o a Chipre, la isla cupresina. El mismo desarrollo urbano de las islas egeas probablemente fue retardado por su riqueza en cobre. Vecinos de las comunidades sirias, mucho más adelantadas que ellos, los insulares se consagraron a exportar el metal en lingotes, en vez de fundar industrias propias. En todo caso, como tan cercana al rugoso litoral de Anatolia, Chipre disfrutaba de una situación única.

En Creta todo fue diferente. Equidistante de Siria y de

Egipto, la isla se extiende a la entrada de la cuenca egea, ese extraordinario anfiteatro de islas y montañas que, por entre bahías aisladas y sinuosos valles, se encamina a las mesetas balcánicas, y de allí, al Danubio y a la Europa Central. Durante el cuarto milenio a. c., las inmigarciones neolíticas se abrieron paso de algún modo por la Tesalia y el Peloponeso. Los primeros pobladores ya conocidos de Creta eran también neolíticos, y algunos venían de Anatolia y otros del Delta. Se establecieron de preferencia en el este y sur de la isla. Entre tanto, el cobre había entrado por Anatolia hasta los litorales egeos, acompañando el paulatino crecimiento de las poblaciones. Y en 3000 a. c., las vanguardias cruzaron el mar y ocuparon Creta y las Cícladas.

Los recursos agrícolas de Creta eran más bien escasos, comparados con los de Egipto o Mesopotamia. Había en la isla buenos pastos y llanos propios para cereales, vides, palmas y olivares; pero lo más de la comarca era montaña y bosque, y para colmo, el mar oponía una barrera a las expansiones. Por otra parte, la maderería abundante y las fáciles radas invitaban a aprovechar aquella envidiable posición marítima. Y las ciudades cretenses fueron sobre todo centros comerciales, y el rápido crecimiento del tráfico corrige la concentración del poder en manos de los terratenientes. La ciudad cretense típica está plantada en espacio abierto, junto al palacio del príncipe, sumo sacerdote al par que gobernante, pero más que nada, príncipe mercader. Vivía éste entre los vecinos también dedicados al comercio, y en constante convivencia con la comunidad. Aun la notoria falta de plan de aquellas ciudades caprichosas da testimonio de la inmensa libertad y flexibilidad de las relaciones sociales. Lo cual significa que en Creta, a diferencia del Egipto o la Mesopotamia, la revolución urbana pudo cumplirse sin ahogar la estructura tribal de la sociedad primitiva. Las artes cretenses, en que por primera vez sonríe la gracia, acaban de completar el cuadro.

Durante el primer periodo minoico (2900-2200), se in-

trodujo el uso de los metales, y el comercio cretense se orientó de preferencia a Egipto y hacia las Cícladas. El desarrollo urbano quedó confinado al este y al sur de la isla. En el minoico medio (2200-1600), caracterizado por el bronce, la población aumenta considerablemente, y se intensifican el comercio con Egipto y el tráfico directo con Siria. Poco después de 1700 a. c., cuando la conquista de Babilonia por los casitas trae perturbados a los pueblos de Oriente, se interrumpe la comunicación con Siria, y los príncipes minoicos buscan nuevas salidas en el Egeo. Se estrechan las relaciones tradicionales con las Cícladas y comienzan los establecimientos en las llanuras de Argos y en la Grecia Central. Ello provoca la fundación o la importancia ya palpable de Cnoso. En el último periodo (1600-1200), el príncipe de Cnoso consolida su poder en la isla mediante una red de caminos guardados por fortalezas, y extiende su imperio sobre las Cícladas, la Argólide, la Ática y acaso Sicilia. El poder cretense sufre un gran quebranto por el año de 1450 a. c., acaso debido al ataque de caudillos de la Grecia continental educados ya en la cultura minoica, quienes invaden a Creta y queman y arrasan sus ciudades. Todavía el grande orden egeo resiste un par de siglos, pero ahora con centro en Micenas, centro que abre nuevas relaciones con Egipto y con el Levante. Y al fin se derrumba al choque de hordas bárbaras que irrumpen en el mundo egeo y barren el Mediteráneo oriental por mar y tierra hasta el Delta del Nilo.

Micenas no era un centro de apariencia minoica. Su núcleo era una ciudadela fortificada con pesadísimos muros. En el interior, abrigado contra las sorpresas enemigas, se alzaba el palacio rodeado de almacenes y moradas de la nobleza. Bajo la ciudadela se esparcían los establecimientos de artesanos y comerciantes que atendían a las necesidades del palacio. La dinastía reinante era un brote del monopolio del bronce, bronce cuyo principal destino seguía siendo la guerra. Los demás centros urbanos —Tirinto, Tebas, aun la distante Troya— respondían al mismo modelo.

La supremacía de estos príncipes micenios fue breve: último fruto de la cultura minoica aplicada a la guerra. En particular, la vida bélica ofrece como novedad el empleo del carro y el caballo, nuevas figuras de espadas y puñales, cascos y armaduras corpóreas. Pero no se advierte progreso en las técnicas de la producción. Esta cultura desaparece bajo la marea de invasiones. Los invasores, mejor armados, adelantaban blandiendo el hierro, la "maldición de la historia" que dijo Esquilo. El hierro era mucho más resistente que las armas y armaduras broncíneas de los caballeros micenios. En la *Ilíada* todos peleaban aún con bronces, salvo Pándaro, el flechero licio, que usaba ya púas de hierro, y salvo la alusión a la clava férrea de Areítoo el Macero. Pero los invasores dorios no sólo debieron su triunfo al hierro —el cual, de suyo, era menos costoso que el bronce—, sino también a su arcaica organización en tribus. Ella hacía accesible el hierro, poderoso instrumento, a toda la tropa, y no meramente a los caudillos. El hierro no era un monopolio de casta. Y es así como el crepúsculo de la Edad del Bronce coincide con cambios trascendentales en la estructura de la vetusta sociedad griega.*

1949

* [Según el *Diario* de Reyes, a 22 de diciembre de 1949, desde Cuernavaca: "He mandado a José Luis Martínez, para la *Memoria del Colegio Nacional*, mi artículo El horizonte económico en los albores de Grecia! He seguido estudiando y tomando notas sobre prehistoria griega" (vol. II, fol. 13). Casi un año después, 4 de diciembre de 1950, ya "Salió la *Memoria* [del año] 1949 del Colegio Nacional, IV, 4, con mi artículo: El horizonte económico en los albores de Grecia" (vol. II, fol. 58); efectivamente, pp. 39-46, con fecha al pie, como en *Estudios helénicos* de "1949". Póstumamente se reprodujo en *La Gaceta* (del Fondo de Cultura Económica), México, diciembre de 1965, año XII, Nº 136, p. 3.]

DE GEOGRAFÍA CLÁSICA

I. Introducción

1. *Los geógrafos griegos*

La navegación del Mediterráneo Oriental era ya cosa muy antigua cuando los griegos empezaron a surcar sus aguas. Los viajes de los egipcios, tanto aquí como en el Mar Rojo, datan de las primeras dinastías y culminan en el siglo XV a. C. Los cretenses de la Edad de Bronce, desde comienzos del tercer milenio a. C., crearon la primer talasocracia o imperio marítimo en el Mediterráneo, y por todos sus litorales diseminaron y establecieron factorías y puestos de comercio. Mucho después, los fenicios, los grandes traficantes del Mediterráneo primitivo, exploraron el área entera hasta más allá de Gibraltar, partiendo primeramente de su magnífico puerto de Sidón, situado en la costa levantina —y esto, desde el siglo XIV a. C. según los más entusiastas, aunque otros lo retraen al siglo XI—; y luego, desde el vecino emporio insular situado en Tiro. Sus colonos más importantes, los cartagineses, navegaron la costa atlántica hasta arriba de Cádiz, a procura de las minas de estaño por el noroeste de España y el sudoeste británico; y echándose al sur, navegaron hasta las Azores, donde se han encontrado monedas púnicas del siglo IV a. C. Por otro lado, los cartagineses se internaron hacia el Mar Rojo y visitaron los litorales del Océano Índico en el África Oriental y el Asia Meridional, siempre en busca de codiciadas especias y metales preciosos. A creer a Heródoto, fueron marineros fenicios al servicio de los Faraones quienes, por 6000 a. C., realizaron una portentosa circunnavegación del África, arrancando de su nido oriental.

Todos estos viajes eran viajes de lucro, ocultas empre-

sas comerciales, y de ellos sólo han quedado las noticias más vagas e inciertas. El conocimiento que pudieron alcanzar los fenicios en punto a geografía y astronomía —indispensables, sin duda, para sus jornadas— es cosa que apenas podemos sospechar. En su codicioso afán de guardar su monopolio y el secreto de sus tesoros, celaban cuidadosamente lo que sabían. Aun se dice que preferían echar a pique sus barcos cuando se sentían seguidos por un competidor posible. Estaba reservado a los griegos —incapaces de callar, siempre movidos por la curiosidad y el genio aventurero— el redescubrir y realmente hacer conocer al mundo, primero, el Egeo sembrado de islas e islotes; luego, el Mediterráneo en general y el Mar Negro, y finalmente, las costas del Atlántico y del Océano Índico. A diferencia de los exploradores modernos que, en el siglo XV de nuestra Era y desde los días del príncipe don Enrique de Portugal, llamado el Navegante, viajaban tanto por celo religioso como a procura de beneficios mercantiles, los griegos sólo eran impulsados por el comercio, la colonización y la aventura. Pocas exploraciones griegas puede decirse que hayan sido fruto de la mera especulación geográfica, y pocas fueron movidas por necesidades estratégicas de las campañas terrestres. Sus viajes, como los de los romanos más tarde, eran viajes de mercaderes, muchas veces meras avanzadas de la conquista militar. De modo que los verdaderos descubridores del mundo antiguo fueron los comerciantes y colonos de Grecia.

Los griegos comenzaron a cruzar el Egeo entre la Grecia Continental y la Anatolia. Se sentían atraídos por aquel puñado de hermosas islas que facilitaban el tránsito y alzaban sobre el mar sus colinillas de variados colores. Quien hoy en día haya navegado aquellas aguas de intenso azul ha comprendido ya el atractivo de aquellas islas sobre los navegantes de antaño, islas sembradas a corta distancia unas de otras y que permiten no perder de vista la tierra. Sus dorsos montañosos, reliquias de un mundo después sumergido como la fabulosa Atlántida por el extremo occidental del

Mediterráneo, eran otras tantas señales, referencias, apoyos que invitaban a seguir de frente. Los vientos septentrionales del verano; las corrientes que venían del Mar Negro, mar sin mareas, a lo largo de sus costas; la claridad que, prácticamente, ignoraba las estorbosas brumas; el sol radiante: todo parecía empujar las velas rumbo al sur. Aquí aprendieron los griegos a gustar de la navegación y a ir dominando sus secretos.

Gradualmente, fueron descubriendo una a una las playas del Mediteráneo entero, y luego las del Atlántico Norte. Colaeus, un marino de Samos, fue el primero en contemplar "la vasta extensión" de aquel océano. Según Heródoto, iba desde su tierra a Egipto, cuando los vientos contrarios lo arrojaron hacia el occidente, más allá de las Columnas de Hércules (Gibraltar), por el año 630 a. c., y así, involuntariamente, logró eludir la vigilancia incesante de los fenicios gaditanos, que cuidaban celosamente el estrecho, llave de sus rutas comerciales. Más de 300 años después, el griego Piteas, un navegante masaliota (de Marsella, en las Galias), fue el primero en traer noticias definidas sobre las costas occidentales de Europa y Britania. En las playas británicas parece haber obtenido sus informes sobre otra isla más extremada, Tule, que él y los griegos posteriores situaban ya en el Círculo Ártico. De allí pasó al Mar del Norte, y aun es posible que haya entrado en el Báltico.

Por esos días más o menos, Alejandro Magno conducía sus falanges macedónicas hacia el oriente, rumbo a las aguas del Indo, en famosa expedición terrestre sólo comparable en importancia a los viajes de Neco el fenicio alrededor de África, o a los del propio Cristóbal Colón. El almirante de Alejandro, Nearco, volvía a Babilonia por toda la costa sudatlántica al occidente de la boca del Indo y hasta llegar a las del Tigris y el Éufrates. La narración de este crucero, tal como se la lee en las páginas de Arriano cuatro siglos más tarde, es tan fascinadora como el célebre relato de la retirada de los Diez Mil mercenarios griegos, en Jenofonte,

desde Persia hasta las riberas del Mar Negro. La India interior, tierra de maravilla a ojos de los griegos, fue primeramente revelada por los sabios del séquito de Alejandro. Pero nuestra fuente es, en el caso, Megastenes que, hacia 300 a. c., fue enviado por Seleuco Nicátor, sucesor de Alejandro en Asia, como embajador a la corte del príncipe nativo Chandragupta, quien reinaba en Palibotra, orillas del Ganges.

Los Tolomeos, gobernantes de Egipto después de la muerte de Alejandro, fueron los últimos monarcas que se preocuparon por fomentar y costear las exploraciones geográficas. El peor de todos, Evergetes II, popularmente llamado Physcon, "el Barrigudo" (146-117 a. c), empleó al marino griego Eudoxo de Cícico (en el Mar de Mármara) para que viajase a la India por vía del Mar Rojo. Durante el reinado de su sucesor, Lathyrus (117-107 y 89-81 a. c.), el propio Eudoxo, huyendo de unos piratas egipcios que pretendían arrebatarle las riquezas traídas de la India, intentó repetir la hazaña de Neco, realizada cinco siglos atrás, y hacer la circunnavegación de África. Nunca se supo más de Eudoxo.

Entre los navegantes tampoco faltaron hombres de letras eminentes, sobre todo el historiador Polibio en el siglo II a. c., y el filósofo Posidonio a comienzos del siglo I. Conservado en Roma, entre los rehenes de la Liga Aquea, durante dieciséis años (167-151 a. c.), cuando la culminación de las conquistas romanas, Polibio llegó a ser amigo del joven Escipión, y por aquí logró el acceso a los archivos públicos para escribir su famosa historia. Él mismo nos cuenta que viajó por África, España y las Galias, así como por el Atlántico, "para rectificar las opiniones de autores precedentes" y para hacer estas playas más conocidas de los griegos. En cuanto a Posidonio, jefe de la escuela estoica de Rodas, donde fue maestro de Cicerón y de Pompeyo, era, según Estrabón, "el más sabio entre los filósofos de su tiempo", así como un representante típico de aquella edad, por sus múltiples intereses en la astronomía, la matemática, la historia y la ciencia física,

antes llamada filosofía natural. Trataba cuestiones tales como las mareas, los vientos, los aluviones, los climas. Su historia, en 42 volúmenes, abundante fuente para escritores que inmediatamente le siguieron, se ha perdido, al igual de sus otras obras, y sólo nos quedan de ellas extractos y referencias, sobre todo en las páginas de Estrabón. Posidonio también visitó el África, España, las Galias, Italia y otras partes del Mediterráneo Occidental.

En el siglo II de nuestra Era, los romanos continuaron ensanchando el radio de sus viajes, lo que produjo la *Geografía* de Tolomeo, sumario de cuanto entonces se sabía sobre las tierras y los mares. Tolomeo es como el remate de la ciencia geográfica y astronómica de los griegos, iniciada con Tales, en Mileto, siete siglos atrás. En adelante, puede decirse que la importancia de las navegaciones decrece hasta llegar a los albores de los tiempos modernos.

2. *Astronomía y geografía de los griegos*

En la antigüedad, sólo los griegos teorizaron sobre esas dos ciencias gemelas que estudian respectivamente la física de la tierra y de los cielos. No sólo iluminaron el campo de la geografía mediante sus exploraciones marítimas, sino también mediante sus descubrimientos en astronomía y matemáticas. Así pudieron gradualmente llegar a una apreciación sobre la correcta forma, tamaño y movimiento de la Tierra, y el sitio que ocupa en el Universo. Semejantes estudios se inician en el siglo VII a. C., entre los filósofos jonios —más científicos que filósofos en el estricto sentido— y culminan en Alejandría, siglos III y II antes de Cristo.

Los filósofos jonios jamás rechazaron aquella simple noción babilónica que aún encontramos en los poemas de Homero y de Hesíodo, a saber: que la Tierra es un disco plano y circular rodeado por el río Océano; y usaron cuantas imágenes físicas pudieron discurrir para explicar el mundo.

Tales de Mileto (*c.* 636-546 a. C.), a la cabeza de estos

pensadores jonios, amén de ser el iniciador de la astronomía griega, era un filósofo, matemático, ingeniero, estadista y buen negociante. Esto, según lo que de él nos cuenta Aristóteles: Tales creó el primer monopolio que se conoce en la historia, comprando todas las prensas de aceitunas de la comarca, por haber previsto para el siguiente año una abundantísima cosecha. Considerado como uno de los Siete Sabios de Grecia, Tales aparece en el umbral de la ciencia europea. Es, se ha dicho, el primer "hombre moderno", en cuanto trató ya de atribuir un origen físico al mundo, en vez de conformarse con las explicaciones mitológicas. El que haya predicho un eclipse solar es tenido comúnmente como una prueba de su extraordinario saber astronómico. Pero acaso este acto no haya sido, como se supone, el resultado de su ciencia y su genio. Durante su viaje por Egipto, averiguó el descubrimiento babilónico sobre el periodo de 223 lunaciones, estimado en 6 585 $1/3$ días, o sea dieciocho años, que constituye el ciclo de los eclipses. Esto le permitió, como dice Heródoto, predecir el año, si no el día, del próximo eclipse, que aconteció en efecto el 28 de mayo de 585 a. c. Tales imaginaba el Universo como un hemisferio suspendido sobre las aguas, siguiendo aquí la tradición griega de que el Océano es el padre de la Creación, y la Tierra, un disco circular que flota encima, y sobre el cual, a su vez, se abomba la superficie cóncava, la media esfera de los cielos.

Su contemporáneo, algo menor, Anaximandro (610-547 a. c.), a veces llamado el primer filósofo griego, afirmaba que había una masa "infinita e ilimitada", de cuyo seno evolucionó el Universo por la acción de un vórtice, y concebía la Tierra como un cilindro suspendido en el centro y sin soporte, que sólo se mantenía en equilibrio por ser equidistante de todos los cuerpos celestes. La superficie plana superior era, según esto, el mundo habitado, en torno al cual el Sol, la Luna y las estrellas giraban en círculos concéntricos. Parece que este sabio fue el primero en dibujar sobre

una plancha de bronce el mapa terrestre que entonces conocían los jonios y que se extendía del Atlántico al Caspio, rodeado por la corriente del Océano. También introdujo en la vetusta Esparta el reloj de sol babilónico o *gnomón* de aguja vertical.

Su discípulo Anaxímenes (*fl.* 585-528 a. c.) reemplazó la idea de Tales sobre el agua como origen del Universo por la idea del aire original, e imaginó, en efecto, la Tierra como un círculo plano sostenido por un cinturón de aire. Según él, las estrellas estaban incrustadas en una esfera de cristal —la más antigua idea astronómica—, esfera que giraba en torno a la Tierra.

El primero que imaginó ya la Tierra como una esfera fue Pitágoras de Samos, después establecido en Crotona, Italia (*c.* 572-500 a. c.). Era éste un grande viajero, y su consejo —"cuando andes de viaje, no pierdas el tiempo en recordar la patria que te has dejado atrás"— todavía es válido. Fue el primero que llamó al Universo "esfera" y "Cosmos" u orbe ordenado, y que puso en su centro a la Tierra esférica. Los pitagóricos creían que el Sol, la Luna y las estrellas eran también esféricas, que los planetas tenían movimiento de rotación, que el Universo entero giraba en torno a un eje que pasaba por el centro de la Tierra y que ésta se mantenía fija en el espacio.

Los pitagóricos posteriores (¿Filolao Crotoniata, Hicetas Siracusano?) adoptaron ya la gran novedad de abandonar el sistema geocéntrico y consideraron a la Tierra como un planeta más. El "sistema pitagórico" que de aquí resultó —en que el Universo es una esfera de dimensión ilimitada y rodeada de un vacío indefinido, con un fuego en el centro en torno al cual giran la Tierra y los demás planetas —sólo de modo parcial se adelanta al sistema copernicano, puesto que su principio fundamental, el *primum mobile* o agente motor no es el Sol, sino un fuego central u Hoguera del Universo, en torno al cual el propio Sol y la Luna ejecutan sus revoluciones. De suerte que esta Hoguera añadía un

octavo cuerpo celeste a los siete ya conocidos antes, en tanto que las "estrellas fijas", que también giraban en torno a tal Hoguera, eran un noveno orden de cuerpos celestes. Para completar la década —propia simetría pitagórica— hacía falta un décimo cuerpo: una Contra-Tierra cercana al fuego central y que siempre acompañase a la Tierra, aunque siguiendo una órbita menor. Este extraño cuerpo celeste marchaba por delante, arrastrando consigo a la Tierra, la Luna, el Sol, los planetas y las estrellas fijas. La Contra-Tierra resulta invisible porque el hemisferio habitado le da la espalda, y también es invisible el fuego central. Pero, después de Platón, estas dos ideas pitagóricas desaparecen; en mucho, porque el horizonte geográfico se ha ensanchado considerablemente, sin que por eso asome el menor rastro de esos dos supuestos cuerpos visibles desde el otro hemisferio. El sistema pitagórico, a pesar de algunas incoherencias, se ajustaba al simbolismo matemático —la esfera como figura perfecta, el diez como número perfecto—, y se basaba en la armonía como esencia de todas las cosas. Pero sólo dos siglos después pudo Aristóteles demostrar la esfericidad de la Tierra mediante los argumentos que todavía usamos y que consisten, principalmente, en admitir que la materia atraída por la gravitación hacia un centro adopta la forma esférica, y en observar que, durante los eclipses, la sombra de la Tierra sobre la Luna es circular.

Después de Pitágoras, Hecateo de Mileto (*c.* 550-475 a. C.), uno de los primeros "logógrafos" o narradores en prosa histórica, y asimismo geógrafo eminente, todavía se aferra a la noción babilónica de la Tierra plana y circular. En tanto, Parménides de Elea (Italia), que había visitado la ciudad de Atenas a la edad de sesenta y cinco años (448 a. C), completaba la división pitagórica de la Tierra esférica en zonas concéntricas, entendiendo, como todavía lo entendemos, que tales zonas son climáticas. Mientras los pitagóricos figuraban el Universo como una esfera giratoria cuyo eje pasaba por el centro de la Tierra —lo que significa

que la Tierra está rodeada de un vacío indefinido—, Parménides niega este vacío y, además, mantiene que la esfera finita del Universo es inmóvil.

Anaxágoras de Clazómene (*c.* 500-428 a. c.), amigo de Pericles, con quien convivió en Atenas, fue el primero en romper con la teoría jonia de que la materia en sus varias manifestaciones sea la causa de los fenómenos naturales, y en asumir que el principio ordenador del Universo es de esencia espiritual e inteligente, el *nous*, independiente de toda cosa material. Aunque todavía se figuraba el Sol como una roca resplandeciente algo mayor que el Peloponeso, entendía ya que la Luna sólo despedía la luz refleja del Sol. Pero, en conjunto contribuyó más bien al desarrollo de la filosofía que no al de la astronomía o la geografía.

Platón, en el *Timeo*, considera la Tierra como estacionaria y sin soporte en el centro del Universo. Su discípulo Eudoxo (*c.* 408-355 a. c.) parece haber sido el primero en intentar una explicación científica de las mociones planetarias. Según él, todos los planetas están prendidos al ecuador de la esfera celeste, la cual gira sobre dos polos opuestos con la Tierra en el centro. Estos polos están alojados en la superficie de una segunda esfera, exterior y concéntrica a la anterior; la segunda, a su vez, acomoda en una tercera, y ésta, en una cuarta; y en suma, todo el Universo es una conjugación de veintiséis esferas. Los movimientos planetarios se producen por una combinación de varias esferas concéntricas.

Este sistema fue adoptado por Aristóteles (348-322 a. c.), quien todavía considera la esfera terrestre como el centro del Universo, en torno a la cual giran los demás cuerpos celestes. También creía Aristóteles que el mundo habitado era más largo que ancho, idea que duró hasta fin de la Antigüedad, y su circunferencia se calculaba en 400 000 estadios, o 44 091 millas.

El pitagórico Heráclides Póntico, discípulo a la vez de Platón y de Aristóteles, uno de los primeros polímatas de

Grecia (escribió de filosofía, matemáticas, música, historia, política, gramática, poesía y ética), entendía que la Tierra, como centro del Universo, rotaba diariamente "a modo de una rueda en torno a su eje y de oeste a este", y que Venus y Mercurio giraban en torno al Sol como sus satélites. De modo que se adelantaba en parte a Aristarco y a Copérnico; y, de haber incluido a los otros planetas, se hubiera anticipado al sistema de Tycho Brahe. Pero su sistema quedaba invalidado por su teoría de los epiciclos, órbitas circulares de los planetas en torno a la Tierra.

Y aquí comienza la gran época de la astronomía y la geografía. Si la filosofía había alcanzado su apogeo con Platón y Aristóteles en el siglo IV a. C., la ciencia griega culminaba en Alejandría bajo los Tolomeos en los siglos III y II a. C. Había recibido un gran impulso con las conquistas de Alejandro, y los favores reales todavía se derramaban sobre los sabios que, de todos los puntos del mundo helénico, se concentraban en el Museo de Alejandría, donde los sostenía el Estado. Es asombroso el considerar cómo el genio griego, en estos sus últimos resplandores, iluminó ahora de preferencia el campo de las ciencias, cuando apenas se contaba con los más pobres instrumentos. Y con todo, fue entonces posible calcular la oblicuidad de la eclíptica, fijar la época de los equinoccios, determinar sus precesiones, y aun proponer el sistema heliocéntrico deciocho siglos antes que Copérnico lo demostrara. Vale la pena recordar, aunque sea de paso, a tres sabios de la Edad Helenística: los astronónomos Aristarco de Samos (*c.* 310-230 a. C.), Hiparco de Nicea, en Bitinia (*fl.* 160-125 a. C.) y el geógrafo Eratóstenes de Cirene (275-196 a. C.).

A Aristarco se lo recordará sobre todo por haber ideado la teoría heliocéntrica para el sistema solar. Esto no aparece en la única obra suya que se conserva —*De los tamaños y distancias del Sol y la Luna,* obra primeriza que sigue la tradición del geocentrismo—, pero lo menciona Arquímedes de Siracusa (287-212 a. C.) en su *Medidor de Arena.* Allí

se atribuye a Aristarco "la hipótesis según la cual... las estrellas fijas y el Sol son inmóviles, y la Tierra gira en torno al Sol siguiendo la circunferencia de un círculo, y el Sol se mantiene en medio de esta órbita". Esta noción parecía tan ajena a las tradiciones del pensamiento griego que Plutarco, en su ensayo *Sobre la cara que se ve en el disco de la Luna,* dice que Cleantes, sucesor de Zenón en la jefatura del estoicismo ateniense, opinaba que los griegos deberían castigar a Aristarco por impiedad, ya que se atrevía a sostener que la Hoguera del Universo estaba en movimiento. Poco se sabe sobre la suerte que tuvo en su tiempo esta teoría. Unos tres siglos más tarde, Plutarco escribe: "Aristarco cuenta al Sol entre las estrellas fijas, (y sostiene que la Tierra gira en torno al círculo del Sol..."; y añade que Seleuco el Caldeo (*fl.* 150 a. c.), astrónomo de Seleucia en el Tigris, adoptó esta manera de ver como una "opinión definida", aunque Aristarco sólo la proponía como hipótesis. Pero no se sabe que tal teoría haya tenido partidarios en la Antigüedad después de Seleuco. Por rarísima excepción, la cita Marciano Capella en sus *Nupcias de la Filología y Mercurio,* aunque no la mienta en aquella de sus obras donde más era de esperar que recogiese las referencias de Plutarco sobre Aristarco, a saber: *De revolutionibus orbium,* 1543. Nada hay, al menos, en la obra impresa; pues en el ms. descubierto en Praga a mediados del pasado siglo hay al respecto una nota explícita, reproducida en la edición de la Sociedad Copernicana de Thorn, 1874.

Sin duda el abandono en que cayó la teoría de Aristarco se explica por la autoridad de Hiparco, el máximo astrónomo griego, que floreció a mediados del siglo II a. C. Hiparco, en efecto, volvió al geocentrismo, y fijó así la concepción astronómica del sistema solar para los diecisiete siglos siguientes, puesto que en sus cálculos se funda principalmente el *Almagesto* escrito por Tolomeo en el siglo II de nuestra Era. Hiparco hizo mucho por la ciencia: inventó la trigonometría, primero la esférica y luego la plana; construyó

una tabla de las cuerdas del círculo, equivalentes a nuestros senos trigonométricos; creó el planisferio; catalogó unas 850 estrellas y fijó sus posiciones con relación a la eclíptica; instituyó el método para establecer las posiciones terrestres mediante líneas de longitud y latitud, con lo que permitió a Tolomeo, y a su precursor Marino de Tiro, el situar cientos de ciudades, ríos, montañas y otros accidentes geográficos. Según la teoría epicíclica de Heráclides, arregló en un orden determinado al Sol, la Luna y los planetas. Sus descubrimientos matemáticos y astronómicos hacen que se le perdone el error de su sistema geocéntrico. Fijó el año solar en 365 días, 5 horas, 55 minutos y 13.8 segundos; el mes sinódico en 29 días, 12 horas, 44 minutos y 2.5 segundos —error de menos de un segundo—; y estimó que la Luna está a unas 250 000 millas de la Tierra, error de un cinco por ciento.

Sin embargo, el mayor descubrimiento de Hiparco (aunque acaso lo haya precedido independientemente el caldeo Cidenas) fue la precesión de los equinoccios. Observaba Hiparco que, si el eje de la Tierra fuese perpendicular al plano de la eclíptica —o sea el plano de la órbita en que gira la Tierra en torno al Sol— el día y la noche durarían siempre el mismo tiempo; pero como el eje de la Tierra está desviado de esta perpendicular, sólo el 21 de marzo y el 23 de septiembre el Sol pasa directamente por el ecuador, y entonces ocurren los equinoccios; pero hay más: los puntos de intersección donde se cruzan el ecuador y la eclíptica se mueven gradualmente al oeste de año en año. Esta precesión de los equinoccios es el resultado del cambio continuo en la dirección del eje terrestre. Newton demostrará más tarde que este lento movimiento, al girar la Tierra como un trompo, se debe a la atracción del Sol y de la Luna sobre el seno ecuatorial de nuestro esferoide. De aquí que los polos describan un círculo entre las estrellas con un diámetro doble a la inclinación de la eclíptica respecto al ecuador, o sea de unos 47°. En consecuencia, puesto que la eclíptica es un

círculo fijo en el cielo y, en cambio, el ecuador se mueve con los polos, los equinoccios se desplazan al oeste 50″.25 cada año, y hacen una revolución completa del círculo de 360° en 25 800 años, o sea el Año Grande. Así, el Sol alcanza la zona del ecuador un poco más temprano cada año.

(Entre paréntesis: cuando, en el siglo XXX a. C., Kufú, Faraón de la IV Dinastía egipcia, construyó la Gran Pirámide de Gizeh, el pasadizo que desciende en la fachada norte hasta muchos metros abajo de la base apuntaba sobre la estrella Alfa del Dragón, o sea Thuban o Adib, el Hipopótamo de los egipcios, visible día y noche. Actualmente, el polo apunta a un lugar cercano a la Alfa de la Osa Menor, que está a 1°9′ del verdadero polo celeste. En 13 00 a. C., el polo estaba en Vega de la Lira, "la lámpara del cielo" —estrella la más luminosa del hemisferio norte—, y volverá a coincidir con ella por 13 000 d. C.).

El acierto de Hiparco se aprecia considerando que su cálculo, hecho hace unos 2 000 años, sólo contiene un error de 4 ½″.

Tal vez Hiparco rechazó la teoría de Aristarco porque no daba cuenta de las variaciones en la distancia de los planetas y la irregularidad de sus movimientos, todo lo cual era más aparente a medida que los métodos de observación adelantaban; en tanto que la teoría geocéntrica parecía explicar satisfactoriamente estos extremos, y era compatible con la imagen de una Tierra inmóvil. Y así fue cómo el sistema geocéntrico, resultado natural del pensamiento griego, salió de la Antigüedad triunfante y atravesó toda la Edad Media.

Al polímata alejandrino Eratóstenes, hombre típico de su época, se deben estudios no menos admirables. Él midió la oblicuidad de la eclíptica, o sea el ángulo que el eje terrestre forma con el plano de su órbita, y encontró la cifra de 23°51′, en vez de 23°27′. En su magna obra (*Geographica*, 3 libros), que por desgracia sólo queda en fragmentos, sienta las bases de la futura geografía matemática. En el libro I hace un examen de sus predecesores y expone sus propias

ideas sobre la forma y las dimensiones de la Tierra; en el libro II, sobre geografía matemática, calcula el tamaño de la Tierra; en el III, sobre geografía política, describe varios países según los relatos de los exploradores de Alejandro, los diarios de viaje de Megástenes y otros, y las navegaciones de Piteas y Nearco. Calcula que el mundo habitado —la *oikouménee*— ocupa menos de un cuarto de la superficie terrestre del globo, como después lo calculó Posidonio y como aún hoy se calcula; y en fin, considera correctamente el Océano como un solo cuerpo acuático. Se lo llamó *Beta* para decir que en todo ocupaba el segundo lugar, aunque ciertamente es geógrafo de calidad *Alfa;* y *pénthatlos* por su dominio de varias actividades: fue astrónomo, geógrafo, cronógrafo, geómetra, gramático, poeta e historiador de la comedia.

Su descubrimiento más importante fue aquel método —acaso bosquejado por Dicearco, el discípulo de Aristóteles— para medir la circunferencia de la Tierra. Él había advertido que, a mediodía, el día del solsticio de verano, el sol caía a pico sobre cierto pozo de Syene (en Aswán, Egipto Superior), y al mismo tiempo, en Alejandría, la sombra de cierto obelisco mostraba la declinación del Sol respecto al zenit en unos $7\frac{1}{2}^{\circ}$, medidos sobre el meridiano, el cual, según su entender, pasaba por ambos sitios. De aquí concluyó que el arco de longitud era $^{1}/_{50}$ del gran círculo del ecuador; y suponiendo la distancia entre los dos lugares de 5 000 estadios (551 millas), estimó la circunferencia de la Tierra en 250 000 estadios, después rectificados en 252 000. Como suponía también que la Tierra era una esfera perfecta y no un esferoide deprimido según la línea de los polos (hecho sólo establecido en el siglo XVII), resultó un error, aumentado aún porque Syene no se encuentra en el trópico, ni a la distancia que Eratóstenes suponía.

Hiparco aceptó los cálculos de Eratóstenes, mas modificó su método de dividir el círculo, no ya en 60 partes, sino en 360 *grados*. Pero Posidonio, seguido por Marino el Tirio

y por Tolomeo, a su vez modificó y corrigió la cifra de Eratóstenes.

El primer intento para establecer un meridiano se hizo por sugestión de Heródoto, que trazó una línea imaginaria desde Egipto, vía Cilicia y Sínope, hasta las bocas del Danubio en el rincón noroeste del Mar Negro. Piteas se adelantó a computar una latitud mediante el pobre método de buscar el día más largo en el cuadrante solar. Así determinó la latitud de Masalía (Marsella) y varios puntos de su viaje a la Europa occidental. Dicearco, a quien Estrabón considera tan filósofo como geógrafo (su "Medición de Montañas" acaso era parte de su *Descripción del Mundo*), midió el primero las alturas de las montañas y dibujó un paralelogramo, repartiendo la tierra en el mapa con una línea medianera que se extendía al oriente de las Columnas. Así dividió el Mediterráneo y lo prolongó teóricamente por la vía de la cadena del Tauro hasta el Monte Imaus (las Palmiras o Himalayas Occidentales), y hasta el supuesto Mar Oriental. Eratóstenes perfeccionó esta imagen, midiendo las distancias desde dos líneas de base. Su primer paralelo se extendía desde el Promontorio Sacro (Cabo San Vicente) al este, a través de Gibraltar, hasta un punto de la India opuesto al término septentrional de la Trapobana (Ceilán); y su primer meridiano, desde la desembocadura del Borístenes (Dniéper) en el sur de Rusia, hasta Meroé, capital de Etiopía sobre el Nilo, entre las modernas Berber y Khartum. Ambas líneas se cruzaban en Rodas. Hiparco, por su parte, basando su catálogo de 850 estrellas en los documentos caldeos de que entonces se disponía, propuso un sistema de latitudes y longitudes tanto para la esfera terrestre como para la celeste. Su primer paralelo se fundaba en el de Eratóstenes, y su primer meridiano pasaba sobre Alejandría. Este método de fijar los lugares terrestres determinando su posición sobre una imaginaria red de círculos hizo al fin posible la geografía científica.

El primer modelo del globo fue construido por Crates de

Malo en Cilicia (*m.* 145 a. c.), fundador de la escuela gramatical de Pérgamo, y embajador de Atalo en Roma por 157 a. c. En este modelo, recogió las ideas estoicas sobre la Tierra. Amén de dibujar un área ecuatorial y otra meridional, dividió el globo en cuarteles o cuartas partes. En cierto sentido, anunciaba así el descubrimiento de América y de Australia. Más tarde, Posidonio, aquel humanista cuyos extensos viajes por el Mediterráneo ya hemos mencionado, construía una máquina planetaria o esfera giratoria para mostrar las mociones aparentes del Sol, la Luna y los planetas. Marino de Tiro (*c.* 90-130), popularizador de la geografía matemática y contemporáneo algo mayor de Tolomeo, se pasó la vida construyendo un mapa del mundo con indicación de longitudes y latitudes de las localidades. Este mapa se ha perdido desgraciadamente, pero las informaciones que contenía no pueden haber sido muy exactas. Sólo unas cuantas posiciones de latitud eran entonces conocidas, y ninguna longitud exacta. La mayoría de sus informes proviene de itinerarios y relatos de mercaderes y viajeros. La ausencia de instrumentos exactos hace que estas fuentes sean muy sospechosas.

El intento final de la Antigüedad para construir un sistema geográfico y astronómico fue el sistema de Tolomeo (*c.* 90-168), a un tiempo astrónomo, geógrafo y geómetra. Su propósito, como él mismo nos lo dice, era el levantar la carta mundial revisando las longitudes y latitudes de Marino el Tirio, y corrigiendo en general sus errores. Siguiendo a Hiparco, dividió la circunferencia del globo en 360°, y cubrió la superficie con meridianos y paralelos. Sobre esta armazón fijó muchas localidades del mundo habitado. Fue el primero en emplear de esta suerte los meridianos y paralelos. Para establecer su primer meridiano, como Marino, trazó Tolomeo una línea por Ferro o Hierro, extremo occidental de las Islas Afortunadas (Canarias). Pero como ni él ni Marino las conocían de modo preciso, ambos colocaron el meridiano a los 2 ½° en vez de a los 9°43′ al oeste del

Promontorio Sacro, el cual fue considerado por mucho tiempo como el último término occidental de Europa. Por consecuencia, todas sus longitudes arrastran un error de 7°. El verdadero meridiano de Ferro, sin embargo, será usado más tarde por los geógrafos portugueses y españoles, y aún lo emplean los alemanes. Además, tanto Marino como Tolomeo habían fijado equivocadamente la posición del ecuador. Tolomeo calculaba la distancia del ecuador al trópico (en Syene) más corta en un sexto de lo que es realmente y, siguiendo a Posidonio, calculaba un grado de longitud sobre el ecuador en 500 en vez de 600 estadios. Ambos consideraron el paralelo 36° como la línea divisoria de la *oikouménee* que va de Gilbraltar a Rodas y el Iso, y teóricamente, hasta las montañas de la India Septentrional y el Mar de Oriente.

Tolomeo, pues, rectificó las localizaciones a menudo contradictorias de Marino sobre ciudades, montañas, ríos y límites de países, y añadió informaciones espigadas en descubrimientos más recientes. Pero resulta que los mapas de uno y otro se han perdido. El que aparece bajo el nombre de Tolomeo en los atlas manuales no es realmente suyo. Es, en efecto, una mera proyección cónica, en tanto que Tolomeo declara haber hecho una proyección esférica modificada. Después ha aparecido un manuscrito griego en el Serrallo de Constantinopla con una proyección esférica, pero no corresponde a Tolomeo por la fecha, y más bien parece obra de un geógrafo alejandrino Agatodemón, quien dibujó varios otros mapas para ilustrar textos de Tolomeo.

3. *Fuentes para la historia griega del mar*

Sobre la historia griega del mar hay poco que proceda de los relatos de navegantes, perdidos en su mayoría. Pero poseemos la versión griega del crucero de Hanno el Cartaginés, y la traducción casi literal que Arriano hace del relato de

Nearco sobre su viaje desde la India al Golfo Pérsico. También quedan varios manuales para uso de los marinos: el *Periplo del Mediterráneo y el Mar Negro*, escrito en el siglo IV a. C. y atribuido a Escílax de Carianda el Mozo; el *Periplo del Mar Eritreo;* el *Stadiasmus maris magni* (Mediterráneo) del III siglo cristiano donde, como lo expresa su nombre, las distancias son indicadas en estadios más que no en días; y algunos *periplos* menores. Sin embargo, nuestra información procede sobre todo de noticias dispersas y no siempre fidedignas, que andan mezcladas en la literatura clásica y que generalmente provienen de obras hoy perdidas. Tal, por ejemplo, la de Hecateo, *Períodos* o Circuito del Mundo. Se admite que era una obra en dos libros, uno para Europa y otro para Asia (el Egipto y la Libia incluidos), y que contenía un mapa corregido sobre el de Anaximandro. Abundan también las alusiones al tema en la *Biblioteca Histórica* de Diodoro, obra sin rigor crítico, historia universal que va de los tiempos míticos hasta la conquista de las Galias por César; y abundan también en los fragmentos de la *Libia*, obra perdida de Juba, Rey de Mauritania. Hay otras fuentes y documentos valiosos: las inscripciones, el estudio de la distribución de las monedas y, sobre todo, los descubrimientos arqueológicos, que muestran la expansión de los productos griegos en alas del comercio.

Hay, finalmente, dos obras prácticamente completas: la *Historia* de Heródoto y la *Geografía* de Estrabón. Heródoto, que se alejó en cierto modo de los primeros "logógrafos" y mereció ser llamado por Cicerón el Padre de la Historia, nos da numerosas informaciones geográficas, recogidas, como las de Hecateo, en sus propios viajes e investigaciones. Él viajaba, en efecto, para "reunir hechos", y así anduvo por Egipto, Asia y Europa. Declara haber llegado, por oriente, hasta Babilonia y Susa; la Isla Elefantina en el Nilo, el Egipto Superior y Cirene, sobre la costa africana, en el sur; las tribus escitas del Euxino, entre el Dniéper y el Danubio, por el norte; e Italia, en el oeste. Conoció bien el Asia Me-

nor, Grecia, Tracia, Siria, Egipto y el sur de Italia; y mucho menos bien, la Arabia noroccidental que tomó equivocadamente por el extremo sur de todas las tierras, y por morada de la fabulosa Ave Fénix y de las serpientes voladoras (acaso transformación sobre los relatos de serpientes "deslizantes" de la India y el Lejano Oriente). También se le ocurrió afirmar que, a causa de las especias de aquel suelo, en Arabia "soplan unos aires maravillosamente dulces", y nos cuenta los métodos fantásticos para cosechar tales especias: incienso, casia y canela.

Heródoto era tan geógrafo como historiador y fue el primero que insistió en la necesidad de estudiar juntas la historia y la geografía. Algunos críticos opinan que debió, en su obra, trazar el cuadro geográfico antes de entrar en la verdadera historia. Su predilección por lo maravilloso y fantástico y su tendencia a la exageración lo han hecho sospechoso desde la antigüedad hasta nuestros días. En la antigüedad, dudaron de su veracidad los escritores, desde Tucídides hasta Porfirio, y en nuestros días, algún humanista lo llama "narrador charlatán" (Sayce). Pero su reputación en punto a honradez ha ganado mucho con los recientes descubrimientos en Egipto y el Cercano Oriente. A él debemos sobre todo los breves fragmentos relativos a los viajes de Neco, Staspes y Escílax el Viejo.

Mucho más importante para nuestro objeto es la *Geografía* descriptiva de Estrabón de Amasia en el Ponto (*c.* 63 a. C.-21 d. C.). Vivió este autor en tiempos de Augusto, y gran parte de su vida la pasó en la misma Roma. Sus diecisiete volúmenes han sobrevivido casi íntegros, salvo el libro VII que es un mero epítome. Describe la Europa, el Egipto y la Libia entonces conocidos, y la obra asume por aquí el valor de una verdadera enciclopedia de informes sobre las tierras que se extienden desde España a la India, y el estado en que se encontraban a los comienzos del Imperio Romano. Es el sumario más completo de la geografía antigua.

Aunque se jacta de haber superado a sus predecesores, recorriendo desde Armenia hasta la costa etrusca de Italia, y desde el Mar Negro hasta las riberas de Etiopía, sin duda es verdad que viajó mucho, al parecer más por negocios que por puro interés científico. Los dos primeros volúmenes de su obra contienen una valiosa revista, y una crítica, a veces injusta, de sus predecesores a partir de Homero. No sólo discute la figura y dimensiones del mundo habitado y conocido, la climatología de sus zonas, etc., según la opinión de los autores que lo han precedido, sino que también nos expone sus propias ideas sobre la Tierra. Adopta la concepción geocéntrica que prevalece en Grecia, y ve la Tierra como una esfera situada en medio del Universo. También sigue la práctica general al describir el contorno del mundo habitado en forma de manto o clámide griega. Es muy extraño que Estrabón haya llamado poco la atención en sus días. Ni Plinio ni Tolomeo lo mencionan.

Los mapas y cartas del mundo habitado hechos por Anaximandro, Hecateo y Marino se han perdido. Aún poseemos la *Tabula Pautingeriana,* a la que ha dado su nombre Conrad Peutinger, anticuario de Augsburgo (1465-1547). Se hizo sobre una copia de un monje de Colmar llamado Conrad Celstes, en 1265. Peutinger la descubrió en un monasterio de Tegernsee. A la muerte de Peutinger desapareció, y al fin se la encontró más tarde en fragmentos. Se conservaba en la Biblioteca Nacional de Viena. Es una banda de 745 mm. por 34 mm. dividida en 12 secciones, que muestra las rutas militares del Imperio Romano, Persia, la India, al comenzar el siglo III. De los muchos itinerarios terrestres que un tiempo existieron, sólo quedan, en extensa escala, las *Estaciones Partias* de Isidoro de Carax (Media), con el detalle de las rutas que van de Zeugma (¿Rum Kaleh?), en el Alto Éufrates, a Alejandría de Aracosia (Kandar, en Afgán); también el *Itinerarium Antonini* —sin duda el emperador Caracalla, 211-217 J. C.—, corregido en días de Diocleciano, con varias vías provinciales romanas; y final-

mente, el mejor de los itinerarios cristianos, el *Itinerarium a Burdigala Hierusalem usque*, trazado en 338, y que describe un viaje terrestre para los peregrinos que van de Burdeos a Antioquía.

4. *Las navegaciones romanas*

Por extraño que parezca, los romanos no contribuyeron mucho al desarrollo de la ciencia geográfica, como en general les aconteció con las demás ciencias. Parece que se hubieran contentado con los descubrimientos griegos en casi todos los campos y con una excepción conspicua. Preferían la aplicación a la investigación de la ciencia. Turner caracteriza así la actitud de la mente romana:

> El asesinato de Arquímedes por un soldado romano en el sitio de Siracusa —212 a. C.— simboliza el destino de la ciencia griega en manos romanas. Al convertir la superstición popular en sostén de su poder político, hirieron de muerte a la ciencia.

En todo caso, era gente muy práctica y poco imaginativa, demasiado preocupada con los problemas de la conquista y la administración para interesarse de veras en las teorías abstractas. No fundaron ningún centro científico, y apenas algunas bibliotecas. En geografía, como en otras ciencias o artes, reconocieron y aceptaron el magisterio de los griegos. Tampoco les costaba confesar sus deslices, a creer este pasaje de Estrabón:

> Ahora bien, aunque los historiadores romanos son imitadores de los griegos, no llevan muy lejos su imitación; pues, lo que narran, se conforman con trasladarlo de los textos griegos, aunque ponen el mayor esmero para allegar sus informaciones. Y así, donde los griegos dejan lagunas, ellos las llenan con cuidado digno de nota.

Los romanos sólo emprendieron una expedición geográfica importante: el desafortunado intento de Nerón o sus cen-

turiones en busca de las fuentes del Nilo. El filósofo Séneca, en sus *Cuestiones naturales*, que también tratan por cierto de astronomía, meteorología y geografía física, trae un relato de esta expedición.

Un ejemplo, entre mil, bastará para mostrar la ignorancia geográfica de los romanos a los comienzos del Imperio. Allá por el siglo I, un navegante griego, Hipalo, había aprendido de los árabes el secreto de los monzones periódicos que soplan sobre el Océano Índico. Este descubrimiento permitía a los marinos el atreverse por aquel mar, en vez de pegarse tímidamente por las costas árabes y persas en su tránsito para la India, y ello determinó un alza notable en el comercio romano. Pero Plinio, estricto contemporáneo de Hipalo, lo ignoraba todo al punto que, habiendo oído su nombre, creía seriamente que se trataba de un viento marino llamado "el hipalo".

Aunque aquel vasto imperio romano pronto encerró dentro de sus fronteras todas las comarcas que coronan el Mediterráneo en los tres continentes de Asia, Europa y África, y se extendía desde la Britania hasta más allá del Tigris, y de Dacia sobre el Danubio hasta abajo de la segunda catarata del Nilo, ello es que los romanos manifestaban escaso interés en la averiguación de los climas, lenguas, religiones, costumbres, geografía e historia de sus numerosos vasallos. Su comercio alcanzaba el Báltico, el África ecuatorial, la China sudoriental, pero no añadió nada al conocimiento de aquellas distantes regiones. Cierto, les divertía juntar algunos animales extraños para el circo, y plantas y frutos de todas partes, pero sin por eso entender de zoología o de botánica.

Aunque la conquista de cada provincia iba precedida de vanguardias de comerciantes y exploradores, y luego seguida por toda clase de inspectores, jamás levantaron un panorama coherente de todo el territorio que dominaban. Fue un griego, Estrabón, quien se tomó el trabajo de describir para ellos el mundo. Sus contados descubrimientos geográficos fueron

accidentes, casualidades con que tropezaban al paso de sus conquistas o sus penetraciones políticas.

Todos los puntos del Imperio, eso sí, estaban comunicados con la capital mediante caminos excelentes. La provincia más distante sólo quedaba a seis semanas de Roma. Estos caminos eran en parte un producto de la colaboración helenística, aplicada a rehacer las viejas rutas de Persia. También la institución del correo para despachos oficiales venía de Persia, aunque las piedras y señales —algunas todavía visibles— eran de origen ya romano. En tiempos de Trajano, cuando el Imperio alcanzó la extensión máxima, había como 47 000 millas cubiertas por estas carreteras, incluyendo algunas subsidiarias dentro de las provincias. Por ellas transitaban mercaderes y oficiales a un paso medio de 4 a 8 millas por hora, a caballo, en litera o en carro. De hecho, nunca volvió a conocerse comodidad igual para los viajes hasta el siglo XIX. Muchas de estas carreteras romanas son la base de las actuales en muchas regiones de Europa, África del norte o Asia occidental.

Roma sólo nos deja dos tratados geográficos. Ambos fueron escritos en el primer siglo de nuestra Era, y ambos son obras deficientes. Uno es el breve *De situ orbis libri III* del español Mela, escrito en el reinado de Claudio (41-54). Este librito es el primer manual de conjunto en latín, aunque tan compendioso y seco en cuanto a geografía, costumbres y demás, que resulta anodino, aparte de que ni en hechos ni en ideas ofrece novedad que valga la pena. Siguiendo a Parménides, a Hiparco, a Estrabón, Mela divide el globo en cinco zonas y afirma lo que más tarde resultó cierto: que aquellos hombres a quienes llama *antictones* viven en la zona templada del sur. Pero arguye equivocadamente que son inaccesibles, porque se atraviesa entre ellos y los civilizados, el fuego de la zona tórrida. El pitagórico Filolao había sugerido esta idea, al hablar de un "contra-mundo" o *Antictón*, que servía como de balanza al nuestro en el espacio. Pero, con el curso del tiempo, este como misterioso planeta vino a

convertirse en la idea de una *Terra Australis* o Continente Meridional, idea que sobrevive hasta los días del Capitán Cook, quien acabó con ella a fines del siglo XVIII.

Plinio el Viejo (23-79) continúa en cierto sentido la tradición de los polímatos alejandrinos, puesto que se interesa en muchos órdenes del conocimiento. De hecho, su celo por juntar noticias científicas heterogéneas lo llevó a morir durante la erupción del Vesubio que destruyó las ciudades de Herculano y Pompeya. Su *Historia natural* en 37 volúmenes, principal obra científica que haya producido Roma, se propone presentar una visión general de la naturaleza como el *Cosmos* de Humboldt en nuestros días, pero en verdad no pasa de una vasta colección de datos que pretenden ser científicos. Casi cuatro libros (del 3º al 6º), en esta obra voluminosa, se consagran a la etnografía y la geografía, pero son meros catálogos de nombres y hechos presentados sin criterio alguno. Plinio cita al buen tuntún y acepta los mitos como si fueran hechos. Su sobrino, Plinio el Joven, autor de diez libros de *Epístolas* que aún se conservan, declaraba que la *Historia natural* era una "obra difusa y erudita, no menos heterogénea que la misma naturaleza". Un autor reciente, Cochrane, la define como "ejemplar de museo e indigestión de informes y noticias curiosamente mezclados, con algunas agudas y vigorosas observaciones personales, pero carente en absoluto de método". Con todo, este fárrago es útil en muchos aspectos, especialmente en el campo geográfico, por sus numerosas alusiones a obras antiguas ya perdidas. De aquí que sea menester citarlo constantemente. Aunque Plinio sólo amontona una masa enciclopédica e informe de noticias falsas y verdaderas con mucho de rompecabezas, sigue siendo una de las principales fuentes para el saber medieval.

Podemos concluir que sólo los griegos iniciaron y desarrollaron la geografía en todas sus ramas: física, matemática, descriptiva y política. Aun la palabra misma "geografía" fue acuñada por ellos. Eratóstenes la había usado en forma adjetiva, al llamar *Geográfica* a su obra, uso que adoptaron

Estrabón y otros. Y, en su forma sustantiva aparece primeramente en el *De mundo* del Pseudo-Aristóteles, obra destinada a describir la superficie de la Tierra.

[*1948*]*

* [Dado el retraso habitual de las revistas académicas, no nos debe extrañar que Reyes, a 13 de febrero de 1949, apunte en su *Diario:* "Mañana, invitado por *Filosofía y Letras,* les envío INTRODUCCIÓN A LA GEOGRAFÍA CLÁSICA, cuyas copias hoy revisé" (vol. 10, fol. 184), y que dicho ensayo aparezca en la entrega de octubre-diciembre de 1948 de *Filosofía y Letras,* México, tomo XVI, Nº 32, pp. 185-204, con el título de "Introducción al estudio de la geografía clásica". La entrega, seguramente, todavía en febrero de 1949, estaba en prensa, y la colaboración de Reyes llegó a tiempo para incluirse. En el índice de *Estudios helénicos* fechó el ensayo en 1948, dato que ahora ponemos al calce.]

II

PANORAMA DE LA RELIGIÓN GRIEGA

1. *Alcance e intención de nuestro estudio*

No HABÍA llegado aún la hora de la madurez histórica; los métodos comparativos no habían aportado todavía esa su estupenda fertilización a los varios órdenes del saber, mientras las religiones se estudiaban solamente según el criterio apologético, para poner de un lado la creencia legítima y de otro las creencias equivocadas, sin averiguar las razones de unas ni de otras, ni conceder a los pueblos la buena fe, el candor que siempre los anima en estas audaces exploraciones. Entonces la sola expresión "religión griega" podía parecer desatentada. Religión no había más que una, y lo demás eran patrañas. Como el Cristianismo ha sido la religión de la cultura en que vivimos, se tendía a suponer una maldad, un fraude en quienes no habían adivinado al Cristo antes de Cristo; bien como en otras épocas de científica trivialidad se tendió a ver en la Iglesia una fábrica de embelecos. En cierto cuadro vulgar, los augures cuentan las ofrendas y ríen a carcajadas a espaldas de los fieles. Y algunos Padres de la Iglesia enseñaron que Cam, hijo desnaturalizado, inventó por su cuenta todas las falsas doctrinas que luego han infestado al mundo, de caso pensado y con el abominable propósito de perder a los hombres.

Y lo cierto es que, entre los primitivos, donde la institución religiosa y la institución política se confunden en grado máximo; donde el conductor de las tribus es, a la vez, jefe metafísico, nada hay de ilegítimo ni de extraño en que una función se ayude con la otra, y que, quien de veras se tiene y es tenido por intérprete de la divinidad, incline a las artes

del buen gobierno los mandatos que atribuye al dios, sin que pueda acusárselo de embaucar al pueblo. El pueblo griego, tan alejado ya de lo primitivo, tampoco separó del todo las funciones, fuera de casos particulares. Pues nada es más opuesto al espíritu de la sociedad patriarcal, en que la familia guarda por sí misma sus *sacra*, el padre oficia para la casa, y el gobernante —padre común— para la ciudad, que el clero constituido. Éste es típica creación de Egipto, cuyo alejamiento de los orígenes helénicos se descubre ya en esta trascendental divergencia.

Antes de diferenciarse las profesiones, no hay caso de jurisdicción invadida. El barbero y sangrador de antaño nunca pensó, ni lo pensó nadie, que usurpaba las facultades del cirujano aún no definido. Ni siquiera puede decirse que tal sincretismo se haya desintegrado del todo. En torno a este punto giran todavía las controversias entre la Iglesia y el Estado. Maldades individuales y abusos contingentes pueden deslizarse en todas partes, y acaso los hubo en la Fortuna Prenestina de los romanos; pero esto no explica la recta filosofía del fenómeno. La necesidad de orden creó la jerarquía. Y la impostura —palabra anacrónica en el caso— se oponía a la violencia; que es, de suyo, ciega e injusta. Hablar de fraude es insensatez, y en el más amplio sentido de la palabra, es impiedad.

Cuando Israel huía de Egipto, "la morada de la servidumbre" se encontró ante el desierto más inhospitalario que haya bajo el cielo. A su capitán no quedaba otro dilema que dejar a su gente perecer de exasperación y de inanición, o sostenerla con los signos sobrenaturales que él mismo le iba proponiendo. A este fin, explotaba todos los incidentes. Cuanta fuente aparecía era un milagro. A veces, un ventarrón traía consigo una nube de codornices, sobre las cuales se precipitaban los hombres famélicos: era el dios protector que no los abandonaba y acudía a su miseria. En cierta época del año, la exudación gomosa de aquellos ásperos arbustos servirá de maná celeste, para ir engañando el hambre de

cualquier modo. Pero hacía falta más: hacía falta un código, sin el cual no marchan los tropeles humanos o se despedazan entre sí. La moral flaqueaba mil veces. Las sublevaciones no habrán faltado, las veleidades del "derrotismo". Pues aunque Egipto había sido tierra de penalidades y esclavitud, el hombre sólo es sensible a su desgracia presente. Y en esta hora crítica, el capitán alza los ojos y, en los términos del horizonte, contempla el Sinaí. De aquella ingente montaña tenía que bajar el código: ahora o nunca.

> El macizo del Sinaí, hecho de un granito sombrío que el mismo sol, que todo lo dora, baña desde hace siglos sin lograr penetrarlo nunca, es uno de los fenómenos más singlares en la superficie del globo: Imagen perfecta de los paisajes en un mundo sin agua, tal como nos figuramos la luna u otro cuerpo celeste privado de atmósfera. Y no es que dejen de amontonarse frecuentemente por sus cumbres tempestades terribles. Pero la tempestad, benéfica en otras partes, aquí no es más que espantosa. Se diría cosa inorgánica, metálica en cierto modo, concierto en que sólo participasen retumbos del cañón, del tambor, de la trompeta y la campana. Dioses severos parecen habitar esas cimas. Es un Olimpo, pero sin aguas ni bosques, una Irlanda o un Juan-Mayén, pero sin lechos de nieve. De cuanto se mezcla en la naturaleza —el sol, las nubes, el agua, el árbol, la verdura, el hombre, el animal— aquí no queda más que la piedra, estriada en filones de metal, a veces concentrada en gemas resplandencientes, siempre rebelde a la vida y ahogándola en su abrazo. Cobres y turquesas, residuos todos de una suerte de vitrificación natural: he aquí sus productos. También se dice que de allí ha venido la Tora; jamás la vida. A excepción del pequeño oasis donde está el convento de Santa Catalina, situado fuera del ángulo de visión de los hebreos, la sequedad es aboluta. En este mundo antihumano, ni un fruto, ni un grano de trigo, ni una gota de agua. En cambio, nunca se vio una luz más intensa, un aire más transparente, un hielo más radiante. El silencio de estas soledades es terrífico. Una palabra pronunciada en voz baja suscita ecos extraños. El viajero se atemoriza al ruido de sus pasos. Propia montaña de Elohim, con sus contornos invisibles, su translucidez engañosa, sus fantásticos destellos... El Horeb o Sinaí fue, desde la antigüedad más remota, objeto de culto religioso para las poblaciones de

origen hebraico o árabe que rondaban esos parajes. Era lugar de peregrinaciones. Los semitas de Egipto llevaban hasta allí sus sacrificios. Creían que allí habitaba su dios. La montaña santa difundía el terror por un ancho campo a la redonda. (Renan).

Y Moisés subió al Sinaí y bajó con las Tablas donde Dios inscribió su código, en una epifanía de relámpagos. El pueblo creyó realmente haber visto a su dios en lo alto de la montaña santa, que lo deslumbró con su presencia, dejando para siempre un resplandor en el fondo de su retina inflamada. El más descreído de los exégetas no puede atreverse a vituperar un acto que, a lo sumo, llamaría "fraude técnico", y donde ninguna intención dolosa se descubre. Igual defensa admiten aun los oráculos materiales —los inciertos *urim* de los levitas, en Israel; o en Grecia, los cobres de Dodona—, aunque nos ofendan por su misma grosería de máquinas, y que en una y otra nación serán gradualmente ahogados bajo la onda espiritual del profetismo. No era el pueblo griego un pueblo estúpido, antes le debemos la racionalización y la ciencia. Y, sin embargo, nunca perdió Delfos su autoridad —Delfos, por donde los dioses se expresaban a través del éxtasis de la Pitonisa—, a pesar de sus vacilaciones ante el invasor persa y de sus simpatías lacedemonias durante la Guerra Peloponesia.

Hoy, la madurez del espíritu religioso, el desarrollo del sentido científico en aquel aspecto modesto y venerable que se confunde con el sentido común, y el gusto desinteresado de la historia, permiten estudiar la religión griega con la objetividad y el respeto que se conceden a cualquier conocimiento sobre el pasado, sin miedo a contaminarse o condenarse, y con aquella asepsia, que preside a toda investigación en la entraña antropológica de los pueblos. Hoy, un apologista cristiano como Clive Staples Lewis puede decir sencillamente:

Se me ha pedido que os hable de lo que cree un cristiano, y comenzaré por hablaros de lo que no necesita creer un cristiano.

> Quien sea cristiano, para nada se sienta obligado a figurarse que todas las demás religiones son simples y totalmente falsas. Al ateo no le queda más recurso que considerar como irremediable disparate la esencia misma de todas las religiones. Pero el cristiano está libre para admitr que en todas, aun las más extravagantes, hay alguna vislumbre de verdad. Cuando yo era ateo, intentaba convencerme a mí mismo de que, hasta hace más o menos un siglo, la raza humana había sido un hato de imbéciles. Cuando me hice cristiano, pude adoptar un criterio más liberal. Claro que el cristiano ha de considerar que, donde aparecen divergencias, la verdad está en el Cristianismo y el error en las demás doctrinas. En aritmética sólo hay una suma correcta, y las cifras que de ella difieran son equivocaciones; pero algunas equivocaciones están más lejos y otras más cerca del acierto (*Broadcast Talks,* II).

A tanta distancia, y a la luz de este nuevo espíritu que a un tiempo ilumina la religión y la ciencia, no cabe el temor que expresaba Nicholas, Canciller de la Universidad de París en 1285: "Estamos corriendo un gran peligro, nosotros, los que profesionalmente leemos a los poetas paganos." No hay lugar al escrúpulo de Jacques de Vitry, célebre predicador contra albigenses, quien temía que "la apasionada lectura de los poetas" se tomase por una manera de adoración a sus falsos dioses, "semejante —dice— a las ofrendas de incienso".

Pero, según las tremendas experiencias de nuestros días, no estamos ya seguros de que este espíritu pueda mantenerse por siempre. El gusto mismo de la historia es el gusto más delicado y está, por eso, más expuesto a empañarse entre las crisis humanas. Bien pudiera la humanidad, uno de estos días, cansarse de las reiteradas bancarrotas del liberalismo y —confundiendo los síntomas con las causas, según tantas veces ha acontecido— refugiarse otra vez, pobre animal acosado, en la cueva de los sistemas que ahogan la libre discusión. Y por eso, ahora más que nunca, hay que apresurarse a entender estos movimientos trascendentales, que han establecido secularmente el subsuelo de nuestra cultura. Antes que sea tarde y otra noche caiga sobre el mundo.

2. *Orientación del estudio*

Desde varios puntos de vista se estudia hoy la religión griega. Las investigaciones al respecto siguen dos caminos principales: ya interrogan las prácticas populares para descubrir en ellas el rastro de las nociones primitivas, las huellas —diríamos— que ha dejado el paso de los fantasmas; ya recogen y coordinan las expresiones literarias de la creencia, como quien interroga —diríamos— aquellas regiones de la cultura en que más se notan las quemaduras de la inteligencia. Entre nosotros, lo primero equivaldría a examinar las devociones anuales en la basílica de Guadalupe y, confiriendo los documentos y la crítica de la materia, restablecer los rasgos de la tradición (folklórica y canónica) y el milagro concedido a Juan Diego. Lo segundo equivaldría a desentrañar los perfiles del dogma y de la historia sagrada, cual si careciéramos de tratados especiales —y tal es el caso de Grecia—, mediante el estudio de nuestros poetas religiosos, digamos, los llamados "salmistas"; Carpio, Pesado, Francisco de Paula Guzmán, para no retroceder hasta el Virreinato.

Han abierto el primer camino los adelantos de la antropología, desde los años de 1870. Así en Andrew Lang, Sir James George Frazer, Jane Harrison. Aquí la religión griega nos aparece como un desarrollo de añejos cultos naturalistas. Y es innegable que ella ofrece abundantes reliquias de primitivismo. Pero en aquel pueblo, tan penetrado por la cultura hasta los últimos rincones del campo, tales reliquias han sufrido ya una elaboración apreciable. Hace falta un tacto singular para descubrir la supervivencia escondida en el seno de una figuración mitológica o de una práctica ritual, mil veces aderezadas ya por el arte o la inteligencia. Tanto es como traslucir, en un retroceso espectral, bajo la fisonomía majestuosa de una estatua de Fidias, el gesto feroz de alguna máscara salvaje. ¿O quién, sin un enorme esfuerzo de interpretación, reconocería de pronto, en el bronce de Nápoles —aquel muchacho alígero que escucha, sentado,

el mensaje divino, y parece pronto a saltar, remontándose por los aires—, el mismo numen barbudo y toscamente tallado que encontramos en los Hermes como hitos de los linderos, y que servía para espantar a los pájaros y ahuyentar a los ladrones?

El segundo camino, o camino de los testimonios cultos, ha sido el predilecto de los filólogos, profesionalmente inclinados a preferir, entre todos los materiales posibles, los escritos de los filósofos, los historiadores y los poetas. Así en Lewis Campbell, James Adam, Wilamowitz-Moellendorff. El filólogo de tipo clásico tiende a dejar de lado los aspectos puramente populares, menos dignos de su atención que las meditaciones de las mentes privilegiadas.

Con todo, los acarreos anónimos y colectivos cuentan tanto o más que estas meditaciones superiores en el desarrollo de la religión griega. Los escritores helenos nunca pretendieron ser profetas ni "definidores teologales". Se acercaban a la religión en busca de la sabiduría o de la ciencia, mucho más que de la verdad religiosa. El destino de la religión lo determinan las masas, y sobre todo cuando la doctrina queda en especie de tesoro práctico, que se conserva y trasmite más en las costumbres que no en los libros.

Las masas, claro está, pueden también elevarse, cuando las transporta el genio, hasta las sublimidades religiosas. Momentos hay en que se caldea la inteligencia popular, al punto de convertir en actualidad pública una controversia teológica, como varias veces se ha visto. Ya es el pueblo egipcio, que hace una revolución para conquistar el derecho a la inmortalidad del alma, hasta entonces sólo concedido a la sangre real, a la nobleza y al sacerdocio; ya es la Bizancio medieval que se apasiona por la naturaleza una o doble del Verbo Encarnado, y como en el delicioso cuento de Jules Lemaître, lleva la fascinación de sus enigmas hasta la tibieza de las alcobas galantes; ya es la Europa del siglo XVI, cuando la controversia *De Auxiliis,* en torno al libre albedrío y a la predeterminación física, entre domi-

nicos y jesuitas, que no sólo exige una Congregación romana y hace terciar a los reyes de España y Francia, sino que, apaciguada en España, se recrudece en Francia bajo forma de jansenismo, apasiona a Pascal, hace perseguir a Arnauld, destruye a Port-Royal, perturba el catolicismo por más de un siglo, interesa al vulgo en la disputa, y lo arrastrara a celebrar el supuesto triunfo de los jesuitas con festejos, iluminaciones, músicas callejeras y corridas de toros.

Pero Grecia sólo tuvo un genio religioso: Platón. Y éste nunca se presentó ni apareció como tal a sus contemporáneos; nunca como profeta, sino siempre como filósofo. Su aportación mística se desliza como una música insensible, y sólo pasará a primer término, vivificada en el neoplatonismo, unos quinientos años más tarde. Verdad es que, a partir de entonces, marcará con huella indeleble toda exploración de lo sobrehumano.

Hay todavía un tercer camino para el estudio de la religión griega. Lo han seguido algunos humanistas de nuestro tiempo, singularmente de la escuela germánica, como W. F. Otto y E. Peterich. En esta escuela, nos desentendemos de toda investigación o pesquisa nuevas, y procuramos la síntesis de los resultados ya adquiridos. Se trata de ordenar en cuerpo sistemático las ideas o principios que parecen básicos, las nociones principales y las más frecuentes, imponiendo, sin remedio, cierta rigidez anacrónica y antinatural a aquel océano de ondas indecisas y cambiantes. Ya se ven los peligros que esta postura significa, en su afán de reducir la religión griega a un código definido, a un credo; a lo cual siempre fue ajena, y aun reacia, la mente de aquel pueblo. Pues aunque los escritores usaron el término "teología", o lo aplicaban a la metafísica, como en Aristóteles se aprecia o, como se aprecia en Cornuto, a eso que llamamos mitología.

No cabe duda que cada punto de vista descubre un ángulo de la verdad: el popular, rústico o tradicional; el mu-

nicipal, urbano o "culturizado"; el sistemático o anacrónico. Los dos primeros conviven en Grecia. El tercero es como una perspectiva ideológica vista desde la edad moderna. Pero la dinámica de la religión griega sólo puede apreciarse mediante el estudio de los cultos populares y rústicos, los menos familiares para el público medio. Sólo ellos nos permiten apreciar los orígenes y la elaboración de las especies religiosas; en tanto que los otros dos criterios nos dan como resultados estáticos: aquél, en el plano de la mente griega ortodoxa u oficial; éste, en un plano actual de apreciación. Ahora bien, no podríamos prescindir de estos criterios que provisionalmente llamamos estáticos. Pues si, por una parte, queremos entender la religión griega en lo que ella significó un legado para la humanidad posterior, no podríamos pasar por alto aquellos aspectos superiores que, por decirlo así, nos la muestran empapada en la filosofía y en la representación intelectual y poética del mundo y de los hombres. Y, por otra parte, ¿quién es capaz de realizar, en serio, un verdadero estudio histórico —no decimos: un hacinamiento documental— sin detenerse, de tiempo en tiempo, a establecer cortes estáticos en la corriente incesante del pasado, conferimientos anacrónicos de los que parecen ser los saldos de ayer con los saldos de nuestros días? Quien sea capaz de hacerlo, y quien pueda hacerlo sin mutilar, de paso, el sentido mismo de la interpretación histórica, que arroje la primera piedra. De modo que los modelos sistemáticos, por arbitrarios que sean, por rígidos que parezcan, nos servirán como esquemas de orientación, a los que habrá que acudir de tiempo en tiempo.

En conjunto, no nos importa el subsuelo antropológico y todo eso que la religión griega tiene de común con los impulsos místicos de todos los pueblos primitivos, cuanto lo que, en tal religión, sea, precisamente, característico de Grecia. Pues si el material de la religión griega, en conjunto, muestra un fondo parecido al de otras naciones, el tratamiento es diferente e inconfundible. Desde luego, la religión griega, aun-

que naturalmente se relaciona y entrefluye con la moral, se pliega de modo sensible a dos tendencias que le dan una forma única: el arte, a la vez plástico y literario, y la filosofía. La acción de estas dos tendencias, operando de consuno sobre la masa religiosa, hace de ella una sustancia purgada de primitivismo, fealdad y bajeza; la convierte en una agencia ética, estética y metafísica de la mayor excelsitud. Como el frío mistral, afina el cielo y despeja los horizontes.

3. *Escollos del estudio*

El verdadero estudio de la religión griega no data, como se ve, de mucho tiempo. Una sola de sus fases, la mitología, ha sido objeto de investigaciones que cuentan con una honorable y antigua tradición. Y esto, por la sencilla razón de que los humanistas, para entender la literatura clásica, necesitaban resolver las constantes alusiones mitológicas. A fines del siglo XVI, el Br. Juan Pérez de Moya, gran popularizador matemático a la vez que humanista, nos explica así su propósito desde la portada de su obra *Philosophia secreta,* consagrada "al origen de los ídolos o dioses de la Gentilidad": *Es materia muy necesaria para entender poetas e historiadores.*

Este estudio indirecto, y subordinado por fines que son ajenos a la misma valuación religiosa, difícilmente podía llegar muy lejos. De hecho, no fue más allá de ciertos diccionarios y manuales de referencia, tesoros de erudicción y no obras de exégesis, que daban a los mitos una fijeza sumaria y excesiva, que se dejaban fuera el espíritu y sólo miraban a la fábula, o a la posible alegoría moral según el criterio del comentarista y no según la mente antigua: catálogos de personajes y sus atributos, crónica familiar y social, a veces crónica escandalosa, de los Inmortales; y en suma, como dice desenfadadamente un contemporáneo, "vida privada de las diosas y de los dioses", con tal cual epifonema al caso.

Esto no agotaba ni cubría todo el campo. Pero había más: se tendía a confundir el Olimpo griego con el romano

y más aún con el alejandrino, que distan mucho de ser iguales, lo cual oscurecía singularmente los estudios mitológicos mismos. La campaña está ya ganada; nadie llama hoy Júpiter a Zeus, o Venus a Afrodita, en el mundo de los especialistas al menos. Pero todavía por algún tiempo se siguió atribuyendo a las divinidades clásicas una condición o naturaleza impropia, aun cuando no se las designase más con nombres ajenos. Por mucho tiempo, el Amor de Anacreonte se veía a través de los ojos de Meleagro o de Ovidio. Cuando ya nadie decía "Cupido" por "Eros", sobraban aún quienes imaginaran a éste como un rapazuelo travieso, de vendados ojos y provisto del famoso arco; a Dióniso, como un apuesto mancebo ebrio, coronado de pámpanos y lascivamente recostado; a las Gracias, como doncellas que danzan enlazadas; a las Sirenas, como mujeres-peces de cantos arrobadores. Compárese, para apreciar el contraste, ese Amorcillo dulzón de Ocaranza, que, en el cuadro de nuestra galería de Bellas Artes, gesticula maliciosamente y envenena una flor, con el Amor anacreóntico que "derrama sobre el enamorado un torrente de hielo", y "lo abate como un leñador con su hacha". Sólo el examen de testimonios no literarios, la marea de descubrimientos arqueológicos que sobrevino más tarde (vestigios, vasos arcaicos con escenas del mito y de la vida, etc.), y hasta una lectura más atenta de los textos ya conocidos, libre ahora de los prejuicios de la rutina, permitieron finalmente figurarse a Eros, según se lo representó siempre en Tespia, su ciudad natal, como una roca despulida; a Dióniso, como un dios vegetal y un mero tronco envuelto en un manto; a las Gracias, conforme se las adoró en el santuario de Orcomenos, como tres peñascos caídos del cielo; a las Sirenas, como extrañas aves infernales dotadas de rostros femeninos. Y, desde que ha salido a flote la civilización egea, Homero, antes punto de partida, pasa a ser un documento relativamente tardío, con toda su deslumbradora guardarropía divina, que mal encubre otras imágenes más sombrías y rudas.

De suerte que la religión helénica se consideraba como

mera mitología; la mitología era tratada como incoherente catálogo de alusiones poéticas; las alusiones poéticas de la época clásica se torcían a nuestros ojos por la refracción a través de las letras alejandrinas y las romanas.

Nada tiene de extraño que el investigador se detuviera en las exterioridades. Acostumbrados a una religión como la cristiana, de dogma e iglesia definidos, asiste alguna disculpa a quienes se extraviaban en aquella selva de invenciones, sin acertar con los verdaderos caminos. Nunca tuvo Grecia un credo establecido, ni nos ha dejado escritos consagrados a fijar su doctrina religiosa. Tampoco tuvo una iglesia unificada, ni un verdadero sacerdocio jerarquizado. El servicio de los lugares sacros era cosa de tradición local, y las demás ceremonias —como hemos dicho— quedaban a cargo del padre o del jefe. Los cultos públicos y los Misterios prescribían un mínimo de actos exteriores, y dejaban suelta la imaginación del creyente. Esta misma elasticidad filosófica, garantía de la libre especulación que hizo posible el nacimiento de la ciencia, explica también que hayan coexistido en Grecia, según vamos a verlo, dos órdenes religiosos distintos. Explica, por lo pronto, la dificultad para descubrir tanto los grandes contornos como el sentido íntimo de una religión movediza y llena de meandros.

Si no contamos, pues, con Biblia, ni Catecismos, ni Doctrinas, ¿cómo nos las arreglamos para reconstruir el cuerpo y el alma de aquella religión? No es ésta ocasión de revisar las fuentes para el estudio de la religión griega. Pero podemos adelantar una declaración general: por una parte, una colección de fotografías arqueológicas; por otra, una antología de escritores laicos —únicos que conoció aquella cultura—: he aquí los elementos para nuestra reconstrucción. Si Homero, Hesíodo y todo eso que se llama Orfeo tienen que hacernos de Sagradas Escrituras —¡y ya se comprende con cuánta independencia y capricho!—, los poetas líricos y dramáticos tienen que hacernos de Padres de la Iglesia, que es cuanto hay que decir sobre la tremenda movilidad de la fi-

gura: Proteo del discurso, azogue de las nociones. Y nada es tan engañoso como inferir las creencias de un hombre a partir de sus frases ocasionales. Algún crítico ha observado ya que, con este método tan imprefecto, era posible concluir, de un artículo sobre Luis XI y Carlos el Temerario, que el autor era un pagano politeísta... ¡y se trataba del historiador inglés Hilaire Belloc, conocido propagandista católico, apostólico y romano!

Aparte de que la religión helénica aparezca algo indecisa en cada momento, ella vive en proceso continuo de elaboración. Así, entre los siglos VII y VI, las calamidades públicas, la caída de Jonia bajo el persa, y las dolorosas reacomodaciones que de ella resultan, producen una angustia general que busca alivio en la reviviscencia de los cultos arcaicos, (como otra vez ha de acontecer cuando la desintegración grecorromana, que es vestíbulo de los tiempos medios). Y todo ello se traduce, no sólo en la difusión de los Misterios, sino en cierta atenuación del antropomorfismo olímpico, hasta entonces excesivamente acentuado. El Zeus de los antiguos líricos va ya remontando el camino de la despersonalización y la reabsorción en el lecho de las energías sobrehumanas. Dista mucho de ser aquel hombre agigantado, pintoresco, episódico, hasta cómico, que habíamos dejado envuelto entre las doradas nubes de Homero.

¡Qué mucho si nuestra materia ha tardado en alcanzar la docilidad que pueda hacerla manejable! Se comprende que los viejos mitólogos creyeran haber agotado los secretos. No sospechaban que, en torno a la vistosa cristalización de las imágenes míticas, circulaba una atmósfera de éter vibrante, un campo eléctrico sin el cual nada se sostenía.

4. *Las dos religiones*

Toda religión tiene dos fases: la teórica o teología —mitología en nuestro caso—, y la práctica o ritual. La primera —dice Jane Harrison— contiene cuanto se piensa sobre lo

invisible; y la segunda cuanto se hace en relación con lo invisible. Más que "lo invisible", nos agradaría decir "lo que no depende de nosotros", pues tal es la aparición de la energía mística en la conciencia, provóquenla o no agencias invisibles, nazca o no de estímulos sensoriales. Lo que escapa a nuestro poder es un poder. Ciertos filósofos modernos piensan que nuestra mente construye la noción de las cosas por los obstáculos que encuentra el yo al chocar con la realidad. La verdad es que por igual medio se construyeron los dioses; los cuales, al fin y a la postre, antes de ser dioses fueron cosas, cosas superiores a nosotros, o extrañas a nuestra dependencia, que viene a ser lo mismo. De esta extrañeza, se pasará luego a la sumisión: *1)* algo hay que no depende de nosotros; *2)* nosotros dependemos de ese algo.

En realidad, teología y ritual, los dos aspectos mencionados, se transfunden en un tercero: la síntesis vital, la emoción propia, el tinte afectivo de cada uno, el modo especial en que cada uno se siente sujeto a lo divino; su temor, su amor y su esperanza. Y, en verdad, las divinidades helénicas, por nebulosas y vastas (no oscuras, no penumbrosas sino cambiantes como la nube de Hamlet, por blancas y radiosas que sean; algo diseminadas cuando se las mira de cerca, y engañosamente presentes como el aire), se prestan muchísimo a recibir la contribución de cada mente particular. Son, así, las divinidades, mapas mudos que, dentro de cierta movilidad de contornos, esperan las atribuciones que cada uno sea capaz de inscribir en ellas. Si esto, de modo general, puede también afirmarse de cualquier creencia —entre los cristianos, no piensa lo mismo de la Trinidad el docto que el indocto—, resulta mucho más cierto para la religión helénica, cuya teología es singularmente vaga, que se envuelve entre ropajes adventicios al gusto de las localidades, y va transportada en una tradición de tipo folklórico.

Todas estas circunstancias han cooperado para edificar una falsa perspectiva, en que la mitología del Olimpo disimulaba otras especies más profundas y abstractas. Hoy, la

religión griega nos aparece como una religión en dos pisos o, si se quiere, dos religiones coexistentes, aunque artificialmente zurcidas de cualquier modo, y de cuya dualidad —aunque la vivieran todos más o menos— sólo se daban cuenta con cierta angustia los espíritus escogidos.

Éste es, desde luego, el mayor enigma del helenismo. Aun para admitirlo, hay que hacer un esfuerzo y afrontar valientemente el espectáculo de las realidades humanas. Así como no hay individuo en quien se resuma íntegra la cultura de su grupo social, así tampoco hay grupo social cuya cultura haya llegado a una completa unificación. Esta unificación plena acaso ni siquiera sería saludable, ni en lo individual ni en lo social. Acaso toda la historia espiritual de Grecia sea explicable como un diálogo entre estas dos religiones; y bien puede ser que el final fracaso histórico de Grecia se deba a que ella nunca pudo absorber del todo la metafísica más antigua, la autóctona, ni incorporar todo su contenido esotérico en la estructura de sus cultos públicos y generales. Nietzsche lo vio ya como una pugna entre lo dionisiaco y lo apolíneo. Solón parece haberlo sentido con una nitidez genial, al echar las bases de su Atenas. Y todavía hizo venir de Creta a Epiménides, maestro de los cultos vetustos, como para inyectar sangre más antigua y evitar que se descastara la sensibilidad religiosa de su pueblo. Y más tarde, Pericles, otro vidente, siguiendo igual inspiración, se esforzó por juntar a Delfos y a Eleusis, a Apolo y los Misterios, en una gran armonía panhelénica, cuando por desgracia era ya demasiado tarde para realizar este sueño.

Si la concepción del universo elaborada por la mente siriaca habrá de triunfar, es porque la mística popular de los helenos cedió prácticamente el paso a esa otra representación religiosa que todos conocemos bien por las letras: la Olímpica, la de los cultos cívicos, en la que se piensa siempre cuando se habla de la mitología griega. Ante ella, la honda corriente semítica significaba una simplificación. El mando único del monoteísmo ponía orden en los ejércitos del

universo. A los ojos del monoteísmo, cuando mucho, el politeísmo, en el mejor de los casos, es un tosco error evemerista: los dioses son idealizaciones distantes y legendarias de príncipes y bienhechores. Ahora bien, una simplificación es con frecuencia, y otras veces parece serlo, un progreso en el orden del pensar religioso. No fue otra la causa de que, en la Edad Media, la onda mahometana se haya apoderado de tantos pueblos, cansados de ergotismos y sutilezas.

Podemos designar las dos religiones de Grecia con los nombres no comprometedores de religión antigua y religión moderna. A la primera también se la suele llamar pelásgica o egea. Quiere decir que se le concede vetustez neolítica, cepa minoica, y se la reconoce como la creencia del primer ocupante. La segunda es efecto de las reiteradas invasiones septentrionales. Aun se pretende descubrir en ella algún reflejo de la misma aurora boreal que habrá de encender las epopeyas religiosas germánicas y escandinavas. Pero se admite que la elaboración definitiva en que ha llegado hasta nosotros, y la vestidura bajo la cual atraviesa el pensamiento helénico, son ya frutos inconfundibles de la imaginación mediterránea, siquiera haya trabajado ésta sobre materiales importados del norte: de un norte cuya dimensión en profundidad realmente ignoramos.

La primera religión habrá de quedar a modo de fondo del paisaje, más vívido éste en sus rasgos mientras menos fueron intervenidas las poblaciones primitivas por los conquistadores arios. La segunda pasará a ser, mediante una organización más o menos lograda y una paulatina metamorfosis de los cultos locales, la religión cívica, oficial, la del primer plano: casi un conjunto de festejos municipales, peregrinaciones al ara y procesión de imágenes. La primera, "ctónica" o autóctona, perdurará en las prácticas de los Misterios. La segunda está codificada en Homero, en el mismo Hesíodo (revuelta entre fabulaciones diferentes) y es, en suma, el Olimpo. Dominan en aquélla la conciencia de los ritmos universales, a imagen de las revoluciones del año, a preocu-

pación por el más allá, el sentido de la salvación; y sus dioses son númenes telúricos y entidades agrícolas. Dominan en ésta los rasgos del antropomorfismo, brutalizados todavía por la inmortalidad que se concede a los dioses, y que es una suerte de impunidad. Allá la atención para el hombre es característica. Acá el hombre asiste, sin esperanza, al festín de los dioses, y su único alivio es el sentirlos tan al alcance de la mano, tan hechos a su imagen y semejanza.

Tanto los Misterios como el Olimpismo se distinguen entre todas las religiones del mundo por una manera de belleza física, de gracia plástica, de riqueza poética y filosófica, incomparables, y únicas. Todas las religiones traen consigo una ética. Éstas, además, traen una estética y una ciencia implícitas.

5. *Olimpo arriba*

Es imposible acercarse a la religión de los griegos sin representarse, ante todo, la mitología clásica, punto excelso de referencia, cuidadela de refugio de que luego, a izquierda y a derecha, nos atreveremos a alejarnos. Treparemos, pues, Olimpo arriba.

Imaginamos el Olimpo como la cumbre de una montaña y, a la vez, como un vago lugar celeste. Allí, Zeus, armado del rayo, padre de los dioses y los hombres; su esposa, Hera, reina del cielo, seguida del pavo real; el dios marino, Posidón, tridente en mano; Atenea, lanza y escudo, frente majestuosa, ojos claros como el espíritu; Apolo y su arco y su lira, imagen de belleza y luz; Ártemis, cazadora y casta, aljaba terciada y enagüilla trotona; Afrodita madre de los amores, acaso arrullada de palomas, de quien todos somos esclavos; Hermes, el nervioso mensajero del caduceo y las sandalias aladas. En verdad, así lo imaginaban también los griegos de los tiempos clásicos. Pero ¿de dónde salió este carro alegórico? ¿Cuál es el origen de esta coreografía divina?

He aquí: Heródoto nos lo declara sin equívoco alguno,

en cierto pasaje de su obra que es como el grado primero en el acceso a la cumbre olímpica:

> En cuanto a las opiniones de los griegos sobre la procedencia de cada uno de sus dioses —explica—, sobre su forma y condición, y el principio de su existencia, datan de ayer, por decirlo así; de poco años atrás. Cuatrocientos y no más de antigüedad pueden llevarme de ventaja Hesíodo y Homero, los cuales escribieron la Teogonía entre los griegos, dieron nombre a sus dioses, mostraron sus figuras y semblantes, les atribuyeron y repartieron honores, artes y habilidades (II, 53).

Según esto, la mitología o teología griega, y cuanto aquel pueblo creía respecto a sus dioses, su origen y carácter, hábitos, atributos, apariencia, no era una elaboración de la mente popular o de sacerdocio alguno, sino una composición literaria, la obra de dos poetas; y obra que apenas databa de ayer por la mañana; de unos nueve siglos antes de Cristo, a mucho estirar. Si la mitología, pues, comenzó a ser estudiada para entender la poesía, ahora vemos que la poesía nos permite entender el origen de la mitología.

Ahora bien: nadie puede suponer que Homero inventó a los dioses en todas sus piezas y tornillos, artificio que jamás hubiera alcanzado los honores de una creencia nacional. ¿Cuáles fueron, pues, los materiales primitivos que el poeta se limitó a componer, montar, acicalar, conformar, atribuyéndoles por su cuenta una jerarquía de familia y un árbol genealógico? Heródoto, que se refiere a los prehistóricos bajo el nombre general de "pelasgos", dice que ellos adoraban ciertas fuerzas impersonales. Aunque las llama *Theoi* o dioses, más bien son cosas superiores que no personas superiores. La filología, la historia comparada de las religiones, aceptan en definitiva este punto de vista, si bien con algunos retoques. De semejante adoración de las cosas, pasando por la atribución animística, llegamos, a través de fetichismos y magias, al culto de vegetales, animales, dioses no diferenciados y, por último, seres invisibles, más o menos antropomórficos. La teoría de Heródoto viene a decir que

la piedra cuadrada en que los arcadios —estos pelásgicos— adoraban a Hermes, fue luego tallada en escultura por la poesía de Homero. Y, en efecto, Fidias confesará más tarde que ha modelado a Zeus según los hexámetros de la *Ilíada*.

Los primitivos áticos, los arcadios y los cretences, mil años antes que Homero redactara sus cantos, adoraban árboles y piedras. Los leones micenios no guardaban solamente la puerta del famoso palacio, sino que guardaban, sobre todo, el pilar que está en medio de ellos y que es un verdadero dios, o mejor, una cosa deificada. (Algo semejante eran, para los hebreos nómadas, los *cherubs*, esfinges o halcones que guarecían el arca con sus alas.) Todavía la piedra del altar se confunde un poco con la divinidad misma, o con la lápida mortuoria del héroe, y todas estas nociones se entrecruzan e imbrican, como en muchos cultos primitivos. Parece que el hombre se ha postrado siempre ante la piedra. Poco a poco, los pilares se afinan hacia abajo, hasta remedar el cuerpo humano, el tronco soportado en las piernas. Ya la Rea cretense o la Cibeles del Asia Menor, Reina de los Leones, son pilares dotados de un primer resalte de personalidad y de sexo femenino. Esta evolución ha sido espontánea; era mucha la atención del hombre por verse imitado en el pilar, o mucha la atención de imitar con la piedra la figura del único ser vivo que sabe presentarse erecto. Pero estamos todavía muy lejos de aquella materia prima que Homero ha de plasmar.

Heródoto, fascinado por los sacerdotes del Nilo, creyó que, en esta etapa, intervinieron de modo determinante las influencias egipcias, a cuya escuela —según él alcanza— se pusieron los incipientes pelasgos. Heródoto no sabía de la prehistoria griega lo que hoy sabemos. Seguramente que este proceso no es explicable por razones puramente interiores; pero tampoco por la pretendida tutoría de Egipto sobre los orígenes griegos, noción ya mandada retirar. Todos los pueblos del Mediterráneo oriental cambiaban activamente entre sí, se comunicaban, comerciaban, hurtaban, saqueaban y

remedaban unos de otros. Hoy preferimos hablar de la civilización egea, que data de los tiempos neolíticos, en vez de hablar de los inciertos pelasgos; y hoy sabemos ya que aquella civilización es el verdadero antecedente de Grecia, el crisol donde sus metales se amalgamaron durante varios siglos: tantos, que la misma historia de Grecia es diminuta en comparación. Hacia el final de la época egea, en el periodo micenio último, la influencia egipcia, con todo, se deja sentir singularmente en las artes. Pero, para entonces, las invasiones nórdicas se van estableciendo ya como un factor determinante.

En resumen: en el material que manipulaba Homero había tres elementos: *1)* el pelásgico o egeo (y sería preferible decir "el pelásgico" y "el egeo": aquél, periferia; éste, núcleo); *2)* el mediterráneo oriental (libios, egipcios, sirios, y en general, el Asia Menor, al que habría que añadir posibles ingredientes tracios); *3)* y en fin, la aportación de las inmigraciones septentrionales. Antes de empezar la historia griega, he aquí que un poeta se apodera de esta sustancia y la modela de manera definitiva y, para la fantasía, imperecedera. Obra, no hay que olvidarlo, más de imaginación que no de fe.

Ya tenemos a Homero, como lo concibe Heródoto, dando a los dioses sus apariencias, epítetos, atribuciones, jurisdicciones especiales, parentescos, etc. Los helenos septentrionales determinan, como quiere Tucídides, la unidad nacional. De paso, traen consigo los amagos de la organización olímpica, los gérmenes de su ópera religiosa, lo que parará en un Panteón con divinidades ya diferenciadas. Pues, en efecto, las pequeñas divinidades locales eran, por naturaleza, unos dioses para todo servicio, y que se confundían con los diosecillos de la acera de enfrente. Númenes caseros, de corto alcance, ya se dejan suplantar del todo; ya se entierran en el suelo patrio para convertirse en algo como duendes de la fuente, de la gruta o del árbol; ya se compenetran dentro de la divinidad recién importada, la más fuerte porque es la

razón del vencedor. Si juntamos en consejo todas estas personas míticas, comienza el "taylorismo mitológico" o especialización de funciones. En esta distribución federativa está la mano de Homero. Y esta distribución favorece, si no determina, el desarrollo del antropomorfismo. La ciudad divina es una Polis, reflejo de la humana. Los dioses también tienen un ágora, si vale decirlo, y discuten como los guerreros de la *Ilíada*. El instante en que se congregan los dioses viene a ser, simbólicamente, el instante en que las piedras sagradas se metamorfosean en hombres sobrehumanos.

La escuela de Max Müller consideró en otro tiempo que la mitología era una mera enfermedad del lenguaje, algo como una divina locura que viene larvada en las palabras. La explicación era demasiada limitada. Hay que sustituirla por la que acabamos de exponer, que cubre zonas antropológicas a la vez más hondas y extensas. Pero si no hay que seguir ninguna teoría unilateral sobre el origen de los mitos, tampoco hay que olvidar ninguna de las que se han propuesto. La teoría lingüística tampoco debe desecharse del todo; es coadyuvante. Si, en las respectivas lenguas, las secas raíces semíticas no podrán dar nunca de sí nada semejante a una mitología, es verdad que las fértiles raíces arias traen ya consigo una humedad, un inquieto calor vital, y, por decirlo así, está cada una encinta de un mito.

6. *Caracteres olímpicos*

La luz del Olimpo es una luz que viene del norte. Exagerando graciosamente, aun se ha pretendido —ya lo advertíamos— que parece un haz de los resplandores boreales, de las Eddas escandinavas. El Olimpo, la montaña real, queda en la Tesalia del norte. Zeus, amo del Olimpo, tiene su santuario en Dodona, Epiro del norte. Los dioses son gigantones rudos, como los hombres de las razas septentrionales. Carecen de la mesura helénica. Son de naturaleza exorbitante y hasta brutal. Posidón lanza unos furibundos berridos, como los germa-

nos de Tácito en el combate. Zeus trata a su divina familia a empellones y a bofetadas, como no se consentiría en ningún hogar griego. Sólo la magia de Homero nos hace olvidar la falta de comedimiento que reina entre estos advenedizos, ahora adueñados de los cielos mediterráneos.

Repetidas veces se ha observado que, en su aspecto humano, Homero no parece tomar muy en serio a sus divinidades olímpicas. ¡Como que está en el secreto de la fragua! En cuanto Zeus, por ejemplo, es una fuerza atmosférica, aparece tan majestuoso como el mismo trueno. En cuanto es marido y padre, todavía vale menos que los pobres mortales. Como decía Gladstone, ninguno de los dioses homéricos es comparable en bondad al porquerizo Eumeo. Mientras más cerca están los dioses de los misterios teluricos primitivos, más dignos son de reverencia; y luego envilecen, conforme se incorporan en el muñeco humano. Posidón, entre océano y río, adelanta a modo de "un esplendor que rueda", pero, hasta donde es un personaje antropomórfico, resulta díscolo e ingrato, y singularmente rencoroso. Hefesto, fuego que combate con el río Janto, frente a Troya, haciendo arder el agua en torno a las zancadas de Aquiles, es una gloria de poder y de llamas, perfectamente respetable; pero, en su condición de herrero cojo, de marido feo y burlado no pasa de ser un hazmerreír para los diosos y los hombres. Esta doble condición de los dioses, y la actitud doble de su poeta, se explican por el hibridismo de los entes: se trata de entes cuyos caracteres corresponden, en parte, a una visión ajena, no religiosa, en que el propio Homero sólo participa como artífice. Y es que Homero, inconscientemente, refleja en su cuadro la mescolanza social de aquellos pueblos, batidos por las reiteradas incursiones de gente nórdica, incursiones más o menos pacíficas o violentas, pero siempre desconcertantes.

Zeus y Hera, por ejemplo, son un matrimonio mal avenido y en conflicto constante. La asimilación humana del caso es muy sencilla: Zeus es infiel; Hera es celosa. Pero bajo este símbolo, que nada tiene de venerable ni propiamente sagrado,

puede también descifrarse la lucha étnica. Zeus, padre de los dioses y los hombres, claro ojo del cielo, es un Votán nórdico, un arribista príncipe rubio, cazador de fortunas, que se desliza bajo las adoraciones locales y vetustas del rayo, la montaña y el roble, como agazapándose en los accidentes del paisaje, del paisaje etéreo y terrestre, para adueñarse de Hera, la princesa nativa, egea, la diosa nacional que por mucho tiempo reinó sola en Argos y en Samos. Ella tiene todavía su sagrario aparte en Olimpia. Pero ha debido resignarse a compartir el trono con el audaz conquistador extranjero, sin tradición ni prosapia conocida. Jane Harrison hacía notar que, en Dodona, el verdadero oráculo de Zeus o Dióspiter, la compañera de éste ni siquiera es Hera, sino Dione, su oscura esposa original, su verdadera "consorte etimológica". Así como los guerreros aqueos se iban desposando con las muchachas del suelo griego que pisaban, así Zeus, al avanzar con su cohorte militar, repartiendo tierras entre su parentela, olvida a Dione en Dodona, entra por Tesalia y arrebata a la Hera local. Y la sangre real de Hera se subleva una y otra vez contra el marido poco escrupuloso que ha usurpado su poderío. Por supuesto, de tiempo en tiempo, la hembra divina cede a los encantos del grande aventurero cósmico. Y éste aun se da el lujo de ser galante, galante a su modo un poco sumario. Y entonces envuelve a su hermosa presa, la de blancos brazos y de ojos bovinos, la iracunda, la codiciada, en caricias tan enormes como los mismos cielos: acuden las nubes, colgando inmensos cortinajes; las laderas brotan arrayán y jacintos; y laten de nuevo, en pleno Olimpo, los enigmas de las hierogamias vetustas.

También, otras veces, Zeus, como si se acordara de los antiguos respetos que vino a quebrantar su presencia, parece estar de buen humor, y trata con cierta cortesía a las divinidades caseras, ninfas, ríos, o al viejo Océano. El rito de Ilión, conservador como todo rito, y más por ser práctica de aquella tierra troyana que evolucionó mucho menos que la Grecia peninsular, todavía distingue, en los sacrificios, el cor-

dero consagrado a Zeus de los consagrados a la Tierra y al Sol, las viejas divinidades autóctonas que nunca es posible humanizar del todo. En cambio, las nuevas entidades olímpicas se ajustan en el traje humano, adquieren visualidad de personajes teatrales en la poesía, en la escena, e irrumpen triunfalmente en la estatuaria y en la pintura, ya del todo creadas por el hombre según su leal saber y entender, o sea, a su imagen y semejanza. Ya reía Jenófanes: si toros, caballos y leones, decía, tuvieran luces de razón, adorarían a unos toros, caballos y leones por ellos mismos endiosados.

7. *Tipos rituales*

El rito, como acción popular y anónima, se deja modelar mucho menos que la mitología por el genio individual de un poeta. El rito griego es menos característico que la mitología griega; aun cuando, comparado con los de otros pueblos, revela al instante aquella mayor delicadeza y mesura, condición siempre de lo helénico. También, considerado de cerca, deja sentir el conflicto étnico que ya advertíamos para la mitología, y que la poesía homérica atempera relativamente con sus luces y sus encantos.

En Homero, el ritual es uniforme y sencillo: plegarias, aspersiones de simientes y granos, libaciones, carne de animales sacrificados que se asan y, tras de probarlos el oficiante, son consumidos en común por todos los adoradores que han asistido al sacrificio. Se trata de persuadir al dios. A éste se atribuyen las mismas aficiones de su devoto. Y ningún bárbaro septentrional resiste fácilmente al soborno de las buenas tajadas y los buenos tragos. El alimento, sin embargo, tiene que llegar a los dioses sublimado y purificado, es decir: a través de la dignidad del fuego, hecho llamas y humo. Hasta aquí, nada diferente de otras naciones primitivas. Lo mismo hacían más o menos los adoradores de Jehová. El desagrado físico de los sacrificios animales —a excepción de algunos filósofos remilgosos— no parece haber impresionado mucho

a los griegos, con ser gente tan exquisita. Tampoco se elevaron, como caso general por supuesto, hasta la noción de una divinidad a quien se persuade con sólo palabras y razones: grado divino de la retórica, la cual siempre quedó para ellos relegada a los servicios humanos. Bastaba que los dioses fueran en principio amistosos y conciliables, lo que no era poco.

En Heródoto encontramos un ritual diferente, y destinado también a otros poderes: la adoración a los héroes y a los muertos. Los griegos —dice— no imitaron tales prácticas de los egipcios. Examinando las distintas formas del culto de Héracles en distintas regiones, concluye que la verdadera interpretación para explicar estas divergencias está en que Héracles ha recibido un doble culto: uno, en cuanto olímpico e inmortal; otro, en cuanto héroe. De suerte que distingue claramente los dos rituales, cuyos detalles encontramos en escritores más tardíos. Mientras el héroe y el muerto comen al igual del hombre, y hay que darles, simbólicamente, parte en el banquete, los dioses meramente asisten a la fiesta y, a lo sumo, absorben los olores. Así Atenea en casa de Néstor, según el relato de Homero. Además, los ritos heroicos precedieron a los olímpicos. Acaso puede afirmarse que los primeros son de origen pelásgico y egeo; y los segundos, posteriores a las inmigraciones.

La leyenda de Sición nos muestra una huella de este conflicto entre los dos tipos rituales. Sición se encuentra a la entrada del Peloponeso. Es aquella ciudad que Hesíodo llama todavía Mekoné. Poblada antes por nativos, fue teatro de una de tantas luchas entre los dioses y los mortales. ¿Extravagancia del paganismo helénico? No: rasgo de los terrores primitivos y de la antigua iniquidad consagrada, que también hallamos en la Biblia, cuando Jehová, en el Sinaí, trata de matar a Moisés, o cuando Jacob combate con el ángel. Quien se entra por el territorio de un dios, corre el riesgo de que el dios lo asalte, aprovechándose de la noche. Pues bien: Prometeo, titán que estaba de parte de los hombres y, como lo

sabemos todos, robó para nosotros una partícula del fuego reservado a los sacrificios en honor de "los nuevos dioses" (origen tal vez, de la industria, y de la supervivencia de la especie entre el frío de las "glaciaciones" prehistóricas), hizo mañosamente que Zeus aceptara, como su porción ritual, los huesos del toro, sólo recubiertos de grasa. Es la burla del ingenio al genio. En Mekoné-Sición sobrevino, como sin duda en otras partes, la pugna que transformó el culto de los héroes en culto de los olímpicos, y que seguramente fue efecto, como el cambio de nombre de la ciudad, de un cambio en los elementos que la poblaban.

El culto a la tumba del héroe supone que éste, en cierto modo, está vivo y presente, y es accesible a la ira y al apaciguamiento. Dondequiera que los cadáveres son debidamente inhumados se produce semejante creencia. El espíritu, espectro o fantasma del muerto, le sobrevive, y recibe de sus descendientes ofrendas y sacrificios. Pero los guerreros homéricos no enterraban a sus muertos, sino que los incineraban, y el espectro no tenía tumba junto a la cual rondar a su sabor: se alejaba hacia lugares remotos e inaccesibles, cuya sola imaginación inspira el pavor vertiginoso de las grandes distancias, la emoción pascaliana de los espacios vacíos. El espíritu de Patroclo es explícito. Aparecido en un sueño a Aquiles, le dice así: "Nunca volveré más del Hades [en suma: nunca importunaré más a los vivos], en cuanto se me dé mi porción de fuego". Esto ponía término buenamente a toda perpetuación del culto, una vez cumplida la ceremonia fúnebre. Y tal ceremonia, de paso, era también una definitiva purificación por el fuego, y probablemente anulaba en ciertos casos los terrores que infundía la posible reaparición del muerto.

Se dice que la cremación, traída por los nórdicos", era costumbre entre los celtas de la Europa Central; y Tácito, en efecto, nos describe las piras en que se quemaba al guerrero, a veces junto con su caballo. En la *Ilíada*, en todo caso, tiene traza la cremación de ser un recurso de guerra, conveniente

y aconsejable, como lo explica Murray, cuando se está de tránsito, en tierra hostil, y no se tiene la seguridad de cuidar las tumbas contra las posibles profanaciones del adversario. La consecuencia de esta razón puramente material fue una interrupción transitoria del culto de ultratumba; pero no definitiva, ni tan honda como se ha supuesto.

De modo general, y aun cuando no se trate necesariamente de los que ha llamado Jobbé-Duval "los muertos maléficos", los espectros de los finados inspiran más terror que amor. Peor aún cuando se trata del espectro de un enemigo. Mucho más, si es un asesinado. En ambos casos el horror de la muerte se mezcla al temor de la ira y de la venganza. Según la noción vetusta, la sangre derramada envenena al asesino que llega a probar los frutos de la tierra. Para este mal no hay cura posible, a menos que, como Alcmeón, el matador halle nuevo suelo, casi nuevo planeta, impoluto aún y lavado por obra de un río purificador. Todo crimen sólo es redimido mediante una suerte de perdón ritual. La noción de la tierra inficionada se incorporó de algún modo en la maldición que persigue al homicida (el Ojo y Caín, en la Escritura), como en las Erinies que lo acechan y le chupan la sangre. En principio, este castigo no tiene fin, y el asesinato engendra asesinatos en una cadena interminable, a menos que la purificación sobrevenga. Recuérdese la historia de Tántalo y su descendencia, a que pertenecen Agamemnón y su hijo Orestes.

Pero si en los trágicos hay testimonios de semejantes tradiciones, Homero nada parece saber sobre estas *vendettas* de sangre. A cambio de lo cual, nos ofrece un sustituto nada romántico, pero que tiene un sentido jurídico: el precio de la sangre. Esto, como quiera, es un adelanto: se reconoce el delito, se procura una compensación al daño, y se pone fin a la tradición de crímenes. Áyax encuentra mal que Aquiles no se deje compensar o aplacar de algún modo, y le recuerda que hasta el hermano acepta un precio por el hermano asesinado, y el hijo por el padre muerto (*Il.*, IX). La costumbre

es también "nórdica" y, a creer a Tácito, se la verificaba entre los usos actuales de los germanos.

Así como Homero parece ignorar la maldición de la sangre vertida y, casi también, la persecución de los espectros, ignora la purificación del delito, o el medio de aplacar la cólera de los muertos, sus consecuencias inmediatas. Es muy de notar que no hay en Homero referencias explícitas a la purificación mágica, es decir: a la purificación del daño espiritual por el empleo de medios físicos. Cuando Odiseo ha dado muerte a los pretendientes y ha colgado a los servidores infieles, limpia su casa, es cierto. Pero se trata de aseo e higiene, y no de mística o magia. Es asunto de azufre y agua y no de exorcismos: lo que hoy serían jabón y escobeta. En Homero sólo parece haber racionalizaciones o recuerdos algo desvirtuados de la antigua purificación.

Y, sin embargo, los exorcismos o ceremonias de este carácter eran frecuentes en Grecia, y aun formaban parte de los ritos de Estado. Todavía Plutarco presenció, en los días de su arcontado en Queronea, una celebración para "la expulsión del hambre": la expulsión de una esclava por las puertas de la ciudad; lo que nada tenía de culto olímpico, ni de adoración de los *Theoi* remotos, sino que era pura y sencillamente un acto de magia. Todos los pueblos primitivos han creído en la posibilidad de transferir el mal físico o moral como se transporta un objeto de un sitio a otro: el chivo expiatorio de los hijos de Israel, el *fármacos* griego, los simulacros que sirven para descargar, como en un pararrayos, las catástrofes inevitables. Acaso la quema del Judas el Sábado de Gloria sea una supervivencia de estas prácticas.

En conclusión: tanto en el rito como en la teología hay dos capas. Hay un nived ritual de orden olímpico, ya importado o ya profundamente influenciado por los conquistadores del norte. Hay otro nivel que corresponde a los indígenas meridionales. Aquí, desde luego, encontramos elementos de semejanza, no sólo con el Oriente inmediato, sino con todos los pueblos de medio mundo: adoración de pilares y hermas, hé-

roes y espectros, y también ceremonias directa y propiamente mágicas o destinadas a comunicar al objeto aludido la voluntad humana, sin mediación alguna, y sin que haga falta la existencia de un dios o un héroe. Es significativo que el orador Isócrates, sin saber una palabra de estos conflictos raciales de la Grecia prehistórica, diga en una de sus famosas *Oraciones:*

> Aquellos dioses que, para nosotros, son fuente y origen de las cosas buenas, llámanse Olímpicos; aquellos cuyo patrimonio son las calamidades y los castigos, tienen nombres más ásperos. A los primeros, las ciudades y las personas privadas alzan templos y estatuas, a los segundos nadie los adora con plegarias ni sacrificios, sino que se los ahuyenta con ceremonias de escape.

8. *Del exorcismo a la salvación*

Ceremonias de escape, exorcismos, suenan a cosa bárbara. Pero en el fondo de estas prácticas rudas y enteramente materiales bulle la noble idea de la purificación espiritual: no lo olvidemos. Ello resulta nítidamente de todo aquel patético aspecto de la religión helénica que Homero parece ignorar u olvidar por completo, y que se llama los Misterios. El dios y la diosa que los presiden, Démeter y Dióniso, no tienen asiento en el Olimpo de Homero.

Todo Misterio, aun en sus manifestaciones más primitivas, ofrece dos aspectos: *1)* una previa purificación; *2)* un rito que obliga a probar ciertos alimentos, a tocar ciertos objetos, y en que se ven y escuchan cosas que sólo son accesibles sin peligro a los previamente purificados. El sujeto ya purificado es un *mystes*, y en pasando la segunda prueba, un iniciado completo, un *epoptes* o poseedor.

Aunque los griegos nunca hayan tenido credo ni dogmas, en el caso de los Misterios tenían un *confiteor*, declaración o confesión de ritos. A pesar del secreto que rodeaba a estas iniciaciones (las cofradías que las practicaban debían callar bajo pena de muerte), poseemos las "confesiones" de los Mis-

terios de Eleusis y sabemos en qué consistían las pruebas, todas de una rusticidad notoria. El candidato entraba en el mar, llevando en los brazos un lechoncito, y se bañaba con él: singular especie de bautismo. Purificados por el agua el sacrificador y el sacrificado, se había realizado ya la *élasis* o ceremonia de escape, como la expulsión del hambre en Queronea. En cuanto a las confesiones del iniciado eleusinio, son las siguientes: "He ayunado; he bebido el *kykeón;* he tomado de la cesta; he colocado en la cesta, y de la cesta en el arca", etc. Se trata, al parecer, de un ayuno, una bebida, un manejar de objetos sacros.

Los Misterios Eleusinios eran consagrados a Démeter, la Diosa Madre Terrestre, y a Kora (Perséfone), su hija. Ésta, arrebatada por el dios subterráneo, obtiene al fin permiso de permanecer la mitad del año invernando entre las tinieblas, y la otra mitad, de veraneo al lado de su madre, en la luminosa superficie terrestre. Este ir y venir del grano y la espiga acaba por proyectar una imagen del alma que se redime del invierno mortal y logra una primavera inmarcesible. Un moderno esperaría que el rito comenzara con la recitación de estas o parecidas palabras: "Creo en Démeter, Madre, y en su hija Kora; creo que Kora desciende a los Infiernos una parte del año, donde está sentada a la diestra de su Oscuro Esposo, y luego resucita en la Primavera", etc. El griego sólo pedía la declaración exacta de los actos ejecutados. Rígidos e inflexible en este punto de magia formularia, dejaba después en completa libertad la mente y la inspiración de los fieles.

También en el rito dionisiaco —núcleo del futuro orfismo— gira la rueda de la vida y la muerte. En los orígenes orgiásticos del rito, después corregidos e higienizados, la virtud o *mana* del dios aparece encarnada en el toro. Y el toro era desmembrado y destrozado como en los sacrificios comunes. Pero se entendía aquí, literalmente, que se había despedazado y casi crucificado al dios mismo. Es el *sparagmós* del dios o del héroe, rasgo común a tantas distintas tradicio-

nes. Después ya se sabe, viene la comunión, tipo tardío de la manducación del *totem* primitivo; y cada cual come un trozo, con lo que se trasfunde al adepto algo de la esencia divina. Todos estos rasgos se atenuarán y refinarán conforme el dios se encamina desde su salvaje Tracia a la culta Atenas.

A título de mera anticipación y ejemplo sobre estas paulatinas transformaciones, recordemos que, desde luego, se comenzó por suponer que Dióniso había sido engendrado por Zeus en Kora o Perséfone, y muerto y devorado por los Titanes bajo la apariencia de un toro propiciatorio, anuncio de la cierva que sustituyó a Ifigenia en el sacrificio de Áulide. Pero el corazón de Dióniso pudo salvarse del festín trágico, y Zeus, que logró engullirlo, volvió a engendrar al hijo terrible, ahora en el seno de Semele, una mujer mortal. Ésta cometió —como Elsa de Brabante— la imprudencia de querer ver e identificar a su misterioso enamorado, y fue fulminada por el rayo, incapaz de soportar su verdadera presencia. Su hijo, embrión aún no nacido —y adviértase el proceso de ensayos y fracasos con que se va logrando Dióniso— fue guarecido por Zeus en uno de sus propios muslos, de donde brotó en sazón oportuna para enseñorearse del mundo. Zeus consumió a los Titanes con su rayo, y de sus cenizas forjó al hombre. De donde el hombre posee doble naturaleza: la perversa de los Titanes; la excelsa, por la sustancia del dios con que comulga. La mente es dionisiaca, el cuerpo es titánico. La salvación consiste en emancipar a aquélla de éste. Se logra mediante una serie de reencarnaciones. Llegada a un extremo suficiente, el alma escapa al ciclo de las existencias sucesivas, y se reabsorbe en el ser divino.

Los Misterios Órficos son nebulosos. Parece que, como en los eleusinios, hay una "misa", un acto teatral, imitativo del drama del dios, en su vida y su pasión, su despedazamiento, su muerte y su resurrección.

De modo que los Misterios no sólo aseguraban las cosechas terrestres, sino que traían la promesa de cierta felicidad en la futura existencia de ultratumba. Esta referencia a la

esperanza de ultratumba, o "escatología", es inseparable de toda religión verdadera. En la concepción homérica es contradictoria: a una parte, los Campos Elíseos, cielo algo insípido; a, otra, aquel triste arrastrarse de las sombras en un reino sin luz, de donde Odiseo las hace volver unos instantes, fortificándolas junto al pozo de sangre. Los dioses son inmortales, sí, pero no reciben en el Olimpo a los buenos ni precipitan a los perversos en el Tártaro. El Tártaro es la prisión de los Titanes rebeldes, especie de dioses fracasados; pero no es el infierno de los humanos pecadores. Los muertos son meras "cabezas sin vigor", que se amontonan penumbrosamente en el Hades. Los mismos héroes pelásgicos, que suelen rondar sus tumbas locales, sólo sobreviven por cuanto actúan en relación con los vivientes. Para ellos, los vivientes hacen de providencia; y de ellos dependen en punto a alimentación y sustento místicos. En sí mismos, no disfrutan de bendición ni paz eterna. El favor de Zeus, y nada más, permite a algunos héroes refugiarse eternamente en el Elíseo.

Sin embargo, hacia los siglos VI y V a. C., los griegos han alcanzado ciertas esperanzas definidas de bendición futura, y parecen menos temerosos del porvenir ultraterrestre. Ello se debe a los Misterios. Platón afirma que quien llega al reino de Hades no iniciado, yacerá en el fuego; pero si llega purificado e iniciado, podrá alternar con los mismos dioses. Y Píndaro: "Bienaventurado aquel que, habiendo contemplado estas cosas, se encamina al hueco de la tierra: ése presencia el término de la vida mortal y el comienzo de la que se concede a los dioses."

Se comprende que los Misterios suponían la comunicación de algunas creencias sobre la esencia divina del alma y su reabsorción final en la fuente de donde todo mana. He aquí, pues, lo que calla Homero y lo que entrevemos por los Misterios. La cuna de tales Misterios está en el sur, en Creta desde luego; también en el Asia Menor, y acaso en ciertas vetusteces egipcias, cuya influencia no ha de exagerarse sin embargo, como hasta hace poco se hacía, por ignorancia de la

casi recién resucitada cultura egea. Y es que, en verdad, tales vetusteces, más que egipcias, son primitivas y universales.

9. *Los Misterios en Ática*

Según antiguas sospechas, tanto Démeter como Dióniso llegaron un día al Ática en calidad de emigrantes. En Eleusis, Démeter fue recibida por Kéleos o Celeo; Dióniso, por Ikarios. Y esto aconteció en el reinado de Pandión, allá por 1500 a. c., cuando Creta se derrumbaba y sus cultos emprendían la diáspora. En el Himno arcaico, Démeter declara que venía de Creta. Los cretenses —que en el sarcófago de Haguia Tríada acaso demuestran ya una concepción sobre el futuro del alma— pretendían haber enseñado a Grecia los Misterios, ¡con tantas y tantas cosas más! Explicaban, asimismo, que los ritos practicados secretamente entre los iniciados de Eleusis y otras partes de Grecia, se habían practicado siempre en Creta a la luz del día, para beneficio de todos, desde tiempos inmemoriales. Da en qué pensar: ¿por qué esta verdad ya adquirida entra a vivir en las catacumbas? ¿Es efecto de las invasiones que, aunque reciben de los pueblos invadidos una transculturación general, no acabaron nunca de absorber la metafísica de éstos?

Démeter, dice Isócrates, trajo al Atica "dúplices dones". Tales fueron el arte de recoger las cosechas y el rito de la iniciación. Y añade que los iniciados "acarician dulces esperanzas en cuanto al término de la vida". Pero ¿cómo se establece la relación entre ambos dones? Sin duda los griegos vieron en la semilla depositada y en su brote primaveral un símbolo de la muerte y la resurrección de cuerpos y almas. Para otros, la explicación se reduce a admitir que Démeter, a su vez, recibió ambos dones de Isis, la diosa egipcia de la agricultura. Isis, como esposa de Osiris, era también señora de los reinos extraterrestres. La conservación natural de los cadáveres, favorecida por el clima egipcio, pudo, desde muy pronto, desarrollar en el valle del Nilo una no-

ción en cierto modo física de la inmortalidad, noción tramada con los ritos agrícolas de Osiris e Isis. Diodoro pensaba que "toda la mitología del Hades" venía de Egipto. Pero se han rectificado ya las afirmaciones de Heródoto en cuanto a la procedencia egipcia de los cultos de Dióniso y de Démeter y las consecuentes relaciones que se pretendía encontrar entre el orfismo y las creencias del Nilo. Como quiera, Plutarco toca el enigma cuando dice que la muerte es como una iniciación en los Misterios, la cual empieza con desconcierto, oscuridad y temor, y acaba en alegría, fiesta, luz y música.

El Dióniso griego definitivo, ya hermoso mancebo, rey de la vid, hijo de Zeus y Semele, es la adopción olímpica de varios númenes fundidos en uno: El orgiástico dios Sabacios, rey de la cerveza en Tracia, cambia su bebida bárbara por el vino mediterráneo, e irrumpe con su cortejo de mujeres extáticas, tropa tolerada aunque nunca merecedora de mucha reputación. Esta divinidad se confunde ahora con el Zagreo cretense, dios de la uva, el cual se distingue de los Olímpicos por una serie de rasgos que más bien lo acercan a Osiris: *1)* Por ser mortal, aun cuando resucita; pues sólo así puede dar a los hombres esperanzas en la inmortalidad. ¡Véase la vetustez de ciertas nociones que solemos considerar como características exclusivas de credos más modernos! *2)* Los adoradores de Dióniso, en el éxtasis, se identifican con él, como no lo harían con Zeus, Apolo o Atenea: lo beben, lo devoran, comulgan con su divina sustancia, mueren y renacen con él. *3)* El culto es ascético. Los Olímpicos no exigen abstinencia alguna de sus fieles. Pero el creyente de Dióniso Zagreo, como el de Osiris, tiene que ser parco. No se abstiene de vino —abstención que sólo cobra apariencia por contraste con la intemperancia de los septentrionales—, sino de toda carne, y también, de todas las ceremonias libatorias del nacimiento o la defunción. Sólo así libertará al alma divina que lleva como cautiva en su cuerpo: "Dios eres, y en Dios te convertirás", viene a decir el Misterio.

En el ritual mismo de los misterios han querido ver muchos las influencias egipcias. Por ejemplo, en el hecho de que aquí, según dice Proclo, las divinidades pierden sus contornos definidos (olímpicos) y cambian de persona, ser, forma, como los dioses egipcios que viven en continua metamorfosis. Pero ésta no es característica exclusiva de Egipto.

Heródoto da a entender que los demás poetas que se tenían por anteriores a Homero le son posteriores (Orfeo, Museo). El orfismo, en efecto, sólo aparece en Atenas por el siglo VI a. C., el gran siglo de las reformas religiosas, el que vio aparecer a Confucio en China, a Gautama en la India, a Zoroastro en Persia, a Jeremías y a Ezequiel entre los hebreos, a Pitágoras en Grecia; y, sobre todo, la época en que Atenas hizo venir de Creta a Epiménides, como maestro de religión y de purificación para las masas. Bajo el término "Orfismo", bien pueden agruparse todos esos elementos religiosos y místicos desconocidos de Homero: sentido del mal, necesidad de la purificación, idea de la divinidad encarnada y que padece como hombre, e idea de la inmortalidad del alma y su final redención, mediante una renovada purificación de ultratumba.

En estos elementos advertimos un fondo que lo mismo es cretense, egipcio, tracio, anatolio, y que vino a posarse en la capa de las creencias pelásgicas, con la mezcla de sus *Theoi* no diferenciados y sus prácticas mágicas. Ajeno todo ello al Olimpismo, tal explicación mística y entusiasta del mundo —arraigada en los subsuelos mediterráneos y anterior a las razas históricas vencedoras— encuentra en Grecia sus defensores, aun cuando el pensamiento racionalista de Atenas hace que se lo suela olvidar.

10. *Sentido y enigma de los Misterios*

Si el Olimpismo, compuesto por la poesía, en la poesía seguirá viviendo, en cambio cuanto más o menos vagamente puede llamarse el Orfismo, derivado de las adoraciones populares, vivirá en la filosofía.

Desde el primer instante, la filosofía se manifiesta en duelo abierto con la mitología, a la que sólo concede honores de alegoría poética. Conocida es la campaña de Jenófanes contra el antropomorfismo. No volveremos sobre un punto que en algún libro hemos tratado (*La Crítica en la Edad Ateniense*).* Aunque se haya dicho que el someter a los dioses a la suma jerarquía de Zeus fue un primer paso hacia el monoteísmo, lo cierto es que Jenófanes llegó al dios único de un salto y por un camino más corto. La filosofía adoptó el Orfismo y la religión pelásgica, de preferencia al Olimpismo. Zeus de poco le servía para el entendimiento del mundo; pero, en cambio, sí le eran útiles las nociones telúricas, las fuerzas de la naturaleza, los *Theoi* no diferenciados, los vagos impulsos del espíritu: la humedad, el océano, el aire, el infinito, el ánima, los mitos de los primeros filósofos milesios. Ferécides, trata de utilizar a Zeus, y tiene que violentar su nombre convirtiéndolo en "Zas", para transformarlo en "el Viviente". Empédocles toma a las viejas creencias populares sus ideas sobre la purificación y las reencarnaciones. Sócrates no parece ajeno a los Misterios, y lo muestra su cuidado del alma. Platón está penetrado de estas vejeces. Su Eros Cósmico es un dios órfico; su locura inspiradora es, propiamente, un Misterio tracio; su *elenco* o purificación intelectual es el tema de las iniciaciones; su *anamnesis* o reminiscencia es la memoria órfica; aun las ideas tienen algo de la visión de los iniciados. Los neoplatónicos y los neopitagóricos revelan iguales contagios de los Misterios. Cabría una investigación, hasta hoy no intentada, sobre la actitud íntima de cada autor griego ante los diversos elementos —autóctonos y vetustos, extraños y nuevos, pelásgicos o cretenses, egipcios o fenicios, nórdicos-olímpicos, populares, cultos, tipo ritual mitológico o tipo ritual de los Misterios— que andan enredados en la complejísima religión griega.

Cuando el hombre pasa de lo visible a lo invisible da un paso hacia su libertad. Si, en lo invisible, su imaginación

* [*Obras Completas* XIII, pp. 51, 53 y 281.]

opera bien, da con una religión saludable; si opera mal, da con un diablo en vez de un dios, y pone en el altar a un monstruo, que será a lo sumo un hombre gigantescamente desgobernado. Así aconteció con los terrores asiáticos. Pero el pueblo griego trabajó siempre en el sentido de lo poético, en busca de lo más civilizado y nítido, hacia una filosofía y una religión en que trataron de hermanarse el bien, la verdad y la belleza.

Siglos más tarde, cuando el orden grecorromano comienza a fermentar por efecto de las influencias orientales; cuando los sistemas racionales van siendo relegados al olvido, y se los sustituye con ciertos breviarios de felicidad, encaminados a saciar nuevas angustias del espíritu; cuando los últimos intentos de las filosofías morales, todavía de corte clásico, se entremezclan con los ensayos de una mística en que el neoplatonismo produjo sus brotes póstumos e inesperados: entonces veremos producirse una proliferación de Misterios, bastardeados sobre el modelo de los antiguos (Isis, Atis-Cibeles, Mitra), no exentos de groseras supersticiones y aun salpicados con la espuma de la locura. Fanatismos o modas, ellos, sin embargo, conservan el testimonio de la añeja preocupación mediterránea por la salvación futura del alma. Entre ellos, un solo Misterio, el Cristianismo, está destinado al porvenir. Éste, para salir al triunfo, comenzará también por bajar a las catacumbas, por ocultarse entre iniciados. Pero si éste se oculta por perseguido, ¿por qué esa ocultación o, ese simulacro de conspiración y conciliábulo, en los antiguos Misterios? Sin duda por ser cultos del vencido; y además, cultos de la eterna reacción contra los poderes demasiado satisfechos.

11. *Dioses, no creadores*

Con todas las reservas que señalamos al referirnos a la escuela germánica, no parece ilícito el buscar algunas generalizaciones sobre el espíritu del Olimpismo griego. De momento, dejamos aparte la religión antigua, los Misterios, etcétera.

Lo primero que en la religión griega nos impresiona es la naturalidad con que se acepta y adopta la idea de la evolución, la maduración gradual del universo. Renan asegura que el viejo espíritu babilónico no era extraño a esta idea de que el mundo tiene una historia, un nacimiento y un desarrollo ulterior por edades, donde cada una nace de la anterior. Inmenso progreso, noción evolutiva y orgánica que deja muy atrás la teoría plana del universo, concebido como una agregación de materia sin vida. Pero, en todo caso, Renan reconoce que esta noción quedó enmascarada por "la simplicidad del relato bíblico y el exagerado horror que en él se advierte para las grandes cifras y los largos periodos". El estrecho dogmatismo medieval tomó al pie de la letra el compendio de los seis días, "en que creyó poseer toda la teoría del universo". Grecia resiste mejor los grandes bocados: de uno a otro instante del *Prometeo* esquiliano, pueden haber transcurrido millares de años. Todas las leyendas sobre la creación que encontramos en Grecia nos hablan de un desenvolvimiento por etapas y de un tránsito del caos al cosmos. Esta concepción deja el paso franco a la ciencia, y es clara y explícita. Junto a ella, el símbolo siriaco parece un escamoteo instantáneo.

Entre la postura ortodoxa y la noción evolucionista hay, en general, duelo abierto. Darwin y Lamarck creían en Dios; pero el popularizador Haeckel marcó la noción evolucionista —y no sólo a los ojos del vulgo— con un tinte de descreimiento. Su caricatura de la deidad, convertida en un "vertebrado gaseoso", no tiene seriedad ninguna. Ni puede negarse que tal doctrina evolucionista, en sus posibles aplicaciones y, sobre todo, en sus interpretaciones groseras, presta argumentos contra la Iglesia. De aquí las dos tendencias de los escritores religiosos: o la negación del evolucionismo, o el esfuerzo por conciliarlo con la Escritura, merced a la interpretación finalista o teleológica. Ejemplos contemporáneos de una y otra actitud: el teólogo Fulton J. Sheen (*God and Intelligence in Modern Philosophy: A Critical Study in the*

Light of the Philosophy of Saint Thomas), y el escritor científico Lecomte de Nouy (*L'Avenir de l'Esprit*). Este conflicto no hubiera tenido sentido alguno para el griego. Y esta circunstancia fue una fortuna para la ciencia.

El principio de la evolución cosmogónica acoge y subordina a los mismos dioses, permitiéndonos entender mejor su naturaleza de hombres agigantados. Pues sobre la naturaleza de los dioses hay que decir: *1)* que su eternidad se extiende hacia adelante, pero no hacia atrás, puesto que han tenido nacimiento; *2)* que tampoco nacieron a la existencia en su estado definitivo, sino que son el resultado de un perfeccionamiento gradual, como el de un animal que crece, sin que sea excepción el caso de Atenea, a quien una versión legendaria hace brotar ya madura y aun armada de la frente de Zeus, como un pensamiento que cristaliza en un verso, pero cuya entidad mitológica es también fruto de largos titubeos y transformaciones; *3)* que los dioses tienen árbol genealógico y, de generación en generación, su casta aun suele levantarse desde humildes orígenes; *4)* que no son exteriores a la creación, sino que también fueron creados; que no son iniciadores o guías del proceso cósmico, sino productos de éste y sujetos a éste; *5)* que son parte de un plan superior y más vasto, dentro del cual se les asignan jurisdicciones y poderes limitados, de suerte que en nada son comparables con el Dios cristiano, omnipotente, omnisapiente y omnipresente; *6)* que su relación con las criaturas humanas no es la de creadores y padres, sino la de unos como hermanos mayores, ni siquiera necesariamente benévolos: de modo que entre dioses, hombres y cosas hay una solidaridad esencial, y todos son hijos de una madre, copartícipes en la misma herencia, miembros de igual familia, como lo cantaba el poeta Píndaro. Todo lo cual, por lo mismo que remite el enigma a un común principio superior y anterior, tenderá el puente entre el politeísmo de superficie y el monoteísmo de profundidad, más o menos tácito por lo pronto, y pronto fracamente explícito. Y no se diga que el monoteísmo no admite, en su génesis, gra-

dos ni jerarquías, pues el único monoteísmo absoluto es el de Alá.

12. *Dioses y Hombres*

Las prerrogativas de la divinidad se reducen a tres: *1)* un poder mayor que el humano, sin por eso ser absoluto; *2)* una vida perdurable; *3)* la exención de penas y trabajos, en principio al menos. El hombre, en cambio, tiene que luchar por el sustento (y esto usando medios más limitados) y es mortal; y su vano anhelo de hombrearse con las divinidades constituye su pecado mayor, el pecado capital de los griegos, la extralimitación o *hybris* que, como en la culpa de Prometeo, descompone el régimen del mundo.

La dignificación de la esencia humana y su posible acceso a la condición divina pertenecen, más bien que al orden olímpico, a la religión ctónica, vetusta, a las festividades agrícolas y rurales, a los antiguos Misterios; y la incorporación de este anhelo a la religión cívica vendrá más tarde, con las nociones de la filosofía ya alejandrina y después, con los Misterios extáticos y el neoplatonismo, etc. Esto, salvo para algunos semidioses o héroes que, como sabemos, tampoco eran hombres comunes. Y no todos ellos alcanzaron la deificación, ni con mucho. Entretanto, impera (siempre en el orden olímpico, único a que ahora nos referimos) la visión de Píndaro: un sentido aristocrático de las castas, trasladado al orden metafísico, y al cual corresponde la virtud humana de la conformidad. En este concepto, el estoicismo encontrará ya el terreno bien preparado.

En un universo así construido, se esfuma un tanto la frontera entre lo animado y lo inanimado. Hoy consideramos que la porción mayor del mundo es materia inerte, en claro contraste con los pocos seres vivientes de la naturaleza. Y aun tendemos a ver todo ese orbe inerte como un escenario para nuestra vida, para el importante drama humano. Pero a los ojos de los griegos, en cierta época de génesis, toda la

naturaleza es un conjunto de seres semejantes al hombre, y ni siquiera menos importantes que éste. Las cosas están llenas de dioses, solían decir los antiguos filósofos. Las acciones de la naturaleza son explicables en términos humanos. El antropomorfismo reposa sobre la convicción de que el mundo es una armonía entre esencias semejantes y relacionadas, ligadas por aquel parentesco que, en el orden lógico, Aristóteles ha llamado la "sinonimia". Así como la armonía social sólo es posible mediante el mutuo respeto y la cortesía entre los hombres —y todo eso que se llama o puede llamarse el "contrato social"—, así los antiguos cosmólogos piensan que el equilibrio universal sólo se sostiene por una manera de respeto entre los elementos. Los cuales se deben entre sí desquites y compensaciones por cualquier desliz en que incurran, más allá del propio derecho. De aquí que, dentro del universo, el hombre se sienta como en su casa y aun en cierta familiaridad con los dioses, sin que lo anonade, como a nosotros, el abismo entre lo infrahumano y lo sobrehumano. Se aleja el terror primitivo. Queda abolida la antigua iniquidad.

La naturaleza de los dioses se refleja así sobre la naturaleza de los hombres, e instala a éstos dentro del mundo en una relativa situación de comodidad. Los griegos son naturalmente "extravertidos", como hoy se dice, y les son ajenas, las desconfianzas y cavilaciones del "introvertido", el cual siempre vive con recelo y reserva ante todo cuanto le rodea, y por eso se concentra en sí mismo. Nuevo contraste del hombre antiguo con el moderno. El griego descconfía del bárbaro, porque el bárbaro calla mucho. El griego desconfía del bárbaro, porque el bárbaro calla mucho. El griego no teme dejar salir la expresión de sus sentimientos (con la conspicua excepción de Esparta, Grecia ennegrecida). El guerrero griego no se avergüenza de llorar antes del combate. Comparado con el moderno, el griego resulta dotado de una personalidad elástica y penetrable, algo deshecha en la comunidad política, y hasta deshecha en esa otra vida social más

vasta que para él es el universo. Su lengua misma carece de vocablos para decir "la persona", "la personalidad", "lo individual", "la conciencia de sí mismo", etcétera.

Vista la cuestión por el otro extremo, la vida humana tampoco podría aspirar a una categoría de absoluta preeminencia. La religión griega, con ser antropomórfica, no es antropocéntrica. La sociedad humana es un pequeño círculo circunscrito a la sociedad cósmica, aun cuando ésta, eso sí, sea imaginada según el modelo humano. La sociedad cósmica se desenvuelve como un todo, transportando en su seno al hombre, según el proceso que camina del desorden al orden, de la barbarie a la civilización. Y todas las cosas, incluso los dioses, y no exclusivamente los hombres, quedan implicadas en el servicio universal, en esta amistad, esta lealtad al bien. Filosofía cuyos fundamentos no se buscan tan sólo dentro de los límites de la carrera humana. El hombre, pues, no tiene más que salir al mundo y plegarse a la naturaleza. Sus dioses le salen al paso a medio camino, para seguir en su compañía el viaje común.

13. *Perennidad de los Misterios*

Lo anterior conviene a la religión griega de tipo clásico u ortodoxo. Las tradiciones antiguas y populares, en cambio, se parecen mucho más a nuestro sentimiento religioso moderno. La naturaleza no sólo nos acoge con los brazos abiertos. También nos restringe y limita el paso. Y la religión nace precisamente del humanísimo impulso por trascender tales barreras. En comparación con los demás seres naturales, el hombre, este Segismundo, se caracterizó precisamente por su necesidad y su capacidad de trascender y trascenderse, de ir más allá de sí mismo, objetivándose a sí propio a la vez que subjetivando cuanto le rodea. ¡Si nos fuera dable romper las vallas que separan lo humano de lo divino, venciendo la muerte y acaso llegando a ser dioses! La religión clásica no deja salida a esta esperanza, pero sí la reli-

gión vetusta, la que late en el subsuelo de Grecia y viene desde muy atrás.

Para la religión clásica, la irreducibilidad entre lo humano y lo divino —tan próximos y a la vez tan impermeables, al menos en el sentido ascendente, puesto que Zeus bajaba a divertirse a la tierra en ratos perdidos, incorporándose en el mineral, el vegetal, el bruto y el hombre— no sólo era una especie teórica y cosmológica, sino una noción práctica de la diaria conducta. La supervivencia después de la muerte, en cambio, sólo era una vaguedad penumbrosa y pálida. El reino de Hades, desgracia mil veces peor que la vida, recuerda en algo el primitivo y no diferenciado *Scheol* de los hebreos.

Los Misterios, en cambio, insisten en la perenne fertilidad, la recurrencia de los ciclos en torno a la pausa de la muerte: imagen de las estaciones, de las revoluciones del cielo, del pulso rítmico de las cosas. La doctrina de la resurrección se prefigura temblorosamente: la divina como la humana; pues se acepta que puede cruzar el arco de la tumba aquella porción humana a que se concede esencia divina —porción que un día se llamará "el alma"—, y que ella está destinada a la felicidad inmortal. Las islas Bienaventuradas esperan a los iniciados. Pero, adviértase, no hay redención para los profanos. ¿Hay alguna religión que conceda el premio al descreído?

Por lo mismo que los Misterios, aunque sean la fase más antigua de la religión griega, están más cerca de nosotros y, por decirlo así, han sido depurados y perfeccionados en las religiones modernas, parece que hubieran desaparecido en el recuerdo de los hombres, como desaparece una chispa contra el fondo de una luminaria. Se habla de la religión griega, y todos ven surgir un Olimpo, como por la máquina de un teatro. Importa discernir tantos aspectos mezclados: los Misterios y el Olimpo, los orígenes prehelénicos y los desarrollos helénicos, las creencias populares y las creencias cultas, el campo y la ciudad, etcétera.

En las imantaciones del norte y del sur que, como las águilas de Zeus, van a juntarse sobre el cielo de Grecia, los aluviones meridionales representan los antiguos lechos de limo, el suelo fértil. En cuanto a la influencia septentrional, ella precipita en dos acarreos: la elaboración olímpica, y una última elaboración que, conciliada con las tradiciones autóctonas y egeas, determina esa artificiosa doctrina del II, Orfismo, relativamente nueva.

Este Orfismo II, u Orfismo verdadero, no es una simple resurrección del Orfismo I, que sólo es un modo de llamar a muchas cosas diferentes y antiguas. El nuevo Orfismo contiene elementos exóticos, y trata de entrar en armonía con el culto délico de Apolo. Es el viaje incierto de aquellas sagradas gavillas que, según Heródoto, venían desde los hiperbóreos, y de mano en mano y de pueblo en pueblo, pasaron sucesivamente del territorio de los escitas hasta las puertas del Adriático; de allí, a Dodona, al Golfo Malíaco, a Eubea, a las islas de Caristo, Ténedos y, por último, Delos. Pues por tan largo rodeo llegaron finalmente hasta Apolo las "cosas sagradas atadas en manojos de paja" —como decía el gran lírico tebano— que venían desde el Danubio.

Pues bien: contra lo que muchos suponen, el estudio de la religión griega conduce a resultados aplicables al sentido religioso de nuestro tiempo. Las sacras gavillas todavía no han acabado su viaje.

14. *Tabla cronológica*

La religión griega se estudia en dos etapas principales: la prehistoria y la historia. La prehistoria o periodo egeo tiene un prólogo que se pierde en los orígenes de la sociedad humana, y dos actos: el Minoico o Cretense y el Micenio o Continental. No es fácil todavía saber dónde se cierra y se abre el telón. Mejor dicho: no se cierra ni se abre, porque estas cosas son continuas. En esta prehistoria aparecen las no diferenciadas divinidades pelásgicas o *Theoi,* y el material reli-

gioso de fetiches, piedras, árboles, adoraciones terrestres en las cuevas, primeras figuraciones heroicas, maldiciones de la sangre o Erinies, diosas matriarcales, ninfas y ríos, ritos de la fertilidad y la agricultura. Este fondo nunca desaparece del todo: queda como en el subsuelo de Grecia. Influencias del Este y del Sur. Culto cretense del pilar. Libia, Egipto, mucho menos de lo que se creía. El Asia Menor, mucho más de lo que se creía. Primeros esbozos de Atenea y Posidón, de Hermes, Afrodita y Héracles. Trazo siempre conjetural y sujeto siempre a mil reservas.

Entre la prehistoria y la historia, Homero representa un puente indeciso, como que es un puente reconstruido por la imaginación a más de tres siglos de distancia, con un propósito más directamente poético que no científico, y bajo la preocupación de arreglar su mundo y su representación al gusto aristocrático de nuevos señores, que han comenzado a alejarse ya de las viejas creencias populares y que distan mucho de ser todo el pueblo griego: que son una selección, una casta llamada, a su vez, a desaparecer y a sumergirse en la historia ulterior.

El "periodo homérico", o sea, no la época en que vive Homero, sino la que más o menos pretende retratar en sus poemas, va *grosso modo* de 1500 a 1000 a. C.; deja sentir las influencias "nórdicas" de las inmigraciones y las invasiones; abarca el último capítulo micenio y lo mezcla con el Olimpismo. Trae los dioses patriarcales y la mayor edad de Zeus, y sustituye el precio de la sangre a la antigua venganza de sangre.

Del año 1000 a. C. en adelante, avanzamos ya hacia la etapa histórica. La religión olímpica se encamina hacia la organización oficial, religión de Estado, culto urbano y algo automático, menos místico que los inextintos impulsos populares y los Misterios. Delfos, con su Apolo y la Serpiente terrestre; Olimpia, con su Zeus y su Pélope, héroe organizador de pueblos.

Los siglos VII y VI presencian una resurrección mística

de antiguas creencias que naturalmente, se figuran de nueva forma. Temor y sentimiento del mal, fruto de las calamidades históricas. La expansión griega es atajada en sus dos frentes: en el Este y en el Oeste. Religiones de Dióniso-Zagreo, combinación del dios tracio de la embriaguez con vetustos Misterios del dios cretense. Orfismo: purificación, ya no en el mero sentido mágico, sino por la unión del hombre con el dios. Intensas corrientes espirituales. El Olimpo, algo sacudido y aun fertilizado por el Orfismo. El Orfismo deriva una vena inferior, que empieza a correr por cauce aparte y luego pasa a segundo término.

El siglo v recibe la influencia de la filosofía, parte brotada en el seno de la ciencia física, parte brotada del viejo misticismo. Este tono prevalece en los ambientes cultos, en Atenas. Se relaciona con los orígenes de la democracia ateniense y afecta la vida política. Los Sofistas, Anaxágoras, Eurípides.

Del siglo iv al Cristianismo: la caída de Atenas; el divorcio entre la filosofía y el mundo; la tregua entre la filosofía y la superstición. La clase culta va creando el estoicismo, el epicureísmo, el cinismo, o ciertos dialectos del platonismo convertidos poco a poco en religión. Pero, en general, se abstiene escrupulosamente de atacar los ritos tradicionales, o de incomodar al vulgo en sus creencias. Frecuente irrupción de elementos extranjeros. Religiones emocionales venidas de Oriente. Suelo muy removido, pronto ya para la nueva semilla.*

1947.

* ["José Luis Martínez... me trae pruebas del PANORAMA DE LA RELIGIÓN GRIEGA [de la] *Memoria del Colegio Nacional*", escribe Reyes en su *Diario* el 26 de febrero de 1948 (vol. 10, fol. 142). Y poco después: "He ofrecido... a la Facultad de Filosofía y Letras curso sobre Religión Griega" (12 de marzo; vol. 10 fol. 144). La Facultad aceptó el ofrecimiento y fijó fecha para la inauguración del curso "7 abril: Filosofía y Letras. Religión Griega, 6 p. m.", apuntó Reyes, como recordatorio, el 25 de marzo (vol. 10, fol. 145); que al fin comenzó el 14 de abril: "Inauguro curso de Religión Griega en la Facultad de Filosofía y Letras, a las 6 p. m. Auditorio atentísimo y delicado. El Director Sa-

muel Ramos y el Secretario Leopoldo Zea me reciben casi con ternura. Grata experiencia" (vol. 10, fol. 149). Hacia el 20 de agosto, el ánimo y el público han variado: "Hoy pedí en Filosofía y Letras licencia indefinida en cátedra Religión Griega, que me esclaviza sin objeto a cuatro gatos" (vol. 10, fol. 164). Sólo cinco años más tarde decidió Reyes poner en limpio este *Panorama de la Religión Griega* y aceptar para él una propuesta editorial de Buenos Aires; el 4 de septiembre de 1953, escribe: "A copiar PANORAMA DE LA RELIGIÓN GRIEGA, para Columba" (vol. 12, fols. 47-48). El 14 y 19 de septiembre, en Cuernavaca, anota: "Sigue en copia PANORAMA DE LA RELIGIÓN GRIEGA" (vol. 12, fols. 50 y 51). El 16 de diciembre, en Cuernavaca, manifiesta con irritación: "Me llega devuelto de Buenos Aires sin una palabra de explicación el PANORAMA DE LA RELIGIÓN GRIEGA que le envié a [la Editorial] Columba, a petición suya, para sus ediciones [Colección Esquemas]: lo preví, y le escribí diciéndole: 'Si no puede publicarlo, devuélvamelo. Entiendo.' El 'peronismo' no me perdona" (vol. 12, fol. 66). Reyes hubo de conformarse con la edición mexicana, "Sobretiro de PANORAMA DE LA RELIGIÓN GRIEGA (de la 2ª *Memoria del Colegio Nacional*)", del año 1947, pp. 57-99, que tiene fecha de 1948 y 51 pp. (*Diario*, 27 de mayo de 1948; vol. 10, fol. 156) y con la reimpresión en *Estudios helénicos*.]

EN TORNO AL ESTUDIO DE LA RELIGIÓN GRIEGA *

I

Para apreciar el estado actual de los estudios sobre la religión griega no hace falta remontarse más allá del siglo XVIII. A comienzos de esta centuria, las disciplinas clásicas en Alemania ofrecen todavía un bajo nivel, e Inglaterra apenas empieza a sentar las bases textuales y lingüísticas de su futuro helenismo. Europa, en general, lee "mitología" donde se ha escrito "religión" y contempla a Grecia según la perspectiva romana. La mitología misma parece cosa de fantasía y ajena a todo sentido religioso, como si se supusiera que los griegos la habían entendido bajo especie puramente ornamental, conforme la entendían los poetas modernos. Cierto catedrático racionalista de Halle, que escribía por los años de 1780, lo más que acertaba a conceder —tras de leer apresuradamente a Polibio— era que los romanos habían inventado el politeísmo para el mejor desempeño de su política. Los ideales artísticos se resumían en el leve estímulo placentero que fue el estilo rococó, y a él ajustaban los creadores su tratamiento de la antigüedad clásica.

La segunda mitad del siglo presencia una reacción saludable, y aunque las informaciones que proveían la arqueología, la epigrafía, las investigaciones "comparatistas", eran aún tan escasas que no permitían ahondar mucho, y aunque todavía la imagen de Grecia resulta torcida y superficial, comienza entonces a notarse aquella atracción de los motivos helénicos que inspira buena parte de la obra goethiana y que permitió en mucho la aparición de un Herder.

Cuando Herder afirma que "los poetas y sólo los poetas

* Estos apuntes son casi un mero resumen de algunas páginas de la obra de W. K. C. Guthrie, *The Greeks and their Gods* (Londres, Methuen, 1950) y han sido preparados para los cursos del Colegio Nacional.

han construido los mitos" parece que sigue empleando el lenguaje del racionalismo; pero importa percatarse de que ya para él son casi una sola y misma cosa el impulso poético y el religioso. El instinto artístico del hombre, viene a decir el gran pre-romántico, ha fundado las religiones, y la divinidad habla por la poesía. Por lo que a Grecia respecta singularmente, había dado un paso hacia la verdad y abría el camino a nuevos criterios.

La idea animadora de Herder se enlaza con otra noción que no fue menos trascendente: La poesía es una fuerza incontenible, un soplo cósmico mucho más alto que la razón. Inspira y agita la mente de los pueblos y no es fábrica premeditada de las mentes individuales. Las fábulas griegas no son graciosas invenciones de algunos eruditos alejandrinos o cultos poetas romanos, sino que son un acarreo popular, adelantan con la avasalladora inconsciencia del folklore y guardan el eco de las creencias vetustas, al modo como ciertas rocas conservan el índice eléctrico de una abolida edad geológica.

Herder, por lo demás, sólo es aquí un nombre representativo, gran divulgador del ambiente que respiraban Goethe, Schiller, en cierto sentido el propio Kant, y desde luego, para descender ya al terreno propiamente humanístico, el viejo Christian Gottlob Heyne. Éste, desde su cátedra de Gotinga, insistía en el estudio de los poetas griegos, oponiéndolo o mejor sumándolo al exclusivo estudio de los prosistas que, por buenas razones de equipo lingüístico, absorbió a sus predecesores. Él dio definición y sistema a la nueva concepción de las fábulas, escarbando en el discrimen del *sermo mythicus* y el *sermo poeticus* y esforzándose, hasta donde lo consentía su época, por relacionar otra vez el mito con la religión.

Creyó Heyne encontrar el origen de las religiones naturales en la magia y la superstición, y quiso trazar su historia desde el fetichismo primitivo, pasando por la zoolatría y la dendrolatría, la adoración de las fuentes, las montañas, los cuerpos celestes y las personificaciones de agencias natura-

les, hasta el panteón de los dioses antropomórficos. En el fetichismo concentró también su atención el humanista francés Charles des Brosses (*Du culte des Dieux Fétiches*), cuyos puntos de vista sólo serían recordados un siglo después. De momento, los historiadores de la religión se dejaron seducir por los estados más excelsos de la cultura, bajo la incitación de los adelantos en la nueva ciencia del lenguaje.

Pues se ha dicho, y es en parte cierto, que la ciencia de las religiones alborea en el siglo decimonono, al emparentarse con la filología comparada, donde aprendió las técnicas comparatistas para aplicarlas con fecundos resultados a la investigación de los mitos. Se ha descubierto una nueva senda: los nombres de los dioses en las distintas lenguas indoeuropeas acusan un origen común. Con el entusiasmo juvenil propio de los primeros tanteos, y empuñando este talismán, se espera, mediante la comparación y la mutua reducción de mitos y fábulas, recomponer algo como una célula de la religión original y llegar hasta la imagen de un dios único primitivo. Pero las asimilaciones e identificaciones eran más de una vez caprichosas, y era parcial y exagerada la conclusión de Max Müller sobre los dioses entendidos como producto de una desinencia gramatical, y sobre la mitología como una mera "enfermedad del lenguaje". Siempre el hallazgo de nuevas técnicas conduce a extralimitaciones, sin que por eso neguemos utilidad y trascendencia al arrebato que las inspira. Por lo menos, de aquel arrebato salió a flote la noción de cierto remoto dios ario, entidad celeste y etérea, quemadura luminosa en la conciencia colectiva de las tribus indoeuropeas, que ya es el Zeus griego (genitivo "Dios", femenino su consorte "Dione") ya el Júpiter latino (y con él, "Diana" y "Janus Dianus"), ora el sánscrito Dyauspiter (el "Dios Padre"), ora el germánico Ziu o bien el Tyr septentrional.

Para estos precursores, la religión de primera instancia fue una religión de mitos naturales y meteóricos, y no sólo en el caso de los indoeuropeos, sino —efecto de su desatentada confianza— en todos los casos. Creían, en suma,

haber descubierto, no el pecado original, sino la virtud original de toda religión posible; pero sin darse cuenta de que sólo habían tomado sus ejemplos demostrativos en etapas relativamente avanzadas de las culturas. Pues sus griegos, sus romanos y sus septentrionales eran ya pueblos que habían sufrido numerosas mezclas y contagios con diversas familias étnicas. La religión y la mitología griegas, por ejemplo, son una amalgama, a veces detonante, entre las corrientes del Norte y los posos mediterráneos.

II

La historia científica de la religión había nacido; pero, a una parte, la polarizaba el afán de descubrir la religión verdadera, y a otra parte, sus métodos mismos la reducían a los límites de una simple mitología. El significado de los dioses se buscaba exclusivamente en los mitos. Tal había pensado Herder, y lo propio aconteció, a comienzos del pasado siglo, con Creuzer y su teoría simbólica. Y es que el mito había sido la única base de información, el documento único. Faltaba que aportaran sus materiales la arqueología y la antropología. Pues, aparte del mito ¿de qué elementos disponían aquellos precursores? Su visión de las deidades griegas, como decía Wilamowitz, se reducía a un Apolo de Belvedere, a una Venus Capitolina, imágenes de segunda o tercera mano que corresponden a una época escéptica y estética. Mientras hoy tenemos a la vista aquellas rigideces arcaicas anteriores al siglo VI precristiano, donde, entre los embarazos y tartamudeos del arte, el sentido religioso se expresa con mucho mayor profundidad. No —decía Wilamowitz—, suponer que una Venus romana puede ser adorada como lo fue la Afrodita ante la cual se postraba Safo no pasa de ser una blasfemia.

Justo es recordarlo: si la antropología prestaba de tiempo atrás sus útiles contribuciones al helenismo, la nueva arqueología griega apenas data de sesenta años. ¿Cuáles eran,

pues, las contribuciones del antropólogo? Los documentos de los viajeros sobre los salvajes de África, Oceanía, América y, más tarde, Australia, que proporcionaban datos de comparación con las culturas más atrasadas. La antropología comparada monopolizó la atención por un instante, y pronto se dejó invadir por las inquietudes de la arqueología en constante progreso.

La investigación del primer impulso que pudo dar pábulo a las creencias era la preocupación dominante hará unos cien años. Se recorrían las etapas del pensar religioso en sentido inverso, por ser más accesibles las más cabalmente evolucionadas y, por decirlo así, se avanzaba hacia atrás, ahondando cada vez más en el pasado. Pero esta preocupación era algo exclusiva, tendía a considerar un solo aspecto. Hubo la era del fetichismo, del animismo, del culto de los antecesores, del totemismo, del preanimismo, y cada uno de estos aspectos se proponía como explicación única y absoluta. La nueva psicología, a su vez, tomó un camino semejante: La sexualidad, la voluntad de poder, la memoria étnica, etcétera, eran otras tantas fuerzas subconscientes que todo podían explicarlo. En 1913, Jung argüía que las teorías de Freud y de Adler se aplicaban respectivamente a un solo tipo mental, y añadía que el formular una psicología capaz de abarcar ambos tipos era la incumbencia del porvenir.

Ya lo cierto es que, por cuanto a nuestra materia concierne, la hora de la síntesis ha llegado. Acaso el problema especial de la génesis de la religión no pueda nunca resolverse en términos exclusivamente científicos, pero la labor de los precursores no por eso habrá sido vana. Examinémosla más de cerca.

III

Sea la teoría antropológica del fetichismo. La palabra se ha usado en muchos sentidos, e importa comenzar por la "homología" como Sócrates lo aconsejaba. Los portugueses

llamaron *fetiço* (lat.: *facticius*) a una reliquia que comunica la buena suerte o defiende a su posedor contra algún peligro. El término empezó a aplicarse a cualquier objeto no fabricado por el hombre y al que se atribuye alguna virtud sobrenatural, propicia o maléfica, como entre los negros de África. El fetiche precede al icono o imagen labrada en forma humana o animal, explicaba Charles des Brosses. Pero, más cauto que sus secuaces del siguiente siglo, no consideraba el fetichismo como la única fuente posible de la religión. El culto de los difuntos, por ejemplo, le parecía una manifestación igualmente antigua.

Auguste Comte llamó "fetichismo" al primer estado conocido de la creencia religiosa (*Cours de Philosophie Positive*, 1830-42). Incluía entre los fetiches al sol, a la luna, a la tierra, y los confundía de hecho con el culto de la naturaleza. Pero daba como nota característica la adoración del objeto natural en sí mismo, sin suponerlo habitado por ningún espíritu invisible. La segunda etapa era, en su sentir, la etapa de las personificaciones, sin excluir las más rudimentales. Todavía en 1870, cuando sus tesis provocaban ya muchas objeciones, las seguía defendiendo Lord Averbury (Sir John Lubbock).

Por nuestra parte, reservamos la denominación de "fetiche" a los objetos inanimados —piedras, trozos de madera, etcétera—, que merecieron adoración y que no escasearon en Grecia. El fetiche se ha significado a la atención de su adorador por las circunstancias de su hallazgo o por alguna peculiaridad física. Tal vez lo encontramos asociado al culto de un dios, o entendido como una representación de éste —aunque carezca en absoluto de forma humana—, o como uno de sus habitáculos. La santidad del objeto puede haber precedido a la aparición del dios, o bien pudo derivar del dios que pareció más adecuado. Lo único indispensable es que el objeto no pertenezca al orden viviente: ni árbol, planta o animal, ni divinidad personificada.

IV

Dos nuevas teorías se presentaron después, casi al mismo tiempo, ambas derivadas del estudio de los salvajismos supervivientes, que, por hipótesis, se dan por figuras de la mentalidad remota. Tales son la teoría de Herbert Spencer sobre el culto de los difuntos (*Principios de sociología,* 1876) y la teoría animística de E. B. Tylor (*La cultura primitiva,* 1871). Tylor precede a Spencer, pero la teoría de Spencer corresponde a un grado anterior, proviene de una tradición más vieja y, antes de publicarse, puede decirse que Tylor la había suplantado, puesto que éste admite también el culto de los difuntos, siquiera como segunda etapa. Spencer comprendía, entre sus difuntos consagrados, a todos los antecesores, fueran o no de la misma sangre, y de aquí iba derivando todas las formas religiosas: idolatría, fetichismo, zoolatría, fitolatría, adoración de la naturaleza y, finalmente, de las deidades. De paso, se hace eco de la hipótesis propuesta por Evemero en el siglo IV a. C., al afirmar que "tras los seres sobrenaturales de todo orden, se ocultan los rasgos de alguna persona humana del pasado".

Tylor no es un filósofo universal. Sus ideas sobre el origen de la religión no son parte de un sistema sobre el conjunto de la sociedad. Era un especialista, un etnólogo experto y un paciente coleccionador de documentos que han sobrevivido a su teoría. Según Tylor, la religión y el animismo son una y la misma cosa. Su definición mínima de la religión se expresa en esta sencilla fórmula: la religión es la creencia en seres espirituales, y esta creencia es el animismo. Hasta donde cabe investigarlo, nos asegura, todas las razas poseen este mínimo de religión. Y si llegasen a descubrirse algunas nociones pre-animísticas, éstas no afectarían su teoría, pues aún no constituirían una religión propiamente dicha, sino un conjunto de prácticas mágicas.

Para el animismo, explica Tylor, —es decir, para la mentalidad primitiva— todas las criaturas del mundo tienen una

doble naturaleza, un cuerpo y un alma. El salvaje pudo inferirlo así de dos datos por excelencia: *1)* Los fenómenos del sueño y la muerte exteriormente considerados. El que duerme, el que ha muerto, están allí delante de nuestros ojos, al parcer intactos, y sin embargo es evidente que algo se les ha escapado. Este algo no forma parte de su cuerpo, que parece conservarse íntegro. Así, pues, debe de ser un elemento invisible, un alma que se ha ido de viaje, transitoriamente en el sueño y definitivamente en la muerte. No parecen indicar otra cosa las visiones del sueño. Si soñamos con alguien, será porque el espíritu de ese alguien ha venido a visitarnos en sueños. *2)* El salvaje se siente mezclado en la naturaleza y no percibe fronteras entre plantas, animales y hombres, ni tampoco entre las criaturas vivientes y ciertos objetos de uso habitual, palos o piedras, armas o vestiduras. Esta simpatía entre todo lo existente es el fundamento de la magia. El dualismo de cuerpo y alma se traslada fácilmente de las criaturas a los objetos inanimados. Si la persona que nos visita en sueños es una presencia real de su espíritu, el manto que lo cubre, la lanza que empuña, son sin duda el espíritu del manto o la lanza.

Luego cabe propiciar a las cosas que hoy decimos inanimadas, para obtener su ayuda o conjurar su animadversión. Y, desde luego, se impone igualmente el propiciar a los espectros de los muertos, que no por invisibles han perdido su virtud operante. Ellos frecuentan los sitios que en vida les eran habituales y ejecutan actos entre los vivos. Y así como el vivo necesitaba alimentarse, vestirse y armarse, la parte que ha trasmontado la muerte, el espectro, necesita que se le provean los espectros de alimentos, vestidos y armas, quemándolos o destruyéndolos de alguna manera ritual para enviarlos al otro mundo.

La teoría, sostenida por un abundante acopio de documentos, abarcaba, como se ve, el fetichismo, la adoración de la naturaleza, el culto del difunto y cuantas hipótesis se han formulado sobre los orígenes de la religión.

V

Veamos ahora lo que trajo, por su parte, la arqueología. Sus primeros progresos parten de las ruinas de Babilonia y Asiria, las inscripciones cuneiformes, que al fin revelaron su secreto, etc. Todo este rico material descubrió una mitología hecha de fenómenos naturales y cuerpos celestes personificados. Ahora bien, aquella cultura distaba mucho de ser una cultura realmente primitiva y salvaje; aquellos hombres eran ya unos sabios edificadores de ciudades. El fundar en tales documentos una teoría sobre el origen de las religiones supone la tácita aceptación de un punto de vista más cercano que el distante y ambicioso punto de vista del antropólogo. Pero nadie reparaba en ello de momento. Y así el animismo precedente tuvo que enfrentarse con dos enemigos que se levantaron de las ruinas: la escuela del mito astral y la escuela del pan-babilonismo. Una y otra insistían en que el primer paso de la religión era la personificación de los fenómenos naturales, y en particular de la luna, el sol y ciertas estrellas. Las añejas hipótesis de la filología comparada —mitos naturales, mitos solares— parecían ahora comprobarse de modo científico e inequívoco. Los pan-babilonistas representaban el ala extrema del movimiento, el cual quedó confinado en Alemania, aunque no todos llegaban a la última consecuencia de las hipótesis ni les concedían un valor universal. Para los extremistas, Babilonia era el origen de un sistema religioso primitivo y compacto, difundido de allí a toda la tierra, que se suponía gratuitamente sometida a los babilonios. Esta escuela cerraba oídos a toda posibilidad de que los grupos humanos, reaccionando ante problemas semejantes, pudieran haber hallado respuestas semejantes de una manera independiente. No: todo tenía que reconocer una fuente común, de donde se había esparcido a los demás pueblos. Tal fue el principio "difusionista", que también hicieron suyo los ingleses G. Elliot Smith y W. J. Perry, bien que situando el foco, ya no en Babilonia, sino en Egipto.

VI

Entre tanto, he aquí que los antropólogos habían dado con otra clave, y esa clave era el totemismo. Se lo define como la creencia primitiva de que las tribus descienden o están íntimamente emparentadas con ciertas especies animales (hasta vegetales, hasta objetos minerales y aun meteoros, aunque esto sea menos frecuente). Estos animales merecen, pues, una veneración religiosa. La teoría, algo exagerada, aparece bajo la pluma de J. F. Mac-Lennan por los años de 1860, y su discípulo Robertson Smith la enfoca al problema de los orígenes religiosos. Smith ve el sacrificio habitual entre los semitas como la matanza y manducación ritual del animal totémico, a quien el pueblo considera como su dios. De ordinario, tratar así al totem sería una profanación, pero no en las grandes ceremonias, encaminadas a renovar el vigor de las tribus, mediante esta suerte de comunión divina. F. B. Jevons (1896), discípulo a su vez de Smith, contrapuso abiertamente el totemismo al animismo de Tylor, que él refería a una etapa anterior y pre-religiosa. Sigmund Freud se declaró convencido, y relacionó la teoría del totemismo con su célebre "complejo de Edipo", aunque no puede decirse que su actitud haya impresionado mucho a los verdaderos historiadores de la religión. Tampoco los afectó en grado apreciable el entusiasmo escasamente crítico de un Salomon Reinach. Las objeciones a la teoría totémica se fundan en dos argumentos: *1)* Que mal puede explicar el origen de las religiones, puesto que se basa en datos de una etapa algo posterior; *2)* que el fenómeno es ajeno a la religión misma.

VII

Ya para entonces había comenzado su inmensa tarea Sir James Frazer (*La rama dorada*),* simpática en más de un sentido a las investigaciones de Smith (*Religión de los se-*

* [Traducción al español del Fondo de Cultura Económica, 4ª edición, 1961.]

mitas), según lo ha mostrado claramente S. A. Cook. Pero Frazer, trepando su montaña de documentos, llegó a esta conclusión: El totemismo, a lo sumo, y más que como una religión o una larva de las religiones, puede aceptarse como una organización pre-política de las sociedades humanas. El totem no era objeto de adoración. En torno a la estructura totémica, se perciben muchas otras prácticas que, de hecho, cuadran más con los preámbulos de la religión, y tales prácticas se reducen a la magia, o "supuesto de que, en la naturaleza, un acontecimiento sucede a otro necesaria e invariablemente, sin intervención alguna de agencias personales o espirituales; concepción idéntica en sustancia a la de la ciencia moderna y que se encuentra como subyacente bajo todo el sistema, y es una fe, implícita pero firme y real, en el orden y en la uniformidad de la naturaleza". La probidad de Frazer lo llevó a confesar más tarde que había encontrado algunos ejemplos de totem entendido como objeto de culto.

Al comienzo del presente siglo, el animismo se ve, pues, enfrentado por el pre-animismo, y éste a su turno, halla su terreno disputado por la magia, que se ofrece como una etapa anterior. El contenido esencial de la magia, según nuevas investigaciones, se expresa en dos términos tomados respectivamente a las lenguas de los melanesios y de los indios americanos: *mana* y *orenda*. Ellos significan algún misterioso poder o influencia, propio de ciertas personas o de ciertos objetos inanimados, pero en modo alguno personales. Quien los posee se distingue entre sus semejantes, y las cosas que los llevan en sí son cosas de encantamiento o prestigio. Aun pueden ser frases y fórmulas verbales que operan como sortilegios. Así en T. K. Preuss; y, según las palabras de Karsten: "Entre muchos pueblos primitivos. . . se encuentran numerosos ritos mágicos y religiosos, independientes del animismo y ajenos a toda creencia en los espíritus, relativos a una virtud impersonal y mágica que reside en cosas y objetos inanimados así como en ciertas plantas, ciertos animales o ciertos hombres."

Hoy la controversia nos parece efecto de un rigorismo injustificado, y de una errónea proyección de las nociones modernas sobre el mundo del primitivo, donde lo animado y lo inanimado distan mucho de distinguirse con una perfecta nitidez. Hay que irse con más cuidado y proceder a una asepsia previa si queremos ver el universo como lo veía el salvaje. Así lo predica la escuela que capitanea Lévy-Bruhl. La "simpatía" que existe, por ejemplo, entre un hombre y sus cabellos, los recortes de sus uñas, sus objetos de uso frecuente o la imagen que lo representa, permite al brujo ejercer sobre él, a distancia, su influjo maléfico o benéfico. Tal creencia no sólo borra las fronteras entre lo animado y lo inanimado, sino que refracta nuestras actuales nociones de identidad, semejanza, representación, etc., y aun indica cierta indiferencia respecto a las nociones de lo personal o lo impersonal. Estas hipótesis interpretativas adoptaron las fórmulas traídas por Émile Durkheim a la sociología francesa y que conocieron su minuto de gloria, como "las representaciones colectivas", "la mentalidad prelógica", etcétera.

Tales teorías, nacidas al calor del evolucionismo progresivo típico del siglo pasado, dan por aceptado que, mientras más se retrocede en el tiempo, las creencias religiosas aparecen menos desarrolladas, como, en general, todas las formas de la organización social que las circundan y sustentan. De suerte que fetichismo, totemismo, culto del antecesor y demás nociones reflejan y reciben ciertas modalidades del género de vida que practica el pueblo en cuestión: la pesca, la cacería, el nomadismo ganadero, la agricultura sedentaria... La antropología del siglo XX ha insistido en ver la religión como una función de la personalidad del hombre en su conjunto, y esta personalidad, a su vez, como una función, en buena parte, de la organización social respectiva. Las llamadas "representaciones colectivas" imponen, pues, su imperio, con el vigor de una idea platónica. La unidad es el grupo, no el individuo, quien se halla como sumergido en una mentalidad social dominante; y el totem, animal o planta,

incorpora esta conciencia del grupo. Pero, como objetaba James, aunque es innegable la trabazón social del pensamiento religioso, éste no se reduce a un mero reflejo de los tipos sociales. Y así, las sociedades más atrasadas no por eso muestran siempre ni necesariamente las formas de creencia más alejadas de las actuales. El desarrollo no es lineal, según lo entendía el evolucionismo simplista.

A esta reacción corresponden, entre otras, las tesis sostenidas por Andrew Lang y todavía propugnadas por la escuela católica austriaca del sacerdote W. Schmidt, respecto a los dioses primitivos. Entre los pigmeos mismos se encuentran el monoteísmo ético y la idea de la creación divina. Los vetustos misterios anatolios y egeos contienen nociones muy avanzadas sobre la comunión con el dios y la salvación, que el olimpismo ulterior se dejó de lado. Pero, en suma, ha sobrenadado en estas controversias la necesidad de relacionar la antropología con la sociología y la psicología, para el mejor entendimiento de la mente y la religión primitivas.

VIII

¿Era menester tan largo rodeo, era indispensable esta aventurada excursión hacia las sombras del pasado para llegar a la religión de la Grecia clásica, la cual dista mucho de ser una religión de salvajes? Tal religión, desde luego, está impregnada de supervivencias que proceden de las etapas anteriores. Ella fue un acarreo informe y colectivo que se encamina desde las tinieblas hasta la plena luminosidad filosófica. Bajo las formas mentales del civilizado laten los hábitos prehistóricos. El hombre es singularmente conservador por cuanto al pensar religioso y, como decía Frazer, la historia de las religiones es un largo intento para dar nuevas explicaciones a las prácticas hereditarias. Se olvidan los fundamentos originales de un rito, pero se lo sigue repitiendo con devoción. Los documentos de *La rama dorada* no proceden todos de las sociedades vetustas. Muchos han sido cosechados en-

tre las poblaciones rústicas, conservadoras por esencia, de nuestra Europa ochocentista.

Sin duda hicieron obra útil quienes aplicaron a las prácticas y creencias de los griegos las observaciones hechas entre los salvajes de nuestros días. Pero se imponen, cuando menos, dos reservas de bulto: *1)* El método comparativo tiende a sacrificar lo excelso en aras de lo accesorio y más bajo, se interesa más por lo potencial que por lo actual, estudia de preferencia las semillas más que las flores. Diceópolis, el vecino ateniense —que era por cierto un supersticioso—, y Estrepsíades, un tipo medio de campesino, resultan, así, más importantes que Platón. *2)* Hay que descontar el estímulo emocional a cuya inspiración trabajaron los helenistas de la "escuela antropológica", para de algún modo llamarla. Los nuevos descubrimientos causaron cierta fascinación bien explicable y lanzaron luz inesperada sobre los estudios clásicos. El salvaje oculto bajo la máscara del griego produjo en ellos una atracción un tanto malsana. Ellos mismos sonreían un poco de su entusiasmo por los aspectos menos helénicos de Grecia, y ello se advierte aun en autoridades tan respetables como Gilbert Murray o Jane Harrison.

"Primero fue la remota *Eutheia,* era de la ignorancia... etapa de que nuestros antropólogos y exploradores hallan manifestaciones paralelas en todas partes... A pesar de cierta repulsión, confieso que me fascinan las *bestiales ocurrencias de los gentiles,* tales como nos las muestra la Grecia de la primera hora, donde estas *bestiales ocurrencias* van recibiendo gradualmente el toque de la belleza y transformándose en espiritualidades superiores" (Murray, *Las cinco etapas de la religión griega*).

Y Miss Harrison, en su contagiosa exuberancia, viene a decir lo mismo: "Los helenistas éramos, por entonces, unos moradores de la sombra, pero pronto nos alumbraría la claridad, nos alumbrarían las luces de la antropología y la arqueología. Los clásicos se revolvían en su pesadilla de siglos. Los viejos comenzaban a ver visiones y los jóvenes a soñar sus

sueños. Acababa yo de salir de Cambridge, cuando Schliemann empezó sus excavaciones en Troya. Entre mis contemporáneos figuraba J. G. Frazer, que pronto arrojaría torrentes de luz sobre las sombras de las supersticiones salvajes con el resplandor de su *Rama dorada.* El título feliz de esta obra preclara... atrajo la atención de los humanistas. Ellos comprendieron al fin que la antropología comparada era asunto serio, capaz de dilucidar los textos griegos y latinos. Tylor ya había hecho lo suyo; Robertson Smith, desterrado como hereje, había visto aparecer la Estrella de Oriente: todo en vano. Nosotros nada oíamos, y cerrábamos los ojos. Pero al eco mágico de la palabra 'rama dorada' se disipó nuestra insensibilidad. A poco, Arthur Evans tendió la vela rumbo a su nueva Atlántida, y empezó a telegrafiar noticias sobre el Minotauro desde su propio Laberinto. Y no pudimos ya menos de conceder al caso toda la importancia que merecía, puesto que afectaba a la tan traída y llevada *cuestión homérica.*"

Estas palabras nos permiten apreciar el ánimo de aquella generación de humanistas y la atmósfera que respiraban. "No soy arqueólogo por naturaleza —continúa Miss Harrison—, y mucho menos me siento inclinada a la antropología. *Las bestiales ocurrencias de los gentiles* no me seducen... Pero, arrebatada por la marea irresistible de la aventura, me dejé salpicar por la arqueología y por la antropología, y me alegro de haberlo hecho, pues ambas disciplinas me resultaron utilísimas para mi materia, que es la religión. Y cuando digo 'religión' tengo que rectificarme al instante, pues lo que absorbe mi atención es más bien el rito... Y menciono estas danzas rituales, este drama ritual, este puente tendido entre el arte y la vida, porque éstas son las cosas que, a ciegas, he venido buscando durante toda mi existencia. Ninguna cosa me atrae si no la reviste la pátina del tiempo. Las grandes obras de la literatura, por ejemplo los dramas griegos, si han de agradarme plenamente, será porque veo, allende sus esplendores, unas sombras más remotas y misteriosas."

Pero ¿qué son estas sombras remotas y misteriosas —oh Miss Harrison— sino *las bestiales ocurrencias de los gentiles.* que casi acabamos de deturpar? Como fuere, comprendemos ya, por confesión propia, la atracción avasalladora que ejercieron sobre los helenistas la antropología y la arqueología pre-clásicas. Cada hipótesis antropológica ponía en valor el fenómeno religioso que prefería, y los humanistas acudían gozosamente, trayendo ejemplos recogidos en sus respectivos territorios.

¿Que el fetichismo llevaba la voz cantante? Pues ya, en el siglo XVIII, vemos a K. A. Böttiger, contemporáneo de Charles des Brosses, explicarnos los atributos de los dioses —el caduceo de Hermes, el tridente de Posidón— como fetiches a los cuales se añadió más tarde una deidad, a manera de vehículo antropomórfico. Pero ni siquiera es menester forzar a este punto las cosas para encontrar los rastros del fetichismo en Grecia: Allí está esa piedra de Delfos, el *Omphalós*, un fetiche pétreo entre muchísimos otros. Los Hermes a las puertas de las mansiones atenienses no son más que unos pilares de piedra con cabeza humana, sin duda tránsitos del fetiche a la deidad personal. En Tespia (Beocia), el dios por excelencia es Eros, y Pausanias cuenta que, junto a las estatuas de Eros labradas por Praxiteles y Lisipo, los tespianos adoraban como verdadera imagen sacra una piedra bruta; y en Hito, otro pueblo beocio, un peñasco representaba a Héracles. Se encargaba la estatua al arte, pero al lado se conservaba, cargado aún de santidad primitiva.

¿Que el culto de los antecesores pasaba al primer plano? Pues en Grecia abundaban los sagrarios y los rituales a la memoria de los héroes, estos antepasados sobrenaturales de tribus y pueblos. Era fácil caer en la tentación de reducir a este tipo toda la complejidad y variedad de la religión griega.

Pero el culto de los antecesores cedió el sitio a la teoría animista, y entonces todo fue animismo en Grecia. No faltaban los documentos: toda fuente poseía una ninfa; todo árbol, una dríada; todo río, una personalidad divina que lo habitaba.

Tocó su turno al totemismo. Nada más fácil que rastrear sus vestigios en la religión griega. Con más entusiasmo que discernimiento, he aquí a nuestro imaginario humanista lanzado a la caza de cuantos animales y plantas aparecen en los cultos y en las leyendas. Aun los epítetos —se dice—, delatan la prehistoria vegetal o animal de las deidades. Zeus Liceo, Apolo Liceo y el héroe Lico significan nada menos que "lobos". Dióniso, ni qué decir, es un toro. Posidón, el Hipio por antonomasia, un caballo. Zeus cobraba forma animal en cada una de sus aventuras. Hera es, en Homero, "la Ojos de Novilla"; Atenea, "la Ojos de Lechuza". Los atenienses ¿no descenderán del saltamontes? Las sacerdotisas de la Ártemis Brauronia ¿no se llaman *oseznas* y no se disfrazan de oseznas? El héroe Orfeo, en manos de los historiadores de la religión, ha pasado por tantas formas que bien puede darse por satisfecho, él que propuso y preconizó la teoría de la transmigración. Ernst Maass lo ha llamado un dios; Robert Eisler, un pez; Jane Harrison, un hombre; Salomon Reinach, un zorro, totem de las tribus basáridas, y la prueba es que las ménades tracias, a cuyas manos pereció, se llaman "basárides" en Esquilo y se cubrían con pieles de zorro.

Ha habido todavía otras modas de carácter más restringido, como la que pretendía reducir a mitos solares todas las figuras de la religión, pero ni siquiera vale ya la pena de detenernos en su examen.

Cada teoría trajo útiles contribuciones, y sólo peca hasta donde pretendió erigirse en explicación exclusiva. Sería absurdo olvidar los descubrimientos de Rohde, Cornford, Murray y A. B. Cook; y nuestra conclusión más legítima es que ha llegado la hora de tomar en cuenta la aportación de todos los precursores.

El punto de vista fijo y único hasta ha conducido a una verdadera inversión de las perspectivas críticas, como puede apreciarse en cierta curiosa controversia sobre el *Prometeo encadenado* (*Journal of Hellenic Studies*, 1933-34). Farnell encontraba enigmática la tragedia de Esquilo, por su

empeño de ajustarla a las hipótesis de la "religión comparada". Kitto le contestaba que una obra poética ha de ser interpretada como tal y no tiene obligación ninguna de ajustarse a semejantes hipótesis, traídas de un campo ajeno a la crítica literaria. Los ingeniosos esfuerzos de Mireaux (1948) por reducir la *Ilíada* a una posible versión primera que sólo sería una suerte de disimulo poético para presentar el rito del dios muerto y resucitado, o mejor aún del dios muerto por delegación (Patroclo, en lugar de Aquiles), muestra una deformación del mismo orden, pues una cosa es documentarse en las letras griegas para entender la religión griega, y otra es figurarse que las letras griegas no tienen más fin que el documentarnos (más o menos enigmáticamente) sobre la religión griega.

Naturalmente que todo poeta vive sumergido en las nociones de su época. Y si un novelista moderno cuenta el caso de una adúltera que declara su desliz a su esposo, y en vez de ser perdonada por éste, recibe una cita para comparecer ante un juicio de divorcio, no vamos por eso a figurarnos que el novelista ha querido simplemente disimular con sus ficciones narrativas un dogma eclesiástico sobre las confesiones que no alcanzan ni merecen la absolución del sacerdote. Contra estos excesos, las interpretaciones simbólicas y alegóricas del *Quijote* nos tienen ya bien aleccionados.

Sobraba razón al viejo Wilamowitz cuando, ante los excesos de la interpretación antropológica, y a los 81 años de edad, clamaba contra este empeño de reducir la religión a la no-religión que la ha precedido, y de querer entender a Grecia a la sola luz de conceptos australianos o milanesios en vez de dejarse guiar principalmente por los conceptos griegos. No dice otra cosa el prudente Otto Kern, cuando nos previene contra la candorosa aceptación de todo relato sobre las costumbres primitivas, aderezado sin la menor disciplina crítica por cualquier viajero o misionero que muchas veces ignora hasta la lengua de las tribus por él descritas. Y Kern concluye que es mucho más cuerdo explicar a Grecia por Grecia.

Comparar es útil y conveniente, pero no reducir el objeto al término ajeno de la comparación. Y cuando nos hayamos cerciorado de que los griegos tenían dos manos y dos ojos como los chinos, falta aún que los estudiemos en sí mismos para comprender por qué no eran chinos, sino griegos.

Otto Gruppe ha escrito:

> Las mitologías de los salvajes han afinado la visión de los mitólogos clásicos en términos antes insospechables; pero su cosecha positiva, sus resultados verdaderos cuanto a mitos y cultos son todavía escasos. El progreso en esta materia, ayer como hoy, se funda en los mismos estudios clásicos, y la investigación ha sido tanto más fructífera mientras más respeta estas evidencias, sin dejarse desviar por los métodos de ciencias ajenas, construidas según el carácter distintivo de sus propias fuentes documentales (1926).

Se dibuja, pues, una reacción contra el empeño sistemático de buscar las cosas fuera de su recinto. Ojalá que esta reacción tampoco resulte extralimitada; pues, para dar con las cosas, es indispensable recorrer también el sitio en que ellas no se encuentran y el sitio en que ya comienzan a encontrarse. Las especies del conocimiento se fertilizan entre sí. Comparar no es un error. Sólo confundir es un dislate.*

1950.

* [El 15 de diciembre de 1950, Reyes apuntó en su *Diario:* "¡Ala! He copiado ya en limpio un artículo sobre ESTUDIO DE LA RELIGIÓN GRIEGA, tal vez para la próxima *Memoria del Colegio Nacional.* Está en 'Ensayos I' (Archivo horizontal. Para no olvidar donde lo guardé" (vol. II, fol. 59). Y el 31 de diciembre: "Redacto nota de mis trabajos en el año para la futura *Memoria del Colegio Nacional.* —Corrijo mi artículo para dicha *Memoria*: EN TORNO AL ESDIO DE LA RELIGIÓN GRIEGA, que aunque ya copiado, necesitaba retoques" (vol. 11, fol. 63), donde en efecto aparece, volumen correspondiente al año de 1950, páginas 97-113. El 29 de octubre de 1951, Reyes recibió la "Separata de mi artículo para la *Memoria del Colegio Nacional:* EN TORNO AL ESTUDIO DE LA RELIGIÓN GRIEGA" (vol. 11, fol. 115), que se imprimió sin fecha en la cubierta, pero con la de "1950" al calce y la misma paginación que lleva en la *Memoria.*]

HIPÓCRATES Y ASCLEPIO

1. En la antigua medicina griega se perciben dos corrientes fundamentales: la mística y la racional. Aquélla puede representarse en el nombre fabulesco de Asclepio; ésta, en el nombre histórico de Hipócrates. La inmensa piedad de los griegos, manifiesta en todas las fases de su cultura, permitió que ambas corrientes se conciliaran de algún modo, la una en función de sustento trascendental para la otra. No se sabe que haya habido rivalidad entre ambas. Los médicos de tipo científico seguían considerando al dios Asclepio como su patrono y hasta su antecesor ideal. El mismo Hipócrates se decía Asclepíada.

Bajo estos nombres algo inciertos —Asclepio, Hipócrates— se ocultan dos tradiciones bien discernibles. Asclepio procede de la tradición más vetusta, e Hipócrates de la más reciente. Pero, al declinar la cultura griega, sobreviene una exacerbación de los misticismos extraviados. Se busca desesperadamente una salida para los anhelos, poco satisfechos ya ante el derrumbe de la figura clásica, olímpica y racional del mundo. Y entonces la tradición de Asclepio pasa otra vez a primer término y asume, por decirlo así, una modernidad anacrónica. Examinaremos ambas tradiciones, comenzando por la más reciente.

2. Pretender que las culturas vivan en aislamiento es, en el orden intelectual, un disparate tan funesto como lo es, en el orden del nacionalismo, la teoría de la pureza étnica. En las mezclas y los choques con el pensamiento extraño se fertiliza la inteligencia de los pueblos, como la sangre se robustece en el generoso bastardeo de las castas. La hisotria toda —dice Burckhardt— es bastardeo. Las zonas expuestas son también las zonas fecundas.

La especulación filosófica no comenzó en Grecia, sino en las fronteras de Grecia: en las islas y los litorales helenizados del Asia Menor, al Oriente, y en las islas y los litorales helenizados de Sicilia e Italia, al Occidente. Lo propio puede decirse de la especulación médica, que deriva de la filosofía y gradualmente se fija en el territorio de la ciencia práctica. Y esto aconteció a tal punto que Aulo Cornelio Celso, en el primer siglo de nuestra Era, dirá, aunque exagerando notoriamente, que Hipócrates fue el primero en separar la filosofía de la medicina. Ni Hipócrates fue el primero en tal empeño, ni tampoco lo realizó del todo.

A la filosofía de los albores, anterior a los grandes sistemas atenienses, se la llama filosofía presocrática. Ella corresponde exactamente a la medicina prehipocrática. Sócrates e Hipócrates fueron contemporáneos. Entre los filósofos que anteceden a Sócrates se encuentran asimismo los gérmenes de la medicina hipocrática.

Los precursores fueron unos sabios de las colonias grecoasiáticas, unos jonios a cuyo frente aparece el nombre de Tales, entre los siglos VII y VI a. C. Querían encontrar el principio original de las cosas. Tales, Heráclito, Anaxímenes y otros lo buscaban en algún elemento: tierra, aire, fuego, agua. El greco-siciliano Empédocles, poco después, acepta a la vez los cuatro elementos, y los concilia en un juego cósmico de atracción y de repulsión, que él llama amor y odio. Se lo tiene por el padre de la química griega. De este juego de amor y odio cree Empédocles derivar todo el proceso evolutivo del mundo, en aquel su darwinismo incipiente que todavía seis siglos más tarde hallará eco en el poema sobre la naturaleza de las cosas, del latino Lucrecio.

Para los días de Empédocles, otro greco-asiático, Pitágoras, establecido en Crotona (Italia meridional), ya había definido sus enseñanzas, en que se confunden la religión, la filosofía, la medicina, la matemática, la física y la música. De aquí el que algunos términos matemáticos, físicos y musicales hayan pasado a la medicina. Aún hablamos de "armo-

nia", "equilibrio" y "destemplanza". La simbología de los números, propuesta por el maestro de Crotona, se refleja en las teorías hipocráticas de los "días críticos". La secta pitagórica era un vago anuncio del monaquismo, y observaba rigurosamente ciertos ayunos y preceptos, entre magia e higiene.

En esta secta se destaca Alcmeón de Crotona, discípulo de Pitágoras y "abuelo de la medicina", cuya doctrina de la "armonía" o "balanza" inspirará la doctrina hipocrática de la *crasis*. Cuando un elemento prepondera sobre los otros, hay "monaquía", que vale por enfermedad. Este pitagórico de la segunda era practicaba la disección; también se asomó a la embriología; presintió que el cerebro es el centro de la inteligencia (en lo que habrán de seguirle Hipócrates y Platón, aunque luego se alejarán de él Aristóteles y los estoicos, para quienes el intelecto reside en el corazón), y llegó a hablar de ciertos "conductos" que llevan las sensaciones al cerebro. Sus obras desgraciadamente se han perdido. Sólo sabemos de él por referencias.

Anaxágoras, un jonio contemporáneo de Empédocles, aparece en Atenas. Es un reformista liberal, un Galileo de Grecia, también perseguido como el otro. Desviste de superstición las realidades y tiene la audacia de declarar que el Sol es lisa y llanamente "una inmensa piedra al rojo blanco". Los cuatro elementos tradicionales son, para él, *spérmata* o simientes, y tan diminutos que sólo se los puede ver y palpar cuando se amontonan en gran número. Toda creación u organización es suma de las simientes homogéneas; y los alimentos contienen, aunque en proporciones minúsculas, los tejidos del cuerpo humano. Al odio y al amor de Empédocles sustituye un nuevo principio: el *nous* o inteligencia. De aquí partirá muy pronto Sócrates, aunque idealizando más aún el principio.

Por su parte, el materialista extremo es el abdeteritano Demócrito (siglos V a IV a. C.), cuyas obras se han perdido igualmente. Para él la vida no es más que una asociación fortuita de "átomos", palabra que por primera vez aparece.

Por supuesto, sus átomos no son todavía nuestros átomos, pero van camino de serlo. Desde luego, son irrompibles (que esto quiere decir la palabra), y afectan, aunque en dimensión pequeñísima, la figura de los objetos que vemos. Hipócrates sostendrá la tesis de la unidad del organismo. Demócrito, al contrario, considera el ser vivo como una isla formada por agregación de corales, y en él se fundarán el ya mencionado Lucrecio, y después, Asclepíades de Bitinia.

Los médicos prehipocráticos, como los filósofos presocráticos, no aciertan a distinguir suficientemente lo subjetivo y lo objetivo. Hasta los días de la primera sofística, el hombre parece un mero accidente de la naturaleza. Hipócrates y Sócrates, cada uno a su modo, le restituirán su específica condición humana.

Hipócrates es un personaje histórico, pero poco sabemos de él, fuera de que nació en la isla egea de Cos hacia 460 a. c. y fue a morir en la Larisa tésala hacia 377 a. c.; que pertenecía a una vieja familia médica; que viajó mucho por Grecia y trató a Demócrito, al retórico Gorgias, al gimnasiarca Heródico; que era de pequeña estatura; que su escuela de Cos insistía en la *prognosis* y aceptaba puntos de vista bastante amplios, considerando la enfermedad como un proceso y no como una condición, y concedía importancia capital al paciente. En todo lo cual se oponía a la escuela de Cnido, pues ésta insiste en la *diagnosis* y se encierra en un estrecho "especialismo".

En cuanto al llamado Cuerpo Hipocrático, es un conjunto de escritos y tratados médicos que no pueden atribuirse a Hipócrates, que proceden de distintas fuentes muchas veces contradictorias, y que fueron recopilados entre los siglos v y iv a. c. Un principio general se desprende de esta maraña: la vida es una ecuación entre la *physis* u organismo y el medio físico ("aires, aguas y lugares"). Cuando el organismo digiere el medio (*pepsis*), hay salud; si no lo digiere, hay enfermedad (*dyspepsia*). Sin embargo, no todo es determinismo en la doctrina. El organismo toma y rechaza sus ele-

mentos del medio en que se cría, pero domina su medio progresivamente. En el siglo I de nuestra Era, Galeno prestará su brazo a estas teorías.

3. Examinemos ahora la tradición más vetusta, cubierta por el nombre de Asclepio. Esta tradición arranca de la magia prehistórica, se revuelve con la superstición y el folklore, y asciende con Asclepio a la temperatura ya religiosa. Asclepio no es una persona histórica, sino un mito, una leyenda, una deificación del curandero. Sus antecedentes están en el no menos mitológico Melampo, un saludador que curaba con aspersiones y ritos, y en el centauro Quirón, híbrido de hombre y caballo que enseñó a los héroes la medicina.

Asclepio no aparece aún divinizado en la *Ilíada*, donde dos de sus hijos, Macaón y Podalirio, toman parte en el asalto de Troya y ofician como cirujanos militares del ejército aqueo (griego). Asclepio es todavía, para Homero, un médico de antaño que aprendió su arte de Quirón.

Pero pronto habrá de divinizarlo la Grecia histórica; y su culto, cuya sede principal está en Epidauro, se multiplicará en numerosos templos y devociones, dondequiera que haya una nidada de serpientes, signos de virtud terrestre y subterránea con los que inmediatamente lo relaciona la imaginación de los griegos. A fines del siglo III a. C., para conjurar la peste de Roma, Asclepio es transportado al orbe latino bajo el nombre de Esculapio, mejor conocido por la posteridad literaria.

Su fábula es tan curiosa como curioso el tratamiento médico que se administraba en sus sagrarios. Tocaremos sumariamente ambos extremos.

Según la fábula, su padre fue el dios Apolo, dios de las purificaciones físicas y espirituales, dios que pone y quita las pestes y las plagas en los pueblos y en los campos sembrados; no ajeno, pues, al concepto general de la medicina. Apolo engendró a Asclepio en la ninfa Coronis. Pero Apolo fue siempre algo desgraciado en sus amores. Coronis le fue

infiel. El dios decidió darle muerte y, como en el fondo la amaba, quiso todavía salvarla a última hora. Era demasiado tarde. Pudo, al menos, rescatar el germen del hijo que alentaba ya en el seno de la ninfa.

Tal fue Asclepio, a quien su padre puso en manos del centauro Quirón, famoso educador de varias generaciones de héroes. Al lado de Quirón, Asclepio aprendió la medicina. Descolló a tal punto que, cuando la muerte de Hipólito, el casto y desventurado hijastro de Fedra y protegido de la diosa Ártemis (Diana entre los romanos), pudo, a ruegos de ésta, resucitar al calumniado mancebo. Semejante contravención a los destinos indignó a Zeus, amo de los dioses (Júpiter entre los romanos), quien fulminó a Asclepio con su rayo. Esta manera de muerte, es bueno saberlo, también significa, para la imaginación mitológica, una suerte de consagración divina.

Entretanto, Asclepio se había desposado con Epione (o Jante), de quien tuvo hijos e hijas: además de Macaón y de Podalirio, los médicos homéricos ya nombrados, Higia (la Salud), Yaso (la Curación), Panacea (la Sánalotodo), Telesforo (el Consumador), frecuentemente asociado al culto de su padre, etcétera.

Cuanto al tratamiento médico que se impartía en los sagrarios de Asclepio, hay que penetrarse de que tales sagrarios eran una mezcla de sanatorio, templo y, en los últimos siglos, una estación de reposo muy a la moda entre los elegantes afligidos de males nerviosos o imaginarios: terapéutica pragmática, régimen dietético, ejercicios y baños. (En Pérgamo había ya fuentes radiactivas.) Los sagrarios se veían colgados de exvotos y las curaciones pueden entenderse como milagros. Hasta llegó a haber, en estos recintos, gimnasios y teartos.

La devoción de Asclepio, como lo dijimos al principio, alcanzó un carácter de compenetración mística y de éxtasis que no hubiera sido tolerable en la religión del Estado, la olímpica, la oficial, la cual se reducía por mucho a ritos externos.

Un gran escritor de la decadencia griega, un neurasténico, Elio Arístides, que vivía hacia mediados del segundo siglo cristiano y nos ha legado sus memorias de enfermo, describe el rasgo más singular de estas curaciones, recordado (siglo XIX), por el escritor inglés Walter Pater en su novela histórica *Mario el epicúreo.*

He aquí en qué consistía esta extraordinaria terapéutica. Después de ciertas preparaciones, el paciente era sometido a la "incubación". Es decir, que se le dejaba dormir en el templo mismo durante algunos días. La divinidad se le revelaba en sueños. El paciente contaba sus sueños a los médicos sacerdotes. Éstos, psicoanalistas *avant la lettre*, descifraban e interpretaban los sueños y, en vista de ello, dictaban la receta y las prescripciones.

Esta práctica contiene una derogación aparente a los principios del ritual griego, y ha dado lugar a muchas controversias entre los comentaristas modernos. Sucede, en efecto, que el sanctasanctórum era, por regla, inaccesible a los fieles, quienes, por decirlo así, depositaban su ofrenda a los dioses y elevaban sus plegarias a las puertas del templo, pero nunca tenían acceso hasta la divinidad misma. La violación de esta regla causaba siempre la muerte, la locura o la desgracia del atrevido que se aventurara, aunque fuera por distracción o ignorancia, hasta los penetrales sagrados.

Pero Asclepio fue generoso. Asclepio dejaba llegar hasta sí a los implorantes, a fin de poder comunicarles directamente la virtud vital que les hacía falta. Esta suerte de electricidad divina, en casos ordinarios, podría aniquilar a los simples mortales; pero no en los casos desesperados que exigían la mano de la Providencia. La visita del enfermo hasta la sede misma del dios no era efecto de curiosidad ni de insolencia, sino de dolor y sometimiento a la suprema voluntad del médico místico. Por eso se la toleraba. Una cuchillada es un daño, pero no el sometimiento técnico al bisturí. La sede del dios es inaccesible y terrible, como pueden serlo la droga, o la exposición al sol y al fuego. Pero de aquí también puede

venir el alivio, cuando el dios ha dado su permiso, y cuando el sacerdote médico lo gradúa y lo gobierna. Asclepio no consiente una intromisión, sino que concede un derecho de asilo, parangón divino del correspondiente derecho humano, y tan respetable como lo era siempre el asilo para la mente política de los griegos.*

1951.

* ["Para atender a una invitación de la revista médica *Sinopsis*, escribí hasta las 3 de la madrugada un articulito: HIPÓCRATES Y ASCLEPIO", apunta Reyes en su *Diario* el 7 de julio de 1951 (vol. 12, fol. 19). Véase *Sinopsis*, México, agosto de 1951. En una lista de colaboraciones enviadas a la Cadena Ortega (Informaciones de México) figura en quinto lugar y con fecha de remisión de 4 de marzo de 1953 el *Hipócrates y Asclepio* (24 de abril; vol. 12, fol. 19). El 1º de marzo de 1954, "Envío ASCLEPIO E HIPÓCRATES a unos jóvenes de Durango, Uruguay (liceo Dr. Rubín), y otro ejemplar [de la copia en limpio] a la *Memoria del Colegio Nacional* de 1953, por enviarse a la imprenta" (volumen 12, fol. 81), donde aparece pp. 35-41, y con fecha al pie de "México, junio de 1951", lo que atrasa en un mes la redacción fechada en el *Diario*. El 21 de septiembre de 1954: "Recibo separata de HIPÓCRATES Y ASCLEPIO (*Memoria del Colegio Nacional*)", escribe Reyes (vol. 12, fol. 128). Reyes debió de enviar un ejemplar de este "articulito" a Gilbert Murray, a juzgar por una carta de éste, que se conserva en el Archivo de A. R.: "Oxford, 7-XII-1954. Many thanks for your paper on Hippocrates and Asclepius. I think it is very interesting how early the Greeks reached some conception of scientific medicine, and although of course religius and magical associations always clung about the subject, and the idea of spiritual healing became very influential and specially connected with Asclepius in Hellenistic time." En el Archivo de A. R. se conservan recortes periodísticos de "La cirugía en los poemas homéricos", del doctor J. Goyanes (*El Sol*, Madrid, 4, 11, 18 y 25 de enero, y 1º y 7 de febrero de 1921, año V, Nos 1062, 1068, 1074, 1080, 1086 y 1092), y "La psychanalyse existait dans la Grèce antique. Avant Hippocrate", de Dominique Arban (*Le Figaro Litteraire*, París, 19 de abril de 1952); el primero, citado por el propio Reyes en "Los médicos en la *Ilíada*" (julio de 1956), Nº 135 del 2º ciento de *Las burlas veras*, México, Tezontle, 1959, pp. 82-84.]

DOS COMUNICACIONES

I. Interpolaciones en la "Ilíada"

1. Prescindamos por ahora de aquellos extremos de la "cuestión homérica" referentes al origen único o múltiple de la *Ilíada*, a la posibilidad de un texto original después transformado, añadido, refundido, mezclado. Nadie niega ya, ni a nadie sorprende, que a lo largo de su accidentadísimo viaje, de bardo en bardo, de boca en boca, de uno en otro lugar, el poema haya sufrido interpolaciones, no solamente fortuitas sino, en muchos casos, también aconsejadas por conveniencias políticas de corto o de largo alcance: ya el halago a un príncipe o a una familia poderosa, ya el apoyo a las ambiciones de una ciudad, etcétera.*

Pues, a falta de antecedentes históricos que desaparecieron en las catástrofes de la prehistoria y la protohistoria helénicas, a falta de tratados internacionales como hoy los entendemos, las disputas buscaban apoyo en las fábulas míticas —a veces aderezadas o adulteradas al efecto—, y también en los venerables textos homéricos.

Así, cuando los embajadores de Atenas y de Lacedemonia solicitaron el auxilio de Siracusa contra el persa, el tirano Gelón se manifestó dispuesto a complacerlos, a condición de que se le entregara el mando supremo de los aliados. El embajador ateniense se negó a ceder el mando naval, y el lacedemonio se negó a ceder el mando terrestre; y ambos alegaron como títulos tradicionales ciertos textos homéricos (Heródoto, VII, 158-61). Los dorios justificaban la invasión del Peloponeso con el mito de Héracles. De aquí que tal invasión se

* Émile Mireaux (*Les Poèmes Homériques et l'Histoire Grecque*, 2 volúmenes. París, A. Michel, 1948-9) llega a considerar la poesía homérica como una *poésie engagée*, lo que es exagerado.

haya llamado "la vuelta de los Heraclidas". El supuesto derecho de los amos anteriores es tema socorrido: se lo alegó en la conquista de Roma por Eneas, y en la conquista de México por los Hijos del Sol. Otro ejemplo: los jonios del Asia Menor y los atenienses explicaban su parentesco nacional mediante la oportuna fábula de Ion.*

2. Solón ordenó que, en las recitaciones públicas, se respetara la secuencia de las rapsodias homéricas —aurora de la "crítica textual" en el Occidente—; y, bajo los Pisistrátidas, parece que se procedió ya metódicamente a la recopilación y el ordenamiento de los poemas homéricos. Dice el rumor que Onomácrito, uno de los *diaskevastas* encargados de la tarea, fue desterrado por el Pisistrátida Hiparco, quien lo sorprendió interpolando en el texto homérico ciertos oráculos de Museo.

Algunos creen que pudo haber textos primitivos de la *Ilíada* y de la *Odisea* donde no aparecían tales o cuales pasajes de "intención pro-ateniense": sean las alabanzas de Menesteo o las menciones a Teseo, Procris, Fedra y Ariadna; sean ciertas frases que, según se asegura, respaldan las ambiciones de Atenas sobre Salamina, en rivalidad con Megara;** o bien la referencia a los atenienses, bajo el nombre de "los jonios de arrastrantes túnicas" (XIII, 685).***

* Sobre la utilización del mito y las tradiciones rituales para fines políticos: Martin P. Nilsson, *Cults, Myths, Oracles, and Politics in Ancient Greece,* Lund, C. W. K. Gleerup, 1951 (Skrifter Utgivna av Svenska Institutet i Athem, 8º I: Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae in 8º, I).

** A. Reyes, *La crítica en la Edad Ateniense,* § 19 [*Obras Completas,* XIII, página 27.] El pasaje de la *Ilíada,* en mi trad., se reduce a esto, que realmente no me parece muy capcioso ni intencionado:

> Áyax, que trajo doce barcos de Salamina,
> busca las tropas áticas y a ellas se avecina.

Y en la nota respectiva explico que la sospecha de la interpolación se funda en el hecho de que la tienda de Áyax ocupa otro lugar en otros pasajes del poema (raps. VIII). *La Ilíada de Homero,* traslado de A. R. 1ª parte, 1951, página 52 y p. 212, *n.* 552-3).

*** Gilbert Murray, *A History of Ancient Greek Literature:* "...the account of the Athenians in N, under the name of *long-robed Ionians...*" El

3. Aparte de las referencias anteriores y otras más que se reducen a cortas adiciones de uno o dos versos, es posible que el índice de interpolaciones en la *Ilíada* pueda establecerse de este modo:

II, 484-877: Enumeración de los contingentes aqueos y de los troyanos y sus aliados, que acaso proceda de otra fuente, pero no necesariamente, como se ha pretendido, del poema cíclico *Cypria,* por el solo hecho de que, según referencias, este poema de que sólo quedan 49 versos acababa con una enumeración de las fuerzas troyanas.

XII, 19-23: Enumeración post-homérica de ríos, al modo de Hesíodo (*Teog.* 340 y *ss.*); uso del término no homérico de "semidioses", aplicado a los héroes de la epopeya, al modo como lo aplica Hesíodo (*Tr. y D.*, 159-60). Rose (*A Handbook of Gr. Lit.*) se inclina a suprimir todo el pasaje 10-34, que considera obra de un rapsoda arqueólogo para explicar la desaparición de los vestigios del muro aqueo en la Tróada, inserción que lo pudo obligar a componer levemente el v. nº 35.

XIV, 315-27: El llamado "catálogo de Leporello", en que Zeus se jacta con Hera de sus aventuras amorosas.

XVIII, 39-49: Catálogo de las Nereidas, al gusto hesiódico.

XXI, 383-514: Combate entre los dioses pro-aqueos y los pro-troyanos, pobre fragmento en que algún homérida exageró el uso de la maquinaria divina, y que desentona singularmente tras la majestuosa descripción del descenso de los dioses a tierra (XX, 54 y *ss.*).

4. Volviendo especialmente al punto de las posibles interpola-

traductor de esta obra, Enrique Soms y Castelín, catedrático de literatura griega en la Universidad de Madrid, no consultó el texto homérico respectivo, tradujo *account* por *suceso* y, confundiendo *robed* por *robbed,* paró en este disparate: "...el *suceso* de los atenienses en N, bajo el nombre de *los largo tiempo saqueados jonios*". Conviene notarlo, porque de esta traducción, primeramente publicada en Madrid (La España Moderna, 1899, p. 47) siguen haciéndose reediciones; la última es de Buenos Aires.

ciones pro-atenienses, algunos señalan, como síntoma delator, la frecuencia de formas áticas en el texto que ha llegado a nosotros, formas ciertamente ajenas al jonio y al dialecto mezclado que comúnmente se emplean en el poema. Pero esto podría fácilmente explicarse sin la menor intención maliciosa y por el hecho de que Atenas madrugó a establecer la redacción escrita, lo que pudo ocasionar que se deslizaran con relativa frecuencia los modos de su habla habitual.

5. Que ello se deba a la vanidad o al dolo atenienses, como se lo viene repitiendo rutinariamente, en eco secular a los recelos de la quejumbrosa Megara, parece muy poco probable en el caso de las meras formas lingüísticas. Pero, se alega, hay otras interpolaciones donde la malicia es más manifiesta. ¿Cuáles son, si es posible que se nos diga? La *Ilíada*, largo poema de 15 693 versos, sólo menciona a Atenas dos veces, y seis veces a los atenienses. Ninguna de estas menciones refiere la menor hazaña o proeza. Ya vimos hasta qué punto es insignificante el caso de Áyax y Salamina. En la *Odisea*, sólo una vez se nombra a Atenas, para decirnos simplemente que Atenea se dirigió a Atenas (VII, 80). ¿Cabe malicia en tanta insignificancia?

6. Que un pueblo de tamaña altivez, ante tan buena oportunidad como la que ofreció el encargo del gobierno para interpolar y "mangonear" en el texto homérico, se haya conformado con alteraciones tan anodinas, no es creíble. Y, al contrario, que se haya conformado con el lugar tan modesto que sus abuelos ocupan en la *Ilíada*, parece indicar que, por los días en que se procedió a transcribir la obra homérica, ésta era ya lo bastante conocida para que se la pudiera tocar sin escándalo. Es mucho más creíble que las menciones atenienses sean antiguas y auténticas. La vetusta Atenas existía ya para la época del poema, y desde mucho antes. No le hagamos el juego a la envidiosa Megara.

II. Las edades hesiódicas

1. Nunca acabamos de estudiar un asunto. En la *Memoria del Colegio Nacional,* correspondiente al año de 1951, publiqué un ensayo, "Interpretación de las edades hesiódicas", y a última hora, cuando ya lo daba yo por terminado, tuve que añadirle una nota complementaria que consta al final del cuaderno.*

2. Ahora se me ofrece advertir que, cuando Hesíodo se lamenta de haber nacido en la funesta Edad del Hierro, exclama: "¡Ojalá hubiera yo nacido antes o *no hubiera nacido aún!*"

3. Esta frase última ¿deberá entenderse como una esperanza, como una promesa? ¿Va a volver, después de la Edad del Hierro, una edad mejor? ¿Astrea regresará a la tierra, retornará acaso la Edad de Oro? Y entonces ¿hay en Hesíodo una vaga referencia a la rotación de los destinos, al recomenzar del mismo ciclo, al famoso "retorno eterno" popularizado por Nietzsche, doctrina tan familiar a ciertos filósofos antiguos?** Dice el argentino Jorge Luis Borges en "La noche cíclica":

Lo supieron los arduos alumnos de Pitágoras:
los astros y los hombres viven cíclicamente,
los átomos fatales repetirán la urgente
Afrodita de oro, los tebanos, las ágoras.

*VIII, 1953.****

* [En este volumen, pp. 36-59. La "nota complementaria", que aparece al pie de la última página, añade noticias de 1956.]

** Seeliger lo discute extensamente a propósito de Roscher, *Ausführliches Lexikon...*, art. *Weltalter*, Leipzig, 1884. Aquí sólo cabe mencionar este punto tan sugestivo.

*** [Según el *Diario* de Reyes, sus trabajos del día 16 de agosto de 1953 fueron: algo de la 2ª parte de la *"Mitología.* Artículos de 'Epílogos' [de *Ancorajes,* y] Dos comunicaciones" (vol. 12, fol. 41). Y ya el 30 de octubre, "Ayer ... corregí pruebas de mis Comunicaciones homéricas para la *Memoria del Colegio Nacional*", escribe Reyes en Cuernavaca el 31 de octubre de 1953 (vol. 12, fol. 57), refiriéndose al volumen correspondiente al año de 1952, pp. 175-179, donde figura con la misma fecha al calce.]

III

LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS

1. EL PENSAMIENTO histórico de Grecia nace con Homero y en torno a él se va modelando. Declina hacia el siglo VII J. C., en Bizancio, con Jorge de Pisidia y con Teofilacto, donde es ya evidente que la larga fascinación épica ha cedido el puesto a la Biblia. El reino de los griegos es de este mundo. Sus "salvadores" eran salvadores de la nación o la cosa pública ante los ataques extranjeros; sus pecados eran los errores o desmanes políticos. Al revés de la proyección cristiana, que vuelca sobre el cielo el sentido y la justificación de la historia, los griegos buscan en la tierra el sentido de la carrera humana, y la acompañan fielmente en todos sus trances terrenos, exigiéndole más o menos aquella inmediata causación episódica que es también, de acuerdo con la antigua Poética, la ley de la buena poesía. Con todo, el pensar helénico refiere el suceso humano, de modo expreso o tácito, a la última instancia: La voluntad, el orgullo y hasta la envidia de los Inmortales, al par que sobrecogen oscuramente con su vigilancia invisible, ayudan a entender las desavenencias entre el hecho histórico y las normas o las esperanzas del hombre.

2. A esta observación general sobre el carácter del pensamiento histórico en Grecia, hay que añadir algunas consideraciones particulares, la legítima y grande historiografía no fue, allá, obra de profesionales. Contribuyeron a la creación de la historia helénica tanto las tradiciones poéticas como las disciplinas retóricas, la filosofía de Platón, la medicina hipocrática y su metódica del criterio, la acción polí-

tica y militar. A su turno, la historiografía contribuye a la genealogía, la antropología, la ciencia física, la novela. No son estas características exclusivas del mundo helénico. Pero ya lo es mucho más el que sus historiadores más genuinos hayan sido hombres públicos. Cuatro entre los cinco mayores (Tucídides, Jenofonte, Polibio y Josefo —pues ignoramos la vida privada de Heródoto—), sólo se sientan a escribir cuando los celos divinos los alejan de los oficios, las asambleas, las flotas o los campamentos. Ellos, se ha dicho con razón, no contemplaron el mundo a través de las gafas del doctor Ranke, sino con los ojos aventureros y audaces de Odiseo.

Aun el modesto compilador Diodoro se jacta de no encerrarse en las bibliotecas. Aun los escritores de agua mansa, la gente de la *Pax Romana* que sucedió a las turbulencias anteriores, suelen ser guerreros y estadístas como Arriano y Dion Casio. Los que menos, eran abogados, y ya se sabe que la barra fue la última profesión liberal que se sostuvo en la gradual desintegración del mundo helénico.

3. Singular es advertir asimismo que —Polibio exceptuado— los historiadores máximos resultan ser mestizos de sangre. Heródoto es heleno-cario de Halicarnaso; Tucídides, tracio a medias; Josefo, judío; Procopio, filisteo. En la Edad Alejandrina, la historiografía recluta sus adeptos entre todos los nuevos países atraídos al evangelio griego. Puede decirse que, en adelante, los historiadores ni siquiera necesitan escribir en griego para pertenecer a aquella cultura. Los latinos transportan a su lengua el espíritu de la Hélade. Y, en cambio, los primitivos Padres cristianos y los bizantinos, por mucho que escriban en griego, pertenecen ya a un mundo distinto. El helenismo no está confinado a la raza ni a las palabras. Y el contacto con las sociedades no helénicas (egipcias, sirio-iranias, romanas) fue siempre un fermento para la historia griega.

4. Nada perturba tanto el entendimiento de las cosas pasadas como el suponerlas necesariamente primitivas o candorosas. Todas las culturas —dice Toynbee— son, filosóficamente hablando, contemporáneas. Y aunque esto no sea siempre verdad, en el caso y como recurso comparativo, tal noción permite apreciar las etapas de la historiografía helénica en comparación con la historiografía de Occidente: los años 1125 a. c. y 675 J. C. son puntos de arranque a igual nivel para el helenismo y el occidentalismo; el auge helénico de 525 a 325 a. c. corresponde en mucho al auge europeo que va de 1775 hasta la primera Guerra Mundial. De modo que la historiografía de la Antigüedad puede, como actitud del espíritu, hallarse más cerca de nosotros que los antecedentes inmediatos de nuestra propia tradición. De todas suertes, la historiografía no fue nunca un objeto estático, sino, en cualquiera de sus instantes, un proceso en marcha, con acarreos del pasado, tipos intermedios y anuncios de novedad.

5. Para la época que ahora consideramos, los tipos tradicionales, que vienen de la Edad Ateniense, se interrumpen o se alteran sensiblemente al inaugurarse la Edad Alejandrina, y entonces aparecen nuevas modalidades. Acontece entonces algo como un fraccionamiento de la atención histórica. Al fin, en el siglo II, Polibio ensaya otra vez la síntesis, naturalmente desde otro punto de vista y con renovada perspectiva. Los tipos tradicionales abarcan grandes conjuntos, se refieren a ciclos de trascendencia general o directamente relacionados con el mundo clásico y, aunque a veces recogen testimonios preciosos sobre las costumbres y las culturas, no las estudian en sí mismas, sino para mejor construir el relato de la vida militar y política.

6. En otra ocasión hemos examinado la historia clásica —Heródoto, Tucídides, Jenofonte— y nos hemos detenido

al llegar a los discípulos de Isócrates y a los peripatéticos.* Los isocráticos tienden a considerar la historia como una rama de la epidíctica o retórica de aparato, suelen sacrificar la verdad entre los adornos del estilo y no están llamados a la descendencia inmediata. Los peripatéticos, de educación filosófica y científica, están vueltos hacia el porvenir, y en ellos apunta ya la proliferación de géneros especiales, característica de la historiagrafía alejandrina. Unos y otros, más que estadistas o capitanes mezclados en la vida pública de su época, son ya historiadores profesionales y, a veces, autores "librescos" cuyas obras más revelan el trato con los manuscritos que el trato con los hombres. El tiempo se viene acumulando, el pasado es más voluminoso, y los orígenes están cada día más lejanos. Por mucho que pese a Polibio, no puede exigirse que la historia se reconstruya por la sola experiencia propia o la consulta de documentos vivos. Hay que conceder a Polibio que la falta de práctica en la guerra y los negocios públicos no es la mejor preparación para la inteligencia del pasado. Pero hay que conceder también a los autores meramente eruditos, a quienes él tanto censura, algunos aciertos innegables. Y desde luego, el que, no obstante la tendencia general a ver la historia como una sucesión de combates y gobiernos, hayan prestado singular atención a las costumbres y a las culturas, actitud que los emparienta más de cerca con el viejo Heródoto que con Tucídides.

7. En la fase intermedia o de transición incluimos la obra de memorialistas y cronistas, autores de anales y efemérides que representan el paso entre los "logógrafos" o narradores episódicos de épocas anteriores y los eruditos de la época alejandrina. No sólo se distinguen unos de otros por la obvia razón cronológica, sino también por los asuntos a que se aplican. Los historiadores de la transición sólo se re-

* *La crítica en la Edad Ateniense,* §§ 119-140 [*Obras Completas,* XIII, páginas 74-85].

fieren a los pueblos que tenía a la vista el mundo clásico, en tanto que ya la erudición alejandrina se refiere preferentemente al mundo que empieza a crearse o a descubrirse.*

8. Entre los géneros desarrollados por la prosa ática, ninguno más adecuado que la historia para recibir las novedades de la Edad Alejandrina. De modo general, la historia pierde ahora en grandeza lo que gana en abundancia y en bulto, y se caracteriza por el afán de descubrir y acumular datos, por lo menos hasta la aparición de Polibio. Éste, por lo demás, no determina un límite de la nueva tendencia, sino que representa una hazaña sintética atravesada en la corriente ya incontenible. Pues la corriente se prolongará hasta los días de Bizancio y sus repelentes eruditos, y en rigor, hasta nuestros días. En adelante, ya no será posible hacer historia de tipo monumental o poemático sin contar, al lado, con los materiales de la erudición.

9. No es éste el único rasgo distintivo de la nueva historia. Junto a la abundancia de datos, hay la multiplicación de intereses. Al recoger una herencia, todo aparece bajo especie histórica. De donde resulta que empieza a historiarse lo no historiado hasta entonces, o sólo secundariamente reseñado. Se desarrollan la historia del tiempo mismo, o cronología —base sin la cual no se puede ya adelantar un palmo—, la historia de las letras y de las artes, la historia de la filosofía, más o menos sostenidas por el pretexto biográfico, y aun

* El término "historia" se empleó primeramente para toda investigación científica o para la indagación de cosas remotas. De aquí que se haya acuñado el nombre de "historia natural" para lo que hoy no llamaríamos historia. A la actual significación se asignó primeramente el término "logografía" que se aplicaba sobre todo a referencias, informaciones y relatos poco ambiciosos y relativos a sucesos recientes. También es característico de los antiguos logógrafos el explicar los sucesos conforme a los mitos, con ausencia de sentido crítico, como lo dicen Diodoro Sículo de Helánico y Hecateo a propósito de las inundaciones del Nilo. El término "logógrafo" evolucionó aún, y pronto quedó reservado a los escritos jurídicos, a los pleitos de causas. Ver A. R., *La crítica en la Edad Ateniense*, §§ 2, 122 [*Obras Completas*, XIII, pp. 16 y 75.]

ciertos desprendimientos de la historia militar como la táctica. Efecto, todo ello, de la distancia, que permite ya apreciar orbes coherentes y deja posarse los estratos. Y lo que acontece para la historia acontece para la crítica literaria que, por alejamiento y confrontación de las letras clásicas, va ejercitando su autonomía.

10. La multiplicación de tipos es impulsada también por las circunstancias de la época, por el desarrollo de los viajes y de las ciencias aplicadas. Si todavía no está averiguado cómo pudo Heródoto visitar tantos pueblos, ahora los viajes están a la orden del día; la política y el comercio los empujan, se vive viajando, es difícil no ser viajero. Nuevo aliciente para las disciplinas relacionadas con la historia: la geografía descriptiva y la humana, la etnografía, los mitos, las leyendas, los usos. El contacto ya íntimo con pueblos hasta ahora no frecuentados produce por sí solo una atención especial para la historia exótica o no propiamente helénica. Por su lado, las ciencias naturales preparadas por Aristóteles y las ciencias físico-matemáticas de nuevo desarrollo reciben la contribución de estos estudios, a la vez que los fomentan con sus propios recursos. De suerte, por ejemplo, que la geografía descriptiva y la figuración científica del mundo se ayudan mutuamente, y la imagen de la tierra y la del universo se van completando la una por la otra. Finalmente, era inevitable que, abiertas las rutas a tantas maravillas, se sobreexcitase la imaginación, derivando de lo sobriamente real a lo aderezado o francamente ficticio, y produciéndose así un tipo indeciso entre la literatura histórica y la literatura de invención, camino de la futura novela.*

11. No esperemos que la atención para el medio natural, las costumbres y las creencias de los pueblos, lleguen hasta la síntesis o combinación armoniosa con la historia puramente

* Ver A. R., *La Antigua Retórica*, I, ii, [*Obras Completas*, XIII, p. 373].

política. La conducta histórica parece todavía un efecto de la voluntad de unos cuantos jefes. No se aprecia aún, por ejemplo, hasta qué punto tal conducta está determinada por la cultura y por la economía. La anterior observación no debe entenderse en el sentido exclusivo del espiritualismo o del materialismo, sino en un amplio sentido: trabazón entre el pensamiento y la vida de un pueblo, su base física de sustentación y las circunstancias de su ambiente. Antes de llegar al actual concepto de la historia, habrá que cruzar un camino muy accidentado. Entre los escritores cristianos, la historia adquirirá el valor de una prueba y hasta de un castigo con explicación sobrenatural. El Renacimiento volverá a la inspiración clásica, e intentará la reducción de la historia a las solas causas humanas. El espiritualismo de Hegel pondrá en nuevo lenguaje la exégesis ya esbozada en la Biblia. Los materialistas inclinarán la balanza hacia la determinante económica, aunque ofreciendo una perspectiva de futura liberación. Los últimos filósofos de la historia —fuera de los amordazados— procuran coordinar todos los motivos en una consecuencia de libertad y creación, aunque éstas no sean quiméricamente ilimitadas.

12. En resumen, nuestro cuadro se establece de la siguiente manera:

I. *La tradición.* Grandes conjuntos históricos, sobre todo de asunto político-militar, y referentes a los pueblos más conocidos e importantes:

a) Escuela epidíctica relacionada con Isócrates y la retórica, llamada a desaparecer: Éforo, Teopompo, Timeo.

b) Escuela peripatética relacionada con Aristóteles y Teofrasto, llamada a injertar en la novedad por sus mayores contactos con la ciencia: Dicearco.

II. *La zona intermedia.* Analistas, cronistas, tipo ateniense que se prolonga en los tipos de la erudición alejandrina:

Crátero, los *Atthis* o "atidas": Clidemo, Androción, Fanodemo, Filócoro, etc.; el Mármol Pario.

III. *La novedad.* Nuevos tipos históricos de carácter generalmente monográfico:

a) Sucesos particulares, ora por su menor trascendencia, ora porque siguen la vida y hazañas de determinado capitán: ciclos de Alejandro y los "diádocos". Ya se inclinan a la exaltación novelesca, ya a las memorias militares auténticas, en que se inspirará Polibio. Para Alejandro: el futuro Tolomeo Sóter, Nearco, Onesícrito, Aristóbulo, Cares, Calístenes, Clitarco, Anaxímenes de Lámpsaco, Hegesías, Eumenes, Diodoto, Betón, Diogenates, Amintas, etc. (camino de Arriano). Para los diádocos, Jerónimo de Cardia, ¿Pirro?, Arato Estratega, Neantes, etcétera.

b) Historia exótica o de pueblos hasta entonces poco frecuentados, ora provengan de autores helénicos, ora de extranjeros helenizados: Menandro Efesio, Demetrio Hebreo, etc., la Biblia, Beroso, Manetón, narraciones de viajeros griegos (tipo más bien geográfico).

c) Nuevo problema del método histórico: Polibio y su sombra, Diodoro Sículo. Último aleteo de la gran historia en Posidonio.

d) Disciplinas particulares relacionadas con la historia: cronología, mitografía, doxografía, historia de las artes o de las letras, táctica militar... Los principales autores, en desorden: Eratóstenes, Sosibio, Apolodoro Ateniense, Cástor, Polemón Troyano, Demetrio de Escepcis, Evemero, Palefato, Seudo-Plutarco, Estobeo, Ecio, Hipólito, Eusebio, Antígono Caristeo, Soción, Hermipo, Sátiro (camino de Diógenes Laercio), Clearco Chipriota, Heráclides Póntico, Eliano, Eneas Estinfalio, Arriano Estratega, etcétera.

e) Viajes, geografía, etnografía: Piteas, Polemón Periegeta, Estrabón, Eudoxo de Cícico, Artemindoro de Éfeso, Escimeno, etcétera.

f) Narraciones novelescas o seminovelescas que nos llevan ya fuera del estricto cuadro geográfico.

Ya se comprende que estas distintas fases teóricas se mezclan en la realidad, así como hay otros desprendimientos irregulares que escapan a la clasificación anterior.*

1951.

* [*Filosofía y Letras,* México, julio-diciembre de 1951, tomo XXII, Nº 43-44, pp. 9-15. "Algo más sobre los historiadores alejandrinos", continuación de este "cuadro general" así subtitulado en *Filosofía y Letras*— se publicó en la *Memoria del Colegio Nacional* correspondiente al año de 1959, pp. 97-155, y se incorpora hoy en el presente volumen de las *Obras Completas.* Reyes, al tiempo de morir, tenía planeada la edición del sobretiro de la *Memoria* como un cuaderno más de su Archivo impreso (Serie D. Instrumentos, Nº 10), pero no llegó a publicarse.]

ALBORES DEL ARTE DE LA GUERRA

La riña es de todos los tiempos; la guerra, de los tiempos históricos; los tratados sobre el arte de la guerra, de tiempos ya muy avanzados, ora se refieran a la estrategia o conducción de los ejércitos en el teatro de la guerra, o la a la táctica o conducción de las tropas en el combate mismo. Tales tratados aparecen como una derivación de la historiografía, como un saldo particular de la experiencia acumulada y registrada en las obras de historia, o para decirlo en lenguaje de Polibio, como una función pragmática o aleccionadora de la historia.

En la prehistoria, durante la época paleolítica o la neolítica, que cubre unos 28 000 años (del 30000 al 2000 a. c.), las reliquias arqueológicas no autorizan a suponer que exista guerra organizada, aunque existan toscos instrumentos de ataque y defensa, más bien destinados a las fieras. y aun cuando las tribus los hayan usado en sus riñas más o menos informes. Cuando sobrevienen las primeras civilizaciones y el descubrimiento de los metales, sobreviene la guerra. Primero se inventa la daga de bronce, que al alargarse se vuelve espada, y, al insertarse en el asta, pica o lanza. Y como respuesta concomitante, aparecen el escudo, el casco, la coraza. Tales son los presentes que nos trajo la Edad de Bronce. La riña esporádica se torna actividad sistemática. Se crea el oficio del soldado y el arte de la capitanía. La guerra es ya un medio regular en la política de los Estados, y un árbitro de sus destinos para los escasos siglos de civilización que cuenta hasta hoy la raza humana.

Reconstruir los orígenes es empresa quimérica. El movimiento es anterior a los testimonios propiamente históricos, escritos o siquiera grabados. Las grandes cunas de nuestra civilización, regiones fluviales como la del Éufrates y el

Tigris o la del Nilo, sólo admiten ser investigadas a este respecto en épocas ya posteriores y cuando la guerra ha pasado de la infancia a la adolescencia. El primer mapa conocido, del conquistador sumerio Sargón de Akad (2700 a. c.), es un plano militar.

Después del bronce, aparece el hierro, que apenas asoma tímidamente en la *Ilíada,* y más como material de la agricultura que no de la guerra (salvo las flechas de Pándaro y la alusión a la clava del macero Areítoo); y el hierro contribuirá poderosamente al triunfo de los invasores dorios, como metal más resistente y más económico.

Los primeros relatos inteligibles sobre el arte de la guerra corresponden a las letras helénicas. La historia militar de Grecia puede dividirse en cuatro grandes periodos: *1)* de los tiempos heroicos al final de las guerras persas: *2)* de aquí a la batalla de Mantinea; *3)* de Mantinea a la muerte de Alejandro; *4)* desde la muerte de Alejandro hasta la expedición de Pirro a Italia

En el primer periodo es fácil distinguir la era homérica de la era de las guerras heleno-persas (lucha de la lanza contra el arco). El segundo está dominado por el nombre de Jenofonte. El tercero y el cuarto caen ya en la Edad Alejandrina, no corresponden ya a los albores del arte. El desarrollo es palpable de una a otra etapa, y los tratadistas verdaderos pertenecen a los últimos tiempos.

El primer periodo, que empieza en los tiempos heroicos y más o menos se reconstruye a tanteos por los poemas homéricos, comprende también la organización de la infantería doria. Testigo, el poeta Tirteo. Aquí caben también las vagas referencias de Heródoto y sus reconstrucciones posibles de las guerras persas, donde alguna vez, como en la excepcional tragedia de *Los persas* (por haberse perdido la anterior de Frínico sobre *La caída de Mileto,* que arrebató a los públicos al punto que se la prohibió y se multó al autor), la poesía de Esquilo acude a completar la historia. Homero está en el origen de todas las cosas griegas. Sin ser un tratado mi-

litar, la *Ilíada* es una mina de preciosas noticias, a pesar de su fantasía. El poeta no se ha propuesto explicarnos el sistema militar de una época que él mismo describe ya como arqueólogo algo caprichoso, ni tampoco lo necesitaba para sus auditores, quienes consideraban la educación bélica como parte natural de su formación de ciudadanos y constantemente tenían que recurrir a las armas a modo de actividad corriente. El poeta apenas necesitaba hacer una vaga mención para ser bien comprendido por sus aditorios, tanto las cortes guerreras, como "las mozas del mercado y los pescadores, los pastores y los marineros". Naturalmente, el lector contemporáneo no puede de igual modo desentrañar el sentido y representarse el objeto de las alusiones homéricas. Aquí le ayuda la erudición, juntando y articulando las piezas. Aun así, la guerra homérica es nebulosa.

Los helenos de la *Ilíada* aparecen como una asociación bastante incoherente. Agamemnón, *primus inter pares*, ruega y amenaza más que manda, recuerda más a Joffre que a Foch. No hay mando único. Cada monarca militar por él reclutado campea un poco por sus respetos y, como le place, encabeza a sus propias tropas, él en su carro, ellas a pie.

El carro es aquí mera reliquia de los tiempos del nomadismo, es máquina de transporte y no de pelea, vehículo y no tanque, del que hay que bajar para combatir. No se lo confunda, pues, con el carro de guerra persa de que habla Jenofonte; tampoco se lo confunda con los antiguos y ligerísimos carros egipcios. Este primitivo carro griego desaparece en cuanto los griegos aprenden a montar a caballo.

El jefe lleva todas las armas y un enorme escudo. Cuando se echa a pie para combatir, prefiere las armas arrojadizas, arco, jabalina y hasta piedras, pero además usa la espada. Siguen al jefe la infantería pesada y la ligera, aquélla agrupada en la falange, y ésta formada de arqueros, honderos y escaramuzadores, a menudo esclavos. La falange homérica, poderosa en la defensa, era difícil de juntar y algo vaci-

lante aún en el ataque, donde a veces solía dispersarse y combatir cuerpo a cuerpo.

Homero se complace en describir los encuentros personales particularmente entre los jefes, con un deleite de aficionado a las armas, lo que desde luego era pintoresco y prestaba un recurso de entretenimiento poético. A veces, alguna deidad protectora atravesaba un escudo, o paraba un golpe con su espada, o desviaba al héroe, o lo envolvía y lo transportaba en una nube.

La falange (cuyo verdadero desarrollo es muy posterior a Homero, aunque en él se inicia) se formaba en grupo compacto con los lanceros pesados, que oponían una muralla de escudos. Pero no era una masa humana amontonada al azar, sino un organismo delicado y nervioso. El educarla y manejarla con cierta prontitud, escogiendo cuidadosamente a los hombres que mejor podían —por hábito, amistad o parentesco— pelear codo con codo, colocando de una vez al frente a los novicios y en la retaguardia a los veteranos para que empujaran la maniobra, era el orgullo de los jefes. Tal se nos muestra el sabio Néstor. El principio de la falange es la fijeza de los puestos y de las filas. Su fatalidad en las marchas es la declinación a la izquierda, por el peso de los escudos que se cargaban con el brazo siniestro. Ya se comprende que un elemento de tal complicación supone una disciplina desarrollada.

La disciplina se revela asimismo en detalles menores. Por ejemplo, cuando las tropas atacaban sobre los cuarteles enemigos, lo hacían en silencio, como para mejor escuchar las órdenes y por respeto ceremonial a los jefes, cuando regresaban a sus propias bases, lo hacían lanzando gritos. No fue, más tarde, una de las menores sorpresas de los persas, en Maratón, el ver a los griegos arrojarse sobre ellos dando alaridos de energúmenos. La voz humana, único instrumento para comunicar las órdenes, era educada cuidadosamente y muy apreciada en sus excelencias.

Tirteo nos ayuda a salvar el tránsito entre la leyenda y

la historia, es el poeta eminentemente militar. "Escriba yo los cantos del pueblo —dice—, y no me importa quién escriba sus leyes." Lo que de su vida se ha averiguado se ahoga bajo las consejas. Sus poemas quedan en trozos. Con todo, permiten algunas observaciones. Trátase de odas y cantos a cuyo acento se enardecían las infanterías dorias, marchando al compás de la recitación. Se los ha considerado como un antecedente de la Marsellesa y los versos de Rouget de Lisle. Tirteo es más técnico que Homero, y sus poesías tienen un destino directamente militar. Habla con exactitud de las armas contemporáneas, las que él mismo ha visto y manejado, y no se refiere ya a posibles reconstrucciones arqueológicas como Homero. Su falange es ya la de su tiempo, y la distinción que hace entre tropas ligeras y pesadas y sus respectivos deberes revela al especialista. Y con Tirteo acaba el primer capítulo.

El segundo periodo presenció un desenvolvimiento extraordinario de las técnicas, debido a la Guerra Peloponesia (Atenas contra Esparta, historia de Tucídides), a la Retirada de los Diez Mil (Jenofonte en Asia), y a las luchas entre Tebas y Esparta, experiencias todas de primer orden que determinaron una inmensa elaboración del arte. Por eso la Edad Alejandrina encuentra ya el campo preparado para "aislar" el fenómeno, y es la época de los tratadistas verdaderos. La codificación preceptiva que la Edad Alejandrina pudo hacer en el orden de las letras, con respecto al acervo literario de la anterior época clásica, halla así su parangón en los libros de preceptos tácticos y estratégicos, que a su vez recogen la experiencia bélica antes acumulada.

Homero, Tirteo, Esquilo, son poetas que contemplan a su modo la guerra. Heródoto es un narrador general de hechos y leyendas; Tucídides, un historiógrafo tan lógico y sobrio que nos deja ayunos de muchas informaciones ajenas a su "discurso político". Jenofonte es ya un profesional, jefe militar e historiador, que ofrece testimonios preciosos sobre la organización de los ejércitos griegos y persas de su tiempo,

sobre la equitación y el mando de caballería. Más tarde, Polibio hará gala de sus conocimientos y práctica militares, rectificará las descripciones de batallas hechas por sus predecesores, pintará de mano maestra el campamento romano de sus días, donde ni siquiera faltan ya amagos de descomposición. Diodoro Sículo documenta los sitios de Alejandro, cuyas campañas describirá un día Arriano con buen sentido, pero con cierta imprecisión. Hay ya entonces tratados de ingeniería militar y máquinas de combate. Eliano y Arriano dejan unas *Tácticas* de alguna utilidad para la época grecomacedonia, pero más que expertos son artistas de gabinete. Y en esta materia, el gran Plutarco es todo quimeras y puerilidades. El primer escritor exclusivamente militar es Eneas Táctico, tal vez el mismo conocido por Eneas de Estinfalia, quien a mediados del siglo IV a. C. compuso —entre otras obras del género, hoy desaparecidas, como ciertos ensayos sobre las señales con fuegos y sobre las operaciones navales— un verdadero arte de la guerra.*

[*Junio de*] *1943* [*-Septiembre de 1956*]

* [Una primera versión se publicó en *Defensa*, México, junio de 1943, y otra, la presente, fue entregada a la American Literary Agency, de Nueva York, que la distribuyó a diversos periódicos: *El Universal*, de Caracas, 9 de octubre de 1956; *La Prensa*, de Buenos Aires, 4 de noviembre de 1956, y ahí con el título de "Homero, Tirteo y la guerra" y con fecha al pie de "México, 1956"; *México en la Cultura*, Suplemento de *Novedades*, México, 4 de noviembre, Nº 398, p. 3; y *La Opinión*, de Los Ángeles, California, 10 de noviembre de 1956. No obstante, Reyes conservó la fecha de "1943" en la última versión incluida en *Estudios helénicos*, pero nosotros hemos agregado entre corchetes los datos faltantes de mes y año de la redacción de ambas versiones.]

II

EL TRIÁNGULO EGEO

NOTA

ALGUNAS de estas páginas han sido publicadas antes y separadamente en revistas, periódicos y hasta libros. Se las reúne aquí con las páginas inéditas que las completan para formar una monografía de conjunto.

A. R.

[*1957*]

I. LA CUNA DE GRECIA*

El Egeo. La Grecia anterior a Grecia. Los egeos ante los pelasgos y los aqueos. El mundo egeo

ESTO sucedía hace unos seis mil años. La cuna de Grecia se meció en el mar, como la de Moisés en el río. En aquel arrimo sudoriental donde el Mediterráneo, olvidado el sobresalto de las mareas, se guarece entre los últimos estribos de Europa, el malecón de la antigua Anatolia y el dique de Creta —balcón tendido frente al África y que mal cierra la embocadura del inmenso lago salpicado de islas—, el Egeo aparece como un Adriático más echado hacia el mediodía y de más salvaje y torturada apariencia. La tierra está hecha trizas y la navegación no pierde de vista sus escalas. Los quebrados litorales ofrecen cobijo a las embarcaciones. Alternan los lluviosos inviernos con los secos estíos, y la iteración de los vientos gobierna los ritmos del tráfico según la docilidad candorosa de la vela, que aún no ha aprendido a sesgar los soplos. Por todo lo cual, este mar ha sido llamado "nodriza de la marinería". Es la charca donde borbotaron esas venerables paradojas que hoy son nuestros lugares comunes.

Pero antes de encontrarnos con aquellos helenos históricos a quienes ya conocemos por sus nombres —sombras familiares o siquiera palabras relacionadas con algún carácter humano— una sorpresa nos espera. Las excavaciones recientes han venido a trastornar las ideas recibidas. El primer capítulo de Grecia no está, según se creía firmemente, fuera

* Este primer fragmento —escrito en 1944— reproduce, con retoques, las páginas aparecidas bajo el mismo título en *Junta de sombras,* El Colegio Nacional, 1949, pp. 9 y *ss.*

de Grecia. El Egeo, hasta donde alcanza hoy la mirada, nos aparece ya ocupado por una civilización poderosa. Ella arranca de la era neolítica y da señales inconfundibles nada menos que a fines del siglo XXX a. C. Aquellos pueblos, insospechados ha poco o muy imperfectamente conocidos aun para la misma Antigüedad (que siempre sustituyó con mitos su abolorio), traen al mundo varias novedades: la navegación de altura, la expansión colonial, el sentimiento federativo, cierta dignificación de la mujer —referida acaso a los cultos matriarcales de la Diosa Nutriz—, y tanto en las costumbres como en las artes, la gracia: la gracia que por primera vez sonríe a los hombres.

Así se plantea el enigma de una Grecia anterior a Grecia, que la prefigura en sus rasgos fundamentales con una anticipación de milenarios, la inspira sordamente —raíz oculta bajo el aluvión de las invasiones—, y la refiere en gran parte a sus orígenes propios y caseros, sin acudir, como por costumbre se hacía, a los bárbaros septentrionales o a los embalsamadores de Oriente, cuyas costumbres tanto difieren de las helénicas. Lo cual, por supuesto, no contraría la verdad, cada vez más reconocida, de que la vida de un pueblo no puede explicarse como un caso aislado, sino sólo cuando se la sumerge en un campo histórico o cultural completo. Este campo, en el caso, comprende cuanto suele llamarse el Oriente Clásico.

El averiguar cómo vino amalgamándose aquella gente, entre un hervidero de pueblos de varios rumbos y que, a su vez, derivan de vicisitudes anteriores, pues la historia nunca tuvo comienzos; o cómo las cambiantes corrientes humanas se empujan, rechazan y penetran, acumulando paulatinamente un poso indiscernible, es hasta hoy alarde de conjetura, cuando no fuere devaneo. Quiénes sean autóctonos, quiénes advenedizos, tema es que sólo cobra sentido por referencia al corte transversal de una fecha determinada. Acudamos, para mejor entenderlo, a algunos ejemplos de época posterior. Si el arcadio de la primera hora miraba por encima del

hombro al aqueo recién llegado, es posible que se cohibiera un tanto ante el cretense de rancia cepa. Así el hijo de conquistadores habla con tonillo zumbón del que, en los últimos barcos, "viene de España por el mar / salobre a nuestro mexicano domicilio", y considera con desprecio de indiano al nuevo rico que poco antes "tiraba la jábega en Sanlúcar", sin por eso discutir la antigüedad del arraigo con los vástagos de Moctezuma. Pues el misticismo del primer ocupante se manifiesta en todos los tiempos y regiones. Prescindamos, pues, de lo no averiguable. La historia —dice Burckhardt— es la única disciplina que comienza siempre *in medias res*.

A pesar de los recientes descubrimientos (Schliemann, Evans), es aventurada pretensión el afirmar cuándo, cómo y en qué medida se uniforma aquella masa humana, ni qué nombre ha de dársela. Los etnólogos discuten aún el tanto de los ingredientes eurafricanos que se juntaron para crearla (Sergi).

Otros (Ridgeway) ven en tal masa una combinación del aqueo y el dorio, que poseen ya fisonomía definida, con ese fantasma protohistórico llamado "pelasgo", incierta designación del primer ocupante, luego sometido o desposeído: más o menos, como el "tolteca" entre nosotros, aunque no tan insigne. Aquéllos se conforman con insistir en la irregularidad de la mezcla (Myres, Rostovtzeff). Las últimas autoridades consideran a tales pueblos como rama de los mediterráneos, anterior en su función histórica a los indoeuropeos y extraña a los semitas; cuando no sospechan que resultan de una fusión entre sucesivos mantos de neolíticos, los "artistas y elegantes cretenses" —posibles caucásicos— y los indoeuropeos de la península helénica que llaman "heládicos medios" (Wace). Los arqueólogos se confunden entre las semejanzas fortuitas o las aparentes anomalías de utensilios, juguetes y monumentos que sólo conocen en pedazos, y que acercan o alejan a nuestros insulares de tal o cual familia, a su vez mal identificada. Los filólogos, mientras sea imposible descifrar plenamente la lengua de las reacias inscripcio-

nes, se abstienen prudentemente en el debate. Los historiadores de la cultura prefieren por ahora, y esto basta a sus fines, llamar "egeos" a los más antiguos, y "aqueos" a los más recientes.

A esta Grecia de primera instancia pudiera también, provisionalmente, apellidársela "prehelénica" o, con el término tradicional, "pelásgica". Pero ambas denominaciones son peligrosas. Decir "prehelénico" es designar algo que todavía no se reconoce como helénico. Se prejuzga así sobre el pleito de si son los arcaicos mediterráneos o los posteriores inmigrantes nórdicos quienes impondrán al pueblo griego su carácter definitivo. Se prejuzga sobre la posible relación cultural entre la gente remota y la gente nueva. Se abre la disputación, eterna y ociosa, entre los morenos y los rubios; y nos vemos en el paso honroso de discutir otra vez si, por ser blondo Menelao, lo era también necesariamente todo su pueblo, y si realmente el calificativo que Homero le aplica no quiere decir más bien "moreno" o "zaino".* Por otra parte, decir "pelásgico" es emplear una denominación vaga y equívoca con que los griegos mismos ocultaban la ignorancia de su pasado. Tal denominación nos hace retroceder hasta antes de los descubrimientos que han renovado este capítulo de la prehistoria.

Preferible es hablar, simplemente, de la civilización "egea", denominación especial que, sin ser comprometedora, es precisa. Preferible reservar el término "pelásgico" para ese residuo de cosas toscas y rudas que, aun cuando corresponden a la misma área geográfica, nunca participaron en la gran comunión egea. Los "pelasgos", podemos decir, son los "bárbaros" de los "egeos".

Entre tanta incertidumbre, sobrenada, por suerte, la tendencia a admitir que los egeos constituyen un campo cultural autónomo, por sus caracteres propios y no por la mera ubica-

* A. R., *La crítica en la Edad Ateniense*, § 61, *n.* [*Obras Completas*, XIII, páginas 46-47]; y *La Ilíada de Homero*, trad. A. R. [México, Fondo de Cultura Económica, 1951], p. 216, *n.* al canto III, N. 436.

ción, diferente de los otros pueblos circundantes, y aun de las incrustaciones más primitivas que lleva en su seno. Junto a esto, los distingos étnicos son superficialidades que, a la postre, cuentan poco o nada. Esta masa humana que así se destaca tan nítidamente entre las demás, con rasgos tan vivos que llegan a ser desconcertantes, se revuelve con incrementos posteriores, aqueos y dorios, a los que va imponiendo su sello real entre vicisitudes diversas, y se encamina poco a poco hacia la Grecia histórica, a través de una oscuridad secular en que sólo descubrimos algunos rincones, gracias a Homero que los ilumina como un faro distante.

En comparación con este genio marítimo, audaz, refinado, decididamente vuelto hacia el porvenir y pronto a derramarse en circulación generosa por todas las zonas conocidas, los genios fluviales del Nilo y la Mesopotamia, vueltos al pasado y recluidos celosamente en sus límites, resultan groseros y ponderosos. Pero la lenta agonía de los pueblos orientales dura mucho más que la intensa vida del pueblo egeo, lo que produce un extraño desajuste en las perspectivas históricas.

La civilización egea está destinada a los ensanches más federales que imperiales, espectáculo contrario al que nos dan las naciones de tierra adentro, las asiáticas o la egipcia. Allá los continuados oasis y las vastas llanuras parecen facilitar las tentaciones del mando único. El Mediterráneo, en cambio, y singularmente la cuba del Egeo, se prestaban a la experiencia de una organización más elástica. Aquellas aguas más aglutinan que separan entre sí a los pueblos de las islas y de las costas, a la vez que les aseguran cierto margen de autonomía. La libertad se insinúa con la frecuencia de la vela y del remo, se propaga con la complicidad de las aguas. Y así se ha dicho que, mucho antes de ser romanizado y antes todavía de ser helenizado, el mundo fue un día "egeanizado". Cruce de los rumbos cardinales, a medio camino entre las encanecidas naciones del Oriente y del Sur, y las distantes y aún fabulosas tribus del Norte y del Occidente, el Egeo, en

su hibridismo de tierra y mar, parece creado para las fusiones humanas y para el encuentro de las águilas que Zeus soltó en los extremos opuestos del espacio.*

1944.

* [Publicado por primera vez en *Asomante*, San Juan, Puerto Rico, enero-marzo de 1946, año II, vol. II, Nº 1, pp. 6-9, como "Fragmento de un curso". También en *Todo*, México, 13 de mayo de 1948, Nº 766, p. 20. Pasó luego a ser el primer ensayo de *Junta de sombras*, México, El Colegio Nacional, 1949, páginas 9-14. Posteriormente, ingresó a la presente "monografía de conjunto" con algunos retoques, el subtítulo y la nota al pie.]

II. LA APARICIÓN DE CRETA*

En la geología temblorosa, insegura, de la antigua Egeida —continente descuartizado y medio sumido en el mar— los terremotos son constantes. Más de una vez desaparecieron ciudades. El mismo Coloso de Rodas se vino al suelo. La tierra solía abrirse bajo el carro de los guerreros fugitivos, aunque sea para encerrarlos como númenes protectores de la localidad. Se hundían, a veces, los pasadizos marítimos. Se alzaban intempestivas montañas, islotes, cráteres, entre relámpagos y vapores. Estragos todos de que daban señales las fuentes sulfurosas: Termópilas, Edipso, las Anígridas, Trifilia; la llama perpetua del Mósiclo, en Lemnos; y en Delfos, las emanaciones que embriagaban a la pitonisa. Apenas hace el mito algo más que remedar a la naturaleza cuando, en la saga de los Argonautas, Apolo acribilla las olas con sus flechas y hace surgir la isla de Anafe, refugio impensado para los náufragos. Y hoy, bajo la piqueta del arqueólogo, la isla de Creta nace de repente a la cultura, último capricho de aquellas divinidades todavía juveniles.

La isla es "apaisada", tendida de izquierda a derecha en su máxima dimensión sobre el mapa. Está dividida en tres masas desiguales por la estrangulación de dos istmos, más estrecho el de oriente. El eje que corta de norte a sur la voluminosa masa central va de Cnoso a Festo, ciudades que riegan respectivamente el Cairato y el Letayo (Leteo). De este a oeste, el Dicte, el Aigayo (Egeo), el Ida (también aquí hay un Monte Ida, como en la Tróada), los Montes Blancos, reducen en buena parte los 800 km.^{2} que la isla ofrece a las numerosas poblaciones.

* Escrito en V-1945, se publicó primeramente en *Todo*, México, 20 de mayo de 1948 [Nº 767, p. 19, con la fecha al calce que ponemos al final entre corchetes.]

En 1878, un comerciante cretense casualmente llamado Minos, como el rey tradicional de Creta, Minos Kalokairinos, desenterró ciertas singulares reliquias en una colina al sur de Candía, moderna capital cretense que otra vez se llama Heracleum. El gran Schliemann, que por entonces acababa de dar con las ruinas de Micenas y Troya, visitó el lugar en 1886, se declaró convencido de que pisaba el suelo de la antigua Cnoso, y entabló negociaciones con el propietario de la tierra para empezar sus buscas. El propietario regateaba y pedía una suma excesiva. Schliemann, que había sido traficante antes que arqueólogo, abandonó la empresa furioso, y murió sin haber tenido ocasión de añadir este nuevo gajo a sus laureles.

En 1893, un arqueólogo británico, el Dr. Arthur Evans, compró en Atenas ciertas piedrecillas que las mujeres griegas solían usar como amuletos, y quiso descifrar los jeroglifos que tenían grabados. Le pareció que procedían de Creta, y allá se fue para coleccionar las que consideraba antiguas escrituras cretenses. En 1895, compró una parte, y en 1900 el resto de los terrenos que habían tentado a Schliemann y que también la Escuela Francesa de Atenas —de tan ilustre tradición— identificaba como el área de Cnoso. Tras un trabajo febril que tomó toda la primavera de aquel año y ocupó a ciento cincuenta hombres, logró exhumar el propio palacio de Minos, presea la más rica de la arqueología moderna.

Aquel edificio, cuyas complicaciones estructurales son famosas, justificaba las fábulas del Laberinto, Minos, Dédalo, Teseo, Ariadna y el Minotauro. En estas y otras ruinas, según las previsiones de Evans, fueron apareciendo millares de sellos y tablillas de barro con inscripciones semejantes a las que habían provocado en Atenas su curiosidad. Nótese que el fuego mismo, al destruir los edificios de Cnoso, coció y preservó las tablillas, cuyos pictogramas y signos, por lo demás, aún son algo oscursos. Evans sólo publicó los resultados de su larguísimo trabajo en una memoria que consta de cuatro vo-

lúmenes y empezó a aparecer en 1936, *El Palacio de Minos*. Disculpemos a los que, oyendo una de estas tardes al autor de estas líneas, que ofrecía en nuestro Palacio de Bellas Artes un resumen anticipado de un curso sobre la cultura de Grecia, se figuraron, honrándolo mucho, que él mismo, en un rapto poético, había inventado el cuento de la hermosa civilización cretense. Pues estas noticias tardan en llegar a nuestros públicos y han de tardar todavía en llegar a nuestras enseñanzas escolares.

Después de Evans, han acudido a Creta legiones de investigadores. Mientras Evans cavaba en Cnoso, un aguerrido grupo italiano —Savignoni, Paribeni, con ellos Habherr y Pernier— desenterró en Haguia Tríada (Santa Trinidad) un sarcófago pintado que arroja luz sobre la vida cretense, y luego descubrió en Festo un palacio que es como una reproducción de Cnoso en menor escala. Entretanto, dos americanos, Saeger y la señora Hawes, encontraron otras ruinas en Vasiliki, Mochlos y Gurnia. Los británicos Hogarth, Bosanquet, Dawkins, Myres, exploraron las regiones de Palaikastro, Psychro y Zakro. Los cretenses Xanthoudidis y Hatzídakis dieron con algunas residencias, grutas y tumbas en Arkalóchori, Tíliso, Cumasa, Camaizi. Ha podido afirmarse que los sabios de la mitad de las naciones se juntaban en Creta bajo la bandera de la ciencia, mientras los respectivos gobernantes preparaban cuidadosamente la guerra universal.

Así surgió Creta, centro de un marítimo imperio egeo, al conocimiento de los modernos. Los antiguos habían comenzado ya a perder la memoria de aquellas vetustas maravillas. ¿Cómo pudieron los griegos olvidarlas? Sólo la onda negra de las últimas y violentísimas invasiones que sufrió la Grecia arcaica pudo desvanecer el recuerdo de la Talasocracia Egea. Uno que otro hexámetro de la Epopeya la salva del olvido completo; uno que otro equívoco del mito, que sólo asume pleno sentido a la luz de la tradición cretense. Aunque Homero alude a Creta en menciones rápidas y brillantes, no nos da sobre ella informaciones precisas de que carecía sin duda,

y se encuentra ya tan lejos del verdadero apogeo insular como nosotros nos encontramos de sus poemas. Aristóteles, al señalar la privilegiada situación de Creta, a medio camino entre Egipto y Grecia, Fenicia e Italia, "esto —observa— permitió a Minos adueñarse del Imperio Egeo".

Pero la conseja de Minos, llena de fantasía y, sin embargo, aceptada en lo esencial como verdadera por los escritores clásicos, venía siendo sistemáticamente rechazada por los historiadores modernos, poco avezados aún a desentrañar la verdad prendida en las telarañas de la leyenda. Hasta hace poco más de un siglo, se suponía, con Grote, que la civilización egea comenzaba con la tardía invasión de los dorios, o bien con la institución tan reciente de los Juegos Olímpicos. Es decir, entre los años 1100 y 776 a. c. La rectificación es de nuestros días, hazaña de la ciencia que no debiera ignorar un contemporáneo. Se entiende hoy que "Minos" puede ser una denominación general —como "César" o "Faraón"— para designar a los antiguos monarcas de la isla. Ellos, gradualmente, consiguieron convertir hacia su reinado, en un solo río caudal, las corrientes de la piratería anárquica. El Mediterráneo se llenó de "Minoas", toponimia de la escala, el abrigo, el echadero, en la lengua de los navegantes fenicios que acaso se superpuso a la egea. Los Minos realizan, sobre el indeciso seno de las aguas, el sueño de aquella unidad siempre negada a la Grecia clásica.

[*México, mayo de 1948.*]

III. LAS EDADES HELÉNICAS*

Prehistoria, protohistoria e historia griegas. Las dos fases egeas: mionica y micénica. El triángulo de la prehistoria helénica. Las cuatro jornadas de la prehistoria helénica

ELLO es que los griegos, para disimular el olvido de sus orígenes, acumulaban leyendas cuyo manto apenas cubría del siglo XVIII a. C. en adelante: tal era, en efecto, la fecha del Primer Diluvio Helénico o Diluvio de Ogigos, así llamado por algún espíritu o rey fantasma de una Tebas todavía inexistente. Antes, era la edad oscura, vedada al conocimiento de los hombres; después, la edad mítica, donde —en la palabra de Censorino— aún no hay medios para distinguir lo acontecido y lo inventado. El dominio de la edad mítica, un día relativamente restringido, va pues creciendo, conforme se afina el criterio de la prueba y la duda se hace más exigente. Los trances sucesivos de este dominio, unos posibles y otros tan sólo imaginarios, comprenden las fábulas de Deucalión —Noé del Segundo Diluvio en el siglo XV a. C.—, Dánao, Minos I, Cadmo, Pélope, Héracles, Teseo, Minos II, los Argonautas, las dos guerras tebanas, el asedio de Troya, la colonización de Chipre, las migraciones tésala-beocia y doria, y las colonizaciones en el litoral del Asia Menor, albores de Grecia. Y así, jalonando la perspectiva con hitos más o menos poéticos, se llegaba hasta el año 776 a. C., fecha que los cronólogos atribuían a la Primera Olimpíada, y arranque de la edad histórica.

Este colosal esfuerzo de imaginación resulta, con todo, modesto, si se considera que el Primer Diluvio es apenas una

* Publicado primeramente bajo el título: "El último horizonte de Grecia", en *Todo*, México, 27 de mayo de 1948 [Nº 768, p. 21, con la fecha que restablecemos al final].

palabra, y sobreviene cuando ya la civilización cretense es muy vieja y se nota en ella, como una llaga, la destrucción de sus primeros palacios; si se considera además que el Diluvio de Deucalión, el Segundo Diluvio —otra palabra, aunque ésta quiere ya encarnar— sobreviene cuando la destrucción de los segundos palacios cretenses y casi en las postrimerías de la cultura egea. De suerte y manera que las edades del mundo imaginadas por los helenos, con ser ambiciosas, se dejan atrás un inmenso trecho, y ese trecho es mayor que toda la historia griega en conjunto: es, nada menos, la prehistoria, hoy documentada por el testimonio fehaciente de sus ruinas. La edad oscura de los helenos queda, hoy, iluminada por una difusa diafanidad.

Conviene, entonces, proponer otro sistema de edades. Reduzcámoslo, con la tolerancia habitual en estas aventuras, a las facilidades mnemónicas de prehistoria, protohistoria e historia. El viaje atraviesa las etapas del palo, la piedra, el bronce, el hierro. La prehistoria se extiende desde la oscuridad neolítica en Creta, unos 9 000 años a. c., hasta el siglo x a. c., cuando las emigraciones rumbo al Asia Menor. La protohistoria comienza con estas emigraciones y alcanza hasta la Primera Olimpíada, en 776. En adelante, es la historia. Ella se inicia, digamos, con la Atenas de presunción pelásgica y la mucho menos vetusta Esparta, cuyos primeros legisladores y pastores de pueblos hay aún sospechas de que sean dioses.

La civilización egea, que cubre prácticamente la prehistoria, tiene dos etapas principales: *1)* La cretense, llamada también minoica por alusión al legendario monarca Minos, con centro en Creta (Cnoso, Festo), con irradiación general sobre las Cícladas, con apoyo en la isla de Paros a creer antiguas tradiciones, y que acaso se derrama a través de las Minoas o ancorajes de los contornos. *2)* La micénica, con centro en la Argólida (Micenas, Tirinto, nordeste del Peloponeso), la cual deja ver el trastorno causado por las incorporaciones reiteradas de pueblos inferiores, y donde vino a fincarse la herencia de la hegemonía cretense.

Pero hay que añadir otro desarrollo paralelo, el troyano, de indecisa relación con los anteriores por cuanto a su origen, y que sin duda pasó por una era más o menos larga de rivalidades y choques con la hegemonía micénica, hasta hundirse en el seno de ésta, en tiempo ya de los aqueos. Troya, por sí misma nunca alcanzó el alto nivel de las ciudades cretenses, aunque es comparable con las micénicas; pero tuvo la suerte de ser inmortalizada en la poesía. Y luego, entre la caída de Troya y la Grecia histórica, sobreviene la invasión doria, al menos en lo más intenso y tupido de esta verdadera tempestad, de que sin duda se sentían de tiempo atrás ciertos aguaceros irregulares.

Podemos, pues, representarnos el drama de los orígenes griegos en el Egeo como situado en un triángulo cuyos vértices son Cnoso, Micenas y Troya, prescindiendo por ahora de los Argonautas, de Tebas y su cuerpo épico, así como de otras fases menos importantes. Este drama se divide en cuatro jornadas:

La primera, propiamente insular, corresponde al periodo cretense o minoico, se refiere a antiguos pueblos mediterráneos, comienza en plena edad neolítica, es perceptible hacia el año 4000 a. c., y acaba aproximadamente hacia el 1500 a. c., con la segunda y definitiva destrucción del palacio de Cnoso.

La segunda jórnada, que corresponde al periodo micénico y es ya continental, va más o menos de los años 1500 a 1200 a. c. Grecia, cuya prehistoria es una serie de inmigraciones que caminan de norte a sur, muestra ahora el predominio de los aqueos: arios de origen danubiano que, tras de cruzar la Tesalia y el Esperquio, se iban estableciendo en las regiones meridionales. Algunos encuentran más lícito el considerarlos ya como unos griegos, encumbrados a la monarquía por las revoluciones interiores, sin inquietarse por averiguar de dónde llegaron ellos o sus abuelos. La penetración aquea es colonizadora, lenta, prolongada; acarrea consigo instituciones de tipo feudal. No destruye deliberadamente el patri-

monio material y cultural que encuentra a su paso, aunque de momento produce el inevitable retardo de las mezclas y asimilaciones sociales. Aporta, entre otras cosas, las larvas del antropomorfismo religioso, que luego adquirirán forma definitiva en los moldes de la imaginación mediterránea.

La tercera jornada (1300-1100 a. c.) comprende la coalición de los pueblos aqueos contra la ciudadela de Troya, los combates cantados por la epopeya homérica. La guerra troyana, última escena de la llamada edad heroica, es anterior en unos cuatro siglos a los poemas de Homero. Éstos son obra de poesía arqueológica, y corresponden a la hora final de nuestro drama. Se ofrece una digresión sobre la fecha del asedio de Troya: durante la Gran Guerra I, fue encontrada en Tisbe, Beocia, puerto tebano sobre el Golfo Corintio, una tumba real, tipo micénico, donde aparecieron sellos y anillos de oro, a los que se atribuye una antigüedad de unos 1500 años a. c. Uno de los sellos figura al parecer pasajes de la leyenda de Edipo: encuentro con la Esfinge, y lucha con su padre en el desfiladero de rocas: otro de los sellos figura al parecer el episodio de la casa de Atreo, el asesinato de Clitemnestra y de su amante Egisto a manos de Orestes, hijo de aquélla. Si tales interpretaciones de Evans resultan acertadas, entonces estos casos trágicos serían en varios siglos más antiguos de lo que hasta hoy se supone, lo que obligaría a algunas reacomodaciones cronológicas.

Cuarta jornada: El sitio de Troya durante diez años y sus largos combates no pueden menos de diezmar a los sitiadores. La demorada ausencia de la patria afloja los vínculos. Las peripecias del regreso más de una vez paran en un alejamiento definitivo. Los vencedores de Príamo quedan, a su turno, dispersos y extenuados. Mal podrían así resistir a las bandas montañesas y nomádicas que, a fines de la llamada Edad del Bronce, descienden de los bosques balcánicos y ejercen una presión incesante. Los antiguos pobladores de Grecia tampoco están preparados para contrarrestar la superioridad que dan a los guerreros salvajes su organización "tribal" y

el uso de las armas de hierro. La literatura de los *Nostoi*, los últimos poemas del llamado Ciclo Épico, nos deja adivinar —pues que ello sólo queda en guiñapos— lo que fue esta era de despojos, poetizada a la manera de las gestas medievales de Europa. El caso más afortunado de estas canciones del retorno es la *Odisea*. Irrupciones impetuosas, conquista militar, agresiones de la soldadesca, destrucción sangrienta: tal es la cuarta jornada de nuestro drama o invasión de los dorios (1124-1044? a. c.). Asistimos ahora al eclipse casi total de la luz y la cultura micénicas. La península griega, y singularmente el gran centro situado al nordeste del Peloponeso, quedan arruinados. Los aqueos, expulsados del suelo en que ya se han aclimatado, emigran, bajo el nombre de jonios, para colonizar aquella costa occidental del Asia Menor donde va a lucir la aurora del pensamiento griego. Esta cuarta jornada, la Edad Media de Grecia, acontece a telón cerrado. Sólo apreciamos la magnitud del desastre por las ruinas que deja tras sí y el silencio histórico que lo acompaña. La reconstrucción habrá de comenzar precisamente por las zonas en que mejor se habían conservado los fondos autóctonos y donde la tradición egea fue menos mutilada por la planta de los invasores.

Si ahora contemplamos en conjunto el drama de los orígenes griegos, advertiremos que la primera y la segunda jornadas —ciclo de la civilización egea— son, como alguien lo ha dicho, un álbum de estampas sin leyendas, por su misma abundancia de objetos y documentos arqueológicos y por su mutismo literario, en tanto al menos que sus inscripciones permanezcan casi indescifrables. Al revés sucede con la epopeya homérica, tardío y casi único testimonio sobre la Edad Heroica o tercera jornada, epopeya que no aparece acompañada de suficientes reliquias materiales, porque ellas en gran parte fueron destruidas durante la jornada siguiente. Lo cual nos pone en presencia de un libro sin estampas, o sólo con unas cuantas ilustraciones y viñetas al margen. De Schliemann acá, Troya y Micenas han ido dando cosechas de riqueza

arqueológicas, pero, después del instante homérico, las reliquias artísticas que quedan en la Grecia continental no son para entusiasmarnos por cierto. "Acaso no sea excesivo afirmar que nunca hubo un arte más modesto en sus pretensiones que el de la Edad Media griega, entre el siglo X y el VII a. C." (A. von Salis). La cuarta jornada comienza con una oscuridad completa. El silencio que se extiende desde la guerra de Troya hasta las guerras pérsicas, y que Voltaire fue el primero en advertir con mirada de águila (*Essai sur les Moeurs*), es casi un libro de hojas en blanco, sin letras ni imágenes y con uno que otro informe borrón. Lo que obliga a reconstruir por conjeturas la elaboración profunda y entrañable de que brotará la Grecia histórica.

Los orígenes de los pueblos están amasados con inmensos dolores. La Grecia histórica conservará en la frente la cicatriz del nacimiento. A lo largo de aquella cultura que predica la moderación y la prudencia, se escucha un vago rumor de desconfianza contra los inesperados desquites del destino o la Moira. Nada, ni las reiteradas visitas de la belleza y de la gracia, logran acallar aquella protesta, aquel susurro temeroso que retumba, de cuando en cuando, en el secreto de las conciencias y que se trasmite en forma de pregunta: "¿Porqué existe el Mal?"

[*México, mayo de 1948.*]

IV. LA PERSPECTIVA HISTÓRICA DE LOS PUEBLOS EGEOS

Periodos y subperiodos

DURANTE muchos siglos, los egeos ocupan el Archipiélago y tocan los contornos continentales. Después, se atreven tierra adentro, se mezclan con pueblos recién llegados, y poco a poco se modifican. La civilización egea ha sido tan escarbada —es la palabra— que admite el ser dividida en grupos discernibles. Se entiende que consta de tres periodos (Heládicos), con tres subperiodos cada uno (Cicládicos). Es dable ya buscar concordancias entre estas diferentes etapas y las de otros pueblos que, en cierta manera, rodeaban a los egeos. Con una poca de audacia y otro poco de suerte, puede trazarse una breve historia, sin perderse en los detalles.*

1. Minoica o cretense:
   a) Heládico primitivo:
   Cicládico I: 3400-3000.
   (Era neolítica tésala: 3400-2100. Era del bronce cretense: 3400-1200.)

   Cicládico II: 3000-2600.
   (Minas de cobre en Chipre: 3000. Primera Troya: 2870.)

   Cicládico III: 2600-2350.

   b) Heládico Medio:
   Cicládico I: 2350-2100.
   (Era del bronce en Chipre: 2200-2100.)
   Cicládico II: 2100-1950.
   (1ª serie de palacios cretenses: Calcolítico de Tesalia: 2100-1600.)

   Cicládico III: 1950-1600.
   (Destrucción de los primeros palacios cretenses: 1900.)

* *Etapas de la prehistoria.*

2. Micénica:

c) Heládico reciente:

Cicládico I: 1600-1500.
(2ª serie de palacios cretenses. Bronce en Tesalia: 1600-1200.
¿Fundación de Atenas por Cécrope: 1582?)

Cicládico II: 1500-1400.
(Destrución de los segundos palacios cretenses: 1450-1400.
¿Deucalión y el Segundo Diluvio griego: 1433?)

Cicládico III: 1400-1200.
(Palacios de Tirinto y Micenas. ¿Fundación de Tebas por Cadmo: 1313?)

3. Aquea:

a) Dominación aquea: 1300-1100.

(¿Pélope llega a Élida: 1283? ¿Héracles: 1261-1209?
Teseo en Atenas }
Edipo en Tebas } 1250
Minos y Dédalo en Cnoso.) }

b) Troya: 1250-1183.

(Sexta Troya. Edad homérica o heroica.
¿Viaje de los Argonautas: 1225?
¿Los siete contra Tebas: 1213?
¿Acceso de Agamemnón: 1200?

Sitio de Troya: ¿1192-1183?
¿Acceso de Orestes: 1176?

4. Doria:

¡Los Dorios!: 1124-1044
(Conquista de Tesalia }
Conquista de Beocia } 1124
Emigración eólica.) }

("Vuelta de los Heraclidas" o conquista doria del Peloponeso }
Muerte de Codro, último rey legendario de Atenas } 1104
Emigración jónica.) }

I. (6000-3000 a. c.). En el periodo neolítico más antiguo, aparece el hombre, de que no hay rastro anterior al hundimiento de la Egeida, continente que unía a Grecia con Anatolia. El hombre egeo, y ante todo el cretense, pasa de la cueva a la cabaña de suelo empedrado, y vive de preferencia junto al mar, entregado a la caza y pesca, y luego también al pastoreo. Emplea piedras pulidas: serpentina, hematites, jade, y aquella vidriosa obsidiana de Melos que fue para el Egeo lo que el sílex fue para Europa. Los depósitos de carretes y husos muestran que las mujeres cardan, hilan y tejen. Sólo en la atrasada edad de piedra se emplea el tatuaje, aunque con moderación y acaso como signo institucional, según también acontece en Grecia. Aquellos pueblos demuestran un claro sentimiento de la estética del cuerpo humano, y pronto abandonan esta costumbre. El polvo ha desintegrado los restos de las tumbas, pues los enterramientos eran muy superficiales y sumarios. Las elementales culturas danubianas y de la Rusia meridional, que desde el IV° milenario a. c. entraban por Grecia (tumbas y alfarería abigarrada en Macedonia, Tesalia, Orcomenos I^a^, etc.), estaban alejadas de Creta por el desierto del Peloponeso y las islas todavía solitarias.

II. (3000-2400). El poblamiento general se deja sentir en el III^er.^ mileno a. c., y entonces aparece el metal: oro, plata y cobre (edad calcolítica); al fin, bronce. Grandes habitaciones y grandes tumbas indican que vivos y muertos se amontonan en comunidades. Hay vasos pintados, primero de motivos claros en fondo oscuro, y luego, al contrario. Hay sellos con ideogramas, indicio de una sociedad bastante evolucionada. Pronto encontramos la alfarería flameada, los puñales triangulares de cobre y de plata, la escultura en marfil. Todo acusa una acumulación de riqueza. La navegación, revelada en los barquitos votivos, trae de las Cícladas estatuas de mármol (Paros y Naxos) y también metales (Sérifos y Sifnos). Las Cícladas, en torno a Sira, comienzan a desempeñar su función de estaciones para el comercio viajero de Troya a Egipto, de Argólida a Anatolia, el cual deja al paso sus ras-

tros de idolillos y decoraciones en espiral. Favorecida de los vientos etesios, la marinería anida al oriente y sur de Creta, donde las ciudades se multiplican.

III. (2400-1600). *a)* Nuevas circulaciones de tribus, hacia el siglo XXV a. C. Los hetitas se establecen en Capadocia. Los tracio-frigios alzan la Troya II. Una segunda invasión en la Tesalia crea una frontera infranqueable en el Otris, y corta la Grecia del norte y la del centro. Aquella, propiamente, mira hacia el norte, se cubre de fortificaciones y recuerda, en su arquitectura el "megarón" troyano. Ésta conoce el bronce. La Hélade meridional comienza a traficar con Creta; y entre ambos focos, las Cícladas aparecen ahora un poco ahogadas y mortecinas, salvo la intermediaria Melos, que viene a sustituir los servicios de Sira. El centro de gravedad se desliza al sur, y la importancia de Creta aumenta por su creciente relación con el Nilo. Del norte adriático y del Mediterráneo occidental, además del ámbar, llega el estaño; el cual, para aliarse al cobre de Chipre, tiene que atravesar por Creta. Ésta, equidistante entre esos dos términos —así como, de norte a sur, entre el Nilo y Troya—, tiene en la mano, por decirlo así, la rosa de los vientos. Su marina crece. Por diez siglos, el bronce sostiene la talasocracia cretense.

b) En la isla de Creta, el poder, antes radicado en el oriente, se desplaza ahora al centro norte, región de Cnoso y sus "prepalacios", que cuentan con almacenes, santuario y torreón. La misma importancia de Festo, en el centro sur, es consecuencia de su situación a la salida de la ruta que, en el norte, arranca de Cnoso. Y entre Cnoso y el oriente de la isla, ahora un tanto descaecido, nace la ciudad intermedia de Malía. En Cnoso, Festo y Malía se levantan, por el año 2000 a. C., los primeros palacios. Las artes e industrias se afinan considerablemente (horno de alfar, brillante policromía de "camares", dagas largas y labradas, vajillas con monturas de oro, gemas con motivos de flora, fauna y personajes; progreso de la escritura). Inmenso auge de la exportación cretense.

c) Las turbulencias en Asia determinan el incendio de la Troya II o "Ciudad Quemada". Tesalia entra en el calcolítico o era del cobre. Se desarrolla en Grecia el "miniano", que en Melos viene a encontrarse con el "camares". Pero esta precoz aurora micénica es atajada por algunos trastornos, al tiempo que los primeros palacios cretenses son destruidos por terremotos y revoluciones interiores. La alfarería real de Cnoso queda enterrada bajo un manto de ceniza. En algunos barrios, se ve que los muros se han venido abajo, aplastando los objetos que había en los interiores. Lo propio sucede con Festo, Malía y Tíliso.

IV. (1600-1400). *a)* Nuevos palacios en Cnoso, Festo, Haguia Tríada, Tíliso, dan señales del segundo apogeo cretense, que ahora también aprovecha a la zona oriental, la cual se despereza. De Miru-Jani a Gurnia se van extendiendo los palacetes. En Cnoso hay ahora oficinas de archivos, cámaras del tesoro, depósitos de cerámica, escultura y marquetería y, pronto, almacenes para cereales, jarras de aceite, cofres de joyas, flechas y carros, rodeados de precauciones y seguridades, en vista del posible ataque de salteadores que, alguna vez, en su prisa, abandonaron los mazos con que rompieron las cerraduras. Es la hora del mayor lujo, las soberbias modas del arte y del vestido, el gran naturalismo en la plástica y en la pintura mural, los estupendos espectáculos públicos. Los siglos XVI y XV a. c. representan algo como el clásico cretense.

b) La influencia de Creta es cada vez mayor en la Argólida, donde al "miniano gris" que venía de Orcomenos invadiendo el campo de norte a sur, se opone, en movimiento inverso, el "miniano amarillo". A la vez que por la costa argólida, las artes cretenses entran en Grecia por Citeres y Laconia, y se extienden a la Pilos mesenia y a la Pilos elidense, a Corinto, a Crisa, a Delfos, a Egina, a Calcis, acaso a Tebas y a Orcomenos, a Fócida y aun a Tesalia; en suma, que prácticamente dominan toda Grecia. Se levantan poco a poco las ciudades guerreras de Micenas y Tirinto, ávidas de oro. Los micenios, discípulos de la talasocracia egea, al principio igno-

raban el mar al punto de no poseer una palabra especial para nombralo: *Hals* es "la salada"; *pontos*, "el pasaje"; *thalassa* es término prehelénico. Pero ahora podían dispensarse ya de sus maestros en arte de navegación. Al mismo tiempo, los Faraones pensaron en prescindir del antiguo mediador cretense para sus tratos con los pueblos egeos en general. Entre los reyes micenios y los Faraones hay un cambio de presentes, digamos, a espaldas de Creta.

c) Finalmente, hacia la mitad del siglo XV, los palacios cretenses sufren una segunda destrucción, prácticamente definitiva. Se asegura que hay señales de que los asaltantes sorprendieron en plena labor a los artesanos de Cnoso. El saqueo fue general. Desaparecieron las ciudades de Gurnia, Pseira, Zacro y la incendiada Palaicastro o Palecastro. A partir de entonces, es Creta quien recibe influencias de Micenas, tanto en las construcciones de megarón o sala rectangular como en las tumbas de cúpula, y aun en el tipo ya aqueo de sus monarcas: en un cetro se ve la cabeza de un rey que lleva corona, usa barba y bigotes retorcidos a la peninsular, y que bien puede ser algún "Idomeneo", como el que Homero hace figurar entre los guerreros de la *Ilíada.*

V. (1400-1180). *a)* Creta arrastra una vida opaca bajo los nuevos ocupantes que, medio siglo más tarde, se han instalado en el país, haciendo que los antiguos pobladores se replieguen a las montañas, y los eteocretenses o cretenses puros se amontonen en el oriente de la isla, la zona materna. Las artes retroceden a sus tipos más rústicos; desaparecen las pinturas murales; los utensilios de piedra y de metal dejan el sitio a los objetos de barro. Los palacios, reconstruidos de cualquier modo, no tienen ya importancia. Hasta es de extrañar que no haya desaparecido la escritura.

b) Auge de la Argólida, donde Micenas y Tirinto muestran la mezcla de la "arquitectura-megarón" y las construcciones militares, con los atavíos y encantos heredados de Creta. Los mismos elementos y motivos se extienden con notable uniformidad por toda Grecia: tumbas de cúpula o cámara

rupestre, vasos de estribo, marfiles labrados, alhajas de vidrio, puñales y dagas. La onda micénica sube por los principados del Ática; produce una renovación en Orcomenos, que los guerreros homéricos comparan ya a las ciudades egipcias; continúa por Fócida, Etolia y Acarnania; se desborda a las islas del Jónico, en occidente, y quizá más lejos; y, cubriendo la Tesalia, saca a Macedonia de su largo sueño de barbarie. Ésta es la Hélade que corresponde al Catálogo Náutico de Homero (*Il.* ii). Pero el poder aqueo-micénico se derrama también por el Archipiélago, y aun aprovecha para ello la cooperación de los marinos cretenses, que no han desaparecido del mundo. Rodas y Chipre sirven de escalas a este ensanche, el cual llega a salpicar el mismo continente asiático (región de Panfilia, dánaos de Siria, etc.). Los más entusiastas atribuyen a esta era aqueo-micénica el origen de todas las expansiones griegas en los dos Mediterráneos —oriente y occidente—, lo que sin duda es exagerado; pues tales expansiones sólo son perceptibles algo más tarde y, además, es más tarde cuando se explican mejor por el empuje de las invasiones dorias.

c) Inferior en calidad a la era minoica, la micénica (o mejor aqueo-micénica, pues resulta imposible percibir aquí un tránsito) es superior en cantidad, tanto por el espacio que abarca como por las grandes riquezas que acumula; oro en abundancia, metales que dejan para siempre inútiles las antiguas obsidianas de Melos. El bronce de la Tebas beocia tiene ya un 20 % de estaño. Sólo falta el hierro, apenas conocido en usos de metal precioso. La armería prospera, por los nuevos hábitos militares de esta sociedad inquieta y belicosa, expuesta a los ataques de los bárbaros septentrionales, que alterna el comercio y la piratería como si fueran actividades afines, y siempre está pronta para proporcionar mercenarios a hetitas o egipcios; mercenarios que algunas veces regresan enriquecidos, y otras conocen reveses como la batalla de Piriu, donde los despedazaron los egipcios. Aparte del progreso en las armas, la industria es algo adocenada y ofrece los rasgos de la producción en serie. Los nuevos señores no sentían

mucho la necesidad de la escritura. Sólo los pobres "intelectuales" de Creta continúan escribiendo, algún día sabremos sobre qué asuntos. Entre esta gente guerrera, cada vez más característicamente aquea, se arma un día la famosa expedición contra el emporio septentrional de Troya, de que quedará hondo recuerdo entre los eolios del Asia Menor.

VI. (1200 en adelante). La misma expansión ha debilitado a los aqueos y enrarece sus filas. Los terribles dorios del hierro, los ejércitos de las tres tribus, avanzan desde Iliria, salvan el Pindo, entran en la historia. Las fortalezas micénicas los detienen por algún tiempo (primeros Heraclidas); pero al fin estas fortalezas se entregan unos lustros más tarde (segundos Heraclidas). Y entonces los dorios, que al oeste han ocupado el Epiro, la Etolia, la Acarnania y la Élida, y al este, la Fócida, Corinto y la Argólida, se internan por el Peloponeso y se establecen en Laconia y, de viva fuerza, en Mesenia. Algunos aqueos se refugian en las mesetas de Arcadia, o en el Ática que por milagro se salva; la mayoría escapa hacia las islas y, de allí, al Asia Menor, donde ya no los ataja o cohibe el ahora derrumbado poderío hetita. Los dorios, o van en su seguimiento, o se confunden con ellos y logran afirmar su planta en Melos, Tera, Creta, Cárpatos, Cos y Rodas, pues parecen haber preferido el sur egeo. Las inscripciones de Ramsés III dicen que, por entonces, "las Islas están inquietas". También el continente lo está: el paso del hierro queda señalado por una senda de ruinas, desde Corinto a Esparta. Creta, en tanto, arde en los últimos incendios. La gente se ha vuelto montañesa, por miedo a las incursiones del mar, que un día fuera su dominio. Los micenios —se ha dicho— fueron los romanos de aquella primera Grecia que se llamó Creta; los dorios son los bárbaros de esta primera Roma que se llamó el mundo aqueo-micénico.

V. LOS CRETENSES EN EL MUNDO ANTIGUO

Relaciones exteriores. Egipto y Creta

RESPECTO a las relaciones de los egeos con los demás países, hay que declarar, desde luego, que la importancia de los fenicios, por algunos exagerada, parece disminuir por instantes. Los fenicios, en quienes algunos sólo ven unos traficantes de esclavos y buhoneros desleales, cuyo mal nombre perseguirá hasta nuestros días a los que heredaron sus oficios, y en quienes otros ven unos agentes del libre cambio comercial y cultural menos sedientos de conquista que los demás pueblos antiguos, casi no aparecen hasta el siglo XI como nación definida e independiente, cuando ya la grandeza egea ha sufrido serios descalabros. Los fenicios sólo se adivinan como sombras por los fondos de nuestro escenario, entre la tercera y la cuarta jornadas; circulan por el Mediterráneo oriental, ágiles e inasibles, verdadera nación flotante, mientras aqueos y dorios se revuelven difícilmente entre sí dejándoles por un tiempo el paso franco; y ya en los días históricos, harán por fin sentir su presencia, ofreciendo consistencia y bulto en aquellos sitios del Mediterráneo occidental donde, con los etruscos, se atraviesan al paso de las últimas expansiones helénicas.

Antes de que se definiera el pueblo fenicio, el término "fenicio" se aplicó de un modo general y significó muchas cosas: diversos pueblos, pieles-rojas, suelo de datileros, tierras bermejas, aguas eritreas, etc. Las excavaciones en Siria y Palestina, en la misma Biblos, comienzan a dar resultados; pero no hay por qué referirlos específicamente a la nación fenicia como hoy la entendemos. La tumba de un príncipe en Biblos contiene una vajilla micénica, junto con objetos egipcios de la XII Dinastía. Por otro lado, en Cnoso y en Plátanos aparecen cilindros de inequívoca extracción babilonia. Sin duda el porvenir reserva muchas sorpresas en toda la región siriaca.

Entre varios cultos cretenses y orientales, hay rasgos y tendencias comunes: así la Diosa Madre y su mortal y joven consorte; equivalencias de Atis o Kiniras, Adonis o Tamuz. Nuestras Señoras de las Serpientes, de las Palomas, de los Leones, parecen distintas formas de una sola y misma Astarté. Otro tanto puede decirse de la adoración de los vacunos y cabras. Los pesos y medidas del sistema babilonio, no sabemos si directamente o por mediación de Egipto, también se difundieron en Creta. En torno a estos extremos se han librado rudas batallas entre los "semitas" y los "antisemitas" de la arqueología helénica. Aquéllos alegan el testimonio de los griegos históricos, que siempre atribuyeron la civilización egeo-levantina a Minos, el hijo de la fenicia Europa: a Cadmo el tirio y a Dánao el egipcio, importadores del alfabeto, las leyes escritas, el caballo, el carro y la "pentecontera" o navío de cincuenta remos. Éstos contestan con el testimonio de los descubrimientos recientes, que van dejando inútiles las fábulas con que los griegos históricos disimulaban la ignorancia de su prehistoria.

El trato de los egeos con los abolidos mitanios es oscuro; y no deja de serlo, en cuanto a su época y su alcance, el que sin duda tuvieron con los hetitas, sucesores de los arcaicos anatolios, llámeselos como se quiera.

Los egeos comerciaban, al este, con los hetitas; al sur, con los egipcios; se alargaban por el Fértil Creciente; enlazaban la remota Chipre, entre cuyas selvas frecuentadas de palomas discurrió la infancia de Afrodita (en una de sus hipóstasis al menos), y cuyos cobres y preciosas maderas se disputan tres continentes. Aquí acomodaría prolongar este panorama hacia el Occidente, si al fin se demuestra que la civilización del Mediterráneo oriental sostenía relaciones, en las bocas del Guadalquivir, con una Tartesos anterior a las colonizaciones de fenicios y cartagineses (Schulten).

Aunque probablemente hubo factorías egipcias en Creta que datan de más de 3000 a. c., las relaciones entre ambos pueblos pueden darse por seguras desde 4000 a. c.; pero no es

lícito afirmar hasta ahora que Creta haya sido del todo avasallada por Egipto, a pesar de las jactanciosas inscripciones de algunas dinastías del Nilo. Tales inscripciones no tienen más valor que el título de "rey del mundo" entre los monarcas mesopotamios, el de "rey de Jerusalén" que todavía se adjudicaba Alfonso XIII, o el de "León de Judá" que se dará en nuestros días el rey etíope.

Dice con gracia un historiador que aquella civilización prehistórica, tras de atravesar etapas nebulosas, al cabo muestra su verdadera fisonomía cuando "emerge a la claridad del Egipto faraónico". Ojalá esta claridad fuera tan clara desde la época que nos ocupa. Veámoslo despacio.

Los egipcios hablan del mundo extranjero como del Gran Círculo, imagen cosmogónica parecida al Océano griego que rodeaba la Tierra, o tal vez figuración casi jeroglífica de todo el orbe geográfico que recorrían sus navegaciones circulares o las de otros pueblos conocidos, cuando, en sentido contrario a las manecillas del reloj, rodeaban los horizontes de Siria, Chipre, Anatolia, Creta, el sur del Archipiélago, las costas meridionales y occidentales de Grecia, acaso riberas italianas y quién sabe si las sicilianas, las orillas líbicas por último, para luego cerrar el ciclo en el Nilo. Dentro de este Gran Círculo, las poblaciones extranjeras pasan por tres estados: *1)* La gente de la retaguardia (*Haiu-Nibú*), o sea los que están detrás, que quiere decir los que están al norte, pues que los egipcios viven de cara al sur, por donde ven que se acerca el Nilo. Gente de la retaguardia pueden ser, para los de tierra adentro, los pobladores de los pantanos del Delta; o, en general, los que viven en las islas de "la Muy Verde", que así llaman a la extensión de las aguas septentrionales. Este término, que acusa todavía una gran dosis de ignorancia y "tapa con una palabra un agujero", pertenece más bien a la época del viejo imperio y luego fue cayendo en desuso según aumentaba el conocimiento; aunque, por tradición hierática, el *Libro de los muertos* lo emplea para designar a los difuntos, dioses y fieras que el alma encuentra en su viaje hacia el

Occidente. *2)* Los *keftiú*, la gente del norte o "normandos" de entonces, ya considerados como pueblos identificables, corresponsales del comercio, aliados o vasallos de Egipto. El término aparece en el medio imperio, pero lo emplearán sobre todo las inscripciones de la dinastía XVIII, siglo XVI a. C. *3)* Los "pueblos del mar", que ahora se presentan ya en condición de piratas y de invasores. El término corresponde a la nueva fase de las relaciones entre egipcios y egeos, dinastía XIX, siglo XIV a. C.

A lo largo de la historia egipcia ¿cuáles son los hechos, las evidencias documentales que muestran las relaciones con la talasocracia egea? En la cronología egipcia hay tres escuelas: la cronología corta, la larga y la intermedia, adoptada ésta por los historidores de Cambridge y más adecuada a nuestro objeto:

I. Periodo tinita, dinastías I y II, de 3500 a 3200 a. C. Nada se puede asegurar, pero hay muchos indicios. Los vientos del norte, dominantes en la región y que condujeron suavemente y sin contratiempo al pirata de la *Odisea* desde Creta hasta "el hermoso río Egipto", sin duda se encargaron de llevar en brazos, desde muy pronto, a las primeras piraguas cretenses que salieron por el sur. Evans advierte que desde entonces los minoicos labraban sellos en marfil, y que el marfil, ya fuera de procedencia siria o egipcia, sólo llegaba a la isla a través de Egipto, puesto que es imposible admitir relación directa entre cretenses y sirios o chipriotas antes del Heládico Medio, de 2100 en adelante. Cnoso poseía un vaso en sienita que procede de Egipto y que sólo puede corresponder al periodo egipcio que va de 4000 a 3200 a. C.

II. Periodo del viejo imperio menfita, dinastías III-VI, de 3200 a 2600 a. C., época de los grandes constructores de pirámides, que fueron también activos comerciantes. Tal comercio se refiere sobre todo al Oriente. Pero, por entonces, Creta usa las mismas copas y urnas de piedra dura, diorita, pórfido, etc., y los mismos sellos que los Faraones Snofru y Sehuré, dinastías III-V (3100-2900).

III. Periodo menfita-heracleopolitano, tal vez las dinastías VII-X, de 2600 a 2300 a. c. Hueco documental de unos tres siglos en cuanto a relaciones de Egipto con el exterior, y Faraones que duran muy corto tiempo: uno, dos, cuatro años. La leyenda tolemaica cuenta setenta reinados en setenta días. Entre las turbulencia interiores, los egipcios continuúan su importación de maderas y aceites de Siria y del país de los keftiú, acaso cilicios y cretenses. Creta adquiere en Egipto, durante las dinastías VI-XII (2800 a 2000 a. c.), sus vasos de arcilla, perlas de porcelana, sellos y figurillas.

IV. Periodo tebano del medio imperio, dinastías XI y XII, de 2300 a 2000 a. c. Creta exporta a Egipto sus famosos vasos de camares, cuyos ejemplares se encuentran en la aldea de Kahún, a las puertas de Faijun, donde se ocupaban obreros nacionales y extranjeros para la construcción de ciertas pirámides. Los ejemplares mejores de estos vasos alternan con los cilindros de Senusret III y Amenemhat III en Abidos la del Alto Egipto, vetusta capital de los enterramientos, donde se alza el templo de Osiris (2100-2013). En Cnoso, aparece una estatua de diorita que representa a un personaje egipcio de la XII dinastía. Circulan dos cuentos populares egipcios, uno en que notoriamente hay ecos del comercio con el Archipiélago e "Islas de los Víveres"; el otro, aventuras de Sinuhit, especie de abuelo de Odiseo con doce siglos de antelación, y bisabuelo de Simbad.

V. Periodo de los hiksos, dinastías XIII-XVII, hacia 2000-1580 a. c. Ausencia de documentos debida a las turbulencias internas y a la invasión de los Reyes Pastores. Pero ha aparecido en Creta un cartucho del rey pastor Jián (*c.* 1650), que hace sospechar la continuidad de las relaciones.

VI. Periodo del nuevo imperio tebano, dinastías XVIII-XX, de 1580 a 1100 a. c. La cronología se precisa y las concordancias con Grecia son más seguras. Con la dinastía XVIII (1580-1350), los monumentos dejan de ser mudos y sujetos a interpretaciones. Con las crónicas de los Tutmosis, Amenofis, Ramsés, aparece la verdadera historia, provista de fechas

y explicaciones. Por desgracia estamos ya en las postrimerías del minoico, y los textos egipcios, de aquí en adelante, sólo nos ilustran sobre el micénico y el dominio de los aqueos. Los *Anales* de Tutmosis III (1501-1447) hablan de "delegados del Faraón en las islas de la Muy Verde". Una estela de Karnak cuenta las victorias de Tutmosis III contra asiáticos, cretenses, cilicios, insulares varios, libios, etc. Los cuadros que aparecen en la tumba de un prefecto tebano de la misma monarquía representan una teoría de tributos. La inscripción dice: "Llegan y son bienvenidos los príncipes de los keftiú y de las islas que están en mitad de la Muy Verde". Los cretenses se reconocen por el bucle enhiesto, el busto triangular, la cintura estrecha, la esbeltez; aunque algunos creen que los vasos de los tributos son ya más bien micénicos. En otra tumba se encuentra un liquen medicinal que se exportaba de Creta, y que de allí se lleva todavía a los bazares de El Cairo. Se asegura que, en este periodo —la máxima influencia egipcia sobre el Mediterráneo—, los ecos del estilo egipcio son ya notorios en la tumba de la beocia Orcomenos conocida bajo el nombre de Tesoro de Minias. En Chipre, Rodas, Creta y Micenas, abundan fragmentos de alfarería egipcia, y se encuentran los sellos o escarabajos sacros de Amenofis III y de su esposa la reina plebeya Tii, a quien el Faraón amó sobre todas y a quien ofreció de presente la ciudad de Zalú. Éstos son, como lo advirtió Foucart en su memoria sobre los *Mystères d'Éleusis,* los primeros documentos fechados de la historia griega. Prueban que, cuando Dánao busca refugio en la Argólida, huyendo de Egipto, no se dirige a una tierra desconocida. Tras el siglo y medio de supremacía egipcia en el Mediterráneo, que va de 1530 a 1380, la inercia sostiene esta hegemonía hasta el fin de la dinastía XVIII (1350). La siguiente dinastía sufre las invasiones de los "pueblos del mar". Seti I (1320-1300) los derrota y conserva cautivos como parte de su guardia real.* Su hijo Ramsés II (1300-1234) combate ya con

* "Tras un par de siglos de apogeo (1500-1300), que conoceremos mejor cuando se descifren las tablillas cretenses y adelanten las excavaciones de Siria,

aqueos y dardanios, misios y troyanos que engruesan las filas de los hetitas. *El paso del Orontes,* del poeta egipcio Pentaur, especie de *Ilíada* oriental, cuenta esta campaña, a la que sigue una provechosa tregua. Hacia 1250, por tiempos de Minos y Teseo, es el apogeo de la Tebas egipcia, que tiene a raya a los piratas del mar. Pero éstos atacan nuevamente bajo Ramsés III (1200-1170), quien logra derrotarlos y canta así sus triunfos: "Ya puede la mujer salir otra vez a pasear por donde guste." Entre los sobrevivientes, algunos lograron establecerse en la Filistia, costa siria, y con ellos se encuentran seguramente algunos cretenses de la diáspora. La Biblia del Septante traduce el nombre "filisteos" (de donde, más tarde, Palestina), por "alófilos" o "gentes de otra raza". Por entonces se está elaborando en Grecia y en el Archipiélago la civilización que procuran reflejar la *Ilíada* y la *Odisea.*

VII. Periodo final, dinastías XXI-XXVI, de 1100 a 525 a. c., disolución gradual de Egipto, reyes de Tanit, sacerdotes de Tebas (1100-950); supremacía asiria, monarquías hebraicas y fenicias, David, Salomón, Hirom (1010-937). Conquista persa (525).

Las relaciones entre Creta, el Egeo en general y Egipto fueron, pues, muy estrechas. Algunos arqueólogos, entusiasmados, llegan a figurarse que los minoicos fundaron un puesto naval en las bocas mismas del Nilo, antecedente de Naucratis y de Alejandría. Nos cuentan que, en la propia isla de Faros, un Minos y un Faraón enviaron sus reclutas de obreros para

este periodo se interrumpe bruscamente por la reaparición de una barbarie indígena o extranjera, bajo la cual la sociedad y las artes egeas no se hunden sino a medias. Se trata menos de una revolución y una interrupción que de una decadencia o nuevo acomodo de sustancias. La comparación con los siglos más recientes de la invasión de bárbaros continentales, semejantes a esos descensos sucesivos que, en épocas históricas, vemos caer sobre la Hélade antigua y moderna, pillarla, someterla, diezmarla, alterar momentáneamente su estructura étnica y arruinar o perjudicar su civilización. Tales, antes de nuestra era, los dorios del siglo XI, los macedonios, los epirotas y romanos de los siglos III y II (sin hablar de los persas del V y los gálatas del II); y tales, después de Cristo, los vándalos y godos de los siglos IV-V, los eslavos y válacos de los siglos VIII-IX, los francos del XIII, los turcos del XV-XVI, los albaneces del XVII-XVIII" (V. Bérard). Estos pueblos del norte ¿son ya los aqueos históricos?

edificar un malecón de 600 m. y un rompeolas de dos kilómetros, encerrando una presa de sesenta hectáreas, precedida por un vasto estanque y antepuerto, lo que daría espacio para más de un millar de naves (Evans).

Como quiera, es legítimo presumir que los navegantes egipcios, quienes lo mismo frecuentaban las escalas del Mafkat y del incienso por el Mar Rojo que las escalas de la madera por el Mediterráneo, necesitaban del cedro del Líbano como del ciprés cretense para sus astilleros. Este ciprés era famoso, y Egipto lo prefería en sus ataúdes, floreciente industria nacional, aunque de exclusivo consumo interno. Además, los pueblos del Nilo se proveían en el Archipiélago y en la zona helénica de materias minerales y vegetales: arcilla plástica, yeso, esquistos pizarrosos, esteatita de Creta, obsidiana de Melos, esmeril de Naxos, oro y plata de Sifnos, Taso, Laurio, ámbar y estaño del Poniente y del Norte. Y aun parece que, en el III milenio a. c., se exportaba el producto de ciertas minas que había junto a la Gurnia cretense, de que se extraía cobre, y donde también se fundía bronce con alianza de un 10 % de estaño. Por otra parte, las islas egeas fueron siempre verdaderos almacenes de provisiones de boca (*bíotos*, dice Homero). Y, con el entrepuente de Creta —seiscientos kilómetros que se navegaban cómodamente a vela y a brisa—, resultaba fácil meterse después por entre los canales del Archipiélago, en que era ya más prudente recoger velas y bogar a remo, a fin de evitar escollos y bajos, y otros accidentes a que exponen los violentos soplos del norte o las calmas exasperantes.

VI. LA URBE, LAS CASAS, LOS PALACIOS*

GRECIA, decía Heródoto, recibió en su nacimiento el aguinaldo de la pobreza. Sólo conocerá los esplendores del lujo a la hora de su agonía, cuando se disloca el antiguo régimen de ciudades y aparecen las monarquías macedónicas, de sabor ya tan oriental. Todavía a fines del siglo IV a. C., Demetrio Faléreo deslumbraba y casi ofendía a sus contemporáneos, por sus pisos de mosaico y vasos de flores a la mesa. Los vestigios de la civilización minoica revelan, en cambio, una extraordinaria opulencia.

Son los cretenses pueblo de constructores y navegantes: edifican en tierra y agua. El aprovechamiento generoso del mar y del metal está en la base de su cultura. Mientras de la silvestre Arcadia nada sabemos, aunque su gente se jactará más tarde de que sus abuelos eran anteriores al nacimiento de la Luna; mientras la Beocia o la Tesalia arrastraban todavía una oscura existencia —pobres moradores de aduares y cogedores de higos—, en Creta florece ya una corte deslumbrante y fastuosa, y ha nacido el verdadero urbanismo. El escaso suelo obliga al desarrollo de industrias y de tráfico marítimo, con su tanto de piratería, honor de entonces. Las activas transacciones comerciales usaban piececitas y anillos de oro, plata y cobre, moneda rundimental sin ley ni cuño.

Esta economía levanta ciudades pavimentadas y encarama casas de varios pisos. Cnoso es la capital deslumbrante, imán de las islas egeas; Festo es la población del puerto, que acompaña y completa a Cnoso como el Pireo a Atenas; Gurnia, la primera Polis mecánica o urbe de artesanía; Haguia Tríada (Santa Trinidad), "villa" y estación de placer, la primera residencia veraniega de que haya noticia; Praisos es tipo de

* Publicado bajo el nombre: "Evocación de Creta", en *Ideas de México*, julio-agosto de 1954 [año IV, vol. I, Nº 6, pp. 230-235. Reyes, en su *Diario*, a 28 de diciembre, anotó: "...José Pascual Buxó con *Ideas de México* y mi artículo: EVOCACIÓN DE CRETA": vol. 12, fol. 151].

la aldea agrícola; Zacro es ciudad mercante; Pétrofa es notable por su santuario; Palaicastro, cada vez más inclinada al tráfico marítimo, muestra la acelerada evolución de los puertos, la riqueza de los armadores que amontonaban en sus casas las obras de arte y los lujos femeninos. Aun en los islotes estériles, Pseira y Moclos llegan a ser famosas; esta última sobre todo, por la opulenta necrópolis cargada de riqueza arqueológica, en que se descubre el trato con Egipto, Babilonia y Chipre.

No ha de imaginarse que tanta grandeza brotó en un día. En el *Prometeo* de Esquilo queda el recuerdo de los primitivos que "habitaban, como frágiles hormigas, bajo la tierra, en el fondo de las cavernas donde nunca penetra el sol". Los griegos tenían ya noción de aquellos Cíclopes o trogloditas que no sabían labrar el suelo y, como Polifemo, por la noche cerraban su cueva con una roca para resguardar el ganado que de día llevaban a pastar. Estas imágenes corresponden más o menos a los orígenes de todos los pueblos. Los cretenses, se conformaron un día con habitaciones rupestres, como las de Miamu, Escalaes y Magasa. Quiere esto decir que los cretenses, como todos los pueblos que arrancan del neolítico, fueron un día muy humildes. Comenzaron por habitar en cuevas, sobre todo en alturas, abiertas a oriente para recibir el primer sol. Y cuando aparecieron moradas y casas, las cuevas siguieron sirviendo como cementerios y lugares del culto. Una cierta gravedad conservadora de la religión minoica quiso, en cuanto a sitios sacros como en cuanto a objetos e indumentaria, que las adoraciones algo rústicas, se quedaran en la etapa de los orígenes.

A la cueva debió de suceder la primera construcción, la cabaña de ramas y juncos, techada de arcilla y con el suelo de tierra apisonada. En Festo se ha encontrado un "fondo de cabañas". Demasiado débiles para resistir la intemperie, estas construcciones iban amontonando sus despojos de siglo en siglo. En Cnoso hay una capa semejante que alcanza de seis a ocho metros.

Todavía el trazo redondo de la cabaña como que quería recordar la curva interior de la gruta. Y Cnoso muestra todavía vestigios de muros redondos. La tumba en rotonda, o *tholos*, perpetúa esta vetusta tradición de las primeras moradas. La rotonda pronto se ensancha y se cambia en óvalo o elipse, por su afán de recoger de una vez en su seno todas las cabañas de un mismo clan. De aquí a concebir los cuartos interiores no hay más que un paso, un paso que también era una simplificación y un ahorro de esfuerzo. Así se ve en la casa de Chamaizi: elipse con muros rectos como radios. En Magasa se ha encontrado ya una evolución hacia el trapezoide. Conquistado el tipo cuadrangular, como en la casa de Vasiliki, se ve la ventaja de poder ir añadiendo a voluntad nuevos locales.

Esta morada colectiva del clan ¿no era al fin y al cabo la de Príamo, con sus cincuenta hijos y sus nueras, con sus hijas y yernos? ¿Nestor no tenía en casa a sus hijos, seis nueras y varias hijas ya casadas?

La organización social y la arquitectura se corresponden. Y así como en la evolución de las sociedades se pasa del *genos*, la gran familia o clan, a la pequeña familia o familia propiamente dicha, en individualización progresiva, así la célula de compartimientos interiores acaba por disgregarse. Las casas de Gurnia constan ya de dos o tres cuartos: la familia ha vencido al clan. Una evolución semejante hasta llegar a la sepultura individual (a veces tumbas, a veces cajas móviles de arcilla o *lárnakes*, a veces tinajas o *pithoi*) puede trazarse para las "casas de los muertos". "Entre las tumbas individuales y las tumbas colectivas de lejanas centurias, hay todo el intervalo que separa la autonomía familiar de la autonomía monárquica" (Glotz). Pues la monarquía de última instancia significa, en efecto, el triunfo de la tendencia individualista sobre el gregarismo arcaico, y el resalte de la persona humana. Paralelamente, los antiguos clanes dispersos han cedido poco a poco el sitio a la urbe. De donde nacen las grandes ciudades cretenses. Los invasores griegos, habitantes toda-

vía de ranchos y campamentos, nunca habían visto aquellas filas de casas de uno, dos y tres pisos, mansiones suntuosas y calles entrecruzadas en torno a un palacio. La sorpresa deja escuchar un eco lejano en las palabras de Homero, que reflejan aún el deslumbramiento ante aquellas urbes populosas.

Residuo sin duda tan práctico como religioso de la era de las cavernas, se prefirió la entrada por el Oriente o sol levante para los *tholoi* funerarios, la casa rectangular y el santuario. De aquí resultó el trazado de calles de este a oeste y de norte a sur, regla del *cardo* que aún priva en las casas etruscas y en los campamentos romanos, acaso derivada allá de los "terramares" italiotas. La *Roma quadrata* tenía su *cardo maximus* de norte a sur, que la dividía en dos mitades, y su *decumanus maximus* de este a oeste, que dividía cada mitad en dos barrios. Paralelamente, completaban el ajedrezado unos *cardines* y *decumani* menores. Otro tanto sucedía en Creta, también aquí con las ligeras desviaciones causadas por el viaje del sol, según la época del año, respecto al Este astronómico verdadero, que el hombre prehistórico no podía calcular.

Adobe, vigas, yeso arcilloso y empedrado componían la casa modesta. Unas cincuenta placas de losa —vestigio inestimable— dan clarísima idea, a lo menos cuanto a fachadas, de la casa burguesa y acomodada, con numerosas ventanas y varios pisos; y las ruinas y señales del suelo permiten sospechar el resto. Hay casas de adobe blanqueado, las hay de piedras con mortero de arcilla; las hay, sobre todo, de madera. Cal, yesos, estucos de aspecto alabastrino y marmóreo, eran de uso constante y se prestaban para recibir los frescos y pinturas murales a que el cretense era tan aficionado. Los techos, como si recordaran también el cono de la primitiva choza, son a veces unos sombreros piramidales; más generalmente aún, son planos. Las terrazas y azoteas eran apropiadas al clima, y distinguen al instante la edificación cretense de la micénica, que prefería techos de dos aguas. En Creta, como en el palacio de Circe la encantadora, se podía dormir al aire libre. Los

techos planos convidan también a extender la morada con aquella característica asimetría. La asimetría es tal que suele relegar la puerta principal a un ángulo de la fachada. Hay despensas cerradas en los entresuelos; y en Gurnia —por las desigualdades del basamento—, casas adonde se entra directamente por un lado al segundo piso, y por otro lado al primero. Los pilares y columnas, de muy caprichosa disposición, a veces son indiscutibles sostenes arquitectónicos, otras parecen no tener más que una significación religiosa. Curiosos patiecillos aseguran por todas partes la iluminación interior. Las ventanas, que nunca faltan, suelen llevar alguna cortina translúcida, acaso pergamino aceitado. El hogar no tenía un sitio fijo y sacramental, como más tarde entre micenios y griegos. Se cocinaba al aire libre. Los pocos días en que hacía falta, se encendía un brasero para calentar la habitación. Este sistema, dicen los mitólogos, no permitió que apareciese aún el culto de Hestia, diosa de los fogones fijos. Los desgües —verdaderas tuberías de terracota e ingeniosísimos sistemas—, lo mismo se usaban para las casas que para las calles, asegurando servicios higiénicos que Versalles ignoró en absoluto.

Los palacios de Cnoso y Festo, aunque sumamente espaciosos, porque dan habitación a una muchedumbre, no están trazados, como los egipcios, para impresionar por su sola magnitud. Centros de la talasocracia minoica —la Confederación de Cien Urbes, que decía Homero—, son más bien ciudadelas reales, abiertas al exterior y laberintosas por dentro, cuyo resguardo se confiaba al poder naval, que entonces no admitía competencia. Más tarde, los fenicios mismos eran incapaces de dar alcance a las estrechas embarcaciones cretenses ni de sostener con ellas un encuentro. El Laberinto, construido por Dédalo para servir de morada al Minotauro, y todavía recordado en las monedas cretenses del "periodo griego" —siglo IV a. C.—, es ficción poética que evoca a su modo los monumentos minoicos. Había "pozos de luz", ventanales, pórticos en esquina, crujías de varios niveles, pasadizos, ga-

lerías, escalinatas, patios, terrazas, salones, almacenes y dependencias, y hasta un anfiteatro. El servicio de baños, agua potable, juegos de aguas y canales de lluvia —desconocido en Egipto— hubiera sido todavía envidiable hace una centuria. Los interiores están profusamente decorados con pinturas y frescos de vivísimos tintes.

Entre los espectáculos y concursos de los estadios, abiertos a la nobleza y al pueblo (en un muro se ve un palco de damas), encontramos las primeras corridas de toros: los atletas semidesnudos de ambos sexos volteaban ágilmente sobre los cuernos del animal, caían de pie en el lomo y de allí saltaban al suelo. Es de creer que había acompañamiento de música: los cretenses contaban con ciertos instrumentos miles de años antes que Grecia.

Juzgados según los cánones griegos, aquellos grandes hacinamientos de cuartos ligados por corredores carecen de estilo y armonía. En cambio, satisfacen admirablemente las necesidades del príncipe y su corte, por la comodidad, ventilación, iluminación y demás exigencias de la vida doméstica; por la solución, que hoy llamaríamos "funcional", dada al problema de la relación entre los diversos departamentos, la elegante superposición de las terrazas, las hermosas vistas al exterior. Almacenes, habitaciones privadas, salones de corte, salas de guardia, teatro y talleres están distribuidos en un orden perfecto. No hay templos a la manera asiática o helénica, no hay residencias lujosas o colosales para los dioses. Los príncipes eran sacerdotes y tenían santuarios, más bien modestos, como uno de tantos servicios dentro de palacio. Y la religión general seguía refugiándose en las cuevas, sotos y eminencias al aire libre. El Versalles de Cnoso posee también, junto al Gran Palacio, su Grande y su Pequeño Trianón, que así se ha dado en llamar respectivamente al palacete del oeste y a la "villa" real del este. En cuanto al palacio de Festo, construido sobre una Acrópolis de cuatro niveles, es notable por los efectos obtenidos gracias a la misma desigualdad del suelo. Impresiona sobre todo por su vista exterior.

Haguia Tríada, en cambio, impresiona por sus riquezas interiores y por ser como un compendio de la arquitectura cretense, en pequeña escala.

Las reconstrucciones hipotéticas de Sir Arthur Evans, como la "visita de las damas", recuerdan las abigarradas calcomanías infantiles. Aquella civilización era colorista. Henri Berr siente que aquel mundo tan singular obliga a comparaciones constantes con las cosas de ahora: "Aquella realeza blasonada de flores de lis, aquella Nuestra Señora del Monte o de las Olas, aquellos símbolos plásticos —el número tres o la cruz— la cabecita de *la parisiense de Cnoso* (como suele llamársela), los boxeadores y toreros, todo ello parece acercarnos a una existencia de que, sin embargo, nos separan miles de años." Aún extraña que la novela histórica no se haya atrevido con el mundo cretense, intentando sus reconstrucciones imaginarias. Se concibe bien un relato que nos dijera cómo el rey, tras de solazarse durante el invierno con las corridas de toros de Cnoso y tras de echar la cuenta de sus jarras de aceite y vino, se dirige durante el verano a su reposo de Haguia Tríada, donde juega a las damas con sus favoritas, en aquel tablero incrustado de piedras preciosas que es una de las maravillas de la arqueología cretense.

Hasta donde puede inferirse por los documentos, la idea del Estado ha vencido ya aquellas resistencias del grupo familiar que a la vez retardaron y robustecieron en su día el desenvolvimiento político de los indoeuropeos, y se ensaya —en cierta medida— una suerte de comunismo marítimo.

La religión misma era institución pública y no doméstica, al punto que aquellas ceremonias inspiradoras de los futuros Misterios helénicos se practicaban en Creta a la vista de todos. Los príncipes, como se ha dicho, eran sacerdotes; los nobles, cortesanos; y el pueblo se acogía al favor de la burocracia palatina.

Un sistema gráfico propio, que pronto evoluciona desde el jeroglifo hasta la escritura lineal, en un proceso indepen-

diente de Egipto, no nos revela todavía del todo el secreto de lo que aquellos hombres pensaban.

Cuanto vestigio conservamos de aquella civilización, tan recientemente evocada por la vara mágica de los arqueólogos, muestra una manera de vivir aereada y democrática, anuncio ya de la vida helénica. El monarca no es, a la oriental, un ser inaccesible y sagrado, sino un huésped insigne que recibe y divierte a su pueblo dentro de su propia mansión. El pueblo vive dado a los deportes y artes, combates navales, fiestas de toros, procesiones agrícolas, danzas extáticas. La amistad, aunque sea accidentada, entre pueblos independientes, que rivalizan y aun bregan a veces unos con otros, pero participan en igual concepción del mundo y se necesitan y completan, ha de ser, en adelante, el rasgo saliente de la historia griega, ya prefigurada así en la cretense. En esta educación valiente y arisca, la naturaleza humana despliega sus más vastas posibilidades.

[*1954*]

VII. LA APARIENCIA HUMANA Y LA INDUMENTARIA

¿QUÉ GENTE discurría por aquellas plazas, calles y palacios? Se ha comparado el tipo cretense al japonés, porque en el arte de ambas naciones se nota el empeño de expresar la agilidad de la raza exagerando la estrechez de la cintura, y también por la pequeña talla predominante. Pero si, más tarde, los cretenses dispersos fueron a poblar la antigua Filistia y —como explicaba Renan— parecían, por su atlético desarrollo y su estatura, verdaderos gigantes a los ojos de los hebreos (de donde la historia de Goliath y David) ¿cómo explicar esta transformación? Ni el tiempo ni el espacio que median entre uno y otro estado, ni el cambio, tan leve, en las condiciones físicas del ambiente, explicarían este salto de la naturaleza. Parece mejor suspender el juicio. Limitémonos por ahora a admirar aquella población abigarrada de hombres-avispas. Seguramente que el espectáculo humano era muy distinto del que siglos más tarde, ha de ofrecernos Grecia. Tampoco la apariencia de la cretense recuerda en nada a la mujer griega. En vez de la famosa nariz recta que prolonga el rasgo de la frente, la nariz de la cretense no disimula ciertas audacias. A veces, como en la figura llamada "La parisiense de Cnoso", se ve la nariz de trompetilla. El ojo es el ojo de venado. La boca, atrevida y carnosa. El encanto de la cretense está hecho de irregularidades. Nos figuramos que su trato mismo hubiera desconcertado grandemente a una dama griega.

Curioso advertir que aquella gente "cuidaba la silueta", como hoy se dice —y se hace: entre los cretenses se usaba una yerba para adelgazar. Y a juzgar por los relieves egipcios que representan a los "keftiú" cretenses, los torsos masculinos se distinguían por su atlético diseño en triángulo, anchos de hombros y estrechos de cintura. Aunque los cretenses se

aficionaron desde el siglo XVI a. C. a usar cabellos largos, no soportarán la barba sino más tarde, a partir de los tiempos de la influencia micénica. Abundan los depósitos de navajas y pinzas depilatorias. Los personajes barbados que, por excepción, aparecen en las representaciones artísticas —al contrario de lo que sucederá en Micenas— son generalmente guerreros enemigos. El tatuaje muy pronto desaparece, como en Grecia, y siempre fue cosa levísima.

En general, el parangón con la vestimenta cretense de la gran época no ha de buscarse en los tipos clásicos, sino —cosa singular— en ciertos modelos modernos. Por supuesto que en la época primitiva todo se reduce a taparrabos de piel, a los que se solía dejar la cola en su sitio, atavío que se conserva como por respeto a los abuelos en las ceremonias del culto. La desnudez completa no aparece aún: será cosa del pueblo griego, que considera como sentimiento bárbaro el pudor de los prehelénicos. Los tejidos lanares de los cretenses corresponde ya a los tiempos más adelantados. "En Creta, los hombres vestían con extrema simplicidad —cinturón y calcillas— y están libres de aquel afeminamiento que darán a los grecorromanos los mantos de largos pliegues y las telas flotantes" (Glotz). El vestido femenino cambia mucho. Al torso desnudo del hombre responde el busto desnudo de la mujer. La falda femenina es también usada por el hombre para los actos palatinos o religiosos y equivale a nuestra toga y nuestra sotana. Por su parte, la mujer adopta el arreo sumario del hombre cuando figura en actos atléticos. Siempre es fácil distinguir las imágenes masculinas de las femeninas, y no sólo por la turgencia del busto, característico de éstas, sino también porque la mujer es blanquecina y el hombre rojizo y atezado. El taparrabo mediterráneo, suelto o atado en calzón, o una bolsa de cintura con bocas para las piernas, como en la Europa del Renacimiento, eran los adminículos generales del hombre. El verdadero calzón ajustado hasta medio muslo representa siempre extranjeros, demonios, seres raros o adversos. El cinturón, más o menos ornamentado y enriquecido

con rosetas y placas metálicas, aun de oro y plata, siempre se lleva muy ceñido. Los personajes muestran a veces cascos con esclavina, que parecen provistos de ciertas láminas metálicas. Y cuando las figuras masculinas no llevan el pelo largo, suelen aparecer con turbantes, boinas y aquel sombrerillo griego llamado "petaso". Las pellizas o las chalinas de lana resguardan a los viandantes y carreros contra el sol y el calor. En los interiores, hombres y mujeres andan descalzos, de puertas afuera, usan botas o sandalias de variada fábrica. (La palabra misma "sandalia" es de origen prehelénico). Esto explica que las escalinatas exteriores de los palacios aparezcan muy gastadas, y las escaleras y pavimentos interiores, aun los más delicados, en notable estado de conservación. Todavía los héroes homéricos sólo se calzaban para el combate, y mucho después, la "Victoria áptera" se descalza cuando acaba de pelear. Pero donde es inevitable la evocación de las modas modernas, desde el Renacimiento hasta nuestros días, es en la caprichosísima indumentaria femenina. Los vestidos clásicos daban a las griegas y a las romanas una majestad estatuaria. Las cretenses nos parecen más bien muñecas. A la complicada confección ha contribuido sin duda el que, en vez de la "fíbula" griega —el molesto imperdible— en Creta se usaba la verdadera costura. Las damas —la curiosa tiara por sombrero; la manga corta, justa o de globo; enguantadas tal vez; muy ceñido y "encorsetado" el corpiño de pasamanerías multicolores; ya luciendo polonesa, bolero o delantal ornado; ostentoso y aun abultado el cinturón, y la falda de galones en varios sentidos o de abigarrados volantes caída hasta los pies, cuando no rígidamente cónica, o en campana, o abombada como crinolina— apenas llamarían la atención entre los figurines de nuestras bisabuelas. Ni siquiera faltan el cuello Médicis, el nudo Watteau. Y aun el llevar los senos a la vista, desnudos o en transparente camiseta, fue costumbre, aunque no general, del Directorio, y es rasgo que acaso se relaciona con los cultos nutricios de la Diosa Madre; los cuales, como antes dijimos, a su vez explican cierta dignidad, cierta igual-

dad concedida a la mujer en Creta, y que no encontramos después en las civilizaciones vecinas y cercanas.

La toga larga, talar o rozagante, como para los hombres, era más bien prenda ritual. La capa corta o la pelerina sin mangas eran sustituidas, para andar en coche, por un verdadero manto. Descalzas más a menudo que los hombres, a veces las mujeres llevan botines hasta provistos de tacones. Entre los muchos y fantásticos sombreros y tocas, ya civiles o sacros, aparecen el "polos" tanagrino, los bonetes de plumas, penachos, flores, turbantes, capiruchos de curioso dibujo.

Tanto en Creta como en Micenas es característico de hombres y mujeres el uso y abuso de anillos y pesadas alhajas, collares, brinquiños, brazaletes aun en el biceps, piedras preciosas, prendas de oro repujado. Las perlas blancas y azules se ensartan en cuatro y cinco hileras, alternando con el ágata, el ónix, cuarzo, cornalina y lapislázuli. Hay pendientes variados con unos motivos florales, aves, toros, leones. Abundan los adornos del pecho y del peinado, aunque nunca se llega a aquel extremo de opulencia oriental que se encontró en el Tesoro de Príamo: el aderezo troyano para la cabeza de sesenta y cuatro cadenillas con figuras de ídolos. Los personajes reales lucen flores de lis y verdaderas diademas. Los frescos en miniatura de Cnoso, donde se ven los palcos de los estadios cretenses, nos muestran a las señoras de palacio con el moño en la nuca, los rizos en la frente, los bucles por las sienes, las coronitas de oro: tales, observan los arqueólogos, como concurrían a la ópera las bellezas de la corte imperial en tiempos de Eugenia.*

* [Enviado por Reyes como colaboración Nº 19 a la ALA (American Literary Agency) de Nueva York, bajo título de "La antesala de Grecia", con el que apareció en *La Opinión* de Los Ángeles, California, y en *El Porvenir* de Monterrey, N. L., 16 de febrero de 1958; en *El Tiempo* de Bogotá, Colombia, y en *México en la Cultura* (Suplemento de *Novedades*, México, 2ª época, Nº 467, p. 3), el 23 de febrero; y en *El Diario de Hoy*, de San Salvador, El Salvador, 2 de marzo de 1958. En estas publicaciones periodísticas, el ensayo tiene un primer párrafo, aquí suprimido, que comienza y termina así: "Consecuencia de las invasiones y vicisitudes... Pero veamos más de cerca este mundo de fantasía."]

VIII. LAS ARTES EN GENERAL

ALGÚN filósofo contemporáneo, al presentar a un nuevo poeta hace algunos lustros, confesaba en sustancia cierta disposición de ánimo que, aunque no general, está mucho más difundida de lo que parece. Reducida su declaración a un descarnado esquema, ella viene a decir que es imposible vivir la vida cotidiana entre objetos bellos; que las cosas de uso diario han de ser algo rudas y neutras; que una copa labrada por Benvenuto quita de antemano la sed.

No han pensado así todas las razas. El cretense experimentaba sin duda la necesidad de rodearse de belleza y bellezas.

> El instinto (estético) obraba sobre los cretenses desde los días en que habitaban las chozas primitivas: ya entonces eran dados a conservar superfluidades a las que concedían singular atención: un colmillo de elefante una vértebra de ballena. No bien aprenden a disponer del metal, cuando ya labran dagas de plata y, sin transición, ejecutan alhajas de incomparable variedad y finura. Para guardar sus vinos de calidad y su aceite, necesitan jarros preciosos. En la mesa, quieren ver cántaros y copas elegantes, brillantemente exornados y cincelados con finura (GLOTZ).

Más aún, a diferencia del egipcio o del mesopotamio, en quienes siempre el esfuerzo artístico lleva un sobrentendido de orgullo, jactancia, adulación al monarca, halago a las divinidades, preocupación religiosa de ultratumba, necesidad de adormecerse en la contemplación de las moles y los espacios inmensos —anticipos de la eternidad—, el cretense amaba la belleza por la belleza, el encanto de las formas, los colores, las luces, en sí mismos y por sí mismos, y a tal punto experimentaba esta necesidad estética, que lo mismo estilizaba y corregía su propio cuerpo, según hemos visto, que se ro-

deaba de adornos, juguetes y fruslerías de delicada factura y valor artístico innegable, o revestía de frescos y pinturas sus muros, o complicaba los motivos de la decoración en mansiones, telas y vestiduras, o se amañaba para obtener en sus interiores las caricias de la iluminación oblicua, y encuadrar en sus balcones y terrazas los estupendos paisajes de su cielo, su montaña y su mar.

Los objetos artísticos, verdaderas obras maestras muchas veces, están al alcance de todos. La posible emulación entre los clanes de antaño no queda ahogada bajo la mano unificadora del Minos. Las distintas ciudades, en torno a Cnoso, conservan sus riquezas, y por el oriente se derrama aquel hormiguero de museos vivientes. Arte e individualismo se juntan para producir la profusión de sellos, cada uno hermoso a su manera, con los que cada vecino (y no sólo el rey y los dignatarios) quiere bautizar y marcar sus propiedades, sus actos contractuales, todo lo que es parte de su persona corporal. Pese al filósofo palurdo, este amor para lo que contemplan los ojos y palpan las manos —reverso del ascetismo— es también una garantía moral de otro orden, una prenda de salud innegable, un dón sin el cual el sujeto humano se precipita vertiginosamente hacia el salvajismo. En una sola generación puede un grupo social descender hasta el nivel zoológico, por sólo el descuido y el abandono del universo físico que lo rodea y cuya guarda ha sido confiada al ínclito "pulgar oponible".

Escasos de metal, privados de mármol, tallan o muelen, como en el estuco italiano de yeso duro, sus excelentes rocas calcáreas; usan en policromía la piedra jaspeada que les brindan los litorales de Mirabello y Kakon Oros; burilan la preciosa esteatita negra y verde, opaca o translúcida; hornean sus arcillas amarillentas. Al fin aparece el metal. Las artes del fuego se multiplican. El torno de alfar se desarrolla sensiblemente entre los siglos XXI y XVIII. La fibra mojada, la arena fina, el esmeril, ahuecan las piedras en vasos. Sin llegar al temple del bronce, poseen ya pequeñas sierras y segue-

tas para todo uso. Aplican el color al estuco blando y crean el fresco sin retoques. Las artes y las industrias se enlazan. "El broncista conocía los secretos del orfebre y proporcionaba modelos al alfarero; la pintura mural iba poco a poco prestando sus motivos a los vasos, a la escultura, a la glíptica y, por combinación con la plástica, remplazaba el fresco liso por el estuco de relieve pintado."

En el desenvolvimiento de las artes cretenses se dejan sentir, por supuesto, las influencias de países vecinos. El Asia apenas ha dejado huellas en la imitación de algunos cilindros babilónicos y en la copa de dos asas que la Troya II difundió por las Cícladas hasta Creta. Pero el Egipto ha dado modelos de urnas y jarros, y ha enseñado el uso de los sellos y la fabricación de la loza, amén de temas decorativos como el cinocéfalo, la diosa hipopótamo y los grifos, o la práctica de representar con la piel blanca a las mujeres, y rojiza a los hombres. Las Cícladas eran puente entre la Grecia septentrional y Creta, y por este camino parece haber llegado aquí el muy difundido motivo de la espiral. Pero éste como los demás asuntos y prácticas eran inmediatamente adaptados al gusto propio de la isla, al punto que aun las más rígidas y vetustas formas hieráticas parecen ahora rejuvenecidas, audaces y flexibles. "El grifo de la Dinastía XVIII, león que no sabía usar sus alas, se arrebata y se lanza al vuelo y, cuando vuelve a las riberas del Nilo, ya nadie lo reconoce en su patria de origen." La pobre espiral del continente, con sus círculos concéntricos ligados por una tangente, se enrosca ahora en ricas y soberbias revoluciones y se carga de brotes lineales y foliáceos, como una planta que reverdece.

Es característica la ausencia de convenciones o la facilidad para mudarlas. Antes de que se adoptara el principio de la piel roja y la piel blanca, y para evitar la confusión con estos tintes que hacían el fondo de los frescos, hay figuras de hombres con piel amarilla o azul. Tras tantear con verdadera volubilidad varias direcciones —efecto de la misma libertad que buscaba el arte por la belleza sin subordinarlo a otros

principios— el cretense parece "estilizar" el dibujo y la policromía en los ornamentos florales y geométricos, mientras el escultor continúa imitando la vida. Pero, cuando la pintura se ha ejercitado ya lo bastante para juntar rectas y curvas en triglifos, entonces entra también triunfalmente en la representación cabal de la naturaleza, con ingenio e ingenuidad dignos ya del aduanero Rousseau. Nada escapa entonces a la retina cretense, ni el balanceo del paso del pescador en la playa, ni la coquetería de la princesa en el palco real, ni el estremecimiento de las muchedumbres en fiesta, ni el galope del toro bravo, ni los saltos alacres de la gamuza montaraz, el desmayo del tulipán que empieza a doblarse, o la esbeltez altiva del lirio. Y —gran novedad traída por este pueblo de navegantes— el pez volador que abre sus alitas en el aire y las repliega en el agua, o las alternancias del delfín que parece girar sobre la superficie marina como rueda de aspas, o los tentáculos y ventosas del pulpo y del argonauta, o esas mil formas indecisas y extrañas que dudan, en los fondos acuáticos, entre la semiconciencia de la planta y la naciente iniciativa animal. Esta marea creciente reclama por primera vez su sitio en las artes plásticas.

La cultura grecorromana nos ha dejado una profusión de figuras en pequeña escala —las decoraciones de los vasos— y escasas muestras de pintura mayor, entre las cuales no hay una sola obra magistral, de que sólo nos han llegado las referencias literarias. De los cretenses poseemos la pequeña y la gran pintura. Los muros embadurnados de rojo, que aparecen desde el tercer milenio a. c., van progresando hacia el estuco pintado, y ya Festos y Cnoso están llenas de imágenes multicolores. Comienzan a asomar figuras humanas. El "cogedor de azafrán", azul entre flores pálidas, salta por las rocas con graciosa torpeza.

En el segundo palacio, es ya manifiesta la rutina o convención para representar la piel, la cara de perfil lleva el ojo de frente —a la egipcia—, no hay sombras; la perspectiva es aún la pobre perspectiva jineta. Pero la factura, la técnica,

han progresado: se imitan las vetas del mármol, se trazan laberintos de grecas, se juega con las espirales, se alinean en festón ornamental los escudos bilobulares, se encuadran las rosáceas triples, se prepara el triglifo. Y, sobre todo, la pintura descuella en plantas, animales y aun personajes. Así las decoraciones de tamaño natural en ciertos palacios de Haguia Tríada: el paisaje, entre rocas revestidas de yedra, los matojos, los lirios encarnados y las singulares flores híbridas; el toro que se acerca pesadamente, la liebre que escapa; el gato, sigiloso y lento, pronto a saltar sobre el descuidado gallo silvestre; y en fin, en el sagrado edículo que rodean los mirtos, la danzadora mística de rozagantes vestiduras, mientras la sacerdotisa arrodillada va recogiendo unas florecillas.

La alfarería policroma es exquisita. Sorprendente la vivacidad de sus motivos florales. La figuración de la fauna terrestre y marítima alardea de libertad y de movimiento. Sólo en los ejemplares del último periodo se nota ya cierta influencia estilizadora de Egipto. La jarra sin boca y con un pitón en el cuello da idea de un refinamiento elaborado durante varias generaciones. Las imágenes crisoelefantinas son encantadoras. "Frescos que recuerdan el naturalismo de la pintura japonesa, relieves de colorido estuco cuyo realismo no ha sido superado, pedrerías y gemas, marfiles y esteatitas cuya fina cinceladura sólo igualará el Renacimiento, cerámica para entusiasmar a nuestros devotos del asperón flameado y la loza más peregrina, 'bisutería' de elementos florales, realzada de esmaltes y joyas, como apenas han comenzado a fabricarla otra vez nuestros Lalique. . ." (A. Reinach). "Los pintores ceramistas y orfebres cretenses fueron "animalistas" de primer orden: toros galopantes o furiosos, revezos, gatos contraídos para el salto, y todas las bestias del mar tan familiares a aquellos isleños —delfines, peces voladores, pulpos— han sido representados con un dibujo sencillo y resuelto, que algunos comparan —sin que ello autorice conclusiones que serían prematuras— al de las grutas prehistóricas de Francia y de España, en Altamira y en Font-de-Gaume." (Hatzfeld). Sólo

faltó allí la gran escultura del cuerpo humano, lo que de paso nos deja sin verdaderas efigies religiosas, aunque abunden los muñequitos y amuletos.

Pero no hay que figurarse que el cretense es arte de minucioso realismo, sino más bien de estilización en los rasgos característicos o expresivos; de bella caricatura, pudiera decirse. Aun los movimientos y ademanes de las figuras femeninas han sido buscados con exquisitez y preciosismo. En verdad, la preocupación por captar el movimiento se diría que impulsó los pinceles cretenses antes de que el ojo madurase sus observaciones. De aquí la desproporción en la figura humana, la falsa estática del arabesco que contrasta con la dinámica acertada, como en ciertas exploraciones de los más audaces contemporáneos. Pero pronto los relieves musculares revelan ya una precisión anatómica; al paso que los movimientos más raudos se dejan asir como en "instantánea". Véanse, en el vaso de Vafio, los volatines del torero, increíbles de realidad. De aquí que algunos autores se hayan deslizado a hablar de "impresionismo", sin duda forzando un poco el término: expresión sentimental que comunica cierto patetismo y gesto intencionado a las cosas. El combate junto a las torres; la caza del león; los árboles invernales sacudidos al viento; la vaca que se vuelve a lamer al becerro mientras lo amamanta; la cabra que, mientras alimenta a un hijo, escucha los gemidos impacientes del otro, no son frisos equilibrados, sino pequeños dramas de furia, de destreza, de melancolía o de ternura.

Ahora bien, los más entusiastas tratadistas reconocen que el cretense peca de miniaturismo. Es epigramático y no épico. Ve con justeza, pero no con grandeza. Conforme los objetos —o sus figuraciones artísticas— aumentan de tamaño, la obra va perdiendo calidad. Excelente en lo pequeño, es más que objetable en lo mayor; y pierde asimismo cuando pasa de la reducción al tamaño natural. Se mueve con comodidad en campos minúsculos. Sus salones mismos son saloncitos; sus imágenes divinas, propios juguetes. ¡Y qué profusión de anillos y de marfiles, de sellos diminutos con figuras, paisajes,

actos rituales! Y de aquí, también, que suela hablarse, a propósito de Creta, de los "japoneses mediterráneos".

La ausencia de principios tectónicos o precisiones constructivas, la movilidad, la irregularidad, la simetría elástica, las formas que no empiezan ni acaban, el amontonamiento imitativo de los detalles, la falta de vigor (¿o deseo?) para sujetar los conjuntos, la inclinación hacia lo ilimitado, son características de este arte. En todo ello, se manifiesta del todo distinto a lo que será el arte griego. La libertad llega a la desorganización. Hay jarros que no pueden pararse. La pintura es un líquido que se deja chorrear por donde quiere, y la casualidad se acepta como una sorpresa más de la vida. Cierta desarticulación y viscocidad se notan sin duda en los motivos, que no en vano se complacen en imitar moluscos y mucilaginosas formas submarinas. No se llegó al entendimiento de la anatomía humana, cuya interpretación caprichosa resulta atractiva en los juguetes y miniaturas de que hemos hablado, pero hubiera sido insoportable en la estatuaria, que no existió, y es ya desagradable en ciertos contados relieves de tamaño mayor.

En todas estas circunstancias insiste Arnold von Salis para dictaminar sobre el primitivismo del arte cretense, y corregir la ilusión de que haya sido un arte anacrónico o monstruosamente adelantado a su tiempo. A sus ojos, es una desgraciada ocurrencia el hablar aquí de "arte impresionista", pues falta la condición fundamental de éste, que es la totalidad óptica. Y después, en nombre de ciertos principios, se regocija cuando ve surgir, hacia el final del periodo creto-micenio, las rigideces del estilo geométrico, en cuya estilización ve un progreso de la abstracción mental y una liberación del naturalismo imitativo.

Cierto; pero el arte no ha de juzgarse por principios, sino por resultados. Puede que fuera muy buena la intención del geométrico, pero sus artistas eran unos tristes señores. Haría falta no tener ojos en la cara, o sustituir la alegría de la visión por unas cuantas recetas, para no admirar la placidez poética

de los antiguos objetos creto-micenios, y para no sentir repulsión, en cambio, ante ese pretendido desfile de guerreros del vaso de Mitilene, infelices hormigas narigudas que mal resistirían la comparación con los cortejos de segadores que cantan en los flancos de los vasos cretenses.

Pero sigue vivo el misterio: el primitivo cretense, comparado con otros tipos de arte primitiva, muestra una fisonomía sorprendente y singularísima. Entre las siluetas famélicas o animales disecados que dibujó en los muros de sus cuevas el hombre de tierra adentro, y este paraíso irregular de tornasoles y movimientos, va la diferencia que media entre la roca y el mar. El cambiante espíritu de las aguas ha presidido al arte cretense.*

* [Colaboración Nº 20 enviada a la ALA de Nueva York, que apareció en *El Tiempo* de Bogotá, 16 de marzo de 1958; en *México en la Cultura* (Suplemento de *Novedades*, México), 30 de marzo, 2ª época, Nº 472, pp. 1 y 3; y *El Universal,* Caracas, Venezuela, 18 de abril de 1958. En todos con el título de "Las artes del cretense prehelénico" y con variantes estilísticas respecto al presente texto definitivo. Una copia con tachaduras, en el archivo del autor, aclara que el filósofo contemporáneo, del primer párrafo, es José Ortega y Gasset.]

IX. ALGO SOBRE LA RELIGIÓN Y LOS MITOS

SOBRE la posible religión minoica hay que proceder con suma cautela, singularmente en vista de las posibles rectificaciones a que pueda dar lugar el comenzado desciframiento de las inscripciones cretenses a que más adelante nos referiremos. En cuanto a los mitos que hemos de mencionar, parecen ser, en parte o en todo, productos de la elaboración micénica.

Se ha considerado hasta hace poco que la mitología olímpica, cualquiera sea su antigüedad (¿y cuándo comenzó una nube?) es, en todo caso, posterior a Creta, o posterior en su plena aparición histórica, y efecto de reiteradas absorciones y combinaciones, que ahogaban poco a poco en su masa los diversos cultos locales, resumiéndolos como podían. Pero los fundamentos de la mística arcaica, aparte del culto a los Héroes o antepasados ilustres, parecen descansar en el culto femenino de la Diosa Madre, divinidad terrestre y vetusta, relacionada con el ciclo "ctónico" de la serpiente, cuya eternidad se simboliza en los amuletos y exvotos de la crisálida y la mariposa. La Diosa, en perenne juventud, recibirá un día al Zeus celestial de los arios, mediante infinitas metamorfosis en que se complace la fantasía. Se venera, además, al toro, compañero de la humana labor y principio masculino del mundo, rito que acaso se relaciona con los deportes de tauromaquia y, en manera simbólica, con la fábula del Minotauro, hijo de un monstruoso desvío, ser cornúpeta habido por Pasife, la esposa de Minos.

El Zeus cretense, representado por la doble hacha o "labrys" —cetro de rayos, de donde se dijo "laberinto", aunque a veces pretenden algunos que se trata de un mero motivo ornamental cuya significación se ha exagerado— no es aquel jefe septentrional de una banda de salteadores olímpicos que despoja al viejo Cronos, se apropia de la Hera indí-

gena, la princesa autóctona, y reparte después el mundo entre su familia; sino que es un recién nacido, criado por las Ninfas y amamantado por una cabra. No sólo tuvo nacimiento; también es capaz de morir y de renacer. Pertenece al orden de los mitos que atraviesan la tumba. Los cretenses creen en la otra vida, según la interpretación que se ha hecho de sus pinturas y mosaicos. Aquí vendrá más tarde la especulativa religión del orfismo a espigar elementos para la síntesis entre las orgías del Dióniso tracio y los Misterios minoicos, que cuentan y cantan la resurrección de Zagreo, el Niño Dios.

Algunas sombras, legendarias o simplemente míticas, solicitan ahora nuestra curiosidad. Hacia mediados del siglo XIII a. C. nos encontramos con una personalidad de relieve, aunque siempre algo indefinida, pero que nos consuela del inmenso anonimato anterior. Tal es el rey de Minos, el de las célebres fábulas griegas y las terroríficas historias. Sus damas vivían horrorizadas por las serpientes y escorpiones que nacían de su semilla. Pero la reina Pasife se las arregló de alguna manera para darle hijos verdaderos. Entre ellos, la rubia Ariadna y la célebre Fedra, esposa de Teseo y enamorada de su hijastro Hipólito: tema trágico de Eurípides, de Racine, y de *El castigo sin venganza* de Lope.

Como Minos ofendiera inconscientemente a aquel rencoroso de Posidón, Dios de los mares —que, como hermano de Zeus, acaso no se conformó nunca con su sitio de segundón— el Dios hizo que Pasife enloqueciera por un toro divino y diera a luz el Minotauro, monstruo híbrido a quien ya hemos encontrado agazapado entre las ruinas, a manera de supervivencia paleontológica. El monstruo fue encerrado en el Laberinto, construido al efecto por el ingeniero Dédalo. Pero era menester aplacar al monstruo periódicamente con tributos de carne humana.

Con esta fábula se relaciona la del inventor Dédalo, orgullosa iniciación de una época. La historia griega lo representará como un genial y extravagante ateniense que, en algún modo, recuerda a los renacentistas de Italia: a un Leonardo,

digamos que, celoso del mucho saber de su sobrino, lo mata en un mal momento y es desterrado de Grecia. Se refugia, entonces, en la corte del fastuoso Minos, a quien deslumbra con sus invenciones y artilugios, al punto que éste lo nombra su artista en jefe y su arquitecto real. Escultor consumado, dicen que hace evolucionar la estatuaria, la cual pasa de las formas rígidas al retratismo lleno de expresión y semejanza. Había riesgo, asegura Diodoro muchos siglos más tarde, de que sus esculturas echaran a andar, si no se las encadenaba a los pedestales. Lo que nos recuerda el epigrama anacreóntico traducido así por Baráibar:

> Apacienta más lejos tu vacada,
> no vayas a llevarte con las tuyas
> la vaca de Mirón, como animada.

Lo peor es que Dédalo se prestó a ser cómplice de la aberración de Pasife; y Minos, al descubrirlo, lo hizo encerrar, junto con su hijo Ícaro, en el propio Laberinto de donde nadie podía escapar. Dédalo, entonces, fabricó unas alas para ambos, y así padre e hijo pudieron salvar, volando, los muros de la terrible prisión y alejarse sobre las aguas. Desoyendo la advertencia paterna, Ícaro, ebrio de alegría, de aire y de luz, se acercó demasiado al sol. El fuego del astro derritió la cera de sus alas, y el muchacho fue precipitado en el seno del Mediterráneo (Mar Icario), en tanto que su padre Dédalo, con el corazón sobresaltado, fue a bajar en Sicilia, adonde llevó consigo las artes y las comodidades cretenses.

Minos, que había triunfado en una guerra contra la naciente Atenas, impuso a ésta como tributo la obligación de enviarle, cada nueve años, siete mancebos y siete doncellas con que alimentar al Minotauro. A la tercera vez, el hermoso Teseo —contra la voluntad del rey su padre— se hizo escoger él mismo entre los condenados al sacrificio, resuelto a dar muerte al monstruo (función providencial de todos los héroes urbanizadores) y a acabar con aquella ominosa "servidumbre de sangre". Ariadna, la hija de Minos, se compadeció de su suerte y se prendó de Teseo. Le dio una espada

mágica como en una ópera wagneriana, y como Hermes había de hacerlo con Perseo en otra fábula (pues los motivos suelen repetirse y hasta cruzarse); además, le aconsejó, con su buen instinto de mujer acostumbrada a los inocentes fraudes caseros, que fuese desenvolviendo un hilo atado a la puerta, para después, desandando el hilo, encontrar la salida del Laberinto. Y Teseo, en efecto, logró dar muerte al Minotauro, salió sano y salvo del recinto, y en gratitud se llevó consigo a la princesa Ariadna, con quien se unió en la isla de Naxos y a quien después abandonó pérfidamente mientras ella dormía. El varón, principio aventurero y fugaz en las evoluciones, fertiliza o usa a la hembra y sigue de frente. El abandono es también tema reiterado en los mitos: todos saben algo de Jasón y Medea. Ahora bien, Ariadna fue recogida por Dióniso, y así cambió a un Héroe nada menos que por un Dios. La historia de Teseo continúa, pero la continuación ya no pertenece al ciclo de Creta.

Con Ariadna y Minos, Creta desaparece de la historia, o mejor de la leyenda, hasta el día en que Licurgo, otro semidiós aspirante a hombre, arriba por la ilustre isla, allá hacia el siglo VII a. C. Asegúrase que, en su vasto recorrido de Grecia, siglos XIV y XIII, los aqueos alguna vez abordaron también las costas cretenses; y se estima que, poco antes del año 1000, los propios dorios se establecieron en Creta como conquistadores. Quieren las consejas que, tanto Licurgo como Solón, legisladores respectivamente de Esparta y de Atenas —aquél, legendario; éste, real— hayan aprendido en Creta el arte de las leyes justas, lo que no es más que un modo indirecto de reconocer la dependencia respecto a la cultura egea y la inspiración que recibió de ella la Grecia continental. Se dice que Solón acudió a Epiménides el cretense para reorganizar la vida religiosa en Atenas.

Transformado, pues, por la fábula, Minos entra ya de lleno en la mitología y llegará a ser para ambas antigüedades, la griega y la latina, así como para la Edad Media, el Juez de los Muertos. Los comentaristas se inclinan a creer que la

Antigüedad conoció por lo menos dos monarcas de ese nombre, bien discernibles, o mejor aún dos personas simbólicas, que luego se han confundido en una, aunque las separa un intervalo de dos siglos y medio. Minos I, el hijo de la fenicia Europa, raptada por el toro (disfraz de Zeus) y en vano buscada por su hermano Cadmo, habría aparecido por el archipiélago hacia 1250 a. c., cuando el Egipto de los Tutmosis I y II, liberado ya de los hiksos, reconquistaba la supremacía sobre las vecindades de África y Asia. Pues, en efecto, las inscripciones egipcias nos recuerdan que el faraón llevó sus armas hasta el Éufrates, "ese Nilo al revés" (o que corre de norte a sur). Minos II, en cambio, corresponde al tiempo de Teseo y es el que figura en las fábulas que acabamos de referir, contemporáneo más o menos de Ramsés II y del restablecimiento del imperio tebano-egipcio sobre el Mediterráneo oriental. Poco a poco, el toro de Europa se confundió con el toro de Pasife; y Minos I, el legislador, el amigo de Zeus y futuro Juez de los Muertos, que asiste al tribunal de ultratumba sentado a la vera de su hermano Radamantis, se confundió con Minos II, el explotador del archipiélago, el ávido de los tributos del Egeo, que cada nueve años exigía de Atenas siete mancebos y siete doncellas. Para entender estos injertos de fábulas, leyendas y símbolos hay que aprender a pensar en los paralogismos poéticos anteriores a la mente científica. Nada, en verdad, más lamentable y a fin de cuentas menos científico que el pretender pensar al modo de hoy un caso mítico.

> Se razona así sobre Rómulo, sobre Eneas, sobre Josué, al modo como se hace para Napoleón, cual si poseyésemos periódicos o actas del estado civil de tiempos de Rómulo; o supiésemos de Eneas por testimonios contemporáneos; o si la escritura hubiese sido entonces cosa corriente; o si las imágenes prehistóricas no hubiesen flotado cinco o seis siglos entre las nieblas de la tradición, donde ya nada se distingue a cincuenta años de distancia; o si los héroes de una edad en que los ríos tienen hijos y las montañas engendran no exigiesen ser tratados según ciertas reglas particulares. (RENAN.)

X. PASAJES HOMÉRICOS

PARA completar este paseo entre sombras, sean algunos textos que mal puede dispensarse de conocer quien frecuenta estos estudios.

Odiseo, aún disfrazado de mendigo y antes de descubrir su identidad, habla con Penélope, que desea saber quién es, y le dice:

> En medio del vinoso ponto, rodeada de las aguas, hay una tierra hermosa y fértil: Creta; y en ella, muchos, innumerables hombres y noventa ciudades. Allí se escuchan varias lenguas mezcladas, pues en aquel país moran los aqueos, los magnánimos cretenses nativos de la región, los cidones, los dorios de movientes plumajes, y finalmente los divinos pelasgos. Entre las ciudades descuella Cnoso, la mayor población, en la cual reinó Minos desde los nueve años, el que solía conversar con el gran Zeus y que fue el padre de mi padre, el insigne Deucalión. Éste, pues, nos engendró a mí y al rey Idomeneo, que acudió a Ilión en las naves huecas juntamente con los Atridas. Mi preclaro nombre es Eteón y soy el menor de los hermanos, y el mayor me supera en todas las virtudes. En Cnoso conocí a Odiseo, y aun me tocó ofrecerle los dones de la hospitalidad. El héroe se encaminaba a Troya, cuando la fuerza del viento le apartó de Malea y lo llevó a Creta. Y vino entonces a anclar sus naves en un puerto muy peligroso, desembocadura del Amnisio, donde está la gruta de Ilitia, y a duras penas pudo escapar de la tormenta. Entróse en seguida por la ciudad y preguntó por Idomeneo, quien, según afirmaba, era su huésped venerado y querido. Mas ya la aurora había asomado diez u once veces desde que Idomeneo había zarpado rumbo a Ilión con sus alígeras naves. Al punto conduje al héroe al palacio, le procuré digna hospitalidad, tratándose solícita y amistosamente —que en nuestra ciudad reinaba la abundancia— e hice a él y a sus compañeros se les diera harina y vino negro en los almacenes populares, y también bueyes para sus sacrificios y para saciar su apetito y sus corazones. Doce días permanecieron con nosotros los divinos aqueos, pues el Bóreas soplaba con tal furia que casi

no podía uno ni mantenerse sobre la tierra y parecía acosarlo alguna divinidad colérica. El treceno día, el héroe descogió sus velas y se hizo a la mar. (*Odisea*, xix.)

El relato ha sido inventado, según la sutileza habitual de Odiseo, para introducir su propio nombre y observar la reacción de Penélope. La tradición acepta esta estancia de Odiseo en Creta. A fin de justificar el pasaje y explicar cómo Penélope puede dejarse engañar por un pretendido cretense que le habla en dialecto de Ítaca, sobreviene la interpolación sobre las diversas lenguas de uso en Creta y sobre la presencia habitual de aqueos en la isla, y aun de dorios, lo que Platón, al citar este pasaje, parece desconocer todavía. Homero dice que el héroe ha tejido aquí mentiras que parecen verdades, y lo mismo han hecho los interpoladores. La descripción del país, mezclado de varios pueblos y lenguas, responde bien a los últimos momentos de Creta, a la Creta ya histórica, pero no a los días de su lejano apogeo. La alusión a los dorios es la única que se encuentra en los 28 000 versos homéricos, y por cierto que aparece acompañada de un epíteto ya incomprensible para los mismos antiguos: "movientes plumajes". Algunos traductores modernos lo interpretan como "divididos en tribus", o "tripartitas" (*tricháikes*). Nada, en cambio, autoriza a creer que Minos (¿y a cuál de ellos se refiere Homero?) ni Idomeneo hayan reinado sobre semejante mescolanza de pueblos, y todo más bien lo contradice.

Otro pasaje homérico, aquél en que Odiseo cuenta al rey Alcínoo cómo consultó el oráculo de los cimerios, convocando junto al foso de sangre a las sombras de los muertos, dice:

> Allí vi a Minos, ilustre vástago de Zeus, sentado y empuñando áureo cetro, administrando la justicia entre los difuntos. Éstos lo rodeaban, quiénes de pie, quiénes sentados por la morada de Hades, la de las anchas puertas, y le exponían sus quejas (*Odisea*, xi).

Nótese que Odiseo no dice haber entrado en los infiernos, sino que ha hecho salir hasta la puerta a las sombras. ¿Cómo,

entonces, presencia esta escena de interior? A pesar de su encanto, el pasaje despertaba las sospechas del alejandrino Aristarco, a cuyos ojos era una añadidura incongruente. Sin embargo, así pasó a la tradición. Virgilio (*Eneida*, vi) nos hace ver en los infiernos a Minos, el riguroso inquisidor y presidente del tribunal subterráneo, que agita la urna, convoca a las calladas sombras y se informa de sus vidas y crímenes. Y Dante, siguiendo a su modelo (*Inf.*, v), nos muestra a Minos en el segundo círculo, gesticulando horriblemente, examinando la conducta de los que comparecen ante el tribunal y dictando a todos su sentencia. Para indicar el círculo que a cada pecador corresponde, enrosca la cola una, dos, tres veces... Por cierto que recibe a Dante con malos modos: "No te engañe —le dice— lo fácil que es llegar hasta aquí." Y Virgilio tiene que intervenir para cerrar la boca a Minos. Las palabras de éste sobre la difícil salida de los infiernos parecen un último rastro, ya borroso, del Laberinto y sus intrincados pasadizos. En Racine (*Fedra*, IV, vi), la princesa confiesa a la nodriza Enone su delictuosa pasión por su hijastro Hipólito. Desesperada, desearía ocultarse. Pero ¿adónde ir? El cielo y el universo entero están poblados por su mitológica familia, por sus ilustres abuelos y ascendientes. ¿Esconderse aunque sea en los mismos infiernos? Inútil: es su propio padre quien preside y juzga a los "pálidos humanos".

Otro pasaje de la *Odisea* nos ilustra sobre el tráfico entre Creta y las bocas del Nilo. El viaje no es aquí un juego como para las islas egeanas. La distancia es de seiscientos kilómetros en mar abierto. Pero la regularidad de los vientos septentrionales, aun en pleno invierno, viene a facilitarlo todo. Dice así el "pirata cretense":

> Mal contaba yo un mes de disfrutar la compañía de mi prole, de la mujer de mi juventud y de mis bienes domésticos, cuando se apoderó de mi el incontenible afán de equipar unos barcos y salir a mis correrías, con mis divinos compañeros, rumbo al Egipto. Durante seis días los honrados sujetos estuvieron festejándose a mis costillas, y yo, sin contar, les daba las víctimas

para los sacrificios y para los banquetes. Al séptimo día nos hicimos a la mar. Y, desde las llanuras de Creta, he aquí que un robusto soplo del Bóreas nos fue empujando en línea recta como sobre la corriente de un río. A bordo no hubo achaques ni muertes. (*Recuérdese la peste del siglo xvii* a. c.). No había más que sentarse y dejar obrar al viento y a los pilotos. (*Era inútil meter los remos.*) En cinco días estábamos sobre el hermoso río egipcio (*Odisea*, xiv).

XI. LA CAÍDA DE CRETA

Auge de Micenas. A la era artística sucede la era militar

CAYÓ un día tanta grandeza. Hacia el año mil y tantos a. C., de las tres grandes potencias que se disputaban el dominio del mundo, el Egipto y la monarquía hetita se han debilitado en mutuas reyertas, y pronto la confederación cretense se verá amenazada. El Egipto abandona sus veleidades imperiales. Asiria se despereza en el Oriente. En la península helénica, asciende ahora el poderío micénico que, por el norte, ataja a Tebas, y que pronto coaligará a los reinos aqueos para la aventura de Troya.

Se dice que "los pueblos del mar", orbe de la talasocracia egea, de tiempo atrás solían merodear por el Delta, y ellos mismos dan un día al traste con la grandeza cretense. Saqueos e incendios pusieron fin a las maravillas de Minos. Otros atribuyen el caso a una definida coalición micenio-egipcia, y sospechan que, en su ímpetu, los micenios fueron después a dar hasta el Nilo.

Tal vez la caída de Cnoso haya sido efecto, a la vez, de varias circunstancias. Por un lado, vemos que se acabaron sus famosos bosques de cedros y de cipreses, dejando a descubierto un suelo rocoso. Acaso la población fue mermando, como acontece en muchas culturas declinantes. Acaso el creciente lujo fue gastando la vitalidad de la raza. Se ha observado que muchas naciones nacen estoicas y mueren epicúreas —en el sentido más vulgar de este término. Acaso el derrumbe de Egipto, a la caída de Icnatón, el faraón revolucionario, vino a interrumpir el comercio creto-egipcio, estrangulando así una arteria de la grandeza minoica. Pues los recursos internos de Creta eran escasos. Su vida, como para la Inglaterra imperial, era una función de su poder marítimo. Acaso hubo gue-

rras interiores que diezmaron la isla. Sin duda los terremotos contribuyeron a arruinar algunas ciudades; de ello quedan rasgos inequívocos. Los palacios reedificados, que ya habían sufrido arremetidas en 1900 a. c., vuelven a ser arrasados por 1450: Festo, Haguia Tríada, Tíliso, son deshechos por el propio rey de Cnoso en los días de su omnipotencia; y unos cincuenta años más tarde, la opulenta Cnoso es consumida por las llamas y el asalto de los invasores. El ataque fue violento y súbito. Los artesanos, según consta por los vestigios, se vieron interrumpidos en plena actividad. Por los mismos días, son devastadas las poblaciones de Gurnia, Pseira, Zacro, Palecastro. Posible es también que esta desaparición de la grandeza minoica se deba a causas más generales, lentas y vastas, que también se aplican a Micenas, a Troya, a Tebas. Todavía hubo algunas restauraciones, aunque de modesta importancia, y todavía por algunos lustros el artículo cretense correrá el Egeo con cierta fortuna.

Al auge cretense sucede, pues, el auge continental de Micenas, la rica en oro, y de la subsidiaria Tirinto. Sin duda la destrucción de Cnoso, dadas sus relaciones con el mundo egeo, fue mucho más trascendental aún que la de Troya, pero no tuvo poeta. Debió de causar una impresión semejante al saco de Roma por Alarico, en el año 410 de nuestra Era, pero no estaban ahí San Agustín ni San Jerónimo para contarlo. Los cretenses, algo adormecidos en su regalo, acaso comenzaban ya a considerar a los micenios con desconfianza, adivinando en ellos sus inevitables sucesores; o tal vez los consideraban con aquella conmiseración que inspiran al habitante de la urbe interior las tropas sacrificadas en la frontera bárbara. Y de la frontera llegaron los que habían de trastornar el orden establecido, como acontecerá siempre en Roma, cada vez que los generales victoriosos deciden venir a cobrar el premio a su manera.

Con Micenas y Tirinto, la era artística deja el sitio a la era militar, lo que en modo alguno significa que el arte de esta zona deje todavía de ser sorprendente. Ambas ciudades pelo-

ponesias viven en guardia armada, están siempre preparadas para la defensa terrestre. Sus fortificaciones, que así puede calificárselas, cuentan con murallones para detener las arremetidas de los bárbaros continentales, y están provistas de unas a manera de casamatas, así como de túneles para el traslado secreto de las tropas. Y si es verdad que los micenios destruyeron los palacios de Creta, sin duda, a la vez que la fuerza territorial, habían venido fabricando con la otra mano una flota capaz de competir con la de sus antiguos maestros.

La arquitectura micenia se ha llamado ciclópea, por la enormidad de las moles que maneja y que parece superar la fuerza de un hombre de talla común. La edificación es vigorosa aunque tosca, según se aprecia en el mutilado portalón de las Leonas Rampantes. Las características "tumbas de panal", con techo de cúpula y largo pasadizo, escondidas bajo montículos, son, en su orden, tan curiosas como las pirámides sepulcrales de los egipcios. La relación entre fortalezas y aldeas es régimen de señores y siervos; las monarquías, limitadas por asambleas de consejeros, evoluciona de modo indeciso hacia la forma aristocrática.

Sobre una loma, al este de Argos y cerca del mar, se levantaba hacia el siglo XIV a. C. la ciudadela real de Tirinto. El campo, hoy cubierto de cereales y cebada, era entonces una ladera de rocas prehistóricas, coronada de ciclópeos muros, los cuales, según la fábula, fueron construidos dos siglos antes de la guerra troyana por Proeto, príncipe argivo, con ayuda de los descomunales albañiles de Licia. La construcción se reduce a un amontonamiento de peñascos, unos sobre otros y con piedrecitas en las junturas. Pero la ciudad databa de antes. La había fundado, en la infancia del mundo, el héroe Tirinto, hijo de Argos el de los cien ojos. Proeto es sucedido por Perseo, quien gobernó luego en compañía de la morena Andrómeda.

Los altos muros protegían un espacioso recinto, además de ser tan espesos que daban lugar a galerías o pasajes inte-

riores y abovedados. La menor de las piedras usadas en la edificación de Tirinto, decía Pausanias, "apenas la movería un tiro de dos mulas". En el recinto, tras un propíleo o pórtico que dio el modelo a muchas acrópolis, se abría un patio pavimentado entre columnatas. Y en torno, al modo de Cnoso, las hileras de salas que se juntaban en el sombrío Megarón o sala principal (contraste con las alegrías luminosas del palacio cretense), sala pavimentada con cemento teñido y cuyo techo reposaba en cuatro columnas. En medio del Megarón hay un hogar, abierto por arriba para dejar escapar el humo.

La distribución de las alcobas obedece a un principio griego que ignoraron los bien hallados cretenses: se advierte la separación entre las habitaciones femeninas o gineceo y las habitaciones de los hombres o androceo. El rey y la reina ocupaban salas contiguas, pero parece que incomunicadas entre sí.

Schliemann sólo pudo descubrir el plano general, pedazos de comlumnas y muros. A los pies del promontorio se veían las ruinas de piedra o casas de ladrillo, los puentes. Por los rincones, tal o cual vasija o vagos despojos. La Tirinto prehistórica se refugiaba por los pies del palacio. Más o menos, es el cuadro que ofrece toda Grecia en la edad de bronce.

Más al norte, la tradición dice que Perseo fundó la gran capital de la Grecia prehistórica: Micenas. Aquí también, el recinto de la ciudadela; y junto a ella, una población irregular de barrios y aldeas que da habitación a gente labriega, mercaderes, artesanos, esclavos, los cuales, como dice un cronista, "han tenido la felicidad de quedar ocultos a la mirada de la historia". Acaso cinco o seiscientos años más tarde, Homero describe a Micenas como "robusta fábrica, ancha de avenidas, henchida de oro". A pesar de la rapacidad de cien generaciones, aún sobreviven fragmentos de murallas que nos permiten apreciar las alternativas de lujo y rudeza en que vivían aquellos monarcas. En una esquina, la famosa Puerta de las Leonas, hoy descabezadas, que no sólo cuidan la entrada

del palacio, sino el pilar mismo en que se apoyan: resabio de la adoración de la piedra que un día conducirá hasta la imagen humana en la escultura. Acrópolis en ruinas, trono, altar, almacenes, baños, salones de corte; pisos pintados, pórticos, frescos, escalinatas majestuosas. . .

Junto a la Puerta de las Leonas hay un pequeño cerco de losas. Allí la piqueta de Schliemann desenterró diecinueve esqueletos, y además, reliquias de tal valor que se explica las haya tomado por las cámaras funerales de los Atridas: cráneos masculinos con coronas de oro y máscaras de oro; esqueletos femeninos con diademas de oro; vasos pintados, calderos de bronce, ritones o cuernos libatorios de plata, collares de ámbar y amatistas, objetos de alabastro, marfil, porcelana, sables y dagas labradas; un tablero de damas como el de Cnoso y multitud de cosas de oro; sellos, anillos, pendientes, tazas, sartas de cuentas, brazaletes y pectorales, vajillas de aseo, hasta telas entretejidas de laminillas de oro; sin duda, todo ello reliquias reales.

En otra opuesta colina aparecieron tumbas muy diferentes, que constan de puerta, túnel, muros reforzados con rosáceas de bronce. Allí, en capas superpuestas, se amontonan los despojos humanos. En este lugar es donde Schliemann se figuró haber encontrado los despojos de Agamemnón, junto a la reina Clitemnestra. Pero estas llamadas "tumbas en panal" estaban todas vacías: los ladrones se habían adelantado a los arqueólogos en varios siglos.

Algo parecido acontecía en Esparta, Amiclea, Egina, Eleusis, Queronea, Orcomenos, Delfos. En todos estos sitios se notan estratificaciones de varios estilos y épocas, desde los más arcaicos o neolíticos hasta los que revelan las refinadas influencias cretenses, prueba de la mezcla de pueblos. Pero no hay huella de otra ciudad industrial como Gurnia.

La piratería infestaba las costas, y los monarcas micenios eran jefes piratas plantados a la entrada del estrecho. Para resguardarlo, alzaron sus magnas ciudadelas. En suma, bucanería y peaje forzado entre el puerto argólico y el istmo co-

rintio. De este punto parte la evolución de la aduana y el comercio. Tal vez el conflicto entre micenios y cretenses provenga de que los micenios juzgaron llegada la hora de suprimir al intermediario cretense, obstáculo tradicional de su trato con los egipcios.

Las artes, menos florecientes que en la era minoica, parecen haber importado de Creta sus principales artículos, sea como botín, sea porque los micenios hayan contratado desde antes, o hayan transportado después por la fuerza, a los artistas insulares. Es de creer que a estos cretenses trasplantados se deben aquellas ornamentaciones vistosas, aquellas copas de oro finamente labradas y que muestran cacerías de toros silvestres. ¿Pues no importaron también los micenios a la Diosa Madre de los minoicos? ¿Y no será ésta la Hera que el Zeus septentrional obligará luego a compartir su lecho de nubes? Y el famoso tesoro de Atreo, que se custodiaba en Micenas ¿no se habrá formado en gran parte con los despojos arrebatados a Creta?

Sólo en la metalería puede Micenas compararse con Creta. Sus espadas son ya famosas. Pero las verdaderas obras de arte correspondientes a este periodo se hallan más bien en Vafio (Esparta), donde un principillo meridional supo emular a los monarcas del norte. Las dos maravillosas copas de oro allí encontradas son dignas del minoico, y acaso obras de algún emigrado Cellini cretense. Representan la caza y doma del toro. La lucha consta de varios actos: *1)* la fuga; *2)* la pelea; *3)* el toro es atado y tirado por el cabestro; y *4)* el toro, "en amorosa charla", va al paso de la vaca. Transcurrirán varios siglos antes de que Grecia ofrezca algo comparable.

Curioso es notar que las micenias, más atentas al gusto que a los escrúpulos políticos, se atavían ahora a la cretense. Los hombres, en cambio, más conservadores y fieros, se niegan a afeitarse como los de Cnoso y siguen usando, a la moda vieja, la túnica corta de media manga.

Parece que también la religión micénica, como su arte,

está impregnada de humedades cretenses: allí encontramos también a la Diosa Madre y asimismo el símbolo del "labrys". Tras la Rea cretense, aparece ahora la Deméter o Mater Dolorosa griega, en busca de su hija perdida; y al fin, un día, aparecerá la Virgen Madre de Dios. Se atribuye a Deméter el haber enseñado a aquellos pueblos el uso de la semilla, haciéndolos evolucionar desde la etapa de la mera recolección hasta la de la agricultura.

Los monarcas micenios extienden sus fuerzas por el mar, llegan a Chipre y a Siria, a Egipto; quién dice que a Italia y a España; y desde luego, a Beocia, a Tesalia, a la región del Danubio. Hacia el norte se encuentran atajados por Troya. Si Grecia, al morir, legó sus virtudes a Roma, Creta dejó su legado y sus empresas de ensanche histórico a Micenas, hija y matadora.

En torno a los focos principales, hay ciertos centros secundarios de la civilización egea que pueden enumerarse así: doscientas veinte islas en torno a Delos, las Cícladas; muchas de ellas, áridas y medio hundidas en el mar. Algunas poseen mármoles y metales, riqueza que les da derecho a un sitio en la historia prehelénica. En 1896, la Escuela Británica de Atenas emprendió ciertas excavaciones en Melos (Fylakopi), y dio allí con armas, instrumentos y alfarería de tipo minoico. Toda esta región parece una Creta atenuada. Las islas, como en general la Grecia clásica, fueron incapaces de crear su unidad política. Para el siglo XVII a. C., Creta ejercía sobre ellas una influencia vagamente unificadora, por las artes y aun por la lengua. Después, la sislas cayeron bajo la tutoría de Micenas, siempre en condición de satélites.

Más al este, se extiende el cordón de las islas Espóradas. Allí, Rodas, cultura de tipo egeo muy simple, singular adoración del Sol. Más lejos, Chipre y sus cobres, su población más bien asiática, su difícil escritura silábica de tipo minoico, su semítica Istar, que se confunde con la Afrodita griega, sus dagas inconfundibles, su epónimo ciprés que compite con los cedros del Líbano. Hacia el siglo XIII, los cretenses colonizan

en Chipre; de allí la griega Pafos, ciudad consagrada a Afrodita; Citia, cuna de Zenón estoico; y la Salamina chipriota, donde Solón se detuvo durante sus viajes de aprendizaje.

En los pasajes de Homero, la áurea Micenas centellea como un astro: así la urbe azteca en las esperanzas de Cortés. Pero no deslumbra o fascina menos, en la tragedia esquiliana, la diadema de relámpagos —halo de la maldición divina mucho más que la realeza— ceñida a la frente de los Tantálidas. La estirpe deja un rastro de sangre. A su regreso de Troya, el rey Agamemnón será asesinado por la confabulación entre la reina y su amante. Orestes, hijo educado en el rencor, ejecuta la venganza en su propia madre... Calamidades de la familia henchida de oro, el cual nunca trajo bendiciones. En la accidentada galería de los *Nostoi* o relatos de los regresos, contrasta la mala hembra de Agamemnón, Clitemnestra, con la firme Penélope, la dama conyugal de Odiseo.

XII. EL SECRETO DE MINOS *

Creta Jovis magni medio jacet insula ponto.

AEN., III, 104.

1

HACE 152 años que Champollion, entonces un niño de once, emprendió la senda de aquellos estudios que habían de conducirlo al desciframiento de los jeroglifos egipcios. En 1802, las más antiguas lenguas conocidas eran el griego, el latín y el hebreo, y no era posible leer texto alguno anterior al año de 600 a. c. Cuanto se sabía sobre las vetustas civilizaciones del Cercano Oirente constaba en pasajes históricos o semihistóricos del Antiguo Testamento, o en ciertas alusiones desperdigadas por las páginas de autores helenos y romanos.

Todo cambió con el acierto de Champollion y, durante el siglo XIX, fue posible leer cada vez más textos y penetrar en el secreto de otras lenguas orientales, algunas de ellas ni siquiera sospechadas antes por los humanistas: el viejo persa, el elamita, el asirio, el sumero, el mitanio. La hazaña más reciente, en este orden, ha sido la lectura, el año de 1932, de los jeroglifos hetitas del Asia Menor. En la actualidad es dable leer casi todas las lenguas del Cercano Oriente, y la frontera de la historia literaria ha retrocedido unos 2 000 años en toda aquella área.

Por desgracia, Europa no ha recibido iguales beneficios, aunque muchas de aquellas lenguas orientales se hablaban a sus mismas puertas. Sus propias culturas preclásicas han permanecido mudas, y la primera inscripción de mano europea que sea posible entender era, hasta ayer por la mañana, como

* *Novedades,* México 9-V-1954 [Suplemento *México en la Cultura,* Nº 268, páginas 1-2, con ilustraciones]. Recogido en mi libro *Estudios helénicos,* 1957 [pp. 35-48].

en tiempos de Champolhion, una inscripción dibujada ya en alfabeto griego.

Cuando Schliemann excavó el sitio de Micenas en 1876 no pudo hallar rastros de escritura, y realmente parecía incomprensible la ausencia de letras en un centro tan civilizado. El propio Homero no hace la menor mención a la escritura en la corte de los Atridas, y la mayoría se conformaba con admitir que los griegos se habían iniciado en las artes de la escritura gracias a los fenicios, unos 400 años antes de la Guerra Troyana.

Un buen día, en 1889, Sir Arthur Evans, curador del Museo Ashmoleano, recibió un peculiarísimo sello de piedra, de procedencia griega. En sus cuatro caras, mostraba signos pictográficos —cabezas de animal, un brazo humano, flechas—, muy parecidos a los jeroglifos hetitas. Evans se puso a buscar objetos semejantes por toda Grecia y las islas egeas. Y se encontró con que muchas de estas piedras grabadas solían andar entre las campesinas de Grecia como talismanes de buena suerte. Pronto se dio cuenta de que era fácil referir tales piedras a éstas y las otras importantes ciudades de la Antigüedad. Y, poco despés, Evans se trasladó a Cnoso, al palacio del legendario Minos, gobernante de Creta antes de la Guerra Troyana, cuando Creta era una próspera isla de noventa o cien ciudades.

Evans comenzó allá sus excavaciones en 1899, y ocupó el resto de su vida en catalogar, describir y preservar sus hallazgos. Entre los notables residuos de esta civilización minoica, junto a la cual la propia Micenas parecía ya decadente y provinciana, encontró documentos, no sólo de uno, sino de varios distintos sistemas de escritura. Pues resultó que aquellos pictogramas de los sellos pétreos (año 2000 a. C.) no representaban más que los torpes comienzos de la escritura minoica y habían dado origen a varios órdenes de escritura simplificada que se usaban corrientemente en Creta. En pleno apogeo de Cnoso, y antes de su destrucción hacia 1400 a. C., los escribas reales habían logrado reducir los sistemas a un tipo oficial

uniforme, que Evans llamó el Lineal B. Los primitivos pictogramas pudieron haber sido una suerte de escritura por imágenes, pero estos nuevos tipos revelan ya una regularidad que parecía ser fonética, de modo que los signos no representaban ya palabras enteras o ideas, sino sonidos. Evans encontró unas 1 800 tabletas en Lineal B almacenadas en distintas partes del palacio. Su escritura era, a veces, de grupos que comprenden dos a seis signos fonéticos, y cada uno de los grupos representa un nombre o palabra; y, a veces, la escritura se reduce a símbolos aislados, signos por imágenes, seguidos de números. Estos símbolos, muchos de los cuales son objetos identificables, muestran que las tabletas se refieren a inventarios, ganados, listas de oficios, mujeres y niños. Evans supuso que estas listas se levantaban para hacer recuentos periódicos, y luego se iban almacenando. A este instante de la epigrafía cretense corresponde la obra de Benito Gaya Nuño, *Minoiká*, Madrid, 1952.

Durante medio siglo estas tabletas de Cnoso han sido los únicos documentos sobre la escritura minoica, y muchos humanistas, arqueólogos y aficionados han sentido la tentación de descifrarlos. Pero no se adelantaba un paso, y Minos seguía escondiendo su secreto. Ello se debía, por mucho, a que las inscripciones no eran fácilmente accesibles. A la muerte de Evans, en 1941, aún no había él logrado publicar todo su acervo, y dejó una enormidad de notas y dibujos, que fueron depositados con cierto desorden en el Iraklión de Creta, donde por fortuna escaparon a los estragos de la guerra.

Durante los últimos doce años, Sir John Myres se ha entregado a la ardua tarea de completar los trabajos de Evans y prepararlos para la publicación; y en la segunda serie de los *Scripta Minoa* (Oxford University Press, 1952) por fin se acabaron de recoger todos aquellos materiales. Myres añadió un breve comentario, pero ni siquiera intentó descifrar la escritura. Más aún: ha conservado un silencio escéptico ante todos los intentos de traducir o leer las tabletas, limitándose objetivamente a presentarlas.

Pero no es lo mismo dar a la publicidad inscripciones que se han recogido directamente, o tener que reconstruirlas según las notas redactadas por mano ajena cuarenta años atrás o según fotografías borrosas y deficientes. Los dibujos de las tabletas que aparecen en los *Scripta Minoa* no siempre inspiran plena confianza, y hay que corregirlos según nuevas recopilaciones que se han emprendido en Iraklión. Tampoco hubiera podido retardarse este segundo volumen para recoger las rectificaciones posteriores: adviértase que sólo apareció en 1952, cuando el primer volumen de los *Scripta Minoa* data de cuarenta y dos años atrás.

Los intentos para traducir los signos minoicos recibieron un nuevo estímulo cuando, en 1951, el Dr. Bennet, de la Yale University, publicó los dibujos de unas 600 tabletas semejantes, desenterradas en el suelo de la Grecia continental el año de 1939. Ellas provienen del palacio micénico de Ano Englianos (Mesenia), que muchos tienen por la Pilos homérica, reino del anciano Néstor. Aunque parecen proceder del 1200 a. C., o sea que son dos siglos posteriores a las tabletas de Cnoso, están escritos en el mismo tipo Lineal B y en la misma lengua. Y como generalmente se creía que la gente de Cnoso pertenecía a una raza indígena y usaba una lengua suya y peculiar, pero que los micenios continentales eran ya griegos, de aquí ciertas dificultades históricas a que nos referiremos después.

Con la publicación casi simultánea de las tabletas de Cnoso y Pilos, todo el material de la escritura lineal minoica es ya accesible, y comienza la competencia para ver quién alcanza antes la meta de la anhelada interpretación. ¿Cómo emprender aventura semejante? Se ha dicho que es de todo punto imposible descifrar una inscripción cuando tanto los caracteres de la escritura como la lengua nos son igualmente desconocidos, y cuando no hay a mano ninguna clave bilingüe que nos ayude, como la hubo para Champollion. Pero, con tal de que haya material abundante el caso no es del todo desesperado. Simplemente, en vez de un traslado mecánico

habrá que proceder mediante sutiles deducciones. Equivale a resolver un crucigrama en que no se ha determinado el lugar de las casillas negras.

Hay cuatro principales procedimientos de ataque: *1)* Ante todo, hay que examinar cuidadosamente los signos gráficos para determinar, si es posible, qué clase de objetos aparecen representados en la lista en cuestión. (Por suerte, las tabletas se reducen prácticamente a meras listas, que es el caso más elemental para la lectura.) Desde luego, nos sirve de auxilio nuestro conocimiento previo sobre lo que solían ser los materiales de la economía minoica y aun su semejanza con la ya conocida economía egipcia, siria, mesopotamia. *2)* Después, se procede a un detallado recuento estadístico sobre el modo y manera en que se ha usado cada uno de los signos fonéticos, por si es posible identificar algún sonido. Si vemos que determinado signo o grupo de signos aparece reiteradamente como forma inicial, digamos, entonces acaso descubramos una clave examinando la función de los grupos iniciales en otras lenguas del mismo periodo histórico y del mismo orbe cultural. Si damos con una lengua ya conocida, este trabajo estadístico puede bastar para resolver el enigma. (Por ejemplo, explicaba Ventris, la frecuencia de la letra *e* es fundada sospecha de que andamos trabajando en la lengua inglesa.) *3)* En tercer lugar, deben examinarse todos los casos en que la misma posible palabra aparece en distintos sitios, con alguna variante final que afecta uno o dos de sus signos últimos. Estos finales pueden ser desinencias gramaticales; y si logramos fijar que cierta desinencia ocurre generalmente dentro de determinado contexto, acaso podamos vislumbrar su función: un genitivo, un locativo, un nominativo plural, un tiempo del verbo. *4)* Finalmente, habrá que considerar los contextos diferentes en que ocurre el mismo grupo (o posible palabra), y tantear por aquí si se trata de un nombre personal, de un nombre de lugar o de un vocablo ordinario. Si podemos establecer alguna presunción al respecto, el siguiente paso consistirá en intentar la aplicación de los mis-

mos signos a otras palabras de sentido próximo o idéntico, tales como las conocemos por otras lenguas vecinas. Entonces bien podrá ser que el supuesto "minoico" aparezca lo bastante cercano a otras lenguas ya registradas y sabidas, y que ello permita pasar de vocablos conocidos a vocablos aún ignorados.

Metafóricamente, diremos que este desciframiento presenta las dificultades y posibilidades de solución que hallamos en un problema matemático indeterminado, donde hay más incógnitas que ecuaciones; y que aquí también tenemos que confiarnos a ciertas normas estructurales del pensamiento cuando se expresa o se vuelca en signos.

Desde luego, había el peligro de que el supuesto "minoico" no tuviera parentesco alguno con ninguna lengua superviviente, lo que alejaría considerablemente la esperanza del éxito. Pero lo cierto es que aun los más escépticos han reconocido la licitud de contar con la ayuda de uno o varios centenares de palabras, referentes a usos rústicos, palabras que los griegos habían adoptado en su lengua, tomándolas a las lenguas vecinas de los primitivos egeos. Estas palabras vendrían a ser como piedras en los vados. Algunas de ellas podían sin duda aparecer en las tabletas minoicas, cualquiera fuese la lengua de éstas, y además era de esperar que dichas tabletas mencionasen nombres de ciudades cretenses u otras, conocidas en los tiempos clásicos.

Los signos del sistema minoico resultan ser unos ochenta. Como pocos alfabetos poseen más de treinta, se sospechó desde luego que los signos no correspondían a sonidos-letras, sino a sonidos-sílabas, que son más abundantes: en vez de un signo para la *t*, por ejemplo, puede haber varios signos para *ta, te, ti, to, tu*. Un "silabario" minoico de este tipo pudo dar origen al silabario chipriota que conocemos, y así, aplicando la clave de Chipre, tal vez logremos levantar el velo de Minos.

Esto, al menos, se pensaba hasta hace poco, aunque no se ocultaba que, en 1 000 años de desarrollo, las formas chi-

priotas debían de haber sufrido notables transformaciones. El modo habitual de ordenar los signos de un "silabario", cuando se conoce la pronunciación, es el sistema de la criba o parrilla: un tablero de ajedrez, dividido, para nuestro caso, en unas ochenta casillas, con las cinco vocales inscritas en lo alto, y las dieciséis o más consonantes en la fila vertical izquierda; eje de la *X* y eje de la *Y* en geometría analítica. El signo para *to,* por ejemplo, se pone en la intersección de las filas *t* y *o*. Para descifrar un "silabario", conviene arreglar los signos provisionalmente de este modo, aun antes de conocer la verdadera pronunciación de vocales y consonantes. Si damos con que los signos contienen la misma vocal, como *ta* y *ra,* los ponemos en la misma columna vertical de la *a* o eje de la *y;* y si sopechamos que ambos signos comparten la misma consonante, como *ta* y *ti,* los ponemos en la misma fila horizontal de la *t* o eje de la *x*. Una vez que hemos llegado, más tarde, a determinar (si es que podemos hacerlo) cómo se pronunciaban realmente uno o dos signos, nos hallamos en condiciones de establecer fundadas hipótesis sobre varios otros signos que aparecen en la misma fila o columna.

La inflexión es uno de los recursos más útiles. Si, por ejemplo, el latín se hubiese escrito en "silabario", entonces una declinación como *dominus, domine, dominum, domini, domino* nos mostraría la última sílaba en cuatro signos diferentes, todos los cuales contendrían igualmente la consonante *n,* a saber: *nu, ne, ni, no*. Entonces podríamos sin riesgo colocar los cuatro signos silábicos en la misma línea de nuestra caudrícula, aun cuando ignorásemos cuál era la consonante común. Y podríamos también suponer que la misma vocal final presente en el genitivo *domini* aparecerá en otros casos de genitivo, aunque en otras combinaciones silábicas diferentes, como *amici, pueri, belli, novi,* etc. El supuesto "minoico" no es seguramente latín —decían los intérpretes—, pero sus inflexiones deben de tener efecto semejante. Y siguiendo estas indicaciones, podemos ir llenando gradualmente todos los términos semejantes de nuestra ecuación, y

ya sólo será cuestión de tiempo y paciencia el dar con algún dato veraz, piedra en nuestro vado.

Muchas informaciones sobre la gramática de la lengua incógnita podrían inferirse sólo del modo como reaparecen en las tabletas las palabras recurrentes, sin necesidad de presumir nada respecto a su pronunciación. Y poco a poco, se llegará a identificar la lengua representada por los signos de las tabletas. Pero, hasta hace meses, las opiniones al respecto aparecían muy divididas. Hrozny, Bossert y Sundwall se inclinaban a pensar que el "minoico" debía de estar empaentado con algún dialecto hetita del Asia Menor. Para Evans y Myres, las tabletas de Cnoso más bien podían estar redactadas en alguna primitiva lengua anatolia, acaso muy desusada y difícil de descifrar. Sitting, de la Universidad de Tübingen, creyó haberlas leído y haber demostrado que estaban escritas en "pelasgo", lengua emparentada con el etrusco. Durante mucho tiempo, el propio Ventris creyó también que la clave se encontraría en el etrusco. Pero, hacia mediados de 1952, empezó a sospechar que las tabletas de Cnoso y Pilos estaban sencillamente escritas en griego, un griego difícil y arcaico, puesto que precede a Homero en quinientos años y está, además, escrito en forma abreviada, pero griego en todo caso.

Una vez que alcanzó esta sospecha, comenzó por las tabletas de Pilos, y muchas peculiaridades de lengua y pronunciación parecieron explicarse; y aunque muchas de las tabletas siguieron siendo tan incomprensibles como antes, otras empezaron a prometer algún sentido. Como se preveía, no había en ellas ni el menor asomo de texto literario; escribir sería aún muy difícil para gastar el esfuerzo en lujos, y más si se recuerdan los hábitos mnemónicos de la trasmisión oral literaria. Las tabletas parecían ser prosaicos registros de utilidad inmediata y meras trivialidades administrativas del palacio real: listas de hombres y mujeres, con la indicación del oficio, en que hay palabras griegas bien conocidas como *poimeén* ("pastor"), *kerareús* ("alfarero"), *kalkeús* ("broncista"), *chrusoforgós* ("orífice"). Algunos personajes pare-

cen acompañados de atributos más extensos, como "Fulano, pastor de cabras que cuida los cuadrúpedos de Mengano"; o bien: "Tres sirvientas, cuya madre fue esclava y cuyo padre fue hombre de fragua"; o también: "Picapedreros para obras de construcción." Otras tabletas son listas de artículos, como ruedas: "Tantas de olmo, tantas de metal, tantas de cinta metálica, tantas de sauce", etc. Las frases son casi siempre cortas. La más larga tenía once palabras y procedía de una tableta de Pilos que parece ser una distribución de impuestos y dice más o menos: "La sacerdotisa posee las siguientes áreas de tierra productiva por arriendo de los propietarios y las conservará en el futuro."

Las tabletas de Pilos prometían ser todas griegas, lo que era de esperar por su época y el lugar donde han aparecido. Pero —se decía Ventris— si resultase al fin que las tabletas de Cnoso sólo son griegas en la parte principal de la frase, y que vienen entretejidas con nombres y palabras de alguna otra lengua indígena, ya esto sólo obligará a rehacer la interpretación de aquel periodo histórico. El último palacio de Cnoso era considerado hasta entonces como parte integrante de la cultura nativa y cretense; pero, si la sospecha de Ventris resultaba cierta, ello significaría que los griegos habían edificado en Cnoso y que habían sido constructores y colonizadores de Creta antes de ser, varios siglos después, sus destructores, y que ellos fueron quienes idearon y llevaron a la isla el sistema Lineal B para sus propios usos. Si así fuere, entonces las supuestas tabletas llamadas "minoicas" y publicadas por Myres y Bennet deberán llamarse propiamente "micénicas".

Hasta aquí llegó Ventris hace un par de años, y desde entonces hasta ahora guardó un prudente silencio, como para mejor madurar el resultado de sus investigaciones y sus sospechas. De repente, hace pocos días, se hizo la luz respecto a las tabletas minoicas.

2

Si efectivamente Michael Ventris, el joven arquitecto inglés, ha acertado en el desciframiento de las inscripciones cretenses como ahora acaba de anunciarlo, habremos presenciado el más importante descubrimiento arqueológico de este siglo, sólo comparable a los de Schliemann durante el siglo pasado —en torno a Troya y a Micenas—, y pronto veremos transformarse la interpretación de la protohistoria egea, como se transformó la interpretación del mundo egipcio cuando, bajo Napoleón Bonaparte, apareció la Piedra Roseta.

El descubrimiento de Ventris es tanto más asombroso cuanto que —como lo hemos bosquejado ya— pone de revés los conceptos admitidos. Se entendía hasta hoy que Creta era la antesala de Grecia, y que la cultura cretense o minoica había desarrollado hacia la Micenas griega un ensanche imperial, de suerte que todavía Sir Arthur Evans estaba convencido de que los micenios eran antiguos colonos cretenses. Ventris, siguiendo la opinión del maestro, creía firmemente que las casi 2 000 tabletas de arcilla desenterradas por Evans en Cnoso (Creta, 1896) y por otros más tarde, estaban escritas en algún lenguaje minoico hasta hoy ignorado. Mas, al leer por fin la primer tableta minoica, resulta que el lenguaje empleado (antes sometido ya a la prueba del hetita, el sumero y hasta el vascuence) es sencillamente griego arcaico. Lo cual lleva a pensar, al contrario de lo que se suponía, que fueron los griegos quienes colonizaron ya la isla de Creta mucho antes de lo hasta hoy sospechado, y dominaron por largo tiempo a los minoicos, al punto de imponerles su lengua, siquiera como instrumento de gobierno o uso palaciego.

De suerte que la cultura egea, si bien precede a la Grecia clásica, fue a su vez una siembra de la Grecia arcaica llevada a Creta por los mismos aqueos, allá florecida y devuelta luego a Micenas. Es decir, que los aqueos de Micenas se han heredado a sí mismos. Ya la hipótesis había sido sostenida por el arqueólogo británico Alan Wace, antes del descubri-

miento de Ventris, con fundamento en los solos testimonios de la alfarería y los residuos materiales. Ya, por ejemplo, había llamado la atención sobre el hecho de que las tabletas abundan en la Grecia continental (Micenas, Pilos, Tebas) y en Creta sólo se encuentran entre las ruinas del palacio de Cnoso, lo que sólo parecía explicarse como una marea colonial de Grecia sobre Creta: hermosa inferencia de arqueólogo.

La tableta minoica descifrada por Ventris, que acaso sirva de clave para otras lecturas ulteriores, dice simplemente: "*Kerewos*, un pastor da lugar *A-si-ja-ti-ja*, cuida de los cuadrúpedos de Thalamata: 1 *hombre*." Puede ser anterior a Homero en unos quinientos años. Se trata de un pictograma silábico que más o menos corresponde a los días heroicos cantados por Homero en sus poemas arqueológicos y que pertenece al orbe de la cultura aquea. Es el primer monumento de la escritura indoeuropea hasta hoy encontrado. El que los aqueos fueran letrados —a pesar del célebre y pintoresco pasaje de la *Ilíada* donde los caudillos echan suertes con signos convencionales y no con verdaderos signos de escritura reconocida, lo que es un mero recurso poético de arcaísmo— se sabía ya por las tabletas de Pilos desenterradas en 1939 y que proceden de 1500 a. c.

Repitámoslo: si Champollion, para descifrar la Piedra Roseta, contó con un texto doble —en egipcio y en griego—, Ventris carecía de este recurso y aplicó los procedimientos y adelantos de la criptografía, tan desarrollada últimamente merced a los empeños por traducir las claves secretas del enemigo, durante las últimas guerras. (¿Saben, por ejemplo, mis lectores que este arte se ha desarrollado ya al punto de producir verdaderos manuales pedagógicos como el libro *Ciphergrams* de Herbert O. Yardley, Londres, Hutchinson and Co.?). Ventris comenzó por contar la frecuencia de los 88 diferentes signos encontrados, y una vez establecida tal frecuencia, los clasificó según que apareciesen al principio, al medio o al fin de la posible palabra. Después observó las palabras semejan-

tes con sus respectivas variedades, entre las cuales era admisible una relación conceptual. Probó suerte con el signo *Pa* y sus variantes, y el misterio se abrió cuando, gracias al signo *ko,* pudo leer la palabra *ko-no-so* (Cnoso) que corresponde a "muchacho" o *kouros.* La dificultad reside, naturalmente, en el arcaísmo de las formas, muchas veces desconocidas, y en la falta consiguiente de criterio para aislar los vocablos. Hay, finalmente, una gran variedad de valores fonéticos, de modo que *ko* vale *kos, kor, gon, choi,* etc. Las tabletas, hasta hoy, revelan la existencia, entre los aqueos, de herreros, médicos, panaderos, cocineros, albañiles, navieros, constructores, sacerdotes, alfareros y sastres.

Entre las tabletas por descifrar, se anuncia que comienzan ya a descubrirse los nombres de la Dama Atenea, de Ares, Zeus, Pan, Hera, Posidón y aun Dióniso, el cual se consideraba como una muy reciente incorporación al Olimpo helénico. Todo ello obligará a rehacer el cuadro de los estudios mitológicos y homéricos de acuerdo con nuevos principios.

La refundición de los estudios a que habrá lugar llegará hasta detalles nimios. En estos últimos días, el profesor Wace ha recibido la noticia de que otra palabra de las enigmáticas tabletas ha entregado su secreto, y es la palabra "peto" o "pectoral", que algunos filólogos proponían tachar del texto homérico por considerarla un anacronismo.

Hasta hoy, no se han encontrado todavía cartas ni textos literarios. Como siempre se supuso, los documentos se refieren más bien a listas e inventarios. Las incisiones en la arcilla muestran frecuentemente imágenes elementales de copas, urnas, carros, trípodes, junto a signos numerales y silábicos.

Importa repetir aquí que las inscripciones desenterradas por Evans en Creta son de tres clases:

1) El tipo ahora descifrado, el más abundante, es el último en fecha. Los documentos que a él corresponden fueron publicados en 1942, segunda serie de los *Scripta Minoa.* Se los designa con el nombre de "escritura lineal B". Generalmente se llama a esta escritura "micenia", se supone que re-

emplazó a la que a continuación mencionamos, y que ella a su vez desapareció de Creta a la caída de Cnoso, por 1400 a. c.

2) La llamada "escritura lineal A" aún no es descifrada y se ha supuesto que corresponde a la lengua minoica, aunque acaso haya sido adaptada a la lengua griega cuando Cnoso fue primeramente colonizada por aqueos, conforme a la nueva hipótesis.

3) El tercer tipo —jeroglífico— antecede a los tipos A y B. Aún se oculta.

Pero Minos ha comenzado a descubrir su secreto y, todo secreto que empieza a revelarse tiende a difundirse del todo. Esperemos.*

*20-IV-1954.***

* El sistema Ventris (después, Ventris-Chadwick) ha comenzado a ponerse en duda. Véase, por ejemplo, A. J. Beattie, "Mr. Ventris' Decipherment of the Minoan Linear B Script", *The Journal of Hellenic Studies,* LXXVI, 1956, páginas 1-17.

** [Con esta fecha al pie aparece en *México en la Cultura* y en *Estudios helénicos,* pero en el *Diario* de Reyes, a 26 de abril de 1954, se lee: "Preparo EL SECRETO DE MINOS sobre los desciframientos de las tabletas cretenses de Ventris... Encargo a Manuelita fotos complementarios de Minos" (vol. 12, folio 91). Hacia el 29 de abril, anota Reyes: "Viene Gastón García Cantú, actualmente encargado del Suplemento de *Novedades* en ausencia de Fernando Benítez, le doy otra copia del artículo LOS DEMONIOS DE GOETHE, y EL SECRETO DE MINOS (tabletas de Cnoso)" (vol. 12, fol. 92). El 6 de mayo: "Me trae Gastón García Cantú el Suplemento de *Novedades* del día 9 con mi artículo EL SECRETO DE MINOS muy bien publicado e ilustrado" (vol. 12, fol. 94). Este ensayo pasó a los *Estudios helénicos* en 1957, pero el año siguiente fue incorporado a *El triángulo egeo,* su lugar definitivo.]

XIII. LA APARICIÓN DE MICENAS

EN 1876, animado Schliemann por sus hallazgos anteriores en Troya, de que adelante trataremos —pues la historia de los descubrimientos caminó al revés de la cronología—, quiso confirmar en otras direcciones la veracidad de la epopeya homérica. Ahora deseaba investigar la historia del rey Agamemnón. El arqueólogo tomó como guía la descripción que Pausanias hizo de su viaje por Grecia hacia el año 160 de nuestra Era, en la *Periégesis* o viaje redondo. Limitó sus exploraciones al oriente del Peloponeso. Aquí los oficiales turcos se le atravesaron reclamándole la entrega de los tesoros por él desenterrados en Troya. No queriendo que ellos se perdieran para el mundo, se apresuró a enviarlo todo secretamente con destino al Museo de Berlín, pagó a la Sublime Puerta una indemnización cinco veces mayor de la requerida y pudo seguir sus buscas en Micenas. Poco a poco empezaron a aparecer esqueletos, alfarería, joyas, máscaras de oro. Schliemann telegrafió al monarca griego anunciándole que había encontrado las tumbas de Atreo y de Agamemnón. En 1884, se trasladó a Tirinto y, siempre orientado por Pausanias, desenterró el gran palacio y los muros ciclópeos que describen los poemas homéricos.

Arqueólogo el más excelso, Schliemann se confundía con su exceso de entusiasmo y su prisa; en busca de su meta, le acontecía destruir al paso algunos residuos. La épica lo engañó. Así como antes no había descubierto en Troya el verdadero tesoro de Príamo, tampoco en Micenas descubrió las tumbas de los Atridas. Los especialistas ponían en duda la exactitud de sus informes. Los museos de Inglaterra, Rusia y Francia se rehusaban discretamente a aceptar las reliquias que les enviaba. Él seguía inquebrantable. Su fe rayaba en manía. Ya no sabía si oraba ante el Dios cristiano o ante

Zeus. Murió en 1890. El clima, la incomprensión de los eruditos y el ardor mismo de sus empresas, todo contribuyó a su muerte.

Como Colón, nunca supo que había encontrado algo me- [illegible] de lo que buscaba. Las joyas troyanas que cayeron en sus manos eran varios siglos anteriores a Príamo y a Hécuba. Las ruinas que ahora encontró en el Peloponeso eran tumbas egeas anteriores a los Atridas y de minoica vetustez. Sus compañeros casi lograron convencerlo de que no había descubierto el féretro de Agamemnón, sino otro de algún monarca más antiguo. "¿Y qué? —dijo él—. "Le llamaremos Schulze." Y entre ellos, siempre hablaban de Schulze.

A su muerte, las excavaciones siguieron con fortuna, ahora bajo Dörpfeld, Muller, Tsountas, Stamatakis, Aldstein y Wace, y del Peloponeso se extendieron al Ática y a las islas cercanas: a Eubea, por ejemplo; y continuarían por Beocia, Fócide, Tesalia, siempre con buenos resultados. Los vestigios nos contaban la eterna historia: el hombre, al pasar del nomadismo cazador a la agricultura estable, remplaza los instrumentos pétreos por los de cobre y bronce, y llega al fin a las comodidades de la escritura y a los estímulos del comercio. Y la civilización en todas partes nos va demostrando ser más vieja de lo que esperábamos.

XIV. LAS INMIGRACIONES AQUEAS

AQUELLOS bárbaros que hablaban en griego y venían del norte se precipitaban en ondas sucesivas. El bárbaro de ayer es el civilizado de mañana. Hay un fondo de población vieja, y sobre ella caen las renovadas mareas que, si vale la paradoja, se van volviendo sustancias autóctonas. Los aqueos acaban por cubrir toda Grecia, desde la Tesalia hasta el cabo Malea, punta sur del Peloponeso.

¿En qué momento empieza la levigación del pueblo helénico en aquel orbe giratorio? ¿Desde cuándo puede ya aplicársele tal nombre? Homero llama todavía a los ejércitos sitiadores, indistintamente, "aqueos", "argivos", "dánaos", como hoy se dice "tropas inglesas" sin distinguir los elementos británicos, galeses, irlandeses, escoceses o coloniales. ¿Y de dónde vienen esos griegos que se incorporan con los egeos y heredan su misión histórica? Lo único que tiene trascendencia es la compenetración final, cualquiera sea el valor de las sucesivas ondas migratorias, o el mero incidente que, dentro de ellas, significa la invasión aquea, o bien la posterior invasión doria a que los antiguos daban el nombre poético de "la vuelta de los Heraclidas".

Estos aqueos que se desenvolverán en Micenas como herederos militares de los artistas cretenses son ya francamente arios. Es decir, parientes de los latinos, celtas, germanos, eslavos. Lo cual no aclara mucho el enigma de los orígenes, pero es una manera de ir marcando puntos de referencia para mejor guiarnos entre las sombras.

> El que aceptemos a los arios como una familia natural (*allá en los remotos orígenes*) no significa que las varias ramas en que se dividió tal familia para producir las distintas razas y naciones de lenguas diferentes, aunque emparentadas, nos aparezcan necesariamente como teñidas de matices que a cada una caractericen por una mayor afinidad interior. Fácil es que no

haya mayor afinidad sanguínea entre uno y otro persa, uno y otro griego, un teutón y otro teutón, que ese común denominador de llamarse arios. Pues cuando tal o cual grupo se separa del hogar común, no significa esto que quienes integran el grupo accidental estén más cerca unos de otros en ningún sentido étnico, o sean hermanos o primos más cercanos entre sí que los olvidados en casa. La masa que vino a formar el pueblo de hindúes o de teutones no estaba necesariamente formada por un grupo familiar verdadero. Los hijos de los mismos padres pueden haberse alejado considerablemente unos de otros. Podemos muy bien imaginar que acontezcan entre las familias distanciamientos aún más antiguos que los determinantes de las naciones y los pueblos históricos. Los "Amali" góticos y los "Aemilii" romanos, por ejemplo, son ramas de una familia partida en dos antes de la separación entre teutones e ítalos. Algunos fueron a dar a la banda de los godos; otros, a la de los romanos. No hay más diferencia que la magnitud de tiempo entre este caso y el de cualquier familia inglesa de dos ramas, una establecida en Boston, Mass., y la otra en Boston, Holanda. Y, por cuanto a la lengua, Sayce observa con razón que el uso de lenguas afines no prueba que ingleses o hindúes sean de la misma raza; pues muchos hindúes pueden ser de origen no ario y haberse incorporado desde tiempo inmemorial en el orbe de las lenguas sánscritas. Y pudo añadir Sayce que no hay la menor certeza respecto a la afinidad sanguínea del grupo ario original, sea respecto a los hindús o a los ingleses. Pues aquel grupo bien pudo ser un amontonamiento accidental o casual mucho más que una verdadera familia. Y si acaso fue una familia, aquellos de sus miembros que emigraran juntos al este o al oeste, al norte o al sur, pueden no haber tenido entre sí más ligas que el tenue parentesco igual para todos (FREEMANN, *Historic Essays*, 3ª serie, 1879).

En efecto, mayor sentido que todas estas vaguedades tiene la clasificación biológica de tipos sanguíneos, a que hoy se atiende en los casos de transfusiones; y de ella hacen más caso los propios ejércitos racistas que no de sus falsedades étnicas, puesto que resucitan a sus agonizantes con la sangre misma del adversario. Y de tal clasificación biológica nadie ha sacado hasta hoy inferencias históricas dignas de ser tenidas en cuenta.

Habría que añadir a esto la determinación, mucho más fundamental por cierto, que produce en cada grupo humano el ambiente geográfico y telúrico, el cambio ecológico entre el ser y el medio: modelación definitiva, como ya lo sabía Hipócrates. De las tres unidades de Taine —raza, medio y momento histórico—, la primera desaparece en el crisol de la historia, y el momento viene a confundirse con el medio, ensanchado ya su sentido hasta abarcar, junto con las condiciones naturales, las culturales, el espíritu del ambiente.

Sin conceder, pues, más valor del que corresponde a esta denominación de "arios", los aqueos bajaban de algún lugar común situado por la región danubiana; y en la mayoría de los casos, iban desarrollando una penetración colonial y relativamente pacífica, a diferencia de la violenta invasión que más tarde han de hacer los dorios. Los aqueos solían arreglararse como mercenarios al servicio de los primeros ocupantes, y poco a poco se reabsorbían en la sociedad de éstos y adoptaban la nueva civilización, a todas luces superior a la que ellos conocían de antes, en su existencia de buscavidas errabundos.

> La ley de adopción todo lo gobierna, y lo mismo puede practicársela en pequeña que en grande escala. Lo que es la adopción para la familia, eso es la naturalización para el Estado. E igual proceso se opera desde los individuos naturalizados hasta las masas enteras y las naciones. En el caso que nos ocupa, mejor es hablar de "asimilación". Roma asimiló a Italia, Galia, España; pueblos que, admitidos gradualmente a la jerarquía romana, romanos se volvieron. (*Loc. cit.*).

A veces suele darse una colonización cultural de abajo a arriba o a la inversa: la "transculturación" del cubano Fernando Ortiz (caso Grecia-Roma). Así la padecieron, o la disfrutaron, los aqueos; y de ella sólo se defenderán más tarde los dorios de Esparta, de propósito acampados en una concentración militar, incomunicados del mundo en que se fijaron como un quiste y no como una parte más del organismo. De aquí que revelen en su vida tantas extrañezas, vejeces, rigi-

deces, a descompás con el movimiento general de la vida griega.

Al compenetrarse así los aqueos, por sucesivas pulsaciones, en la cultura micénica, iban influyendo en ella de paso; transformaban un tanto la representación tradicional del mundo, impresa en las viejas religiones agrícolas del Mediterráno, con su concepción antropomórfica de los Dioses olímpicos. Y estas personas míticas, a su vez, acababan por modelarse al fuego de la imaginación mediterránea, como si aprendieran a vestirse con mejores trajes, en vez de los rústicos harapos de que hasta entonces se cubrían.

Esta población aquea en inflación continua necesitaba, como ahora se dice, espacio vital. Tras de haber dominado el suelo de la península, se lanzó a los barcos. Sin duda fue elemento determinante en el saqueo de Creta, y se sabe que hizo incursiones hasta Egipto, donde su presencia, bajo el nombre de *akhaivasha*, consta entre los Pueblos del Mar que incomodaban a la gente del Delta y de que habla uno de los primeros testimonios históricos sobre aquella Grecia en gestación (1223 a. c.).

Pronto los monarcas aqueos, asentados ya en Micenas, adquirieron una hegemonía manifiesta sobre los demás régulos y jefes de tribus que medio gobernaban desde la Tesalia hasta el Peloponeso. Y esta preeminencia permitió a la dinastía aqueo-micenia preparar un día la expedición federal contra Troya, ciudad que era ya un estorbo a su grandeza.

Resumamos. Las flotas de Creta y de Egipto mantenían cierto comercio irregular con las regiones griegas del golfo de Argos. Esto dio nacimiento a Micenas y a Tirinto. Sus yacimientos —de influencia cretense y egipcia— son los primeros rastros culturales que aparecen en el Continente europeo. La época micénica va de 1500 a 1200 a. c., y hay que imaginar que por esta época empiezan a escurrir los arroyos, cada vez más henchidos, de las penetraciones aqueas.

Pero la Grecia continental seguía a la zaga de las islas, de tiempo atrás incorporadas a la cultura egea. Aunque llega-

ban a Grecia los efectos del arte y la industria minoicos, no llegó tan pronto la escritura. El norte griego, entretanto, seguía en plena barbarie. En Tesalia, las aldehuelas no parecen haber sido superiores al tipo que suele llamarse del neolítico último. El metal sólo apareció allá por 1500. La zona micénica se levanta, pero el resto de la península —el norte sobre todo— se mantiene todavía por debajo del Asia Menor y, desde luego, por debajo de la opulenta Troya.

XV. LA APARICIÓN DE TROYA

HEINRICH SCHLIEMANN —a quien conocemos ya un poco— era un alemán americanizado que nació en 1822. Su padre, aficionado a la *Ilíada* y a la *Odisea,* pronto lo llevó a las lecturas homéricas. Cuando aún era niño, se sintió inexplicablemente afligido al oír decir a sus padres que Troya había sido arrasada hasta los cimientos, sin que quedara huella alguna. Tenía ocho años y no más cuando hizo el voto de consagrar su existencia al hallazgo de la ciudad perdida... ¡La vocación, "la simiente de la palabra oportuna" que decía Rodó! A los diez años, presentó a su padre un ensayo en latín sobre la guerra troyana. A los catorce, dejó la escuela y entró de ayudante en un comercio. A los diecinueve, salió de Hamburgo para Sudamérica. Doce días después, naufragaba. La tripulación y los viajeros tuvieron que flotar nueve horas en un bote salvavidas. La marea los arrojó sobre la costa holandesa. Allí comenzó a trabajar en alguna tienda o negocio. Ganaba ciento cincuenta dólares al año, y todavía ahorraba para continuar sus estudios. A los veinticinco años, pudo establecerse por su cuenta y fue creando relaciones en los tres continentes. A los treinta y seis, se consideró lo bastante rico para retirarse y darse a las tareas arqueológicas. (Caso comparable al del ilustre gramático Cuervo, familia de cerveceros.)

Nunca había olvidado su compromiso de honor con Troya. Durante los viajes y tratos de su comercio, se había sometido a una excelente disciplina, y era ya un poliglota: hablaba alemán, inglés, francés, holandés, español, portugués, italiano, ruso, polaco, árabe. Ahora se dirigió a Grecia y aprendió el griego antiguo y también el moderno. Éste logró adquirirlo, sin echar mano de embarazosos diccionarios, comparando con el texto francés una traducción del *Pablo y Virginia.* "De la

antigua gramática griega —dice él— sólo aprendí declinaciones y verbos, sin perder tiempo en reglas." Facilidad, espontaneidad que nos hace pensar en el joven Goethe, familiarizado con Píndaro. Leyendo unas veces y otras practicando, pronto dominó su materia mejor que con el empleo de los métodos escolares. Pues había observado que, tras ocho años de teoría, los jóvenes no lograban entender el griego clásico.

A partir de entonces se decidió a vivir en los países de sus sueños. Su esposa, una rusa, no quiso abandonar su patria y sobrevino la separación. Entonces, mediante anuncios y fotografías, escogió a una griega de diecinueve años, con quien se desposó cuando él contaba cuarenta y siete, al antiguo estilo de la compra de esclava y pagando un precio a sus padres. Tuvo hijos. A regañadientes accedió a bautizarlos; pero solemnizó el acto poniendo sobre sus cabecitas un ejemplar de la *Ilíada,* de que leyó después, a manera de oración, algunos hexámetros. Por supuesto, sus hijos se llamaron Andrómeda y Agamemnón. Sus criados se resignaron a llamarse Telamón y Pélope. Su casa, en Atenas fue llamada "Belerofonte". ¡Viejo enloquecido de Homero!

Mientras otras cosas sucedían en Europa, el año de 1870 lo vio encaminarse a Troya, lleno siempre de entusiasmo y presentimientos. Pero ¿cómo encaminarse a Troya, si no se sabía dónde estaba situada Troya? Contra las opiniones corrientes, se le había ocurrido que la Troya de Príamo yacía bajo la colina de Hissarlik. Empleo un año en negociar los necesarios permisos con el gobierno turco. Contrató unos ochenta hombres y emprendió los trabajos.

En su tienda, enamorada de sus nobles excentricidades, su mujer lo acompañaba siempre. Invierno cruel, viento helado, agujillas que cegaban los ojos, nada los hacía desmayar. Casi era imposible, de noche, mantener la lámpara encendida. La *Ilíada* nos habla de Troya y sus calles llenas de viento, y vientos arrastraba consigo el estrecho que llamaba Homero "el rápido Helesponto". Salvo el mismo fuego de la chimenea, todo se congelaba en redor. Todo, menos la fe.

Al año, comenzaron a aparecer algunos objetos: un enorme vaso de cobre que contenía doscientos artículos de oro y plata. Schliemann, astuto, lo envolvió todo en el manto de su esposa, mandó a su gente a dormir la siesta y se encerró en su campamento. A cada objeto ató una etiqueta con una inscripción homérica adecuada, colocó en las sienes de su esposa una antigua diadema y telegrafió a sus amigos de Europa, anunciando haber descubierto nada menos que el tesoro de Príamo. Ya hemos dicho que su descubrimiento se refería a una época anterior a Príamo.

Por lo pronto, nadie lo creyó. Como alguna vez ha pasado entre nosotros, fue acusado de falsificación, de haber él mismo depositado bajo tierra ciertos objetos para después simular su hallazgo. Y el gobierno turco intervino, en cambio, para evitar la sustracción de tesoros del territorio nacional. Virchow, Dörpfeld y Burnouf se atrevieron a tomarlo en serio y fueron a comprobar los descubrimientos sobre el terreno mismo. Continuaron la obra al lado de Schliemann. Poco a poco iban apareciendo las varias Troyas superpuestas. Ya el problema no era saber si había existido Troya, sino cuál era la de la *Ilíada*.

XVI. LAS NUEVE TROYAS

Por los confines noroccidentales del Asia Menor, se habían venido levantando, en más de un millar de años, las varias Troyas superpuestas. Nueve Troyas pueden contarse hasta la época romana, y la magnitud de sus catástrofes mide su respectiva grandeza. Mientras la III, la IV, la V y las posteriores a la VI apenas merecen recordarse, las demás fueron potentes aduanas que fiscalizaban el acceso del Helesponto; cuarteles del intermediario que, en cada trato, medra dos veces, y que pagarán su soberbia bajo el castigo de las coaliciones que provocan.

La primera Troya se remonta a los primeros bronces y coincide con las primitivas monarquías minoicas del siglo xxviii, muy anteriores al Palacio de Cnoso. Los muros de aquella Troya son amontonamientos irregulares de piedras. Su alfarería está decorada con incisiones groseras.

La segunda Troya o Gran Ciudad posee robustos cimientos y deja un manto de figurillas femeninas con caras "alechuzadas", tosca orfebrería, ricas hachas broncíneas, brazaletes con ornamentos en espiral, vasos de plata. Se duda si le llegaría de Chipre o del Oriente cierta hermosa hacha de jade blanco que se ha recogido entre sus ruinas, sobre la cual quieren algunos fundar (¡mal fundamento el filo de un hacha!) audaces hipótesis respecto a las comunicaciones del Mediterráneo con China, etc. Sus muros de ladrillo y sus pesadas vigas rodaron al suelo —acaso bajo el saqueo de los arcaicos hetitas, o bien de los frigios de Tracia—. Vienen después tres aldeas efímeras, que mal pueden con el grave nombre de Ilión.

Y, por último, hacia el siglo v a. c., se edifica la sexta Troya, la Troya de "las grandes murallas", destinada a la eternidad poética. Allí, en los tiempos heroicos, se custodiaba el

tesoro de Príamo. La ciudadela, a que Aquiles y Héctor dieron tres vueltas a todo correr —aquél atacando, éste huyendo—, estaba hecha con más primor que los amontonamientos de peñascos micenios y tenía acceso por tres puertas. Se encaramaba majestuosamente por la colina en varias y superpuestas terrazas. Allí los ancianos se asomaban para ver pasear a la hermosa Helena, mientras ella declinaba para el rey Príamo los nombres de los sitiadores acampados en la llanura. Por el alto Escamandro aparecían los barrios dárdanos y las habitaciones de Eneas. Al este, las poblaciones del Gránico y el Esepo. Al sur del Monte Ida, los fuertes de las tribus pelásgicas, los autóctonos sometidos.

En los opuestos extremos del Egeo, Troya y Cnoso, sin conocerse, levantan sus dos castillos rivales, aunque no de igual dignidad ante la historia o, si se quiere, ante la poesía. Pero mientras la gente del sur ya usaba un sistema de escritura —comunicado tal vez por los cretenses a la Filistia y a la Fenicia, o entre todos ellos elaborado—, no es seguro que la gente del norte hubiera experimentado ya la necesidad de un útil semejante.

Sin duda la causa oculta de la guerra de Troya es la lucha entre dos poderes para adueñarse del Helesponto y explotar el tráfico del Mar Negro o Ponto Euxino. Toda Grecia y toda el Asia occidental lo consideraban como un conflicto de vida o muerte. Varias líneas comerciales pagaban anclaje al señorío troyano, para poder discurrir entre el Egeo y el Euxino: era un Suez de entonces. La Tracia y la Peonia embarcaban vino, espadas, caballos blancos, tal vez oro. De Paflagonia venían maderas, plata, vermellón y asnos indómitos. Los meonios vendían esclavos. Los carios, la marfilería de Mileto. Los licios acarreaban productos de Siria y de Egipto. Se conjetura que en Troya hayan podido reunirse ferias internacionales de mercaderes. Se sabe de fijo que tan exclusivo monopolio estorbaba las empresas helénicas. La leyenda dice que Héracles aprovechó el paso de los Argonautas para desembarcar y destruir una Troya anterior, bajo el reinado de Laome-

donte, padre de Príamo. No contentos con esta legendaria hazaña, esta *Ilíada* anterior a la *Ilíada* que, cuando menos, expresa la tradición de un odio, los aqueos, al comienzo del siglo XII, organizaron la primer gran expedición naval que se conoce, tomando por provocación el rapto de Helena. El asedio duró nueve años; al siguiente, la Propóntide (Mármara) y el Euxino (Negro) se abrieron al Occidente. Comenzó poco a poco la colonización helénica en las costas de Oriente, en las islas egeas. Alborea la Grecia histórica.

Es la lucha que, bajo otro aspecto, veremos renovarse más tarde en Maratón, Salamina, Iso, Arbela, Tours, Granada, Lepanto, Viena... La lucha entre el Occidente y el Oriente. Ensanchemos nuestra visión.

Contemplemos el fondo movedizo del cuadro, en proyección simultánea y anacrónica, para de una vez apreciar los grandes rasgos. No temamos a la interpretación finalista que de aquí resulte, recurso provisional y que nos ayudará a comprender mejor.

De modo esquemático, imaginemos dos grandes ejércitos que adelantan desde opuestos puntos y se dan junta sobre la cuenca del Mediterráneo. El ejército siriaco-semítico arranca de los pastos del sur que bordean el desierto arábigo, de donde por mucho tiempo manaban ondas inestables en busca de residencia fija. El ejército indo-europeo arranca del cinturón de pastos que baña el Danubio inferior, sigue la costa septentrional del Mar Negro y, por el sur de Rusia, penetra el norte asiático, para deshacerse en las últimas orillas del Caspio. No se trata de frentes únicos: en el interior de cada ejército, las divisiones se revuelven también unas contra otras, en constante contienda, y buscan de uno a otro frente alianzas casuales.

Si ahora ojeamos nuestro panorama de oriente a occidente, he aquí lo que descubrimos. Del primer ejército, como columnas que hacen alto, se precipitan sucesivamente los que poblarán la Babilonia y Caldea, la Siria de los arameos con centro en Damasco, la Fenicia y la Palestina de los hebreos; y

en fin, las indecisas colonias fenicias del Mediterráneo oriental, como las de Chipre, o las factorías fenicias del occidente, como la africana Cartago —nación muy pronto—, y las menos nítidas de Sicilia, Córcega, Cerdeña, España. El Egipto, aunque de relaciones semíticas, es un núcleo aparte.

El segundo ejército, en su avance, va a su vez dejando caer a los siguientes grupos: los que llamaremos sánscritos del norte indostánico, los persas, los medos de Armenia y Media, los mitanios del alto Éufrates —que desaparecen en el choque de egipcios y hetiatas tras de esforzarse por detener la expansión asiria hacia el occidente—: el variado grupo que, después de los penumbrosos anatolios de la primera hora, se derrama por el Asia Menor, o sean hetitas, frigios, escitas, armenios y griegos; la masa helénica principal, de Grecia y sus alrededores, de Italia, Sicilia y Marsella; los romanos y también los celtas de Francia. Estos últimos han asomado también por el norte del Asia Menor.

En el Mediterráneo occidental —fase la más reciente—, los primeros contactos se dan sobre las aguas mismas; en el Mediterráneo oriental —fase más antigua— se traban en los territorios asiáticos que rodean el mar y anudan las tres grandes masas continentales.

Tenga o no sentido la historia —asunto para otra velada—, nos hallamos ante un debate trágico, que ya Heródoto interpretaba como pugna del Oriente y del Occidente, concepto más de campos culturales que no de orbes étnicos —pues tan arios son los persas como sus adversarios griegos—, aunque el "Padre de la Historia" lo reduce a un símbolo poético en torno a unos cuantos raptos de mujeres. Y tal es la confusión de la brújula entre las contingencias históricas, que cuando el macedonio, el hermano rudo, se lanza contra el refinado ateniense, ¡aun el patriota Demóstenes llega a aconsejar la alianza salvadora con Persia!

Heródoto, como lo hemos dicho, ilustra simbólicamente el duelo tradicional con los sucesivos raptos de Ío, Europa, Medea y, por último, nuestra inolvidable Helena, arrebatada

por el hermoso príncipe del Helesponto a la casa de Menelao: mutuas trastadas que se hacían los pueblos piratas, a cuyos ojos el despojo marítimo era oficio reconocido. Verdad es que el propio Heródoto nos trasmite sobre este punto la opinión de los persas más razonables: "Raptar mujeres es inclinación de gente aviesa; pero entregarse ardientemente a la venganza de estos desmanes es tontería, pues ¿hubo jamás mujeres raptadas contra su voluntad?" (I, 4).

El duelo, después de Troya, se prolonga en las guerras persas y, cuando desaparece esta amenaza, Platón ha previsto su reaparición por el otro extremo. A este fin, intenta robustecer el helenismo siracusano, lo que hubiera detenido a los cartagineses varios siglos antes. Hereda Roma el desafío, en su empresa contra Cartago, y empieza a morir de su propio triunfo, aunque con una lentitud secular, pues engorda y se enriquece más allá de las armonías naturales. Y aunque el sentido grecorromano del mundo se afianza en el Imperio, pronto se insinúa el desquite oriental, a través del proletariado interior, imbuido ya de la misma sustancia siriacosemítica que antes había absorbido a Alejandro y al cabo transformará a Roma. Y de aquí procede la Ecumene Cristiana.*

* Sobre el tema troyano en particular y sus sucesivos desarrollos, véase el Archivo de Alfonso Reyes, cuaderno D. 5: *Troya,* México, 1954. [Ahora en las *Obras Completas,* XVII, pp. 115-179.

III

LA JORNADA AQUEA

NOTA

ESTE cuaderno se relaciona con el D. 5 (*Troya,* 1954) publicado en este mismo Archivo [*Obras Completas,* XVII], pero sobre todo con el D. 7 (*El triángulo egeo,* 1958), cuyo asunto continúa, al punto de repetir aquí algunas frases y conceptos. En dicho cuaderno expuse ya el porqué de estas notas, materia prima para mis cursos en El Colegio Nacional y para la elaboración ulterior de páginas más personales que han aparecido o aparecerán en mis obras. Por lo pronto, ésta es tarea preparatoria, donde se mezclan de modo indiscernible lo propio y lo ajeno: instrumentos de mi trabajo, no sus resultados finales.

En *El triángulo egeo,* III, definimos las cuatro jornadas prehistóricas de Grecia: *1)* la cretense; *2)* la micénica; *3)* la aquea (con la guerra troyana); y *4)* los retornos o *Nostoi* (con la invasión doria). Este cuaderno corresponde a la tercera jornada.

A. R.

1958.

I. TIERRA Y CIELO

EL ÁREA que ocupa la civilización helénica —o mejor, su foco nacional— no es muy vasta. En el Continente, comienza al sur de la Tesalónica y del Promontorio Acroceraunio y alcanza hasta el término de la península. En el mar —amén de las ulteriores expansiones hacia el norte y hacia el occidente— abarca sobre todo, además de Creta, las vecinas islas del Egeo y del Jónico. Es característica de Grecia cierta inclinación sudoriental. Hipócrates la explica por las condiciones naturales que allí reinan, muy superiores a las del noroeste: clima preferible y mejores bahías. Las costas suelen descender en suaves terrazas. Pero no hay que extremar la pintura idílica, ni caer en la sandez —que ya irritaba a Hegel— de figurarse que los cielos "llueven" gratuitamente las culturas, o que las producen las tierras por espontaneidad vegetativa, sin esfuerzo intencionado del hombre. Los griegos no vivieron alimentados por celeste ambrosía. Tenían que hacer algo más que danzar al son de la flauta bajo los plátanos rumorosos de Iliso o al pie de un ciprés de Licabeto. Lo más del tiempo, Grecia está batida por tempestades, o aterida de frío en los ásperos inviernos o requemada por el largo verano. Los chubascos escurren por las torrenteras antes de empapar la delgada y reacia capa laborable. Y pronto sobrevienen las secas, que han hecho proteger y divinizar a las fuentes. Salvo en los bosques macedonios, domina en el paisaje la desolación de las calvas crestas y de las marmóreas Acrópolis, cuyas ruinas, bajo el sol implacable, continúan la desnudez de las rocas.

Si la gente empapa su pan en vino, como hoy en el té y el café, si unta como mantequilla el aceite, no hay que creer que ello se conseguía sin fatiga, ni que el trigo, la cebada, las uvas y las aceitunas se daban solas, como lo afirma nada menos que Breasted. Los ganados pronto acababan con los pastos, aquí y allá esparcidos entre los arbustos espinosos. Para

remediar la escasez de maderas y cereales, Grecia se lanzó a la colonización. Hubo que terraplenar escarpaduras a fin de obtener nuevos campos, como en las Cícladas. En la época clásica, las parcelas son pequeñas, a objeto de mejor intensificar la lucha con el suelo. Dondequiera que los valles dan algún desahogo —Argos, Esparta, Atenas, Tebas— se apresuran a brotar las ciudades mayores; y para sostener su economía, pronto debió de aplicarse una rigurosa política frumentaria. La penuria agrícola apenas se compensa con la riqueza en mármoles —fundamento de la grandeza plástica— y con la abundancia de arcillas —material de la alfarería para la exportación de vinos y aceites. Por falta de la madería indispensable, los socavones, la industria minera, se reducían a los géneros más remunerativos: obsidiana de Milo, cobre de Chipre y, sobre todo, plata de la Tracia y el Ática.

Grecia es país muy montañoso. Por donde el coro de las Cícladas ve nacer la aurora de Delos, la isla divina y errante que había sido cuna de Apolo, existió, antes de la aparición del hombre, un macizo continental. Al contraerse la tierra por el enfriamento, aparecieron hacia el oeste cinco cadenas de mediana altitud, que forman las cimas de la historia helénica: el famoso Olimpo, morada de los futuros dioses; luego, el Himeto, visitado por las abejas; el Pentélico que, en frontón de templo, cierra el Ática por el norte y ofrece en sus pródigos flancos las canteras del arte; el Citerón, cuyos alfombrados valles congregarán a las Bacantes: y por fin, los montes de la Argólida, testigos legendarios del "regreso de los Heraclidas". Al sur, se levantan las cumbres corintias, visibles desde el lago de Patras: el poético Parnaso, de doble joroba (como mi regiomontano Cerro de la Silla); las montañas Geranias, último baluarte de los peloponesios durante el desembarco persa; más al norte, el Eta, hoguera sangrienta de Héracles, quien allí perece envuelto en la túnica de llamas; en fin, el Ostria, el Osa y el Pelión. En un posterior sacudimiento, apareció "el Pindo sonoro", que dice Rubén Darío. Y, casi ya en los tiempos humanos, se alzaron en Laconia, de

norte a sur, el Tenaro y el Taigeto, ceñudo éste como la cólera de las vírgenes escondidas en su regazo, que hostigaban aún la imaginación del joven Virgilio. Tierra de estremecimientos volcánicos y violentas resquebrajaduras, más imponente que hospitalaria, exhibe sus hundidas costillas, imperfectos lechos de erosión, cuevas y abras; se recoge tortuosamente en sí misma. Su configuración facilita el egoísmo y las rencillas de las ciudades, vida y muerte de Grecia. Careció siempre de carreteras comparables a las que trazarán persas y romanos. Y frente a este repliegue continental, la Egeida, que no pudo seguirlo, se despedaza en rosarios de islotes, peñones y mal apagados cráteres. El suelo es inseguro. Los caseríos de Esparta y las Lócridas, de Candía y Corinto, han desaparecido en épocas históricas por efecto de los terremotos. Y en nuestros días, el inaplacable Posidón asolaba a golpes de tridente las islas del héroe Odiseo, a quien nunca perdonó su inquina.

Los dioses son tormentosos y salvajes. Amontonan vertiginosas nubes, desgajan la tierra, separan las aguas, estampan en la arcilla planetaria los documentos de su furor. Quedan los resabios terroríficos en las cosmogonías vetustas, y en los "trabajos forzados" que el folklore asigna a la paciencia de los héroes colonizadores: Héracles, Perseo, Teseo, Jasón. El drama terrestre refleja su emoción perdurable en el pecho de las tradiciones poéticas. Se oyen aullidos de pavor en el canto del labriego de Ascra.

Aquel escenario contorsionado y torcido en vericuetos brinda, sin embargo, altas compensaciones. Tales son el aire, el mar y la luz. Si el clima, en invierno, está lleno de sobresaltos y el odre mitológico revienta a la vez por todos lados, durante la buena estación las corrientes soplan con regularidad del norte y del nordeste, atraídas por los enrarecimientos que se producen en las planchas ardientes de la Libia y de la Anatolia. Los ventarrones barren los gérmenes que harán de la Europa continental, hasta el siglo XVIII, una región epidémica. La misma peste del siglo V a. C., efecto del amontonamiento de tropas, quedó aislada. El paludismo sólo

se asienta en algunas desembocaduras y pantanos. Incisivas como cinceles, las ráfagas azotan la fantasía y parecen querer tallarla en facetas, dentro del molde de su movediza arquitectura. Ruskin recuerda que los griegos llamaban "arpías" a esos aletazos que arrebatan los papeles del escritor. Por su parte, brisas y terrales de ritmo regular llegan a su hora y son huéspedes bienvenidos. Se los utiliza y pone a contribución. Temístocles, en Salamina, esperó las auras matinales, con que no contaban los incautos equipajes de carios y fenicios al servicio de Persia. Los vientos son verdaderas presencias identificables, genios individuales de fisonomía propia y casi dotados de idiosincrasia, a los que se dan nombres de personas. Y la vida al aire libre engendra salud, anfiteatros y democracias.

El arabesco de los litorales, cuya relación con el área terrestre es triple del mínimo geométrico, da a los horizontes un consolador ensanche marítimo, donde reposa la mirada y el alma alivia sus resortes. Aun en el interior de la península —salvo en la hoya de Esparta— resulta difícil huir el atisbo del mar. Los mercenarios de Jenofonte, tras largas peripecias por la entraña del Asia Menor, saludaban con gritos de júbilo la azul pincelada. Ella los devolvía a los hábitos de sus sentidos. En el mar reconocían su ambiente vital por excelencia.

La luz es deleite y es premio. Por la aridez de la atmósfera cunde una luminosidad penetrante. De ella se alimenta el mortal. Por ella suspira el moribundo, incapaz de concebir felicidad ultraterrestre en un reino que imagina sombrío y sin fiestas para los ojos. La luz templa la razón y endereza el ánimo. Educa a la vez la mente y la conducta. Reduce el espanto pascaliano de lo infinito y lo acaricia en armoniosos contornos. Limita, mide, ordena. Enseña a venerar la forma; conduce al arte y también a la precisión, la cual —según el filósofo de la Evolución Creadora— fue invento de Grecia.*

* [Publicado por vez primera en *La Palabra y el Hombre*, Xalapa, Veracruz, abril-junio de 1958, II, Nº 6, pp. 113-115, con el título de "Tierra y cielo de Grecia".]

II. LA HERMOSA FALSIFICACIÓN DEL PASADO

A LA CONFUSIÓN reinante sobre los orígenes helénicos y la descendencia de sus diversos pueblos contribuyeron no poco los griegos históricos. Pues de su verdadera prehistoria muy poco se les alcanzaba, y sólo Tucídides muestra el decidido propósito de interpretarla con un criterio de realidad y según los mismos castigos metódicos a que sometemos la aceptación de los testimonios contemporáneos. Con ser tan exigente y tan crítica, la mente griega padecía cierta pereza en cuanto al pasado y tardaba en colarlo íntegramente por el cedazo de la razón. O tenía tareas más urgentes, o le bastaba una cierta representación a bulto, tan esquemática que no pasa de alegoría. Heródoto, que tanto cierne el grano cuando sospecha que el episodio galante de Helena no explica en verdad la guerra de Troya, o que se adelanta a Frazer cuando interpreta las palomas negras y parlantes de Amón y Dodona como un par de fenicias trigueñas que hacían ruidos bucales en lenguaje desconocido y extranjero, en cambio se traga la paja del Ave Fénix o de las gigantescas hormigas auríferas de la India, como fascinado por el encanto de estas fábulas. Pero sucede que los griegos históricos no sólo se limitaron a recibir pasivamente el acarreo folklórico, sino que se entregaron a una reconstrucción imaginaria de su prehistoria, atando historietas y remendándolas con nuevos retazos. Además de su valor poético, tal reconstrucción llegó a tener trascendencia social, y aun sirvió de base y alegato a las transacciones diplomáticas y a las pretensiones territoriales. Este proceso tomó por dos caminos.

Por una parte, se deba por testimonio legítimo, con mayor o menor fundamento según el caso, el puñado de leyendas heroicas independientes o, digamos, de creación espontánea: los Trabajos de Héracles, el Ciclo de Troya, los Argonautas,

las vidas de Cadmo y de Edipo, los dos Sitios de Tebas. Aun el cuento exorbitante de las Amazonas asume importancia nacional, y la verdad es que en él nos llega un eco refractado de la pugna inmemorial entre el Oriente y el Occidente, como en las historias de Troya y del Vellocino de Oro. Eran las Amazonas unas guerreras ariscas que, alejadas de todo comercio varonil en algún reducto del Asia Menor —acaso en Termodonte, allá junto a la griega Amasis—, resultaron capaces de medirse con los guerreros helénicos. El nombre de "Amazonas" más o menos parece decir "destetadas", de donde la travesura etimológica suponía que se cauterizaban el seno derecho para mejor tirar el arco. (Lo que otros explican como una mutilación ritual en honor de la Diosa Madre que, en cambio, aparece como adornada con los numerosos senos que ellas le ofrecen.) La *Ilíada* cuenta que Príamo peleó contra ellas en Frigia. Una de las faenas de Belerofonte fue el combatirlas. Una de las hazañas de Héracles, el arrebatarle el cinturón a su reina. En *Los Etíopes* o *Etiópida*, poema épico tardío, la amazona Pentesilea defiende a Troya contra sus sitiadores. El héroe nacional de Atenas, Teseo, consiguió raptar a la reina Antíope. Las Amazonas entonces invadieron el Ática y hubo que rechazarlas sangrientamente, combatiéndolas por las mismas calles de Atenas. El tema se adueña de la imaginación y es motivo predilecto de la escultura. Perpetúan su recuerdo los mismos ritos conmemorativos de Teseo, en que los atenienses ofrecían sacrificios a las Amazonas, y aun los monumentos de Atenas, como el Amazoneo que les estaba consagrado. E Isócrates y Platón han cuidado de recoger para nosotros aquella tradición fantástica.

Por otra parte (y es el segundo camino del proceso relativo a la falsificación del pasado), se forjaron de propósito algunas genealogías y ascendencias hechizas, que oscurecen singularmente la exploración ya de por sí tan trabajosa. Ellas parten de la escuela hesiódica, y luego los viejos logógrafos —Hecateo, Acusilao, Ferécides— las van reduciendo a sistema. La adulteración genealógica obedece a tres impulsos,

que enumeraremos de menor a mayor: orgullo nobiliario, coherencia helénica y ensanche internacional.

1. ORGULLO NOBILIARIO. Ante todo, las aristocracias se empeñan en trazar sus orígenes desde el cielo. Los nobles quieren ser hijos de los dioses, aunque sea habidos detrás de la puerta. Si no logran demostrar que provienen de los propios Olímpicos, casi siempre se conforman con proceder de Héracles y, en último caso, de los héroes de Troya. A este fin, el Olimpo y sus laderas se pueblan de adulterios divinos y de enlaces morganáticos entre dioses y semidioses con hombres y mujeres mortales. Como siempre sobran cabos sueltos, se inventan tejidos de conexión. Uno de los recursos más socorridos para este ajuste lo provee la figura de Éolo, especie de Leopoldo I de Bélgica a lo divino, a quien para el caso se hace padre de una numerosa familia, siete hijos y cinco hijas dispuestos a contraer las nupcias que se ofrezcan. A veces, por ejemplo, refluyen de Jonia hacia Atenas las explicaciones fabulescas, que Atenas recoge sin chistar y que tanto enturbian los hitos de su prehistoria.

2. COHERENCIA HELÉNICA. En segundo lugar, se nota el empeño de las distintas tribus invasoras o de arribada posterior por resumirse a toda costa en el fondo viejo del pueblo. Lo que, a fin de cuentas, no es más que un reflejo mítico de la verdadera amalgama o absorción sociológica que poco a poco se produjo. Los mismos que acaban de llegar del norte quieren demostrar que son de la tierra y a ella regresan, aunque se habían ido de paseo. El hecho es muy revelador: en él se manifiesta la fuerza del autotocnismo, la atracción del carácter propio. Observemos las dos fases más expresivas de este fenómeno: *esfuerzo por el nombre común y esfuerzo por la integración patria.*

a) *Esfuerzo por el nombre común.* El primer esfuerzo se reduce a un mito gramatical. Sucedió que, en la llanura del Esperquio, había unas tribus aisladas que se llamaban "los

helenos" y que fueron sometidas por los aqueos. Por alguna circunstancia fortuita, los bárbaros de Italia empezaron a aplicar de modo general el nombre de "helenos" a todos los colonos griegos establecidos en lo que había de llamarse la Magna Grecia. Ello es que, desde aquellas colonias, el nombre volvió a las metrópolis ya acuñado y cobró carta de ciudadanía. (Pronto lo explicaremos más por detalle.) Luego, si todos los griegos eran "los helenos", el padre común debía llamarse Héleno, que a su vez será hijo de Deucalión, el primer hombre. Y como los helenos de Homero —autoridad máxima— vivían en la Tesalia, allí nació Héleno. Era difícil manipular con la masa griega de la península, que resultaba cosa intrincada; pero esta complicación se clarificaba singularmente en las colonias egeas, por referencia a las respectivas metrópolis. En tales colonias se distinguían con suficiente precisión tres grupos: eolios, dorios y jonios. De aquí que Héleno tuviera tres hijos: Éolo, Doro, e Ion. ¡Ah! pero Homero llama "aqueos" a los griegos, sin ninguna otra clasificación. Remedio inmediato: los hijos de Héleno eran Éolo, Doro y Juto. Éste, a su vez, fue padre de Ion y de Aqueo. Lo que, de paso, explicaba que aqueos y jonios se hayan establecido en el Egeo cuando los dorios invadieron el sur de la península. Los varios dialectos griegos fueron acomodados a la fuerza en las tres grandes rúbricas de eolio, dorio y jonio, pues el aqueo quedó repartido entre los demás.

b) *Esfuerzo por la integración patria.* El segundo esfuerzo se ejemplifica con la legitimación doria. La familia real de los Teménidas se sabía descendiente de Egimio, el supuesto fundador de las instituciones dorias. Los padres de las tres tribus dorias eran Hilo, Pánfilo y Dinán, hijos de Egimio. Pues bien: para el injerto en el tronco helénico, se declaró que Hilo sólo era hijo adoptivo. El verdadero padre de Hilo era Héracles. Pues Egimio, rey dorio de Tesalia, había dominado a los Lapitas con ayuda de Héracles, y le había cedido en pago la mitad de sus territorios. Huérfano Hilo y confirmado por Egimio en los derechos de Héracles, el patrimonio

se le fue de las manos y sólo pudieron recobrarlo sus biznietos, Témeno, Crisofonte y Aristodemo, merced a los servicios de un etolio tuerto llamado Oxilo. (Este exceso de detalles en materia dudosa es, como lo observará Éforo, un síntoma de falsificación.) Quedaron, pues los Heraclidas dueños de todo el Peloponeso, con excepción de Arcadia. Los aqueos expulsados toman por dos rumbos: unos se replegaron a la costa norte, en la Aquea histórica, y otros emigraron al Archipiélago. A Oxilo se le dio Elis por sus servicios; y las otras tres porciones se repartieron equitativamente entre los hermanos, tocando Argos a Témeno, Mesenia a Cresofonte y Laconia a Aristodemo. Falleció éste, y Laconia se dividió entre sus hijos gemelos, Eurístenes y Procles, padres respectivamente de Agis y Euriponte, por lo que hay dos reyes en Esparta. De suerte que la invasión doria asumió el carácter de una reivindicación o "Vuelta de los Heraclidas", quienes habían venido a reclamar lo suyo, como en la superstición que desarmó a Moctezuma vinieron a Tenochtitlán los Hijos del Sol. A cambio de esta legitimación, las casas reinantes de Argos y Esparta renunciaban prácticamente a su cepa doria y se vinculaban en el vetusto plantel de Argólida, anterior a los dorios.

3. Ensanche internacional. Por último, el tercer impulso de la falsificación genealógica tiene ya un ensanche internacional. Ya no se trata solamente de fundir en una sola ascendencia divina a las distintas familias griegas. Ahora se trata de emparentar a las divinidades griegas con las mismas divinidades exóticas. La raya divisoria entre helenos y bárbaros, tan nítidamente marcada en el suelo, se borró en el cielo. Ío, hija de Ínaco, que a su vez fue hijo de Océano, emparienta a los dánaos de Argos con los egipcios, pues tuvo descendencia de Zeus, y sus nietos fueron Egipto y Dánao. Del tebano Cadmo se dijo también que era un fenicio y que, durante el viaje en busca de su hermana Europa, se estableció y naturalizó en la Beocia griega. A Pélope se lo dio por descendiente del frigio Tántalo, rey de Sipilo, de donde se cuenta

que emigró al Peloponeso y fundó allí la casa de Argos, a la que pertenece el Agamemnón de la *Ilíada*. Y aun Eetes hijo del Sol, rey de Colcos y padre de la terrible Medea, se asegura que fue también el primer monarca Corintio.

Las figuraciones de tipo olímpico, que tanto contribuyen al politeísmo oficial, se naturalizan entre los griegos, al punto de mudar de fisonomía y atributos, y se aclimatan por sí solas. Acarreadas confusamente por las sucesivas invasiones, han adoptado las formas de la imaginación griega, como si quisieran disimular un pasado ominoso. Pues si la Grecia histórica impuso sus ideales a los conquistadores venidos de Macedonia y Roma, la Grecia prehistórica había impuesto antes los suyos a los emigrantes del norte. El destino de Grecia ha sido dominar al mundo por encima de las victorias políticas.*

México, febrero de 1944.

* [En el *Diario* de Reyes, a 17 de febrero de 1958, aparece esta anotación: "Para *Estaciones*, verano de 1958, extraigo segundo capítulo de *Jornada aquea*, preparado para mi Archivo: GRECIA Y SU HERMOSA FALSIFICACIÓN DEL PASADO. La doy a Elías Nandino, director de *Estaciones*" (vol. 14, fol. 126). En efecto, ahí se publicó, verano de 1958, año III, Nº 10, pp. 113-118.]

III. NOMBRES DE PUEBLOS Y LUGARES. LAS CUATRO ACAYAS

EL ESPECTÁCULO de Troya conduce a la tercera jornada de las cuatro en que dividimos nuestro drama histórico.* Estas cuatro jornadas corresponden respectivamente a cretenses, micenios, aqueos y dorios. La tercera, o jornada de los aqueos, se extiende más o menos de 1300 a 1000 a. C. La erudición se esfuerza por examinar de cerca a los aqueos, antes de que el tiempo los transforme y los disuelva en la amalgama de las demás tribus.

Sobre el fondo egeo, mezclado de cretenses y de micenios como figuras principales, van a caer ahora sucesivas ondas migratorias venidas del norte, que suelen, económicamente, reducirse a dos: *1)* la lenta y dilatada invasión aquea; *2)* el rapto convulsivo que, dentro de ésta, representa la posterior invasión doria, a que los antiguos suelen dar el nombre poético de "la Vuelta de los Heraclidas", expresión que —según vimos— encubre el intento de justificar una empresa invasora con una supuesta apelación al derecho de primer ocupante. Acaso pedir más precisiones sea empeñarse en pintar rayas en el agua. Lo que nos importa en último análisis —ya lo hemos dicho— es la compenetración final, el fuerte hibridismo de que ha de brotar la Grecia clásica.

Esta mezcla todavía indecisa, y que aún no recibe o apenas comienza a recibir los condimientos dorios, este mundo aqueo es el mundo de la era troyana. Frente a los sitiados, que Homero llama "troyanos" y "teucros", nuestros futuros griegos reciben indistintamente el nombre de "aqueos", "argivos" o "dánaos". Ya hemos advertido que hoy se dice "tropas inglesas", sin distinguir los elementos no ingleses que las

* *El triángulo egeo*, Archivo de Alfonso Reyes, D. núm. 7 [México, 1958, cap. IV; en el presente volumen, pp. 207-208.]

componen, como el Tasso llamaba todavía "francos" a los Cruzados. ¿De dónde, entonces, el nombre de "griegos" y "helenos"?

El primer nombre fue una extensión, a toda Grecia, del nombre dado a la tribu de los "grayos", que ocupaban en la edad prehistórica las dos márgenes del Euripo, la beocia y la euboica. Este pueblo, con los calcios de la Calcis euboica (reservamos a los de la Calcídica el nombre de "calcídicos"), con los eretrios euboicos y con los cimnenses euboicos, participó en la colonización de Cumas (Campania italiana). "Cumas" viene de "Kyme", nombre que también recibirá la ciudad eolia donde ha de nacer Éforo, el discípulo de Aristóteles. Por allá en la zona cumana, el nombre de los "grayos" sufrió una transformación al modo itálico, y los indígenas lo transformaron en *graeci,* "griegos". Algunos suponen que esto indica una predominancia de los grayos entre los elementos colonizadores. Pero consta por varios ejemplos que, cuando distintas ciudades se juntaban para colonizar, solía darse a la nueva colonia, como por cortesía, el nombre del menor contingente. Cierto que aquí no estamos ante un nombre que se hayan dado los colonos, sino que les fue aplicado por los pueblos colonizados o indígenas, en extensión o tropo histórico. Y es casualidad, después de todo, que no se diera en llamarlos "calcios", "etrurios" o "cimnenses", extendiéndose después este nombre a todos los griegos. El nombre de "Grecia" aparece por primera vez en Aristóteles. Antes, los griegos históricos llamaban "Hélade" al país, nombre que también es resultado de una evolución parecida.

En efecto, para la edad histórica (después del año 776 a. c.: primera Olimpíada), los griegos se llaman ya a sí propios "helenos", y a su país, "Hélade". Pero "Hélade" es singularmente el nombre de una provincia tésala, en la Ftiótide, cuenca del Esperquio, tierra de Aquiles: uno de los primeros focos conquistados permanentemente por los aqueos en Grecia. También fue la gente itálica, en torno al golfo tarentino, quien por extensión o tropo histórico; empezó a llamar "he-

lenos" a todos los colonizadores de la Magna Hélade (Magna Grecia), por el litoral sudeste de Italia, cualquiera fuese su extracción. Y también fue una casualidad que la pequeña tribu ftiótida no haya conservado el nombre de "aquea" que le daba Homero, y que, así, no se haya dicho en definitiva "Acaya" en vez de "Hélade", para toda Grecia. En ciertos ambientes de la moderna erudición —los humanistas de lengua inglesa— se tiende hoy cada vez más a llamar "helenos" a los prehistóricos, y "griegos" a los históricos.

Pero volvamos a la mezcla incompleta que, por no llamar aqueo-micénica, se llama simplemente aquea. Y, singularmente, veamos cuál es el cauce por donde llegó al crisol la corriente aquea.

Los aqueos son pueblos de procedencia danubiana, según Ridgeway, que se encaminan hacia el sur allá por el siglo XV a. C. Están más cerca de los dorios que de los egeos. (Con los cretenses no se admite que tengan parentesco posible. No es seguro que lo tengan con los primitivos micenios.) Se entabla aquí una enojosa discusión sobre diferencias entre los vestigios religiosos de aqueos y micenios, formas de escudos y dagas, usos del entierro o la cremación. Poco a poco, los aqueos serán incorporados en las leyendas autóctonas que datan de mucho antes. La gente de la edad clásica suele confundirse y considerarlos griegos viejos, pelasgos atrasados, que vivían en la penumbra y un día echan a andar de Tesalia abajo, cruzan la Ftiótide, el valle del Esperquio, y maduran para sus destinos históricos en las faldas del Monte Eta.

¿El escenario? En los días heroicos hay prácticamente cuatro Acayas o zonas ocupadas por los Aqueos. Están comprendidas, de norte a sur, entre el Monte Olimpo y el cabo Malea; de Occidente a Oriente, entre el canal de Ítaca y el canal de Rodas. La Tróada y el Asia Menor quedan fuera del orbe aqueo, y sólo serán colonizadas más tarde, al empuje de la invasión doria. Estas cuatro Acayas son las siguientes: Acaya Continental, al norte del Golfo de Corinto; Acaya Peloponesia, al sur del propio golfo y al comienzo de la penín-

sula de Pélope; Acaya Odiseana, en las islas del poniente, sobre el Mar Jónico; finalmente, Acaya Egea, sobre el Archipiélago clásico, y sobre todo al sur.

En la Acaya Continental acontecen, como dirán Heyne y luego Grote, "las cuatro grandes empresas colectivas de la Grecia prehistórica": la partida de los Argonautas, desde la ciudad de Yaolcos, en busca del Vellocino de Oro; la Caza del Jabalí de Calidón; el doble sitio de Tebas la beocia; y la concentración, en el puerto de Áulide, de las naves que se dirigen a Troya.

La Acaya Peloponesia puede considerarse toscamente dividida en tres partes: la Élide al occidente; la Acaya histórica, o que así continuará llamándose en tiempos históricos, al norte; y la Acaya Argólida al oriente —Micenas, Tirinto, Argos, Sición— relacionada con el ciclo troyano y, por eso, la más visible. En rigor, el término "Argos" es confuso en la más remota antigüedad y pasa por tres fases sucesivas: *1)* Designa las llanuras de Tesalia. De aquí que Homero diga "Argos la criadora de caballos", con referencia a Tesalia y no al Peloponeso donde nunca hubo criaderos de caballos. Ya Aristarco observó que la Argos Pelásgica de Homero es Tesalia. *2)* "Argos" designa, vagamente, toda Grecia. De aquí que Homero llame "argivos", en general a los griegos. *3)* "Argos" designa todo el Peloponeso, y entonces el resto de Grecia, al norte, se llama "Hélade". Pero, antes, Hélade, a su vez, sólo se llamó al distrito de Aquiles en la Ftiótide, cuenca del Esperquio; y después —según ya lo vimos— a toda Grecia.

La Acaya Odiseana cae sobre el eje que divide el mundo conocido al oriente, y el mundo desconocido al occidente. De donde su monarca, Odiseo, resulta ser el explorador, al aventurero por antonomasia.

La Acaya Egea —la más vaga de las cuatro— se compone de ese rosario que limita el Mar Egeo por el sur, y corre del extremo meridional del Peloponeso hasta el Asia Menor, pasando por Citeres, Ogilos, Creta, Casos, Cárpatos, Rodas, y también Nísiros, Sime, Cos, Calimnos. Acaso deba añadirse

aquí el reino Aqueo entre Licia y Panfilia, que cita Homero en el episodio de Belerofonte y que aparece en las Tablillas Hetitas de Boghaz-Kewi (siglo XIV a. C.).*

* ESCENARIO AQUEO

Acaya Continental	Los Argonautas en Yaolcos, rumbo a Colcos. Jabalí de Calidón. Los dos sitios de Tebas. Los Aqueos en Áulide, rumbo a Troya.
Acaya Peloponesia	Élide. Pélope e Hipodamia. Acaya histórica. Argólida.
Acaya Odiseana	Oriente: el mundo conocido. Intermedio: Ítaca, Odiseo. Occidente: el mundo desconocido.
Acaya Egea	Sobre todo, al sur del Archipiélago. Idomeneo: Relato de Odiseo.

IV. LOS DOCUMENTOS. LAS TRES ACAYAS ARGÓLIDAS. LAS LEYENDAS HEROICAS

PARA la reconstrucción hipotética del mundo aqueo se usan, aparte del material arqueológico, tres órdenes de documentos que se complementan entre sí: *1)* El primero es toda aquella masa de fábulas con que los griegos históricos cubrían la ignorancia de su prehistoria: genealogías y mitos que nadie toma al pie de la letra, y cuya interpretación científica tampoco lleva a resultados seguros. Sin embargo, el conocer este acervo es casi un deber previo de humanistas. Si no nos ilustra especialmente sobre la verdad de los aqueos, nos ilustra sobre la imaginación helénica y, en general, sobre la naturaleza humana, que más vale. *2)* El segundo material lo proveen los Poemas Homéricos. Sólo es directamente aprovechable para el último periodo aqueo, o mejor, para apreciar la última y definitiva proyección del mundo aqueo en la mente de los helenos ya protohistóricos: representación tardía —no lo olvidemos, y a unos cuatro siglos de distancia respecto a los sucesos que narra. Pero también pueden los Poemas Homéricos permitirnos algunos sondeos sobre la Acaya primitiva, aunque sea la serie de transformaciones que las leyendas han venido sufriendo, lo cual nos aprovechará como un consejo de prudencia. *3)* El tercer material de que disponemos, algo desordenado e inconexo por reducirse a alusiones sueltas, lo componen las noticias de los textos faraónicos, de la Biblia (sobre todo, los *Jueces*, *Samuel* y los *Reyes*) y las contadas inscripciones asiáticas referentes a los aqueos.

Los dos primeros materiales son de origen interior, helénico; el tercero es fuente extranjera. Las genealogías y fábulas son una combinación de fantasías y tradiciones, a cuya irrealidad se ha pegado, involuntariamente, cierta humedad histórica. El *epos* homérico es una mezcla de tres elementos:

invención poética personal, tradición legendaria de la misma tela que la anterior (pues la obra de Homero no es más que un ciclo legendario de que conservamos la narración escrita) y, en tercer lugar, algunos residuos históricos. Las referencias extranjeras son una manera de historia exterior, útil por el contraste, en cuanto nos da informaciones asépticas y del todo independientes de la imaginación helénica. Pero, por desgracia, se trata de una historia imperfecta, desarticulada, interrumpida al punto de que abundan más sus silencios que sus informaciones.

La fábula heroica y la epopeya son arreglos *a posteriori*. Los documentos extrahelénicos son menciones contemporáneas. ¡Lástima que sean tan breves y escasas! Cuando hayan podido leerse ya sin discusión las escrituras cretenses, cuando las excavaciones en Siria y lugares relacionados hayan satisfecho las esperanzas de la ciencia, o nuevos rollos amarillos abandonen su tumba egipcia, acaso tendremos que cambiar toda nuestra actual perspectiva.*

Hoy se saben ya muchas cosas, pero acaso menos de lo que se supone. Nuestro objeto inmediato no es exponer el estado actual de los conocimientos en este punto, respecto a los orígenes griegos, sino dar la representación fabulosa y poética que los griegos mismos tenían de estas vetusteces. De modo que repetimos con el viejo Grote:

> No me preocupo por distinguir los nombres reales e históricos de las creaciones ficticias, porque en parte, carezco de cer-

* Fuentes sobre los aqueos

Leyendas heroicas	Fantasía Historia indirecta
Poemas Homéricos	Invención personal Leyendas heroicas Historia indirecta
Testimonios extranjeros	Inscripciones egipcias Alusiones bíblicas Inscripciones asiáticas

teza para trazar esta frontera y, en parte, no quiero desviarme del punto de vista genuinamente griego.

Partiremos, pues, de la Acaya argólida, verdadera nidada y capital efectiva del pueblo aqueo. Con la indecisión de toda hipótesis prehistórica, la Acaya argólida se divide, a ojos de los griegos, en dos eras: I) Antes de los aqueos, y, II) durante los aqueos. La primera, a su vez, puede dividirse en dos periodos: *1)* los reyes autóctonos; *2)* los reyes extranjeros.*

La última dinastía o dinastía aquea de los Pelópidas es harto conocida por los nombres de Atreo, Tiestes, Agamemnón. Se extiende desde dos o tres generaciones antes de la guerra de Troya hasta unas dos generaciones después. Pero, cuando estos aqueos llegaron a la Argólida, encontraron allí una cultura añeja, de arraigo nativo. Las dos grandes dinastías que cortan en dos la época anterior a los aqueos cuentan respectivamente doce monarcas indígenas (Ínaco, Foroneo, Apis, Argos, Ecbasos, Agenor, Argos, Panoptes, Iasos, Crótopos, Estenelao y Gelanor) y ocho monarcas extranjeros (Dánao, Linceo, Abas, Acrisios, Perseo, Alceo, Esténelo y Euristeo).

Entre estas genealogías hay discrepancias de que aquí, por fuerza, prescindiremos. Por otra parte, los héroes se confunden de tal suerte entre sí que, a veces, sus brotes lo son a un tiempo de varios de ellos; o bien una figura se nos parte en diferentes relatos, imposibles de coordinar. No es ello un mero efecto de las distancias seculares, aunque muchas veces así sucede. Bien es posible que el héroe haya nacido ya dotado de una naturaleza múltiple, contra el aristotélico principio de identidad. Las refracciones del tiempo, los traslados y amal-

* ARGÓLIDA:

I. *Antes de los aqueos:*
   1. Argólida arcaica: gobierno de los Ináquidas o reyes autóctonos (siglos XX o XIX a XVI).
   2. Argólida danaica: gobierno de los perseidas, reyes extranjeros (siglos XV a XIV).

II. *Argólida aquea o Acaya argólida:* gobierno de los Pelópidas, reyes de la inmigración (siglos XIII a XII).

gamas de tribus, ocasionan cruces de mitos. Pero también los lleva en sí el pensar mítico, no siempre sujeto a esa especialización racional que llamamos el discurso lógico. Preparemos, pues, nuestra mente, antes de entrar en la enmarañada selva de invenciones. Hagamos como hacían los griegos, a quienes no inquietaban mucho estas incoherencias. Aun es de creer que las agradecían —ellos, los hombres de la precisión en cuanto afectaba ya a su vida— a modo de higiénico alivio contra las rigideces del pensamiento dirigido: algo de lo que nos acontece con el sueño.

Es imposible desligar en un todo las leyendas heroicas o referentes a los semidioses de las concepciones míticas referentes a los dioses propiamente tales. Además, es inconveniente, pues ello obliga a mutilar la arquitectura de la fábula: los semidioses nos conducen sin remedio a los dioses, y viceversa. Pero como los semidioses pretenden vivir en la tierra y los dioses en los cielos (o en los infiernos), consideramos a los primeros como las figuras centrales de nuestro cuadro, porque hay más esperanza de que ellos, y no los Inmortales, nos permitan entrever un poco de historia, o siquiera la falsificación de la historia, que es ya una primera aproximación. A pesar de todos los esfuerzos que hizo la imaginación mítica para humanizar a los dioses, éstos pertenecen sobre todo al plano más alto de la religión, por donde escapan a este mundo. El ser inmortales basta ya para que se nos alejen un poco y un mucho. Los héroes, en cambio, aunque dotados de dones maravillosos, mueren como los humanos —salvo el recurso de su deificación (Héracles, acaso Asclepio) o de su supervivencia privilegiada (Menelao, etc.), que son excepciones y no regla, gracia y no derecho. Si esta cercanía de los héroes, al permitir a poetas y auditorios identificarse con ellos, era una ventaja artística, también hasta cierto punto representaba una ventaja histórica. Los héroes son siempre algo provincialistas —a veces, en extremo— y nunca dejaban de marcar de algún modo la referencia a su localidad, dato ya histórico. Tenían patria y, en ocasiones, al con-

vertirse en dioses menores como Anfiarao, simplemente se enterraban, convertidos en virtudes del suelo, allá por donde habían nacido. Véase hasta dónde los héroes nos dejan entrever a los hombres que se codeaban con ellos.

Al abordar, pues, el mundo aqueo por el primero de los caminos que hemos señalado, o sea la tradición legendaria y heroica, es grande la tentación de referirnos, no a las fuentes antiguas, difícil reino de especialistas; tampoco a los mitólogos eruditos quienes, por obligación profesional, nos dan de cada figura siete imágenes más ajustadas e inconciliables, que es, realmente, el fruto indeciso de sus desvelos; sino más bien a ciertos modernos novelistas de la mitología que, ateniéndose a los perfiles fundamentales de cada personaje, lo enriquecen con los rasgos de mayor atractivo estético y le dan así nueva trascendencia y vigor. Quien, por ejemplo, conozca las narraciones de Charles Kingsley o de Schwab, donde la sencilla apariencia esconde tanto conocimiento, tanta práctica de los temas y tanta sensibilidad poética, ya sabe —a menos que sea helenista de oficio— cuanto en suma necesita saber sobre Perseo y sus hazañas, los Argonautas y sus venturas, o las proezas del rey Teseo, este Héracles en pequeño y reducido más bien al Ática. La tarea del mitólogo es por fuerza más árida. Tiene que andar de prisa, fijar los hitos, cerrar los ojos a muchos encantos del camino, y a veces exhibir las incoherencias de las versiones. Ni se limita al sencillo dibujo estético, ni tampoco puede recoger todos los rasgos, particularidades y variantes de cada historia cuando ellos no interesan a la pintura general, o cuando basta un solo ejemplo para dar idea de un motivo que se repite como en los espejos conjugados.

Las leyendas heroicas, nuestro primer cuerpo de estudio, juntan elementos humanos o casi-históricos y elementos extrahistóricos o divinos. Grote sospecha que, si pudiéramos asignar a cada genealogía la fecha en que fue configurada, descubriríamos que todos los hombres vivos allí mentados existían realmente, así como sus padres y sus abuelos. El

genealogista está al servicio del príncipe y levanta, a partir del príncipe, una escala que poco a poco sube al cielo. Los escalones más bajos están aún cerca de la tierra.* Como en el árbol que Booz contempló en su sueño: *Un roi chantait en bas, en haut mourait un Dieu.***

* Leyendas heroicas de la Argólida:

Antes de los aqueos: Argólida arcaica: doce Ináquidas autóctonos.—Ío. Argólida danaica: Ocho Perseidas extranjeros.—*Ciclo danaico.*—*Ciclo heracleo.*

Durante los aqueos: Argélida aquea: Los Pelópidas de la inmigración. *Los Atridas.*—*Troya.*

Leyendas de la Acaya continental:

Ciclo de *Jasón y el Vellocino de Oro.*—El *Jabalí de Calidón.*—Los *Edípidas y Tebas.*

Nota: En este punto se suspende la ofrecida narración de las leyendas heroicas referentes a los orígenes aqueos, pues todo el material hasta aquí reunido anteriormente, reelaborado y con mayor extensión, pasa a la segunda parte de mi *Mitología griega,* que se consagra a Los Héroes.—*1958.*

** [Victor Hugo, "Booz endormi", de *La Légende des Siècles* (1859), verso 40.]

IV

GEÓGRAFOS DEL MUNDO ANTIGUO

NOTA

NOTAS de estudiante, síntesis de las lecturas que emprendo por entretenimiento y estudio, y que recojo para mí mismo según el criterio expuesto en el primer cuaderno de este Archivo: El objeto de esta colección es dar la forma cómoda y transportable del libro a las hojas sueltas, libretas, carpetas, cajas de cartón, etc., tan estorbosas de guardar en los estantes y tan difíciles de empacar en los viajes. En plena época de la imprenta, este aseo, esta uniformidad parecen imponerse por sí solos. Además, la impresión permite comunicar estas piezas de archivo a algunos amigos selectos ("Sobre esta colección", *El Servicio Diplomático Mexicano* —1933—, Serie E. Nº 1, Buenos Aires, 1937, p. 3).

En efecto, me es grato ofrecer algunos ejemplares a ciertos amigos escogidos, a modo de saludo y recuerdo, y nada más. Hoy por hoy, estas tareas no son apreciadas ni deseadas en nuestro mundo, cada vez más bárbaro y agitado. Aun se las considera con un vago recelo, y algunos salvajes con letras llegan a preguntarse si no serán algo como una traición a la patria y a la humanidad, puesto que no se refieren a la miserable politiquilla de campanario, que a ellos les parece la cifra y suma de los intereses espirituales.

1959. [A. R.]

I. LOS ORÍGENES *

El espacio natural es el escenario de la aventura humana. La geografía es el complemento de la historia. La geografía humanística se refuerza con la geografía física. Ésta pide sus auxilios a la ciencia. La geometría sondea el espacio matemático, el espacio "oscuro", cuya contextura no se entrega a los ojos sino a los rodeos de la mente. La tierra se sitúa con relación al ciclo, y así nos remontamos a la astronomía. La imbricación de unas y otras disciplinas es inevitable: geografía humana y etnografía, geografía discriptiva, geología, meteorología, cosmografía. La investigación geográfica adelanta en varios sentidos: 1º Forma y límites del mundo habitado o siquiera conocido; 2º figura y conmensuración de la tierra; 3º sitio de la tierra y su relación con el universo.

Lo característico de las culturas arcaicas es su relativa incomunicación. Cada una construye un mapa del mundo según el radio de su vista, y sitúa en el centro de este mapa el lugar de su residencia. Conforme crecen los contactos, las diversas imágenes se confrontan y rectifican mutuamente, en busca de una síntesis más amplia. El resolver este acertijo de fragmentos tropieza con dos principales obstáculos, el uno místico, el otro físico. Por el primero, no desprendido aún el criterio entre las nieblas antropológicas, se tiende a encajar la imagen del mundo en un cuadro preconcebido conel lugar de su residencia. Conforme crecen los contactos, las necesidades primarias de la economía mental: el océano rodea como un cinturón a la masa terrestre, los grandes ríos han de ser paralelos, las montañas simétricamente distri-

* Los capítulos I y II están publicados en *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española,* tomo XVI, México, 1958, pp. 235-242, bajo el título "Albores de la geografía mediterránea". [En el *Diarios* de Reyes, a 17 de febrero de 1958, se anota: "...estoy haciendo copiar Albores de la Geografía Mediterránea": vol. 14, fol. 126.]



ISLAS BRITÁNICAS
EL NORTE INCIERTO
GALIAS
IBERIA
MASALIA
(MARSELLA)
CÓRCEGA
BALEARES
CERDEÑA
ITALIA
ILIRIA
SICILIA
SIRACUSA
NUMIDIA
MAURITANIA
ÁFRICA
MAEOTIS
TÁURICA
CÓLQUIDA
EUXINO
BÓSFORO
TRACIA
MACEDONIA
PELA
NICOMEDIA
NICEA
PÉRGAMO
CILICIA
TARSOS
SOLI
ANTIOQUIA
ATENAS
COS
RODAS
CHIPRE
CRETA
SIRIA
ASIA MENOR
ALEJANDRÍA
CIRENE
MAR ROJO

buidas, etc. Por el segundo, falto aún el hombre de instrumentos y técnicas apropiadas, las medidas son inexactas y las direcciones arbitrarias. Se comienza, naturalmente, por el cambio de noticias, la charla entre marineros, soldados, traficantes, aunque fueran tan avaros de sus descubrimientos como los astutos buhoneros fenicios. Los gobernantes y los capitanes levantan a su modo los primeros estados de estos acarreos informes. Y los saldos de todo ello son recogidos y elaborados libremente por la poesía, como se aprecia en la epopeya homérica. Los viajes de Odiseo dan testimonio de este ambiente de maravilla que siempre acompaña a las empresas en busca de los "pasos del mar". Desde entonces hasta los días de las exploraciones polares, pasando por Simbad, Marco Polo y Colón, toda extralimitación de las fronteras conocidas parece resguardada por sobrenaturales cóleras oceánicas y por un ejército de fantasmas, hombres estrafalarios, monstruos de felicidad o de horror. Se duda de que la naturaleza sea capaz de sostener sus leyes más allá de ciertos límites. Se teme acaso oscuramente que los dioses interrumpan el tránsito. Poco a poco, la geografía se va emancipando del légamo legendario y del compromiso estético. La necesidad discursiva, manifestada en los nacientes géneros de la prosa, va imponiendo a los estudios paulatinamente un tinte de exactitud científica.

La geografía marcha al paso de los movimientos de los pueblos y comienza a elaborarse en los más antiguos centros civilizados. Tras el transporte terrestre, el transporte acuático aparece desde los tiempos prehistóricos, provocado por las grandes redes fluviales —Tigris, Éufrates, Nilo—, solicitado por la abundancia de los archipiélagos vecinos y fácilmente cunada en el Mediterráneo, mar protegido y sin grandes corrientes, de vientos regulares y mareas insensibles, que vino por eso a ser la nodriza de la navegación. De los siglos XL al XVI, el turno corresponde a Mesopotamia, Egipto, Creta y Micenas, el Peloponeso y el Egeo en general, y aun el efímero Imperio Hetita del Asia Menor. Hacia la época de las inva-

siones nórdicas sobre la Grecia arcaica, unos siglos más tarde, el tráfico marítimo de los aqueos (que ya así podemos llamarlos) sufre una crisis de que se aprovecha la navegación fenicia, la cual ha comenzado a colonizar el occidente mediterráneo. Para esa época, los judíos llegan al término de su éxodo, y la conquista asiria se extiende sobre Babilonia. En los siglos VIII y VII, el Imperio Asirio llega a su culminación e invade a Egipto. Grecia ha superado la era de sus grandes perturbaciones y se ha convertido en la Grecia histórica. Se mantiene en contacto amistoso con los asirios —punto que interesa a los primeros desarrollos de la geografía científica—; toma el desquite contra los fenicios, expulsando su comercio de la zona oriental hacia las colonias afrooccidentales, singularmente hacia la región cartaginesa; y pronto, en el siglo VI, la veremos oponerse al derrame de las armas persas sobre Babilonia, Asia y Egipto. La Edad Ateniense conoce las vicisitudes de la colonización griega en las islas, litorales norte y oriente del Egeo, Italia, Sicilia, el Ródano, el África y las costas del Euxino o Mar Negro; conoce las luchas de los Estados griegos y el fracaso de los intentos que pudieron haber atajado —antes de Roma— el auge del poderío cartaginés. Más tarde, Alejandro domina todo el orbe helénico, Egipto, el litoral levantino, el Asia Occidental, llega a la India y abre a las exploraciones un campo inmenso.

¿Cuáles han sido, en este vaivén rápidamente trazado, las conquistas de la geografía? La primer empresa fue el descubrimiento del Mediterráneo. Se va ensanchando el dominio de su litoral, lo que supone extensiones del saber geográfico —en cierta medida y siempre en una representación todavía deficiente— hacia el norte europeo, hacia el oriente asiático, hacia el sur africano; y finalmente, salvado el estrecho de Gibraltar, hacia el litoral atlántico de Europa y de África. Veamos cuál fue la obra de los pueblos más remotos en esta construcción de la geografía. De los penumbrosos sumerios, cuyo origen es tan oscuro, apenas podemos afirmar que recorrieron la Mesopotamia y sus alrededores. Elam es tierra

enemiga desde los días brumosos de Gilgamesh. Los expedicionarios, habitantes del desértico Iraq, donde sólo crecen los datileros, se detenían extasiados ante los bosques de cedros que revisten las montuosidades elamitas. Se cita un embrionario mapa al que se atribuye la fecha probable de 2 700 a. C., y que al parecer servía al rey Sargón, el hijo de la prostituta sagrada, para su conquista de Elam, a que lo empujaba el incentivo artístico de obtener materiales con que embellecer su templo. Sargón conquista, además de Elam, algunos distritos del norte y, al occidente, la Siria, Naram-Sin conquista la antigua Lulubi. Los sumerios sólo contaban con la agricultura. Importaban cobre de Omán, pedernal del Alto Éufrates, plata de Elam, diorita del Pérsico, lapislázuli del lejano Badakshan. Este comercio nos da el radio de su mundo. Los asirios, sucesores de los sumerios, eran gente guerrera. Asuelan la Palestina, marchan sobre las fuentes del Tigris, invaden la Media al oriente, y al oeste el Imperio Hetita hasta alcanzar el Mediterráneo. Posteriormente, Senaquerib aumenta sus dominios, y los descendientes siguen con la empresa. El aumento del área geográfica que tiene su foco en torno a la Mesopotamia dura unos dos mil años. El cambio humano, bélico o pacífico, entre el Próximo Oriente y el Oriente Medio no llega a la expresión geográfica y se queda en práctica regional. Grousset, fundándose en los solos testimonios artísticos, hasta llega a sostener que, en los albores de la historia, hay una civilización común desde Egipto al Río Amarillo. De esta geografía incierta nada ha trascendido.

Por su parte, el Egipto nunca fue fundamentalmente un pueblo conquistador ni traficante. Salía poco de su reducto: apenas se asomaba al Oriente Cercano, y más bien esperaba en casa las caravanas que de allá le llegaban o lo que trajeran a su costa los navegantes de los otros pueblos mediterráneos, cretenses y fenicios. En el siglo XVI había enviado expediciones hasta Persia, pero es dudoso que sus conocimientos geográficos precisos, durante la era prehelénica, fue-

ran más allá del Nilo, Creta, la costa oriental del Mediterráneo y el Mar Rojo. Heródoto cuenta que, bajo el rey Neco y sus auspicios —hoy diríamos, bajo el pabellón egipcio—, una flota fenicia realizó la circunnavegación del África, referencia más que dudosa, y más aún si se toma en cuenta que el África de los antiguos distaba mucho de comprender todo el continente hoy conocido. Los cretenses y micenios, en cambio, recorrieron buena porción del Mediterráneo, las islas del Egeo, la costa griega, el sur de Italia y de Sicilia, acaso Cerdeña y el litoral de España. Hoy se admite que esta navegación egea (siglos XXX a XII) precedió a la fenicia, a la que antes se otorgaba el crédito de estas tentativas en grande escala. Los egeos mantienen trato con los egipcios y les llevan las maderas del Líbano. Como sus inscripciones apenas comienzan a descifrarse, sólo sabemos de ellos por los anales egipcios. A los egeos suceden los aqueos. Pero, para los tiempos homéricos los fenicios han sustituido a los aqueos. Su tráfico va desde Cartago al Mar Rojo, acaso a la India. No eran manufactureros, sino transportadores, y de aquí su futuro fracaso ante la competencia de los productores griegos. A diferencia de los egeos, los fenicios han dejado pocos vestigios arqueológicos. No poseían literatura, aunque hayan legado el alfabeto a los griegos históricos, así como no es función literaria el invento de la taquigrafía o la máquina de escribir. La escritura, acaso sugerida por el grabado y la decoración de la remotísima y admirable alfarería sumeria, se desarrolla para fines mágicos y ceremoniales y llega al fin a la agilidad del alfabeto empujada por necesidades comerciales y administrativas. A diferencia de pueblos más cuidadosos de la perpetuación y la fama que de los lucros inmediatos, los fenicios nunca escribieron sus hazañas. Se las reconstruye por alusiones bíblicas o a través de la literatura griega posterior. Por ella averiguamos que los fenicios se establecieron en los archipiélagos egeos, las costas de Tracia y Sicilia, el África septentrional (Utica) y España (Cádiz), antes de la civilización griega. Cruzaron un día el

temeroso estrecho de Gibraltar, dando nombre a las llamadas Columnas de Hércules (Melkart). Se atrevieron al Atlántico, tal vez al sur y seguramente hacia el norte. Llegaron por lo menos a la desembocadura del Betis, si es que no más lejos. Pero la eficacia de estos descubrimientos atlánticos se desvanece en la prehistoria. El comercio del Atlántico quedaba más bien reservado a los cartagineses, brote de los antiguos fenicios. Los fenicios, en todo caso, traspasan a los griegos históricos, aunque sea involuntariamente, sus conocimientos geográficos. De los periplos fenicios quedan rastros en la epopeya homérica. Los griegos históricos logran enfrentarse a los fenicios y a sus posibles aliados los piratas tirrenios. Eran éstos unos semilidios procedentes del Egeo y establecidos entre el Tíber y el Arno hacia el siglo IX, conocidos luego por los romanos como toscanos o etruscos, y deshechos más tarde por los sabinos y los latinos. Y los griegos quedan al fin dueños del mar.

[*1958*]

II. LEYENDA Y POESÍA

TAL ES la elaboración embrionaria de la geografía cuando aparecen sus primeras expresiones en la literatura griega: los Argonautas, Homero, Hesíodo. La investigación acaso necesitaba ya de una formulación escrita y estable. Esta formulación, antes de emanciparse en la prosa discursiva, es captada por la poesía, cuyas contribuciones al conocimiento son, naturalmente, aventureras.

Por desgracia el legendario viaje de los Argonautas nos llega refractado a través de la poesía, y adulterado también por el empeño de las aristocracias helénicas para forjarse una ascendencia semidivina, al punto que es imposible representarse el conocimiento geográfico de la Antigüedad en los tiempos prehoméricos. Sobre esta leyenda apenas hay en Homero un corto pasaje. Se la restaura por las constancias poéticas ulteriores: Hesíodo, Píndaro, la epopeya alejandrina de Apolonio de Rodas, la *Biblioteca Mitológica* que aparece en el siglo I bajo el nombre de Apolodoro. Pero carece de sentido el querer ajustar a las realidades geográficas la imagen caprichosa que resulta de esta leyenda. No es averiguable si las temerosas rocas que el navío "Argos" elude con la merced de Hera se alzan, como en el viaje de Odiseo, a ambos lados del estrecho de Mesina, o si la expedición del "Argos", confinada al Egeo y al Mar Negro, se ve más bien en el caso de sortear algunos islotes del Bósforo. La leyenda, resumida en la *Teogonía* de Hesíodo, trata de los trabajos de Jasón, el rapto de Medea y el arduo regreso a la patria. A esta tradición se han referido en distinta forma los poetas trágicos y los épicos. El elegiaco Mimnermo la alude hacia el año 600. Píndaro la toma de Hesíodo. La citan a pedazos los logógrafos, los mitólogos, los cronistas locales. El mérito de Apolonio es haber dado unidad poética a los miembros dis-

persos. Pero ¿cómo buscar en este mosaico de invenciones coherencia geográfica alguna? En Hesíodo y Píndaro, el pequeño río Fasis, a cuya ribera se levanta la Cólquide, liga de cerca el Mar Negro y un quimérico mar oriental que da la vuelta por el sur de África, extremo que se considera muy próximo al Mediterráneo. Según otros geógrafos citados por el escoliasta de Apolonio, el "Argos" sale del Mar Negro por el Tanais, que lo conduce a un mar del norte, de donde doblando al oeste y al sur regresa por las Columnas de Hércules. Según el propio Apolonio, que fantasea su narración en torno a los conocimientos de la época, el trayecto va del Mar Negro al Danubio (Íster), uno de cuyos brazos se supone que desemboca en el Adriático: de allí la nave remonta el Po hasta llegar al Ródano —no existen los Alpes—, y por el Ródano vuelve al Mediterráneo. En este punto, la mitología geográfica de Homero nos provee las sucesivas escalas: Circe, las Sirenas, Escila y Caribdis, los feacios, el norte de África, el lago de los Tritones, cuyo monarca señala a los incansables viajeros la salida al Mediterráneo, camino de Egina y la Tesalia. La geografía ya propiamente homérica, aunque tan condimentada de fábula, parece relativamente familiar tras el laberinto de los Argonautas.

La *Ilíada* y la *Odisea,* en efecto, en cuanto se refieren a sus temas centrales —guerra de Troya y regreso de Odiseo— pueden considerarse como los primeros documentos escritos de la geografía clásica y, a pesar de sus libertades poéticas, dan algunas indicaciones sobre el estado de los conocimientos. En Homero la tierra es plana, circular, ceñida por el cinturón del Océano y cubierta por el capelo celeste. Bajo la tierra se encuentran los abismos del Tártaro. Atlas sostiene los pilares que impiden la precipitación del cielo sobre la tierra. Más tarde, Heródoto confundirá en uno este personaje mitológico y las montañas africanas del Atlas. La epopeya homérica muestra que los continentes no están aún diferenciados. Las palabras "Asia" y "Libia" (nombre antiguo del África) son meras denominaciones locales. El nombre de Europa aparece

por vez primera en el homérico *Himno a Apolo,* pero sólo designa la parte septentrional de Grecia, arriba del Peloponeso. La geografía homérica es relativamente definida respecto a Grecia, el Egeo y el Asia Menor. Lo demás es fantasía, y las identificaciones intentadas por comentaristas antiguos y modernos son lujos de ingenio o son todavía discutibles. Así acontece, por mucho que lo lamentemos, con la seductora teoría de Bérard sobre "la española Calipso" y la Isla del Perejil. Homero bien pudo conocer, por tradición fenicia, más de lo que nos cuenta, y esto mismo no tenía obligación de contarlo con exactitud. Ya hemos visto que los grandes anticuarios de Pérgamo y Alejandría —Demetrio Escepsis y Apolodoro Ateniense— percibieron claramente que, en la *Ilíada,* los puntos que se prestan a la investigación científica son la enumeración de las fuerzas troyanas y la lista de los barcos griegos. En la *Odisea,* los testimonios principales constan en las navegaciones del héroe y en el breve relato sobre el viaje de Menelao. La vuelta de Odiseo marca los límites del conocimiento geográfico hacia el occidente. En el primer tramo del viaje —Troya, costa tracia de los Cicones, Cabo Malea, Latófagos —hay alguna garantía o lastre de realidad. Después, las direcciones y las distancias se confunden. Sólo sabemos que andamos ya por el occidente de Grecia, y todavía hay autoridades que confinan las aventuras en el oriente mediterráneo. En este segundo tramo nos encontramos con los Cíclopes, la isla de Éolo, los Lestrigones, Circe, los Cimerios, las Sirenas, todo ello elaboraciones fabulosas, más o menos fundadas en vagos rumores y relatos. Tal vez el paso entre Escila y Caribdis corresponde al estrecho de Mesina, entre Sicilia e Italia, de cuyas dificultades hablaban los fenicios. La morada de Calipso y la tierra de los feacios son ya más dudosas. El viaje de Menelao se extiende por Chipre, Fenicia, Egipto, Libia, Etiopía y acaso Arabia. Las demás referencias aisladas a otros pueblos remotos que se encuentran en la epopeya homérica (escitas, sidonios, la Tebas egipcia y el Nilo, etiopes orientales y occidentales, pig-

meos del mar meridional) son también mezclas de realidad y sueño. El resumen más generoso de la geografía homérica nos da un mundo limitado al norte por Escitia; al este, por el Mar Negro, el centro del Asia Menor y Fenicia; al sur, por Etiopía; al oeste, por Sicilia. Eratóstenes dijo con buen sentido: "Los escenarios de la *Odisea* podrán situarse cuando se descubra al remendón que cosió el odre de los vientos, y nunca antes."

El tránsito de Homero a Hecateo requiere alguna descripción complementaria sobre la colonización griega. Sobreviene después de Homero la lenta suplantación de los fenicios por los griegos y la gran expansión colonial de éstos. Tal expansión comenzó en el occidente, y se trazan sus orígenes en Cumas, Campania, colonizada por los griegos de Calcis en el siglo XI. El dato es incierto por remoto. La verdadera colonización helénica corresponde al siglo VIII; Naxos, Siracusa, Megara, en Sicilia; Sibaris, Crotona, Metaponte, Tarento, en la Italia meridional. La difusión continúa en los siguientes siglos. No se trata ya de descubrimientos: todas esas regiones eran conocidas de los fenicios. Ignoramos si hubo traslado o cómo se hizo el traslado de manos fenicias a manos griegas. Los focios llegan a Marsella, y Heródoto afirma que "descubren" el Adriático, el Tirreno, Iberia y Tartesos. Los fenicios ocupaban ya Córcega, Cerdeña y algunos sitios de España; y el norte de África entre las Columnas y las Sirtes. Los dorios fundaron la colonia de Cirene entre las Sirtes y Egipto. Jonios y carios fueron admitidos en Naucratis, Egipto, sobre el Nilo occidental. En el siglo VII, hay establecimientos griegos en el Mármara (Propóntide) y en el Bósforo; y poco después, en el Mar Negro (Euxino), donde es tradición que los carios habían creado antes alguna colonia desaparecida. Los milesios colonizan la entrada del Mar de Azof. Casi todos los pueblos griegos participan en este movimiento de poblaciones, como si quisieran todos huir de su hogar nativo, tentados por el mar que era su verdadera patria. Los más recluidos son los lacedemonios, que por excepción

colonizan en Tarento. Mientras los demás procuran en el comercio exterior la solución de las crisis económicas, los lacedemonios se empeñan en buscar la salida conquistando a sus vecinos continentales, con notoria estrechez de miras y atraso de nociones. Las colonias de los litorales alargan tentáculos hacia el interior de las tierras, y aquí sí puede decirse que hay algún descubrimiento, ensanchándose la faja que rodea al Mediterráneo. Aun empiezan a llegar hasta el mundo griego vagas noticias de Persia, Arabia y la India.

Hesíodo, con todas las reservas a que obligan las interpolaciones, habla de regiones y ríos no mencionados en Homero: así el Erídano o Po, donde los griegos situaban el mito de Faetón y sus hermanas, que lloran lágrimas de ámbar. Tal vez el Erídano fuera en aquellos tiempos remotos un centro de distribución de esta mercancía, penosamente acarreada a través de Europa desde el norte germánico, en tanto que los cartagineses descubrían las vías océanicas. Hesíodo cita igualmente el Fasis y el Danubio (Íster). Cita las Hespérides y las islas Eritreas en el Océano, donde moraba el tricéfalo Gerión. Cita las islas Bienaventuradas, de largo porvenir utópico, que los griegos situaban al occidente de África (¿Madera, Canarias?), lo cual indica un progreso en el conocimiento de la salida al Atlántico. En Hesíodo se advierte siempre la pugna por sostener algunas viejas ideas contra las novedades que ya los jonios han comenzado a propalar. Hay también inciertas noticias de que un tal Aristeas ha comenzado a percatarse de la inmensidad continental que se extiende al norte del Mar Negro, pero se trata aquí de un relato fantaseado, antecedente de los que más tarde aparecerán por todas partes, cuando las expediciones de Alejandro abren las puertas hacia los misterios del vasto mundo.

[*1958*]

III. LAS NOCIONES TRADICIONALES

En el periodo que va de Homero al primer geógrafo, Hecateo de Mileto, aparecen las teorías de los filósofos presocráticos sobre la configuración de la Tierra. De las tres grandes familias helénicas —jonios, dorios y eolios— los jonios se adelantan con la cultura, los magníficos e insolentes jonios que han comenzado a reírse de la magia oriental y a pasarla por el cedazo de la razón. Su capital, Mileto en el Asia Menor, es como un esbozo de la futura Atenas, y entrega a Atenas la misión cuando, en las postrimerías del siglo VI, cae asfixiada bajo las garras del persa. Allí Tales, padre de la filosofía, la geometría y la astronomía, predice el eclipse que pone término a la batalla entre medos y lidios. Familiarizado ya con la agrimensura embrionaria de los egipcios, la depura en abstracción geométrica y calcula alturas y distancias. Imagina la Tierra como un disco que flota sobre las aguas maternas, origen de todo lo que existe. Anaximandro la concibe como un cilindro coagulado dentro de la esfera del universo. Compone el primer mapa griego sobre relatos de los marineros milesios (el primer libro con ilustraciones en la civilización occidental) y la primera esfera celeste. Gracias al contacto amistoso con Asiria, comunica a Grecia el *gnomón* o reloj de sol de los magos caldeos, que Aristarco de Samos perfeccionará en el siglo III a. C., y el *polos* o hemisferio cóncavo. Anaxímenes suspende la Tierra en aquel su "aire metafísico". Anaxágoras, preatomístico y preevolucionista, lega a Demócrito el germen que conducirá a una explicación de los giros planetarios y a la admisión de muchos universos posibles. La cambiante fisonomía de Demócrito que la posteridad contempla hace presumir, y nada más, que éste viajó por el Éufrates y el Nilo, que también fue cartógrafo, que hizo un mapa de la Tierra cuyo eje de latitud es mayor que

el de longitud. (Entiéndase, de la litosfera o capa sólida de la Tierra, conocida y habitada.) Esta proporción se conserva en la geografía griega y se trasmite secularmente hasta que los descubrimientos completan la figura del Viejo Mundo por el norte y por el sur. Pues el mundo de los antiguos no es más que una envoltura terrestre apaisada, en torno a la faja del Mediterráneo.

Pitágoras, o en todo caso los pitagóricos como Filolao (época socrática), adivinarán por cábala numérica —pues no la demuestran— la esfericidad de la Tierra, requerida para satisfacer la perfección mística de la forma. (La perfecta esfericidad de la Tierra sólo es rectificada en el siglo XVIII.) Para ellos el globo terráqueo gira en torno a algún centro de fuego invisible, y lo acompañan en la ronda los cinco planetas averiguados, además del Sol, la Luna, las estrellas fijas como una unidad mecánica, y en fin la misteriosa Contratierra, elemento este último indispensable para completar el número diez, número sagrado. Más tarde, con Ecfanto, aceptan la rotación terrestre, que sostendrá el peripatético Heráclides Póntico. Estos principios se abren paso en la filosofía de los escogidos, no en la opinión general, la cual, para convencerse, espera hasta los días de Copérnico. En adelante, preocupará más el mundo habitado que la Tierra como planeta, hasta los días de Aristóteles. Este tránsito es perceptible en Platón.

El logógrafo Janto de Sardes, un contemporáneo de Hecateo, deja ver el término alcanzado ya por la geología. Habiendo advertido que en las rocas de las montañas asiáticas hay conchas marinas fósilizadas, se atreve a pensar que aquellas regiones fueron antes terrenos submarinos. (En estas conjeturas, lo había precedido Anaximandro.)

La primer obra geográfica de relieve es obra del historiador, diplomático y viajero Hecateo, que florece por el año 500. Su autenticidad, cierto, es discutible, y los fragmentos que nos quedan son sospechosos. Aceptemos, sin embargo, lo que nos dicen, que parece corresponder a la geografía de aquella época. Hecateo es contemporáneo del rey Darío,

el gran organizador de Persia. Éste abrió la carretera real de Sardis a Susa por el corazón del Asia Menor, cruzando el Éufrates en Samosata, y el Tigris en Nínive, lo que permitió a los griegos, y particularmente a los jonios, el conocimiento de Persia. Los "periodos" de Hecateo dibujan la circunnavegación del Mediterráneo. En el arco septentrional, abarcan desde Tartesos, allende las Columnas, hasta las montañas caucásicas, pasando por Córcega, Cerdeña, Capri, las minas auríferas de Elba (Etala), Marsella, Mónaco, la costa ligurina, Narbona (que llama "ciudad celta"), algunas zonas interiores de Italia, Capua (nótese que no menciona el Lacio y Etruria, aunque eran ya conocidos), costas del Adriático, tal vez el Íster, la Escitia, bien que sin llegar a las poblaciones griegas del Euxino. A continuación describe, hasta cierta profundidad, las costas asiáticas y africanas. El Bósforo cimerio y el Tanais le aparecen como límites entre lo que hoy llamamos Europa y Asia. Su conocimiento del Asia sólo será superado por Heródoto medio siglo más tarde. Revisa numerosas poblaciones del Asia Menor, Persia, Fenicia, Arabia, el oriente del Euxino, el Mar Caspio (Hircania), sus ríos afluentes, sus tierras del este y del sur. Por primera vez, se nombra aquí en griego a la India y al río Indo y se trata de sus tribus, como Gándara y su capital Caspápiro, noticias que acaso llegaban a los griegos a través de los persas. Parece que, respecto al África, tampoco se limitó a la costa egipcia. Parece también que su acopio de nociones le permitió rectificar el mapa anterior de Anaximandro. Hecateo dijo, antes de Heródoto, que el Egipto es un dón del Nilo.

Un logógrafo algo posterior, Carón de Lámpsaco, es considerado también como precursor de Heródoto. Lo encontramos entre los curiosos de la historia persa y antecesores de las importaciones exóticas al mundo helénico. Lo encontramos también entre los antecesores de las narraciones noveladas. Roma es nombrada por primera vez en los fragmentos de Demastes de Sigeo.

Aquí aparece la singular narración del cartiginés Hanno, relativa a la costa del África occidental. Es difícil identificar su persona y fijar su época. Se las sitúa por los comienzos del siglo V a. C. El relato nos llega escrito en unas tablillas del templo de Moloc. Aristóteles conoció una versión. Los datos de Hanno son oscursos y enredados, pero son los únicos que poseemos sobre esta extensión del conocimiento geográfico al sur de las Columnas, prescindiendo de las legendarias referencias a los fenicios. Se trata de un viaje de colonización, con amplia dotación de barcos y hombres. Conjeturalmente, puede reconstruirse su itinerario: Timiaterio, el promontorio Solis, los pantanos de elefantes, acaso el río Draa (Lixo), donde se entabla plática con los naturales y se recogen noticias sobre pueblos del interior; la isla que fue llamada Cerne, dentro de una bahía que parece encontrarse directamente al sur de Cartago y cuyo emplazamiento investigarán Escílax y Tolomeo Geógrafo. De Cerne, se desprende un viaje fluvial hasta un lago donde hay tres islotes, altas montañas y población hostil y salvaje que impidió el reconocimiento: y de vuelta, otro viaje por un anchuroso río de cocodrilos e hipopótamos, tal vez el Senegal. Regresando a Cerne, la expedición llega al Cabo Verde, cruza la bahía del Gambia, donde se vieron extraños fuegos nocturnos: de ahí abordó un golfo abierto al que se denominó el Cuerno Occidental y en el cual había una isla que sirvió de escala. Más allá aparecieron llamaradas y torrentes que se precipitaban en el mar, y luego una montaña flamígera que recibió el nombre de Carro de los Dioses. A poco, una bahía del Cuerno Meridional, acaso el estuario de Sherboro; y en una isla, hombres y mujeres cubiertos de pelo, a quienes los intérpretes llamaron "gorilas". La falta de provisiones obligó entonces a regresar. El punto extremo de este trayecto no ha podido identificarse. Tal es la costa occidental del África recorrida por Hanno. Nadie, en la Antigüedad, fue más lejos, y todavía en el siglo II d. C., esto es cuanto sabe Tolomeo sobre aquella región.

Escílax de Carianda, hacia los fines del siglo VI a. C. y por mandato del rey Darío, hizo un viaje redondo a la India, de ida por tierra y de vuelta por mar. De este viaje sólo queda la mención. Acaso lo usará Heródoto en sus referencias al Mar Rojo. Acaso lo leerá Alejandro.

Todavía en el siglo V a. C., Esquilo (*Prometeo libertado*), describe el viaje de Héracles desde el Cáucaso a las Hespérides y menciona el Océano Índico (Mar Eritreo) y la tierra de los ligures; y en los *Persas*, la acción se desarrolla en Susa y hay referencias a Babilonia y Ecbatana, a los partos, mardianos y bactrianos, de que las expediciones de Jerjes han llevado noticia a Grecia.

El verdadero geógrafo de este siglo es el historiador Heródoto. En él se produce la síntesis de todo el conocimiento acumulado. Su visión de la historia era universal, y como relaciona siempre a los personajes con su escenario, de aquí resulta un panorama geográfico de conjunto nunca antes intentado, o de que sólo quedan como antecedentes los fragmentos de Hecateo y —si os empeñáis— lo que nos cuentan de Carón de Lámpsaco. Los viajes ofrecían ya la relativa comodidad que podía tentar a un estudioso. Heródoto visitó personalmente muchas de las tierras que describe: la Grecia peninsular —Tracia comprendida—, y la Grecia insular; la costa del Asia Menor, el trayecto de Sardis a Susa, Babilonia; sobre el Euxino, la Cólquide y la Escitia, o por lo menos, Olibia y la desembocadura del Dniéper (Borístenes); Tiro, el litoral palestino y Gaza; acaso remontó el Nilo hasta la primera catarata, al sur de la Tebas egipcia; conoció también Cirene y la Magna Grecia. Comprueba, como lo vimos en Hecateo, que los griegos tienen ya noticias sobre las tribus asiáticas interiores y el río Indo. Su experiencia de viajero lo lleva a rechazar la teoría de que la Tierra sea un disco. Para él, como para Demócrito, la masa terrestre es más ancha que larga. Respecto a los grandes continentes, adopta la tradicional distinción entre Europa, África (Libia) y Asia. Señala como límites entre Europa y Asia el Euxino, el río Fasis, el

Mar Caspio y el río Yajartes (Araxes); y como límites entre África y Asia, no ya el Nilo según se venía haciendo, sino el Mar Rojo en su mitad septentrional, pues la mitad meridional, según él, corresponde a la segunda proyección del Asia que luego veremos. Europa es ya para Heródoto mucho mayor que para Homero, como que piensa que Europa es más ancha y larga que África y Asia juntas. Pues su Europa se extendía desde el Atlántico en el occidente hasta el término de la tierra conocida en el oriente, donde presumía la aparición de otro arco oceánico; de suerte que la Europa occidental quedaba al norte de África, y la oriental al norte de Asia. Por lo demás, advierte que nada se sabe de esta Europa oriental, como tampoco de la Europa septentrional hasta el probable arco oceánico del norte. Asia consta de cuatro naciones que son, de sur a norte: los persas (indos incluidos), los medos, los saspirianos (al este de Armenia) y los colquianos. Tiene dos proyecciones hacia el oeste: el Asia Menor (sólo llamada así en el siglo v d. c.), y la zona comprendida entre el mar Eritreo (síntesis del Índico y el de Omán) y el Mediterráneo, habitada por asirios, sirios, fenicios y árabes hasta más al occidente del Mar Rojo meridional. Su África o Libia comienza poco antes del Nilo, desde el Mar Rojo septentrional, y se extiende como una faja, al norte de esta segunda proyección asiática, hasta más allá de las Columnas de Hércules, en Solis, sobre el Atlántico. Ya sabemos que el África de los antiguos es pequeñísima y rodeada de agua. Así se explica que Heródoto acepte la tradición de aquella flota que, en tiempos de Neco el rey egipcio, partió del Mar Rojo, recorrió África por el sur y regresó por las Columnas de Hércules, tras de recoger una cosecha de grano. En cambio, Heródoto niega el único rasgo de esta leyenda que tiene visos de veracidad: el que, durante el recorrido del sur al norte, la expedición haya podido tener el sol por la derecha. No es ésta la única circunnavegación de África que cuenta Heródoto: el persa Sataspes, condenado a muerte por Jerjes, fue perdonado a condición de

realizar viaje semejante. Zarpó de la costa egipcia, salvó el estrecho y llegó más allá de Solis, de donde se vio obligado a regresar, por lo que fue desde luego ejecutado. En esta configuración del mundo conocido, como en los nuevos detalles que da Heródoto, se advierte una preocupación simétrica que lleva a conjeturas falsas. Respecto a la Europa occidental, Heródoto manifiesta verdadera ignorancia: Tartesos está al sur de España; los celtas moran más allá de las Columnas de Hércules; y más allá todavía, los desconocidos kinetas. Los eliscanos —tribu ligur en Hecateo—, quedan ahora situados entre los Pirineos y el Ródano. Los tirrenos o etruscos constituyen un gran poder naval originario de Lidia. No se mienta a Roma ni a los Alpes, y el Alpis es un río que nace entre los umbrios y se junta al Íster. El Íster nace en Pirene, tierra de celtas, y cruza Europa, recibiendo quince tributarios; es el río mayor que existe y es paralelo —e inverso en su corriente— al Nilo meridional, que Heródoto supone quebrado en escuadra hacia el oeste a la altura de Meroe. Al norte del Íster, la tierra comienza a ser incógnita. Las dimensiones del Euxino y del Mar de Azof, medidas por singladuras, resultan desmesuradas, así como la península táurica. Y naturalmente todo ello pasará mucho tiempo por verdad averiguada. Sus informaciones sobre Caucasia, Escitia, y en general sobre la expedición de Darío hacia el centro de Europa, son exageradas, acaso por culpa de los mismos griegos que en tal viaje participaron. Estrabón reducirá todo esto a límites más modestos. Después, Heródoto habla de pueblos ya francamente fabulosos: los sabios agatirsos, los lobizones neuris, los andrófagos o caníbales nórdicos, y otros igualmente inciertos, que poco a poco llegan al monstruo: los caprípedos, los cíclopes y otros que duermen medio año, sorprendente y vago eco de las noches árticas. Mucho más preciso es Heródoto sobre los pueblos del Caspio y del Asia Menor. Conoce bien la organización de Persia. Del Asia extrema sabe lo que supieron los griegos por las exploraciones ordenadas

bajo Darío. Nada dice del Golfo Pérsico, y cree que el Tigris y el Éufrates desembocan en el Mar Eritreo. Su conocimiento del África es superior al de todos sus predecesores, a pesar de su fantástico trazo del Nilo, que acaso confunde con el Níger, de cuyos ribereños pigmeos le han hablado los de Cirene. El origen del Nilo será tema muy debatido, y sólo en el siglo II d. C. Tolomeo esclarecerá que nace de algunos lagos al sur del ecuador. Para Heródoto, el Nilo averiguado acaba en Meroe, capital etiópica; y luego vienen los desiertos, la leyenda, los macrobios descubiertos por la exploración de Cambises. El litoral africano le es familiar hasta Cartago, aunque naturalmente lo traza con alguna arbitrariedad; y sabe que hacia el interior hay ciertas tribus distribuidas en cinco oasis.

Como Heródoto, como la mayoría de los grandes griegos, Platón concibe la unidad nacional helénica, y maldice al mar que la despedaza. Lo mismo pudo maldecir las cadenas montañosas que dividían los Estados continentales y que favorecieron las rivalidades y el final desastre de Grecia. Y sin embargo, esta misma efervescencia dio a Grecia su espíritu, y al mundo, la escuela del pensamiento. En cuanto a la geografía novelesca de Platón —su fabulosa Atlántida— es asunto aparte.

Jenofonte aporta a la geografía su *Anábasis,* relato de la retirada de los Diez Mil mercenarios griegos que servían en las filas de Ciro el Joven, y que se desbandan tras la batalla de Cunaxa, regresando a través de las montañas de Armenia hasta Trebizonda (*Thálassa! Thálassa!*), y de allí por la costa del Mar Negro, hasta el Bósforo. Aunque contribuya con algunas novedades, es más de fiar en la primera parte de su relato —Sardis a Cunaxa— que se refiere a regiones ya bien conocidas. En cuanto comienza la retirada hacia el norte —las regiones menos conocidas—, aparece la confusión.

Aristóteles limitó sus viajes al área egea. La obra geográfica que se le atribuyó es apócrifa. Pero en su sistema

filosófico situó conceptualmente el lugar de la geografía. Al referir los grandes ríos a las grandes montañas, equivocó los cursos fluviales del Cáucaso y del Asia Central, y cayó a su manera de teorizante en las simetrías de Heródoto. Como éste, quiso derivar el Danubio de alguna región pirenaica. Pero Aristóteles más bien trata de meteorología y de física celeste. Razonó la esfericidad terrestre como consecuencia de la gravedad hacia un centro, y la indujo de la sombra que la Tierra proyecta sobre los eclipses de luna. Aceptó la proporción de los ejes terrestres al modo de Demócrito y Heródoto. Coloco a la Tierra inmóvil en el centro de un universo giratorio, adelantándose al sistema tolemaico, e infirió su dimensión limitada —aunque doble de la real—, por observaciones de las estrellas fijas, tomadas de diferentes ángulos. Fundó científicamente la división de la tierra en cinco zonas térmicas (prevista por Parménides) de que sólo le parecían habitables las zonas templadas; y encontrándose en la templada ártica, sospechó más al sur de la tórrida otra zona templada antártica, donde el hombre podía vivir. Relacionó la meteorología y la sismología, y entendió los cambios de la corteza terrestre por efecto de los aluviones.

Si ya Ctesias de Cnido merece poco crédito como historiador, tampoco lo merece mayor como geógrafo, a causa de su extrema credulidad. Supuso, entre otras cosas, que la India por sí sola era tan extensa como todo el resto del Asia.

Teofrasto continuó la meteorología de Aristóteles y, gracias a las colecciones enviadas por Alejandro, sentó las bases de la geografía botánica.*

[*1958*]

* [Terminado, pero todavía inédito, hacia el 21 de noviembre de 1958, fecha de la carta de Reyes al autor de las notas.]

IV. LA ÉPOCA INTERMEDIA

HEMOS dedicado algunas páginas a los albores de la geografía mediterránea: los orígenes más o menos legendarios y las nociones tradicionales desde Homero hasta Teofrasto. Corresponde ahora considerar la época intermedia que precede a la propiamente alejandrina.

Esta época intermedia puede representarse con los nombres del Seudo-Escílax, Éforo, Teopompo (aunque los dos últimos más bien sean historiadores), Heráclides Póntico, Pytheas, Dicearco y Aristarco de Samos.

Corre bajo el nombre de Escílax el relato de una circunnavegación mediterránea que es menos aventurado asignar a la época de Filipo. El viaje comienza en las Columnas de Hércules, sigue por el litoral del norte, llega al río Tanais —tenido por límite entre Europa y Asia—, vuelve costeando el litoral africano hasta el estrecho, lo traspone, dobla por la costa occidental del África hasta Cerne —la misteriosa referencia de Hanno— y toca al paso una buena docena de islas. No hay en todo ello novedades geográficas. La importancia del viaje está en la descripción de los pueblos ligures, etruscos, latinos, campanianos, samnitas y lucanianos, y en algunos detalles de la costa adriática, tentación inmemorial del comercio helénico.

Respecto a las contribuciones geográficas de Éforo sobre Europa, Asia y África, incorporadas en su obra histórica, muy poco sabemos. Nos recuerda, sí, aquella noción de un "mundo achatado" (el mundo poblado por los hombres) que es noción común en su época. Se nos dice que Sicilia puede ser rodeada toda por mar en cinco días con sus noches. Se trata de explicar las inundaciones del Nilo porque, siendo muy esponjosa la tierra de aluvión, exuda con el calor del verano los jugos y limos que se bebió en invierno, absurdo

que después rechazará Diodoro Sículo. Éforo cree que el Danubio (Íster) tiene cinco desembocaduras. Según Ateneo, Éforo dijo que el río Gaesón cae en el pantano de Pirena.

Las descripciones geográficas de Éforo adelantan con cierto método: parten siempre de los litorales, se guían por la línea del mar, buena regla de dibujante para ir estableciendo los contornos terrestres. Por Éforo nos percatamos de que el conocimiento del interior de Escitia no había adelantado mucho, a pesar de las estrechas relaciones de Atenas con los puertos de los cereales en Crimea. De sus pueblos, Éforo nos dice simplemente que eran "justos" con excepción de algunos caníbales, y que entre ellos la mujer vivía en estado de comunismo "platónico". (Lo cierto es que Platón había elogiado a las hembras guerreras de Sauromata, que se decían descendientes de las legendarias Amazonas.) A propósito del estaño de Tartesos —algunos lo suponían nativo de aquella región— nos cuenta cosas singulares de las costumbres "célticas". Según él, algunos celtas septentrionales acostumbraban literalmente pelear con armas contra el mar que a veces invadía sus tierras. También creía que el Danubio venía del lejano occidente y brotaba en un misterioso "pilar" o monte céltico cuya situación no llega a definir. El océano rodea al mundo como una circunferencia, y dentro de él la tierra habitada es un rectángulo con la Escitia al norte, Etiopía al sur, la India al este y la Celtia, al oeste que era la imagen jonia del mundo.

Por su parte, Teopompo, al referirse a la captura de Roma por los galos, demuestra el interés creciente de los griegos para lo que acontecía en el norte de Italia, y menciona a los vénetos, los umbrios y los etruscos. Repite algunos vagos rumores sobre los celtas septentrionales, y ofrece una estrafalaria geografía de la costa ilírica, de cierta corriente danubiana y de una supuesta montaña desde donde se alcanzan a ver a la vez el Adriático y el Mar Negro. Entre sus digresiones algo ambiciosas, habla de una comarca utópica que quiere hacer pasar por la tierra trasatlántica de

Platón, cuarto continente "más allá del mundo" donde viven los longevosméropes que un día invadieron a los hiperbóreos, pero los dejaron en paz al verlos tan miserables y menesterosos.

Heráclides Póntico es más bien astrónomo, y anuncia a Aristarco de Samos en su doctrina heliocéntrica, apartándose de Aristóteles que estaba por la doctrina geocéntrica del universo. Como el pitagórico Ecfanto, afirma la rotación terrestre de veinticuatro horas, aunque sin darse cuenta todavía de la traslación. Y aunque quiso referir un viaje en torno al Continente africano, de algún singular aventurero que dio con sus huesos en Sicilia, pronto se lo tomó por invención suya, pues siempre procuró ser en sus noticias más divertido y ameno que verdaderamente científico.

El masaliota o marsellés (Pytheas) es uno de los casos más singulares que registran los anales del humanismo. Su contribución a la geografía es de enorme interés, pues significa la verdadera incorporación de la Europa occidental en el mapa del mundo. Marsella, cuyo mismo nombre "Massalía", significaba en lengua fenicia algo así como "factoría", parece que comenzó por ser uno de aquellos establecimientos fenicios que poco a poco pasaron a poder de los griegos. Hacia el año 600 a. c., los focenses del Asia Menor, flor de la piratería helénica, la conquistaron. Es fama que, en adelante, las tradiciones helénicas se conservaron allí con bastante pureza. Un siglo después, Marsella se había desarrollado a tal punto que, cuando los persas se arrojaron sobre la Focea, numerosos focenses decidieron refugiarse en aquella próspera y lejana colonia. Marsella dio de sí una serie de comunidades que formaban como un imperio irregular desde Niza hasta España. En el siglo IV a. c., Marsella es ya capaz de derrotar a los etruscos y aun detener a los audaces cartagineses; tiene tratos con los celtas del norte; acaso ha fundado pequeñas poblaciones en el interior de Francia, y es aliada de Roma. Su comercio se extiende por todo el orbe helénico. Pero no vive recluida en el Me-

diterráneo o inclinada hacia el Oriente como la Grecia propiamente tal. Su tráfico sube por tierra hacia el Atlántico, y recibe los metales que llegan desde Cornualles, vía Bretaña. El Canal de la Mancha no es para ella un mito como podía serlo para un ateniense o un griego asiático, sino un camino trillado de su comercio, y nada tendría de extraño que conozca también las pieles del Báltico. El mapa del mundo, para un marsellés, y más si era un sabio como Pytheas, no podía ser el mismo que para un griego medio del Ática. Así se comprende que, cuando Pytheas regresó de sus temerarios viajes a las regiones escandinavas —empresa para él difícil, pero no imposible— la opinión general ateniense lo haya tenido por el mayor embustero de la Antigüedad. Fue necesario que la erudición moderna le devolviera todo su crédito, aunque sigan siendo dudosos sus itinerarios por el Mar Ártico, el Báltico y el Golfo de Finlandia, y muy discutida y aun disputada su situación exacta de la Última Tule, término del mundo septentrional que Pytheas declara haber visitado.

Por desgracia para Pytheas su obra se perdió muy pronto, Y el que aparezca citado por un tal Antífanes de Berge —persona de poco crédito— acabó de perjudicar su fama. Timeo sacó de Pytheas notas y extractos que también se han perdido, así como se han perdido las referencias que harán de su obra los alejandrinos más avisados: Eratóstenes e Hiparco. En estas referencias se basa Polibio, dos siglos después de los sucesos, para sus acerbos comentarios contra Pytheas, que tanto han contribuido a su mala fama. Pero Polibio se muestra tan fascinado con sus descubrimientos metódicos que fácilmente censura a los que no aplican su propio método. Un siglo más tarde, Estrabón se basa en Polibio, comparte su prejuicio contra Pytheas y todavía lo recarga con su personal aversión para los marselleses, y como de costumbre, no es muy cuidadoso en sus citas. De suerte que ha sido necesario materialmente reconstruir a Pytheas a través de documentos adversos y tardíos.

Lo más curioso es que la Antigüedad dudó de la veracidad de Pytheas, no porque sus relatos fueran desorbitados o extravagantes, no porque hablaran de hombres de hielo que se alimentan con nieve, no de monópodos que duermen a la sombra de su único pie como de un toldo generoso, no de los hombres felices que se nutren con el aroma de las flores y sólo mueren porque un día —hartos de ventura— deciden suicidarse: todo lo cual puede leerse en otros relatos que la gente tragaba sin protestar. Que si Pytheas llega a contar tales patrañas, acaso hubiera satisfecho el apetito de pavor y maravilla, y todos le hubieran dado crédito. Estas y otras fantasías, que la Edad Media heredó de la Antigüedad y todavía puso a proliferar en su propio caldo microbiano, llegaron en triunfo hasta el Renacimiento, a través, por ejemplo, de la grave *Imagen del mundo,* obra del Cardenal Aliaco y libro de cabecera de Colón.* No: lo más curioso es que Pytheas pasó por embustero simplemente porque no contaba embustes ni quimeras, porque se limitaba a afirmar que había entrado en aguas del norte partiendo del extremo de Escocia y, tras seis días de navegación, había dado con tierras que apenas ofrecían alguna diferencia de clima respecto a las tierras mediterráneas; que allí los hombres tenían dos pies como los demás; que cuidaban de sus ganados y ordeñaban sus vacas lo mismo que los helenos; que cultivaban los cereales y hacían una cerveza o bebida fermentada bastante potable; que no todo era nieve y hielo; que la vida mineral, vegetal y animal mostraba allá ser tan abundante como en las regiones templadas; que el sol seguía saliendo para todos.

—Sí —se decían los griegos metropolitanos y todavía lo repetían después los alejandrinos—, es verdad que el mundo no acaba en Gibraltar (lo que hoy llamamos así), en las Columnas de Hércules (como ellos llamaban a ese lugar).

* Ver "El presagio de América", en mi libro *Última Tule* [*Obras Completas,* XI, pp. 11-62.]

Pero ¡cualquiera se atreve a cruzar esa región sin permiso de los cartagineses!

Éstos, en efecto, no sólo defendían la boca del Mediterráneo con fuerzas navales, sino también con las fuerzas mágicas de la imaginación, y tenían buen cuidado de difundir toda suerte de patrañas e historias terríficas sobre el Océano y las tierras del más allá; escondiendo celosamente el secreto que les daba el monopolio de cierto comercio exótico: la ruta de las Casitérides, la Bretaña, el estaño, el ámbar. Se decía que de tiempo atrás los fenicios habían intentado algunas salidas al Océano y recorrido sus costas hacia el norte y el sur. Pero ¿quién era Pytheas para osar, solo y sin el respaldo de una potencia naval, la aventura que aun para los fenicios había resultado imposible? ¿Quién era este dialectal y semibárbaro que salía ahora con el cuento del marsellés?

Pues bien, este Tartarín de Tarascón de la Antigüedad era un sabio. Antes del malhadado viaje se le conocía como agudo matemático, experto astrónomo y buen hombre de empresa. Aristóteles lo ignora, pero Dicearco lo menciona con deferencia. Pytheas había rectificado la falsa idea del profundo Eudoxo sobre la Estrella Polar, demostrando que tal estrella no se encuentra en el polo, sino que sólo pueden fijarse tres estrellas vecinas, cuyo cuadrángulo se completa precisamente con el punto aproximado del polo. Había construido instrumentos científicos de precisión e inventado un método para medir la distancia de cualquier sitio al ecuador. Y aparece por primera vez en la historia cuando se consagraba a fijar la exacta latitud de Marsella. No, no era un Tartarín, no era un Barón de Munchausen, sino un Vinci mezclado de Galileo, de Colón, de Darwin y de Cook. Y tal vez la expedición de Pytheas no haya sido la primera que Cartago permitió y acaso auxilió. Cartago, que había sentido ya la fuerza de Marsella, que vivía siempre recelosa de Grecia, que agradecía a Marsella su abstención cuando la guerra con las colonias griegas de Sicilia, tenía buenas ra-

zones para aceptar un trato amistoso con aquellos sus vecinos de enfrente, a quienes la acercaban por igual los intereses políticos y comerciales.

A Pytheas se debe, en suma, la primera exploración de los litorales europeos y británicos y, prácticamente, el descubimiento de la brumosa Tule que todo el mundo conoce por los versos de la *Medea* de Séneca. Éste anunciaba que la navegación había de superar un día aquella comarca, descubriendo entonces nuevos mundos, y don Fernando Colón se jactaría más tarde de que su padre cumplió la antigua profecía. Los latinos decían ya, proverbialmente, "Última Tule", para significar último reducto, meta o término de la posibilidad. En época posterior, en la Edad Romana, entre los siglos I y II de Nuestra Era, un Jules Verne de aquellos tiempos, Antonio Diógenes, devolverá a Tule el ambiente fantástico de que Pytheas la había despojado, en una de las primeras novelas que se conocen: *Las maravillas de allende Tule*, obra incoherente que se desarrolla por todo el mundo, de que Luciano se ríe y de que sólo queda un sumario.

> Aunque hoy los eruditos disienten en cuanto a los detalles de un viaje tan inciertamente documentado, el lector puede aceptar, sin temor a serias rectificaciones, que Pytheas partió de Marsella costeando España y cruzó el estrecho de Gibraltar; desde el Cabo Ortegal tomó la cuerda del arco que forma el Golfo de Vizcaya y fue a dar a la nariz de Francia, por Finisterre; de donde atravesó la Mancha y subió por la costa británica y escocesa; de allí ascendió a las islas Shetland y continuó hasta Islandia; luego se asomó al Círculo Ártico y dio con los glaciares. Regresó por el oeste de las Islas Británicas, entrando en el canal de Irlanda; dobló de nuevo hacia el continente y, pasando otra vez la Mancha, siguió al nordeste hasta el Báltico y penetró en el Golfo de Finlandia. De donde torció hacia el sur, por todo el litoral del continente europeo, tocando esta vez costas de Vizcaya, para recalar de nuevo en Marsella. Éste es, digamos, el derrotero ecléctico que no todos admiten en su totalidad.*

* Ver "El cuento del marsellés" en mi libro *Junta de sombras* [*Obras Completas*, XVII, pp. 422-428].

El fruto total que resultó para la geografía de los viajes de Alejandro fue aprovechado por Dicearco, el discípulo de Aristóteles (y todavía más por Eratóstenes). A Dicearco se debe el haber recogido los principales rasgos de la India; la gran espina dorsal montañosa que se alarga hacia el este (Tauro—Elburz—Indo—Kush—Himalaya), aunque este sea muy sumario y hasta equivocado al final, donde la línea tuerce al sudeste. El paralelo central, ya bosquejado en los mapas jonios, era el eje del mar interior desde Gibraltar hasta Rodas, y luego, al sur, por el Tauro; de donde continuaba por las Puertas Caspias y por las faldas de las montañas indostánicas, previamente empujadas al norte hasta llegar al nivel del Cáucaso.

Parece que Dicearco aún mantenía la noción arcaica de que los ríos vienen del Océano. Ya hemos dicho que concedió crédito a Pytheas y aceptó la habitabilidad de las tierras árticas. Entre otras cosas, midió la altura de las montañas de Grecia con un teodolito primitivo, no con exactitud sin duda, pero con menos exageración que las mediciones precedentes.

Pues su intento era mostrar que las montañas son meras arrugas del globo, "motas de tierra en una pelota", y en conjunto, tan desdeñables para la configuración total del planeta como las profundidades marítimas. Relacionó las mareas con los vientos provocados por el calor solar (no todavía con la Luna). Dibujó listas y mapas griegos, que Cicerón pudo aún consultar como los más autorizados en su época. Se le atribuyen falsamente muchos diseños topográficos que, al menos, eran de su escuela.

Todo lo anterior significa que trazó el primer mapa sobre el paralelo del Mediterráneo, y continuó equivocadamente la línea hasta el Tauro y el Himalaya situándolos a la misma altura, por falta todavía de técnicas e instrumentos apropiados para fijar direcciones; describió la tierra conocida, resumiendo las conquistas de sus predecesores; calculó la altura aproximada de los montes peloponesios, y le-

vantó una cartografía topográfica de Grecia que todavía consultarán los latinos.

Su cálculo de la circunferencia terrestre es más moderado que el de Aristóteles; aún excesivo, pero más cercano a la verdad.

Aristarco de Samos, discípulo de Estratón en el siglo II a. C., fue un precursor de la geografía matemática, a que luego dará el molde Eratóstenes. Su teoría planetaria colocaba primitivamente la Tierra en el centro del sistema. Después rectificó: —El centro no es la Tierra —se dijo—, ni tampoco lo es el fuego inefable de algunos filósofos, sino el Sol. Doctrina acaso enunciada por Heráclides Póntico, aunque el texto que le da este crédito es confuso. A la rotación, añadió Aristarco la traslación. Procuró explicar las apariencias admitiendo un cielo fijo y una rotación oblicua de la Tierra en torno a su eje, la cual, según su inclinación y su movimiento, ya entra y ya sale de la sombra. Sólo Seleuco, un siglo después, parece haber reparado en este notable atisbo. Los geómetras y astrónomos de su tiempo más bien le fueron hostiles: así Arquímides y acaso Hiparco. En cuanto a la traslación, Aristarco tuvo la mala ocurrencia de trazar las órbitas planetarias en figura de círculo y no de elipse, lo que resultaba incompatible con los datos de la observación. En cuanto a la teoría heliocéntrica, Cleantes acusó de sacrílego al que pretendía prescindir de la hoguera del universo: no el Sol, sino la mística hoguera de los estoicos. Y es que, como lo dirá Lord Balfour a propósito de Copérnico, el hombre se resistía a abandonar el centro del universo y pasar a la categoría de un episodio secundario, acontecido en uno de los menores planetas. Todo lo cual hizo olvidar aquellas geniales anticipaciones, y hubo que esperar dieciocho siglos, a que Copérnico les devolviera su vigencia, salvo la indispensable rectificación respecto a las supuestas órbitas circulares, que sin ningun motivo se consideraron inseparables de la teoría propuesta por Aristarco.

Algo más sabemos de Aristarco: perfeccionó el *gnomón*

o reloj de sol que Anaxímenes había aprendido de los caldeos, y uno de sus primeros opúsculos (que todavía se conserva y pertenecía aun a la era geocéntrica) procura establecer una distancia fija entre la Tierra y la Luna.

Pero lo más curioso es considerar la principal objeción científica que le oponían sus contemporáneos: —Si es cierto que la Tierra se mueve —argumentaban—, entonces ¿cómo es que la distancia angular de una estrella fija siempre es la misma? (Entiéndase que con los instrumentos de entonces, pues la diminuta paralaje sólo pudo medirse en 1832-38). Aristarco respondía en vano que la enorme distancia anulaba la minúscula diferencia. Es de creer que sus opositores pensaban como el sargento instructor del chascarrillo:

El sargento instruía a su pelotón sobre la manera de orientarse durante una marcha nocturna.

—Tú que eres campesino —dijo a uno de sus reclutas— indica a los muchachos cuál es la estrella que debe guiarlos.

—Ésta, mi sargento.

—¡Qué barbaridad! Se van a torcer el pescuezo. A ver: ¡diez pasos atrás todo el mundo! *

[*Diciembre de 1958*]

* [Todavía "sin terminar" el 21 de noviembre de 1958, cuando Reyes escribió sus proyectos al autor de las notas.]

V. LA GEOGRAFÍA ALEJANDRINA

ANTES de referirnos a los geógrafos de la época alejandrina, necesitamos recordar lo que fueron las expediciones de Alejandro, que sólo tienen igual en la Era de los Descubrimientos (siglos XII a XV d. C.), y cuya culminación es el hallazgo de América.

Las campañas de Alejandro pueden considerarse como exploraciones armadas. Ellas se refieren al Cercano y al Lejano Oriente, y superan con mucho cuanto hasta entonces habían emprendido los monarcas persas. Alejandro viajaba (como más tarde Napoleón en Egipto) llevando consigo un cuerpo de sabios —los historiadores Aristóbulo y el futuro rey Tolomeo Sóter, por ejemplo— y una verdadera cohorte de ingenieros. Por desgracia se han perdido sus obras, y sólo encontramos referencias a ellos o reconstrucciones hipotéticas en autores distantes, quienes a veces aceptan sin crítica los testimonios algo novelescos de fantaseadores como Clitarco. Las tropas de Alejandro medían la tierra por pasos ("bematística"), lo que da cierta aproximación al cálculo, pero nada dice sobre el rumbo. De aquí los errores en las longitudes y latitudes, como los que pueden apreciarse en Heródoto o en Dicearco, causados sin duda por la aplicación de igual método. El conocimiento que los griegos tenían del Asia antes de Alejandro puede resumirse en dos palabras, y resulta de las campañas de Darío sobre Punyab y Sind en 512, y el consiguiente periplo de Escílax, así como de la marcha de Ciro el Joven contra su hermano Artajerjes, de Sardis a Babilonia, en 401, y de la consiguiente "anábasis" de Jenofonte y sus mercenarios helénicos tras la batalla de Cunaxa, en que éstos quedaron vencedores, pero, con la muerte de Ciro, perdieron el objeto de su victoria, viéndose en el trance de regresar a su tierra por su cuenta y riesgo. Las colonizaciones helénicas en Oriente

tienen tres periodos principales: *1)* grandes emigraciones hacia la costa del Asia Menor, las llanuras de Panfilia y Cilicia, y la isla de Chipre; *2)* al norte del Egeo, hacia el Helesponto, el Bósforo, el Euxino o Mar Negro, algunos estrechos inhospitalarios en la costa sur del Asia Menor; *3)* tras una interrupción que se alarga por varios siglos, la obra de Alejandro.

Alejandro cruza el Helesponto en 334 y entra por el Asia Menor (batalla de Iso, conquistas en la Fenicia). Después llega a Egipto y remonta el Nilo hasta Memfis; se desvía al oeste y luego al sur, adelantando por el desierto hasta el oráculo de Amón. Vuelve al lago Mareotis, y funda entonces a Alejandría. Regresa de ahí a la Fenicia, y luego se interna al nordeste, por la comarca siria. Pasa el Éufrates y, rumbeando al norte, cruza el Tigris por la zona asiria (batalla de Arabela, conquistas de Babilonia y Susa). Continúa al sudeste hasta Persépolis. Y allí comienza la excursión por tierras desconocidas: Ecbatana, región meridional del Caspio, y el Oriente maravilloso... Partia, Artacoana, Proftasia, Aracosia, el Indo-Kush, Bactria, el río Oxo, Sogdiana, el río Yajartes, límite extremo por el norte. Marcha hacia el sur sobre la India, pasa el río Indo, Punyab y el río Hidaspes, de donde llega al Hifasis o Hesidro. Las tropas se niegan a cruzar el Ganges. Regresa al Hidaspes. Viaja por tierra y agua a Petala. El contingente se reparte en tres brazos: uno se encamina rumbo a Persia, por Gedrosia y Carmania; otro, rumbo a Carmania, por Aracosia y Drangiana; y el tercero, desde la boca del Indo al Golfo Pérsico: flota que queda al mando de Nearco, y viaje éste considerado por los antiguos como el primer crucero del Océano Índico, pues se ha olvidado el antecedente de Escílax o no se le concede ya crédito. Las fuerzas se juntan en Susa. Después, en Babilonia, donde Alejandro —con un estupendo sentido histórico— pretende fundar su capital, concurren los embajadores de todos los pueblos. Cuando muere Alejandro, planeaba ya la circunnavegación de Arabia.

Alejandro no llegó a percatarse de la extensión de la India, nada supo de la península malaya, ni de la enorme masa continental de China. El Ganges, a su entender, desembocaba sobre el Océano Oriental que bañaba la costa escitia, y del cual el Caspio era una inmensa bahía interior.

Durante estos viajes, que han durado en total once años, hay conquistas, colonizaciones efímeras, reconocimiento de tierras interiores y de litorales, trazo de vías improvisadas, unas llamadas a prosperar y otras a desaparecer, según la fortuna propicia o adversa de los tratos políticos y comerciales recién creados. La geografía llega hasta donde llegan las armas de Alejandro, y más tarde, de los Diádocos, así como después seguirá las insignias de las legiones romanas.

Bajo los Sucesores, los progresos de la exploración serán comparativamente escasos. Seleuco I (Nicátor) envía a Petrocles, desde Babilonia, en reconocimiento del Caspio; y tras algunas veleidades de conquista en la India septentrional, establece relaciones amistosas con Chandragupta, rey de Patna, en Pataliputra. Su embajador Megastenes (año 300 a. c.) relata su viaje a la India y viene a ser la primera autoridad griega sobre la geografía del Ganges y el primero que informa sobre la isla de Ceilán (Trapobana). Por su parte, Alejandría no tiene contacto directo con la India, pero es el centro adonde las noticias confluyen. Tolomeo Filadelfo extiende sus dominios, funda la población de Arisnoe sobre el Mar Rojo, hace transitable el viejo canal entre este mar y el Nilo. Sin embargo, el puerto principal del Mar Rojo continúa siendo la antigua Berenice, situada más al sur, la cual a su turno será suplantada por Myoshormos. El comercio alejandrino con Etiopía se desarrolla gradualmente. Se logra identificar el Astáboras, tributario oriental del Nilo. El gran río egipcio es remontado hasta el Nilo Azul. Entretanto, Temantes, Almirante de Tolomeo Filadelfo, fija las condiciones geográficas de los puertos y escalas del Mediterráneo. Tolomeo Evergetes manda hacer exploraciones en Arabia. Arsaces III, rey de los partos, comenzaba ya a avanzar sobre

el occidente, robando tierras a los seléucidas, cuando Antíoco III, tras de atajarlo y vencerlo, marcha hacia Punyab a través de Bactria, donde acepta proposiciones de paz a cambio de elefantes cargados de oro, y regresa a Seleucia, sobre el Tigris, habiendo realizado la mayor incursión asiática después de Alejandro, un siglo después de éste y siguiendo su misma ruta. Las ulteriores vicisitudes históricas de la conquista romana se reflejan en las páginas de Polibio y de Estrabón.

Al siglo III corresponde el Seudo-Aristóteles (*De Mirabilibus*), donde se habla de las minas de hierro en Elba, del Bosque Hercinio —supuesto origen del río Íster— y del Rin, que cruza tierras de germanos, pueblo que por primera vez asoma su fisonomía aún borrosa; se asegura que, a cuatro días de navegación al oeste de las Columnas, los fenicios dieron con tierra seca y marea baja, y que algo más allá aparecen, ricas de árboles y ríos, las Islas Afortunadas.

El enciclopédico y humanista Eratóstenes, organizador de la cronología, nos aparece en la encrucijada de los caminos: historia literaria, gramática, filosofía, poesía, matemática, astronomía, geografía. Desde luego, se lo considera como el padre de la geografía matemática. Sus investigaciones se aplican a fijar las distancias de modo preciso, por longitudes y latitudes, aunque para ello sólo contaba con tanteos irregulares como los de Dicearco y con los datos en bruto de la geografía humanística. Se apreciará el procedimiento de esta ciencia naciente recordando que Eratóstenes escogió cierto lugar como punto de referencia del trópico, al tener noticia de que allí se encontraba un pozo que, durante el solsticio de verano, recibía hasta el fondo la luz solar.

Según parece, Eratóstenes midió la distancia de los trópicos y, según está averiguado, calculó ya con sorprendente aproximación la circunferencia de la Tierra, y quiso también calcular la distancia de la Tierra a la Luna y al Sol, así como la magnitud del Sol. Ni Dicearco ni él se atreven todavía a medir las altitudes con respecto al nivel del mar. Acepta las cinco zonas aristotélicas, contra lo que harán Polibio y Posi-

donio, que parten en dos la zona tórrida. Entiende las alteraciones del relieve terrestre como efectos del agua, los terremotos y el volcanismo, y el alzamiento ulterior de zonas submarinas que ya había sospechado Janto. Tuvo, además, el buen sentido de tomar en serio a Pytheas y de no exigir exactitud geográfica en Homero, puntos ambos que lo colocan encima de sus contemporáneos. En cuanto a geografía descriptiva, se funda en los testimonios de sus predecesores, y sólo da nuevas luces sobre Arabia, que revela conocer mejor que ninguno. La misma palabra "geografía", aplicada a la cartografía matemática e ignorada en la antigua literatura, es tal vez una invención de Eratóstenes.

Volvamos un instante los ojos a los anticuarios del siglo III. Polemón, viajero profesional, conoció Grecia, Italia y Sicilia. La topografía y la epigrafía helénicas no tenían secretos para él. Dídimo, Aristónico, Estrabón y Plutarco lo aprovechan como fuente segura. Por provincialismo, y siguiendo a Helánico, identificó la Troya homérica con su nativa Ilión (Hisarlik), a tres milllas del Helesponto: la Troya de Schliemann. Demetrio Escipsis, en cambio, sitúa a Troya en otro lugar más cercano y más interior: la actual Bunarbashi. Apolodoro Ateniense, también muy usado por Estrabón, dejó, entre otras cosas, un compendio de geografía en verso. Este procedimiento mnemotécnico hará fortuna. La última manifestación que de él conocemos es el curioso librito de Geoffrey Moss, *A Box of Dates for Children, with explanatory Notes for their Parents* (Londres, 1934).

La geografía matemática de Eratóstenes tiene un continuador en Hiparco, astrónomo del siglo II originario de Nicea y radicado en Alejandría y en Rodas, teatro de sus más famosos descubrimientos. Menos inspirado y universal que Eratóstenes, es un especialista todavía mejor pertrechado. Se lo considera creador de la trigonometría, a la que llegó por el estudio de la geometría esférica. Comentó al matemático Eudoxo y rectificó los errores que de éste habían pasado al poema astronómico de Arato. Redactó unas tablas de las cuerdas

(senos, etc.) que utilizará el ingenioso Herón para sus máquinas. Inventó el astrolabio esférico, o bien perfeccionó algún aparato rudimental de Eratóstenes. El aparato de Hiparco se usa todavía en el siglo VII d. C. para conmensuraciones astronómicas y topográficas. Pretendió fijar las longitudes por medio de los eclipses lunares, pero su método fue abandonado y, con él, las posibilidades de este progreso. Calculó el año solar; y el mes lunar, con una aproximación menor de un segundo. Observó, a lo largo de su vida, mediante trazos y fórmulas, la aparición de las estrellas matutinas. Catalogó unas 800 estrellas fijas, marcando su posición en la eclíptica. Por desgracia, considerando que la doctrina heliocéntrica propuesta por Aristarco de Samos (y acaso antes por Heráclides Póntico según hemos dicho) era inseparable de las imposibles órbitas circulares, prefirió abandonarla, lo que retardó en dieciocho siglos la concepción verdadera de nuestro sistema planetario. Su mayor descubrimiento es la precesión de los equinoccios, a menos que se le haya adelantado —como otros quieren— el babilonio Kidenas. Desarrolló el método de las longitudes y latitudes que aplicaba Eratóstenes, y se lanzó a la prematura empresa de encerrar en esta malla geométrica todo el mapa del mundo, dividiendo en 360° el círculo meridiano y estableciendo zonas de latitud o *climata,* basadas en la duración del día más largo sobre los paralelos sucesivos y en referencias a las constelaciones. Lo prematuro del empeño se revela en el hecho de que su primer paralelo es una línea única para Alejandría, Rodas y Bizancio, su paralelo de extremo norte pasa algo más arriba del Mar de Azof (Maeotis), y su paralelo más meridional cruza el país de Cinámomo, proyección oriental del África al sur de Arabia. En general, su Europa es más correcta que la de Eratóstenes, pero sabía mucho menos que éste —a quien tanto censura— sobre las lejanías asiáticas.

La obra geográfica del historiador Polibio se ha perdido. Naturalmente, es toda terrestre y no astronómica. Quedan fragmentos del lib. XXXIV de su *Historia,* en que considera

las relaciones entre la geografía y la historia —punto de vista de Heródoto— y dice algo sobre la zona ecuatorial donde se ve su interés por la climatología. Menos dotado de imaginación que Heródoto, no logra dar a sus paisajes apariencia visible. Como es de esperar, pone a contribución el resultado de las expediciones militares romanas en el occidente europeo durante los siglos III y II, y aprovecha la *Via Egnatia* que va de Apolonia a Tesalónica. Calcula áreas de ciertas zonas mediterráneas; conoce bien el Euxino y, en general, supera a sus contemporáneos en la conmensuración del Maeotis, y la costa africana septentrional. En España, algunos de cuyos ríos traza con acierto, tiene buenas noticias sobre los Pirineos; describe la costa oriental del Adriático y tierras de la Italia del norte, algunos de cuyos lagos conoce o describe. Con todo, aunque recorrió los Alpes siguiendo los rastros de Aníbal, se equivoca respecto a la configuración de la cadena montañosa. El reconocimiento de los Alpes estaba reservado, en su parte occidental, a las milicias romanas, tras la conquista de las Galias; y en su parte oriental, a Tiberio y a Druso, en tiempos de Augusto. Y el reconocimiento del norte de Italia queda aplazado hasta el siglo V d. C. Aunque sabe menos de las Galias, traza el río Loira (Liger) y señala otras particularidades topográficas de la comarca. Y, dado lo que ya se conocía en su época, resulta ignorante en cosas del Asia. Hay en Plinio una referencia nunca confirmada, según la cual, después de la tercer guerra púnica, Escipión proporcionó a Polibio los medios para explorar la costa occidental africana.

Crates de Malo (no el académico) compone un globo terrestre a mediados del siglo II a. C., en que inventa, al lado de la masa ya conocida, tres continentes imaginarios. Por desgracia no llegó hasta nosotros.

Tampoco se conserva la obra geográfica de Agatárquides de Cnido, tutor de Tolomeo II (Sóter). Agatárquides había consagrado libros al Asia, a Europa y el Mar Rojo y mostraba interés por las costumbres de los pueblos. Conoció también las tribus árabes, como los sabeos de la Arabia Félix, rica re-

gión que sostenía tráfico de caravanas con la Arabia Pétrea y comerciaba con la India. Entre otras cosas, explica la institución del "Sabbath". Sobre los pueblos etiopes fue considerado en sus días como autoridad suma e informó de las minas auríferas que los Tolomeos explotaban en el Egipto meridional.

Del audaz navegante Eudoxo de Cícico (no confundirlo con el matemático Eudoxo de Cnido) se dice que realizó algunos de los viajes más admirables de este periodo. Encontrándose en Alejandría para cierta misión, supo de algún náufrago indostánico que fue a caer por la costa del Mar Rojo y se ofreció al monarca, a cambio de que el monarca le diese un barco para regresar a la India. Se hizo el trato, y Eudoxo decidió unirse a la expedición. El barco, en efecto, fue a la India y regresó trayendo especias y piedras preciosas. Si la noticia no miente, éste fue el primer viaje de Eudoxo a la India. Falleció el monarca, y su viuda encargó a Eudoxo un segundo crucero. Esta vez la fortuna fue adversa, y el barco perdió la derrota y dio en la costa sur de Etiopía, reconociéndose así por primera vez la región hasta más allá de Guardafuí, aunque todavía sin rebasar el ecuador por mar, como parece que no lo hizo ningún griego. Pero Eudoxo trajo de aquella tierra ignota la proa encorvada de un bote que juzgó idéntico a los que se usaban en Gades. Encontrándose ya en Gades y habiendo obtenido un barco de Cícico, el inspirado explorador decidió emprender la circunnavegación del África, y se hizo a la mar resguardado por dos embarcaciones ligeras. Paró en la costa occidental de Etiopía, donde creyó escuchar la misma lengua que en la Etiopía oriental, y regresó a Gades tras de intentar en vano otra expedición por cuenta del rey de Mauritania. Y todavía parece que se las arregló para volver por aquellas costas en algún viaje posterior.

Poco interés ofrecen, llegando ya al siglo I a. C., Artemidoro de Éfeso, topógrafo experto que ajustó algunas conmensuraciones dentro del cuadro establecido por Agatárquides: lo mismo que el poco posterior Escimno de Quíos, quien, si-

guiendo la tradición mnemotécnica de Apolodoro Ateniense, hizo un compendio geográfico en verso. En Diodoro Sículo hay materiales sobre los etiopes y el Mar Rojo, e informaciones sobre las Baleares y las Islas Británicas, cuyos tres vértices nombra por vez primera, y sobre el estaño que se trae por Cornualles y las Galias hasta el Ródano: acaso los únicos datos geográficos de interés que se hallan en su obra histórica.

En cambio, importa recordar que el estoico Posidonio, historiador y filósofo a quien tanto se ha utilizado sobre las inciertas exploraciones de Eudoxo, era también matemático, ingeniero y geólogo. Construyó una esfera móvil para mostrar las revoluciones de los astros: comentó a Euclides; estudió el Océano y explicó las mareas lunares; investigó las erupciones volcánicas; se atrevió a afirmar que, partiendo de España hacia el Occidente, tenía que llegarse a la India. Este gran enciclopédico junta, como en un haz final, las mejores tradiciones de la Edad Alejandrina. Filósofo, concilia el estoicismo y el platonismo; historiador, adopta el punto de vista sintético de Polibio, muestra interés por las culturas de los pueblos, y tal vez saca de la historia algunos enseñamientos tácticos: geógrafo, se sitúa en la línea científica de Eratóstenes. Rostovtzeff lo declara el último gran genio creador en las ciencias y en las letras griegas.

Pero sin duda el más útil entre todos estos narradores, exploradores y calculistas es Estrabón, tanto por la amplitud de sus informaciones en que se resume toda una edad, como por la feliz casualidad de que su vasta obra (diecisiete libros) nos haya llegado casi completa. Faltan, es verdad, fragmentos del libro XII sobre Macedonia y Tracia, y falta entero el último libro, aunque de todo esto quedan buenos sumarios. Es fuente preciosa de referencias, sin la cual sabríamos bien poco sobre geografía antigua, aun cuando se noten en este geógrafo descuidos frecuentes, y aun cuando a los errores tradicionales añada algunos por su cuenta, sin que sea siempre comprensible el criterio con que rechaza ciertos testimonios de sus predecesores. Siempre alerta contra lo que no le

parece bien averiguado, aleja sin discernimiento lo probable y lo improbable. Su mente tampoco estaba armada para las pruebas teóricas de las inferencias. Es poco amigo de retóricas, y escribe con sobriedad. Le interesan igualmente la descripción de la Tierra, los fenómenos geológicos que determinan su relieve, la vida y costumbres de los pueblos, la inmersión o aparición de masas terrestres en los mares. No hay que olvidar que pasó de la historia a la geografía, llevando de la una a la otra —según lo declara expresamente— los mismos principios sintéticos y pragmáticos a que Polibio ha dado su nombre. No mereció atención inmediata. Ni Plinio ni Tolomeo Astrónomo lo citan. Tal vez su obra quedó confinada al Ponto. Su auge comienza en el siglo v d. c. La posteridad lo llamará "el Geógrafo", como llamó a Homero "el Poeta", a Aristóteles "el Filósofo" y a Aristóxeno "el Músico". En la Edad Media, la *Geografía* de Estrabón, reducida a epítome, se usa como texto escolar.

El Geógrafo, pues, nació en la Amasia Póntica por los días del Consulado de Cicerón y cuando los ejércitos de Pompeyo marchaban sobre el Asia Menor. Descendía de sátrapas, sacerdotes y generales, y conservó de su prosapia las aficiones principescas de cazador. Sin duda era rico heredero. Asiático por línea materna, educado a la griega sucesivamente por Aristodemo Trales, Tiranión y Jenarco de Seleucia, vivía en Roma hacia el año 44, cuando aún no pasaba de los veinte, donde Tiranión y tal vez Posidonio lo condujeron a los estudios geográficos, y Atenodoro, preceptor de Augusto, le enseñó la conformidad estoica con la naturaleza, lo que puede apreciarse en el libro XVII de su *Geografía*, mientras que las evidencias políticas de Polibio lo convencieron de la providencial misión romana. La religión popular y supersticiosa es para él mero recurso de persuasión ante las multitudes ignaras que no entienden de razones, pero ni cree que debajo de estas prácticas y rutinas haya un verdadero espíritu religioso, ni le parece propio que en las festividades seudopiadosas se dilapide el dinero, arruinando las finanzas de la

república. Vivió mucho en Roma, a la que volvió en frecuentes viajes. Más tarde recorrió el país del Nilo y, en la Biblioteca de Alejandría, recopiló durante unos cinco años el material hacinado por sus predecesores, que ocupa gran parte de su obra. Después hizo un último viaje a Roma. Vivió unos 84 años.

Solía fecharse su *Geografía* hacia el año 17 o 18 d. C., y se la suponía escrita a instigación de sus protectores romanos. Hoy se entiende que esa fecha corresponde ya a una segunda edición, complementada con datos sobre el emperador Tiberio, y que la obra fue originariamente escrita por el año 7 a C., a estímulo de Potidoris, reina del Ponto, y destinada al público del Asia Menor, lo que explica que tal obra no sea conocida en Roma, ni siquiera por Polibio, y se haya difundido más bien entre los pueblos del oriente mediterráneo. Aunque el autor se tiene por un gran viajero y declara haber andado de Armenia a Tirrenia y del Euxino a Etiopía, sólo revela contacto directo con el Mediterráneo oriental y meridional: en Grecia sólo parece conocer Corinto; en la Europa occidental se limita a seguir algunas de las principales carreteras; y respecto a tierras distantes es ya francamente inseguro. Su introducción ocupa dos libros, por cierto algo tediosos, en que exalta a Homero como arranque del conocimiento geográfico; sin capacidad para ello, pretende refutar a Eratóstenes y a Hiparco; y finalmente, nos da su representación general del planeta. Otros ocho libros describen los países europeos; cuatro, el Asia Menor; dos el Asia lejana; el último, África.

La Tierra de Estrabón es una esfera en el centro del universo. Según la tradición, la litosfera habitada es más ancha que larga. Al resumir los conocimientos acumulados y reducirlos a sistema, Estrabón sufre la inevitable perturbación simétrica. Sería un buen ejercicio componer un mapa de Estrabón en fracciones, y luego cambiar los fragmentos de posición haciéndolos girar convenientemente. El conjunto de la masa habitada es una elipsoide irregular, encerrada

entre dos paralelos: el más septentrional pasa por arriba de la desembocadura del Tanais y el Dniéper y llega hasta Irlanda. Ésta aparece como una isla al norte de la Isla Británica y representa el término superior del mundo, pues Tule no existe y Pytheas es un embustero, aunque es fácil que por el norte se descubran algún día tierras habitadas, origen de la profecía de Séneca (*Medea*). Esta masa terrestre está rodeada por el Océano, de que son derivaciones interiores el Caspio, el Pérsico, el Arábico y el Mediterráneo. El paralelo más meridional, pasa por abajo del Meroe, recorre la proyección de Cinámomo, sigue por el mar y toca la isla de Trapobana o Ceilán. Ya sabemos que los griegos, a pesar de los atisbos de Hiparco, no fijaron los meridianos. El más extenso diámetro horizontal de toda esta masa cruza por su mitad y es un paralelo que va de las Columnas al estrecho de Mesina, pasa después el Peloponeso, dividiendo simétricamente el Mediterráneo, y luego entra por las inmensidades asiáticas cortando el Éufrates, el Tigris, las fuentes tributarias del Indo, y va a rematar al ignoto océano oriental, allá entre Tamaro y Pataliputra. Para que esta simetría se comprenda, hay que percatarse de que, en el norte y en el sur, los continentes están encogidos. El arco superior muestra a Europa y a Escitia tumbadas horizontalmente y divididas por el Caspio. El arco inferior contiene la Libia o África cercenada (pues los griegos creyeron que no llegaba al ecuador), y el Asia doblada y apretada, de tal forma que la línea de Cinámomo a Trapobana no sólo contiene a Asia, sino también una faja marítima complementaria. A diferencia de lo que Estrabón piensa respecto al norte, con respecto al sur admite que la zona tórrida es inhabitable, e imposible la circunnavegación del África, digan lo que quieran las hazañas. En cuanto a las conjeturas puramente teóricas de Aristóteles y Eratóstenes sobre una zona habitable y templada más allá de la tórrida, Estrabón nada sabe ni entiende.

En esta singular refracción del mundo, acostada Europa

de este a oeste y decapitada por el norte, los ríos Tanais, Dniéper o Borístenes y Elba corren de sur a norte y desembocan en el desconocido mar septentrional. También corren en igual sentido y desembocan por el norte el Rin, el Sena, el Loira y el Garona. Rin y Elba nacen en escuadra hacia el mismo punto, por el estribo oriental de los Alpes. Pero desde antes de llegar al Elba el contorno europeo se inclina un poco al sur y sólo recobra la horizontal después del Garona. Frente a esta costa oblicua aparece el triángulo de la Isla Británica, más al norte del cual se halla Irlanda. Entre el Garona y Ferrol, en vez del Golfo de Gascuña, hay una costa casi horizontal. La Bahía de Vizcaya mira francamente al norte, y los Pirineos corren de sur a norte, lo mismo que el Ebro. Al occidente de Britania, frente a España, sobre el mar libre, se sitúan las Casitérides. Al sur de España, en el lado opuesto, las Baleares, después de la entrada del Mediterráneo. La península italiana está demasiado quebrada hacia el oriente, aunque Estrabón dice que los Apeninos se extienden de norte a sur. Igual torsión sufre Grecia, donde Corinto aparece como el extremo más oriental, y el cabo Sunio apenas más al norte del Malea.

El trazo general del mundo ofrece, pues, muy apreciables deficiencias. La descripción especial de los distintos países mezcla los errores y los aciertos. Empecemos por Europa.

La Britania de Estrabón procede de los relatos de César; pero, a diferencia de éste, Estrabón afirma que el lado más extenso del triángulo es el que da frente a las Galias. De los tres vértices denominados por Diodoro Sículo, el oriental —Cantium— está a la altura del Rin: el occidental —Bolerium—, casi frente a los Pirineos; el septentrional —Horcas— al sur de Irlanda (Ierne o Hibernia). En cuanto a la isla Monapía, intermedia entre Britania e Hibernia según César, nada dice Estrabón.

Para las Galias, la orientación es falsa, y correctos muchos detalles del relieve, sobre todo respecto a la Galia

Narbonense. Las partes remotas, documentadas en César, son tratadas superficialmente, y Estrabón no parece aprovechar las carreteras recién abiertas desde Lyon por Agripa. Respecto a los Alpes y sus ríos, aunque partimos de Polibio, averiguamos ya algo más y entramos por las carreteras del Monte Ginebra y del Pequeño San Bernardo. El relieve de Italia y las islas próximas es bastante correcto. El Po es el mayor río de Europa después del Danubio. Ni hay que confundirlo con el Erídano, ni el Erídano realmente existe. El Vesubio tuvo erupciones, pero se apagó por falta de combustible. Las erupciones del Etna atraen a los viajeros. También las hay en las Islas Eolias, y recientemente apareció un islote junto a la costa siciliana. Con motivo de Brundisio, recorremos la Vía Apia. Se nos da, además, un cuadro sobre la extensión y condiciones del Imperio Romano. El norte europeo va del Rin al Tanais y baja hasta la región balcánica septentrional. Las expediciones romanas permiten hablar con cierta seguridad sobre el Rin, el Elba y las tribus que los habitan. Aunque se hace referencia a los cimbrios, se ignora el Quersoneso Címbrico, pero se conoce bien el Táurico y, en general, las montañas balcánicas. En rigor, más allá del Elba aparece la incógnita, y Estrabón no tiene noticia del Báltico y su pretendida gran isla, que acaso sea la Escandinavia. Ignora asimismo el norte y nordeste del Euxino y no da crédito a los testimonios de Heródoto. La descripción de Grecia es tan larga como deficiente; pretende fundarse en Homero y está sobrecargada de digresiones mitológicas y literarias.

Como en Eratóstenes, el Asia se supone partida en dos por una larga cadena montañosa que recibe sucesivamente los nombres de Tauro, Parapaniso, etc., y al fin, Tamaro, sobre el océano oriental. Los pueblos descritos van del Tanais al Caspio, del Caspio oriental hasta la Escitia, cuyos moradores ocupan el norte de la India; se menciona a los que habitan aquella región limitada al norte por el Cáucaso y el Caspio, y al sur por el Tauro y los alrededores del

Mar de Azof, cuyo tamaño parece mejor apreciado que en otros geógrafos. Las montañas caucásicas, aunque bien descritas, resultan empequeñecidas, pues Estrabón adelgaza mucho el que llama "istmo", entre el Euxino y el Caspio. Las desembocaduras del Ciro y el Yajartes sobre el Caspio eran distintas en aquel tiempo. El Yajartes era límite entre saceos y sogdianos. Volviendo al oeste, visitamos la Armenia y la Media, los cursos del Éufrates y el Tigris. Las campañas de Lúculo y Pompeyo contra Mitrídates permiten describir la Armenia con mayor conocimiento que Eratóstenes. Después pasamos al Asia Menor, Capadocia y Ponto incluidos. La descripción del Ponto es excelente, y la de la costa occidental e islas próximas, la mejor de la obra. En cambio, la de las tierras inferiores es sumaria y escasa.

En el sur del continente asiático, la India resulta bien librada, gracias a Megastenes y a los oficiales de Alejandro. El Ganges, que nace del Himalaya, es el río mayor del mundo. Tras de visitar el sur, se nos lleva hasta Pataliputra, costa oriental de toda la tierra conocida. El eje transversal es el mayor de la India. Como en Eratóstenes, el Golfo Pérsico aparece exagerado, y tan grande como el Euxino. Sobre el interior de Arabia, nos atenemos a la expedición poco antes emprendida por Elio Galo.

El África queda reducida a un sumario, cuya mayor parte se consagra a Egipto y sobre todo al Nilo. El Egipto es acaso una antigua tierra submarina cuyas costas eran los actuales desiertos. El África asume la forma de un tosco triángulo rectangular, cuyo cateto mayor es la costa norte, desde las Columnas hasta el Nilo; el cateto menor, la porción principal del curso del Nilo y la tierra incierta que llega hasta el océano meridional; la hipotenusa va del sur de Etiopía hasta la Mauritania en el occidente. No se habla de la costa occidental africana. Estrabón ha declarado que donde no hay pueblos conocidos no hay geografía. Se mencionan el canal del Nilo al Mar Rojo y el camino de las caravanas de Copto a Berenice, puerto para entonces supe-

rado ya por el Myoshormos. Es amplia y correcta la pintura de la costa entre Cirene y Cartago, buenas las informaciones que por primera vez se dan aquí sobre los oasis del desierto. Aun se cita a los farusianos y otros pueblos que quedan todavía más al sur.

La etnografía es sin duda lo más atractivo en la obra de Estrabón, aun cuando éste sea un narrador modesto y sin el genio de Heródoto, como puede verse comparando en ambos autores las páginas sobre el anillo de Polícrates o sobre las hormigas auríferas. Tampoco faltan aquí relatos curiosos. Por ejemplo, la anécdota sobre Piaso, rey de los pelasgos que, enamorado de su hija Larisa, es castigado por ésta cuando ella lo precipita en la tinaja de vino donde el rey fue descuidadamente a reclinarse. O la anécdota sobre Dionisio, tirano de Sicilia, que ofrece un banquete a las muchachas locrias, y luego las obliga a bailar desnudas y a atrapar, calzadas con unas sandalias de tacones desiguales, una bandada de palomas que suelta por la sala. Nos refiere también el caso de cierta princesa árabe que tuvo la mala suerte de ser solicitada, en el secreto de sus habitaciones, por sus quince hermanos, e hizo colocar los bastones de éstos en la misma antesala, donde fue inevitable que ellos se encontraran juntos a la salida.

Pero Estrabón no descuella en las historias, sino en la descripción de los pueblos y sus costumbres. En esta materia es tan rico que puede saciar al más exigente. Así, por ejemplo, nos describe las monótonas llanuras de Britania, tierra que produce grano, ganado, plata, hierro, cuero, perros y esclavos, y cuyos habitantes son de alta talla, superior a la de los galos, pero desproporcionados y estevados; donde las ciudades no existen o son meramente unos bosques, donde hay más lluvia que nieve, y donde el cielo nebuloso y oscuro apenas deja asomar al sol unas tres horas en torno al mediodía. La misteriosa Ierne (Irlanda), según nos cuenta, es una vasta isla poblada por salvajes que devoran los cadáveres de sus padres y promiscuan con madres y hermanas.

España —y aquí sigue a Artemidoro, a Polibio y a Posidonio, más bien que a los expedicionarios latinos— resulta llena de interés. La admirable Turdetania, la antigua Tartesos, situada entre Gibraltar y el cabo San Vicente, a la parte sudeste de la península, es opulenta y pródiga. Produce cereales, vino aceite, cera, miel, melocotones, ganado vario. No conoce los animales destructores, salvo las "cavadoras liebres". En ella se encuentran todos los metales: hierro, cobre, plata y (¡quién lo hubiera creído!) oro en pepitas de media libra. Por sus costas se recogen ostras y mejillones, congrios y atunes, a los que sirven de alimento los frutos de ciertos robles enanos que crecen en la orilla y alargan sus ramas sobre el agua. En el litoral atlántico hay una gente miserable y desaliñada que guarda la orina en cisternas para bañarse y limpiarse los dientes, y que considera como una locura el andar por mero ejercicio. Los cántabros son raza bravía y feroz, imposible de domeñar. Cierta vez cayó prisionera una familia de varones. A una leve señal, el niño menor empuñó un sable y dio muerte a su padre y a sus hermanos, para librarlos así de la servidumbre. Los gaditaños proveen barcos que hacen el comercio entre el Mediterráneo y el mar exterior. Gades es ciudad muy importante, sólo inferior a Roma. Los lusitanos sólo beben agua, comen pan de bellota y carne de cabrito, visten de negro, llevan el pelo crecido y caído sobre los ojos y son combatientes muy estimados.

Al oriente del Euxino, Dioscurias es un gran centro comercial, que trafica con Asia por las vías fluviales del Fasis y El Cairo. Estrabón se extiende sobre los jardines de Babilonia; nos cuenta de los aromas sabeos; refiere el episodio del muchacho que ardió como tea, porque Alejandro quiso convencerse de que "la nafta o asfalto líquido de Mesopotamia" era realmente agua combustible; asegura que, en Susa, el calor hace imposible a las serpientes y a las lagartijas cruzar la calle, porque el sol las calcina; explica cómo los árabes se las arreglan para sacar agua dulce del

Mar Rojo. Pinta a los brahmanes y fakires como se los pintaba en los días de Alejandro, sea por no poseer otros documentos posteriores, o bien por la persistencia de los rasgos sociales y las costumbres en el Lejano Oriente. A propósito del origen de las religiones, habla de Moisés y explica la toma de Jerusalén como un empeño fácil, por ser tierra muy escasamente codiciable. Menciona por primera vez la remota Seres (o China), de donde traen la seda y a la que se hace referencia en las *Geórgicas* de Virgilio. Los usos fúnebres le interesan especialmente: los masagetas —dice— consideran como la muerte preferible el ser despedazados cuando envejecen, y asados y devorados por los suyos junto con unos trozos de res. Los bactrianos echan a los viejos decadentes como alimento para ciertos perros educados que ellos llaman "los enterradores". Los caspianos dejan morir de hambre al que pasa de los setenta, abandonan luego el cadáver en una fosa del desierto, y observan después lo que sucede: el difunto es perfectamente feliz si atrae a los buitres, algo menos si atrae a las fieras, e irremediablemente maldito si no trae a animal alguno.

Pero donde Estrabón descubre acaso el único rasgo temperamental, que nos permite imaginarlo como un deportista y declararlo precursor de la venatería y los autores piscatorios, es en su singular atención para los animales y el modo de cazarlos. No sólo se detiene complacientemente en la alimentación del cocodrilo sacro en Egipto, sino que nos habla de los tiburones del Golfo Pérsico (origen acaso, estos tiburones, de aquellos monstruos marinos que menciona Beroso). Se divierte en describir la caza al arpón del pez espada en Sicilia; la acechanza de la avestruz en Nubia; la correría de conejos con hurón en España; las trampas para elefantes y monos en la India. Asegura que los cazadores, llamados "los intocables", no tienen más trabajo que el de cortar casi completamente los árboles junto a los cuales el elefante busca reposo; y cuando el animal viene a apoyarse en el tronco, árbol y animal y ruedan al suelo, y entonces el

elefante está perdido, pues por carecer de articulaciones adecuadas en las piernas es incapaz de levantarse.

Se ha juzgado la obra de Estrabón diciendo que es, más que una geografía, una filosofía de la geografía, y en todo caso, una enciclopedia de informaciones sobre los pueblos conocidos a los comienzos de la Era Cristiana.

Para los días de Estrabón, las últimas aguas de la Edad Alejandrina han comenzado ya a mezclarse con las aguas de la naciente Edad Romana. Es decir: los estímulos culturales del helenismo, en materia de investigación geográfica, reciben nuevo refuerzo con los estímulos militares o administrativos de la conquista latina. El espíritu práctico de Roma se orienta hacia la topografía y la cartografía, a las comunicaciones y carreteras. La abundancia y facilidad de los viajes, fomenta el turismo —como hoy diríamos. Las expediciones militares, desde mediados del siglo II hasta el fin del reino de Augusto, se han extendido por Europa, aunque algo menos por Asia y África. Las campañas de César en las Galias, la Britania y la Germania, tienen trascendencia de descubrimientos. Otros capitanes romanos llegan a navegar el Océano del norte, y tienen atisbos de Jutlandia y el Báltico. Augusto, aunque más preocupado de la organización interior, ordena también expediciones, somete a cántabros y astures, y coloniza la Europa central hasta las fronteras del Danubio. Las excursiones asiáticas de Lúculo, Antonio, Elio Galo (el que anduvo por Arabia) no descubren, pero perfeccionan el conocimiento de aquellas comarcas. La guerra de Yugurta llega hasta los límites entre la Numidia y la Mauritania, donde se recogen noticias de ciertas islas, acaso las Canarias o Madera, que tanto sonaban ya en tradiciones irregulares. Petronio penetró en Etiopía hasta Nepata. Cornelio Baller atacó a los garamantes y llegó al límite del desierto por las Sirtes Menores. Estas exploraciones se vuelcan sobre la geografía griega y abren la era de la geografía romana, que siempre aparece implicada en la historia y no como disciplina independiente: Juba, Salustio,

Pomponio Mela, etc. Fundándose en la inspección total del imperio concebida por Julio César, el general romano Marco Vipsiano Agripa hace levantar el mapa grabado en el muro del Pórtico Vipsiano, del que circulan pronto ciertas reproducciones o "ediciones manuales".

Resumamos. La geografía griega aparece con la antigua epopeya. Pronto es sometida al razonamiento filosófico y a las embrionarias explicaciones científicas que los griegos logran audazmente desprender de la magia astronómica asiria y de la geodesia egipcia. Las exploraciones son impulsadas por la colonización comercial y por las invasiones persas, que obligan a buscar nuevas patrias. Hay también viajes de mera curiosidad científica y, excepcionalmente (a diferencia de lo que sucederá en Roma) viajes de conquista militar. El descubrimiento de nuevas tierras como empresa nacional no puede darse en Grecia, por la falta de unidad política, hasta los días de Alejandro —unidad que dura un instante. Si el viaje por tierra, a pie o a caballo, es ya cosa lenta, tampoco los barcos antiguos de los griegos permiten aprovechar todos los vientos, y la navegación del manso Mediterráneo resulta casi imposible durante el invierno. La medición de distancias por singladuras es incierta. La medición por pasos humanos, aproximada solamente. El tiempo se mide con los gnomones y las clepsidras. Las latitudes se fijan toscamente con los hemisferios o *poloi*. Las longitudes, de ningún modo. La orientación sólo cuenta con el sol y con las estrellas, y también con la regularidad de los vientos. El conservar las provisiones durante los viajes —sobre todo el agua dulce en los barcos— obliga a acortar las empresas. La medicina presta auxilios todavía muy rudimentales. Sobre estas bases titubeantes comienza a alzarse el edificio. En el descubrimiento se distinguen diversas fases: el Océano y sus costas, comprendiendo el Mediterráneo, el Atlántico y el problema del África Occidental; los mares orientales, los septentrionales; el interior de los continentes, comprendiendo a Europa (Escitia y el Danubio, los Balcanes,

Italia, los Alpes, España, las Galias, Germania, Britania), Asia y África. La literatura respectiva se agrupa así: relatos de viajeros (Hanno, Pytheas, etc.), informes de inspectores, escasos hasta Alejandro; guías manuales, como ciertos fragmentos de un marsellés y la obra de un tal Escílax, siglo VI a. C.; obras geográficas generales (de Hecateo a Estrabón); geografía matemática (Eratóstenes, Hiparco); epítomes populares (Escimno, etc.); globos y sobre todo mapas, a partir de Anaximandro, mapas que —según *Las Nubes* de Aristófanes— corrieron pronto en colecciones como las que hoy llamamos "atlas". Los griegos, en general, preferían la concepción a la medida, las cifras redondas a los numeritos fragmentarios, el dibujo esquemático y comprensivo al trazo realista. Muchas precisiones de los instrumentos modernos los hubieran dejado algo indiferentes. Así nació la geografía occidental.*

1942 [-*1959*]

* ["Sin terminar" todavía el 21 de noviembre de 1958, según la carta de Reyes al autor de las notas. Reyes conservó al calce la fecha de 1942, año de la primera redacción o de las primeras páginas. Por seguro que sólo pudo rematarlas en 1959.]

V

ALGO MÁS SOBRE LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS

NOTA

En este cuaderno puedo repetir textualmente cuanto dije en el prólogo del cuaderno anterior (*Geógrafos del Mundo Antiguo*, D. 9, 1959). Las páginas aquí reunidas no pretenden trazar un cuadro completo, sino juntar en forma accesible algunas notas dispersas para ofrecerlas a los amigos y para no guardarlas en hojas sueltas.

Me he ocupado de los historiadores vetustos —"La historia antes de Heródoto"— en mi libro *Junta de sombras* (El Colegio Nacional, 1949), y de los clásicos, en el capítulo III de mi libro *La crítica en la Edad Ateniense* (El Colegio de México, 1941). El presente ensayo continúa el cuadro general de los historiadores alejandrinos que publiqué primeramente en la revista *Filosofía y Letras* (México, julio-diciembre de 1951) y después en *Estudios helénicos* (El Colegio Nacional, 1957).* En las citas propias, prescindo de indicar el nombre del autor.

[A. R.]

[*1959*]

* [Reyes tuvo el proyecto de publicar en la misma revista *Filosofía y Letras* la presente continuación del cuadro general de los historiadores alejandrinos, pues el 29 de julio de 1952 apuntó en su *Diario:* "Doy a copiar Historia alejandrina, en general, para *Filosofía y Letras,* pues no me agradó dar lo de los precursores de los griegos en el Egeo" (vol. 11, fol. 181). Al día siguiente, prosiguen "En copia: Historiadores alejandrinos" (*id.* & *ib.*); pero sólo pudo continuar la redacción a fines de 1958, como lo dice en la carta de 21 de noviembre de ese año al actual editor de sus *Obras,* y lo anota en su *Diario* el 21 de diciembre: "Sigo el Teopompo de los Historiadores alejandrinos" (vol. 14, fol. 193). Véase la "Nota preliminar" de este volumen y la final a "Los historiadores alejandrinos", *id.*]

I. EPIDÍCTICOS

SE RECONOCE como el gran pecado de la escuela epidíctica cierta subordinación del criterio histórico al estético. En descargo de los antiguos epidícticos hay que confesar que nunca llegaron al extremo a que han llegado —en sus declaraciones teóricas al menos— ciertos modernos escritores. Croce cuenta:

> Cuando le ofrecieron al abate de Vertot algunos documentos que podían servirle para corregir la versión corriente de cierto asedio, replicó: *Mon siège est fait,* mi página está ya escrita. Paul Louis Courier declaraba que *toutes ces sotisses qu'on appele l'histoire ne peuvent valoir quelque chose qu'avec l'ornement du goût* y que lo mismo daba dejar que Pompeyo ganase la batalla de Farsalia, *si cela pouvait arrondir tant soit peu la phrase* (*La Historia como hazaña de la libertad*).*

Ningún antiguo hubiera suscrito estas palabras, aunque tenían la historia por una parte de la retórica. Por lo demás, Croce afecta tomarlas demasiado en serio, como suele acontecerle con muchas humoradas francesas. De todas suertes, nadie ha dicho que, para ser artística, la historia necesite sacrificar un adarme de la verdad. Sin volver al argumento tan magistralmente desarrollado en el discurso académico de Menéndez y Pelayo (cuya lectura no les estaría mal a los partidarios de la fealdad como método científico), hasta hoy no se ha demostrado todavía que sea posible reconstruir el pasado del hombre, en toda su plenitud, si se carece de medios para evocar las épocas, pintar a los personajes y montar las escenas. Lo demás es sólo tarea previa, meritísima o indispensable, pero no llega aún a ser historia. Hasta puede ser que

* [Traducción de Enrique Díez-Canedo. México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 1942, p. 12; 2ª ed. en la "Colección Popular", 1960, páginas 7-8].

cueste mayor esfuerzo, lo que no hace al caso. Nunca tajar lápiz valdrá más que dibujar bien a lápiz, aunque esto último sea mucho más divertido y lo otro un tanto laborioso. Pues la virtud no es necesariamente molesta.

No, el verdadero pecado de la escuela epidíctica está en que sus manidos recursos retóricos no alcanzan el deseado éxito artístico, sino simplemente fatigan y son orillados, a fuerza de sermones, a convertir la historia en una filantrópica distribución de premios y castigos, olvidando todas las complejidades patéticas de la conducta, el valor de los actos en su choque con las circunstancias adversas, el aprovechamiento inteligente de las circunstancias propicias, o hasta el gracioso y bien inspirado abandono a las casualidades felices. Uno de los recursos retóricos que más se han censurado a la historia clásica, y no sólo a la epidíctica de la decadencia, es el abuso de ciertas ficciones provistas por receta; singularmente, de aquellas arengas puestas en boca de los capitanes, a veces en instantes poco oportunos para tales lujos oratorios. Contra este abuso —que heredarán luego los analógrafos bizantinos— Trogo Pompeyo recomendará el uso de la forma indirecta. La verdad es que semejantes recursos son simples metáforas, y nada costaba que el historiador expusiera por su cuenta, y a título de esclarecimiento, las reflexiones que atribuye a sus personajes o, mejor, que pone en boca de ellos, con frecuencia sin pretender de veras que hayan pronunciado éstos o los otros discursos. Era como un valor entendido entre los lectores de aquel tiempo. Y tampoco puede decirse que valga más la muda acumulación de documentos iguales, que debieran dejarse para la trastienda de la historia, y en que hoy fundan su orgullo algunos técnicos de la producción industrial, metidos en triste hora a la casi sacra tarea de evocar las vicisitudes humanas. La mera laboriosidad en el oficio no debe exhibirse ni demostrarse, por razones de pudor y buen gusto; también de economía. Álcese en buena hora el monumento y háganse desaparecer los andamios.

Dentro de la escuela epidíctica de la historia, Éforo y Teopompo forman un grupo aparte, como discípulos directos de Isócrates, y Timeo de Taormina procede de otra ascendencia. Los tres pertenecen al siglo IV a. C., pero Timeo llega hasta el III por ser algo más joven y haber vivido un centenar de años. El maduro Éforo y su menor, Teopompo, se repartieron las épocas de la historia. Hay en la Antigüedad una frase célebre que, para los estudiosos de aquellas remotas centurias, ha adquirido valor temático. Se asegura que Platón decía de sus discípulos: —Jenócrates necesita espuela, Aristóteles necesita freno—. Se asegura que Aristóteles, a su vez, repitió la frase: —Calístenes necesita espuela, Teofrasto necesita freno—. A creer a Suidas, Isócrates observó a su turno que la espuela convenía a Éforo, y el freno a Teopompo. Parece que Isócrates apodó "Díforo" al primero —el que rinde o paga dos veces—, porque había desistido ya de educarlo, cuando el padre del muchacho insistió y vino a matricularlo de nuevo en la gran escuela retórica. Isócrates tal vez desengañó entonces a Éforo-Díforo de sus ambiciones filosóficas y oratorias, y lo condujo al estudio de la historia antigua, el más propio para un temperamento moderado, reservando en cambio al elocuente Teopompo el campo de la historia contemporánea, para lo cual, además, parecían recomendarlo su fortuna y sus relaciones sociales.*

a) Éforo

Poco sabemos de Éforo. Plutarco nos cuenta que se negó a visitar la corte de Alejandro. Algo más sabemos de sus escritos. Éforo emprendió una enorme historia universal, enfocada sobre la vida helénica y también sobre algunos pueblos relacionados con Grecia (Persia, Cartago, etc.). Se le atribuyen, además, un *Tratado de los descubrimientos,*

* *La crítica en la Edad Ateniense,* § § 305, 478, 479 y 495 [*Obras Completas,* XIII, pp. 190-191, 305, 306-307 y 315].

Sobre las cosas buenas y las malas, Sobre las singularidades de varios países, que bien pueden ser fragmentos o capítulos de su magna historia; se le atribuyen, finalmente, una obra *Sobre mi país* y otra *Sobre el estilo,* su única obra retórica, citada por Teón. Su historia deja fuera los orígenes místicos de la humanidad, lo que es una exageración según Diodoro, pues las fábulas contienen siempre algún sedimento de verdad. Comienza donde le parece que hay ya un albor de certidumbre, a saber, la Vuelta de los Heraclidas, designación todavía legendaria para lo que hoy llamamos simplemente las invasiones dorias. Acaba donde empieza la agonía del poder ateniense, es decir, la toma de Porinto por Filipo de Macedonia, año de 340 en que murió el propio Éforo. Acaso el final de la historia se deba a su hijo Demófilo.

Esta obra fue por mucho tiempo la Vulgata de la historia helénica. Se ha perdido. Su autoridad se mantuvo por lo menos hasta el siglo II d. C. Intentaremos dar una idea de ella —prescindiendo de minucias y puntos de referencias geográficas— según lo que de ella ha trascendido a Diodoro Sículo (de quien es la fuente principal, salvo en lo relativo a Sicilia), a Estrabón (que considera a Éforo como el primero que distinguió entre la geografía y la historia), a Ateneo, y según las apreciaciones de Polibio, censor implacable que, por eso mismo, merece completa fe en el encomio. La obra de Éforo interesa igualmente a la geografía, a la historia, a la etnografía y a la genealogía.

Considera la humanidad dividida en cinco grandes porciones, según la rosa de los vientos: al centro, el orbe helénico; al norte, la Escitia; al sur, la Etiopía; al este, la India; al oeste, la Celtia. Las fajas norte y sur son para él las más extensas, pues los escitas y los etiopes cubren la tierra desde el lugar donde nace el sol hasta el lugar donde se pone.

Se comienza por los bárbaros, porque son más antiguos que los helenos, punto que Diodoro rechaza. De los escitas se ha dicho que son salvajes, crueles y antropófagos. No se

podría afirmar de todos. Entre ellos los hay que ni siquiera se atreven a comer animales. Así las tribus nómadas de los galactófagos, cuyas normas de honestidad y justicia elogian Homero y Hesíodo y que se alimentan con leche de yegua, viven en comunidad de bienes, de mujeres y de hijos, habitan en carromatos, y como son bravos y, además, desconocen el dinero y las tentaciones de la codicia, se muestran muy independientes y no hay medio de someterlos. Querilo de Samos —no el poeta épico, sino el que acompañó las expediciones persas a Escitia— los declara gente legal y honesta. Entre ellos nació uno de los Siete Sabios, el escita Anacarsis, cuyas agudas observaciones sobre los usos helénicos nos refiere Diógenes Laercio y a quien Éforo, entre otros, atribuye los descubrimientos del ancla de dos ganchos y la rueda de alfar. Estrabón niega esto último, puesto que ya la rueda de alfar se cita en Homero. Los milesios, explica Éforo, lograron empujar más al norte a los escitas y fundar el Helesponto y otras hermosas ciudades en el Euxino bajo la protección de Mileto, pero sólo mientras conservaron aquellas costumbres austeras semejantes a las escitias, pues su decadencia fue incontenible en cuanto se entregaron al lujo.

Si los escitas se dividen, pues, en dos grupos morales —los buenos y los malos—, los etiopes se dividen en dos grupos geográficos, pues algunos de ellos se alargaron hasta las montañas del Atlas y allá se quedaron aislados, por lo que Homero los describe como "un pueblo partido en dos".

Respecto a los celtas, se los confunde con los que la Antigüedad llamó iberos, y se les concede un territorio, según Estrabón, demasiado extenso.

Ignoramos lo que Éforo haya dicho referente a la India.

La historia propiamente helénica sirve de nexo a estos miembros dispersos y puede considerarse dividida en dos partes. La primera es, para Polibio, una mera curiosidad, extraña todavía a la historia, pues Polibio sólo concede atención a las naciones e instituciones ya definidas. Esta parte se refiere a las genealogías derivadas de los Heraclidas, movi-

mientos de poblaciones primitivas, transportes, colonizaciones e invasiones, parentescos de los distintos grupos, fundación de cultos y ciudades, las cuales generalmente se bautizan según el nombre de monarcas mal averiguados y nebulosos, salvo los casos de Naupacto ("Astillero"), así llamada porque allí construían sus barcos los locrios, y de Camarones, fundada en tiempos de Deucalión junto a Quíos y célebre por estos mariscos. Aquí Éforo levanta índices y catálogos y se pone a la escuela de Helánico y los antiguos logógrafos. Se intenta un esbozo de la arcaica civilización cretense —que luego se propagó a Mileto—, y de las legislaciones de Radamantis y Minos, desvistiendo en lo posible a estas figuras de todo rasgo legendario y monstruoso. Se procura —demasiado sumariamente y con manifiesto error según Polibio— relacionar la Constitución de Minos con la de Licurgo en Lacedemonia. Si Minos pretendía consultar sus leyes con Zeus, oculto en su cueva, y Licurgo con el oráculo de Delfos, una y otra cosa eran recursos para ganar el respeto de la gente. Licurgo, en algún posible viaje a Creta, aprendió de Minos esta estrategia. Se concede a los pelasgos el haber sido los más antiguos pobladores de la Grecia continental, nativos de Arcadia según Hesíodo, fundadores del oráculo de Dodona, y expertos guerreros y civilizadores que lograron dominar toda la península. Se hace la reseña de los pueblos que se establecieron en el Peloponeso. En la enumeración de tribus helenas, bárbaras y mixtas que ocuparon el Asia Menor, se olvida a los capadocios y a los licanios. Se arguyen razones para situar a las Amazonas entre Misia, Caria y Lidia, no lejos de Cime, la tierra natal del historiador. Los iberos fueron los primeros bárbaros establecidos en Sicilia. Las primeras ciudades helénicas en dicha isla fueron Mesena, Taormina, Catana, Siracusa, sin contar Naxos, destruida a fines del siglo v, y la Megara Hiblea que desaparece a fines del III, después de la muerte de Éforo.

Sobre aquellos aspectos que corresponden a la historia de la civilización, nos queda sólo una pedacería de mosaicos.

Dejemos fuera rápidas alusiones a ciertos inventos musicales —el "fénix" de los fenicios, la flauta para acompañamiento de arpa, etc.— o a los torneos de emulación entre Estratónico y Filóxeno de Citerea contra Simónides. Recojamos el testimonio de que los asiáticos tenían fama de fraudulentos, y los lacedemonios sabían también aprovecharse de sus pícaros, pues que enviaron a negociar al Asia al pillo Dercílidas, el menos honrado de sus ciudadanos, a quien por su astucia llamaban Sísifo. Los locrios, bajo Zaleuco, lograron que la jurisprudencia de sus jueces se preceptuara en reglas generales, en leyes. Los turios quisieron imitarlos, pero ni eran tan virtuosos, ni acertaron a redactar sus normas en estilo sencillo y claro, como el de sus modelos. Los yápigos, primitivos moradores de Crotona, desarrollaron las artes militares y las prácticas atléticas. Los arreos y uniformes militares se llamaron "mantineos" por el interés que este pueblo daba a los ejercicios militares y que lo llevó, bajo su instructor Demeas, a crear el arte de la esgrima. La pobreza del suelo, en la isla de Egina, hizo de sus habitantes los más activos intermediarios del comercio marítimo, y allí, bajo Fedón, para facilitar las transacciones, acuñaron por primera vez monedas de plata, que se llamaban —según Estrabón— "juguetes eginenses". Los etolios, protegidos a la vez por su tierra inaccesible y por su pericia militar, nunca fueron sometidos por ningún otro pueblo. ¡Lástima! —observa Estrabón—: a los pocos pasos averiguamos que los dominaron los curetas. Los acarnanios, ya bajo el gobierno de Alcmeón desde antes de la guerra de Troya, estaban ocupados en sus propios negocios y se negaron a engrosar las filas de Agamemnón en el asalto a la ciudad épica. Los cretenses tenían una fiesta periódica en Cidón, durante la cual los esclavos quedaban amos de la ciudad y podían azotar a los amos, por lo que se prohibía entonces el acceso de los hombres libres en el distrito. Los lidios, según testimonio de Janto —una de las posibles fuentes de Heródoto— llegaron a tal extremo en sus refinamientos que inventaron la

esterilización de las mujeres. Los cimerios vivían en cavernas subterráneas, se comunicaban por túneles, comían lo que cavaban de sus minas, y sólo sus guardianes de oráculos podían salir al aire libre durante la noche. Así debe entenderse, según los poetas aseguran, que no conocieran la radiosa luz mediterránea, sino solamente las penumbras, pues Éforo lo reduce todo a interpretaciones racionales. Los cimbrios combatían a mano armada contra las mareas que los inundaban. Los celtas consideraban un buen ejercicio de paciencia el dejar que las inundaciones arrastraran las casas, y luego volvían a reconstruirlas, de suerte que perdieron más con las mareas que con las guerras. Los tracios y los beocios habían convenido un tratado para no atacarse "en día ninguno". Los tracios —aunque sin éxito— atacaron a los beocios por la noche, de donde este género de argucias vino a llamarse "pretensión tracia". Los beocios obtuvieron del oráculo de Dodona la extraña declaración de que vencerían en la guerra a condición de que cometieran un sacrilegio. Pensaron que la profetisa, sobornada por sus enemigos, quería conducirlos a la ruina. Con extraña sofística, resolvieron matarla, pues si mentía quedaba así castigada, y si había dicho la verdad ¿qué mayor sacrilegio que haberle dado muerte violenta? De los tumultos que esto produjo resultó el que las servidoras del oráculo fueran sustituidas en adelante por hombres. Los lacedemonios, cuyo rey Teleclo fue asesinado por los mesenios, juraron vengarse exterminando a este pueblo, y emprendieron una larga guerra, dejando la ciudad bajo la guarda de los ancianos y los niños. Habían transcurrido diez años y no terminaba la guerra. Las mujeres lacedemonias hicieron notar el peligro de que la patria se despoblara, en tanto que los mesenios, que combatían en su propio país, seguían proliferando. Los lacedemonios encontraron el medio de satisfacer tan prudente reclamación, sin violar por ello su juramento de venganza. Después de todo, los más jóvenes no habían llegado a jurar porque, en aquella sazón, eran todavía muy niños. Escogieron a los más robus-

tos y los devolvieron a sus hogares, ordenándoles desposarse cada uno con una mujer, de donde nació la casta de los partenios. Diez años más tarde, los guerreros regresaron triunfantes, tras de haberse dividido como botín la tierra mesenia. Pero como los partenios no habían sido tomados en cuenta en el reparto, amenazaron con una sublevación, en connivencia con los siempre postergados ilotas. El complot fue descubierto a tiempo, pero por temor a la exaltación de los ánimos, se prefirió proponer a los partenios que buscaran alguna otra tierra donde establecerse a su gusto, y que si no lo lograban, volvieran, seguros de que se les entregaría la quinta parte del territorio mesenio. Los partenios fueron a juntarse con los aqueos, a la sazón en guerra con los bárbaros, y fundaron la ciudad de Taras (Tarento).

Otra curiosa narración debemos a Éforo. Ciertos atrevidos robaron los tesoros de Delfos. Entre ellos, el collar de Erifila y el collar de Helena. El primero había sido ofrendado al templo por Alcmeón, a petición del oráculo y a cambio de devolverle la cordura. Era aquel famoso collar con que la madre de Alcmeón, Erífila, se había dejado sobornar para descubrir el escondite de su esposo Anfiarao, que se ocultaba por no participar en la guerra contra Tebas. Anfiarao huía ya, tras la derrota y la muerte de sus amigos, cuando en Oropo la tierra se abrió y lo sepultó con su carro y con sus caballos.* El otro, el collar de Helena, había sido el precio que el oráculo puso a Menelao a cambio de revelarle cómo podría vengarse de Paris-Alejandro, el raptor de Helena, y era un presente que ésta había recibido de Cipris. Ahora bien: los ladrones entregaron las joyas femeninas a sus mujeres, las cuales, tras largas disputas, convinieron en la repartición. El collar de Erífila tocó a una mujer austera y solemne, de severas costumbres, que acabó urdiendo un complot para asesinar a su marido. El collar de Helena tocó a una mujer casquivana y bella, que acabó fugándose

* Ver mi ensayo "Un dios del camino" en *Junta de sombras* [*Obras Completas,* XVII, pp. 233-240].

con un muchacho de Epiro, del cual se enamoró locamente. Los collares seguían obrando su maleficio: antigua versión del tema folklórico de las joyas fatídicas.

Esta primera parte de la historia helénica, la que menos interesa a Polibio en la obra de Éforo, por considerarla semihistórica, es, sin embargo, la que más resalta a los ojos de la posteridad. Por una parte, representa la primera gran síntesis sobre los orígenes helénicos; por otra parte, todavía influye —aunque sea para rectificarla en algunas particularidades— sobre historiadores que escribían varios siglos más tarde, lo que prueba que no había sido rehecha en conjunto. La parte propiamente histórica, en cambio, queda de tal modo absorbida por las obras que sucedieron a Éforo, o de tal modo desaparece bajo el manto de las nuevas contribuciones, que hoy resulta mucho más difícil apreciarla. No es arriesgado sospechar que, en la evocación de las grandes marejadas de pueblos primitivos, Éforo logró mayor acierto que en la narración de los sucesos políticos más cercanos, en cuyos detalles la mirada se le perdía un poco, y para cuya interpretación acaso no estaba suficientemente dotado. Él poseía su regla de oro, sin duda su más valiosa aportación a la metodología histórica: —En los testimonios sobre cosas remotas —dijo—, el alarde de precisiones más bien debe inspirar sospechas. Cierto que, a veces, se le cansaba la duda metódica. Así cuando discute el día exacto de la caída de Troya, cuando acumula motivos para rechazar toda posible participación de los honderos acarnanios en la toma de aquella ciudad, o cuando refiere los amoríos de Héracles o la legítima filiación de Harmonía, pretendida hija de Atlas y Electra. En general, no acierta a defenderse contra la manía de exagerar las cifras. Y desde luego, su regla de oro, de relativa utilidad para lo remoto, pierde utilidad para lo próximo. Y entonces, abandonado a los recursos de su talento, lo vemos aceptar las más pueriles versiones sobre los motivos de Pericles para lanzarse a la guerra del Peloponeso. Polibio, a quien siempre irritan las descripciones de batallas

en la pluma de los historiadores que no han tenido, como él, la suerte de ser militares, dice que tanto Éforo como Teopompo y Timeo debieron haberse limitado, en esta materia, a relatos sumarios. El querer explicar el pormenor y el mecanismo de los combates no sólo, según el sentir de Polibio, los conduce a errores, hijos de su ignorancia, sino a verdaderas falsificaciones, hijas ya de su fantasía. Éforo, que a su ver demuestra una rara comprensión de las peleas navales —las páginas sobre Evágoras de Salamina contra los persas, entre Chipre y Cnido, y luego el choque con los lacedemonios, merecen la cabal aprobación de Polibio— llega a incurrir en los dislates más risibles y demuestra que jamás vio en su vida el encuentro de dos ejércitos, cuando se pone a describir las peleas en tierra, como la de Leuctra entre tebanos y lacedemonios, o la de Mantinea en que Epaminondas halló la muerte. Con todo, Polibio declara sin ambajes que Éforo ha sabido mejor que nadie cómo se montan las piezas para una historia universal; elogia su método, la originalidad de sus pensamientos, su buen juicio, la misma elocuencia de sus digresiones, su acertada distinción entre la oratoria y la historia, y hasta su intachable fraseología. Se ve que, a fin de cuentas, Éforo no había pasado en vano por las enseñanzas retóricas de Isócrates. Entre sus observaciones más juiciosas, nos impresiona, en las referencias de Estrabón, la descripción que hace Éforo de las condiciones propicias y adversas con que contaba Beocia para aspirar a la hegemonía del orbe helénico. Era, dice, muy superior a los países vecinos por la fertilidad de su suelo. Disfrutaba de tres mares con buenas bahías para todos los rumbos, y la isla de Eubea le quedaba subordinada por necesidad geográfica. A pesar del éxito momentáneo de Epaminondas, no pudo afirmar su superioridad. Su ausencia de virtudes espirituales la ponía muy por debajo de los demás griegos, y —como comenta Estrabón— la sola capacidad militar apenas le hubiera bastado para habérselas con naciones bárbaras, donde no contaba tanto la inteligencia.

El método de Éforo, cuyo secreto está en hacer capítulos aparte con los distintos temas que toca, impresionó mucho a la Antiguedad. Diodoro Sículo tratará de imitarlo, aunque con poco talento, porque las secciones transversales mutilan en él la continuidad racional de los hechos y hasta su clara ordenación cronológica. En otras direcciones, Éforo es menos afortunado. Aunque, como hemos dicho, pretende descartar la leyenda, lo que hace es empeñarse en corregir los mitos, cada vez que se le atraviesan, con un racionalismo ramplón que representa los peores aspectos del evemerismo. Lo hemos visto a propósito de las Constituciones de Minos y de Licurgo, de la filiación de Harmonía. Temis es para él una casta y respetable matrona. Apolo, un curandero que viajaba entre las ciudades de Atenas y Delfos e hizo mucho bien a las tribus de los parnasianos, quienes le ayudaron a dar muerte a los malos hombres Ticio y Pitón, a quienes llamaban "dragones" por sus muchas crueldades. Mientras Apolo combatía con estos bellacos, los parnasianos le daban ánimos gritándole: "¡Arriba, curandero!" (*Ío Peán*), y de este grito nacieron las canciones sagradas. Tampoco valen más sus pedestres comentarios de la poesía, que quiere entender al pie de la letra. Como sólo se conocían en los remotos tiempos noventa ciudades cretenses y Homero habla de "las cien ciudades", Éforo acude con su remedio: sin duda en tiempos de Homero se habían descubierto ya otras diez ciudades, después perdidas. En cuanto a la música, averiguamos con pena que es una pobre invención destinada a embaucar y embobar al género humano.

Éforo había nacido en Cime —la Cumes asiática—, una pequeña población del Asia Menor, cercana a Lidia. A pesar de la buena construcción que elogia Polibio, Éforo no olvida el amor patrio y se empeña en poner de relieve a su modesta Cime, citándola cuantas veces puede, como si de ella dependiera el sesgo de la historia. Estrabón nos cuenta con una sonrisa que, cuando Éforo no encuentra el modo de incrustar la mención de Cime trae la descripción de alguna

gran guerra, pone observaciones como ésta: —Para esta epoca, los habitantes de Cime vivían en paz—. Y lo más curioso del caso es que Cime tenía fama de estupidez, y se decía de sus pobladores que tardaron mucho en darse cuenta de que vivían junto al mar, y tres siglos en decidirse a vender el sobrante de sus cosechas.*

[*1952, 1958*]

b) Teopompo

Teopompo nació en Quíos (360 a. c.). De joven, vivió en Atenas con su padre, que fue desterrado a causa de sus simpatías lacedemonias. Sea en Atenas misma, o todavía antes en Quíos, fue discípulo de Isócrates, el maestro de la elocuencia. Alejandro lo deja regresar a Quíos en 333, donde pronto es jefe del partido aristocrático. A la muerte del conquistador macedonio, se refugia en Egipto. Tolomeo lo recibió con cierta frialdad; aun parece que le dio muerte.

Entre sus obras, solía atribuírsele un *Epítome a la Historia de Heródoto*, atribución que hoy se pone en duda. Escribió la *Historia filípica* y las *Helénicas*; y panégíricos y exhortaciones, en que descuella la *Carta a Alejandro*, cuyos fragmentos conocemos por las alusiones de Ateneo y que se refieren a la inmoralidad de Harpalo. Cierto ataque *Contra Platón* (cuyos diálogos le parecen falsos e inútiles, y además plagiados en su mayoría de los discursos de Aristipo y aun de Antístenes y Brisón de Heraclea), cierta disertación *Sobre la piedad*, tal vez sean lugares entresacados de la *Filípica*. El opúsculo "Trikáranos" (o contra las tres cabezas: Atenas, Esparta, Tebas) fue difundido como obra suya por su adversario Anaxímenes de Lámpsaco. En el libro X de la *Filípica*, en todo caso, hay un ataque a los demagogos atenienses

* ["Tengo ya redactados: *a)* un estudio sobre Éforo", escribía Reyes el 21 de noviembre de 1958 al presente editor de las *Obras Completas:* su primera redacción debe de remontarse a 1952, cuando pensó enviar estas páginas a *Filosofía y Letras.*]

que sirvió de fuente a Plutarco. Parece muy digresivo y desmadejado, lo que no deja de chocar en quien encomió a Demóstenes (polo opuesto de sus procedimientos retóricos), aunque lo acusó de voltorio, tal vez por la hostilidad que él, Teopompo, sentía para los jefes atenienses. Teopompo era dado a anécdotas que han aprovechado Ateneo y Plutarco, así como a historias maravillosas, si es suya la obra *Thaumasía* recogida póstumamente. De alguna otra obra sobre *Los fondos robados a Delfos* queda mención en Ateneo; y también de alguna *Carta sobre Quíos,* patria de Teopompo, donde al parecer cuenta que la isla fue poblada por Enopión, hijo de Dióniso, y que allí se extrajo por primera vez el vino negro.

Diodoro dice que tanto Teopompo como Éforo, "aunque concedieron especial atención a estos asuntos", se equivocan rotundamente sobre las causas de las inundaciones periódicas del Nilo, sin duda porque la geografía etiópica era muy mal conocida en su tiempo y prácticamente fue descubierta por la expedición de Tolomeo Filadelfo. Lo mismo censura en Teopompo, como en Éforo, el desdén a bulto de los mitos, donde puede haber algunos rastros de verdades tradicionales y que valen en todo caso como testimonios de la opinión popular. Pero Estrabón nos cuenta que Teopompo confesaba cierto aprovechamiento interpretativo de los mitos, lo que le parecía preferible a tragarlos sin discernimiento como Heródoto, Ctesias, Helánico y los modernos historiadores de la India (Daímaco, Megastenes, Onesícrito, Nearco, etc.). Dion Crisóstomo, por su parte, declara:

> Entre los historiadores de primera pongo a Tucídides, y entre los de segunda a Teopompo, pues no sólo hay calidad retórica en sus narraciones y discursos, sino que entiende de elocuencia y posee un estilo cuidadoso, a pesar de ocasionales desaliños que realmente incomodan a sus lectores.

Por Estrabón sabemos que Teopompo nombra o se ocupa de los golfos de Jonia y Adria, y que entre los epirotas había catorce tribus, las cuales dominaron sucesivamente el Epiro,

habiendo descollado entre ellas los cames y los molosos. Según Plutarco, Teopompo cuenta que las divinidades persas se alternan cada 3 000 años, con intervalos de combate por arrebatarse el poder que duran otro tanto, que prevén un futuro reino de la felicidad final, y que (los más occidentales al menos) llaman "Cronos" al invierno, "Afrodita" al verano y "Perséfone" a la primavera (lo que corresponde a la costumbre griega de helenizar mitos y tradiciones); que estudió puntualmente las enigmáticas sentencias del oráculo de Delfos y se esforzó por demostrar que todas estaban en verso. La malignidad de Teopompo, dice Plutarco, era todavía más cruda que la de Heródoto, por lo cual considera que ésta es más dañina.

Hasta donde puede apreciarse por los restos y los vestigios, las *Helénicas* es obra que parte del año 411, en que Tucídides se detuvo, y llega a la batalla de Cnido, año 394; constaba de doce libros y queda en guiñapos según los papiros, aún discutidos, de Oxirrinco; en cuanto a la *Historia filípica,* la obra fundamental, constaba de cincuenta y ocho libros y recorría la vida de Grecia desde 362, año en que paró Jenofonte, hasta la muerte de Filipo en 336. Abarca el reino de este monarca y nombra tal copia de razas, países y costumbres, que Filipo V, suprimiendo todo lo ajeno a Macedonia, pudo reducirla a dieciséis libros; y todavía Focio, en el siglo IX, la compendió en doce. Parece haber sido una de las fuentes principales de Trogo Pompeyo.

Se ve desde luego que Teopompo muestra haber sido hombre de mayor relieve personal que Éforo, que anduvo mezclado en las cosas públicas, sufrió persecuciones, destierros, y alternó con los grandes personajes de su época. Su resentimiento contra Atenas parece frecuente entre los isleños avasallados: no en vano era natural de Quíos, no en vano hijo de un connotado prolacedemonio. Culpaba de los males del pueblo helénico a la insensatez de las grandes ciudades (Atenas, Esparta, Tebas), y singularmente a sus caudillos, en lo que tal vez tenía razón. Como buen discípulo de Isócrates,

era gárrulo, mucho más que Éforo desde luego, y parece muy pagado de sus éxitos oratorios en todas las ciudades griegas. Y en verdad, su elogio de Mausoleo o Mauseolo fue célebre en sus días y le valió el premio en el concurso abierto por la viuda Artemisa. Aunque predicaba el laconismo, se deshacía por abundante y difuso. Su infatuación de retórico y sofista rebaja el valor de su obra. La imaginación solía arrebatarlo tan desenfrenadamente que toda una parte de sus libros está dedicada a relatos fantásticos, antecedentes involuntarios de la historia y la geografía novelescas. Según Polibio, Teopompo llega al extremo de asegurar que quienes penetran hasta el sagrario del Zeus arcádico pierden la sombra, como los personajes imaginados de Chamisso y de Hofmansthal. Por Estrabón apreciamos que Teopompo pertenece al orden de los creadores de países imaginarios (Homero, Hesíodo, Alcmán, Esquilo). Recuérdense aquí las Montañas Ripeanas, el Monte Ogyium, las Gorgonas y las Hespérides, la tierra Meropis, mayor que Asia, Europa y África juntas según el relato del Sileno al rey Midas (y puede decirse, con la frase coloquial y por referencia a la fábula del Midas orejudo y burlado, que el Sileno "le vio la oreja"). Recuérdense las ciudades Cimerias en Hecateo, la Pancaya de Evemero, y en Aristóteles (aunque ello no consta ya en los textos que hoy conservamos), aquellas piedras de río que se disuelven en la lluvia. También Apolodoro nos habla de cierta ciudad de Dióniso, en Libia, ciudad que desaparece a ojos del viajero en cuanto la ve por vez primera. La tradición es rica y larga... Así pues, si Teopompo quiso continuar a Tucídides —aquel geómetra del relato— no lo consiguió respecto al espíritu de la historia. (Ver en mi volumen IX de *Obras Completas*, "Las Utopías", pp. 273-4.)

Comenzó con Teopompo la larga tradición de los compendios didácticos, si al fin es verdad que resumió a Heródoto. Poseen algún sabor sus cuadros sobre los derroches de Filipo y la nube de parásitos que lo rodeaba, sobre las pomposas expediciones a Egipto del monarca persa. Parece

singularmente interesado en referir los abusos de la glotonería y la bebida. A creerle, Filipo era un ebrio consuetudinario; Cotis, un voluptuoso cuando menos; el príncipe fenicio, un goloso; los tésalos, gente que sólo pensaba en jolgorio y fiestas; los griegos de su tiempo, gente todo el día consagrada a asuntos de cocina, con excepción de algunos ayunadores espartanos. Las anécdotas y leyendas de Teopompo ganarían mucho sin el disolvente de sus sermones. Éstos son a veces tan impertinentes y cándidos como los relatos sobre el Sileno en Macedonia o el combate entre una serpiente de mar y un barco de guerra, que estaría muy bien en un poema de Rimbaud. Sus acusaciones contra los tiranos alcanzan, por momentos, cierta vehemencia demosteniana, que todavía en el siglo VI d. C. inspirará a Procopio de Cesárea en sus páginas secretas sobre Justiniano.

Polibio, como de costumbre, se impacienta ante los imposibles relatos de batallas que le sirve Teopompo. Pero Teopompo, en cambio, era psicólogo y maestro en descubrir los móviles inconfesables de los actos públicos. Los Croiset se atreven a pensar que esto es propio de un buen conocedor de los hombres. Pero, según observa Ouvré, detestar a los hombres no es el mejor modo de entenderlos. Dionisio de Halicarnaso juzga que la maledicencia le venía a Teopompo de ser demasiado clarividente. Por aquí, es precursor de Tácito. Su obra, hoy en reliquias aunque muy leída todavía en el siglo IX d.C., gira, como queda explicado, en torno a Filipo, el cual por lo visto era ya el centro del mundo aun en los lustros que preceden al predominio de Macedonia. Pues la perspectiva histórica de Teopompo, que tanto censura a Filipo, mal podría ser hija de la adulación. En abono de Teopompo hay que citar esta sentencia de Dionisio de Halicarnaso: "Si algunos hacen de la historia una afición, Teopompo le consagró su vida." Y por cierto que se gastó en ello una fortuna.

Polibio culpa a Teopompo por declarar que lo mueve a escribir su obra histórica el hecho de que nunca antes haya

aparecido un hombre como Filipo, y al instante, desde el prefacio y a lo largo de dicha obra, se pone a denigrarlo, acumulándole singularmente los siguientes cargos: *1)* su incontinencia con las mujeres, que lo llevó a arruinar la felicidad de su casa; *2)* su mala elección de alianzas y amigos y su deslealtad para con ellos; *3)* su crueldad y traición para esclavizar numerosas ciudades; *4)* su constante embriaguez. Como prueba de lo que llama "la extravagancia de Teopompo", cita textualmente este pasaje:

> La corte de Filipo en Macedonia era el lugar de cita de la gente más licenciosa y descarada de Grecia y del mundo, gente que era la habitual compañía del monarca. Pues a Filipo no le gustaban los hombres de buena reputación y cuidadosos de sus intereses, sino de los manirrotos, jugadores y bebedores, cuyos vicios no solamente fomentaba, antes los llevaba al extremo de la perversidad y lujuria. ¿En qué maldades no incurrieron, o qué actos loables pueden abonarse en su descargo? Algunos acostumbraban depilarse y darse ungüentos para suavizarse la piel, aunque varones; otros se entregaban a excesos vergonzosos y se rodeaban de miñones, que más que cortesanos se los tomaría por cortesanas, y por rameras más que soldados. Y siendo asesinos por naturaleza, se hicieron afeminados por hábito. En una palabra, los compañeros de Filipo eran peores y más brutos que los Centauros del Pelión o los Lestrigones de Leontino o cualesquiera otros monstruos de la fábula.

Polibio no sólo encuentra contradicción entre la declaración de propósitos de la obra y las anteriores acusaciones, sino que tales acusaciones le parecen expresadas en lenguaje impropio de la historia, y más que calumniosas, exactamente opuestas al propósito de describir "la monarquía más gloriosa".

Pero no es éste el único deliz de que Polibio acusa a Teopompo, ni el peor. Mucho más grave le parece que, habiéndose puesto a escribir la historia en el punto que suspendió la suya Jenofonte, cuando iba acercándose a la batalla de Leuctra y "al periodo más brillante de la historia griega",

abandonara a Grecia y sus heroicos esfuerzos, para sólo focalizar la figura de Filipo: pues "hubiera sido más digno incluir las hazañas de Filipo en la historia de Grecia, que no la historia de Grecia en la biografía de Filipo". Y Polibio llega a sospechar que Teopompo se haya dejado llevar hasta ese extremo por algún interés bastardo.

Y tal es, a grandes rasgos, la obra histórica de Teopompo. De aquella maledicencia general se salvan unos cuantos: Cinón de Atenas no tenía guardianes en su casa, dejaba entrar al que quisiera (como Pisístrato), llevarse frutas y otras cosas, y aun hacerse servir a la mesa. Distribuía abundantes limosnas por la calle, hacía que sus cortesanos mudaran ropas con los que andaban mal vestidos. Xenopeitheia, madre de Lisándridas, era la mujer más bella del Peloponeso, pero —cosa singular— Teopompo no mancha su reputación. Lisandro era sumamente laborioso y sobrio, contra lo que algunos pretenden, y muy solícito para ayudar a los ciudadanos y a los príncipes; y aunque prácticamente amo de toda Grecia, no se le conocieron mujeríos ni excesos.

Tras este examen de conjunto, bien podemos entrar en la selva de varia invención, en el anecdotario y curiosidades recogidos por Teopompo, según testimonio de Ateneo.

Consta, pues, en Teopompo —siempre por las referencias de Ateneo— que, cuando Agesilao de Lacedemonia fue a Egipto, le obsequiaron un ganso gordo y unas ternerillas a que él no estaba acostumbrado, y los devolvió con muchos otros dulces y golosinas locales, impropios de la austeridad espartana. Que Ateneo de Eretria, muy señor nuestro, no era más que un parásito de aquel Sísifo de Farsalo. Que los "hilotas" o "heliotas" (ilotas), mucho tiempo esclavizados por los espartanos, eran de condición muy cruel y amarga, y unos nativos de Mesenia, pero otros llegados de Helos. Que los habitantes de Italia, antaño morigerados en sus costumbres, ahora vivían entre festines. Que los ilirios ¡se sientan siempre para comer y beber, y se hacen acompañar en las fiestas por sus mujeres, a las cuales es permitido brindar

con cualquiera de los comensales! Ellas suelen ir por sus maridos a las tabernas para traerlos a casa, por si andan ya dando traspiés. Ellos llevan una vida rural, y cuando empiezan a beber, se aflojan el cinturón, y luego se lo van apretando. Los de Arcadia tienen 300 mil siervos y se embriagan a diario. Cierta vez, fueron capturados por los celtas como los ratones con el queso; pues éstos, sabiéndolos glotones, les prepararon unas tiendas vacías, y allí dejaron servido todo un banquete de yerbas purgantes y condimentos venenosos. Había en Macedonia, acaso para la bebida del rey, un enorme vaso hecho con los cuernos de los toros molosos. Los vasos que usaban los reyes persas tenían los bordes de oro y plata. Los umbrios eran afeminados como los lidios y afectos al lujo. Los tésalos se pasan la vida en juegos y borracheras; sus mujeres, como danzantes y flautistas desde los tiernos años. Los más perezosos y derrochadores del mundo son los farsalios. El mucho comer y beber es cosa contraria a la salud —y se enumeran los daños provocados por los excesos. El Sileno se dejó atrapar por el rey Midas, porque éste le llenó de vino el pozo Antíoco, en que el engendro mítico tenía la costumbre de aplacar su sed de cuando en cuando. Los de Colofón, antes sobrios, se pervirtieron debido a su trato con los lidios. Cierta vez, un millar de ellos (al decir de Jenófanes) se presentó envuelto en mantos de púrpura, cosa cara y difícil aun para la gente principesca. Estratón, rey de Sidón, no tenía rival en los placeres y el fausto, y pasaba el día en festejos como los que Homero atribuye a los feacios, bebiendo, oyendo a los rapsodas, a los arpistas, a las mozas tañedoras de flauta, a quienes hacía venir de todas partes para competir con Nicocles. El rodio Hegesíloco sostenía un gobierno de oligarcas, violadores de damas honestas, de muchachas, de niños y que, echando suertes, jugaban entre ellos el disfrute de las mujeres libres. Los primeros griegos que usaron esclavos, después de los lacedemonios y tésalos (quienes a este fin se apoderaban de los primitivos pobladores), fueron los quianses, que compraban a sus es-

clavos entre los no helenos. Nicóstrato de Argos, heredero de ilustre nombre y cuantiosos bienes y jefe del Estado argivo, era un descarado adulador del rey persa, y le entregó a su hijo, además de ofrecerle presentes dedicados "al genio del rey", al modo persa. En Bisaltia —cosa singular— hay unas liebres con dos hígados. Dionisio de Siracusa no se contentaba con ser disoluto, sino que prostituía a sus amigos. Los getas solían arreglar sus asuntos al son de las cítaras. Sobre Faílo, el tirano de Focis, tenemos que soportar otra vez murmuraciones e historias de mujeres y mujerzuelas. Los etruscos viven en régimen comunal de mujeres, con notorio relajamiento. Los calcedonios acabaron por echarse a perder, al influir en ellos la democracia bizantina. Filipo solía visitar las tierras y los emparrados de Cotis, en Onocarsis (Tracia). Cotis se daba buena vida. Un día pretendió desposarse con la propia diosa Atenea, con atuendo de banquete y cámara nupcial, y mató a dos mensajeros que le trajeron la mala nueva de que aún no había llegado la diosa. El tercero de sus mensajeros se atrevió a decirle: "Ahí está, y te está esperando hace rato." Parece que este cambio de táctica desconcertó al insensato. El cual otro día se arrojó sobre su mujer y la destrozó materialmente, comenzando —¡claro!— por el sexo, que todo ha de ser así en Teopompo. Cabrias el ateniense no podía vivir en Atenas, a causa en parte de su vida tan licenciosa, y en parte también porque los atenienses eran insoportables. Lo que explica que los más ilustres habitaran otras regiones: Ifícrates, moraba en Tracia; Conon, en Chipre; Timoteo, en Lesbos; Cares (que también era hombre de placer), en Sigio, y el dicho Cabrias en Egipto. Farax y Arquidamas representan lamentables excepciones entre la general virtud espartana. Cuando los persas invadieron a Grecia (lo saben los lectores de Píndaro), las prostitutas, entre otras cosas, se juntaron en el templo a elevar sus preces, motivo de un epigrama de Simónides. Harpalo llevó a una tal Glicera de Atenas a su palacio de Tarsos, e hizo que se le rindieran honores públicos. En la *Carta a Alejandro*, Teo-

pompo nos cuenta también que, antes del caso de Glicera, Harpalo hizo celebrar fastuosos funerales en honra de Pitionieé, antigua flautista y esclava de la flautista Baquis, quien a su vez lo fue de Sinafa, la que trasladó un lupanar de Egina a Atenas. Era, pues, "triple esclava y triple puta", con quien todos tuvieron trato a igual precio, y Harpalo, que tanto la admiraba, le hizo erigir nada menos que un templo dedicado a la Afrodita Pitionieé. Y salimos, con algo de aturdimiento, de este funesto carnaval.*

[*1958*]

c) TIMEO

Timeo de Taormina, a quien también es fuerza reconstruir por sus rastros, y que parece haber sido muy explotado por el poeta Licofrón, ha provocado apreciaciones inconciliables. Desde luego, es innegable que la Antigüedad lo consideraba como historiador de relieve.

Su padre Andrómaco fue fundador y gobernante de su ciudad natal (Tauromenion), la cual vino a sustituir a la antigua Naxos, destruida el siglo anterior. Timeo nació a mediados del IV a. C., y se dice que alcanzó a vivir noventa y seis años. El tirano y usurpador Agatocles de Siracusa lo desterró, obligándolo a emigrar a Atenas, y acaso para sólo regresar a su patria bajo Gerón III. En Atenas comenzó estudiando retórica con filiscos (el que escribió sobre historia siracusana y fue ministro de ambos Dionisios en los intervalos de su desgracia política), y al fin se encaminó hacia la historia, para ocuparse de los sucesos reales o legendarios relativos a Sicilia y tierras vecinas, a partir de los tiempos míticos. De su estilo sólo sabemos por las inevitables censuras de Polibio, el Seudo-Longino y otros, salvo algunas que otra frase textual que ha sobrenadado hasta hoy. Parece haber sido un representante de aquella escuela sobrecargada y "asiática", a que dio su nombre el orador Hegesías.

* [El 21 de noviembre de 1958, Reyes escribió al autor de estas notas: "Tengo ya redactadas... *b)* unas páginas casi acabadas sobre Teopompo."]

Este retórico algo vacío era dado a puerilidades y lugares comunes en que le gustaba entretenerse, con una que otra cita poética de dudoso gusto. No se le niega que haya sido hombre culto y de vastísima lectura. Parece que estudió a conciencia a los historiadores occidentales que lo precedieron, y que no vacilaba en ejercer su crítica aun contra Éforo, tan respetado entonces. Parece, en cambio, que nada entendía de guerra ni de política, y tampoco era muy avezado en achaques topográficos. Polibio lo trata como a un ratón de biblioteca. Salvo en los cinco últimos libros de su voluminosa historia —donde acaso le movía la mano el odio contra Agatocles—, sólo Polibio llegó a acusarlo de falsedad deliberada. Pero su ánimo irritable se trasluce aun en los primeros libros, y muy especialmente su inquina para Aristóteles, contra quien está dispuesto a aceptar cualquier calumnia. No es hombre de sentido crítico, sino un curioso recopilador de peregrinas historias. Se lo tuvo por autoridad sobre las épocas y los países de que trata. Debemos a Diodoro y a Ateneo nuestras mayores informaciones sobre este historiador, sus cuentos y sus noticias literarias. Vio muchos pueblos, viajó por España y las Galias. Su obra abarca al parecer hasta las campañas de Pirro, y se refiere sobre todo a Italia y Sicilia. Mucho crédito ha perdido entre los modernos, porque Polibio consagra todo un libro a rectificarlo, aunque gozó del mayor predicamento antes de Polibio. En su día, tuvo renombre como investigador que sabía escoger y depurar sus fuentes. Dicen que era de difícil trato y genio "vidrioso". Curioso es que pase por alto las muchas fantasías de Teopompo, y en cambio le rectifique ásperamente el haber dicho que Dionisio viajó de Siracusa a Corinto en barco redondo y no en galera.

Mucho es ya que el viejo de Taormina haya comprendido la necesidad de fundar la historia en documentos más o menos fehacientes: es decir, que haya sido ya un investigador a su modo. Cicerón no duda en encomiarlo y le concede sitio eminente entre otros historiadores de su época. Además

del primer paso hacia la historia documental, tuvo dos aciertos: recogió muchas leyendas locales, mereciendo por ello la estimación de los insaciables eruditos alejandrinos, e introdujo en la cronología el cómputo por olimpiadas, en lo que el propio Polibio no le escatima elogios. Como recopilador de leyendas posee la virtud de la objetividad, y no se lanza a interpretaciones racionalistas como las de Éforo. Así, pues, entre los epidícticos, deja algunos gérmenes que se han de desarrollar más tarde. Y desde luego, el ejemplo de su portentosa erudición.*

[*1958*]

* ["Tengo... unas páginas casi acabadas sobre... Timeo", escribía el autor al presente editor, 21 de noviembre de 1958.]

II. PERIPATÉTICOS

EPIDÍCTICOS y peripatéticos representan la tradición entre los historiadores alejandrinos.

La doctrina aristotélica contenía principios de historicismo, aunque Aristóteles personalmente haya entendido la historia menos bien que Platón. La doctrina aristotélica, por una parte, admite en el mundo un desarrollo regular que relaciona lo simple y lo complejo, la forma y la materia: por otra parte, concibe la misma metafísica como un conjunto en complementación paulatina. De aquí, desde luego, el interés de los peripatéticos por la doxografía o historia de las ideas filosóficas. De aquí, además, su inclinación a la noticia erudita. Esto imprime al género narrativo profundas modificaciones. De la historia épica de los clásicos se pasa gradualmente a la historia de la civilización. Tal es el legado que la Edad Alejandrina recibe de la Edad Ateniense, aunno haya tenido fuerzas para una empresa tan enorme. El método peripatético no era inaccesible a los compiladores mediocres. Y el problema de la síntesis sólo encontrará en Polibio un escritor discreto.

Como el mejor representante de la historia peripatética hay que citar a Dicearco de Mesana (*Crít. Ed. At.*, § 488).* Sus obras de tipo tradicional son la *Vida en Grecia* y un probable tratado sobre *Las leyes de Esparta.* Es buen geógrafo y anticuario. Es, además, el primero que se atrevió con la historia de Grecia desde los orígenes hasta Alejandro. Al parecer —pues sus libros se han perdido naturalmente— no carecía de cierto sentido sociológico. Cicerón lo toma muy en cuenta. Pero seguramente no alcanzó la difusión de los epidícticos, aunque también fue orador estimado. Lo que más nos importa en él, aquello que decididamente lo orienta hacia

* [*Obras Completas,* XIII, p. 312.]

el porvenir de la cultura, es, con todo, el hecho de que aplicara también el sentido histórico a la filosofía y a la literatura, continuando la doxografía al modo de su maestro Teofrasto y comentando a los trágicos; y nos importa, además, aquella su actividad científica que parece anunciar ya a Posidonio el sirio.

De una vez mencionaremos a otros historiadores secundarios de Grecia, Italia y Sicilia, que nada añaden al panorama: Filino, Sosilo (tan desdeñosamente considerado por Polibio, aunque de él queda un fragmento interesante y bien redactado): Diulo o Dilo, que continuó las *Helénicas* de Calístenes; Demócares, Daris y Filarco, quien parece ser el más legible y ameno entre los escritores de esta familia oscura.*

[*1958*]

* ["Tengo... unas páginas casi acabadas sobre Teopompo; lo mismo sobre Timeo y Dicearco. Estos historiadores alejandrinos representan la escuela epidíctica y la peripatética (Dicearco), que son por decirlo así los que continúan el tipo tradicional de la historia" (Reyes al autor de estas notas, 21 de noviembre de 1958). Seguramente las remató este mismo año.]

III. LA ZONA INTERMEDIA

DESPUÉS de los representantes de la tradición (epidícticos y peripatéticos), pasamos a la zona intermedia. El género de los anales y crónicas parte de Helánico, siglo V, de quien ya he tratado entre los precursores de Heródoto (*Junta de sombras*).* Aristóteles dio al género las bases firmes en sus catalogaciones metódicas. Ellas se refieren unas veces directamente a Atenas, y otras, a monografías del ciclo ateniense en general. Algunos autores de este grupo, como se ha dicho antes, pueden haber descubierto su vocación en la lectura del copioso Timeo. Así Crátero, hijo de un general de Alejandro y medio hermano de Antígono Gonatás, quien se ocupaba, en Atenas, de dilucidar y ordenar los decretos en los archivos públicos. Los representantes de este grupo son los "atidas" o coleccionistas de anales atenienses llamados *atthis:* Clidemo, Androción, Fanodemo y Filócoro. Este último fue a morir, como partidario de Tolomeo Filadelfo, en la lucha contra el macedonio Antígono Gonatás. Reseñó la caída de Demetrio Faléreo bajo el ataque de Demetrio Poliorceta, año de 308. En sus relatos se aprecia aquella ebullición de supersticiones que ya hemos señalado como característica de la Atenas decadente. Habla con toda gravedad, como de augurios fatales, de la perra que penetró en la Acrópolis, de la estrella que apareció en mitad del día, etc. Sin duda enfermedad de oficio, pues era adivino de profesión.

Podemos situar aquí sin violencia aquel famoso Mármol Pario que data de la primera mitad del siglo III a. C. y figura en la colección Arundel, enviada a Londres en el siglo XVII. Contiene este mármol una tabla cronológica que empieza en Cécrope (legendario fundador de Atenas, la antigua Cecro-

* [*Obras Completas*, XVII, pp. 325-349: "La historia antes de Heródoto".]

pia, y especie de dios-serpiente nacido de la tierra) y llega hasta el año 354. Parece que originalmente las inscripciones abarcaban fechas posteriores a ésta. Pero se han perdido los fragmentos: las piedras, tras un pasajero entusiasmo, fueron olvidadas al punto que se las usó para restaurar la casa de Lord Arundel. No hubiéramos citado este documento si no lo realzara una referencia literaria, sugestiva en su sequedad: la fuga de la infortunada Safo, que tiende el vuelo desde Mitilene hasta Sicilia.

Aunque ello desborde nuestro cuadro, recordemos que los latinos, una vez que aprendieron de los griegos a escribir la historia, se aplicaron, como observa Dionisio de Halicarnaso, a cultivar una rama determinada: la crónica local. Y en verdad, sus obras eran las únicas fuentes para cierta época ateniense, hasta antes del epítome aristotélico sobre las *Constituciones de Atenas*, publicado por primera vez a fines del siglo XIX, obra muy deteriorada pero valiosa.*

[*1958-1959*]

* ["También tengo a medio escribir varias páginas sobre la zona intermedia alejandrina: Crátero, los 'atidas', Clidemo, Androción, Fanodemo, Filócoro, el 'Mármol Pario', etc." (Reyes al autor de las notas, 21 de noviembre de 1958). Por lo visto, las páginas fueron disminuidas, o nunca fueron muchas.]

IV. LA NOVEDAD

a) NARRACIONES DE SUCESOS PARTICULARES

Pasamos a los nuevos tipos históricos, que deben estudiarse en detalle. Comenzamos por los sucesos particulares, no referentes ya al ciclo ateniense y sus relaciones inmediatas. Avanzamos así sobre la época propiamente alejandrina. En este orden el primer arrastre histórico aparece como séquito o cauda de las conquistas militares. Este grupo interesa igualmente a la historia, a la geografía descriptiva y al arte militar. Algunos jefes de la época, siguiendo la tradición de Jenofonte, cuenta sus propias memorias, las expediciones a que concurrieron, o la vida y hechos de los capitanes a cuyas órdenes militaban. Otras veces, hacen lo propio algunos historiadores civiles. Ya encontramos a Alejandro como héroe de estos relatos, los que más tarde florecerán en Arriano y han de prolongarse en forma novelística hasta la Edad Media. Ya los héroes son los "diádocos" o "epígonos", monarcas del imperio alejandrino: Antígonos, Tolomeos, Atálidas y Seleucos.

Son, en esta época, los principales historiadores de Alejandro: su teniente Tolomeo Sóter, hijo de Lagos y futuro monarca egipcio: el almirante Nearco de Creta, comandante de la flota que cruzó el Hidaspes, quien describió el periplo del Indo al Éufrates: Onesícrito, discípulo de Diógenes y piloto de Nearco, que pasa por algo charlatán y cuenta las conversaciones de Alejandro con los "gimnosofistas" o fakires de la India; Aristóbulo de Casandria (no confundirlo con el judío helenizante), que narra con sobriedad las campañas y a quien Arriano considera, junto a Tolomeo, el más verídico; Andróstenes, que pinta las nuevas tierras visitadas por primera vez; Cares de Mitilene, chambelán de Alejan-

dro, que imita la laxitud narrativa de Heródoto; Calístenes, el sobrino de Aristóteles que, aunque muerto como conspirador, dejó interrumpida una historia algo novelada del gran macedonio, historia que más parece la obra de un adulador, y en que transcribe cartas de Alejandro a su madre y a Aristóteles;* Clitarco, que casi es ya un novelista, autor de curiosidades históricas; Anaxímenes de Lámpsaco; el retórico Hegesías; Eumenes de Cardia y Diodoto Eritreo que compusieron unas *Efemérides alejandrinas;* Duris de Samos; Betón y Diogenetes, que compilaron unas *Etapas de Alejandro;* Amintas, autor de unas *Etapas de Asia;* Dilo ateniense, continuador de Calístenes, continuado a su vez por Psaón; Nimfis de Heraclea; Filarco de Atenas; Menodoto de Perinto: el memorialista Arato, etc. Estos autores de segundo orden se iban pasando la antorcha, y cada uno continuaba el relato donde lo había interrumpido el otro.

Entre los historiadores de los diádocos, el más conocido es el mediocre Jerónimo de Cardia, estratego, cuya narración va desde la muerte de Alejandro a la de Pirro, rey del Epiro. Del propio Pirro se afirma que escribió unas memorias, hoy desaparecidas, así como de Aníbal se afirma que —además de haber servido de tema a su amigo Sosilo y al latino Cornelio Nepote— dejó algunos fragmentos históricos escritos en griego. El estratego Arato de Sición reseñó también sus campañas como jefe de la Liga Aquea. Y Neantes, invitado a Pérgamo por Atalo I, será el historiador de aquel reino. Otros autores de este grupo importan más bien a la geografía.

Estrabón declara que los griegos que pretendieron contar la vida y sucesos de la India son generalmente embusteros. Sobre todo Deímaco; luego, Megástenes, Onesícrito, Nearco y otros. Dice que los dos primeros hablan de "hombres que duermen sobre sus orejas o dentro de ellas" y "hombres sin boca", "sin narices", "sin un ojo", "con piernas largas", "con los dedos al revés"; que hay "pigmeos" homéricos, hormigas

* Las cartas de Alejandro a su madre "por concertarla" fueron recogidas por Alfonso el Sabio en su *General estoria,* parte IV.

auríferas, dioses Panes con cabeza prismática, serpientes que comen bueyes y ciervos con cuernos y todo. Patrocles y otros que cita Eratóstenes son ya más creíbles.*

[*1958-1959*]

b) La historia exótica

El exotismo, que amplía la visión y, como se sabe, ha sido uno de los fermentos de la futura novela —género desconocido en la era clásica—, entra por dos caminos: uno es el de los griegos que vuelven de sus viajes con sus relatos más o menos fidedignos; el otro, el de los autores exóticos incorporados al helenismo. Escritores hay que se preocupan de trazar un verdadero cuadro histórico; y los que menos hacen en tal sentido, tocados de la manía erudita y cronológica, compilan efemérides o redactan listas de monarquías, como lo hará Menandro de Éfeso para los reyes fenicios de Tiro, o el hebreo Demetrio para los reyes de Judea. De modo general, los griegos que pertenecen a este ciclo son más bien geógrafos y viajeros, o hasta narradores fantásticos. En cambio, los bárbaros helenizados son más bien historiadores, aunque —ya se entiende— con casuales acarreos de leyenda.

El ensanche histórico que todo esto significa no carece ciertamente de precursores ilustres, aunque el género vino a madurar en plena Edad Alejandrina. Así, entre los griegos que se asomaron a los pueblos lejanos, movidos por la curiosidad que en ellos provoca el choque con Persia, es imposible olvidar al viejo Helánico, casi contemporáneo de Heródoto, que parece había tratado también de Egipto, Persia, Escitia, Lidia, Chipre y Fenicia: al vetusto Hecateo, de quien sabemos que recibió de los sacerdotes egipcios una inolvidable lección de historia, cuando éstos lo llamaron al orden para hacerle comprender que hacía ya muchos millo-

* ["También tengo a medio escribir varias páginas. . . Entre los tipos nuevos de historiografía alejandrina, algo sobre los narradores de sucesos particulares. . ." (Reyes al autor de las notas, 21 de noviembre de 1958). A mano, añadió, que esas páginas estaban todavía en "manuscrito".]

nes de años que los dioses no andaban mezclados con las familias de los mortales (*Crít. en la Ed. At.*, §§ 26 y 49);* a Carón de Lámpsaco, a Dionisio de Mileto, a Janto (*Crít. en la Ed. At.*, § 134);** es imposible, sobre todo, olvidar a Heródoto, junto a cuyas vastas perspectivas Tucídides contrasta por haberse limitado a una provincia del mundo. "Los ojos de Heródoto se abrieron al estudio de la civilización sirio-irania, incorporada en el Estado universal de los Aqueménidas, el cual, en sus días intentó —sin conseguirlo— asimilarse el mundo helénico" (A. J. Toynbee, introducción al volumen *Greek Historical Thought*, The Library of Greek Tought, ed. by E. Barker). Tampoco puede olvidarse a Jenofonte, cuyas campañas lo familiarizaron con las cosas de Asia. Ni hay que olvidar a Ctesias de Cnido, aquel médico del rey persa Artajerjes Memnón que viajó por la India, tuvo la honra de ser leído por Platón e Isócrates, influyó directamente en la novela alejandrina y popularizó en Europa los mitos asirios de Nino y Semíramis, aunque su obra parece haber sido superficial y falsa, y aunque de él se diga que, en muchos años, averiguó y entendió menos la vida del pueblo persa que Heródoto en unos cuantos meses. Pero ninguno de estos autores griegos, y otros que pudieran citarse, todos de épocas anteriores a la Edad Alejandrina, había tenido ocasión de acercarse al seno de la Mesopotamia o menos del Lejano Oriente, y su exotismo andaba todavía por los contornos del mundo helénico y se detenía en las fronteras inmediatas.

Mucho más difícil sería encontrar, antes de la Edad Alejandrina, un bárbaro que haya traído a la lengua griega la historia de su pueblo. Ahora, en cambio, hay varios a quienes se ofrece la oportunidad de hacerlo, ya los estimule un patriotismo algo tendencioso, ya sea que simplemente obedezcan la consigna de cultura que es moda entre los monarcas helenísticos.

* [*Obras Completas*, XIII, pp. 29 y 40, respectivamente.]
** [*Obras Completas*, XIII, pp. 81-82.]

Y así, lentamente, por las cirunstancias del mundo, se rompe aquel confinamiento mental de la Edad Ateniense. Si antes la curiosidad por la historia exótica aparece en algunos escritores excepcionales, hoy esta curiosidad es una atmósfera que todos respiran, y los escritores que la satisfacen responden a una demanda pública.

Ya se sabe, por ejemplo, que los judíos helenizantes acuden desde el primer instante al Museo de Alejandría para traducir al griego las Leyes de Moisés, y que acabarán por imprimir un sesgo singular a la filosofía de la época, no sin entregarse a veces, por proselitismo, a la fabricación de apócrifos.

Sin duda el primero y más importante derrame de la historia exótica en la Edad Alejandrina es el transporte de la Biblia. La Biblia griega establece una base de tradición y de crítica para el Cristianismo futuro.

> Los cristianos usaron la Biblia griega, no la hebrea. Ésta había sido traducida del hebreo al griego por los judíos de Alejandría. La leyenda afirmaba, como también lo menciona Josefo, que la Ley fue traducida en setenta y dos días por setenta y dos personas; de aquí el nombre de "Septuaginta" con que se conoció el Antiguo Testamento en griego. En realidad, fue obra de diferentes eruditos en diferentes épocas, y no se la completó probablemente hasta el siglo II de la Era Cristiana. De este texto procede la primera Biblia cristiana. Durante los siglos II y III, hubo alguna agitación entre los eruditos cristianos para que se procediera a un cotejo con el texto hebreo. El más importante de ellos, Orígenes, estableció una colección de seis textos paralelos; pero de hecho fue San Jerónimo quien se lanzó a fijar una versión latina para uso común del Occidente, basándose sobre los textos hebreos y figurándose que, por ser hebreos, eran más auténticos, en lo cual se equivocaba, porque la Biblia Septuaginta procedía en realidad de fuentes hebreas todavía más antiguas. Al preparar esta edición, San Jerónimo adoptó el punto de vista judío respecto a la inclusión de libros inspirados y la exclusión de libros no inspirados, negando así canonicidad a escrituras que eran continuamente usadas y modificando algunas versiones.

San Agustín obispo de Hipona, se atrevió a advertirle que semejante método perturbaba las creencias. (Shotwell, *Historia de la historia*, tr. R. Iglesia).*

La Edad Media seguirá el criterio liberal y eclesiástico. Lutero y el Protestantismo volverán al criterio estrecho y erudito de San Jerónimo. Los escépticos del siglo XVIII invertirán el sentido de la duda aparecida ya entre los cristianos primitivos, preguntándose ahora, no ya por qué ha de limitarse la lista de los libros inspirados, sino por qué ha de considerarse ninguno como de inspiración divina. De aquí la crítica textual ulterior, las confrontaciones filológicas y arqueológicas, el Modernismo de nuestros días, etcétera.

Entretanto, los libros hebreos de carácter histórico que entraron en el mundo griego son, sobre todo, los Primeros Macabeos (la independencia contra Siria, siglo II a. C.); los Proverbios de Salomón, cuya contrapartida son los Proverbios de Ben Sira, y el Eclesiastés, escéptico del mundo si no del cielo; los Salmos de Salomón; la Judit, comparable hasta cierto punto con Ester; Daniel, que halla un parangón en libros Apocalípticos, Enoc, Noé, Esdras, Baruc, etc. La Judit es un relato patriótico contra la dominación de los Antíocos, en que los contemporáneos se disfrazan como personajes de la época del Cautiverio. Las adiciones a Daniel mezclan plegarias y "ágadas" o cuentos edificantes, como el de los Tres niños del horno, Susana y los viejos, la falsa comida de Baal, Daniel y las fieras, etc. Los Macabeos son relatos históricos cuya primera parte se consagra a las guerras contra los Antíocos por la independencia, cuya segunda parte tiene interés religioso por su resurreccionismo y mesianismo, y cuya tercera parte nos traslada a los días de Tolomeo Filopátor, fines del siglo III a. C. con firme propósito antihelénico. La cuarta parte es una homilía destinada a los judíos, fundada en el ejemplo histórico, defensa de la "razón

* México, Fondo de Cultura Económica, 1940, p. 157.]

piadosa" donde se mezclan elementos estoicos (las cuatro virtudes cardinales) con elementos platónicos (la metropatía, en vez de la extirpación de las pasiones), mediante una fórmula que recuerda singularmente la postura de Posidonio, y donde en vez de la resurrección se propone la teoría griega de la inmortalidad del alma. Los libros de Esdras, algo confusos, que corresponden al acervo de los Apócrifos, son una mezcolanza de leyenda y de historia. No podemos extendernos aquí sobre el intrincado terreno de Apócrifos y Seudoepigráficos que cubren el tránsito entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Cualquiera sea la época que en definitiva se les asigne —la erudición los ha ido trayendo desde el siglo IV hasta el III— Beroso, sacerdote de Baal, y Manetón, sacerdote de Serapis, importan a la lengua griega una preciosa contribución de conocimientos sobre sus respectivos países, Babilonia y Egipto. Ambos autores tienen algo de inusitados que ha hecho dudar sobre la autenticidad de sus escritos. Ellos revelan una de las fases de la rivalidad entre Antíoco I y Tolomeo Filadelfo.

La obra de Beroso sobre la historia caldea puede reconstruirse hipotéticamente. Constaba de tres libros: el primero consagrado al mito, desde la Creación al Diluvio; el segundo, a la lista de los monarcas, desde el Diluvio a Nabonasar; el tercero, a la historia más reciente. El prefacio, en tono narrativo a la manera de Heródoto, recoge leyendas en que los modernos críticos encuentran el eco de la misteriosa civilización sumera, más antigua que la egipcia, anterior a la Mesopotamia histórica y sólo descubierta a mediados del siglo XIX. Los sumeros, según esto, fueron civilizados por unos monstruos marinos. ¿Tal vez pueblos mongólicos o de la India llegados por el Golfo Pérsico? En todo caso, se asegura que su lengua no era semítica. Su jefe, Oanes, enseñó a los hombres las artes y los oficios, la legislación y la propiedad, la escritura y la agricultura. Nunca se alimentaba, y por la noche volvía al mar. Y a partir de entonces, dice el

relato, "ninguna cosa más se ha inventado". Lo que equivale a decir que, aunque hay nuevos árboles, son las mismas semillas. Beroso se muestra candoroso en lo legendario (su primer rey babilonio fue escogido por Dios y reinó 36 mil años); avezado erudito en su catálogo de monarcas, e historiador sensato para los tiempos y los sucesos ya históricos. Rechaza la leyenda de la fundación de Babilonia por la reina Semíramis, leyenda que los griegos habían adoptado. Reduce la antigüedad de Zoroastro en unos 3 500 años. Naturalmente, aparte de la *Caldaica* se le atribuyen otras obras más o menos posibles.

Manetón, aparte de su obra principal (*Egipcíaca*), escribió un tratado sobre la religión egipcia, muy popular en sus días, y un epítome de las doctrinas físicas o ciencia egipcia, que por desgracia se ha perdido. Hay, además, obras atribuidas dudosamente. La *Historia egipcia* nos llega en dos formas: fragmentos y epítome. Del autor sólo parece averiguado que era egipcio, nativo de Sebenito, antigua capital de la XXX Dinastía, que era sacerdote de Heliópolis e introdujo el culto de Serapis —divinidad conciliatoria de los sentimientos helénicos y egipcios— y que llegó a viejo. Aunque contaba con archivos espléndidos, no sacó de ellos todo el partido posible. Pero estableció la lista de Faraones e introdujo la útil clasificación por dinastías, brújula única en aquella cronología fantástica, donde alejar fabulosamente los hechos era a la vez una forma del orgullo nacional, una inclinación poética y una manera de cortesía retórica. Por supuesto que en el esqueleto cronológico de Manetón faltan piezas o algunas asumen proporciones imposibles. Sólo un sacerdote podía tener acceso a los archivos de los templos (anales, libros sacros de liturgia y poemas), tablillas jeroglíficas, esculturas e inscripciones murales, bien que estos documentos mezclan lo cierto y lo imaginado, y ya se sabe que aquellas leyendas populares poco respetaban la sucesión del tiempo. Es lamentable que los bibliotecarios alejandrinos hayan dejado intacta la egiptología al afán de los erudi-

tos modernos, privándonos así de muchos elementos de juicio (*Ant. Ret.*, IV, I, 3).* Cierto, algunos griegos habían escrito páginas ocasionales sobre las maravillas de Egipto, pero estas páginas se han perdido. Heródoto es más bien base de las rectificaciones de Manetón, rectificaciones arrogantes de quien escribe fundándose en los textos sagrados y hablando de lo suyo. Y Hecateo —autor de otra obra también llamada *Egipcíaca,* que es más bien una utopía etnográfica de tendencia filosófica y que los griegos preferían a los sobrios anales de Manetón— ni siquiera es mencionado por éste. La obra de Manetón importa por varios conceptos: por primera vez un egipcio se explica ante los helenos, caso insólito que sólo ha de repetirse mucho después en Tolomeo de Mendes, acaso contemporáneo de Augusto; por primera vez apreciamos el efecto de la historiografía griega sobre una mente sin verdadera tradición metódica racional, y apreciamos así el esfuerzo de la forma griega para captar un mundo informe donde la verdad y el sueño se confunden. Además, la obra de Manetón será el campo de batalla para las polémicas históricas entre judíos y egipcios, lo que es causa de interpolaciones y pasajes dudosos. Josefo busca en ella la demostración de que los hicsos o Reyes Pastores, venidos a Egipto por Arabia, no son más que los antiguos hebreos. Pero no todo puede contentarle en Manetón, y lo acusa, con razón tal vez, de acumular, sobre los errores que proceden ya de sus fuentes, nuevos errores encontrados en los cuentos del pueblo. No era posible, en efecto, que los hebreos se conformaran con saber, según lo afirma Manetón, que el Éxodo se debió a una medida de salubridad pública, dictada por los egipcios para protegerse contra la plaga aparecida entre los depauperados judíos, y que Moisés —cuyo nombre según se dice es de origen egipcio— fuera un sacerdote egipcio destacado entre las tribus leprosas para enseñarles los usos de la higiene. Ello es que no pudo realizarse la esperanza un día acariciada por Tolomeo Sóter, de incorporar a los nati-

* [*Obras Completas,* XIII, pp. 444-445.]

vos egipcios en la vida intelectual de Alejandría. Manetón dedica su obra a Tolomeo II (Filadelfo), pero para entonces ha desaparecido todo interés por la tradición egipcia, que pronto será objeto de aversión para los propios egipcios cultivados o helenizados.

Tardíamente —siglo I d. C.— encontramos a Queremón, un estoico que fue superintedente y guardián de la Biblioteca Alejandrina, o la porción de ella que se conservaba en el templo de Serapis. Pertenecía al alto sacerdocio. El año 49 d. C. fue llamado a Roma para ser tutor de aquella fierecilla joven que era Nerón. Abarcaba muchas disciplinas. Dejó obras consagradas al antiguo Egipto, y no al de su tiempo: sobre historia, sobre los cometas, sobre la astrología, la escritura jeroglífica y el uso de las conjunciones expletivas. Fue en cierto modo un jefe de escuela. A sus ojos, los mitos egipcios son alegorías naturales. A veces quiere confundírsele con su homónimo, el que acompañó a Elio Galo —un prefecto— al interior del país hacia el año 26 a. C.

Finalmente, recuérdense las referencias de Porfirio (*De Abstinentia,* IV, 6) a los "terapeutas", que cita en sus *Vidas contemplativas.*

Si no hubiéramos perdido la obra *Sobre los magos* de Hermipo de Esmirna, el biógrafo de los peripatéticos, y si realmente se trataba, según Plinio y Laercio, de una exposición de las doctrinas de Zoroastro, tendríamos en ella una manifestación verdaderamente excepcional del contacto entre Grecia y el Oriente, producido por la conquista de Alejandro. Y aunque la erudición alejandrina trabajaba directamente bajo la tutela del epistológrafo o canciller de los Tolomeos y contaba, por consecuencia, con las mayores facilidades para el estudio de la egiptología, sólo en tiempos ulteriores aparecen testimonios de esta curiosidad por la filología comparada, de que son rarísima muestra los jeroglifos de Queremón. En Filón, judío helenizado, en vano se buscan luces sobre la literatura hebraica de su tiempo o la mente griega. Y en cuanto a la lengua latina, por mucho tiempo Grecia parece haberla considerado con cierto desdén, y sólo en el siglo de Augusto

se cita una obra de Dídimo, acaso una gramatiquilla elemental y un cierto paralelo entre Demóstenes y Cicerón del siciliano Cecilio, a quien por lo demás Plutarco cita como autor insignificante (*La Ant. Retórica,* IV, i).*

Respecto a los griegos que traían noticias de la India, algo hemos dicho en el capítulo III ("Narradores de sucesos particulares").

Es así como se rectificó paso a paso la reclusión de Grecia dentro de su propia cultura, "la insolencia griega" de que todavía se queja Séneca el retor.**

[*1958-1959*]

c) La síntesis histórica

Después de unos doscientos años, la historia, diseminada en meandros por todo el inmenso mundo alejandrino, estaba ya necesitando una nueva síntesis. Entonces aparece Polibio, a cuya escuela histórica corresponden más o menos el enciclopédico Posidonio, el viajero Estrabón y el taraceador Diodoro Sículo. Polibio, nacido en Megalópolis (Arcadia), pertenecía a una familia ilustre y estaba predestinado a la vida pública. Su padre, Licortas, fue estratego de la Liga Aquea; él mismo, jefe de caballería o "hiparco"; y ambos, amigos del patriota Filipómenes, a quien se debe el último intento por restaurar la autonomía helénica. Padre e hijo irán a Egipto en Embajada por el año 181. Polibio llevará después a la sepultura la urna fúnebre de Filipómenes (183).

La batalla de Pidna determina el triunfo definitivo de las armas romanas sobre Grecia. Un millar de guerreros aqueos —como les llamaban los latinos— quedan prisione-

* [*Obras Completas,* XIII, pp. 444-445. En la cita, Reyes introdujo una pequeña variante: "que parece ser una gramatiquilla elemental", dice el texto original.]

** ["Entre los nuevos tipos de la historiografía alejandrina, algo sobre los... historiadores de asunto exótico (Manuscrito)", escribió Reyes el 21 de noviembre de 1958 al autor de estas notas.]

ros y son confinados en las tierras etruscas. Entre ellos se encontraba Polibio, pero su situación eminente hizo que se le concedieran algunos privilegios, y parece que desde entonces pudo asomarse a Roma. Comenzó entonces a estudiar el pasado y la organización de aquel país y se sintió seducido por la seriedad de su gente. Las penalidades de los desterrados deben de haber sido incontables (piensa uno ya en los modernos "campos de concentración"), puesto que de los mil primitivos sólo quedaban ya trescientos, cuando, diecisiete años después, se les concedió la libertad de volver a Grecia. Catón puso término a las indecisiones del Senado romano, preguntando un día: "¿Vamos a pasarnos toda la vida discutiendo por averiguar si el entierro de esos infelices se ha de hacer por cuenta de los italianos o de sus propios compatriotas?" Como Polibio preguntara si la liberación de los rehenes significaba también la restitución de los bienes que llevaban consigo, Catón le contestó: "Acuérdate de que también Odiseo quiso volver a la isla de los Cíclopes para recobrar su cinturón y su gorro."

Aunque Polibio torna a Grecia, pronto está de regreso en Roma; encuentra un amigo en Fabio Máximo y —acaso en rivalidad con Panecio— es preceptor de los jóvenes Escipiones (un maestro griego era el mayor lujo de las familias romanas), con el menor de los cuales, Emiliano, conserva una relación casi íntima. Allí se le abren las puertas para sus estudios, frecuenta la mejor sociedad, y procura el perdón de sus compatriotas aún rebeldes. En vez de arrellanarse en Roma, sin embargo, viajó por Libia, España y las Galias, y conoció los peligros del mar occidental, para acumular experiencia como Heródoto. Cruzó los Alpes para entender la expedición de Aníbal; y descifró una inscripción de éste en el otro extremo de Italia, para mejor compenetrarse de la distribución de las fuerzas cartaginesas. Sobre la nueva población de Alejandría y sus clases étnicas nos deja útiles documentos. Presenció la destrucción de Cartago, al lado de Escipión, quien, mientras ardía la ciudad, recitaba entre

dientes cierto pasaje de la *Ilíada*. Acaso presenció también el incendio de Corinto. "Vi por el suelo las tablas de los pintores —dice—, y a la soldadesca jugando sobre ellas a los dados." Polibio, partidario de la independencia de su pueblo, pero no de provocar la cólera romana, había pretendido evitar las últimas sublevaciones griegas, que consideraba contraproducentes, y ayuda con todo el peso de sus influencias a dulcificar la suerte de los vencidos. Como buen estoico, aceptaba el orden universal que entonces parecía inclinarse al poder romano. Al retirarse de Corinto los comisarios imperiales, queda él mismo encargado de reorganizar la administración y dictar las protecciones necesarias a los habitantes. Desempeñó su cargo con ecuanimidad y eficacia, las poblaciones del Peloponeso le vivieron agradecidas y se le erigieron estatuas en varias ciudades. Tal vez acompañó a Escipión en la campaña de Numancia, y no dejó de advertir los comienzos de la desorganización en el ejército romano. Sobrevienen el alzamiento de Tiberio Graco y el asesinato de Escipión. La gran constitución romana, que tanto admira Polibio, rueda al suelo. Y ya para él fue lo mejor el perecer —deportista al fin—, de unos ochenta años, a consecuencia de una caída de caballo, antes de presenciar la muerte de Cayo Graco.

Este último historiador griego había sido conquistado por Roma. Si el mundo de Teopompo, para bien o para mal, giraba en torno a Filipo, el de Polibio gira en torno a Roma. Entre uno y otro momento, Alejandría ha logrado llegar a ser una capital del comercio y de la cultura, pero no un centro dominante de la política. La época de oro de las humanidades griegas en Alejandría comienza a declinar, y la muerte misma de Aristarco parece un hecho simbólico. Como sabemos, Tolomeo Físico no es ya muy aficionado a los escritores griegos contemporáneos, a pesar de sus inclinaciones humanísticas, y se notan síntomas de la dispersión hacia otros centros culturales del Mediterráneo. Polibio, que concibe la humanidad como un todo coherente y en marcha hacia la unificación

bajo la tutela romana, no podía dudar. Roma es el centro por excelencia y es un deber del historiador el esclarecer las causas de su éxito. Para Tito Livio, Roma será una patria. Para Polibio, es un foco internacional que importa entender si hemos de entender el destino de la humanidad. Pero este acontecimiento actual —verdadero corazón de su estudio— no se explicaría sin sus raíces en el pasado. Tampoco sin sus relaciones con los pueblos que Roma va, poco a poco, reduciendo a su imperio: la Europa helénica, el Asia, el África. Pues sobre las ruinas de estos pueblos se establece la grandeza romana, lugar común que recogerán Dionisio de Halicarnaso y Apiano.

Pero, siguiendo la ley general de los tiempos, este griego conquistado por Roma fue a su vez un conquistador de Roma. Desde luego, puede decirse que los historiadores romanos aprendieron de los griegos a escribir la historia. Quinto Fabio Píctor, por ejemplo, que a mediados del siglo anterior traza el cuadro de Roma desde Eneas hasta su época, redacta su historia en griego. Después de Polibio, la tutoría mental de Grecia sobre los historiadores latinos es aún más manifiesta. Bruto, durante la campaña de Farsalia, lo estudia y lo resume. Tito Livio se inspira en sus enseñanzas, y singularmente en la atención constante para el documento contemporáneo. La obra de Polibio es popularizada en epítomes. Polibio ha emprendido por primera vez, junto a la narración, la explicación de la historia romana, es decir, de toda la Antigüedad que remata en la conquista romana.

La obra de Polibio no se conserva en su integridad. Se han perdido sus escritos menores: *Vida de Filipómenes*, *Guerra de Numancia*, *Tratado de Táctica*. Su *Historia general*, aunque mutilada, nos ha llegado en fragmentos tan extensos que permiten la apreciación directa y aun la reconstrucción hipotética. No es poca suerte, para una época de verdadera pedacería, y donde las más veces tenemos que conformarnos con lo que se nos cuenta por alusiones lejanas. Se sabe que esta *Historia general* comprendía siete partes,

de seis libros cada una, con excepción de la sexta que sólo constaba de cuatro, o sea en total cuarenta libros, de que se conservan ilesos los cinco primeros, y los restantes en grandes porciones. Tras la introducción, que nos explica hasta cierto punto el método y la concepción de la historia —pues tal explicación se completa en trozos sucesivos—, Polibio presenta las victorias de Roma, la derrota de Aníbal, la guerra de África hasta la caída de la monarquía macedonia, el auge romano en el Mediterráneo y los progresos de la conquista, la cual procura seguir al día en lo posible. La unidad del Mediterráneo le pareció que se había logrado en Pidna. Cartago y Corinto lo convencen de que tal unidad aún no estaba lograda, y entonces consagra sus páginas complementarias a estos últimos sucesos, a la vez que retrocede el punto de partida hasta el instante en que se interrumpe la historia de Timeo, para comenzar con la primer Guerra Púnica. Aun hay algunas referencias a hechos posteriores que acaso habían de explicarse al final. Sus mejores páginas están en el resumen de la historia romana. De cuando en cuando aparecen prefacios o digresiones sobre etimología, cronología, instituciones romanas, refutaciones polémicas contra sus predecesores —singularmente contra Timeo, cuya autoridad tradicional le era un obstáculo—, geografía, reflexiones filosóficas, etcétera. Y de todo ello resulta esbozada una doctrina de la historia que lo sitúa como precursor de Bossuet y de Montesquieu.

Su concepción de la historia y sus principios metódicos han sido expuestos por él mismo en un vaivén de explicaciones que no dejan de revelar cierto embarazo. Este gran historiador era un escritor mediocre. Para ir levantando su edificio, nos va haciendo ver los andamios. Se interrumpe, casi se disculpa, se justifica. Ni Heródoto, caudaloso narrador, ni Tucídides, dramaturgo de la historia, ni el terso Jenofonte necesitaron explicar las reglas de su juego. Proceden a su obra con imperio y mano avezada. Pero el que Polibio haya sido explícito sobre su método no es meramente el

efecto paradójico de su pluma titubeante, como algunos lo han pretendido, no. Las tradiciones clásicas se habían perdido y, en las postrimerías de la Edad Ateniense, habían sido suplantadas por los extremos retóricos. Poco después, la historia se distribuye en monografías y particularidades. Polibio necesita descubrir otra vez el camino real. Por una parte, busca el encadenamiento y la síntesis de los hechos humanos. Por otra, reacciona contra el vicio retórico que envuelve los problemas sin resolverlos. Necesita, pues, explicar la historia y no sólo narrarla. Algo deficiente en sus relatos, el verdadero valor de su obra está en el método interpretativo que propone, a modo de fórmula científica de la historia. Por aquí viene a ser el primer teórico de esta disciplina y, como se ha dicho, algo como un abuelo de Ranke. Hoy nos interesa más, en Polibio, el nacimiento e impulso del método histórico que el nacimiento y auge del Imperio Romano. Tal método se reduce a dos grandes principios orientadores, y varios principios de procedimiento.

Los dos grandes principios orientadores son: primero, la historia "pragmática", la historia como enseñanza en acción; segundo, la historia como proceso de causación. Reconozcamos que la novedad de Polibio está más bien en la insistencia y en la "explicitación" de ambos principios. Ya sabemos que también Tucídides procura enseñar con la historia y "causar" la historia (*Crít. Ed. At.*, § 479).*

Por la preocupación didáctica, Polibio abandona definitivamente el punto de vista de los anticuarios de su tiempo: la historia no es una curiosidad, sino una experiencia de la sabiduría política. Hay que alejar, al paso, la mala yerba de la retórica. No se trata de distribuir premios y castigos, sino de aceptar la naturaleza humana y sacar lecciones para el futuro. Se aprende por experiencia propia, que es el más seguro aprendizaje, aunque el más limitado. Se aprende también por experiencia ajena, que es el aprendizaje más difícil, aunque el más extenso. Aquí aparece la historia. Los hechos

* [*Obras Completas,* XIII, pp. 306-307.]

actuales están demasiado imbricados y los disimulan las acomodaciones inevitables de la vida social. El baño del tiempo los desnuda y los esclarece, los despoja de adiposidades sentimentales. La derrota de Régulo en la primera guerra púnica no nos empaña de lágrimas los ojos: sencillamente, nos alecciona.

Por la preocupación interpretativa, Polibio corresponde a la tradición clásica, pues busca en el hombre la causa de los actos históricos. Su esbozo de historia científica se interrumpirá con la causación sobrenatural de los escritores cristianos. Entretanto, la historia es a sus ojos una filosofía en realizaciones prácticas, como lo fue para Tucídides, como lo será para Dionisio de Halicarnaso y, en nuestros días, para Benedetto Croce. Si Polibio fuera demasiado profundo, corríamos el riesgo de perdernos en lucubraciones y vaguedades. Pero —cualidad de su defecto— no es más que un hombre de sentido común y mantiene un saludable equilibrio. Aunque alguna vez censura a Quinto Fabio Píctor por confundir "causas" y "pretextos", no se enmaraña de dialéctica ni ahonda en la investigación de las "causas últimas". Se atiene a lo obvio: si Roma triunfa, debe de haber alguna razón para ello. La razón está en la organización romana. Para entenderla, hay que estudiar el pasado y el presente de sus instituciones. No perdamos tiempo en la teología de la Fortuna, a la cual saludaremos de pasada como mero acatamiento a los misterios, que no son nuestro asunto. No perdamos tiempo en repúblicas utópicas como la de Platón, que no se ha visto en ninguna parte. Comparar los sueños con las realidades históricas es querer entender al hombre por la estatua. Esto sólo nos conduce a pensar que la realidad es incongruente. Inútil decirlo: aquí hay que apartar otra vez la broza epidíctica, que es mero adorno y no capta el nervio de las cosas. Suprimamos aquellas quiméricas arengas de que nada sabemos. Si aceptamos cierto discurso del embajador Astímedes Rodio ante el Senado Romano, es porque nos consta su autenticidad. Pasaremos por alto el consabido en-

comio epidíctico de la historia. Nos harta la historia puramente artística, al punto que, sin darnos cuenta, negamos valor hasta a sus contribuciones positivas. Lo reconocemos: aquí está nuestro punto débil. Contar un suceso nos cuesta siempre trabajo. Nos compensaremos entendiéndolo. Vamos a los hechos averiguados. La excelencia de las instituciones romanas, que han asegurado la victoria, se comprueba comparándolas con la constitución de otros pueblos, singularmente la de Cartago. Después, paso a paso, veremos cómo los actos de Roma van labrando el busto de la historia. Verdad es que, en punto al nacimiento de Roma, dejamos pasar por el filtro las leyendas sobrenaturales. Pero no todo ha de lograrse de una vez cuando se emprende una rectificación tan enorme del sentido histórico. Además, de algún modo hay que comenzar y, donde faltan otros recursos, las leyendas son al menos testimonio de las creencias populares.

Fundado en estos principios orientadores, Polibio despliega sus principios de procedimiento. Ante todo, la valoración de las fuentes, siempre en busca de la verdad averiguada. Aunque de hecho Polibio ha vuelto al concepto clásico, se considera un descubridor. Como tal, muestra cierta desconfianza contra sus predecesores y se erige en juez de la historiografía. Cierto: reconoce que sus predecesores no disfrutaron como él de la Pax Romana que le permite viajar, comprobar por sí mismo y hacer copia de documentos. Pero esto no quita que le incomoden aquellos que pretenden, sin haberla practicado, hablar del arte de la guerra, en lo que demuestra cierta suficiencia profesional. Esto no quita que consagre todo un libro a acabar con Timeo, lo que es parte de su campaña metodológica que ataque al declamador Teopompo, o que rectifique cuidadosamente las mismas fuentes que aprovecha, como lo hace para Píctor. ¿Los antiguos? Polibio apenas los recuerda. Son para él la prehistoria de la historia. Cita un par de veces a Heródoto, una vez a Tucídides, otra a Jenofonte. Polibio conoce la tradición escrita y la usa con discernimiento. Pero prefiere a todo el

resultado de sus investigaciones propias y, particularmente, de sus experiencias sobre los lugares y los hombres. No en vano se ha dado tanto trabajo para ver las cosas con sus ojos. No quiere —dice— pintar a los animales según los ejemplares disecados. Examina y aprovecha los archivos oficiales, copia los tratados, dibuja mapas. Pero su candor no siempre cuenta con las artimañas diplomáticas. Hay tratados que conviene ocultar. Filino Siciliano y Tito Livio aceptan la existencia de un pacto entre Cartago y Roma, pacto que Roma violó invadiendo a Sicilia. Polibio lo niega porque no lo conoce.

En los anteriores principios va implicada la imparcialidad, la consideración objetiva de los hechos, noble prédica a que consagra una digresión clásica y en la que no podrán seguirlo fielmente los mismos que, como Cicerón, lo estudian y elogian. A Polibio no le duelen prendas y no regatea su admiración por el ataque de Aníbal sobre Roma. El empeño sintético le dicta el principio de olvidar todos los detalles intrascendentes y enlazar en un círculo coherente los principales hechos de las principales naciones, salvo las inevitables referencias laterales cuando la comprensión lo exige, despachando de antemano la balumba arqueológica para que la erudición no nos estorbe. El afán de veracidad lo hace desprenderse prontamente de la mitología, para que tampoco la magia nos embarace.

Tras de conceder a Polibio lo que merece como teórico de la historiografía y como intérprete de los asuntos que trata, hay que recordar otra vez que es un escritor poco afortunado y, para ser griego, escribía bastante mal. Frío, incoloro, prolijo, empedrado de abstracciones y tecnicismos, no acierta a dar vida a su relato, que tartamudea entre digresiones. Deja buenas páginas por excepción: así el resumen de la historia anterior o la descripción del campamento romano. No es que desdeñara el estilo. La crítica, a la lupa, descubre en él la preocupación de eludir los hiatos. Es más bien que no poseía el dón del estilo. Dionisio de Halicarnaso

lo cita, junto a Hegesías y Crisipo, entre los malos modelos: Polibio no sabía componer las palabras. Su obra es el ejemplo más importante de la *koinée* o lengua común que aparece, sobre la base del jónico, hacia el año 300.

Junto a Polibio resultan anémicos los historiadores sintéticos que con él se relacionan; el uno, Posidonio, acaso por las injurias del tiempo; Estrabón, porque deriva hacia otros campos; Diodoro Sículo, por su propia flaqueza. Del filósofo y matemático Posidonio se sabe que continuó la historia de Polibio del año 144 al 86, historia que luego Estrabón prolongará hasta el año 27 d. c.; se sabe que su obra no era puramente militar y política, sino que abarcaba cuestiones de geografía, etnografía, cultura de los pueblos, etc.; que viajó también por Italia, España y las Galias; que se proponía reseñar el Consulado de Cicerón, cuando éste se le adelantó para cantar su propia fama.

Pasamos de prisa por Estrabón, también de filiación estoica y grande viajero, de cuya historia sólo quedan fragmentos, y que en su afán de relacionar el tiempo con el espacio se entrega pronto a la geografía, donde está su verdadero sitio y donde hay la posibilidad de apreciarlo. Se ve que era más erudito que historiador, pero erudito de muy abundantes noticias sobre historia y literatura. Es grato advertir que no retrocede ante las leyendas, en que ve un consorcio legítimo de la poesía y la historia. Se ha percatado de que los antiguos recopiladores homéricos falseaban el texto para halagar a Atenas, lo que no era ya ninguna novedad en su tiempo, tras la obra formidable de los escoliastas alejandrinos. Parece que sus *Bosquejos históricos*, de inspiración moral y didáctica, cubrían los años de 146 a 31.

Un siglo después de Polibio, Diodoro Sículo publica su *Biblioteca histórica* en cuya elaboración empleó treinta años. Se documentó pacientemente en Roma, donde vivió en tiempos de César y Augusto. Visitó Alejandría y alguna región del Alto Egipto. De los cuarenta libros que componían su obra,

nos quedan los cinco primeros y los libros XI a XX. De los otros veinticinco hay fragmentos en diferentes autores que los transcriben, singularmente en Eusebio y en algunos recopiladores bizantinos. El contenido de la obra puede reconstruirse así, según el plan que él mismo expone: Los cinco primeros libros tratan de la época anterior a la Guerra de Troya (I. Mitos, reyes y costumbres de Egipto; II. Historia de Asiria, descripción de la India, Escitia, Arabia y las islas del Océano; III. Etiopía, las Amazonas de África, las Atlántidas y el origen de los primeros dioses; IV. Los principales dioses helénicos, los Argonautas, Teseo y los Siete contra Tebas; V. Islas y pueblos del Occidente, Rodas y Creta). En esta primera parte no hay cronología posible. A continuación vienen los fragmentos de los libros VI a X que abarcan desde la Guerra de Troya hasta el año 480, y de aquí en adelante se procura ya establecer la cronología conforme a Apolodoro Ateniense. Para la Guerra de Troya se da el año de 1184; para la vuelta de los Heraclidas, el 1104; para la primera Olimpíada, el 776-5; y desde entonces hasta la Guerra Céltica, 730 años más, fecha que ya no se encuentra en Apolodoro, lo cual nos conduce al año 60 en el final de la obra, complementada con los libros XI a XX y los fragmentos de los libros XXI a XL. Como se ve, el plan abraza desde los mitos hasta las campañas de César en las Galias y cubre la historia de Sicilia y de Grecia. En el curso del trabajo, Diodoro da a entender que ensancha el plan hasta el año 45, final derrota de los republicanos por César, y que se propone hablar de la Britania; pero no llegó a realizar estos proyectos, y aun parece haberlos olvidado por efecto de la vejez y el cansancio.

Diodoro intenta, pues, la síntesis que no realizó Estrabón. Pero para llevar a buen término tal empeño carece de criterio propio y le estorba su temperamento de erudito, el cual lo acerca más bien a la concepción de Éforo, en quien se inspira muy de cerca. El título inusitado de *Biblioteca histórica* indica suficientemente el propósito de presentar un

sumario coherente, enriquecido con páginas antológicas, escogidas en muchas obras autorizadas. La *Biblioteca* es labor de taracea y recopilación, cuyo verdadero interés reside en los pasajes ajenos, transcritos abundante y pacientemente y, a decir verdad, con buen juicio y conocimiento. Como no era Diodoro un buen escritor, su interés pudo ser escaso para los contemporáneos, que tenían a la mano los textos directos por él transcritos: para la posteridad, que los ha perdido, la antología resulta preciosa. Los escritores cristianos del siglo III supieron aprovecharla. Hay periodos para los cuales la contribución de Diodoro resulta insustituible, y singularmente sobre la cronología de Filipo y la época de los Sucesores, Sicilia y algunos fastos romanos. Es muy probo, y cuando yerra más bien hay que achacarlo a sus fuentes. Pero el procedimiento —de cuyos escollos se da cuenta él mismo, si bien declara que prefiere a todos su procedimiento— es deplorable y demuestra una absoluta carencia de sentido histórico. No le ocurrió nada mejor que poner lado a lado los acontecimientos simultáneos de Grecia, Sicilia, África e Italia, año por año, aunque tales acontecimientos no tuvieran relación alguna entre sí, y aunque esto lo obligara a oscurecer la génesis de los hechos y a interrumpir sus desarrollos naturales. En suma: el sistema parece calculado para justificar las acusaciones antaño lanzadas por Aristóteles contra la inconsistencia filosófica de la historia (*La Crít. en la Ed. At.*, §§ 472 *ss.*).* Aquí y allá, nos deja entrever su concepción estoica de la historia como género útil y moral, y no asunto de diversión. Sobre Egipto, asegura haber escogido lo más extraño y provechoso. Su panorama egipcio acaba con el rey Osimandias, aquel que mandó grabar en el pórtico de la biblioteca sacra la célebre inscripción (que otros atribuyen a otro país y otro monarca): "Remedios del alma." Aunque sus interpretaciones de las leyendas están tocadas de evemerismo, y con frecuencia padecen por el empeño de buscar en Egipto el origen de toda mitolo-

* [*Obras Completas*, XIII, pp. 302-307.]

gía, Diodoro es, después de Heródoto, el escritor que más y mejor nos informa sobre las costumbres y tradiciones egipcias. El didactismo lo hace caer en el empeño de distribuir palmas y palmetazos, aunque sin la verba de los epidícticos y sin incurrir en discursos, salvo —creo— en cuatro ocasiones. La derrota de Leuctra es castigo del orgullo; la suerte de los jefes focenses, castigo de su impiedad en Delfos; las mujeres incautas acaban mal; los terremotos e inundaciones del Peloponeso eran el justo merecido por haber cometido ciertos desacatos contra el dios Posidón; las virtudes de Gelón y Epaminondas, o los actos loables de Filipo, son debidamente encomiados. Y así a este tenor, sigue Diodoro repartiendo elogios y censuras.*

[*1958-1959*]

* ["Lo mismo he comenzado el estudio de lo que llamo la síntesis histórica alejandrina: Polibio, Diodoro, Posidonio" (Reyes al autor de las notas, 21 de noviembre de 1958). Sólo en 1959 pudieron ser concluidas estas páginas, dada su extensión.]

V. ALGUNAS NOTAS SOBRE SUBGÉNEROS DE LA HISTORIA

ESTOS subgéneros, que no llamo así por concepto de subordinación, sino por considerarlos como desprendimientos técnicos y disciplinas auxiliares de la Historia, abarcan la cronología, la etnografía, las antigüedades, la mitografía, etcétera, y —en rigor— se pierden luego en la populosa selva de la historia de la filosofía y de las letras, la historia de la cultura en general. Sólo consideraremos algunos aspectos principales, casi como ejemplos o ilustraciones de tan vasta materia, no sin recordar las referencias que hicimos en otra ocasión a los "tácticos" Eliano, Arriano y Eneas y a ciertas consideraciones sobre las costumbres del combate ("Albores del arte de la guerra", *Estudios helénicos*), tema afín de los que ahora van a ocuparnos.*

a) LA CRONOLOGÍA

Los nuevos tipos arrancados por "fisiparidad" a la Historia, como subgéneros o disciplinas particulares, son uno de los productos más característicos de la Edad Alejandrina. Como técnica auxiliar aparece en primer término la cronología. La medición del tiempo histórico se relaciona naturalmente con la medición del tiempo astronómico, pero admite el ser reseñada aparte.

Antes de la escritura, todo es confusión, y más si interviene la elasticidad de la leyenda para refractar a su modo los intervalos, la sucesión y la situación de los hechos. Los documentos arqueológicos son documentos de innegable autenticidad sobre los hechos contemporáneos, pero no se explican por sí solos. Los testimonios escritos, desde que aparecen

* [En el presente volumen, pp. 182-187.]

—en el mito, la leyenda, la poesía, la historiografía—, son explícitos, pero no necesariamente contemporáneos de los hechos a que se refieren. Lo que obliga a crear un método interpretativo. En los primeros escritos de intención ya histórica se procura huir de la vaguedad refiriendo los acontecimientos a hitos importantes, de todos conocidos y que poseen cierta fijeza institucional. Las referencias populares al cometa, a la peste, al hambre, al terremoto, a la inundación u otras calamidades de alcance general son coordenadas engañosas, porque la imaginación fácilmente las va corrompiendo en la memoria; además, son casos insólitos, no se repiten con relativa periodicidad o siquiera relativa frecuencia, y sólo pueden utilizarse en un corto radio. Mayor garantía ofrece sin duda la serie de gobernantes, aunque todavía no ofrezca la regularidad suficiente y aunque los cómputos no pueden conjugarse de un país a otro. Así las generaciones hieráticas en Egipto, los arcontados en Atenas, las eforías en Esparta, los consulados en Roma. Los "historiadores románticos" de los siglos VI y V —como alguna vez se los ha llamado—, Hecateo, Helánico y otros, intentaron fijar algunas cronologías heroicas. Nos cuenta Heródoto que, cuando Hecateo andaba por la Tebas egipcia, dijo a los sacerdotes de Amón que él descendía de un dios a través de dieciséis generaciones. Los sacerdotes egipcios sonrieron desdeñosamente. Ellos por su parte, conservaban la historia de sus antecesores desde hacía 11 500 años. Dieciséis generaciones, a tres por siglo, situaría al dios abuelo de Hecateo apenas 350 años atrás, hacia el año de 1050 a. C., apenas un poco antes de la fecha asignada a la fundación de Mileto, fecha ya recientísima para figurarse que por entonces todavía andaban los dioses en la tierra (*Crít. Ed. At.*, § 130).*

El logógrafo Helánico, por su parte, había establecido una lista de las sacerdotisas de Hera en Argos. Estas sacerdotisas tenían el oficio de por vida (salvo que, como Crisis, acabaran en un desastre, el incendio causado por su descuido

* [*Obras Completas,* XIII, pp. 79-80.]

cuando la pobre mujer de unos 70 años se quedó dormida, lo que la obligó a huir a un Estado vecino). Y Helánico partió de estos datos para fijar algunos acontecimientos reales e imaginarios. Sólo quedan pocos fragmentos de su obra. Dionisio de Halicarnaso lo cita para fijar cierta emigración de Italia a Sicilia tres generaciones antes de la Guerra Troyana, y el pedantesco bizantino Juan Tzetzes lo cita para fijar la caída de Troya en tiempos de la sacerdotisa Calisto. Aristóteles mismo dará su autoridad a este género de pacientes cómputos, por ejemplo en sus catálogos —hoy perdidos— sobre los vencedores de Olimpia y de Nemea o sobre los concursos dramáticos (*Didascalía*), y parece que en sus biografías de poetas se preocupaba mucho de la exactitud cronológica. Los "atidas" y otros analistas (juntadores de anales) continuaron su obra. Levantar listas de monarcas era un juego al lado de la historia. Éforo contribuye aquí, no sabemos hasta qué punto. El catálogo de monarcas babilónicos, en Beroso, está lleno de fantasías. Manetón, al menos, dio para Egipto el sistema de las treinta dinastías y la lista de los faraones, fundamento de la cronología egipcia. Pero quien seguramente abre una nueva etapa es Timeo, al introducir en su historia de Sicilia el cómputo por Olimpíadas que, con su periodicidad de cuatro solsticios estivales, presentan una cuadrícula segura sobre la fugacidad del tiempo histórico. Colacionó las fechas de los reyes lacedemonios con las de las sacerdotisas de Argos y las listas de las Olimpíadas, y así edificó un canon nacional que sin duda admite rectificaciones, pero que significó un verdadero progreso. Polibio, al señalar sus errores —siempre descontentadizo y gruñón—, se burla un poco del sistema que llama "hipercrítico" y da a Timeo el apodo de "Epitimeo". Timeo depuró las indecisiones pasadas y preparó el campo a sus sucesores. Su mismo temperamento laborioso y poco filosófico lo condujo, como dice Shotwell, a encontrar "cierto placer antihelénico en las fechas precisas". *Felix culpa.* Ello permitirá a Eratóstenes fechar las épocas y acontecimientos notables de

la Antigüedad e intentar la determinación de los años para el sitio de Troya (1183 a. c.) y para la invasión doria (1103) que los griegos llamaban legendariamente "la vuelta de los Heraclidas". La *Cronografía* de Sosibio, con sus noticias versificadas de autores cómicos, es otro material que Eratóstenes aprovecha —aunque llega a conclusiones distintas—, amén de lo que interesa a la historia literaria como antecedente de Licofrón e Istro. Eratóstenes, aquel *Péntathlos* experto en varias disciplinas (o *Beta*, para los maliciosos, que sólo le concedían el segundo lugar en todas ellas), discurrirá finalmente, gracias a su ciencia astronómica, el cómputo por años, la unidad mayor de la métrica natural.

Poco a poco, los contactos culturales permiten reducir los sistemas de varios pueblos a una tabla de equivalencias, al par que se busca el ajuste con los meses lunares, los días, etcétera, y en tanto que se llega a la relativa unificación actual. El punto de partida para los babilonios es la era de Nabonasar, año 747; para los griegos, la Olimpíada en que venció Corebo, año 776; para los romanos, la fundación de Roma, que Varrón fija en el año 753, aunque es punto muy rebatido.

Apolodoro Ateniense, discípulo de Aristarco en Alejandría, abandona esta capital a la muerte de su maestro —cuando la dispersión de los humanistas— y se traslada a Pérgamo, donde dedica a Atalo II una cronología que empieza en la caída de Troya y gradualmente se completa hasta el año 119. Escrita en trímetros cómicos para ayuda de la memoria, fácilmente sustituye a la obra de Eratóstenes, y llega hasta sus propios días (140 a. c.), en tanto que Eratóstenes sólo había llegado hasta la muerte de Alejandro, en 323. Cicerón usa ya de Apolodoro para ciertas dilucidaciones. Apolodoro había introducido la práctica de situar a los autores, en caso dudoso, por su *acmé* o madurez hacia los cuarenta años. Cástor de Rodas continúa la cronografía de Apolodoro hasta el año 61, triunfo de Pompeyo, habiendo tomado como punto de partida al fabuloso Nino asirio. Sus

datos son una combinación de cronologías oriental, griega y romana; y para establecer cierta igualdad con los datos egipcios y asiáticos, que son mucho más antiguos, no teme remontar los sucesos griegos hasta las leyendas míticas y tradiciones puramente fantásticas. El único cronógrafo eclesiástico que sobrevive prácticamente es Eusebio, obispo de Cesarea en Palestina durante el siglo IV d. C. Es autoridad de los eruditos ulteriores, romanos y bizantinos, y se le usó mucho en los sermones cristianos. De modo general, los griegos de Alejandría adoptaron la llamada Era de Nabonasar, con un año de 365 días, hasta la reforma de Julio César que intercala un nuevo mes, el mes Juliano.

La adopción de la Era Cristiana se difunde entre vacilaciones —método nacional, provincial, eclesiástico, ciclos diferentes, calendarios distintos, etc.— confusiones de origen que todavía quedan en rastros.

Este rapidísimo sumario no debe hacernos olvidar que hubo varias docenas de eras y métodos de computación. Cada pueblo o cada gran capitán quería inventar un sistema nuevo, como la Revolución Francesa y la Filosofía Positiva.

b) Los anticuarios

La historia literaria debe agruparse con la crítica. Pero hay un tipo intermedio, el de los anticuarios, que a veces recopilan tradiciones locales, y otras investigan la literatura para esclarecer la historia o su escenario geográfico. Tales son, en el siglo II, Polemón de Ilión, Demetrio de Escepsis y Apolodoro Ateniense.

Polemón era custodio de los tesoros de Delfos y ejercía también como "periegetes" o guía de viajeros. Era ciudadano honorario de Atenas, donde se aclimató del todo, y también de Pérgamo, con cuyo monarca correspondía. En la rivalidad de Alejandría y Pérgamo, toma el lado de ésta, se complace en notar deslices de Eratóstenes y, singularmente, lo acusa de tratar de antigüedades áticas sin haber

estado nunca en Atenas. Sus buscas de anticuario lo llevaron a estudiar la comedia, y en parodias griegas es autoridad casi única. Escribió cuatro tomos sólo sobre las ofertas votivas del Acrópolis. Los títulos de sus obras revelan sus aficiones: *La Acrópolis de Atenas, Los tesoros de Delfos, Vistas de Ilión, Ríos de Sicilia, El peplo de Cartago*. Algunos de sus relatos son muy singulares: la cortesana Lais es asesinada a palos por las mujeres, enfurecidas de celos, en pleno templo de Afrodita; el ave *porphyrión* —la *poule sultane* de Buffon— vela sobre la conducta de la mujer casada y, en caso de adulterio, se ahorca a sí misma, delatando así la infidelidad; cierto visitante de Delfos se enamoró perdidamente de una estatua, le llevó guirnaldas de flores e hizo otras locuras. Este último relato parece relacionarse con el tema de Pigmalión y la imagen de Galatea, y anunciar el *Carmides* de Oscar Wilde.

Demetrio, erudito de la escuela de Pérgamo, superó a sus émulos alejandrinos en laboriosidad y paciencia. Escribió treinta libros para comentar la lista de los ejércitos troyanos que consta en sesenta versos de la *Ilíada*, anotando minuciosamente los lugares con abrumadora copia de informaciones que proceden de todos los rumbos de la literatura antigua, de las tradiciones locales, de los testimonios recogidos de viva voz. Ni la mitología, ni la historia, ni la geografía aun en sus nimias particularidades topográficas y corográficas, escapan a su saber. Es un repertorio hecho hombre.

El cronólogo Apolodoro Ateniense no se queda muy a la zaga: consagra doce libros de anotaciones al catálogo de las naves homéricas (que todavía sigue siendo asunto de investigaciones, dibujos y redibujos). También comentó a los cómicos Sofrón y Epicarmo y escribió de etimología.

c) Los mitólogos

Apolodoro fue asimismo mitólogo de nota, y su libro sobre los dioses helénicos mereció ser popularizado en compen-

dios. Anda también bajo el nombre de "Apolodoro" una *Biblioteca mitológica* que más parece obra del siglo I y posee un valor único. Para mejor apreciarlo, hay que retrogradar a los orígenes de la literatura mitológica.

Desde la aparición del género histórico se nota la tendencia a considerar la mitología como prólogo de la genealogía. Así en Hecateo. En la primera mitad del siglo v, Ferécides de Leros, que vivía en Atenas, escribió un voluminoso tratado sobre el mito y las leyendas nacionales, el cual debió de ser algo como un "tesoro de las familias", y trataba de la teogonía, la guerra de dioses y gigantes, Prometeo, Héracles, sagas argiva y cretense, viaje del "Argo", descendencia de la gente arcadiana, laconia y ática. Es probable que en esta obra se haya fundado la *Biblioteca.* En ambas la mitología deriva hacia la genealogía. Después hay noticias de otros tratados perdidos: hacia el 500, el genealogista beocio Acusilao, y luego, Asclepiades isocrático, que se funda en los asuntos de las tragedias.

Hasta aquí los mitólogos son objetivos y se limitan a contar lo que se cuenta o se cree, sin tentaciones de explicarlo. Esta tradición se interrumpe hacia el 300 con Evemero, ya precedido en cierto modo, por Palefato. Los físicos presocráticos y los sofistas, los estoicos habían usado ya ampliamente del método alegórico, para extraer de la mitología nociones filosóficas, científicas y morales (*Crít. Ed. At.*, §§ 57 a 59 y 70 a 80).* Por este camino, se llegará a la teoría seudo-histórica de Evemero, para quien el origen de la mitología es la gratitud de los pueblos hacia sus primeros monarcas y benefactores, transformados después en héroes y en dioses. Pero Evemero no se conforma con proponer una interpretación tan exclusiva y contraria a muchos descubrimientos de la antropología, que demuestran el origen psicológico-lingüístico de los mitos. En su *Crónica sacra.* Evemero fragua un viaje imaginario a Panara, capital de la bienaventurada y utópica república de Pancaya, en el Océano Índico,

* [*Obras Completas,* XIII, pp. 45-46 y 51-55, respectivamente.]

antecedente de los muchos viajes novelados que pronto determinan un verdadero género literario. Allí pretende Evemero haber encontrado un pilar de oro con la crónica de los hechos reales y famosos que al cabo convertirán en dioses, por efecto de la adoración, a Urano, Cronos, Zeus, antiguos monarcas de Panara. Iniciado el movimiento, siguen la misma suerte todos los demás habitantes del Olimpo, los semidioses y héroes: Héracles, Dióniso, no son más que inventores célebres o protectores de los pueblos. La misma Afrodita ¿quién fue sino una célebre cortesana chipriota que por primera vez instruyó a las mujeres en las artes de la prostitución?

Verdad es que los alejandrinos Calímaco y Eratóstenes censuran severamente estas extravagancias. Con todo, Evemero funda escuela. Entre los romanos, el evemerismo llega a ser una verdadera moda. Hoy conocemos esta doctrina, sobre todo, a través de Lactancio y los otros padres latinos. Parece que Evemero encontró una inscripción sagrada en que se leía: "Zeus, hijo de Cronos", y la tomó por una tumba. Los historiadores unas veces aceptan, otras rechazan, y otras interpretan los mitos a la manera racionalista, ya que no siempre a la manera seudo-histórica de Evemero. A la interpretación racionalista corresponde también Apolodoro Ateniense en su obra *Sobre los dioses*. En cambio, la *Biblioteca mitológica*, que un siglo más tarde aparece bajo el nombre de Apolodoro, nó intenta interpretación alguna y vuelve a la escuela clásica, la cual se limita a recoger cuidadosamente las leyendas, sin pretender explicarlas, siguiendo así, después de todo, la regla científica de las cosechas folklóricas. Esta *Biblioteca* no se funda en testimonios directos u orales, sino que es un compendio de las especies encontradas en la literatura, y de aquí su valor. Además de las fuentes mencionadas, explota los textos de Sófocles y de Eurípides, la *Odisea*, la rica epopeya alejandrina de Apolonio de Rodas sobre los *Argonautas*, etc. La obra nos conduce desde el mito original del mundo hasta los albores de la historia. Y aquí, en esta última etapa, nada cuesta ya aceptar, con Frazer, una

discreta razón de evemerismo y suponer que algunos personajes reales fueron transfigurados en la memoria de los hombres hasta convertirse, en héroes verdaderos, en algo como santos patronos. Si Héracles era fabuloso, ya los Heraclidas que aparecen por el Peloponeso tienen sustancia de realidad. El que la leyenda troyana esté cruzada de relámpagos sobrenaturales no desvirtúa cierta lejana base real. La garantía en materia de interpretación mitológica está en no reducirse, como Evemero, a un principio único y exclusivo. La *Biblioteca* es, pues, algo como un *Génesis* helénico fundado en las tradiciones literarias, aunque más modesto sin duda: obra de un erudito común y corriente, y no obra del genio. Comienza con la teogonía y, a través de las genealogías de Deucalión, Ínaco, Europa, Cadmo, Pelasgo, Atlas, Asopo y los reyes fabulosos de Atenas, nos conduce a Teseo y a Pélope, a la época antehomérica, la homérica y la poshomérica, el regreso de los guerreros y las vicisitudes del Odiseo, a quien acompaña en su destierro de Etolia —castigo que Neoptólemo le impuso por la matanza de los Pretendientes— y, por último, hasta el lecho de muerte.

d) Historia de la filosofía

Entre los nuevos géneros de la historia tiene singular importancia la historia de la filosofía. El género adquiere conciencia de su tipo hacia el crepúsculo de la Edad Ateniense, tal vez en Teofrasto. La Edad Alejandrina considera ya la época anterior como una elaboración capaz de ser estudiada en conjunto. Pero el género se venía preparando de tiempo atrás. En efecto, la tradición filosófica de la Antigüedad ha llegado hasta nosotros por seis caminos principales:

1) Las obras de los filósofos. Ejemplo: poseemos los diálogos públicos de Platón, si no sus lecciones académicas, que acaso daban el modelo de las obras aristotélicas que nos quedan; poseemos la parte inversa de Aristóteles, la parte escolar o esotérica mucho más que la exotérica o popular;

poseemos a Filón Hebreo y a Plotino, así como a los estoicos posteriores, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio, y el epicúreo Lucrecio.

2) Los fragmentos de los filósofos. Ejemplo: los presocráticos, Epicuro, etcétera.

3) Las referencias a los filósofos anteriores que constan en obras filosóficas, y que permiten más o menos reconstruir a Sócrates o complementar a los presocráticos, neoacadémicos, neopitagóricos, primeros estoicos, etc. Para ellos vienen respectivamente a servir como documentos las obras de Platón y Aristóteles, del estoico Crisipo, del escéptico Sexto Empírico, del neoplatónico Simplicio, y hasta el pasaje del poema dirigido en el siglo IV d. C. al cónsul Flavio Manlio Teodoro por Claudiano, último gran poeta de la latinidad.

4) La doxografía propiamente tal o historia de las opiniones filosóficas: el tratado de Teofrasto sobre las teorías físicas, fuente de muchos resúmenes posteriores: el Seudo-Plutarco, Estobeo, Ecio; Cicerón finalmente, que es base para los tres siglos alejandrinos.

5) La biografía de filósofos, popularizada en la recopilación conocida bajo el nombre de Diógenes Laercio.

6) La cronología misma en algunas referencias que nos deja de paso.

Naturalmente que hay tipos intermedios, de biógrafos doxógrafos, como lo son por ejemplo, algunos peripatéticos, Hipólito y Eusebio. (*Crít. Ed. At.*, §§ 52, 53, 114; *Ant. Ret.*, III, 12.)*

La historia de la filosofía se anuncia de modo no metódico y fragmentario en Platón, a quien siempre habrá que acudir en busca de preciosas informaciones, reveladoras por cierto de un sentido histórico nada común entre los antiguos. Por su parte, Isócrates parece haber ignorado tal género, en su amor a los saludables lugares comunes y en su temor a la investigación puramente metafísica, que él confundía con la sutil y peligrosa erística. Ya la historia de la filo-

* [*Obras Completas,* XIII, pp. 41-43 y 70; y 411, respectivamente.]

sofía entendida como proceso hacia una metafísica final es un principio aristotélico. Aristóteles bosqueja la historia de algunos problemas, pero sus cuadros conceptuales suelen estar concebidos como antecedentes demostrativos —por confirmación o por rectificación— en apoyo de sus propias teorías, mucho más que con estricta objetividad y apego históricos, como le acontece en la *Poética* a propósito de los orígenes de la poesía (*Crít. Ed. At.*, § 401).* Los peripatéticos aplican el principio de su maestro, pero muestran ya la manía erudita que la Edad Alejandrina ha de llevar al extremo, y caen a veces en la biografía de filósofos más que en la historia de las ideas. El género biográfico, en general, tiene también larga tradición y viene a confluir con la doxografía. Junto a esto, queda aún el campo de la autobiografía, precioso asunto pero que nos llevaría muy lejos (véase Georg Misch, *A History of Autobiography in Antiquity*, Londres, 1950, 2 vols. Libro alemán que data de 1907 y es muy interesante, aunque sin duda desmesurado, en contenido y en concepto, como a veces le sucedía a este singular autor, yerno de Dilthey).

Entre los doxógrafos peripatéticos, encontramos, al lado de Teofrasto, a Dicearco y a Eudemo. La obra de Teofrasto no era una exposición objetiva, sino un "examen de ingenios", un ensayo crítico, en que se descubre siempre su mente refinada. Niega la base psicológica de Diógenes Apoloniata, para quien el aire puro y la razón se condicionan al punto que la postura esbelta del hombre explica su superioridad intelectual. Porque —dice Teofrasto— si así fuera, los pájaros serían más inteligentes que los hombres.

Discute a los atomistas, como antes Aristóteles en su tratado *De Anima:* hace ver la contradicción en la teoría de las sensaciones de Demócrito y de Platón; rechaza la doctrina platónica de los "falsos placeres" y muestra de paso la distinción entre el sentir normal y el anormal, rasgo de inde-

* [*Obras Completas*, XIII, pp. 457-458.]

pendencia contra el propio Aristóteles, que no es el único que se encuentra en la *Doxografía.*

A los primeros doxógrafos siguen Antígono de Caristo —acaso al que encontramos en Pérgamo consagrado a la historia del arte y que ya en Atenas había dejado el aula filosófica por el taller de escultor—; Soción Alejandrino y otros posteriores a la época que estudiamos.

El verdadero biógrafo de los peripatéticos es Hermipo de Esmirna, muy citado en la Antigüedad. Escribió sobre los Siete Sabios, los legisladores, los filósofos y sofistas, los oradores y los esclavos ilustres por las letras. Plinio y Diógenes Laercio aseguran que hizo también un tratado *Sobre los magos* en que exponía las doctrinas de Zoroastro. Este tratado representa una derivación hacia la filosofía de la historia exótica. Otro tanto puede decirse de la obra perdida de Manetón sobre las teorías físicas en Egipto. En fin, la obra del peripatético Sátiro ofrece analogías con Hermipo.

e) ETNOGRAFÍA

En relación inmediata con la caracterología de Teofrasto, hay todavía otro género que parte también de Teofrasto, y que no se refiere ya a las costumbres de los individuos, sino de los pueblos. Tal es la etnografía. Ya se sabe que el origen de los géneros es una noción escurridiza y siempre relativa. No podríamos olvidar que la etnografía viene desde el fondo de la historia y las primeras descripciones geográficas. Como fuere, asume en Teofrasto una forma nítida y que será imitada; lo que determina por reiteración el tipo genérico. Teofrasto escribió "sobre las costumbres" y sobre "las maneras de vida", temas aparte que Zenón el epicúreo mezclará en uno. No fue Teofrasto el único por interesarse en estas cuestiones que interesan a la historia de la civilización; también sus compañeros Clearco el Chipriota, Heráclides Póntico, y su sucesor Estratón de Lámpsaco. Pero quien más trabajo dio a los comentaristas fue Teofrasto, por la abun-

dancia de sus documentos. Clearco se aplicaba especialmente a la psicología y a la moral de los pueblos, y recogió las supersticiones primitivas sobre el ultramundo. Antes de ellos, Dicearco se había ocupado largamente de reconstruir los albores de la historia, la vida primitiva de los helenos: edad de oro, nomadismo, ganadería, propiedad, rapiña, guerra, agricultura. En la Edad Alejandrina la etnografía encuentra sus verdaderos sucesores en los geógrafos descriptivos, en los anticuarios y en los mitólogos.*

[*1959*]

* ["De las disciplinas particulares relacionadas con la historia (cronología, mitografía, doxografía, historia de las artes y las letras), sólo he acabado breves páginas relativas a los ALBORES DEL ARTE DE LA GUERRA (*Estudios helénicos,* pp. 217-222), artículo fechado en 1943 y publicado en versiones anteriores en *Defensa,* México, IV, 1944 y luego en la cadena ALA de Nueva York, 1956... Para completar el cuadro ofrecido... aún faltan los viajes, la emografía y las narraciones novelescas o seminovelescas provocadas por las campañas de Alejandro y sus sucesores" (Reyes al autor de las notas, 21 de noviembre de 1958). Quiere decir que estas páginas, que sólo en parte cumplen el propósito, fueron redactadas, como dice la fecha manuscrita por Reyes al calce, en 1959.]

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

II

EL TRIÁNGULO EGEO

III

LA JORNADA AQUEA

IV

GEÓGRAFOS DEL MUNDO ANTIGUO

V

ALGO MÁS SOBRE LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS

Obras Completas de Alfonso Reyes

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de julio de 2000 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 1 000 ejemplares.

Al ofrecer hoy al público el volumen XVIII de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, nos enaltece presentar el juicio que ha merecido nuestra labor por parte de las máximas autoridades del hispanismo y de la filología internacional: "La excelente edición de estas *Obras completas,* que veo tan adelantadas, honra al Fondo de Cultura, que tanto hace en favor de las letras mexicanas", escribe don Ramón Menéndez Pidal. Y Marcel Bataillon opina: "Vemos con gratitud los volúmenes ya aparecidos de las *Obras completas,* esta bella edición que publica el Fondo de Cultura Económica, y que no se deja inconclusa". Estas voces de aliento comprometen nuestro esfuerzo editorial irrevocablemente. Este volumen continúa la edición sistemática y cronológica del *Reyes helenista,* como lo llamó, en un ensayo a él dedicado, el sabio sueco Ingemar Düring.

El presente volumen sigue paso a paso la producción helenista de Alfonso Reyes a partir de *Junta de sombras,* publicada en el anterior, hasta las últimas páginas sobre los historiadores alejandrinos, que su autor logró enviar a la imprenta poco antes de morir, excepción de *La filosofía helenística* (1959; tomo XX, 1979) y la póstuma *Afición de Grecia* (1960; tomo XIX, 1968). Hoy se juntan diversos trabajos helénicos y helenísticos, redactados entre 1942 y 1959, que Reyes agrupó, retocó e hizo imprimir de 1957 al postrer año de su vida, 1959.

Se publican, pues, los *Estudios helénicos* de 1957, seguidos de cuatro cuadernos del Archivo de Alfonso Reyes, los más unitarios y personales: *El triángulo egeo* y *La jornada aquea,* de 1958, y *Geógrafos del Mundo Antiguo* y *Algo más sobre los historiadores alejandrinos,* de 1959. El carácter más técnico y menos literario de estos trabajos, lo que en modo alguno quiere decir descuido o falta de gracia estilística, da unidad temática y formal a este volumen. Todos ellos son, en rigor, "estudios helénicos", mucho más que los profundos y tersos ensayos de *Junta de sombras.*

Una carta de Reyes, verdadero testamento sobre sus "trabajos relativos a la historia y a la geografía en la Antigüedad", dirigida al autor de las notas y de la "Nota preliminar", e incluida en ella, constituye una guía valiosa de los múltiples aspectos de la tarea helenista de Reyes. Esa carta prueba también la confianza que Reyes otorgó en vida a quien hoy está al cuidado de sus obras póstumas.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

www.fce.com.mx



